



tomo 11 (1913-1916)
Obras del siglo XX: 2ª década - III

antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad

Colección Historia Teatral



Selección y prólogo de Beatriz Seibel

tomo 11 (1913-1916)

Obras del siglo XX: 2ª década - III

antología de obras de teatro argentino

desde sus orígenes a la actualidad

selección y prólogo Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes hasta la actualidad / Alberto Ghiraldo ... [et al.] ; compilado por Beatriz Seibel. - 11a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Inteatro, 2016.
536 p. ; 23 x 15 cm. - (Historia teatral ; 11)

ISBN 978-987-3811-24-1

1. Antología de Obras de Teatro. I. Ghiraldo, Alberto II. Seibel, Beatriz, comp.
CDD A862

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT en Acta N° 486/15
Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

C O N S E J O E D I T O R I A L

- > Federico Irazábal
- > Claudio Pansera
- > Rodolfo Pacheco
- > Carlos Pacheco

S T A F F E D I T O R I A L

- > Carlos Pacheco
- > Graciela Holfeltz
- > Fernando Montes Vera (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño y diagramación*)
- > Gabriel D'Alessandro (*Diagramación*)
- > Oscar Grillo Ortiz (*Ilustración de tapa*)
- > Teresa Calero (*Distribución*)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro
ISBN 978-987-3811-24-1

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.

Edición a cargo de Eudeba. Impreso en Buenos Aires, Febrero de 2017.
Primera edición: 2.500 ejemplares

En este tomo pueden apreciarse obras con distintas temáticas, dramas y comedias, con anarquistas y mujeres rebeldes, que muestran los conflictos de la sociedad. Aportamos informaciones sobre el teatro y los intérpretes para entender el contexto en que esas obras se presentan y el público.

UN CUADRO FILODRAMÁTICO ANARQUISTA

Entre 1913 y 1917, el cuadro filodramático Albor desarrolla actividades teatrales, cuyas características pueden apreciarse en un programa reproducido por Martín F. Lemos (ver bibliografía). Anuncia una “gran velada teatral y conferencia” a beneficio de La Protesta y del Ateneo Obrero de Almagro, en el Salón-Teatro de la Sociedad Tipográfica Bonaerense. Consta de cinco partes: 1. Sinfonía por la orquesta; 2, el hermoso drama en tres actos del compañero Alberto Ghiraldo titulado *Alma Gaucha*; 3. Conferencia. Tema: Las Leyes; 4. Canciones libertarias por el camarada Martín Castro; 5. Declamación de poesías por la compañera Susana Martres, quien también protagoniza la obra. En vez de la “función y baile” de los centros recreativos, los cuadros políticos anuncian “función y conferencia”, como puede observarse. El combativo payador y poeta argentino Martín Castro (1882-1971), muy famoso por sus canciones, tiene una activa trayectoria durante su larga vida (Seibel, 1988).

LA “RUEDA DE LOS COMPAÑEROS”

El dramaturgo José Antonio Saldías, en su libro *La inolvidable bohemia porteña*, recuerda la “rueda de los compañeros” en el café La Brasileña de la calle Maipú, donde se reunían hasta una docena de contertulios, en una mesa presidida por la galerita de Alberto Ghiraldo. “De notoria filiación libertaria”, allí están todos los días, Falco, Bayón Herrera, Martínez Payva, González Pacheco, Maturana, Foppa, Guibourg, entre otros. *La Protesta e Ideas y Figuras* son el periódico y la revista portavoces de su tendencia. “Los colazos del romanticismo finisecular” hacen vestir a los escritores de manera original con fieltros aludos, chalina anudada con moño breve y largas colas ondeantes, a la vez que los hace lucir larga melena, altivo bigote o barba y algunos anacronismos, como la galera de Ghiraldo o la capa de Bayón Herrera.

LOS INVERTIDOS SE PROHIBE EN EL NACIONAL

El diario informa el 14 de septiembre de 1914 que el estreno de una obra llamada de “teatro realista” en el Nacional ha obligado a intervenir a la inspección de teatros para que se cambiara su título, aunque “sea dicho de paso, no era más duro que el de una porción de obras de género libre que se ha hecho en la última temporada”. Agrega que “no es como género ni bueno ni malo, el teatro realista es indiferente, pero ocurre que a la sombra de esa calificación se escarban dolores sociales sin grandeza de pensamiento, espíritu científico ni sentido artístico”.

El domingo 20, *La Nación* informa que en el Nacional se ha venido representando una obra “que ayer la Intendencia Municipal por razones de moralidad, decidió prohibir”. Y publica una protesta de su autor, González Castillo, donde dice que la pieza se estrenó hace ocho días y que la inspección municipal, luego de exigir una lectura privada, concurrió al estreno, no mereciéndole ninguna objeción en cuanto a moralidad; no obstante, el Intendente Sr. Anchorena alega en su decreto de prohibición que la pieza es inmoral, aunque para el autor el fin es moralizador.

En un discurso titulado *La moral en el teatro*, publicado cuando se reestrena la obra en el teatro Nacional en 1919, González Castillo alega que se ha permitido la libre representación de obras como *Salomé* de Wilde, “un canto a la lujuria enfermiza y sangrienta”, o *La corte del Faraón*, “zarzuela hecha a base de pura pornografía”; que no se prohíben las piezas pornográficas de Brulé y la Borelli en el Odeón y en el San Martín, mientras que sí se prohíbe *Los invertidos*, donde se combate “un vicio nefasto” y se llega a “inspirar repugnancia por esos tristes individuos que la crápula ha rebajado del plano común de los hombres”. Son las contradicciones de la moral de un anarquista.

DESOCUPACIÓN Y MILLONARIOS

Mientras Parravicini hace reír a salas llenas en el teatro Argentino, en la calle se producen sucesos dramáticos. Con el título “Los desocupados”, *La Nación* informa el 26 de septiembre en la Sección Policía que “a los atropellos cometidos anteayer en Flores y Floresta por un grupo de desocupados, hay que agregar varios otros de carácter más grave ayer”; hubo tranvías y carros asaltados y varias detenciones, cuando la policía procedió a disolver a unos “mil individuos” congregados en Parque Centenario para obtener trabajo en la construcción de un mercado municipal.

Tres días antes, el 23, debuta en el Nuevo la compañía española de comedias Serrador-Marí con el estreno de la obra en tres actos *El pan nuestro* de Ernesto Herrera. *La Nación* dice que muestra miseria y desocupación con un sentimiento de fatalismo.

Por su parte, la compañía Rico-Mangiante que ha terminado en el Nuevo, debuta el 24 de septiembre en el Moderno, donde estrena la comedia en tres actos *La murmuración pasa...* de Alfredo Duhau. *La Nación* comenta que “un público selecto” aplaude “con franco agrado” esta obra de crítica social, sobre el afán de figuración y la predominancia de valores materiales; la protagonista es una madre que quiere casar a sus hijas con un millonario, aunque termina casándose ella.

TEATROS, VARIEDADES Y CIRCOS, CINEMATÓGRAFOS

El viernes 2 de octubre de 1914 la cartelera de *La Nación* presenta 51 espectáculos, con los subtítulos de Teatros (17), Variedades y Circos (9) y Cinematógrafos (25):

- 2 compañías francesas; 1 dramática en el Odeón, 1 de operetas y revistas en el Royal;
- 1 compañía dramática italiana en el San Martín;
- 1 compañía italiana de operetas y la tonadillera La Goya en el Coliseo;
- 7 compañías españolas; 1 dramática en el Victoria, 1 de comedias en el Nuevo, 5 cómico líricas y de zarzuela en el Comedia, Mayo, Marconi, Variedades, Avenida;
- 1 compañía cómico dramática hispano mejicana, Virginia Fábregas, en el Buenos Aires;
- 5 compañías nacionales; Florencio Parravicini en el Argentino, Blanca Podestá en el Nacional, Angelina Pagano en el Apolo, Orfilia Rico-Juan Mangiante en el Moderno y la compañía acrobática y de dramas nacionales del Circo Anselmi, en Lavalle y Larrea;
- 1 compañía israelita de dramas, comedias y operetas, dirigida por Maurice Moscovich en el Olimpo;
- 4 espectáculos de variedades; en el Casino, Parisien, Ópera, y Circo Romano del Parque Japonés;
- 3 pistas de patinaje, en el Pabellón de las Rosas (Palermo), Parque Saavedra y Palais de Glace;
- 1 Frontón Buenos Aires, con partidos de pelota;
- 25 cinematógrafos, varios con conciertos sinfónicos por orquestas de 40 ó 70 profesores.

En el Ópera, el profesor Mario Mirabelo presenta telepatía, fascinación y sugerencias colectivas, mientras se abre el abono a tres conciertos. En varios teatros se anuncia el cinematógrafo, como en el Politeama Argentino; en los barrios se extienden las salas de cine.

Ese año, 1914, la mayor cantidad de público teatral concurre al Comedia, para ver la compañía española de Rogelio Juárez; en segundo lugar se ubica el Avenida con otro elenco hispano y en tercero el Casino, con espectáculo de variedades.

El total de espectadores en los teatros es de 3,1 millones y registra un fuerte descenso en relación a 1912, cuando había 5,3 millones. En cambio el público de cine sube de 7 a 12 millones entre 1912 y 1914.

Entre las compañías españolas, el Odeón anuncia el abono para la próxima temporada de María Guerrero-Fernando Díaz de Mendoza, que actúa por esos días en el teatro Juan de Vera de Corrientes; la compañía de Serrador-Marí ha pasado del drama de Herrera a la comedia, anunciando a las 8.45 *El sombrero de copa* y a las 10.35 *Por la patria*; en el Victoria debuta la compañía dramática española de Francisco Morano con obras de Echegaray y Benavente, mientras la actriz hispano-mexicana Virginia Fábregas debe pasar al Buenos Aires, con precios populares.

LAS COMPAÑÍAS NACIONALES

Entre las cinco compañías nacionales anunciadas en octubre de 1914 hay tres encabezadas por actrices, las de Orfilia, Blanca y Angelina, lo que muestra su creciente valoración y su capacidad de atraer al público.

Orfilia Rico estrena el día dos *El buen mozo*, la comedia en tres actos de Novión, que La Nación considera con “débil trama central”, donde la Sra. Rico hace “su habitual papel de madre de niñas casaderas” y el Sr. Mangiante “su acostumbrada parte de meridional enamorado y pretencioso”, aunque “divirtieron al público” y el autor “fue llamado a escena”. Ese año la Rico estrena también dos obras del autor peruano Leónidas Yeroví, *Salsa roja* y *La gente loca*. La primera pieza es hoy considerada un clásico del costumbrismo satírico peruano.

En el Nacional, Blanca Podestá logra con el género actual “la asistencia de familias que habían desertado de esta sala a causa de las representaciones del llamado teatro realista” y ensaya una parodia de *El tango en Buenos Aires*, que continúa a salas llenas con Parravicini en el Argentino, aunque García Velloso protesta ante la entidad de autores, por considerar que parece una conti-

nuación de su obra; Soria, presidente de la institución, intermedia en el conflicto.

Mientras tanto, para los números de cabaret del segundo acto de *El tango en Buenos Aires*, se contrata a distintos artistas de variedades para atraer aun más público y Parravicini hace “la imitación cómica de todo cuanto ellos ejecutan”, según *La Nación* del 7 de octubre.

Más allá del éxito teatral, la contradictoria actitud frente al tango de la élite porteña se muestra en *El Diario* del 5 de noviembre: “Desterrado el tango de los salones comm’ il faut, toma su revancha en las fiestas íntimas o en las grandes fiestas después de la medianoche. (...) Entra así en la buena sociedad, como la gente sospechosa en las casas extrañas: sin hacer ruido y deseando pasar desapercibidas. Más vale que así sea”.

LAS FAMILIAS EN LA COMPAÑÍA DE PABLO Y JOSÉ PODESTÁ

En 1915, según el relato de José Podestá (1930, pp. 216-217), toma el teatro Nuevo, contrata a su hermano Pablo “con un gran sueldo y un tanto por ciento de las entradas brutas” y forma la “compañía nacional Pablo Podestá”, en la que José es actor y director. El elenco cuenta con 28 intérpretes, 8 actrices y 20 actores, entre ellos, Blanca Podestá y su esposo Alberto Ballerini; Orfilia Rico y sus hijos Félix Rico, que actúa con el apellido de la madre, y Carlos Goicoechea; Alejandro Scotti y sus hijos Humberto y Lila Scotti, sobrinos de los Podestá; la niña Sira Podestá, hija menor de José, de 10 años; Marino Podestá, sobrino; Alberto Legris, yerno de José; Lina Estévez, María Padín, Arturo Mario, Francisco Bastardi, Juan Farías, Ricardo Rinaldi, Rosa y Desiderio Santillán y Pepe Ratti, que comienza su carrera. Es interesante señalar los parentescos que muestran cómo las familias siguen integrando las compañías.

En este elenco hay muchos artistas iniciados en el circo; Juan Farías, los Santillán, Ricardo Rinaldi, miembro de una familia circense de prolongada trayectoria. María Padín, hija de Manuel Padín, mago y payaso popular como Pepino el 77, se inicia como actriz en 1905 con los Podestá y más tarde también actúa en radio y televisión; está casada con Arturo Mario, un primer actor de escuela educado en Italia (Castagnino, 1981, pp. 24-26).

El 25 de febrero debutan reponiendo Barranca abajo de Sánchez, siempre un éxito para Pablo, y entre numerosas obras, el 16 de abril estrenan Luz de hoguera y el 21 Hacia las cumbres, evocación de la época de la independencia, ambas obras de autoría de Belisario Roldán.

EL TRIUNFO RADICAL: TEATRO Y POLÍTICA

Las elecciones generales del 2 de abril de 1916, por primera vez con voto secreto y obligatorio, dan el triunfo a la fórmula radical Hipólito Irigoyen - Pelagio B. Luna, que obtiene 350.000 votos contra cerca de 250.000 de todos los otros partidos, entre conservadores, demócratas progresistas y socialistas.

El 12 de mayo en el Nacional, la compañía Vittone-Pomar estrena el sainete *El triunfo radical de Alberto Vacarezza*, que muestra la inmediata repercusión de los hechos políticos en el teatro.

CELEBRACIONES DEL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA

El día 7 de julio se inician los actos oficiales en celebración del Centenario de la Independencia, que se extienden hasta el domingo 9. En el diario *La Nación* se anuncian concentraciones de escolares para cantar el Himno y jurar la bandera, revista militar, desfiles de agrupaciones patrióticas, reuniones de gala en el Hipódromo Argentino y en el teatro Colón, recepciones en palacios de prominentes familias, banquetes, iluminación extraordinaria de la ciudad, gran revista naval, almuerzos para pobres, entre otras actividades. No se llega al gran despliegue de 1910 en los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo por la diferente situación nacional e internacional. Según el diario *La Razón*, la guerra europea que entra en su tercer año impide la asistencia de brillantes embajadas, aunque concurren países americanos y el país se enfrenta con el problema de la renovación de las autoridades nacionales. Se realiza el Primer Congreso Internacional del Niño presidido por la Dra. Julieta Lanteri, con la Dra. Alicia Moreau como Secretaria General, en el que se trata también la situación de la mujer; las secciones están dirigidas por personalidades políticas masculinas como Alfredo Palacios o Del Valle Iberlucea, y Carolina Muzilli se destaca con su ponencia *El menor obrero*.

EL 9 DE JULIO EN LOS TEATROS

El día de la Independencia, *La Nación* anuncia 21 espectáculos teatrales: - 8 compañías nacionales; 1 de comedia, dirección Joaquín de Vedia, con Camila Quiroga, Rosich, Casaux, Mary en el Apolo; 1 de Pablo Podestá-Florencio Parravicini con Orfilia Rico, dirección Sánchez Gardel, en el Argentino; 1 de sainetes, zarzuelas y revistas de Vittone-Pomar, direc-

- ción de escena Eliseo Sanjuan, en el Nacional; 1 de conmemoración del Centenario, en el Buenos Aires; 1 de dirección artística y musical de Osmán Pérez Freyre, en el Nuevo; 1 de revistas y operetas, dirección Bayón Herrera, en el Royal Theatre; 1 de dirección artística Ulises Favaro, en el Moderno; 1 ecuestre, acrobática y de dramas nacionales del Circo Anselmi, en Boedo e Independencia;
- 5 compañías españolas; 4 de zarzuela, en el Comedia, Victoria, Avenida y Mayo, 1 de comedia en el San Martín;
 - 2 compañías líricas italianas; 1 de ópera en el Colón; 1 de ópera cómica y opereta en el Coliseo;
 - 1 compañía dialectal italiana, la Cittá di Napoli de Carlo Nunziatta en el Marconi;
 - 1 compañía israelita de operetas y comedias de Blum y Guttentag, en el teatro Battaglia, antes Nacional Norte, o Nacional Santa Fe;
 - 4 compañías de variedades y atracciones; en el Odeón, Casino, Roma, y Teatro Romano del Parque Japonés.

Se inicia una tendencia: las 8 compañías nacionales que presentan obras superan en número a las 7 europeas, que son 5 españolas, 1 italiana, 1 israelita. La cantidad total de 21 espectáculos teatrales anunciados ha disminuido en relación a 1912, cuando eran 27; esto puede atribuirse en parte a la guerra europea, por las dificultades del viaje para los artistas. Si bien las compañías nacionales pueden verse favorecidas por el público en estas circunstancias, la tendencia de crecimiento se consolida francamente en los años siguientes.

La conmemoración patria se anuncia en la velada de gala del Colón con la ópera Los hugonotes de Meyerbeer, pero ese año se estrena en la misma sala el drama lírico Huemac de Pascual de Rogatis, basado en una leyenda precolombina. El autor es italiano nacionalizado argentino y el libreto escrito en castellano se traduce al italiano.

Otros espectáculos alusivos se presentan en el Buenos Aires con “10 cuadros plásticos de la epopeya nacional comentados por el Dr. Belisario Roldán, 200 personas en escena, decorados y vestuarios fastuosos, orquesta de 30 profesores”, y en el Nuevo con la compañía Tradición Argentina, “única en su género”, dirección del chileno radicado Osmán Pérez Freyre, famoso por sus composiciones criollas, que anuncia comedia, música, cantos y bailes nacionales, orquesta típica de guitarras y fiesta criolla, en *Hacia las cumbres* de Roldán.

Algunas compañías nacionales distinguen sus anuncios por los géneros, como “de comedia” en el Apolo o de “sainetes, zarzuelas y revistas” en el Nacional. En el Argentino se promocionan solo los nombres de sus primeras figuras y la dirección artística de Sánchez Gardel. Joaquín de Vedia en el Apolo

es el único caso en que el director artístico se presenta antes que famosos actores, tal vez por su prestigio intelectual, mientras Bayón Herrera y Ulises Favaro solo anuncian su dirección en el Royal y el Moderno, quizás porque los actores no son tan reconocidos. Vemos valorizado el rol del director artístico, anunciado en casi todas las compañías y en un solo caso se menciona al director de escena, Eliseo Sanjuan en el Nacional. Por su parte, el Circo Anselmi presenta los tradicionales *Musolino* y *Juan Cuello*.

En el Ópera se anuncia el próximo debut de la célebre tonadillera española La Goya, y el Odeón informa sobre cinco conferencias de Leopoldo Lugones a partir del día 13, mientras actúa The Bell Family, antigua familia circense inglesa radicada en México desde 1906, que se presenta como compañía de variedades y atracciones.

El teatro de variedades Roma de la calle 25 de Mayo, famoso por su “mala fama”, que no salía en cartelera, anuncia cuadros nacionales dirigidos por el primer actor Antonio Daglio, intérprete popular poco mencionado, quizás por trabajar en circuitos alternativos o en giras.

FIN DE UNA ÉPOCA Y ASCENSO DE LA CULTURA POPULAR URBANA

En 1916 se cierra una época en lo político y en lo cultural. El ascenso de las capas populares, marcado por el cambio de poder político, incluye otros signos; el violento crecimiento de la ciudad de Buenos Aires, que en 20 años aumenta su población un 250%, desplaza las tradiciones criollistas y privilegia la nueva cultura popular urbana.

En el centro de la ciudad crecen las compañías nacionales en los escenarios a la italiana, el espacio legitimado para teatro, superando en cantidad a las compañías europeas desde 1916, en una línea ascendente que se marca en los años siguientes. El tango, aprobado en París, hace el periplo del suburbio al centro y se integra a los espectáculos teatrales determinando éxitos populares; la cinematografía local se difunde desde el centro hacia el interior y el exterior, y su público se multiplica masivamente.

Entonces terminan las “épocas de oro” del circo criollo y de los payadores, el auge de los centros criollos y de los disfraces gauchescos en carnaval. En general las compañías de circo criollo y los payadores se van del centro a los barrios y a los pueblos de provincias; el criollismo popular desaparece del centro de la escena y retoma su marginalidad cultural. Precisamente es cuando el gaucho, héroe desaparecido, es ensalzado en forma de justicia póstuma,

como “héroe y civilizador de la pampa”, en el libro de Leopoldo Lugones *El payador* de 1916. Es utilizado, para legitimar a través del mito de origen, el derecho de la élite de los “criollos viejos” para gobernar el país, derecho que “la plebe ultramarina” viene impugnando; ese mismo año la oligarquía titular del mito es desplazada por la “ralea mayoritaria” a través del sufragio universal. El nacionalismo cultural presenta dos líneas; la de Ricardo Rojas propone una fusión de la población criolla de origen español e indígena con los inmigrantes y sus hijos, y la de Lugones y Manuel Gálvez percibe una amenaza en la presión lingüística, cultural e ideológica de la inmigración. Pero el tango es denigrado en oposición a los bailes folclóricos, tanto por Lugones –“ese reptil de lupanar”– como por Rojas – “creación bochornosa de mestizos europeos en el Buenos Aires cosmopolita de nuestros días”–.

OBRAS DEL SIGLO XX: 2ª DÉCADA – III

DRAMAS, COMEDIAS, ANARQUISTAS, MUJERES

Este tercer tomo con obras de la segunda década del siglo XX completa un panorama de la rica producción estrenada con diferentes temáticas.

LA COLUMNA DE FUEGO

El 5 de mayo de 1913 se estrena el drama en tres actos *La columna de fuego* de Alberto Ghirardo, “presidente de la Sociedad de Autores y ácrata militante”, según Bosch, quien opina que copia “servilmente” los incidentes huelguísticos recientes, “sin apelar jamás al arte”. Describe momentos culminantes; cuando un ataúd cubierto por una bandera roja provoca en el paraíso y gradería gritos de “¡Viva la anarquía!” y cuando Alippi pronuncia con energía un discurso “copiado de otro bastante malo” de un obrero anarquista en una de las huelgas pasadas, para obtener los aplausos “del público correligionario y de los palurdos indiferentes”. La obra dura una semana y Bosch dice que “dejó el teatro lleno de su mala sombra” (Bosch, 1969).

Alberto Ghirardo (1875-1946), argentino, es un intelectual anarquista con activa participación en el periodismo militante; en 1895 publica su primer libro de poemas, en 1904 estrena su primera obra en tres actos de tono poético,

Alas, con un grupo de aficionados en el Orfeón Español y dirige La Protesta, diario anarquista clausurado al año siguiente. Ghirardo es encarcelado y en 1906 publica un libro que despierta revuelo, La tiranía del frac, donde cuenta sus padecimientos. En 1908 es confinado largo tiempo en el sur a raíz de una violenta huelga. Militante toda su vida, estrena una serie de obras, vive en España y muere en Chile (Foppa, 1961, pp. 332).

ALMA FUERTE

Cuando las dramaturgas son una excepción, Salvadora Medina Onrubia logra estrenar su primera obra. Es interesante el relato de José Podestá sobre el momento teatral.

Podestá afirma que al terminar en el Apolo en febrero de 1912, su propósito es retirarse “definitivamente de las actividades escénicas ¡y descansar!”. Tiene 54 años, pero su situación económica hace que vuelva al teatro. Arrienda el teatro Nacional Santa Fe y forma un elenco bajo su dirección artística, la “compañía nacional María Gámez - Salvador Rosich”, que inicia con éxito la temporada, pero luego decae y salen de gira a La Plata y Bahía Blanca. Podestá deja el Nacional Santa Fe porque le produce pérdidas. De regreso terminan en el Apolo de Buenos Aires, donde entre otras obras estrenan el 10 de enero de 1914 la primera pieza de Salvadora Medina Onrubia, el drama en tres actos *Alma fuerte*, donde introduce sus ideas anarquistas. (Podestá, 1930, pp. 215-216). Vale aclarar que el título de la pieza se confunde a veces con Almafuerte, seudónimo del combativo y popular poeta Pedro B. Palacios (1854-1917).

Salvadora Medina Onrubia (1895-1972) nace en La Plata, estudia en Buenos Aires en el Colegio Americano de Sara Chamberlain de Eccleston y entre 1910-13 trabaja como maestra rural en Entre Ríos; se inicia en el periodismo en *El Diario* de Gualeguay y en las revistas *Fray Mocho* y *PBT* de Buenos Aires; vuelve a la Capital Federal. Militante anarquista, el 1º de febrero de 1914 habla en un acto de la FORA en México y Paseo Colón por la libertad de los presos y dos días después entra como redactora a *La Protesta*; pelirroja de ojos negros, es apodada “la virgen roja” o “la Venus roja”. Tiene un hijo siendo madre soltera, y luego conoce a Natalio Botana, dueño del diario *Crítica*, con quien convive desde 1915 y se casa después de tener su última hija, en 1919. Debuta como autora teatral en 1914 y estrena cuatro piezas más, *La solución* (4 de agosto de 1921), *Lo que estaba escrito*, *Las descentradas* (9 de marzo de 1929) y *Un hombre y su vida* (10 de marzo de 1939), protagonizada por Pedro López Lagar, donde toma posición sobre la guerra civil española; traduce obras francesas e inglesas y teatraliza cuentos para

niños; publica poesía, cuentos y novela; entre 1946 y 1951 dirige el diario *Crítica* y en 1958 publica el alegato *Crítica y su verdad*. Es abuela de Copi –Raúl Damonte Botana–, con quien tiene diálogo e influye en su inclinación al teatro.

LOS INVERTIDOS

Drama realista en tres actos, en prosa, de José González Castillo, estrenado por la compañía de Teatro Libre Podestá – Ballerini, en el Teatro Nacional el 12 de septiembre de 1914 y prohibido por la Intendencia Municipal a la novena representación. Los detalles pueden leerse en el prólogo anterior. El 23 de septiembre *La Nación* comenta que la compañía del Nacional cambiará el género de espectáculos e inaugurará la temporada por secciones a precios populares; además, informa que el concurso de obras nacionales será con un repertorio de piezas “altamente morales”. El 28, otra noticia dice que el jueves 1º de octubre se inicia la nueva temporada del Nacional con la compañía cómico-dramática de la Sra. Blanca Podestá, dedicada exclusivamente a espectáculos para familias. Desde el 1º al 6 el programa incluye al dúo Gardel-Razzano con canciones criollas. Sumándose al auge de la música porteña en escena, el 12 de diciembre estrenan *El mundo del tango* de Roberto Martínez Cuitiño (1887-1963), hermano de Vicente, reconocido autor, y Roberto Ribelli (1891-1960), actor, administrador de teatros, marido de la actriz Fanny Brena.

La obra se repone en varias ocasiones y en 1990 Alberto Ure dirige una celebradísima versión muy recordada.

José González Castillo (1885-1937), de quien publicamos obras en los tomos 8 y 9 de esta Antología, donde se encuentran sus datos biográficos, muestra en *Los invertidos* su espíritu transgresor.

HACIA LAS CUMBRES

Esta comedia heroica en tres actos y en verso de Belisario Roldán se estrena en 1915 en el teatro Nuevo por la Compañía de Pablo Podestá. Ver detalles sobre el elenco en el texto del prólogo.

La obra transcurre en 1815, el primer acto en Buenos Aires, el segundo y tercero en Mendoza. La verdad histórica ha sido respetada por el autor en los hechos esenciales y culminantes: no aspira a ser una fotografía sino un cuadro.

Roldán tiene destacada participación en los festejos del 9 de julio de 1916 en los teatros.¹

Belisario Roldán (1873-1922), abogado argentino, diputado, famoso orador, poeta, estrena seis obras en tres actos en el año de su debut teatral, 1915; en total escribe 29 piezas en los últimos siete años de su vida, obteniendo gran repercusión popular, en especial con sus obras en verso (Bosch, 1969, pp. 293-294).

Una anécdota del primer estreno de Roldán: la compañía Angelina Pagano continúa en el Apolo hasta enero de 1915, después presenta casi dos meses de temporada en Mar del Plata y reanuda las funciones en Buenos Aires el 11 de marzo en la misma sala, estrenando la primera obra de Belisario Roldán, *Los contagios*. Según Mertens (1948, p. 128), *Los contagios* no atrae mucha concurrencia y al empresario Traversa se le ocurre pedir a Roldán que cierre la función cada noche con “una de esas brillantes arengas suyas, de excelso orador”. Con este recurso, “un público de políticos, intelectuales, damas de la aristocracia”, concurre a diario y se agotan las localidades. Entonces Roldán reclama un pago porque atraviesa “circunstancias de apremio” y Traversa le fija “un bonito salario por cada charla de no menos de quince minutos”. Es un fin de fiesta diferente y exitoso.

EL HIJO DE AGAR

Este Drama en tres actos y en prosa de José González Catillo, se estrena el 26 de marzo de 1915 por la compañía de Alberto

Ghiraldo en el Teatro Nacional de Buenos Aires. La introducción del autor dice: “Los hijos adulterinos, incestuosos o sacrílegos, no tienen, por las leyes, padre o madre, ni parientes algunos por parte de padre o madre. No tienen derecho a hacer. No tienen derecho a hacer investigaciones judiciales sobre la paternidad o maternidad”.

Código Civil Argentino, Art. 342

“Y él (Ismael, Hijo de Agar) será hombre de fierro; su mano contra todos y las manos de todos contra él, y delante de todos sus hermanos habitará”.

Biblia: Génesis, Cap. XVI, Vers. 12

Protagonizado por Camila Quiroga, también es el drama de la madre soltera, mujer privada de derechos y condenada por una sociedad hipócrita. González Castillo señala las injusticias legales y sociales de la época. Más arriba están las informaciones sobre su biografía.

EL MOVIMIENTO CONTINUO

Esta comedia en tres actos se estrena en el teatro Apolo el 28 de julio de 1916 por la compañía Roberto Casaux-Salvador Rosich-Arcenio Mary, dirigida por Joaquín de Vedia. La puesta en escena está a cargo de Armando Discépolo.

La compañía inicia la temporada en el Apolo el 20 de marzo; el 12 de abril debuta Camila Quiroga como primera actriz y se estrenan varias comedias en tres actos, entre ellas *El movimiento continuo*. En ésta última se intercalan en la puesta unos minutos de cine filmados por García Velloso con los mismos actores. Luego Atilio Lipizzi, italiano radicado, dirige la versión en cine mudo de la obra.

La historia de la invención de una máquina del movimiento continuo sigue vigente hasta el presente, porque hace aparecer temas como el poder, el prestigio, el dinero, el carácter individual o social de los descubrimientos, la preeminencia de la práctica sobre la teoría, la búsqueda del apoyo social, susceptibles de una discusión actual.

En esa pieza Roberto Casaux obtiene “uno de los mayores éxitos de su carrera de cómico haciendo magistralmente un tipo de catalán, inventor disparatado”, según Bosch (1969, p. 295). Rosich “no le va en zaga” en el gallego y César Ratti en el Ñato, según Saldías (1968, p. 226).

Beatriz Seibel

NOTAS

1. Ver en el prólogo anterior.

BIBLIOGRAFÍA

- BOSCH, Mariano G., *Historia de los orígenes del teatro nacional argentino y la época de Pablo Podestá*, Texto revisado de la edición original de 1929 por J. A. De Diego, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1969.
- FOPPA, Tito L., *Diccionario Teatral del Río de la Plata*, Argentores, Carro de Téspis, Buenos Aires, 1961.
- LEMONS, Martín F., *El desarrollo de los teatros filodramáticos*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1965.
- MERTENS, Federico, *Confidencias de un hombre de teatro. 50 años de vida escénica*, Nos, Buenos Aires, 1948.
- PODESTÁ, José J., *Medio siglo de farándula. Memorias*, Río de la Plata, Córdoba, 1930.
- SALDÍAS, José A., *La inolvidable bohemia porteña*, Freeland, Buenos Aires, 1968.
- SEIBEL, Beatriz, *El cantar del payador*, del Sol, Buenos Aires, 1988.
- *Historia del Teatro Argentino. Desde los rituales hasta 1930*, Corregidor, Buenos Aires, 2002.

la columna de fuego

Alberto Ghirardo

*Abí va el drama en libro. Para que la crítica ignara,
sectaria y cobarde de mi tierra, se siga cebando en él.
Y con una convicción: la de que, a medida que el tiempo pase,
La columna de fuego iluminará más;
es decir: se verán mejor sus rayos...*

A. G.

> la columna de fuego

Drama en 3 actos y 5 cuadros

PERSONAJES

LEÓN ALMEIDA	OBRERO 14
MARCOS	OBRERO 15
TELMA	VENDEDOR DE DIARIOS
SALVADOR DE LA FUENTE	MOZO DE FONDA 1
FÉLIX	MOZO DE FONDA 2
JULIO	MARINERO DE TIERRA 1
OBRERO 1	MARINERO DE TIERRA 2
OBRERO 2	MARINERO DE A BORDO 1
OBRERO 3	MARINERO DE A BORDO 2
OBRERO 4	TENIENTE
OBRERO 5	SARGENTO
OBRERO 6	SOLDADO 1
OBRERO 7	SOLDADO 2
OBRERO 8	SOLDADO 3
OBRERO 9	PANADERO
OBRERO 10	VOZ 1
OBRERO 11	VOZ 2
OBRERO 12	VOZ 3
OBRERO 13	OTRAS VOCES

Obreros, soldados, viandantes, etcétera.

La acción transcurre en el puerto de Buenos Aires. Época actual.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

LA ESCENA REPRESENTA UNA CASA DE VECINDAD. A LA IZQUIERDA, UN COMEDOR, PIEZA HUMILDE DE GENTE OBRERA. PUERTAS AL PATIO Y AL INTERIOR. DERECHA, DIVIDIDA POR EL PATIO O CORREDOR, OTRA PIEZA: UN DORMITORIO, HUMILDE TAMBIÉN PERO ARREGLADO CON CIERTO GUSTO. RETRATOS Y CUADROS ADORNAN SUS PAREDES.

Al levantarse el telón aparece en la pieza León Almeida, sentado a su mesa de trabajo. Escribe en silencio. De cuando en cuando, consulta libros que sacará de una estantería. Después continúa imperturbable su labor. En la pieza de la izquierda, Telma atiende a Julio, quien se prepara para ir a la escuela.

ESCENA I

Julio, Telma

- JULIO: *(Sentándose a la mesa)* ¿También hoy comemos pan duro?
- TELMA: *(Sirviéndose una taza)* Si m'hijito. ¡Y gracias!
- JULIO: *(Observando la taza)* ¿Y café solo?
- TELMA: Ya ves. No vino el lechero.
- JULIO: Ni ayer tampoco. ¿Y por qué?
- TELMA: *(Con intención y haciendo un ademán que indica falta de dinero)* ¡Porque no hay cómo... llamarlo!

- JULIO: *(Probando el líquido)* ¡Ay, qué feo!
- TELMA: ¿Amargo, verdá? ¡Bueno, tomá y no te quejés más! *(Saca azúcar de su taza y le sirve. Pausa).*
- JULIO: ¿T'enojás? ¡Si está amargo!
- TELMA: Ya lo sé. También el mío. Probá. *(Le da en su cuchara).* No hay más azúcar. ¿Qué querés? Te di la mitad.
- JULIO: Sí... sí... la mitá... ¡cómo no!
- TELMA: ¡Rezongón! ¡Malo! No te cuido, ¿verdá?
- JULIO: ¿Y ahora me vas a retar?
- TELMA: *(Transición)* ¡No, querido! Si es en broma... Tomá un beso y a la escuela ligerito. Ya van a ser las ocho.
- JULIO: *(De pie, frente a Telma, quien le arregla el traje)* ¿Y papá? Hoy no lo he visto.
- TELMA: Salió muy temprano. Dijo que iba al puerto. Tenían reunión... yo no sé... Luego, cuando vuelvas del colegio, lo verás. *(Sigue arreglándolo. Suena un silbido en el patio).*
- JULIO: *(Castigando el aire con los dedos)* ¡Apurate! ¿No sentís? *(Suena otro silbido)* ¡Es Jorge, che! El hijo del gringo. ¡Largame! ¡Largame, te digo! Me espera para ir juntos. ¡Largame!
- TELMA: ¡Si te largo! Pero ya sabés, ¿eh? ¡Derechito al colegio! ¡Mucho cuidado!
- JULIO: *(Cada vez más impaciente, quiere desprenderse de la hermana)* ¡Oh, ya sé, dejame...! *(Ya en la puerta, despidiéndose de Telma, huye contestando el silbido).*
- Telma sale al patio. Mira con insistencia y curiosidad hacia la puerta del cuarto de León. Después entra al comedor, donde hace algunos arreglos y pasa al interior de la casa.*

ESCENA II

Félix, León, Salvador

FÉLIX: *(Llega con Salvador hasta la puerta del cuarto de León)* Esta es la pieza. *(Golpea suavemente)*.

LEÓN: ¿Quién?

FÉLIX: Compañeros.

LEÓN: Adelante.

FÉLIX: *(Entrando con Salvador)* Ya me imaginaba encontrarte en el yunque. Voy a presentarte a este amigo. Salvador de la Fuente. León Almeida.

SALVADOR: *(A León)* De veras que deseaba conocerle.

LEÓN: Y yo a usted. No sé adular, pero la verdad es que todavía no habíamos conocido en nuestras filas un hombre de sus condiciones *(Invitándolos con un ademán a sentarse)*.

SALVADOR: Gracias. Sin embargo, yo soy más bien un observador que un combativo. Estoy en la brega, quizás solo porque el vértigo me arrastra. Pero no es ése mi camino.

LEÓN: No lo he creído así. Y a buen seguro que el mismo Félix tampoco.

FÉLIX: La verdad es que para hombres como nosotros todo lo que no represente acción carece de verdadera importancia.

SALVADOR: Quizá esté ahí el gran error.

LEÓN: O la gran sabiduría. ¡Quién sabe!

SALVADOR: Nadie es dueño de la verdad. ¡Pobre del que creyera poseerla! Pero quizás una mayor dosis de filosofía podría abrir horizontes nuevos ante miradas tan firmes como las de ustedes revelando inesperados caminos salvadores.

LEÓN: ¡Filosofía adormidera! Y disculpe la afirmación.

- SALVADOR: En fin, veo que no es este momento oportuno para reflexiones tranquilas. Yo mismo estoy contagiado por la fiebre que les quema la sangre. Y, si puedo secundarles en el movimiento indiciado, cuenten conmigo.
- FÉLIX: ¡Bravo! ¡Eso es hablar! (*A León*) ¿Y el manifiesto? Vengo a buscarlo. Lo imprimiremos hoy. Ya sabés que la cosa es urgente.
- LEÓN: Dos líneas más y está listo. (*A Salvador*) Necesitaría para ello su opinión sobre las medidas que piensa adoptar el gobierno en el actual conflicto. Como usted sabe, la huelga general de los obreros del puerto ha sido decretada y este manifiesto es un llamado a la solidaridad. Quisiera, al mismo tiempo, indicar algunos procedimientos de eficacia inmediata.
- SALVADOR: El gobierno está desorientado. Me parece que la ofuscación lo llevará, una vez más, por el peor de los senderos: el de la violencia. Mi opinión es pesimista.
- FÉLIX: ¿Algún dato concreto?
- SALVADOR: ¡Lo de siempre, amigos! El gobierno impresionado por la prensa y por bocas interesadas, pedirá hoy mismo a las Cámaras la declaración de un nuevo estado de sitio, creyendo así poder dominar la situación al amparo de la fuerza, e impedir los efectos de la huelga declarada ayer por ustedes con tanta decisión.
- FÉLIX: ¿Un nuevo estado de sitio? ¿Otro más?
- LEÓN: Yo lo esperaba. Sin embargo, esta vez no nos tomarán tan de sorpresa.
- FÉLIX: Pero ¿y qué pretenden? ¿Someternos, hacernos trabajar a tiros?
- SALVADOR: ¡Mala política! Mala, peligrosa y contraproducente al fin. Pero Uds. deben también accionar con prudencia.

- LEÓN: ¡Esa es la que nos pierde siempre!
- SALVADOR: No olvide que ellos tienen la fuerza. ¿Contra ella qué opondría hoy usted?
- LEÓN: Con permiso. Voy a contestarle. (*Sentándose a escribir*) Esperen ustedes un momento. Ahí tienen diarios y libros.
- FÉLIX: No, dame a mí los originales del manifiesto. Iré leyendo lo hecho.
- LEÓN: Tomá. (*Le alcanza los papeles. A Salvador*). Discúlpeme.
- SALVADOR: No se preocupe. Examinaré entre tanto su biblioteca de revolucionario. (*Se acerca a los estantes y hojea libros. Pausa. La necesaria para que León escriba*).
- LEÓN: (*A Salvador*) Aquí está mi contestación a su pregunta. Escuchen el final del manifiesto cuya redacción me ha confiado el Consejo de la Federación Obrera. (*Leyendo*) Compañeros: Se nos amenaza con la declaratoria de un nuevo estado de sitio. Sabemos de buena fuente que las autoridades están resueltas a acudir, como otras veces, a la fuerza armada para contrarrestar este nuevo gesto del proletariado argentino, explotado, como todos, por una clase insaciable en sus ambiciones. ¡Estemos en guardia, pues! Ya sabemos que estado de sitio quiere decir, entre nosotros, estado de barbarie. Bien, para el caso de que otra vez los locales obreros sean asaltados, cerradas nuestras imprentas, perseguidos, presos o deportados nuestros hermanos de dolor y de causa, por una autoridad convencida de que la razón y la ley residen en las culatas de sus fusiles asesinos, esta Federación, haciendo uso de la autorización debidamente conferida para el caso, decreta desde ya la huelga general de todos los gremios adheridos a ella y recomienda a sus componentes adopten todas las medidas que las circunstancias aconsejen. Compañeros, ya lo sabéis; esta es la consigna: ¡Contra el Estado de Sitio, la Huelga General!

SALVADOR: ¿Y cree usted que los gremios responderán al llamado?

LEÓN: Tengo la seguridad.

SALVADOR: Es usted un optimista. Con frases, amigo mío, no se hacen huelgas así, movimientos que triunfen. Falta conciencia en los gremios. Usted mismo, Félix, lo ha constatado más de una vez, ante hechos dolorosos; y esto es lo que yo he observado, directamente, en el poco tiempo que vivo a su lado vida obrera argentina.

FÉLIX: Desgraciadamente, es exacta la afirmación. Pero en casos como este no es posible accionar en forma distinta de la que indica León.

LEÓN: (*A Salvador*) Lo que faltan son hombres capaces de orientar a los gremios por el camino de la revolución, el único que los llevará a buen puerto.

FÉLIX: ¡Ése, ése el camino!

SALVADOR: La revolución, amigos míos, hay que hacerla en las ideas, trabajando en los cerebros.

FÉLIX: ¡En los cerebros y en la calle! (*A León*) Dame el manifiesto. No hay tiempo que perder. Me voy a la imprenta.

SALVADOR: Saldremos juntos. (*A León*) ¿Y usted?

LEÓN: Yo iré al puerto. Allí me esperan los amigos de comisión. En la asamblea de ayer se resolvió ir diariamente a esperar los vapores que lleguen del litoral para invitar a los marineros a plegarse al movimiento. Ya sabe usted que es esta una tarea delicada.

SALVADOR: Sí, delicada y peligrosa. Lo sé.

FÉLIX: Podemos ir juntos, entonces. Yo también formo parte de una de las comisiones. Dejaremos, de paso, los originales.

LEÓN: No, ustedes salgan nomás. Yo tengo antes que arreglar un asunto aquí en la casa.

FÉLIX: Hasta luego, entonces.
LEÓN: Hasta luego.
SALVADOR: Nos veremos allí. Yo iré al puerto también.
LEÓN: (*Dándole la mano*). Compañero y amigo, esta es su casa.
SALVADOR: Mi mano franca. Adiós. (*Mutis*)

ESCENA III

León, después Telma

Arregla los papeles y libros de su mesa. se cambia de saco, se acicala un poco, carga un revólver que saca de un mueble, lo guarda y sale, cerrando con llave la puerta de su habitación. Atraviesa el corredor y golpea en la puerta del comedor de telma.

TELMA: (*Apareciendo por el patio con un delantal de cocina. Interrumpiendo a León que continúa golpeando*) No se canse vecino. Portero y dueña aquí están.

LEÓN: ¡Salud, madrugadora!

TELMA: ¡Ríase no más! Desde las seis que doy vueltas. Mientras que usted...

LEÓN: Yo...

TELMA: Sí, ya sé. No ha dormido ¿verdad? Ha estado en vela. (*Mirándole con fijeza*) ¿Y esos ojos? (*Transición*). No; y están irritados. (*Pausa*). Usted sufre también. ¡Todos sufrimos! Pero ahora va a hablar conmigo. Esta vez no se me escapa. (*Con mucha intención*) Estoy sola ¿Sabe? Y si no fuera porque hay tantos... imbéciles (*Mirando a su alrededor*) lo invitaba a entrar.

LEÓN: (*Muy sincero pero sin énfasis*) Telma, yo no aceptaría.

TELMA: ¿Por qué? ¿Tendría usted miedo?

LEÓN: No. Porque el deber me reclama. Venía solo en busca de su padre porque necesito hablarlo. Y con mucha urgencia.

TELMA: ¿Para qué? ¿Sea usted franco conmigo!

LEÓN: Sí, se nos ha informado que Marcos anda en arreglos con los patrones. Y esto nos contraría, primero por el hecho en sí y segundo por tratarse de un compañero a quien se escucha y cuya actitud negativa perjudicaría a todos.

TELMA: *(Después de reflexionar)* Cuando la última huelga usted sabe que él quedó sin trabajo.

LEÓN: ¡El...y yo... y tantos!

TELMA: Es cierto.

LEÓN: Pero yo a usted nada le pregunto.

TELMA: Y yo a usted no quisiera ocultarle nada.

LEÓN: ¿Me hablaría usted como a un hermano?

TELMA: ...Le hablaría a usted como a mí misma.

LEÓN: ¡Qué gran mujer presiento en usted!

TELMA: Se diría que usted conociera otras mejores.

LEÓN: ¿Por qué lo dice?

TELMA: Por eso: por lo de hermano...

LEÓN: *(Como quien hace una declaración)* Telma, yo no me debo a mí mismo.

TELMA: Usted se debe a la humanidad. Lo sé.

LEÓN: ¡Yo me debo a la causa!

TELMA: Y en las causas no pueden figurar sino hermanos...

LEÓN: Ya el maestro lo dijo: tener un ideal y tener novia al mismo tiempo, hoy por hoy, es demasiado para un hombre solo.

TELMA: Ahí está su fuerza entonces. Y usted no quiere debilitarse.

LEÓN: Yo sé adónde voy. Nadie podrá torcerme.
TELMA: En cambio yo...
LEÓN: ¡Hermana mía!
TELMA: ¡Hermana, no!

ESCENA IV

Los mismos, Marcos

MARCOS: *(Desde el dormitorio, donde ha entrado por la puerta interior)* ¡Telma! ¡Telma!
TELMA: *(Cambiano de tono)* Voy. Voy. *(A León)* Mi padre ha llegado. Entremos.
LEÓN: Dígame que quiero hablarlo.
TELMA: *(Nerviosa)* Entre conmigo, yo le explicaré.
LEÓN: *(Siguiéndola)* Bueno. *(Telma pasa al dormitorio. Pausa).*
MARCOS: *(Desde adentro).* Voy enseguida.
LEÓN: Espero. *(Pausa).*
MARCOS: *(Saliendo)* Salud, León.
LEÓN: Salud. Es necesario que hablemos.
MARCOS: Usted dirá. *(Se sientan).*
LEÓN: Quiero que me prometa hacerlo con la serenidad y la franqueza que cuadra a dos hombres como nosotros que, juntos, han luchado y han sufrido tanto.
MARCOS: Se lo prometo.
LEÓN: Entonces, al grano. ¿Es verdad que usted se separará del movimiento? ¿Que nos abandonará en el momento más importante de la prueba?

- MARCOS: Vamos por partes. Es verdad. Pero es verdad también que lo hago porque estoy seguro de que el movimiento puede darse por fracasado. ¡Estamos vencidos, León!
- LEÓN: Eso usted lo dice porque así convendrá a sus intereses o porque quiere encontrar un pretexto justificativo de su actitud.
- MARCOS: Respondiendo a su deseo, le he prometido hablar con serenidad y franqueza. Le advierto que si usted tiene interés en que esta conversación continúe, debe ofrecerme iguales condiciones.
- LEÓN: Es que el caso reviste una gravedad que yo no esperaba.
- MARCOS: Recapitulemos, León. Acuérdesse que cuando el otro movimiento fracasó, yo quedé sin trabajo.
- LEÓN: Eso no hace al caso.
- MARCOS: Sí hace.
- LEÓN: Entonces recuerde que yo también quedé sin trabajo y preso.
- MARCOS: Lo que constituyó un alivio para usted.
- LEÓN: Tampoco eso hace al caso.
- MARCOS: Sí hace.
- LEÓN: Pero ¿por qué?
- MARCOS: Porque usted quedó solo y preso. Y yo quedé libre, sin trabajo y con hijos.
- LEÓN: (*Reflexivo*) Estoy pensando que todos estos son rodeos para tratar de llegar a la explicación de lo inexplicable.
- MARCOS: No haga juicios todavía y escuche. Durante varios meses hemos estado viviendo poco menos que de milagro. Nadie mejor que usted lo sabe. Usted que también, y esto se lo reconozco y se lo agradeceré siempre, ha hecho por mí, por nosotros, más de un sacrificio.

- LEÓN: Eso tampoco hace al caso, Marcos.
- MARCOS: Sí hace.
- LEÓN: Usted quiere atar muchos cabos y el ovillo no aparece.
- MARCOS: Aparecerá. La vida está hecha así, de cosas varias y, al parecer, nimias, porque no se les analiza bien.
- LEÓN: Hay filosofías que lo explican todo. Pero escúcheme con atención y para siempre: ¡las traiciones no se explican!
- MARCOS: Bueno. Está bien. No se explican pero se hacen. (*Se pone de pie*). Y ahora sépalo usted también para siempre: yo soy un traidor consciente.
- LEÓN: ¡No le entiendo a usted!
- MARCOS: ¡Porque usted es un hongo en la tierra! ¡Porque no tiene usted a su sombra, ni mujer, ni hijos, ni nada!
- TELMA: (*Ha aparecido hace un momento en la puerta*). Él solo tiene hermanos, papá.
- LEÓN: (*Mirándolo con intención. Parándose*). ¡Si los he tenido, los tengo, y amándolos con el amor mas puro, pero sin el egoísmo del que se desdobra, deseando para ellos la misma vida en que mi ser se expande, porque antes que tener mujeres e hijos que echen dogales al cuello, deberían los luchadores sacrificar a aquellas y ahogar a estos en las cunas! ¡No, en ustedes no hay amor verdadero, lo que hay es solo apego animal y miserable a la vida disfrazado con el sentimiento convencional de la atracción de la familia! (*Pausa*). Y ahora, adiós. ¡Ojalá, por usted y por mí (*A Marcos*) no volvamos a encontrarnos nunca frente a frente! (*Telma sentada a la mesa sigue con mirada ansiosa todos los gestos de León que hace mutis. Silencio*).

ESCENA V

Marcos, Telma

MARCOS: ¡Bah! Lo que es ésta vez no lograrán perturbarme. Ya está dicho. Y hecho también ¿sabés? Desde mañana trabajo. *(Saca dinero de un bolsillo)*. Este es un adelanto. Voy de capataz con los Pérez. ¡Hoy se almuerza aquí! *(Telma permanece absorta en sus pensamientos, como si no lo oyera)* ¡Telma, Telma, me parece que me explico! Aquí tenés para los gastos de hoy. Tomá, tomá. *(Le da dinero)*.

Telma recibe el dinero maquinalmente. Lo guarda en su delantal y queda de nuevo inmóvil.

MARCOS: Pero ¿qué tenés? ¿Qué diablos te pasa? ¡Hablá, hablá!

TELMA: No sé. No sé. ¡Preferiría no comer hoy tampoco...!

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

PEDAZO DE DÁRSENA EN LA BOCA. UN BUQUE DE CARGA, "EL CABO CORRIENTES", AL FONDO. AL LADO, ESPACIO LIBRE. LATERAL DERECHA, UNA FONDA: "EL TALLARÍN DE ORO", CON MESAS EN LAS PUERTAS. EN LAS MESAS, OCUPADAS COMO SE INDICA, VASOS DE REFRESCO Y BOTELLAS DE CERVEZA. CRUZAN VIANDANTES.

ESCENA I

Un Vendedor de diario, León, Obreros 1, 2, 3 y 4, Mozo de fonda 1

VENDEDOR: *(Aparece por la izquierda, gritando)*. ¡Boletín de la huelga! ¡La declaración del estado de sitio! ¡Choques con la policía! ¡Todos los detalles!

LEÓN: *(Desde una mesa donde está con los obreros 1 y 2, al vendedor)* Ese boletín... a ver. *(Lo compra. Los obreros de la otra mesa se acercan y forman, todos, un grupo atento)*.

VENDEDOR: *(Alejándose)* ¡Boletín de la huelga! ¡La declaración del estado de sitio! ¡Choques con la policía! ¡Todos los detalles!

ESCENA II

Los mismos, menos Vendedor

LEÓN: *(Después de recorrer rápidamente el boletín y como contestando al gesto ansioso de los compañeros)*. ¡Nada! ¡Nada! Puras mentiras y conjeturas. Unos a favor y otros en contra. Si tratan de calmar los ánimos, los de aquí dicen: el aspecto de la ciudad no ha cambiado, tanto que, si no supiéramos que ha sido declarada por la santa Federación, ignoraríamos la existencia de una huelga a pesar del estado de sitio solicitado a las cámaras y de los demás aspavientos gubernativos... En cambio, los de allá, a quienes conviene la alarma, se expresan en otra forma. Aquí está la síntesis de esta hoja. *(Leyendo)* “Una ciudad muerta”. No puede negarse que, como título, es de primer orden. Lo explica todo. No habría para qué pasar más allá. Pero... pasemos. *(Leyendo otra vez)* “De improviso ha cesado todo

movimiento en esta gran ciudad, como si la vida febril que la caracteriza hubiera sido detenida de golpe por una mano formidable escondida en la sombra y manejada por una voluntad siniestra. Acabamos de recorrer las calles del puerto y regresamos a escribir estas líneas trayendo en nuestros espíritus algo de la tristeza que las envuelve. Ni un carro en ellas, ni un trabajador en las barracas, ni un marinero en los barcos. Las calderas apagadas, los guinches rígidos, las planchadas en alto, los trenes estacionados, todo lo que da animación y color al turbulento barrio, inmóvil, dormido tan profundamente que el espectador, emocionado, llega a imaginarse frente a frente de una ciudad petrificada”. (*Interrumpiendo la lectura*) Y así lo demás. Lo dicho, nada. Lo único importante es la declaración del estado de sitio pedido a las Cámaras por el gobierno y que, según todas las probabilidades, será sancionada esta tarde misma. Quizás a estas horas ya lo está.

OBRERO 1: ¿Y de los choques con la policía?

LEÓN: (*Echando otra mirada al boletín*) No hay tal cosa. Aquí solo se habla de obreros presos, se anuncian deportaciones y allanamientos de locales. Lo de siempre. Pero concretos, ninguno. (*Pasa el boletín a los obreros*).

OBRERO 2: ¡Los concretos deberíamos hacerlos nosotros!

LEÓN: Bien. Comunicuémonos entre tanto las novedades de la mañana.

OBRERO 1: Yo estuve en el dique cuatro. Allí no trabajó más que un barco solo dos guinches.

LEÓN: ¿Qué gente?

OBRERO 1: (*Sacando papel*) El “Conde” me dio esta lista. Son todos de “La Patronal”.

LEÓN: ¿Con que capataz?

OBRERO 1: Con el alemán Ricardo.

OBRERO 2: ¡Ese es un gato amigo! Lo conozco mucho. Habrá trabajado solo. No arrastra a nadie.

OBRERO 1: Se equivoca. Tenía gente. Aquí están los nombres. (*Enseñando la lista*) El “Conde” trabajó con ellos y trató de levantarlos pero no pudo. Entonces les dijo que se atuvieran a las consecuencias y se les retobó. ¡Casi lo matan! Están todos armados y dicen que van a menudear bala de lo lindo.

OBRERO 2: ¡Puras paradas! Lo que hay es que le tienen miedo a la leña. (*Acción de golpear*).

OBRERO 4: Y habrá que emplearla nomás. De no, nos manyan.

LEÓN: Tiempo al tiempo. Sigamos con los datos. (*Toma el papel de manos del Obrero 1. Al Obrero 3*). ¿Y usted? ¿Fue a las barracas como convinimos?

OBRERO 3: Sí. La “Albion” trabajó con tres chatas de la tropa nueva. Pero eso porque ataron los hijos de don Lino, el tropero. De los carreros ni uno se ha presentado hoy al trabajo. ¡Están así! (*Ademán con el puño*). En eso sí que el boletín miente.

OBRERO 4: ¡Y los que han atado hoy?

OBRERO 3: ¡Del gremio ni uno!

OBRERO 4: No sé. Pero carros hay.

OBRERO 3: Ya le digo, los que han atado los patrones. Y si no, ahí está la prueba. Gente para cargar sobra. Eso se lo aseguro. Lo que no hay es quien acarree.

LEÓN: Es verdad. ¡Pero esta vez los traidores la pagan! Sigamos.

OBRERO 3: En el Dock Sur han trabajado diez guinches. De allí no tenemos más noticias. Ya han mandado gente armada y no es fácil arrimarse a los barcos. En la Dársena Sur lo mismo. Después en Barracas, Boca y Riachuelo no han trabajado porque no se les ha dejado. Esa es la verdad.

Allí tienen miedo. Pero gente hay, traidores hay y si nos descuidamos...

LEÓN: ¡No nos descuidaremos!

OBRERO 2: Se están alarmando de puro gusto. Yo he recorrido esta mañana todo el puerto. De punta a punta. Fui a los diques. Estaban como en día de fiesta. Diez carros, cuando más. En la Dársena, lo mismo. Y en cuanto a Boca, Barracas y Riachuelo, si han cargado cuarenta fardos que me rematen.

OBRERO 3: Creo efectivamente que las cosas no marchan mal. Pero hay que estar muy alerta. Va casi un mes de huelga y yo sé de muchos que pasan por compañeros y que están listos y comprometidos para tomar trabajo en cuanto los patrones cuenten con el apoyo de las autoridades.

LEÓN: Opino lo mismo. Y sé también de algunos, al parecer insospechables, que nos darán el gran chasco. Creen o se hacen los que creen, que estamos vencidos porque la huelga no se ha ganado en tres días; dicen que los patrones no aflojarán, que contarán, como otras veces, con la ayuda incondicional del gobierno y, previendo eso, desde ya quieren aprovecharse para ocupar los claros. Temen quedar desalojados. Porque tienen mujer... porque tienen hijos...

OBRERO 1: ¡Y porque no tienen vergüenza!

LEÓN: Se me ocurre que si nos descuidamos vamos a reproducir el espectáculo que nos presentan los diarios y que acabamos de criticar. Unos en pro y otros en contra... Francamente la cosa me disgusta.

OBRERO 3: Entonces a cambiar de tema. Es decir, a no insistir en el punto. ¿Y el manifiesto de la Federación?

LEÓN: Quedó redactado esta mañana. Félix llevó los originales a

la imprenta. Él se encargará también de la prueba que deberá ver el Consejo para su aprobación definitiva. Como ustedes saben, el Consejo se ha declarado en sesión permanente y tiene autorización para decretar la huelga general de todos los gremios en caso de que seamos sorprendidos por cualquier clase de medidas de fuerza.

OBRERO 4: Creo que eso podríamos darlo por descontado.

LEÓN: Sí. Y en ese sentido es que debemos accionar. No olvidemos que de lo que realicemos en estos momentos dependerá el futuro. Hoy será para nosotros un día de prueba. Comprometamos a todos los compañeros aún no decididos. No descansemos ni un instante. Los manifiestos estarán listos dentro de poco. Aquí vendrá Félix con los primeros ejemplares que pueda sacar de la imprenta. Es necesario empezar a hacerlos circular hoy mismo. (*Al Obrero 1*) ¿Cuántos vapores más llegarán hoy?

OBRERO 1: Anunciados, solo el “Trinidad” y “El Destino” de Corrientes. Con maderas y tabaco. Es decir, de hoy y mañana temprano. “El Destino” atracará aquí mismo. Ese espacio es para él. Ya está reservado. (*Indica el espacio*).

LEÓN: ¿Quién de ustedes conoce la tripulación?

OBRERO 1: A la tripulación yo la conozco, pero es el caso que a bordo viene gente nueva contratada por la casa Armental para remplazar a los obreros de esta. Según noticias propias en el “Trinidad” vienen cincuenta hombres y en “El Destino” más.

LEÓN: ¿Qué clase de gente?

OBRERO 1: Criollos todos. Buenos trabajadores. Fuertes como ñandubayses, capaces de cargar sobre los fardos como casas, correntinos guapos pata lo que los busquen, sin miedo a nada ni a nadie; pero brutos, ignorantes como nadie también. ¡Si entendieran! Porque la raza es de ley.

LEÓN: ¡Ah, si entendieran!

OBRERO 2: *(Al 4)* Che, y vos ¿por qué no hablás? ¿No sos correntino? ¿Defendete!

OBRERO 4: ¿De qué si es verdá? Sin ir más lejos yo casi mato un compañero al yegar.

OBRERO 2: ¿Te acordás? ¡Qué bárbaro!

OBRERO 4: Me habían asegurao que aquí los gringos no querían trabajar, que querían vivir de arriba haciendo güelgas y que al primero que me dijera algo se la diera no más. Y yo que no era manco y que quería darle gusto a la mano, en cuanto se me presentó la ocasión ¡zás! empecé a golpes con el primero que quiso arrimárseme.

OBRERO 2: ¿A golpes? ¡Con facón de doble filo, che!

OBRERO 4: Digo a golpes porque no pegué de hacha.

LEÓN: *(Interesándose vivamente)* ¿Y cómo fue el cambio amigo?

OBRERO 4: Pues, jué así: Un día y con razón me le enfrenté a un capataz que me gritó juerte y el muy indino me echó del barco. A los pocos días estaba en la caye y sin plata. Era cuando la otra güelga; y en esta misma fonda pasó la cosa. Yo había dentrao por ver si pescaba algo así, sin saber cómo, de repente me había trensao en charla con otros tres compañeros, entre los cuales estaba éste. *(Por el Obrero 2)* Ayí supe, por ellos, que las papas quemaban, que la güelga era cada día más grande y que ningún obrero decente y que se respetara debía prestarse a traicionar el movimiento. Yo, que era bruto, inorante como decís vos, *(Por el Obrero 1)* pero no sonso, paré la oreja y entré a comprender. Después me yevaron al local social, hablaron con los de la comisión de socorros y de ayí salí con la comida asegurada pa' mientras durara la güelga. Me dieron una garantía para el fondero, para este

mismo (*Indicando el negocio*) el italiano Bruno que se entendía con ellos. Salí del local cantando y me dije: ¡éstos si que son hombres! Después volví ayí todos los días. Y cuando yegó el primer barco de correntinos, uno igual a esos de que estamos hablando, me ofrecí yo pa dir a convencerlos. Y juí, y les hablé en guaraní, y en guaraní les dije lo que pasaba, y antes de que el barco estuviera bin amarrao al malecón, me alcé con todos y con todos yegué en triunfo al local social en plena asamblea, pa' mejor, aquel día. Jué aquello lo primerito que hice por la causa. Y dende entonces ya saben todos quien es el correntino Ocampo.

LEÓN: Bueno, compañero, entonces usted también es el indicado para recibir esos barcos.

OBRERO 4: Por mí no hay inconveniente.

LEÓN: Es decir usted con nosotros. Usted hará de intérprete, porque lo que es en guaraní no nos haríamos entender, a buen seguro.

OBRERO 4: ¡Si hablan en criollo también! Y en gringo, si a mal no viene. Pero en realidá estas cosas no se entienden a veces ni en la propia lengua. Yo iré, ya lo creo. Y les hablaré como les hablé a los otros, haciéndoles ver que los gringos cuando están realmente con el trabajador, son también crioyos y que no hay más extranjeros en toda la tierra que los que nos explotan como a bueyes. ¡Me tengo por ladino y en cuanto a hombre...!

LEÓN: Lo dicho, entonces. “El Destino” va a atracar aquí, junto al “Cabo Corrientes”, ahí mismo en ese espacio libre que usted ve. (Indica el espacio). Ya usted lo sabe. (Aparece el Mozo de la fonda y se pone a arreglar las mesas. Al Mozo). ¿Qué se debe? Diga.

MOZO: Dos pesos, diez.

LEÓN: Aquí, tome... (*Saca dinero en monedas. Los demás obreros le imitan y pagan a escote.*)

Suena el pito de un remolcador.

OBRERO 4: ¡Ahí está “El Destino”! Me lo dice el corazón.

Aparecen por el lateral derecho, los marineros 1 y 2, que se preparan a recibir el barco que llega. Traen los balones de estopa que se usan para amenguar el choque de los cascos de los barcos al atracar contra los malecones.

ESCENA III

Dichos, Marineros 1 y 2 de tierra, Marineros 1 y 2 de a bordo

MARINERO 1 DE A BORDO:

¡Ahí va cabo! (*Arrojando el cabo a tierra.*)

MARINERO 1 DE TIERRA:

(Recogiendo el cabo) ¡Atraca! ¡Atraca! (*Coloca el balón de estopa entre el malecón y el barco. Después hace la operación de amarrar el cabo.*)

MARINERO 2 DE TIERRA:

¡A mí, más cabo! (*Hace con el balón de estopa la misma operación que el marinero 1.*)

MARINERO 2 DE A BORDO:

¡Va! (*Arrojando otro cabo.*)

MARINERO 2 DE TIERRA:

(Después de atar el cabo). Listo. (*Se siente ruido de cadenas como si echaran anclas.*)

UNA VOZ: ¡Fondo! *(Cesa el ruido. Entre tanto los obreros forman un grupo expectante frente al barco).*

OBRERO 4: En cuanto echen la planchada yo entro al barco.

LEÓN: Convendría antes ponerse al habla con los tripulantes. *(Avanza el grupo hacia el barco. Coincidiendo con este avance aparece repentinamente por el lateral derecho un piquete de soldados armados a mauser y al mando de un Teniente. Tiéndense en línea frente a “El Destino”).*

ESCENA IV

Dichos, Teniente, Soldados

TENIENTE: *(Al grupo de obreros que sigue avanzando).* ¡Atrás!

LEÓN: ¿Atrás, por qué? ¡Queremos hablar con los compañeros que vienen en ese barco!

TENIENTE: ¡Atrás he dicho!

OBRERO 1: ¡Señor...!

TENIENTE: ¡Atrás o mando hacer fuego!

LEÓN: *(Mirándole con fijeza)* ¡Frente a frente! ¡Ya estamos! *(Dirigiéndose a la gente que se supone viene en “El Destino”).* ¡Compañeros! ¡Viva la huelga!

VOZ DEL BARCO:

¡Viva la huelga!

OTRAS VOCES: ¡Vivaa!

TENIENTE: ¡Compañía! ¡Preparen! ¡Armas! ¡Apunten! *(Los obreros retroceden un paso y quedan mirando a los soldados cuyas armas les apuntan al pecho. En el lateral izquierdo aparece Félix con los manifiestos. Se detiene y queda absorto)*

contemplando los grupos formados por los soldados y los obreros).

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

LA MISMA DECORACIÓN DEL CUADRO SEGUNDO Y EL ACTO PRIMERO. PILA DE BOLSAS DE TRIGO A LA DERECHA. AMANECE. SE OYE EL SILBIDO DE LAS SIRENAS DE LOS REMOLCADORES QUE SE SUPONE, HACEN EVOLUCIONES EN EL RÍO. PEQUEÑO CAMPAMENTO DE SOLDADOS EN LA CALLE. ESTOS TOMAN MATE JUNTO A UN BRASERO. FRENTE AL BARCO SE PASEA UN CENTINELA.

ESCENA I

Sargento, Soldados 1, 2 y 3

SOLDADO 1: Pa mí que la güelga a fracasau, no más.

SOLDADO 2: ¡Oy y de no! Para algo habían de servir estos razonamientos... *(Por el arma).*

SARGENTO: ¡Son infalibles, che!

SOLDADO 1: Sin embargo, hablando en plata, yo creo que los hombres tenían razón. El trabajo es duro, es pesao y no lo pagan.

SOLDADO 2: ¡Avisá, che! Me parece que vos también has estao por plegarte al movimiento....

- SARGENTO: ¡Mirá el güelguista!
- SOLDADO 1: Güelguista, no. Pero yo sé lo que es trabajar, agachar el lomo, sudar el quilo, reventarse en la güeya, solo pa tener pan y techo.
- SOLDADO 3: ¡Cuidado hermanito! Mirá que si seguís así vamos a tenerte que fusilar. Con estas cosas no se juega.
- SOLDADO 1: La verdá es que, día más, día menos, todos hemos de estar ayí.
- SOLDADO 2: ¡Ayí! ¿Con ellos, con los gringos güelguistas que vienen aquí, a esta tierra de criollos lindos, ha hacer baruyo pa vivir de arriba? ¡Cómo no! ¡Irás vos, che! Pero lo que es yo tengo unas ganas de meterles bala... ¡Te juro, che! El día aquel que yegamos aquí, la semana pasada, cuando el teniente dijo: ¡Apunten! Estuve esperando el ¡fuego! Con unas ansias... De haber sabido les largo el tiro ahí nomás y después digo que me había equivocado...
- SOLDADO 2: ¡Zas! Ya te pasaste vos. ¡No podés con la sangre! No vos que estaban desarmaos, que no hacían resistencia...
- SOLDADO 2: ¡Oh! ¡y quien los mete a sonsos, entonces! ¡Pa que aprendieran, pues!
- SARGENTO: ¡No seas bárbaro!
- SOLDADO 1: Veo que estamos todos macaneando.
- SOLDADO 2: Macanearás vos. Fijáte que entre ojos mismos hay quien quiere trabajar.
- SOLDADO 1: Porque no se dan cuenta. Y vos tampoco. Vamos a ver, decime, ¿por qué hablas así? ¿Por qué los odiás tanto? Explícate.
- SOLDADO 2: Porque son gringos, ¿sabés? ¡Yo no las voy!
- SOLDADO 1: ¿Gringos? ¡Hay crioyos también che, en la güelga!
- SOLDADO 2: Para mí, no. ¡Los güelguistas son todos gringos! Van contra los crioyos y hay que dárselas, no más.

- SOLDADO 1: Bueno. Está bien. Así será. Pero lo que no me van a negar es que es triste que entre ellos mismos no se entiendan. Se ha dicho: ¡A no trabajar! Y ahí andan arrebatándose los puestos pa' conseguir un mendrugo y obligándonos a nosotros a defenderlos.
- SOLDADO 2: Yo los dejaría solos pa' que se trenzaran. ¡Qué agarrada de mi flor! ¡Hermanito! Porque hay algunos de ley. No hay más que verlos.
- SOLDADO 2: Mejor sería que nos dejaran mojar a nosotros. Ya verían como se arreglaban las cosas. ¡Yo les iba a dar! ¡Qué güelga ni que güelga! ¡Meta bala y se acabó!
- SARGENTO: ¡Ahijuana! ¿Qué hacés entonces que no te ofrecés pa' poner fin al asunto?
- SOLDADO 2: Sí, che, en un día. ¡Yo había e' ser gobierno!
- SOLDADO 3: ¡Adiós presidente!
- SOLDADO 2: ¡No embromés! ¿También vos les andás con lástimas?
- SOLDADO 3: Yo no. Pero es que a la verdá, no dan motivo...
- SOLDADO 2: ¡Qué motivo ni qué motivo! ¿Pa' que arman bochinche, entonces? Pa' vivir de arriba ¿sabés? ¡Qué trabajen, che! ¡Y cayaos la boca! Demasiao hacen los patrones con matarles el hambre.
- SOLDADO 1: Eso no. Ellos trabajan y les pagan.
- SOLDADO 2: ¡Y entonces! Si les pagan...
- SOLDADO 1: Dan sus razones. Les pagan poco.
- SOLDADO 2: Es que todos tiran a ricos ¿sabés? Y eso no puede ser.
- SOLDADO 1: Quieren ser menos pobres. Eso es todo. Sufren. Yo sé...
- SOLDADO 2: Lo que vos sabés es hacerte el interesante. Y el retobao. Si estás con ojos, decilo. No andés con güeltas. ¡Parecés gringo, también!

- SOLDADO 1: Tu abuela, che. ¡Eso no!
- SOLDADO 2: ¡Oh y entonces! ¿O tenés miedo?
- SOLDADO 1: ¿Miedo? ¡Avisá!
- SOLDADO 2: Digo. Parece...
- SOLDADO 1: ¡No! Es que no puedo ver lo que pasa. Yo te he dicho que yo sé lo que es trabajar. En Colastiné y en el Rosario yo también he levantar campamento, ¡muchachos! Dame el palda. Nueve y diez horas diarias. Ochenta kilos aquí *(Ademán que indica el hombro)* ¡Es para matar bueyes! Después la paga...
- SOLDADO 2: ¡Qué querés! Hay que conformarse. A cada uno lo suyo. El pobre es pobre y...
- SOLDADO 1: Y... que reviente ¿verdá?
- SOLDADO 2: ¡Que aguante!
- SARGENTO: ¡Eh! ¡Eh! Basta de charla. Que se viene el día y hay que despertar al teniente. ¡A levantar campamento, muchachos! Dame el último mate. *(Al que ceba)* Se lo voy a ofrecer al jefe.
- SOLDADO 3: Tenés razón. Vamos al barco. *(Comienzan a levantar los utensilios).*
- SOLDADO 2: Vamos. Vamos *(Se dirigen a "El Destino". Penetran en el barco. El Sargento regresa y toma el mate de manos del Soldado 1. Este hace mutis con la pava).*

ESCENA II

Sargento, Teniente

- SARGENTO: *(Después de golpear la puerta de la fonda).* Sin novedá, mi teniente. Ya es la hora.

TENIENTE: *(Desde adentro)*. Estaré en seguida. Entre tanto haga aprontar a los soldados para hacer una recorrida. Vamos a ir hasta la Dársena Sur con la mitad de los hombres.

SARGENTO: ¿Nada más, mi teniente? ¿No quiere un matecito?

TENIENTE: No está de más. Páselo. *(Entreabre la puerta y toma el mate. Pausa. Devuelve el mate)*.

SARGENTO: *(Haciendo la venia)*. Si no ordena otra cosa...

TENIENTE: Vaya no más y espéreme en el barco.

SARGENTO: A la orden *(Mutis hacia "El Destino". Pausa. El centinela continuará paseándose como en la escena anterior)*.

ESCENA III

Teniente, Sargento, Soldados

SARGENTO: *(Sale de "El Destino" y se para frente al barco)*. ¡A ver muchachos! A formar inmediatamente. Carga doble en las cartucheras. ¡Listos para todo!

Los soldados van apareciendo armados a mauser, lenta o precipitadamente. A capricho. Se trata de gente recién levantada y que lleva varios días de servicio recargado. Se empujan, dan muestras de cansancio, unos, otros de buen humor a pesar de todo. El Sargento los prepara dando varias voces de mando. El Teniente sale de la fonda prendiéndose la espada al cinto. Se dirige a donde están los soldados. Habla con el Sargento y hace como que le da una orden. El Sargento repite la misma escena con el centinela. Enseguida el Teniente asume el mando del piquete.

TENIENTE: ¡Paso al frente! ¡En línea! ¡Flanco derecha! ¡De a dos en fondo! ¡March!

Mutis por la derecha. Pausa. Solo se oyen en escena los pasos del centinela. El Mozo de la fonda comienza a sacar

mesas y sillas que irá colocando convenientemente a la espera de los parroquianos.

ESCENA IV

Mozo 1, Obreros 5 y 6

OBRERO 5: *(Sentándose a una mesa. Al Mozo)* Café.

MOZO 1: Un momento se está haciendo. *(Pausa. Continúa el arreglo y al terminar hace mutis).*

OBRERO 6: *(Entrando)*. Ola. ¿Qué tal? ¡Salú!

OBRERO 5: Salú.

OBRERO 6: *(Sentándose a la misma mesa)* ¿Se trabaja hoy?

OBRERO 5: *(Señalando las bolsas)* La pila espera.

OBRERO 6: Yo no iba a venir todavía. Pero ayer me hizo hablar Marcos y aflojé.

OBRERO 5: Bien hecho. Lo que había de suceder mañana que suceda hoy. De todas maneras...

OBRERO 6: Si no viniera yo, vendría otro. ¿verdad? Eso es lo que yo me dije y por eso aquí me tiene. ¿Y usted?

OBRERO 5: Yo estoy desde el primer día que Marcos se comprometió con los Pérez. Me hizo argumentos y me convenció.

OBRERO 6: Pero hay tormenta contra él. Usté sabe lo que él ha sido otras veces. ¡Así! ¡Duro! ¡Como fierro!

OBRERO 5: Sí. Por eso, cuando él ha hecho lo que vemos, sus motivos tendrá.

OBRERO 6: Con motivos o sin ellos, hecho está. Y la cosa no tiene remedio. Volver atrás sería peor.

- OBRERO 5: ¡Ni pensarlo! Hoy menos que nunca. Créame, la situación se aclara. No pueden resistir más. Los pocos que quedan, firmes, irán presos o tendrán que salir del país.
- OBRERO 6: Sin embargo, yo no vengo contento del todo. ¿Para qué voy a negarlo?! Lo que hay es que la miseria es fieraza y yo le tengo miedo. ¿Qué quiere!? Después que yo presiento algo gordo todavía. Esto no va a quedar así.
- OBRERO 5: ¿Qué puede suceder?
- OBRERO 6: No sé. Sin ir más lejos tengo la seguridad de que a Marcos no se la perdonarán.
- OBRERO 5: ¿Por qué?
- OBRERO 6: Porque Marcos estaba comprometido con ellos. Y fue así nomás que, un de repente, aprovechó la ocasión y acetó un buen puesto.
- OBRERO 5: Había estao sin trabajo mucho tiempo.
- OBRERO 6: Así y con todo, la cosa es fea.
- OBRERO 5: Eso es según como se aprecée. Fíjese bien. El hombre tiene familia, obligaciones muy serías.
- OBRERO 6: Lo sé. Pero ¡qué quiere! Hay cosas duras. Yo, en su caso, no sé, pero me parece que hubiera obrao de otro modo. Fíjese que el hombre arrastra gente, que sabe trabajar, que es un capataz como hay pocos, en fin, que es un elemento de primer orden para los patrones. Y la verdá es que se ha entregado perjudicando a sus compañeros.
- OBRERO 5: En cambio, la otra vez el perjudicao fue él. Y aunque era bueno, y conocía el trabajo, porque pa hacer una estiba como manda el código, de ésas de ley, que hacen marchar el barco sin que se mueva un granito, no hay muchos Marcos, los patrones lo boicotearon y mientras casi todos los compañeros volvían al trabajo él tuvo que morderse las carnes de rabia y quién sabe si de hambre también.

- OBRERO 6: Está bien. No digo que no. Pero el caso es serio. No cabe duda.
- OBRERO 5: Por otra parte, es muy hombre, Marcos. Y si lo buscan... Créame: no se la van a yevar tan barato.
- OBRERO 6: En fin, tiempo al tiempo. Todo á de andarse.

ESCENA V

Los mismos, Obreros 7 y 8, Marcos, un Panadero

Otros obreros aparecen por el foro, se acercan a la pila para comenzar el trabajo. Suena una campana en el barco. Después ruido como de guinches que empiezan a ponerse en movimiento. Preparativos para el trabajo de carga.

- OBRERO 7: *(Se sienta).*
- OBRERO 8: Buenos. *(Imitándole. Los otros obreros contestan. Aparece el Mozo con servicio de café. Atiende al Obrero 5).*
- OBRERO 7: A mí, un completo.
- OBRERO 8: Capuchino en vaso grande.
- MOZO 1: *(Al Obrero 7)* No hay pan todavía.
- OBRERO 7: ¡Panadero dormilón! ¡No digo!
- OBRERO 5: *(Mirando hacia el lateral izquierdo).* Hablando del rey de Roma...
- PANADERO: ¡Panadero!
- OBRERO 7: ¡Aquí! ¡Por favor! *(Ademán de tomarle el pan. Otros le imitan).*
- MOZO 1: ¡A ver! ¡A ver! Que hay para todos si no arrebatan. ¡Aquí! ¡Aquí! *(Tomando la canasta del pan penetra a la fonda. Después sale, despacha al Panadero y vuelve a entrar).*

ESCENA VI

Los mismos, Marcos

- MARCOS: ¡Salud, compañeros! (*Los obreros le contestan afablemente*).
- OBRERO 7: (*Al Mozo de la fonda en voz alta*) ¡Otro completo para el capataz!
- MARCOS: ¡Eh, no! Café solo. Ya me he desayunado. ¿No hay novedades? ¿Ha venido gente nueva? De usted no hablo (*Al Obrero 6*), porque ya contaba con su ayuda.
- OBRERO 6: Ayer le contesté al “negro” que sí; que vendría. Y ya ve: he cumplido.
- MARCOS: Bien. Esto marcha. Me he propuesto triunfar y lo conseguiré. Ya estoy en el camino y no he de pararme. (*Fijándose en los obreros que estarán cerca de pila*) ¿Entre aquellos? ¿Se han dado cuenta? ¿Hay caras desconocidas? (*Pausa*) No. Son los mismos de ayer. Uno, tres, cinco. (*Saca una libreta. Aparece el Mozo y empieza a servir lo pedido*). Y cuatro, nueve. Ya hay para dar principio a la tarea. Ocho he mandado al “Relámpago” y seis al “Yonhson”. Para la tarde cuento con cuatro más. A este paso la derrota de la huelga no puede discutirse. Me alegre y no. Pero acato los hechos como una fatalidad. Por otra parte, ahora, cuanto antes termine el movimiento, mejor. Y eso es lo que hay que pesar en la balanza antes que nada. (*Observa el barco*) ¿Y la tropa? ¿La han retirado?
- OBRERO 5: Me parece que a bordo ha quedado alguna gente, además del centinela. Cuando venía vi a la mitá del piquete con el oficial marchando para ayá (*Señala a la derecha*), camino a la Dársena.
- OBRERO 8: No han retirado nada. Al contrario. Hoy he visto fuerzas nuevas llegando a Barracas.

- OBRERO 7: Yo también en los diques.
- OBRERO 5: Pero, ¿y qué temen ahora?
- OBRERO 6: ¿Y qué quiere? ¿Qué no teman? Quizás sea este el momento más grave. Cuando se va a jugar el todo por el todo. Hay todavía mucha gente resuelta. Más que nunca. Lo sé. Conozco a muchos. Ya verán como no aflojan así nomás. ¡Miren quienes!
- OBRERO 5: ¿Y quiénes son esos guapos? Quisiera verlos.
- OBRERO 6: No hay para qué nombrarlos. Todos los conocemos.
- OBRERO 5: ¿Algún león?
- OBRERO 6: Sin querer o queriendo, no sé, a nombrado a uno.
- MARCOS: *(Mirando con intención al Obrero 6)* A ese León yo lo conozco. No hay que temerle. A estas horas debe ya estar enjaulado.
- OBRERO 5: Destino e fieras.
- OBRERO 6: No. Destino de los que son más hombres que nosotros.
- MARCOS: *(Después de un silencio)* Diga ¿Usted ha venido aquí a pelear?
- OBRERO 6: No.
- MARCOS: Entonces no hablemos más de lo que pueda o no suceder. El barco espera. Ya es la hora. *(Saca el reloj)* Acaban de dar las seis. *(Se levanta)*. ¿Listos todos?
- OBREROS: Sí. Sí *(Pagan al Mozo)*.
- MARCOS: A cargar entonces *(Se dirigen a la pila de bolsas incorporándose a los demás obreros. Algunos trepan al montón y otros comienzan el traslado de las bolsas al barco. Marcos, frente a la pila y a medida que los obreros pasan para subir por la planchada a "El Destino" va anotando en su libreta y contando: uno... dos... tres... etc.)*.

TELÓN LENTO

CUADRO SEGUNDO

LA MISMA DECORACIÓN. LA PILA DE BOLSAS HA DISMINUIDO MUCHO. HORA DE ALMUERZO EN LA FONDA. MESAS TENDIDAS AFUERA. PUEDE HABER UNA O DOS MESAS OCUPADAS ADEMÁS DE LAS QUE SE INDICAN.

ESCENA I

Mozo 2, León, Salvador, Obreros 9, 10 y 11

León y salvador en una mesa. Obreros 9, 10 y 11 en otra.

MOZO 2: *(Gritando desde la puerta).* ¡Buseca a la Lombarda per uno!
¡Tagliatteli al pomodoro per due! ¡Una barbera! *(Va hacia la mesa donde están los obreros 9, 10 y 11. Al Obrero 9).* Nun é minga puchero. ¿Qué voglie?

OBRERO 9: *(Observando la lista)* Pescado entonces.

MOZO 2: ¿Vin también?

OBRERO 9: Vino, sí, tres vasos.

MOZO 2: *(Impaciente después de hacer un gesto, como indicando que ha esperado inútilmente a que completen el pedido).* Tre bichieri...tre bichieri... lo só; má, qué clase. ¿Bianco? ¿Nero?

OBRERO 10: ¡Negro, hombre, negro! Ya sabés, del especial pa nosotros. ¡Barbera... de San Juan, pues! *(Con intención).* ¡Y sin mezcla, eh! Mirá que ese ya está bautizado por el santo. No le echés más bendiciones...

MOZO: ¡Má qué benedicione ni que benedicione! ¡Genuino!
¡Pura uva, io lo garantizco!

OBRERO 11: ¿Y a vos quien te garantiza che, gringo charleta? ¡No digo!

MOZO: *(Sonriendo)* ¡Ma, sí, criollito; ma sí, pura uva, pura uva, credetime! *(Yendo a la mesa de León y Salvador. A Salvador)*. Lista la insalata de pepin. ¿Se la porto don Salvadore? Finca lo meno una hora in la salmuera. Como a usted le gusta.

SALVADOR: ¡Bravo! Se agradece.

MOZO: ¿Otra especialitá? o demandato il vin.

SALVADOR: *(A León)* Usted León ¿Qué desea?

LEÓN: Yo, cualquier cosa. Pida para los dos.

SALVADOR: *(Tomando la lista. Al Mozo)*. Tallarines; este pescado y fruta. Ya está. *(Dejando la lista)*. Y lo más rápido posible. Haga el servicio. Hay apuro.

MOZO: Súbito. Súbito. *(Recoge platos de las mesas. Entrando a la fonda)* ¡Tagliatelli al sugo per due! *(¡Pausa!)*.

ESCENA II

Los mismos, menos Mozo 2

OBRERO 9: *(A León, después de observarlo fijamente)* Me parece que yo a usted lo conozco.

LEÓN: Puede ser. Más no recuerdo.

OBRERO 9: Usted es León Almeida, ¿verdá?

LEÓN: El mismo. No se equivoca. ¿Y usted?

OBRERO 9: Yo creo que alguna ves... Le dije que era Serapio... *(León lo mira con intención y desconfianza)*. Fue en la otra güelga.

LEÓN: Es posible.

OBRERO 9: Allí me hice del oficio.

- LEÓN: ¿Estibador?
- OBRERO 9: Era el caso.
- LEÓN: ¿Y ahora?
- OBRERO 9: ¿Ahora? Pa que mentirle. Estoy con los que trabajan. De fijo... estoy, estamos será más propio.
- LEÓN: ¿Ya han cargado?
- OBRERO 9: Todavía no. Entramos con los de la tarde.
- LEÓN: ¿Aquí?
- OBRERO 9: Justo. Ahí está el barco. (*Señalando "El Destino"*).
- LEÓN: (*Mirando el barco*) ¿El Destino! ¿Quién los contrata?
- OBRERO 9: A la verdá, yo no sé. Pero yo creo que es Marcos. En su nombre me han hablao. Y yo a éstos. Y yo a éstos. (*Por los obreros 10 y 11*).
- OBRERO 11: Así es. Nos han dicho que la güelga a fracasau.
- LEÓN: ¡Mentira! Los han engañado. Como siempre. ¡Con malas artes, con mañas, como a infelices!
- OBRERO 11: ¡No diga!
- LEÓN: ¡Siempre igual! ¡Ah, los traidores!
- OBRERO 10: ¡Nosotros no!
- LEÓN: ¡Ustedes! Pero y ¿por qué no se enteran?
- OBRERO 11: Desde que Marcos nos yamaba según este (*Por el Obrero 9*), nosotros hemos creído que la cosa ya estaba arreglada. O por arreglarse.
- OBRERO 9: ¡Avisá! ¿Te hacés el sonso?
- OBRERO 11: ¡Yo no! Vos me dijiste, vos me asegurastes que el movimiento había terminao, que ya no había nada que hacer sino tomar trabajo.
- OBRERO 10: Te juro que así dijistes.

OBRERO 9: Bueno, yo no sé. El caso es que ustedes están comprometidos.

SALVADOR: Permítame. Comprometidos, ¿por quién?

OBRERO 9: ¡O por mi, pues!

LEÓN: *(Indignado y con asombro)* ¿Por usted? Y usted ¿quién es?

OBRERO 9: *(Con intención socarrona)* ¡Ya le he dicho... soy... Serapio!

LEÓN: ¡Carnero! *(Se levanta furioso)*.

OBRERO 9: *(Levantándose también)* ¡Su madre, perra!

León quiere lanzarse sobre el obrero 9. Salvador, haciendo grandes esfuerzos le contiene, mientras los Obreros 10 y 11 hacen lo mismo con el Obrero 9.

LEÓN: ¡Traidor! ¡Carnero! ¡Carnero!

ESCENA III

Los mismos, Mozo 2

MOZO 2: *(Contemplando los dos grupos)*. ¡Oh, non disturbare! ¡Ah, il crioyito buchinchero! *(Al Obrero 9)* Aquí está il vin y el pescato. Mangia! ¡Mangia! ¡Non disturbare! ¡Non disturbare! *(Pasa a la mesa de León y Salvador, quienes vuelven a tomar asiento así como el grupo de obreros)* La insalata don Salvatore. E il barbera. *(Destapando la botella. A media voz)*. Non facaso don Salvatore a cueli atorante.

El Mozo 2 continúa atendiendo las demás mesas y vuelve a hacer mutis. En las demás mesas donde haya gente se producirá la agitación correspondiente cuando el altercado. Siguen comiendo. Pausa.

ESCENA IV

Los mismos, Telma, Julio

LEÓN: *(Al ver aparecer a Telma por la derecha)* ¿Telma aquí, la hija de Marcos?

TELMA: En su busca vengo, León.

LEÓN: *(Saludándola y ofreciéndole una silla)*. Un amigo, un compañero. *(Presentando a Salvador)*.

TELMA: *(Con intención)* ¿Huelguista también?

SALVADOR: No, un mirón solamente.

TELMA: *(A León)* ¿Puedo hablar sin peligro?

LEÓN: No. Pero el peligro está allí *(Por los obreros 9, 10 y 11)*. Vamos a cambiar de mesa. Aquí. *(Trasladándose. A Julio)*. ¿Y tú, Julio? Ayudanos. *(Aparece el Mozo)*.

MOZO 2: Aspetta, aspetta. Sia comodo. Porto tutto. Porto tutto. Vade, vade.

Dejan hacer al Mozo. Este termina la operación. Después acude a otras mesas de donde lo llaman con insistencia a capricho de los actores.

SALVADOR: *(A Telma. Por Julio)* La felicito por la compañía. *(Acaricia al niño)*.

TELMA: Este es una buena pieza...

JULIO: Sí, quejate, nomás. Si no es por mí, no das con la fonda.

LEÓN: Probado queda que el guía no le ha fallado.

TELMA: En realidad él me ha traído hasta aquí. Ignoro como conocía la guardia. Pero el hecho es ese.

JULIO: Yo he estado con don León aquí. Y con papá también. *(A León)* ¿Se acuerda del año pasado? Después he venido solo también. ¡Más veces!...

TELMA: ¿Solo?

JULIO: Con Jorge, sí. ¿Qué te asombras? Y conocemos al dueño. Vas a ver, si está. Se llama don Bruno.

LEÓN: Es verdad.

JULIO: Y es amigo mío y de Jorge.

SALVADOR: Y esa amistad ¿cómo vino? Cuenta, que ha de ser interesante.

JULIO: ¿Quiere saber? Bueno, mire. ¿La verdad?

SALVADOR: Sí, la verdad.

JULIO: *(Con ingenuidad picaresca)* Le vendemos pajaritos...

SALVADOR: ¿Pajaritos?

JULIO: Claro, para la polenta. Plato especial. Fíjese. Mire la lista: domingos y días de fiesta. Cazamos por la mañana...

TELMA: *(Ríe con una risa que contrasta visiblemente con su estado de ánimo)* ¡Ay, qué chicos! ¡Parece mentira! Estoy loca de dolor, no sé lo que me pasa y río. ¡Qué contraste!

SALVADOR: Es ley de vida.

TELMA: Por un instante he olvidado.

LEÓN: ¿Qué pasa?

TELMA: Su vida corre peligro.

LEÓN: ¿Viene usted a ponerme de guardia?

TELMA: A qué vengo, bien, no sé. Pero una fuerza me empuja. Fuerza extraña, fuerza inmensa. *(Exaltándose)* Quisiera estar a su lado. Combatir por sus ideales. Ser usted mismo. ¡No sé! *(Pausa)*. ¡Pero todo esto es locura! Escúcheme. Yo he venido a darle cuenta de cosas graves que han ocurrido en su casa.

LEÓN: La policía quizás...

- TELMA: Sí. Estuvo anoche.
- LEÓN: Lo presentía.
- TELMA: Y hoy...
- LEÓN: ¿Hoy qué?
- TELMA: Al llegar Félix, en su busca, fue aprehendido. Después...
- LEÓN: ¡Uno más! Siga.
- TELMA: Después, los miserables han registrado la casa, se han apoderado de todos sus papeles, nos han interrogado a los vecinos y allá quedan esperando. Por eso y por otras cosas yo he resuelto dar este paso, avisarle. Yo sabía que usted frecuentaba esta casa. Que aquí se reunían.
- JULIO: ¿Sabías? ¡Mucho sabías! Decí ¿por quién?
- TELMA: Por ti, querido, por ti.
- SALVADOR: ¿Y su padre, Telma?
- TELMA: ¡Mi padre! Esa es otra nube. ¡Ah, mi padre, estás ofuscado!
¡Lo está! Y así, en ese estado, aunque él es bueno, muy bueno, lo creo capaz de todo. Temo algo grave. ¡Temo que el mal nos arrastre! ¡Temo por él, por usted, por mí!
- LEÓN: ¿Por usted?
- TELMA: Ya se lo he dicho: estoy loca, de dolor, sí (*Transición*).
¡No me escuche, León, ahora! Y usted (*A Salvador*) disculpe estas cosas.
- SALVADOR: Dígame mejor, comprenda...
- TELMA: Necesito desahogarme. Necesito decir lo que pasa por mi espíritu atormentado.

Aparece otra vez el Mozo. Se acerca a la mesa. Salvador le indica con un gesto significativo que guarde silencio y que se retire. El Mozo pasa a la mesa de los Obreros 9, 10 y 11. León se levanta, va al fondo de la escena y vuelve.

ESCENA V

Obreros 9, 10 y 11, Mozo 2

OBRERO 9: *(A los otros dos).* ¿Café, muchachos?

OBRERO 10: Para mí, café y grapa.

OBRERO 11: A mí también.

MOZO: ¡Ma, que grapa! Hay la Sambucca. E mecor. La porto per tutte tre. *(Medio mutis).*

OBRERO 9: *(Por el Mozo)* ¡Este gringo está tocao! Vení p'aca y atendé. Trae de lo que te han pedido. ¡Grapa te han dicho!

MOZO: ¡Má sí! Te porto la grapa. *(Mutis)*

ESCENA VI

León, Telma, Salvador, Julio

LEÓN: *(Regresando. A Telma)* Antes que usted continúe yo debo advertirle que su padre vendrá por aquí dentro de pocos minutos.

TELMA: ¿Mi padre? ¿Aquí? ¿Y usted lo espera? *(Con asombro interrogativo).*

LEÓN: No he venido con esa intención. Por casualidad acabamos de saber la noticia. Momentos antes que usted llegara. Está cargando ese barco *(Señalando).*

TELMA: *(Mirando hacia el foro)* “El Destino”. Entonces yo debo irme. Es necesario. Sería una imprudencia que me viera conversando aquí con ustedes. El no razona. Está ciego. *(Pausa. A León)* Y ustedes no han vuelto a verse ¿verdad?

- LEÓN: Desde la mañana aquella en que estuve yo en su casa.
- TELMA: Es extraño.
- LEÓN: No. Porque estos días yo he andado en comisión por la Dársena Norte. Y como él ha trabajado siempre aquí...
- TELMA: ¿Y ahora?
- LEÓN: Ahora tengo que hacer por estos lados. Mi puesto está aquí. *(Telma queda muda, absorta, meditativa)*. ¿En qué piensa?
- TELMA: *(Enigmática)* ¡En el destino! *(Como divagando)* Yo sé... yo siento... ¡ay de mí!
- LEÓN: ¡Pero qué!
- TELMA: *(Exaltada)* ¡Que mi vida va ha romperse! ¡Que estamos todos perdidos! ¡Él! ¡Usted! ¡Yo!... ¡Maldición!
- LEÓN: ¡Pero Telma, vuelva en sí yo se lo pido! Razone, piense, serénese.
- TELMA: *(Como hablando consigo misma)*. ¡Y es mi padre! ¡Y yo lo quiero! ¡Y la vida por él diera! ¡Pero hay algo más fuerte que él, que mi cariño, que yo!
- SALVADOR: La idea.
- TELMA: ¡Sí! Usted lo ha dicho. La idea. ¡Ella es más fuerte que todos! Ella me ha traído aquí. *(A León)* Ella me empuja hacia usted, hacia su cariño y allá voy, no sé si a la muerte o a la vida. Pero voy. Marcho impulsada.
- LEÓN: ¡Telma, Telma! La idea nos une. Tenga usted fuerzas y triunfaremos.
- TELMA: ¿Fuerzas? Las tengo. Lo que me falta es fe. ¡Fe en un cariño, fe en un amor, fe en algo muy grande que pueda llenar la vida, fe que usted ha podido darme, León!
- LEÓN: Yo doy lo que tengo, Telma.
- TELMA: ¡Vuelvo a delirar! Perdóneme. ¡Ay, qué locura! *(Pausa-transición)*. ¡León, prométame una cosa!

- LEÓN: Telma, hermana mía...
- TELMA: Prométame que nadie atentará contra la vida de mi padre. Ya le he dicho: yo tímele por él, por usted, por mí... *(A Salvador)* Y usted que ha de ser bueno, aconséjelos; sí. Se lo pide una mujer que sufre.
- SALVADOR: Se agita usted demasiado. Tenga más calma.
- TELMA: ¡No Puedo! ¡No puedo! Hace muchos días que vivo fuera de mí, que he pensado dar este paso, pero siempre he temido. Yo sé que mañana, hoy, quizás dentro de unos minutos, van a encontrarse aquí unos hombres que están en su derecho, con mi padre, que estará equivocado pero que también pero que también cree defender lo que le corresponde. Vendrá el choque. Vendrá porque ya las cosas han llegado a un punto extremo y de ese choque solo podrá salir el mal para todos.
- LEÓN: ¡Basta Telma!, ¿qué quiere usted?
- TELMA: Que usted respete a mi padre.
- LEÓN: *(Como quien toma una gran resolución)* Por su cariño, lo prometo.
- TELMA: *(Con repentina alegría)* ¿Sí? ¿Puedo irme confiada?
- LEÓN: Míreme bien. ¿Merezco yo que se dude de mi palabra?
- TELMA: *(Mirándole en los ojos)* ¡Oh, no! ¡No! Voy tranquila. Conviene que me vaya sin mayores demoras.
- LEÓN: Sí, Telma.
- TELMA: *(Despidiéndose de Salvador)* No sé lo que usted pensará de mí. Ha sido esta una entrevista tan rara...
- SALVADOR: La verdad es que, para mí, todo esto es nuevo y raro pero de gran interés. Se lo declaro con toda franqueza.
- TELMA: En fin, quizás tenga usted oportunidad de conocerme mejor; en momentos más tranquilos, que ojalá lleguen pronto.

- SALVADOR: Se diría que hay pesimismo en sus palabras.
- TELMA: No puedo ocultarlo. Pero tengo que irme. *(A Julio)* Despidete.
- LEÓN: *(Acariciando a Julio)* ¿Cuándo quieres que comamos la pulenta con pajaritos?
- JULIO: Si me consigue permiso: a mí ya Jorge, mañana. Sino el domingo. Ya sabe, plato especial...
- TELMA: Yo le voy a dar a usted plato especial. Camine. *(Se despide. Mutis con Julio. Pausa).*

ESCENA VII

Obreros: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11, León, Salvador

- OBRERO 4: *(Entrando a escena como si viniera retrocediendo y conteniendo el avance de los demás obreros)* ¡No han d'ir, he dicho! ¡Y esta vez va de veras! ¡Aquí no va a trabajar naides!
- OBRERO 5: ¡Avisá si querés morir! ¡Despejá o si no! *(Parándose frente a frente del Obrero 4 y amenazándole con sacar armas. Murmullos entre los demás obreros).*
- OBRERO 6: *(Conteniéndolos)* ¡No, no, aquí no!
- LEÓN: ¿Qué es eso? ¿Quiénes son? *(Observando al Obrero 4).* ¡Son compañeros! *(Va impetuoso hacia el grupo interponiéndose entre los obreros 4 y 5 evitando el choque).*

Los obreros avanzan a primer término en dos grupos. Salvador debe vigilar todos estos movimientos. Los obreros 1, 2, 3 y 4 quedan formando un grupo frente a los obreros 5, 6, 7 y 8 a quiénes se incorporan los obreros 9, 10 y 11 formando otro grupo. León quedará en el centro de la escena. Momento de gran expectativa.

ESCENA VIII

Los mismos, Marcos

MARCOS: *(Dirigiéndose a los obreros 5, 6, 7, y 8)* ¿Qué hay? ¿Qué pasa aquí?

OBRERO 5: Nada. Que estos guapos dicen que no nos van a dejar trabajar.

MARCOS: *(A León. Furioso)* ¡Usted manda esa gente! ¡Esta es obra suya! *(Como haciendo un gran esfuerzo León guarda silencio)*.

OBRERO 9: ¡Sí! ¡Él manda!

LEÓN: *(Al Obrero 9)* ¡Usted miente!

MARCOS: ¡Aquí el único que miente es usted! *(A los obreros de su grupo)* ¡A ver! ¡Al barco!

OBRERO 5: ¡No! ¡No!

MARCOS: ¡Al barco he dicho!

OBRERO 1: *(a León)* ¿Y usted permite el insulto? ¡Usted! ¡Usted, León!

LEÓN: ¡No sé qué pasa por mí! *(Mira al grupo de sus compañeros asombrados antes su actitud)*.

SALVADOR: ¡León! ¡León! Permítame... *(Se coloca resuelto al lado de León. A Marcos)* Escúcheme...

LEÓN: *(Deteniéndole)*. ¡Imposible! *(Salvador con un gesto enérgico insiste en su actitud mediadora)*. ¡Déjeme! ¡Déjeme! ¡Lo exijo!... ¡Lo suplico!... *(Con bondad imperiosa. Después, como tomando una gran resolución y avanzando hacia Marcos. Sereno. Iluminado)*. Guarde el arma.

MARCOS: ¡No avance porque hago fuego!

LEÓN: *(Exaltadísimo)* ¡Aquí o allá! ¡Esta es mi sangre! ¡La doy! *(Abre los brazos y sigue avanzando)*.

- MARCOS: *(Retrocede un paso y hace fuego)* ¡Usted lo quiso! *(León cae)*.
- SALVADOR: *(Corre a sostenerlo)* ¡León! ¡León! *(A Marcos)* ¡Asesino!
- Momento de gran confusión. Los obreros sacan sus armas y van a acometerse cuando hace su entrada, violenta, el piquete de soldados al mando del Teniente.*

ESCENA IX

Los mismos. El Teniente

- TENIENTE: *(Espada en mano se coloca con sus hombres entre los dos grupos)*. ¡Orden! ¡Orden!
- OBRAERO 1: ¡Traición! ¡Traición!
- SALVADOR: *(Al Teniente)*. ¡Mire usted! ¡Lo han asesinado! *(Medio mutis a Marcos)*.
- TENIENTE: ¡Nadie se mueva! ¡Fuego al que huya!
- SALVADOR: ¡Amigo mío! ¡Amigo mío! *(De rodillas. Silencio)*.
- LEÓN: ¡Mi sangre! ¡Mi sangre! ¡Aquí o allá era lo mismo! ¡Que no me venguen! ¡Viva la huelga! ¡Compañero! ¡Viva! Vi... va *(Muere)*.

TELÓN

ACTO TERCERO

DECORACIÓN: SALA DE ESPECTÁCULOS PÚBLICOS DONDE LOS OBREROS CELEBRAN SUS ASAMBLEAS. EN EL CENTRO UNA TARIMA. A UN COSTADO UNA MESA ESCRITORIO.

ESCENA I

Obreros 12, 13, 14 y 15

OBRERO 12: *(Sentado a la mesa y escribiendo. Al Obrero 13).* Usted, compañero, puede llevar la noticia al local de los marineros y foguistas. Y usted *(Al Obrero 14)* al de los carreros. Ya saben, el cadáver será velado aquí, esta misma noche. Dentro de un momento deben llegar con él los compañeros. Acaban de avisarlo así por teléfono.

OBRERO 13: Pero los locales están cerrados. Nuestra ida será inútil.

OBRERO 14: Creo lo mismo.

OBRERO 12: No. La Federación ha obtenido la autorización necesaria para abrirlos. Las autoridades se han dado cuenta de que los gremios necesitan celebrar asambleas para resolver su actitud de acuerdo con los últimos acontecimientos y como se cree que vendrá el cese de la huelga se apresurarán a dar cumplimiento a la medida. Ya ven que este local permanecía también en las mismas condiciones que los Centros y se nos ha permitido ocuparlo. Por lo demás si estuvieran cerrados habrá que pasar la noticia en otra forma. Háganse cargo de esta misión los que puedan. Yo, en tanto, esperaré aquí.

OBRERO 13: Está bien. Cumpliremos. Pero antes... *(Mirando al Obrero 15 que ha permanecido en silencio y acaba de hacer un apunte).*

OBRERO 12: *(Interrumpiendo)* Ah, un momento. Voy a redactar una circular para los diarios. La firmaré yo como secretario de la Federación. *(Se pone a escribir. Reflexionando).* Aunque no, mejor es esperar a los compañeros y resolver de acuerdo lo que ha de hacerse.

OBRERO 14: Hasta luego, entonces.

OBRERO 12: Hasta luego. Y si hubiera alguna novedad urgente ya saben que aquí hay teléfono. Número 618. *(Al Obrero 15)*. Y usted también podría acompañarlos.

OBRERO 13: *(Con intención y muy resuelto)*. Para el caso nos bastamos los dos. *(Al Obrero 14)*. ¿No te parece?

OBRERO 14: Sí. *(Al Obrero 15)* Yo creo que usted puede hacer más falta en otra parte. *(Remarcando con mucha intención)*.

OBRERO 12: ¿Qué quiere decir eso? Hablar con franqueza. ¿Ustedes desconfían de este hombre? *(Parándose)* ¡La verdad!

OBRERO 13: ¡Sí, le desconfiamos!

OBRERO 15: A mí, y ¿por qué?

OBRERO 14: ¡Porque sí!

OBRERO 15: *(Compadronamente)* ¡Salga d'eay! Ustedes se lo pasan desconfiando.

OBRERO 14: ¡Y ustedes vendiéndonos!

OBRERO 12: ¿Pero tienen ustedes una prueba?

OBRERO 14: Hace tres días que lo tenemos en observación. Hasta hace poco nadie lo conocía. Ahora se mete en todas partes. No es marinero, no es foguista, no es estibador, no es nada...

OBRERO 13: ¡Que muestre el apunte que ha hecho!

OBRERO 15: ¡Si ustedes me insultan me voy!

OBRERO 14: No te has de ir ahora. ¡Mostrá el apunte!

OBRERO 15: O ¿y por qué? ¡No quiero!

OBRERO 14: ¡Has de querer!

Lo atropella. Los demás obreros se interponen. Detenido por estos, los mira fijamente mientras el Obrero 15 comienza a retroceder hacia la puerta de salida.

¡Fíjense, fíjense! ¡Sí, es un perro! ¡Fuera, fuera! *(el Obrero 15 hace mutis huyendo)*.

OBRERO 12: *(Gesto de indignación y desaliento)* ¡Brotan como hongos! ¡Al lado nuestro, en todas partes, junto a la muerte misma, allí están, pasando por compañeros, diciéndose hermanos, los espías, los que nos venden!

OBRERO 14: ¡Habría que hacer un escarmiento!

OBRERO 12: Ya vendrá el día. Hoy no. Pensad en lo que urge hacer.

OBRERO 13: Lo que es de ese *(Por el Obrero 15)* nos hemos librado ya. Vamos ahora.

OBRERO 14: Vamos.

Salen. El Obrero 12 vuelve al escritorio y se pone a ordenar papeles. Silencio. Comienzan a entrar obreros solos o en grupos. Algunos se acercan a la mesa y hablan en voz baja con el Obrero 12. Después se diseminan por el salón. Unos permanecen de pie, otros se sientan. Comienzan los murmullos y rumores propios de una aglomeración de obreros en plena efervescencia huelguista, aunque pese sobre ellos el dolor producido por una desgracia inesperada. Suena el timbre del teléfono.

OBRERO 12: *(Se levanta y acude al llamado. Hablando)*. Hola... Sí. Diga ¿Qué?... ¿Qué? ... No; no ha llegado... aún no. Sí... sí. Entonces llegarán de un momento a otro. *(Atención en la sala)*. Bueno... sí... lo espero... no falte. ¿Cómo, cómo? ¡Ah! El salón está casi lleno. Ya hay mucha gente y recién se sabe la noticia... ¿Cómo? ¿Qué abrieron los locales? Sí... sí... me lo imaginaba... Ah... bueno. Me lo dirán más tarde... Los espero... También yo tengo algo que comunicarles... Hasta luego. *(Deja de hablar)*.

UNA VOZ: *(Al Obrero 12)* ¿Y?

OBRERO 12: Que ya debían estar aquí. Han salido hace rato con el cadáver. Se los entregaron a las 8 y son ya las nueve y media.

VOZ CERCANA A LA CALLE:

¡Ahí vienen, ahí vienen! *(Atención. Los grupos se abren dejando calle para el cortejo fúnebre.)*.

ESCENA II

Salvador, Varias Voces, Obreros 1, 2, 3, 4 y 5

Entrando con el cadáver de león contenido en un féretro modesto atravesado por una bandera roja. Depositán el cadáver sobre la tarima.

OBRERO 1: Al entregarnos el cadáver, después de oponérsenos una serie de obstáculos de toda clase, después de haber pretendido hasta engañarnos, las autoridades nos han advertido que no se permitirán discursos en el cementerio ni otras demostraciones que puedan tomarse por actos políticos.

Muchos de los obreros se acercan al grupo formado por los obreros 1, 2, 3, 4 y 5. Entre tanto siguen llegando otros obreros, solos o acompañados. Se acercan, silenciosos y dolientes al muerto. Lo contemplan y van luego a diseminarse en el salón.

OBRERO 2: Quiere decir que se nos obligará a enterrar en silencio a nuestros muertos. Que no habrá para nosotros ni la libertad de palabra requerida para despedir dignamente al compañero cuya sangre acaba de derramarse en holocausto a la causa.

OBRERO 4: Propongo que se hable aquí.

UNA VOZ: ¡Sí, sí! ¡Que hable Salvador!

VARIAS VOCES: ¡Sí, sí! ¡Que hable Salvador! ¡Que hable, que hable!

OBRERO 5: ¡Salvador no está en la sala!

SEGUNDA VOZ: ¡Que se le busque!

TERCERA VOZ: Compañeros: ¡Salvador está aquí!

Los obreros se apartan haciendo camino hacia el lado por donde ha sonado esta voz, y observan a Salvador quien debe estar en actitud pesarosa, sentado a un lado de la sala con la cabeza entre las manos. Ha llegado con unos de los grupos y ha pasado casi inadvertido.

SALVADOR: *(Se yergue y avanza hasta el féretro en actitud resuelta pero reflejando en toda su persona el pesar hondísimo que lo abruma. Profundo y significativo silencio precede a su palabra).* Debo hablar. Lo haría aun cuando no me lo pidierais. Y esto porque la sangre del compañero caído, de este bravo León, tan noble y generoso de este hermano dignificador de su especie, me ha revelado una verdad. Como curioso y como actor yo he asistido al proceso de este drama social cuya esencia reside en las circunstancias y no en el odio personal y aparente de cuyo choque ha brotado esta sangre.

UNA VOZ: ¡No! ¡No! ¡Eso es disculpar el crimen! ¡León ha sido asesinado!

OTRA VOZ: ¡Muerte a los traidores! ¡Venganza, venganza!

SALVADOR: ¡He dicho que debo hablar! ¡Y hablaré aun cuando después me lapidarais!

VOZ DE LA SALA: Que se deje hablar al orador. ¡Que no se le interrumpa!

VARIAS VOCES: ¡Sí, sí! ¡Silencio, silencio!

SALVADOR: Gracias. Os pido serenidad, os pido escuchéis mi palabra convencidos de que nadie podrá hablaros con más sinceridad, con más hombría, con más espíritu fraterno. He llegado a vosotros atraído por una inclinación de mis sentimientos hacia las grandes causas inspiradas por hermosas ideas. Tengo en mi favor el desinterés con que me he mezclado en vuestro movimiento. No he buscado, no busco, no buscaré en él sino la verdad, que más o menos tarde, ha de alumbrarnos a todos pese a las sombras presentes. Y esto por el bien común y, puede que también, por exigente necesidad mental. ¿Podéis dudar de mis afirmaciones?

UNA VOZ: No. No dudamos.

OTRA VOZ: No dudamos, pero podéis estar en error.

SALVADOR: Compañeros, hermanos míos: parodiando una frase célebre os diré que el error es un mal común. Pero no prejuzguéis. Esperad para opinar definitivamente sobre mis palabras, hasta que haya exteriorizado por completo mi pensamiento.

UNA VOZ: Muy bien dicho. Continúad.

SALVADOR: En la actual lucha obrera existe un problema importantísimo que es necesario plantear y resolver con serenidad y valor. La organización económica que padecemos ha dado por resultado la siguiente monstruosidad: frente al grupo de desalojados, el hombre con ocupación es ya un ser con privilegio; es decir, que por el solo hecho de encontrar en que ocupar sus brazos, un obrero debe considerarse, hoy por hoy, en situación de inmensa ventaja con respecto al hermano sin trabajo. Y he aquí que los que con trabajo exigen –y escuchadme con serenidad, insisto, porque la verdad no debe indignarnos nunca–... exigen, digo, en los momentos críticos de sublevación contra el capital, la adhesión absoluta de los alejados del taller, la usina, el puerto y la barraca.

UNA VOZ: ¿Eso se llama solidaridad!?

SALVADOR: *(Después de una pausa significativa)*. Acepto que me interrumpáis y contesto. La solidaridad; esa flor humana cuyo perfume han comenzado a aspirar nuestras generaciones, no ha alcanzado aún a los desalojados porque solo se piensa en ellos cuando se les necesita. Durante el combate –razón de lucha, lo comprendo– se les impone pasividad y silencio, pero en la hora del triunfo, olvidando que toda obligación presupone un derecho, no comparten el provecho ni la gloria.

UNA VOZ: ¿Pero es que defendéis a los traidores?

SALVADOR: *(Otra pausa)*. Insisto en que no me comprendéis. Pero

resuelto estoy a llegar a vuestros cerebros cueste lo que cueste. Lo que defiendo es la verdad. Lo que defiendo es el interés de todos porque en esa fuerza latente en la que no habéis pensado jamás formada por los sin trabajo está el peligro mayor de vuestras aspiraciones. Quiere decir que en vuestro mismo seno –seno proletario todo–albergáis al más poderoso de los enemigos.

UNA VOZ: ¿Y si no existe trabajo para todos?

SALVADOR: He ahí precisamente el problema, el que hay que resolver. La forma sería repartir el que hubiera.

UNA VOZ: ¡Eso no es posible!

SALVADOR: Entonces no hablemos de solidaridad.

UNA VOZ: ¿Qué pretendéis?

SALVADOR: Haceros ver el camino por donde llegareis a la luz.

UNA VOZ: Los traidores no van por nuestro camino.

SALVADOR: No hablo de traidores. Un desalojado no es, por fuerza, un traidor.

UNA VOZ: ¡Estamos insultando al muerto!

SALVADOR: Nadie ha respetado más ese dolor. (*Indicando el cadáver*) Nadie ha sufrido como yo la caída de ese gran compañero, de ese gran amigo cuya sangre, como la de todos los sacrificados, no será estéril, ya que con su luz hemos comenzado quizás a develar el porvenir. Como un bueno, como un fuerte, él cumplió su misión conquistando su minuto inmortal de gloria. El nombre de León Almeida queda incorporado a la historia del proletariado argentino en la lista sangrienta de los mártires. Tócanos a nosotros cuidar de su memoria y es en esta hora solemne, en esta hora trágica y desesperadamente doliente, que yo hago mía la afirmación nobilísima dicha al borde de otra tumba: “¡Vamos al porvenir con nuestros muertos!”.

Pero sin olvidar su acción, sin profanar su memoria, sin dejar por un instante de reconocer la sinceridad y la eficacia de la obra realizada por este admirable luchador, por este agitador generoso, desbordante de pasión y de dulzura, pese a su exterioridad agresiva y hosca, más bien haciendo honor a la lealtad del combatiente, del hermano sin reemplazante sacrificado, yo proclamo esta verdad que mis ojos ven flotando sobre su sangre: en la actual lucha obrera no es posible continuar dejando olvidada esa enorme fuerza latente formada por los sin trabajo, ya que esa fuerza por causas inevitables y fatales, causas de orden económico y de índole tan exigente y perentoria como la vida misma, ha de pesar siempre, decisivamente, en contra de la colectividad durante los momentos críticos en que esta pretenda echar mano de la huelga como arma y recurso poderoso contra la actual organización social.

UNA VOZ: ¡Una fórmula! ¡Dadnos una fórmula!

SALVADOR: He expuesto el mal con la franqueza que os debía. La fórmula para curarlo es a vosotros a quienes corresponde encontrarla. Cumpliendo con mi misión a mí me ha tocado plantear el problema y eso debe bastarme. A cada uno lo suyo. Al compañero que acaba de caer, como caen los héroes, le tocó el lote trágico: cayó en su puesto y cayó bien. Sin su sangre yo no hubiera nunca penetrado en la sencilla verdad. Es su sangre tan gallardamente ofrecida en aras de su credo, la que ha fecundado en mi cerebro la idea salvadora. De esa sangre brota esta luz, de esa pena este amor, de esa sombra esta esperanza.

UNA VOZ: Permitidme, Salvador. ¿Así es que vos creéis que los traidores estaban en la razón?

SALVADOR: La filosofía os dice, por mi boca, que en la vida todo es enseñanza. No hay maestros despreciables. Y, además, “todo el que cree tener razón la tiene”.

- UNA VOZ: ¡Ellos no! ¡A ellos la muerte!
- SALVADOR: Acordaos que la última frase de León es una orden: “¡que no me venguen!”
- UNA VOZ: Pero esa frase en tal boca no implica una indicación a renunciar a la lucha.
- SALVADOR: Por el contrario: ella equivale a decir que es necesario encontrar nuevas formas de combate.
- UNA VOZ: ¿Abandonar nuestras armas?
- SALVADOR: Emplearlas mejor. *(Pausa)*.
- OBRERO 3: ¿Habéis terminado?
- SALVADOR: Creo que me habéis entendido. Ahora medita.
- VOZ DE LA SALA: Esas cosas no se meditan. Se desaprueban y nada más. ¡Abajo los vendidos! *(Exclamaciones de reprobación de parte de algunos. Momento de gran agitación. Asamblea en plena borrasca)*.
- SALVADOR: *(Que ha hecho ademán de retirarse de su tribuna improvisada al oír la última frase tiene un gesto, mezcla de desagrado y desafío, resolviendo continuar con la palabra)*. ¿Por qué habláis así? ¿En nombre de qué derecho? Yo he adquirido el de que se me escuche y no se dude de mi sinceridad. Mientras pensé como vos, creísteis en mi compañerismo. Hoy que tengo una opinión propia distinta ¿me desconocéis pensando: el que no está conmigo está contra mí? Pero es que yo estoy con vosotros ahora y siempre. Con vosotros por sentimiento y simpatía; con vosotros porque me habéis conquistado con vuestra generosidad y nobleza; con vosotros porque sois el presente doloroso, sangriento y fecundo gestador del porvenir. Pero todo ello no me ha impedido observar vuestro medio, ahondar en vuestro dolor y desentrañar de sus profundidades la verdad que os ha sacudido. No la rechazéis así sin

oponerme razonamientos, porque entonces creeré que aún no están vuestros cerebros preparados para la deducción y el análisis. Vos que hablasteis negando, avanzad y discutid. (*Señala y mira hacia el punto de donde salió la voz pero nadie contesta. El interruptor ha desaparecido. Silencio*).

OBRERO 3: (*Colocándose en sitio apropiado frente a Salvador*). Hablaré yo. No sé si mañana tendréis razón. ¡Hoy no! Yo os la niego, aunque crea en vuestra sinceridad. Tenemos que suponer que esta vez la traición nos ha vencido y es entonces contra ella que debemos disparar nuestras armas, realizar nuestro desquite. La sangre del compañero asesinado reclama, exige esta actitud. Los miserables y los traidores deben caer en nuestro camino. Estos son momentos de acción, no de contemplaciones. La razón está hoy con el muerto y el muerto debe ser nuestra bandera, su sangre nuestro acicate, su dolor el que nos empuje de nuevo a la batalla. Después filosofaremos. La inacción presente solo significaría cobardía y renunciamiento.

SALVADOR: (*Con amargura*). La huelga está vencida.

OBRERO 3: ¡Pero nosotros no!

ESCENA III

Los mismos, Telma y Julio

TELMA: (*Acompañada por Julio hace su aparición violenta en escena exhalando un grito de angustia que atrae hacia ella toda la atención de la sala. Algunos obreros se apartan abriéndole camino*).

SALVADOR: ¡Telma aquí! ¡No! ¡No! *(Con gesto de asombro la detiene, tratando de ocultarle el cadáver).*

TELMA: *(Con mirada suplicante y significativa).* ¡Sí! ¡Sí! ¡Es necesario! ¡Es necesario!

UNA VOZ: ¡Es la hija de Marcos! ¡Que no entre aquí!

OTRAS VOCES: ¡Que no entre! ¡Que no entre! *(Cerrándole el paso).*

TELMA: ¡Sí, es necesario! ¡Es necesario! ¡Ayúdeme usted Salvador! *(Murmullos de desaprobación y de apoyo en los grupos).*

SALVADOR: *(Abrazando y como defendiendo a Telma después de dirigir una mirada llena de intención a los que lo circundan).* ¡Nadie con más derecho! Ya os lo explicaré. ¡Dejadla, dejadla!

OBRERO 3: *(Como entendiendo lo que calla Salvador)* ¡Sí, sí!

Salvador, abriéndose camino, conduce a Telma, que cae de rodillas junto al féretro. Julio queda, inmóvil, al lado de la hermana, en actitud de azoramiento, casi de inconciencia. Salvador, sin abandonar a Telma, arrodillada, ampara al niño. Mirando significativamente a Salvador y señalando el cadáver.

SALVADOR: ¡Muerto y todo está triunfando!

TELÓN

FIN DEL DRAMA

alma fuerte

Salvadora Medina Onrubia

> alma fuerte

Drama en tres actos y en prosa.

Original de Salvadora Medina Onrubia.

Estrenado en el teatro Apolo por la compañía Games – Rosich en la noche del 10 enero de 1914.

PERSONAJES

DON MAURICIO	criollo viejo empleado de muchos años en una fábrica
DOÑA MARIANA	criolla buenota y simple, planchadora
GURISA	16 años, flaquita arruinada que ayuda a planchar
JULIA	18 años, frescota linda, que lleva el cargo de la casa
ELISA	20 años, costurera de fino
ARTURO	obrero inteligente de ideas avanzadas
DOÑA BRAULIA	encargada del conventillo, también planchadora
DOÑA PETRONA	otra vecina

La acción transcurre en un conventillo del centro de Buenos Aires.
Época actual.

SALVADORA

¡Oh! si los malos supieran lo feliz que es el bueno, se harían buenos, aunque fuera por maldad y por egoísmo.

Su nombre propio es un símbolo: el símbolo de la bondad y de la belleza íntima. La artista es apenas una niña. Una niña que conoce de la vida la tristeza de vivir. Sus cantos son hondas elegías. Cantos lastimeros. Cantos de un alma amoldada al dolor de los míseros y de los deshechos. Es un corazón bueno y dolorido. No odia con la fuerte pasión del macho encallecido en el dolor de los vencidos. Odia con amor y con lampos virginales y bondadosos. Todos los hombres son buenos, más no todos son felices, porque el ideal no ha alumbrado la frente de los proyectos. El ideal ilumina a la niña y hace desparramar, a manos llenas, las piedras preciosas de su profunda mina de exquisiteces infinitas. Sus versos son destellos de luz, destellos lúcidos que manan de un alma tierna y apasionada. Sus cantos son los cantos de vida que mueren y que renacen. Renacen para

“...una larga dicha serena...” que
“la siento en la carne como una pena”
“y mi alma, hecha suspiro, va hacia sus ojos” ...¹

Su nombre propio es un símbolo. El símbolo de la humana regeneración. Nació así, tal como es, como su nombre lo indica. No conoció en su vida más que la tristeza de los despojados, y a ellos acudió para truecar la tristeza en alegría, la debilidad en fuerza, el odio en amor. Exclama: “Solo los fuertes saben querer y solo los que quieren son fuertes”. Elisa, la protagonista de *Alma fuerte*, la triste niña, la débil criatura, la que odia por condición propia, llega a ser la dichosa y fuerte por el bálsamo sublime del amor y, aunque vencida después, sigue amando con el mismo encanto del primer sueño de amor. Vencida, sí, pero para no llorar más, para vivir, para luchar y para seguir amando. Su drama es todo el drama de la vida de hoy. ¿Defectos? Odio a los críticos por estar convencido de su impotencia mental, por eso, en arte, no sirvo para crítico de obra ajena; soy más bien un panegirista. Me gusta más admirar que blasfemar. La admiración es una bondad, y yo, como

Salvadora, quiero más bien ser bueno, porque sólo los buenos pueden amar, y los que aman son fuertes, son los poseedores del ideal que engrandece y regenera. ¿Qué sería la vida sin ideales? Cálculo, inmundo cálculo. Aburrimiento. Muerte prematura. Amasijo insustancial de pútrida materia. Salvadora es una estrella que aparece por arte mágico en el horripilante horizonte de tinieblas que nos cubre. Abrid los ojos todos, oh, mohicanos del mundo. Abrid los ojos y mirad la estrella. Alumbraos en sus ojos porque ella:

“Al sentir sobre el alma su mirada serena”
“me siento enteramente y para siempre buena”
“porque mi alma luminosa cual luz de estrella”
“endulza, floreciéndolos, mis labios rojos”
“y así –como dos sueños– besar sus ojos”.²

Haced que el beso de la dulce poetisa sea eterno, porque él endulzará vuestra vida y alimentará noblemente el fruto de vuestros amores. Ese fruto es la humanidad que nace. Salvadora, como un símbolo, será la madre generosa de un futuro grande y hondo. Y cual Hada misteriosa, embalsamará el ámbito del inmenso y vasto jardín de una humanidad fuerte y buena.

Buenos Aires, enero 27 de 1914
Santiago Locascio

1. Versos sueltos de S. M. Onrubia.

2. Ídem.

ACTO I - La Dichosa

REPRESENTA LA ESCENA DE COMEDORCITO MODESTO, PERO LIMPIO, ARREGLADO CON CUADRITOS, FLORES, RELOJ, LÁMPARA DE COLGAR. AL FONDO UN APARADORCITO ARREGLADO, LA MESA CON CARPETA. DELANTE DE LA ESCENA A LA IZQUIERDA DEL ESPECTADOR, LA MESA DE PLANCHA; EN MEDIO, LA MÁQUINA DE CALENTAR LAS PLANCHAS Y A LA DERECHA, LA MÁQUINA DE COSER. AL LEVANTARSE EL TELÓN, ELISA, SENTADA EN LA MÁQUINA, COSE ATAREADA ROPA BLANCA. DOÑA MARIANA Y LA GURISA PLANCHAN CADA UNA A UN LADO DE LA MESA. POR TODOS LADOS HAY EN LA PIEZA ALTOS DE ROPA PLANCHADA, CANASTOS GRANDES. DEBE PROCURAR DARSE UNA SENSACIÓN DE BIENESTAR, CARIÑO, COMODIDAD. UNA CASA MUY FELIZ DONDE TODOS SE QUIEREN, DONDE TODOS TRABAJAN, DONDE HAY PAZ Y ALEGRÍA. LOS TRAJES ADECUADOS. LA GURISA, UN SAQUITO PARA SACÁRSELO EN MOMENTO OPORTUNO Y ELISA MUY ARREGLADA, COQUETA, COMO QUE ES MUY QUERIDA, DE ROSA, CON UNA PAÑOLETA GRANDE, DELANTALITO BONITO. DOÑA BRAULIA DEBE TENER UN POCO DE BIGOTE.

ESCENA I

Elisa, doña Mariana y la Gurisa; después, Julia, y después, doña Braulia

La Gurisa, quitándose el saco sofocada se queda solo con la blusita blanca. Se estira cansada.

- GURISA: ¡Pucha, digo...! ¡Qué calor hace! Yo ya no puedo más...
- ELISA: Vos siempre te ahogás de calor o estás temblando de frío... No sé qué tenés...
- GURISA: ¿Qué tengo?... Te pondría yo a vos a planchar todo el día y verías si no te daba calor, y sí más después, cuando dejaras las planchas no te daba frío...
- ELISA: ¡Calor...! Hoy me parece que ni metida adentro del

brasero me da calor a mí... ¡Qué días tremendos! Ni un rayito de sol siquiera para alegrarlo un poco a uno, y este viento parece cuchillo cómo corta las carnes. Tengo heladas las manos, y de duros los dedos que no puedo agarrar. ¡Qué frío bárbaro! (*Acerca las manos al bracero*).

DOÑA MARIANA: Mirá, Gurisa, ponete el saco, ¿querés?, que te puede hacer mal desabrigarte, y más con esa tos de perro que tenés hace días.

GURISA: Pero, si me ahogo de calor mamá...

DOÑA MARIANA: Ponétele, te digo, que te vas a enfriar. (*No se lo pone porque entra Julia con la torta en la fuente y se acerca y se acerca a la máquina a ensañársela a Elisa. Las otras la rodean*).

JULIA: (*Entrando*) Miren que linda que salió la torta. Mirá che, Elisa, que el huevo y la azúcar arriba parece oro... ¡qué rica!

DOÑA MARIANA: ¡Y qué olorcito que tiene! Hoy se ha cocido bien.

GURISA: Si dan ganas de tocarla y chuparse los dedos. Cortala y dame un pedacito ahora. ¡Querés!

ELISA: No, señor, no la partás hasta que venga tata.

GURISA: Tata, ¿eh? Es por tata... por Arturo no.

ELISA: Bueno, Arturo también: ¿y qué?... ¡Vos, che, Julia, tené caliente el agua del mate, y el café de nosotros que han de llegar los pobres con un frío!

GURISA: El café de ustedes... No sé si porque el señor Arturo no toma mate no has de tomar vos como los demás...

ELISA: Porque no me gusta y ya está... cuando menos a vos te importa mucho. (*Tose la Gurisa sin poder contestar*)

DOÑA MARIANA: ¡Pero Julia! Andá cerrá esa puerta... parece que tenés cola... mire un poco pasar y dejar la puerta abierta con este viento y con este frío y una planchando acalorada adentro. Ni que tuvieras miedo de apretarte el rabo...

Andá, cerrala. Y vos, Gurisa, ponete el saco, que parece hicieras adrede esos desarreglos.

GURISA: Sí que me lo pongo, sí. (*Estremeciéndose*). Me ha dado una cosa como un frío. (*Julia desde la puerta que fue a cerrar, grita*). Ahí viene su comadre mamá... ¡Muchachas, aprontarse! (*A la que entra*). ¿Cómo le va, doña Braulia?... pase, pase... aquí las tiene trabajando.

DOÑA BRAULIA: Buenas tardes, gente... ¿Qué tal?... ¿Atareadas como siempre?

TODAS: Buenas, doña Braulia.

DOÑA MARIANA: Tanto bueno por acá, que milagro: se acordó de las vecinas. (*Julia que, cerrando la puerta, vino detrás de ella le ofrece una silla*)

JULIA: Tome, siéntese.

DOÑA BRAULIA: Gracias, hija, nos sentaremos a conversar un poco. (*Viene fumando uno de hoja; al sentarse escupe. Julia se sienta también*). Fíjese, comadre, estaba planchando y de repente me vine como un ímpetu, dejo las planchas y digo: “Voy a ver qué les pasa a las de mi comadre que están tan encerradas. A ver si se las ha comido que ni en el patio las he visto”. (*Escupe*).

JULIA: (*Despacio, a Elisa*) Esta porquería de vieja bigotuda viene por el interés de la torta, pero se embroma, que hoy no la parto por ella.

ELISA: Callate estúpida.

DOÑA MARIANA: Muchas gracias, doña Braulia, por el interés, pero ya ve que estamos lo más bien. Nos encerramos a trabajar, porque con estos días solamente la necesidad lo hace salir a uno al patio... ¡Qué manera de hacer frío! ¿Verdad?

JULIA: (*Bromeando*) Y a usted cuando menos que la corre alguno para que salga.

DOÑA BRAULIA: ¡Pero qué loca está Julia! No, hija, nadie me corre; pero es así mi genio. Para qué voy a decir otra cosa. Yo no tengo sosiego en un lado todo el día. A mí me gusta pasear, visitar un poco los vecinos, conversar con las amistades... Uno es así, suciable... (*Escupe*).

JULIA: (*Con intención*) Sí, que así, es la gente sucia... ble.

ELISA: (*A Julia. Tirándole de la manga*) Callate, te digo...

DOÑA BRAULIA: Siempre trabajando ustedes, ¿eh? Qué cosa matadora ese trabajo de las planchas. Yo reciencito les dejo porque ya no podía más. Desde la mañana que estaba dale y dale... Me queda todavía un montón de ropa que era de apuro para hoy; pero que se embrome la patrona; que bastantes veces tengo que esperar yo también a que me pague. Eso sí. A mí, no ha nacido rico que me ponga la ley... El día que no tengo ganas de trabajar, ni aunque me den oro. (*Escupe*). Ni aunque me den una carretada de oro nuevo este dedo. (*Escupe*).

GURISA: Dichosa de Ud. (*Deja la plancha y vuelve a estirarse*). ¡Ay! ya lo creo que es dichosa; yo, hoy, lo que quisiera es estar durmiendo, y acá me tiene... desde la siete de la mañana que estamos planchando y yo... Ya me duelen las espaldas...

DOÑA MARIANA: Y qué le vamos a hacer hija, tené paciencia; ya nos queda poquito, y bien sabes que me gusta dejar entregada toda la ropa al fin de semana.

GURISA: Si yo no digo nada, si es mejor que acabemos hoy. Pero yo estoy de las espaldas que no puedo más... No sé qué diablo me pasa que lo que nunca, me ha dado por cansarme. Solo quisiera pasármelo acostada nomás... ¡una haraganería!...

DOÑA BRAULIA: Ha de ser porque estás tan flaca, hija, y de resfriada y de ronca que da gusto... ¿Por qué no te tomás esta noche un ponchecito para entonar el pecho... y sudás, sabés? Y se te va el resfrío... estás enteramente arruinada vos... (*Escupe*).

DOÑA MARIANA: Eso le quiero hacer yo; pero la señorita no quiere saber nada de ningún remedio y ya le he dicho que si mañana está así, que ni se sueñe de ir al baile. Ella ya sabe.

GURISA: No sé qué culpa tengo yo de estar resfriada para que no me deje ir.

DOÑA BRAULIA: Sí, hija, que te va a hacer un resfrío. No te va a impedir de bailar, no. Y que ha de dar gusto ir a las fiestas de esa sociedad, tan seria que es, ¿eh?... No es como otras sociedades que son un loquero... Me han dicho que van a hacer unas cosas de teatro lindísimas y unos cantos...

JULIA: Sí que van a ser bien lindas. La Elisa va a cantar con la guitarra unos versos que hizo Arturo.

DOÑA BRAULIA: ¿Endeveras m'hija?... ¡Y hacés bien, porque tenés una voz! ¿Y tu novio, que dice él que te mezquina tanto? (*Escupe*).

ELISA: ¿Y qué quiere que diga? Él los hizo a los versos, y como es el secretario de la sociedad.

DOÑA BRAULIA: ¡Ah! Sí, hija. No me acordaba. Y a propósito... ¿no me podrías conseguir vos por él unas tarjetitas para ir a verte? No es por el baile, ¿sabés? que esas son cosas de muchachas. Es por eso del teatro que me gusta tanto... Y además, por verte a vos, que da gusto oírte cantar. No sos, no, como la María chica de mi comadre, que cuando canta da ganas de darle un pedazo de pan para que se calle... o si no, de echarle un balde de agua fría, que hace unos gritos igual que gallina clueca. (*Escupe*).

JULIA: Ya está usted siempre criticando.

DOÑA BRAULIA: Pero sos loca, muchacha... cuando me has sentido criticar a nadie... Lo que hay es que digo las cosas como son nomás, porque a mí, a franca no me gana nadie... eso sí. (*Escupe. A Elisa*) Che, ¿y vos has costurado mucho aprontando las paqueterías para la noche del baile?

- DOÑA MARIANA: Dígales que le muestren los trajes que se han aprontado... que se los muestren...
- DOÑA BRAULIA: ¡Otra vez de estreno! traigan con esas paqueterías para recrear los ojos...
- ELISA: Pero, mamá, ¿a qué le dice de los vestidos? Andá, Julia, traelos...
- DOÑA BRAULIA: Ya estás, mezquinándolos, pícara.
- ELISA: No, doña Braulia, no los mezquino... No son ninguna novedad, por eso... Ya ve, Julia y yo tenemos los de siempre, el que es nuevo es el de la Gurisa...
- GURISA: *(Dejando la plancha y acercándose)* Y va a ver qué lindo... todo de pura seda y con adornos de vidrio... ¡más paquetel! Pero andá, Julia, pues, traelo... *(Sale Julia de mala gana)*.
- DOÑA BRAULIA: Siempre paquetas ustedes, ¿eh? Eso digo yo, que a las hijas de mi compadre Mauricio no hay quién las gane en los arreglos.
- ELISA: No tanto, lo que hay es que yo como sé coser...
- DOÑA BRAULIA: ¡Qué hija! Salí de ahí... otras saben coser también... es que ustedes tienen, y...
- DOÑA MARIANA: Qué vamos a tener... Lo que hay es que somos tantos a trabajar que algo pueden gastar las muchachas en darse un gusto.
- DOÑA BRAULIA: Eso digo yo, no hay como poder darse un gusto para estar contento. Créanme, muchachas, que cuando una se ve de pobre que no puede comprar ni un trapo... hasta las ganas de trabajar se le quitan.
- Pausa. Julia entra con un vestido rosa que va a poner sobre la mesa. Doña Braulia se levanta y lo agarra.*
- DOÑA BRAULIA: Acá llegó la mezquina con los vestidos. A ver, che, traé, *(Lo mira por todos lados)*.

- GURISA: ¿Ha visto? Mire, fíjese en el mío... *(Lo agarra para enseñárselo mejor)*. No le dije que era de pura seda y con fleco de vidrio. También tenemos zapatos nuevos las tres.
- DOÑA BRAULIA: Zapatos también. ¡Ay, mi Dios! Bueno, sin zapatos aparentes no lucen los vestidos... Traelo, hija, para verlo bien. *(Vuelve a mirar también este hasta por el revés)*. Pero, che, hasta el forro es de seda... ¡Qué cosa divina! Pero mirá estos flecos. ¡Ay! ¡Jesús, mi Dios! Pero che, mocosa: ¿de dónde te has escarbado, vos, para tanto lujo?
- ELISA: Que va a ser lujo, doña Braulia, Este es el vestido rosado aquel que le estaba haciendo para la señorita rubia de la calle Ayacucho, ¿se acuerda? Se lo saqué chico, y como tuvo que hacer otro; le arreglé ese para la Gurisa.
- DOÑA BRAULIA: ¡Pero, hija!... ¡Qué zonza!... Te lo hubieras dejado para vos y le arreglabas el tuyo a la chiquilina.
- ELISA: No, como es el primer vestido largo que se va a poner...
- DOÑA BRAULIA: ¿Ah? Y vos también de vestido largo ya... Bueno, que tenés años, solamente que sos arruinadita...
- JULIA: *(Aparte a Elisa)* Pero qué vieja más asquerosa es esta.
- ELISA: Callate, no seas bruta.
- DOÑA BRAULIA: *(Devolviendo el vestido a la Gurisa, que encantada se aleja a mirarlo por todos lados, A Elisa)* ¿Y para cuándo es lo bueno, che? Porque creo que no te olvidarás de las amigas y que nos tocarán a todas las masitas.
- ELISA: Falta mucho todavía... más de tres meses.
- DOÑA BRAULIA: Y va a ser linda la fiesta eh? Ustedes que pueden...
- DOÑA MARIANA: No, no crea... qué fiesta... nada, entre nosotras nomás, en silencio...
- DOÑA BRAULIA: ¡Pero, que egoístas!... Siempre son así ustedes, para estas cosas... Parece que no nos quieren participar de su alegría

a los demás. En fin... cada uno hace las cosas a su gusto, ¿no? Son tan distintos para todos los pareceres de la gente... (A Elisa) Ya estarás aprontándote la ropa, vos, hija, y seguro que ha de ser más linda y más paqueta que la de cualquier rica, ¿no?

ELISA: No tanto, no exagere... Arregladita y abundante nomás... No tengo tiempo tampoco con la costura ajena; sino sería otra cosa... Mire, esto que estoy haciendo ahora es para mí. (Le pasa un corpiño).

DOÑA BRAULIA: ¡Ay m'hija!... ¡Qué cosa más linda! ¡Pero si es una espuma; si es de puro hilo! ¡Y qué puntillas! ¡Jesús, mi Dios, qué cosa más linda!

ELISA: Mire lo demás. (Le pasa las otras prendas del juego, ya dobladas).

DOÑA BRAULIA: ¡Pero qué estupidez, che! Me parece que es la ropa más linda que has hecho nunca.

ELISA: Ese es el más paquete... me falta pasarle la cinta todavía, ¿ve? Está rosada.

DOÑA BRAULIA: Es divino, che. Seguramente que este es el que te vas a estrenar ese día. ¿No, picarona? (Bajan un poco la voz para seguir hablando).

Julia y la Gurisa están todavía mirando los vestidos.

DOÑA MARIANA: Che, Gurisa, sinvergüenza, que has dejado la plancha, vení ligerito para acá a acabar.

GURISA: ¡Ay! Mamá, espere un rato, estoy cansada.

JULIA: Mirá... llevá los vestidos adentro que yo voy a agarrar la plancha hasta que vengan ellos.

GURISA: Bueno, bueno.

La Gurisa sale con el vestido despacito, mirándolo mucho; Julia va a seguir planchando.

DOÑA BRAULIA: (*Alzando la voz*) Que no vas a hablar con tu novio del lugar donde se van a casar... Ha de ser por el civil, nomás, solamente que no querés decir... ¿Y cómo es eso, que no le ponés cintas blancas al juego del casamiento?

ELISA: ¿Blancas? No he pensado, ¿para qué? ¡A Arturo le gusta tanto el color rosa! (*Le toma la ropa y se levanta a ponerla sobre la mesa*).

DOÑA BRAULIA: (*Sola*) Con seguridad que esta judía no se casa por la iglesia. Con toda seguridad que ese judío no se quiere casar por ningún lado. ¡Uff! Eso de no ponerle cintas blancas al juego de casamiento no me gusta, no, no me gusta.

ELISA: (*Volviendo y sentándose*). Pero esa Gurisa... se perdió con el vestido. Seguro que se lo está probando... ¡Qué chica!... En cuanto tiene un ratito ya dispara al espejo a probárselo. El día del baile ya lo tiene viejo.

DOÑA BRAULIA: Pero, hija, ahora que hablás del baile... Mirá, vos no te vayas a resentir, pero quiero contarte una cosa que me han dicho...

ELISA: ¿Y qué le han dicho, doña Braulia?... ¿algo malo de mí?... No será novedad.

DOÑA BRAULIA: No hija, de vos no sé que nadie tenga que decir nada. Es de la sociedad.

ELISA: ¿De la sociedad? ¿De cuál?

DOÑA BRAULIA: Hija, de la sociedad de tu novio y de tu padre y de todos los de la fábrica. Como los obreros nunca se juntan para cosa buena; lo que los ven de tanta reunión y tanta fiesta; andan diciendo de por todo que esas fiestas son pretexto para reuniones y que tratan de una punta de cosas de anarquistas y que esa es una sociedad mala.

ELISA: Mala, ¿por qué? (*Las otras dejan las planchas y atienden*).

DOÑA BRAULIA: Porque es de anarquistas, hija... de esos desalmados,

asesinos que lo único que quieren es degollar la gente y voltear iglesias como si tuvieran pacto hecho con el diablo.

ELISA: (*Riendo nerviosa*) No, mujer...no diga esos disparates... ¿qué sabe usted que son los anarquistas?...

DOÑA BRAULIA: Qué no querés que sepa m'hija. De muy buena fuente, sé que son unos salvajes que quieren acabar el mundo matando gente y deshaciéndolo todo... que no son capaces de querer ni a su padre, que son unos ladrones que todo lo quieren para ellos. Y fijate si será mala la gente que dicen por todo que esa es una sociedad de anarquistas... y como saben que yo tengo tanta relación con ustedes, me preguntaron si yo sabía lo que había de verdad en eso...

ELISA: Y usted, ¿qué les dijo?

DOÑA BRAULIA: ¿Y qué querías, hija, que les dijera? Me callé nomás... Como tu novio anda metido ahí, y... vos no tenés porque resentirte, ¿eh?... pero yo se que él es medio... así... En fin, yo no me animé a defenderlo, ¿sabés?... Y les dije que te iba a preguntar a vos...

ELISA: ¿Y por eso me dice, no?

DOÑA BRAULIA: Claro hija, que por eso.

ELISA: Bueno, escuche... Dígale a esos canallas, a esos idiotas que se ocupan de lo que no les importa, que yo, Elisa, digo: que cuando se juntan los pobres obreros, no es para matar a nadie, ni para hablar de nadie, sino para, aunque trabajen, poder tener un rato tranquilo y divertido, para ayudarse un poco ya que son pobres, y para procurar darles un poco de educación a los hijos y que no sean esclavos como ellos. Que si piden algo... están en su derecho de hombres, y lo piden porque trabajan, y aunque pobres, también tienen familia para la que buscan un poquito de tranquilidad y dicha a la que tienen

derecho porque son hombres y porque trabajan; y dígales que si todos los anarquistas son como mi novio, para que fuera bueno el mundo y felices las mujeres, debían ser anarquistas todos los hombres.

DOÑA BRAULIA: Pero m'hija... si no te lo he dicho para que te enojés... Si era una conversación nomás.

ELISA: Si yo no me enajo... parece que no sabe que en toda mi vida no me he enojado yo una sola vez... usted me dice una cosa y yo se la contesto... ¿No decía que me iba a preguntar a mí?

DOÑA BRAULIA: Sí hija, tenés razón... si yo digo que tenés razón, quién los mete a hablar de lo que no les importa.

ELISA: No es nada que hablen, déjelos... de algo se tienen que ocupar... (*A Julia*). Vos, che, Julia... Querés ir aprontando todo ya que van a ser las cinco y llegarán los pobres con tanto frío. Traete el agua del mate y el café de Arturo acá al brasero.

Julia deja la plancha y grita acercándose a la puerta.

JULIA: (*Grita*). Gurisa... vení, seguí planchando que tengo que hacer otra cosa.

GURISA: (*Desde dentro*) Ya voy... esperá...

DOÑA BRAULIA: Hija... las cinco ya, que se me ha hecho tarde con la conversación... Me voy ligerito para mi casa, que ahora nomás llega mi viejo también y ni fuego he de tener. Y además, che, Elisa... vos sabés como soy de franca y no te vas a resentir. No me gusta encontrarme con tu novio.

ELISA: No sé que me voy a resentir. Ud. es dueña de hacer lo que quiera.

DOÑA BRAULIA: Bueno, entonces, hasta mañana o hasta luego, ¿eh?

TODAS: Hasta mañana.

Como doña Braulia ve que nadie se levanta, sale sola... Julia le grita.

JULIA: Espere, doña Braulia, que voy para la cocina y salimos juntas... (A la Gurisa). Che, Gurisa, vení de una vez.

GURISA: *(De dentro)*. Ya voy, hombre...

Va Julia al aparador a bajar una taza. Doña Braulia, que quedó sola en la puerta, rezonga.

DOÑA BRAULIA: Pero qué gente antipática esta... ¡Jesús! Ni que fueran los Anchorena... Y ni con la torta han sido capaz de convidarme y eso que la tienen ahí, en las narices. *(Llega Julia y la agarra de la cintura)*.

DOÑA BRAULIA: Vamos Julita. Hasta mañana otra vez.

TODAS: Hasta mañana.

ESCENA II

Elisa, doña Mariana; después, la Gurisa; después, Julia, y después, don Mauricio y Arturo

ELISA: *(Dejando la costura y echándose para atrás en la silla)* Pero mamá, que vieja insoportable es esta.

DOÑA MARIANA: ¡Qué cosa, hija! Si parece mentira que haya gente así. Cuando la oigo, me da miedo de pensar todo lo que hablará por ahí de nosotros.

ELISA: Sí que nos sacará el cuero, sí... *(Grita)* Gurisa, vení para acá de una vez.

GURISA: *(Entrando)*. Me había acostado un ratito, estoy enferma, ustedes no me quieren creer.

DOÑA MARIANA: M'hija... si te sentís mal, no planches más, sentate.

- GURISA: No, mamá... ahora me siento mejor. Qué suerte que se fue esa vieja. No he visto otra cosa más entrometida y más curiosa y más habladora. Yo no la puedo aguantar. ¡Me hace dar más rabia!...
- DOÑA MARIANA: Callate que vos y la Julia son igualitas a ella... no le hagan esas guasadas ni le digan esas cosas; miren que con la gente así es malo chacotear.
- GURISA: Si nosotras no le decimos nada. Y bien que le podíamos decir, sí... Mire cómo nos ha dejado el suelo de escupidas esa chancha... (*Va hasta la puerta y grita*) Julia, Julia... no te olvidés de traer el balde con la lona del piso para limpiar lo de siempre.
- DOÑA MARIANA: Vení para acá, mocosa... para eso no estás enferma. Ya la otra sabe y lo va a traer sin que le digas nada.
- JULIA: (*Entrando con el balde y la lona en una mano, y en la otra la yerbera que deja sobre la mesa se pone a limpiar*) ¡Qué vieja puerca, Dios mío! ¡Mire cómo deja el piso de estar un ratito sentada! Vieja asquerosa, vieja guanaca. Y tener yo que estar limpiándole las escupidas a esa sinvergüenza.
- GURISA: Y que son saliva del diablo, che. El veneno que le sobra cuando habla es... No se han fijado, que en cuanto dice una barbaridad muy grande larga una... y cuanto más grande es la barbaridad, con más ganas escupe, como para firmar...
- JULIA: Y saliva de tabaco inglés que pone el suelo a la miseria. (*Levantándose, acabando de limpiar*). Y que no se le gasta con todo lo que habla.
- DOÑA MARIANA: Cállense ustedes dos, que tienen la lengua más larga que ella. Y vos, mocosa, para conversar no estás enferma, vení ligerito a acabar de planchar que ya no queda casi nada, tomá estas dos fundas.

Se acerca la Gurisa a la mesa en el momento que entran don Mauricio y Arturo; éste trae un ramo de flores para Elisa y don Mauricio besa a las tres chicas al saludarlas.

ELLOS: Buenas tardes.

Elisa se adelanta a tomarles los sombreros, don Mauricio se lo da y se acerca a la mesa a hablar con doña Mariana.

ARTURO: *(A Elisa)* Buenas tardes, prenda del alma. Toma tus flores. *(Elisa hunde la cara en ellas y luego se las prende en el pecho).*

ELISA: ¡Qué ricas!... ¡qué ricas!... Ya me parecía que no llegaba nunca la tarde para verte; ¿te acordaste hoy mucho de mí?

ARTURO: Como siempre, mi reina... sin ver la hora de salir para venir a mirarte los ojos. No sé lo qué me pasa cuando ando lejos de vos, me pongo como azonzado, que no sé ni lo que me hablan ni lo que digo, ni lo que hago.

JULIA: *(Que estuvo escuchando)* Mirá, azonzados andan hace tiempo los dos...

GURISA: *(Señalándolos con la plancha)* Ya están esos secreteándose.

JULIA: Esperen para conversarse a estar sentados siquiera.

Elisa ríe y va a colgar los sombreros, luego vuelve a la máquina, Arturo se vuelve a Julia.

ARTURO: Y vos, lavando el piso... ¿Qué te ha pasado?

JULIA: Nada, vino esa vieja puerca de doña Braulia, y como siempre nos dejó todo a la miseria. *(Arturo ríe).*

JULIA: ¿Y de qué te reís? Te parece muy gracioso, ¿eh? Como vos no tenés que limpiar.

ARTURO: *(Riendo)* No, no me parece gracioso, vos tenés la culpa: ¿por qué no le traés la salivadera? O le ponés un cartelito: "Es prohibido escupir en el piso de mi pieza".

JULIA: *(Furiosa)* Andá al diablo, estúpido. *(Sale).*

- ARTURO: ¡Qué muchacha, esta! ¡Siempre por alguna cosa tiene que rezongar con la vecina...! ¡Qué loca!... (Acercándose a la mesa) ¿Y vos, Gurisa, has trabajado mucho hoy? ¿Qué tal los aprontes para mañana?
- GURISA: Lindo nomás... si nos vieras.
- ARTURO: ¿Y qué te pasa que no me has dicho nada?
- GURISA: Qué me va a pasar... Estoy cansada... No tengo ganas ni de reírme...
- DOÑA MARIANA: Desde esta mañana embroma con que está cansada. Dejá si no querés planchar más.
- GURISA: No, ya me falta poco...
- JULIA: (*Entrando con dos tazas que pone sobre la máquina*).
Tomá, che, Gallego, tu café que se te va a enfriar.
- ARTURO: (*Acercándose a la máquina*) Cosiendo siempre mi trabajadora rica. (*Se pone a cuchichear*)
Julia, que empezó el mate, les habla al pasar por su lado.
- JULIA: Ya empezaron los secretos. (*Dando el mate a doña Mariana*) Sírvase, mamá. ¿Y tata?
- DOÑA MARIANA: Se fue para adentro con sus papeles. ¡Uf! Qué feo; tomá che, echale más azúcar... O mejor cortá la torta y llevale a tu padre y cebás el mate allá que tengo que lavar y ya acabamos esto, gracias a Dios.
- GURISA: ¡Qué suerte, mamá... por fin! Cortame un pedazo grande para mí, ¿querés?
- JULIA: Tomá, tomá el pedazo más grande, angurrienta... y ustedes, mamarrachos, tomen, coman... ¡ja!, ¡ja!, ¡ja! ya nos vamos... ya los dejamos en paz...
- ARTURO: (*Llamándola en secreto*)... Mirá, cuando aquél que sabemos venga... ya que te vas a querer quedar sola, sí...
- JULIA: Ganso, pavote. (*Salen todos*).

ESCENA III

Elisa y Arturo

- ELISA: *(Defendiendo sus manos de Arturo que quiere agarrárselas)*
Bueno, pero dejame quieta... No seas loco... Dejame...
- ARTURO: ¿Y por qué no querés que te las bese?... Si son las manos más buenas y más lindas para las que todos los besos son pocos... *(Se las agarra y se las besa)*.
- ELISA: Pero poco *(Se las retira)*.
- ARTURO: Mala, mezquina con lo que no es tuyo... porque tus manos son mías, ¿sabés? Son mías y yo las adoro... Traelas... Traelas, mi vida *(Le da ella una)*.
- ARTURO: *(Acariciándolas)* ¡Oh! Cómo son de blancas y de lindas y de suaves. Más lindas que las manos de todas las reinas... que por más blancas que sean no saben trabajar como estas... Yo adoro tus manos porque ellas me han enseñado a ser hombre y a ser bueno, y a ser dichoso. ¿Te acordás de antes, Elisa?
- ELISA: Pero chiquito... ¿estás loco?... ¿Qué te pasa, mi alma?... No pensés... No pensés.
- ARTURO: Sí, pensemos... no sabés vos lo dulce que es recordar, las penas pasadas. Lo fuerte que uno se siente al mirar desde la dicha lo que antes ha llorado... hablemos mi alma de antes, de cuando nos empezamos a querer.
- ELISA: De acuerdo, te empecé a querer, Arturo, porque vos al principio no me querías.
- ARTURO: No, reina, yo te he querido siempre desde el mismo momento en que te vi aquella mañana. ¿Te acordás? La mañana en que se mudaron ustedes a esta casa... Vos pasabas entrando las macetas de las plantas y yo estaba parado en la puerta de mi pieza. Me miraste a los ojos al

pasar y yo no sé qué me dio... que iba a salir y que me quedé en casa todo el día viéndote ir y venir y trabajar... Tan linda como una gloria, toda arremangada mostrando tus brazos blancos... A la tarde ya hablamos... ¿te acordás?... Yo te ayudé a mover las cosas y cuando vos hablabas, yo cerraba los ojos para escucharte, porque tu voz me grataba... me gustaba tanto como hasta ahora que me llega al alma...

ELISA: Acordate cómo te miré todo el día... Me parecía que tus ojos me llamaban, que me traían a vos... y me daba pena verte tan solo, con esa cara tan triste... y cuando me hablaste me parecía que me habías hablado siempre, que yo te había querido toda la vida... Esa noche cuando me acosté no podía dormirme, no me podía estar quieta, me sentía alegre, liviana, ágil y, sin embargo, tenía el corazón como angustiado. Qué pavos, que estúpidos los que niegan que puede quererse así, en un momento... Yo te quise así, en seguida, y en seguida me di cuenta de lo que tenía; me conocí que lo que sentía adentro era cosa nueva para mí... Yo tenía un novio, pero lo que de golpe sentí por vos no lo había sentido jamás por ningún otro. Muchas veces me he puesto a pensar en eso, y yo te juro que nunca lo he comprendido... ni antes que era una pobre muchacha ignorante ni ahora que sé todo lo grande y todo lo bello de la vida porque te sé querer.

ARTURO: Reina, reina mía. Ya lo creo que vos sos la única que sabe querer, no has sido nunca una pobre muchacha ignorante, no... Lo que has sido buena y confiada y franca... Has tenido la sabiduría verdadera en el alma... esa que no se aprende, que no puede enseñarla nadie porque no está escrita en ningún libro...

ELISA: Callate, mi vida... oíme. Ahora soy yo la que quiero acordarme, la que siento como una dicha al pensar en todo eso... Dejame que te cuente... ¡Al otro día nos vino a ver

doña Braulia y me habló tanto de vos!... Me dijo que eras borracho, que eras jugador, que eras pendenciero... que no trabajabas nunca, que nadie sabía de lo que vivías... que eras loco, anarquista y que solo sabías gritar cosas malditas de tus libros de asesino cuando estabas borracho... que te ponían preso todos los días y que vos te reías... que aborrecías a todo el mundo... ¡Y qué cosa más rara, Arturo! Nunca te lo he dicho... Cuando me contaba eso a mí me parecía que te iba queriendo más, que te iba queriendo más a cada nueva cosa mala que iba sabiendo de vos... Después cuando te vi, hubiera querido abrazarte, decirte que yo sabía que vos eras bueno, que vos eras desgraciado... No sé porqué pero yo adivinaba, yo sabía cómo eras vos. Yo sabía que vos merecías que te quisieran mucho, como yo te quería... Por eso, cuando te veía malo conmigo yo no me enojaba... yo te buscaba... Lo veían en la casa que yo te buscaba y se reían, y hablaban mal de mí... ¡Brutos!... Cuando una mujer quiere y no la quieren, debe buscar al hombre que ella quiere; cuando hay cariño de veras no hay amor propio, no hay orgullo, no se ocupa uno de las cosas que puedan decir o de lo que puedan ver... Debe ser fuerte, que solo los fuertes saben querer y sólo los que quieren son fuertes. Que el amor, el verdadero amor, no se ha hecho para todos. Me acuerdo de la noche en que te dije que te quería... Todavía no sé como hice, como tuve valor... Pero yo estaba loca de verte así, sin hablarme, malo conmigo, disparándome... No hacía quince días que nos conocíamos. ¿Te acordás? A gatas habíamos hablado... Si cuando lo pienso me parece mentira.

ARTURO: Mirá. Me acuerdo... Hacía mucha luna... Era una noche de verano clara, clara y vos tenías puesto un vestido todo blanco... Cuando llegué estabas parada al lado del pozo como si me esperases. No sé que me preguntaste y yo

entonces sentí que me salía a la boca toda la rabia que me habías hecho juntar. Te insulté, te insulté como no había insultado jamás a nadie, y entonces cuando te insultaba más, fue que vos me abrazaste, que me sentí tus brazos por el cuello y sin saber cómo te estaba yo besando en la boca... ¿Te acordás Elisa?... Yo no puedo decirte lo que sentí entonces. De repente toda mi rabia se volvió contra mí mismo... sentí ganas de llorar y de pegarte y de besarte juntas... me sentí perro, desgraciado, desgraciado...

ELISA: ¡Oh, yo también me sentí sufrir... sufrir mucho... cuántas cosas horribles me dijiste esa noche!

ARTURO: ¡Mi Elisa del alma! ¡Mi rica! Ahora, cuando pienso en esa noche me siento bueno para toda la vida... me siento con fuerzas para todo lo que vos quieras... Mirá... No sé qué golpe me dio el corazón al verte en la puerta de mi cuarto, al oír lo que vos me decías... Me acordé de mi madre, de la pobrecita de mi madre que fue tan buena y tan desgraciada... y me pareció, que así como vos esa noche, que las otras son felices porque sí. Había sido la falta de mi madre... que si yo esa noche te hacía mía habría sido más infame que si te hubiera buscado y tenido por fuerza... que el hijo que hubiera nacido de nosotros habría sido otro perro desgraciado como yo... Y te lo dije, te lo dije todo llorando como un chico y vos me consolabas como podía haberlo hecho mi madre, como si hubieras sido hermana mía... Entonces empecé a creer que se podía ser bueno, en que era cierto que había en la vida gente desinteresada, gente generosa, gente que quería y que yo con ustedes podía ser dichoso, trabajar, hacerme una vida honrada como la de tu padre, que fueras vos mi mujer, que tuviéramos hijos que nos quisieran, una pieza en la que entrara el sol para darnos lujo, una mesa con el mantel muy blanco donde

comiéramos de lo que yo ganaba con nuestros hijos, lindos y buenos como vos y con tu cara rosada. Y cuando te lo dije, vos la guapa de aquella noche, tenías vergüenza, mucha vergüenza, no sabías ni qué decirme y te pusiste a llorar contra mi cara... ¡Oh! Si los malos supieran lo feliz que es el bueno, se harían buenos, aunque fuera por maldad y egoísmo... Ahora puedo, por fin, mi alma, quererte sin vergüenza, hacerte dichosa.

ELISA: Sí, dichosa, feliz como no puede serlo ninguna otra,... sin darse cuenta de que lo son... Y yo, mi felicidad me la he hecho con mis manos, y sé lo que vale, porque he tenido que trabajar mucho para conseguirla... Yo te quiero más como cosa mía y me siento querida como ninguna... que los otros hombres buscan las mujeres porque es su costumbre, y se casan, porque necesitan hacerlo con cualquiera, y son buenos y trabajan porque no saben vivir de otro modo... ¡Pero vos!... Vos te hiciste bueno para mí, sin que yo te lo pidiera, trabajás para mí sin que yo te lo pida, y me has dado la más grande de todas las pruebas grandes de cariño que se puedan dar... Por eso yo te quiero, y te respeto más que si hubieras sido bueno toda la vida; porque también a vos te ha costado hacerte bueno, y sos bueno de veras porque has trabajado mucho para poder serlo.

ARTURO: Te juro que no veo la hora de hacerte mía para siempre. *(Una pausa dolorosa)*. Ya muy pronto ganaré lo suficiente para que no cosas más... Cada puntada que das es un insulto para mí... Las odio a esas mujeres para las que cosas porque me parece que me han robado algo de cariño tuyo... algo de vos...

ELISA: Alégrate, entonces... hoy mis manos no fueron esclavas, no se cansaron, no cosieron por obligación... Cosieron alegres, encerrando una ilusión en cada puntada. Mirá, lo que he cosido hoy es para mí... Esperá que te lo traigo... ve esto *(le*

da el corpiño y va a la mesa a traer lo demás. Mientras entran los otros, todos escuchando al padre que habla).

ESCENA IV

Elisa y Arturo; después, don Mauricio, doña Mariana, la Gurisa y Julia

DON MAURICIO: *(Entrando con sus folletos y papeles en la mano)* Sí, hija, ganamos para vivir los obreros cuando somos solos o cuando toda la familia como aquí trabaja, para vivir al día, sin guardar para una enfermedad o para una muerte...

DOÑA MARIANA: Pero si tan mal no estamos... Mauricio si ya sabés vos el miedo que yo le he tenido siempre a eso de las huelgas... Bueno, en fin... *(A la Gurisa)* Levante todo eso, hijita. Como diez pesos nos hemos ganado hoy entre las dos...

En el intervalo Elisa vuelve donde Arturo y le enseña la ropa y el fin es hablando simultáneamente.

JULIA: Tata, ¿cómo se va a poner a leer de obscuro que está? ¿Quiere la lámpara?

DON MAURICIO: Bueno, hija.

Arturo ha mirado y remirado la ropa que ella le dió. Mientras ellos hablan, la Gurisa recoge las ropas y las planchas y doña Mariana ordena la ropa en los canastos.

ARTURO: *(Mirándolas)* ¡Qué lindo, qué lindo! Como salido de tus manos... La ropa de mi mujer... Rica, rica mía... Tráela... ¡Qué lindas cintas!...

ELISA: Mirá... rosadas como a vos te gusta... Tengo que hacerle los moños... así, ¿ves? *(Hace uno).*

ARTURO: Yo te ayudo, trae, yo te ayudo. Decime como se hace.

¿Cómo se hace?...

ELISA: Así, mirá... Hacelo lindo... Tomá... (*El lo hace*). ¡Ay! ¡Qué feo!... (*Lo deshace*) Así, no, así ¿ves?...

ARTURO: ¿Así?... (*vuelve a hacerlo*).

ELISA: Sí, este está bien... mi encanto, mi guapito rico que hasta hacer moños sabe... Tomá hacé los otros vos...

ARTURO: (*Haciéndolos*) Mirá, rica; en cada nudo de éstos ato un montoncito de cariño...

Se interrumpe de pronto al grito de la Gurisa, que mientras doblaba las cosas de las planchas, tuvo un acceso de tos más fuerte que los otros, y al taparse la boca con el delantal para toser lo llenó de sangre.

GURISA: ¡Ay, mamá!... Sangre... He escupido sangre, mamá venga... (*Todos la rodean*).

DOÑA MARIANA: ¿Qué decís, hija?... ¿qué decís?

GURISA: Que he escupido sangre mamá, ¡que estoy tísica!...

DOÑA MARIANA: (*Angustiada*). No m'hija, tísica no puede ser... vos no tenés más que un resfrío.

JULIA: (*Que entra con la lámpara*) ¡Qué hay! ¿Qué tiene?...

GURISA: ¡Sangre, que he escupido sangre, que estoy tísica, que me voy a morir!

ELISA: (*Arrastrando el sillón hasta ella*) Tomá, Gurisa, sentate, si no es nada... si no es nada.

GURISA: No, si a mí me dolía mucho la espalda.

DOÑA MARIANA: Sí, m'hija... es cierto... Yo soy una hereje que no te quería creer, que te hecho planchar todo el día por unos puercos centavos... Mi Gurisa del alma... (*La abraza llorando*).

DON MAURICIO: (*Retirándola*). No. La culpa la tengo yo, que dejo que ustedes, pobres mujeres, se maten trabajando... Pero, oí Gurisa, vos te vas a curar; porque tu padre tiene un

poquito de plata guardada y te va a llevar a todos los médicos y te va a comprar todos los remedios, aunque tuviera que robar para que no te faltara nada... y vamos a hacer todo lo que pueda hacerse para que vos te sanes...

ARTURO: Y nosotros también, queridita... Elisa y yo tenemos plata junta para casarnos y toda es para vos, para que te sanés, y como hay que comprarlo todo; te compraremos con eso la salud... No llores Gurisa, no llores que vos te vas a sanar...

JULIA: Pero, pavita, si no es para tanto. No llores, no te aflijas.

GURISA: No, no me engañen... Yo no me voy a curar nunca porque los tísicos no se curan... y yo mamita no me quiero morir... No me quiero morir... No me quiero morir, mamita...

ELISA: Callate, Gurisa... No digas disparates, no pensés en eso... Ya vas a ver como mañana no te acordás de nada... Mañana, cuando estés bailando con tu vestido rosado...

DON MAURICIO: Sí, y con la pulserita que yo te voy a traer...

GURISA: No... yo ya no quiero nada, déjeme... Yo no voy a ir... Yo estoy tísica... Yo no voy a ir... Yo estoy tísica... Yo me voy a morir...

ELISA: (*Besándola y llorando*). Calláte Gurisa. No te acordés de nada. Ya vas a ver mañana que contenta estás cuando estés bailando con tu vestido rosado...

TELON LENTO

ACTO II - La Fuerte

DECORADO

REPRESENTA LA ESCENA EL PATIO DEL CONVENTILLO CON EL MOVIMIENTO DE VECINOS ACOSTUMBRADO. BRASERITOS EN LAS PUERTAS; AL FONDO EN UNA CUERDA ROPA TENDIDA, AL CENTRO UN BANCO GRANDE, A LA DERECHA PUERTA DE LA CALLE Y A IZQUIERDA LA PUERTA DEL CUARTO DE DON MAURICIO CON LA MÁQUINA DELANTE Y UNAS SILLAS. PASAN VENDEDORES, CHICOS Y MUJERES. EL MOVIMIENTO DE GENTES QUE ENTRAN Y SALEN QUEDA A IDEA DE LOS ARTISTAS.

ESCENA I

Doña Petrona, doña Braulia; después, don Mauricio

DOÑA BRAULIA: *(Entrando de la calle con los canastos de entregar ropa vacíos y un "Fray Mocho" en la mano. A doña Petrona que estará en escena cuando se levante el telón)* ¡Doña Petrona del alma, qué sorpresa! ¿Hace mucho rato que llegó?

DOÑA PETRONA: Buenas tardes, doña Braulia. Ya me extrañaba no haberla visto... Hace como dos horas que vinimos. ¿Y usted por dónde andaba?

DOÑA BRAULIA: Salí esta mañana a entregar una ropa y con una vuelta y otra, fíjese la hora que se me ha venido encima... ¡Qué cosa!... Cómo se pasa el tiempo, ¿eh? Y por allá ¿cómo los dejó? Ya ha de estar bien el enfermo cuando la tenemos de vuelta.

DOÑA PETRONA: ¡Qué bien!... Peor cada día...

DOÑA BRAULIA: ¡Qué cosa!... Y no acabar de morir de una vez el pobre. ¡Pobrecito!... Tanto bromear para morir, ¿eh? No es por desearle daño, pero se debía morir de una vez. ¿No le parece?

DOÑA PETRONA: Pero no diga eso, mujer.

DOÑA BRAULIA: Porque no voy a decir lo que pienso, hija... Usted no tiene por qué resentirse de lo que es una franqueza nomás... Igual diría de uno de mi familia que se enfermase así, aunque fuera mi hija. Por Dios, le juro. *(Besa la cruz)*. Que desearía en el alma que se muriera de una vez. ¿Para qué estar ahí penando el cuete?

DON MAURICIO: *(Que pasa de largo para su pieza)*. Buenas tardes.

DOÑA PETRONA: Buenas tardes.

DOÑA BRAULIA: Buenas tardes, compadre, ¿qué tal la Gurisa?

DON MAURICIO: Igual, señora, igual... Hasta luego. *(Entra a su cuarto)*.

DOÑA BRAULIA: *(Haciéndoles los cuernos por detrás)* Ahí va ese viejo brujo, viejo odioso, ni es capaz siquiera de hacerle una atención a uno... Más espóptico... ahí los tiene, más pobres que las ratas, con la muchacha por cantar para el carnero y todavía le dura el entonamiento...

DOÑA PETRONA: Cállese, doña Braulia, pobrecita la chica tan buenita que era. ¡Qué cosa, mi Dios! ¿Y no se mejora con los aires de la sierra?

DOÑA BRAULIA: ¡Qué sierra ni que serrucho!... Hace como un mes que están de vuelta y más arruinada y más ética cada día.

DOÑA PETRONA: Como yo no los he visto en toda la tarde creía...

DOÑA BRAULIA: Y qué los va a ver... Si siguen con la misma costumbre de encerrarse y de tratar a los vecinos como si ellos nomás fueran gente. Lo que es... No hay sobrenombre más lindo que el que yo les he puesto: los de Anchorena... Ya ve que hasta a usted la tienen a menos, que nunca han querido tener relación con usted.

DOÑA PETRONA: ¡No, qué esperanza! No es por eso. Ellos son gente así, callada, seria. Yo tampoco tengo relación con los vecinos y no es porque tenga a menos a nadie. Esta noche voy a ir a acompañarlos un ratito. Los que trabajamos mucho

solamente en esos casos nos podemos visitar.

DOÑA BRAULIA: Cállese, hombre, si usted supiera lo que me hizo esa compadrona de Elisa... ¡Si usted supiera!... También... ¡Todas las cosas que yo le dije!... ¿Y usted cree que se animó a contestarme ni a insultarme ella? Ta tranquila como si le estuviera diciendo buena moza, me salió con que no escandalizara porque ella... la gran cosa, no tenía ganas de oír disparates... y que si no me iba pronto me iba a tener que hacer sacar con el chafé... ¿Se da cuenta doña Petrona? ¿Se da cuenta del tupé que tiene esa gata de los tapiales? El día que me echo la perra esa... ¡Qué día doña Petrona!... Para agachar el copete ella y contarme que no tenía que comer. Ella y la Julia solitas, y los otros presos.

DOÑA PETRONA: Pero, ¿qué dice de presos?... ¿qué les ha pasado?... Porque ellos parecían que estaban bien, que tenían plata... Ya ve, llevaron la chica a Córdoba...

DOÑA BRAULIA: ¡A Córdoba!... ¿Y cómo?... Sin plata segura... Aunque algo debían tener ellos guardado. Pero después vino la huelga... Usted ha debido oír decir, ¿no?

DOÑA PETRONA: Sí, me parece que algo oí...

DOÑA BRAULIA: Bueno, ese asesino anarquista de porquería del Arturo, fue el “promovedor” creo que eso me dijeron, y el viejo no se cuanto bolazo dijo en los mitingues, y resulta que me los metieron presos a los dos y me los dejaron sin trabajo. ¡Bien hecho! Al viejo ya lo han largado, pero al Arturo todavía lo tienen, creo y no sé qué de la ley de Residencia que le van a aplicar... Esa ley tan buena que hace salir del país a todos los extranjeros, muertos de hambre que vienen a bochinchar a tierra ajena.

DOÑA PETRONA: Pero ¿no es argentino Arturo?

DOÑA BRAULIA: ¡Qué va ser argentino! ¡Salga de ahí! Gallego, más gallego que su marido... Solamente que no se le conoce porque ha

vivido siempre aquí, comiendo de nosotros, los argentinos –tomá esta–. Pero bien hecho, que ahora me lo mandan a su tierra con sus ideas... No he visto una ley más a mi gusto que esa. Fíjese que cosa, ¿eh? En todos los diarios ha salido el retrato de Arturo, como si fuera un gran personaje, esa porquería... En el Caras y Caretas, en el PBT, en el Film, ese libro más grande de los biógrafos... Hoy me contaron todo eso en lo de mi comadre María, y me dieron este Fray Mocho que creo que salió hoy con una cosa que se llama “apuertaje” que le hace siempre a las grandes personas... Me parece que era así... del Arturo... Fíjese y con el retrato y todo... Mírelo (Abre el Fray Mocho y busca). Aquí está ¿ve? Yo no sé leer, pero por la figura.

DOÑA PETRONA: (*Tomando el Fray Mocho*) ¡Ay!... Si está igualito... Pobre mozo... tan lindo, tan simpático, tan trabajador. ¿Y este que está con él?... ¿quién será?

DOÑA BRAULIA: ¿Este?... Este lechuzón de los anteojos negros?... Me parece que me dijo la Juanita que es el macaneador que ha escrito todos esos bolazos. Aquí abajo firma. Una cosa como Suiza... no, Sucia Rey... Eso es... Sucia Rey... Parecido.

DOÑA PETRONA: ¿A ver? (*deletrea*) So-i-z Re-i-lly... Soiza Reilly, dice Sioza Reilly... (*Mientras dos muchachas que llegan hacen señas a doña Petrona y la esperan hasta que se separa de doña Braulia y entran juntas*).

DOÑA BRAULIA: ¡Ajá!... Así me parece que me dijeron. Eso mismo... Un macaneador. Ha de ser otro que tal que el Arturo, nomás. Así lo hacen poner orgulloso metiéndolo en los diarios como si fuera gente. Y es que esos otros son anarquistas también y se aprovechan de cualquier cosa para hacerlo quedar mal al gobierno. Yo me alegro de que lo echen, qué voy a decir otra cosa, acá la nombra a la Elisa también... Tráigalo que lo necesito (*Le agarra el Fray Mocho*).

DOÑA PETRONA: (*Dádoselo*) ¡Pobre muchacha, la Elisa! Cómo estará de

pena, como habrá sufrido... tanto que lo quiere.

DOÑA BRAULIA: Qué quiere, que sufra esa oveja si tiene más agallas que dorao viejo. Fíjese, que cuando cayeron presos los otros, que ya no ganaban y se habían quedado de aquí (*Se hace una cruz delante de la boca*) con lo de la huelga, se pensó que ella, con los mamarrachos que cose las iba a poder sostener a las otras allá y todavía llevarles a esos yerba y cigarrillos a la cárcel porque eso hacía. Se marchaba a verlos, sola como una sargenta que es, y cargada de porquerías... Ahí me la tenía que ni sé qué horas guardaba para dormir, dele coser y coser... Cuando yo me iba a la cama me la dejaba reventando de calor abajo de la lámpara y cuando me levantaba ya la tenía triquitraque con la maquinita; y ni pálida se había puesto, conversando y riéndose como si nada le pasara... ¡Cuando le digo que es una oveja!... Una de esas mañanas fue que el doctor le mandó una carta conmigo. Yo ni sabía que le decía en la carta, ni para lo que era. Me había contado ella el día anterior que le había mandado plata a la vieja, que había tenido que pagar no sé qué de los presos, y que no tenía ni con qué comer hasta que entregara costura... No fue de franqueza que me lo dijo, ¿eh? Fue para disculparse de que no me pagaba la casa hacía dos meses, y esa mañana había ido yo con los recibos... Yo sin saber qué quería ocultar le conté todo al doctor... No va a creer usted, que el pobre me pagó los meses de casa y le mandó una carta... En vez de agradecer el favor me echó la sinvergüenza, como si yo fuera una como ella, y no una señora sería como soy.

DOÑA PETRONA: Pero quién sabe qué le diría el doctor. Son tan atrevidos los hombres con las mujeres pobres y solas...

DOÑA BRAULIA: ¿Y qué quiere que le dijera? Que la quería... y bien enterada estaba ella de que ese doctor la quería. Todas las locas tienen suerte, pero esta ni esa suerte ha sabido aprovechar.

Si fuera por honrada... pero ya ve como era con el Arturo... Que Dios me libre de malos pensamientos... *(Se persigna)* pero para mí que esos no andan en cosa buena...

DOÑA PETRONA: Pero era el novio... y se querían con locura: eso es lo que no se puede negar... todo lo veíamos...

DOÑA BRAULIA: Sí, que no, todos los veíamos... cansada estoy yo de verlos besarse y rebesarse en el pozo, en el patio, en las piezas; en la cocina, en el zaguán... La niña decente que se asusta de que el doctor la quiera...

DOÑA PETRONA: No sería que se asusta... Sino que ella no lo quiere.

DOÑA BRAULIA: ¡Como para pensar en cariños estaba!... Eso del cariño se deja para las ricas. Fíjese que esa misma tarde del día que me echó tuvo que vender una punta de cosas para mandarle a las otras que se vinieran y para darse el corte de humillar al doctor mandándome los meses que él me había pagado para que se los devolviera. ¡Qué copete de mujer!, ¿eh?... También me he reído más de la venta de las cosas... Como mudanza, doña Petrona, como mudanza. ¡De lo que más me alegré fue de la máquina de las planchas... tanto que me achataban a mí que no tengo!... Fíjese lo que será que vendió todos los muebles, pero anda con todas las porquerías de trucos, con los brillantones que tiene colgando para darse corte. Y si le digo que ahora... *(En este momento aparece Julia en la puerta del cuarto para ir a la cocina y doña Braulia se interrumpe)* Mire, ahí va la Julia. Atienda que la voy a llamar y va a ver qué lindas noticias que le doy.

DOÑA PETRONA: No, no. Converse con ella sola que yo me voy, tengo que hacer y me esperan las chicas. *(Se retira)*.

JULIA: ¿Ya de vuelta? ¿Cómo le ha ido? ¿Y el enfermo como quedó?

DOÑA PETRONA: Igual, nomás, hijita...

DOÑA BRAULIA: Che Julia, vení m'hija que te quiero decir una cosa, un encargo que tengo para vos.

JULIA: (*¿Qué querrá?*)

DOÑA BRAULIA: Vení pronto, che, apurate.

JULIA: Voy... Hasta luego, doña Petrona.

DOÑA PETRONA: Hasta luego, hijita. Esta noche voy a ir a acompañarlos un ratito.

JULIA: Con mucho gusto, la esperamos. (*A doña Braulia*) ¿Qué desea, doña Braulia?

ESCENA II

Doña Braulia y Julia

DOÑA BRAULIA: Quería hablarte muchacha. Aunque ustedes no quieren conversarme, yo no les guardo rencor, ya sabés vos cómo las he querido siempre.

JULIA: Sí, cómo no, ya sé... Qué no la vamos a querer conversar... Es que...

DOÑA BRAULIA: No, che, no te disculpes; que para estas cosas no hay disculpa que valga. Tengo un encargo para ustedes de la señora de González y de las de Robledo. Quién sabe quién les ha ido con el cuento de que está tísica la Gurisa. Ya sabés lo que es la gente. Y me encargaron que te dijera que no les van a dar más la ropa. Qué, qué pensarían ustedes de tomar planchado ajeno teniendo una tísica en la casa, cuando los trapos llevan tanto los contagios... Y me lo dieron el planchado a mí. Yo no se lo quería tomar sabiendo que es la única cosa que les quedaba a ustedes. Pero después de todo igual se lo iban a quitar.

JULIA: (*Disimula la impresión*). No, no es nada, hizo bien en tomarlo...

DOÑA BRAULIA: Pero, che, con tanta cosa hace como una hora que llegué y no he entrado todavía a mi pieza. Tomá (*Le da el Fray Mocho*) ahí vas a encontrar una noticia para ustedes.

JULIA: (*Tomándolo extrañada*) ¿Para nosotros?

DOÑA BRAULIA: Sí, para ustedes... Buscá... Hasta luego, luego me lo devolvés... (*Se va para adentro y Julia hojea el Fray Mocho, encuentra y lee*). ¡Ja, ja, ja! Tomá, aprendé a compadrear. ¡Ja, ja, ja! Me la dejé achatadita, achatadita como pulga reventada con el pie... ¡Ja, ja, ja! ¡La compadrona, la compadrona!

Queda Julia sola leyendo tan emocionada que solo atina a sentarse en el banco sin poder ni hablar. Al rato vuelve a salir Braulia con el cigarro en la boca y uno de los canastos para recoger la ropa tendida. Mientras la descuelga mirando de reojo a Julia monologa.

Me había olvidado de la ropa que tendí esta mañana. ¡Qué cabeza que tengo, mi Dios santísimo!... (*Cuando tiene el cesto lleno se viene para la pieza hablando siempre y mirando de reojo a Julia*). ¡Qué mujeres estas, Dios mío!... ¡Qué copete!... Ni tata Dios se los agacha. Leyendo tan fresca. No ha sido capaz de llorar, ni de gritar, ni de desmayarse siquiera... ¡Son como unos animales!... (*Aparece Elisa en la puerta de la pieza. Braulia al verla continúa*) Al diablo, la Elisa... (*Y sale disparando para la pieza*).

ESCENA III

Elisa y Julia; después, Arturo

Mientras Julia y Elisa hablan, Braulia espía varias veces y después pasa con una cacerola para la cocina. Elisa, al pasar de largo y apurada para el cuarto, ve a Julia sentada. Pone el paquete sobre la máquina.

ELISA: ¡Oh! ¿Qué hacés ahí?

JULIA: *(Levantándose de pronto y escondiendo el Fray Mocho)*
Nada, nada, no hago nada.

ELISA: No, vos tenés algo, algo te pasa... ¡Cómo estás de pálida!...
Estás llorando... *(Deja el paquete sobre el banco)* Tenés
llenos de lágrimas los ojos... *(La agarra por los brazos)*
¿Qué te pasa?... ¿qué tenés?

JULIA: *(Deshaciéndose)* Dejáme... Sos loca... No sé por qué voy a
llorar yo. ¿Querés que me pase? ¿Qué querés que tenga?
No me pasa nada, no tengo nada.

ELISA: ¿Y entonces porque estás ahí? ¿Por qué tenés esa cara de
muerta?... Vení, vamos adentro... *(Hace ademán de irse y
Julia la detiene).*

JULIA: No, no vas... Esperate, te quiero decir una cosa...

ELISA: ¿Una cosa? ¿Qué cosa? ¿Cuándo decía yo que vos tenías algo,
que algo te pasaba?... ¿Qué hay? ¿Cómo está la Gurisa?...

JULIA: No, la Gurisa no... Es otra cosa... Otra cosa peor todavía
para vos, Elisa, para vos que sos tan buena... para vos que
no te merecés esto *(La abraza echándose a llorar).*

ELISA: *(Sentándose y sentándola en el banco)* Pero no llores, no ha de
ser para tanto... Decime qué es... Que no te vea yo llorando
así, que con llorar no se saca nada. ¿Qué es lo que hay?

JULIA: *(Llorando siempre)* Es que doña Braulia me dijo, me dijo...

ELISA: ¿Qué te dio, qué te dijo?

JULIA: Mirá, me dijo, que las de González y las de Robledo no
nos dan más la ropa... que la Gurisa está tísica, que los
trapos pueden llevar el contagio.

- ELISA: Y nada más que por eso estás así... ¿Nada más que por eso?...
- JULIA: No... por otras cosas que yo pienso... Oh... Ahora, ya ni planchando las voy a poder ayudar... Yo, que nunca he servido para nada en la casa y que ahora que necesitamos más, que por más voluntad que tenga, tampoco podré ayudarlos...
- ELISA: ¿Para qué te ponés a pensar en esas locuras? ¿Para qué? ¿Qué no has ayudado nunca? Ya lo creo que nos has ayudado, has sido la sirvienta de todos. Y si no hubiera sido por eso no habiéramos podido hacer nada nosotros. No seas estúpida, no pensés disparates. ¿A qué le llamas vos trabajar entonces?
- JULIA: (*Lloriqueando siempre*) No, no, nada... nada... no es eso...
- ELISA: Pero entonces decime, ¿estás loca? ¿Qué novedad es esta de los llantos? Ni que se hubiera muerto alguno. Parece que estás anunciando más desgracias todavía... Ponerte aquí a llorar como una idiota.
- JULIA: No... También no puedo aguantar más, y verla a la Gurisa así penando de ese modo. Me dan ganas de ponerme a gritar lo que la miro...
- ELISA: Y yo también la veo y sufro más que vos todavía, pero con llorar no se hace nada. Cuando las penas vienen, vienen en racimos como las uvas, nunca viene una pena sola, y hay que aguantarlas a todas que no somos los primeros ni vamos a ser los últimos que pasen por esto, que es cosa del mundo el sufrir. No hay que meterse en un rincón a llorar. A las penas hay que hacerles frente, que pelear con ellas para que no la maten a una, hay que tener coraje, hay que aguantar... Las lágrimas se dejan para llorarlas cuando uno tiene una alegría tan grande que lo ahoga, que le rebosa del alma... A la desgracia no se le da el gusto

de doblarse. Se aprietan los dientes y se le muestran los puños. A ver, decime... ¿Qué es lo que has pensado vos?... Pero guapa, sin llorar, alzando la cabeza.

JULIA: Nada... nada. Que ya que no sirvo otra cosa, y que no podemos estar atenedos todos a lo que vos cosas...

ELISA: Callate. Oíme. Atenidos a lo que yo cosa no pueden estar más, porque yo ya no tengo más costura.

JULIA: ¿Qué?... ¿Qué decís?... ¿Por qué?...

ELISA: Que no tengo más costura por lo mismo que ustedes no tienen más planchado... por la Gurisa (*Riendo*). La patrona dice que si supieran sería un descrédito para el taller, que ya se han quejado.

JULIA: (*Sin poderse contener llora más fuerte*). Canallas, sinvergüenzas, entrañas de perro... ¡peores que perros son todos!...

ELISA: (*Riendo siempre*) No digas disparates, che, pobres los perros... Ellos no serían capaces de hacernos esto.

JULIA: Tenés razón... Animales de Dios... Que no hay en el mundo animales más malos que los hombres. (*Llorando más*) ¿Qué vamos a hacer ahora? Nos vamos a morir todos juntos amontonados... Yo no sé cómo vos no llorás... Vos sos de palo...

ELISA: Pero si yo me pusiera como vos, decime... Entonces sí que nos íbamos a morir todos de hambre... ¿Que no había trabajo en el taller?... Ni los iba a insultar ni me iba a poner a rogarlos tampoco. Te juro que no me conocieron la desesperación que me dió... He "pateado" por esas calles hasta que he encontrado trabajo. Ya ves, no es un trabajo seguro ni bien pago, ni nada... pero algo es algo... Mirá, camisas de hombre.

JULIA: Pero si vos no sabés hacer camisas de hombre.

- ELISA: Yo sé hacer todo lo que se pueda hacer... aprenderé. Las dan cortadas y es muy fácil...
- JULIA: En fin, tenés razón, ¿para que llorar? Pero mejor es lo que yo he pensado...
- ELISA: ¿Y qué es lo que has pensado vos? Decí...
- JULIA: *(Ya serena)* Mirá, he pensado que yo, ya que no sé hacer otra cosa, ya que solo sirvo para el trabajo de la casa, podía conchabarme...
- ELISA: ¿Ves? Así me gusta que seas guapa, que no te abandones a llorar. Yo había pensado eso ayer, pero me daba lástima decírtelo.
- JULIA: También hace días que yo lo vengo pensando. Con lo que yo ganara pagaríamos la pieza, y con tu costura podían vivir...
- ELISA: No nos queda otro remedio, querida... lo vas a tener que hacer sin afligirte, con eso va a estar todo arreglado... Después de todo, no es tan feo servir... puedes dar con una patrona buena, y hasta que nos levantemos un poco.
- JULIA: No, que feo va a ser hasta cuando vos quieras. No me aflijo, no, no soy tan pava...
- ELISA: ¿Lo ves como no tenías motivo para llorar tanto?... ¿Qué has sacado con el llanto? ¿Qué has sacado?... Si uno piensa las cosas sin desesperarse, ve que todo tiene arreglo en esta vida, que todo tiene arreglo... ¿Ves? En cuanto te callaste hallamos el arreglo y bien bueno... Ya nos vendrán otros días tranquilos y esto nos hará ser más dichosos después, cuando pensemos...
- JULIA: *(Sin llorar, la mira casi sonriente)* Sí, tenés razón... a tu lado no hay modo de afligirse mucho... tengo que aprender de vos y tener fuerza para soportar las penas. Ahora ya estoy tranquila, ¿ves? ¡Ya no lloro!

- ELISA: (*Levantándose*) Bueno, eso es lo que debes hacer... Andá a la cocina un ratito y lavate la cara para que no te vean adentro así. Yo me voy a verla la Gurisa. (*Se aleja pero Julia se levanta también y la detiene*).
- JULIA: No, no te vas... te quiero decir otra cosa (*Se angustia otra vez*).
- ELISA: (*Volviéndose*) ¿Qué?... ¿Qué me tenés que decir?... A ver, decí.
- JULIA: No, Elisa no... Me da lástima de vos, y de pensar en lo que tengo que decirte... Pobrecita Elisa, vos tan buena, tan digna de ser más dichosa de lo que sos...
- ELISA: Pero ¿qué hay? ¿Qué es lo que me tenés que decir? Decímelo de una vez no me tengas así... (*En este momento aparece Arturo en el zaguán con dos hombres, y se queda mirándolas inmóvil*).
- JULIA: Es que doña Braulia me dio... me dijo que Arturo (*Llora más*).
- ELISA: (*Acariciándola*) Milagro, no iba a ser esa bruja la que viniera con el cuento... esa bruja vieja... Te ha dicho que lo echan a Arturo, ¿no? (*Julia siempre lloriqueando afirma con la cabeza que sí*). Yo que se los venía ocultando tan bien...
- JULIA: ¿Pero vos sabías?
- ELISA: ¿Y cómo no querés que lo sepa yo? ¿Cómo no querés que yo lo sepa? Hace tiempo ya que nos lo pensábamos que le iban a hacer esto. Pero yo no lo esperaba tan pronto... Se va mañana (*Pausa*). Y mirá cómo lo he sabido... Hoy cuando tomé el tranvía para ir a entregar la costura, un hombre al lado mío tenía el “Fray Mocho”, y al mirar, sin pensar, me veo el retrato de Arturo... Entonces me fijé... y bien que mal lo leí todo...
- JULIA: ¿Y qué dijiste?
- ELISA: (*Separándose y encogiéndose de hombros*) ¡Nada! ¿Qué iba

a decir?... Nada. A mí ya no me queda nada que decir. Andá para la cocina a lavarte la cara y venite adentro en seguida... y me hacés el favor de ocultar esto hasta después, que no lo sepa ninguno, ¿entendés? Ninguno en casa... *(Al volverse ella para entrar lo ven a Arturo de pie en la puerta del zaguán).*

ELISA: ¡Mi rey!... *(Corre, se abrazan y quedan un rato así tan emocionados que no pueden ni hablar. Julia tampoco puede moverse del asombro. Pasa un rato y entonces se acerca a él y le pone la mano en el hombro, él se vuelve y sin soltar con un brazo a Elisa, que durante toda la escena está apretada contra él, habla con Julia).*

JULIA: Pero, ¿cómo?, ¿te has escapado?

ARTURO: No, no...

JULIA: Entonces, ¿cómo? ¿Cómo viniste?

ARTURO: *(Pasándose la mano por la frente, como extraviado)* No sé, no sé todavía, dejame que pueda decirles... Vengo por mis cosas y a despedirme de ustedes... me voy mañana... me han dado permiso... traigo guardias... pero he venido.

JULIA: ¿Cómo han podido darte permiso? No puede ser, es imposible...

ARTURO: *(Más sereno)* Ya ves que no es imposible porque estoy aquí. Nada es imposible en la vida, hija, más que el ser dichoso.

ELISA: ¿Sí, rey... pero como han podido darte permiso? ¿O es que yo estoy soñando?

ARTURO: ¡No, no soñás, mi alma!... También a mí me parece mentira, pero es así... Se los pedí, se los rogué, ellos te habrían visto a vos aquella mañana que los hablaste ¿te acordás? Han pensado en vos y te han tenido lástima... Al fin y al cabo son hombres, tienen alma también, y yo no soy ningún asesino...

- JULIA: Pero ¿no han tenido miedo de que te escapes? Mirá (*Señala la puerta de la que los otros han desaparecido*) Te han dejado solo...
- ARTURO: ¡Oh!... bien saben ellos que aunque solo hubiera venido, volvería... Han sido buenos conmigo... y además un anarquista, un sectario, cumple siempre su palabra (*Pausa*).
- JULIA: ¿Te vas a quedar mucho rato querés entrar?... Voy a avisarle antes, que no se asuste la Gurisa...
- ELISA: No, no vas... Ya te he dicho que es mejor que nada sepan, que no lo vean...
- ARTURO: No me puedo quedar más que un ratito... Vengo a llevar mis cosas...
- ELISA: (*Sin soltarse de él se vuelve a Julia.*) Andá a aprontárselas vos, Julia, ¿querés?... En el cuarto de él está el baúl que trajeron ellos. La ropa toda está limpia. Ponele sábanas, ponele toallas... Hasta hilo y aguja ponele, mirá que va a estar solo, que no va a tener quién les cuide las cosas. Ponele todos los libros que están en la mesita. Andá, andá, ligero... no te olvidés de nada.

ESCENA IV

Arturo y Elisa; después, Julia

Julia va todavía sin darse cuenta de lo que le pasa, asombrada. Quedan ellos abrazados en medio de la escena y se vienen lentamente sin decir nada, abrazados siempre hasta el banco donde se sientan y él apoya la cabeza en el hombro de ella quedándose un rato así. Es necesario que los actores sientan mucho esta escena para darle en gestos la vida y la realidad que no puede dársele con la pluma. Elisa debe demostrar

durante toda ella que se domina, que quiere parecer serena... Debe sentir y comprender toda la psicología de la mujer fuerte, de la heroína de la vida humilde que la autora quiere pintar en ella, en gestos maternales con él, consolarlo muy dulce, muy buena. En el momento que lo despide y que va él hacia la puerta, el dolor que siente dominarle la carne al separarse, al verlo irse y el grito desesperado que sin querer se le escapa y el decaimiento enorme de la voluntad que la hace querer que la bese otra vez, que la lleve entera en el beso. No llora siquiera, no se angustia para el llanto ni una sola vez. Su desesperación es muda, horrible, toda en los gestos. Durante la escena de ellos solos Julia debe pasar por el patio varias veces con altos de ropa, con libros, con un cofrecito costurero, irse las visitas de doña Petrona y juntarse esta a Julia, en sus gestos verse que esta se asombra de ver a Arturo y que Julia se lo explica, pidiéndole silencio con los de dentro y van juntas para el cuarto de Arturo. Los guardias demuestran por señas que no quieren darle el dolor de ver la despedida y salen para la calle asomándose varias veces para ver si aún está allí, y aunque ha cesado el movimiento del patio, siempre pasa alguien. Doña Braulia que viene con algo para su cuarto da una espantada al verlo y no aparece más. Al final de la escena Julia y doña Petrona sacan el baúl y un guarda entra hasta el patio y al lado del zaguán hace grupo con ellas, Julia le habla y entonces él alza la cabeza. Elisa acaricia la cabeza de Arturo que se ha quedado sin hablar todo refugiado en brazos de ella.

ELISA: No te pongas así, chiquito... sé guapito, tené valor, ¿no estás contento de haber podido venir a verme?

ARTURO: Sí tengo valor, querida, sí comprendo que debo ser fuerte... pero dejame así un ratito, dejame así... tal vez sea la última vez que estemos juntos, que pueda sentirte tan mujer mía...

ELISA: ¿Por qué la última vez? ¿Me vas a dejar de querer?

ARTURO: *(Alzando la cabeza)* No finjas, Elisa, no me digas eso que sabés que es mentira... No me quieras hacer creer que estás serena porque yo conozco todo lo que sufrís, y yo sé todo lo que se rompe el alma cuando uno quiere ocultar el sufrimiento.

- ELISA: No te pongas así, callate, si no finjo, si estoy tranquila, te lo juro. Vos sos un chiquillo, vos te obsecás, lo ves todo horrible siempre. No solo aquí hay trabajo, lo hay en todas partes y en todas partes se puede ser bueno.
- ARTURO: No, Elisa, no... Para mí ya no hay trabajo, ya no hay paz para mí en ningún lado... Seré todavía más perro que antes, porque seré un perro vagabundo de todas partes, me perseguirán como si estuviera sarnoso. Vos no sabés lo que es un anarquista, un anarquista al que se echa a rodar por la tierra, con la marca de enemigo de todo que es la sentencia del pobre judío errante, condenado a rodar siempre perseguido de todos lados porque le temen, porque saben que tiene el cerebro enfermo de razón, de inteligencia, de rebeldía, que es la enfermedad que más se pega... la que nunca se cura. ¿Vos te creés que eso no es un crimen, Elisa? querer libertar esclavos, querer que no haya llagas, que no haya angustias, que no tengan que venderse las mujeres por un pedazo de pan. ¿Vos creés que no es un crimen decirles a los hombres, a esos pobres hombres esclavos de la vida? Vosotros no sois máquinas vivientes; que sois hombres... hombres libres que nacéis y morís como nacen y mueren todos los hombres... Trabajad, pero sed libres... Sed conscientes de lo que sois, conscientes de lo que hacéis, y no os olvidéis nunca que sois hombres, de que sois machos, de que tenéis todos los derechos de la tierra porque no tenéis la culpa de haber nacido en ella...
- ELISA: Callate, Arturo, callate... que hablás como si estuvieras loco, ¿qué tenés?...
- ARTURO: ¡Oh! yo no sé cómo explicarme lo que tengo... pero todas estas ideas aquí me duelen, me duelen con un dolor sordo, horrible... Estoy enfermo, muy enfermo Elisa... Tengo el cerebro dolorido, dolorido... ¡Tener

inteligencia!... ¡saber comprender! Esa es la más horrible de todas las enfermedades... Sí, la inteligencia duele, duele mucho, quema como una llaga.

ELISA: Basta, Arturo, basta... No te pongas así que me hacs daño... que me vas a hacer llorar...

ARTURO: ¡Llorar!... Llorar mujer... que más me enloquece el verte así... El pensar que tengo que echarme a rodar por ahí, dejándote con toda esta carga de miseria encima... yo que había soñado para vos todo lo grande, toda la dicha que se puede dar a una mujer para dártela. (*Pausa dolorosa*). ¿Es delito en un hombre que es fuerte, en un hombre que trabaja hasta matarse, el querer su mujer para él solo, el no querer que sea esclava de nadie? No tiene el infeliz derecho a eso... Ya lo ves. Eso era lo que yo quise, y ahora en vez de eso tengo que dejarte sola con toda esta carga de miseria sobre tu pobre espalda de mujer. Con la maldición de tu cara de muñeca... Irme por ahí a buscar donde el destino quiera darme un refugio.

ELISA: No digas eso Arturo. Después de todo, no te mandan a un país extraño, te mandan a tu país...

ARTURO: ¡A mi país!... ¡A mi país!... Me echan de aquí, de esta tierra para mandarme a mi país... Eso sí que es injusto, que es lo horrible. Yo quiero a España, sé que es mi patria porque nací allí, yo no reniego de eso, pero, sé justa Elisa... ¿A vos no te parece que puede ser ese mi país?... El país de donde echaron a mi pobre madre conmigo en brazos... de donde me echaron antes de que supiera hablar, del que no sé nada más que una historia de pena y de muchas lágrimas y de muchos sufrimientos. ¿Te parece que puede ser ese mi país? Mi país es este... este que buscó mi madre para patria mía, este donde malo o bueno me crié, donde sufrí, donde fui dichoso, donde estás vos. Este, este es mi país y de él me echan. Pero no

quiero quejarme porque eso es mi destino. Ya lo ves... de allá, cuando todavía no sabía ni reírle a mi madre me echaron por el solo delito de haber nacido, y es tanta mi culpa de vivir como esta culpa mía por la que de aquí me echan... Esta culpa de ser hijo de la injusticia, pero hijo fuerte, que se revela al yugo... de tenerlo en mi carne desde que se formó, de haber visto muchas, muchas cosas horribles en la vida... de sentirlo y comprenderlo todo y ser tan hombre que no puedo resignarme... De no querer ser esclavo, de tener lástima de los que lo son, de que la verdad que siento en mí se me suba a la boca en palabras tan llenas de verdad, tan llenas de fe, tan amplias, tan hermosas que tengan que hacerse nervio en la carne del que me las oiga. Y que tendré que decirlo y que gritarlo siempre y en todas partes donde vea lo mismo... y todos los que me oigan tendrán que revelarse como yo.

ELISA: Callate, callate Arturo. No digas disparates: bueno, si querés serlo, lo vas a ser siempre... Vos sos inteligente, vos sabés de todo, vas a poder vivir bien, vas a poder trabajar.

ARTURO: ¡Trabajar!... ¡Ser bueno! Me dan ganas de reírme. Sí, de reirme, Elisa. No te has dado cuenta todavía de que yo soy la semilla de rebeldía, el loco peligroso, al que se echa porque es el enemigo de todo, porque va contra todo: porque hay que ponerse en guardia contra él. Y no sabés que eso es decirle a un hombre bueno, lleno de nobleza, de piedad para todo, de una rebeldía que sí es cruel es porque está hecha de amor a todo lo dolorido. No sabés que eso es decirle, andá a rodar... todos te temerán de todas partes, te echarán. No podrás trabajar aún que quieras hacerlo... tendrás para hallar refugio en un rincón que cambiarte hasta el nombre como si fueras asesino, y cuando sepan el tuyo te dirán: “Andá, andá... pobre Ashaverus, si tienes hambre roba, mata... vuélvete ahora

de veras enemigo de todo”. Y le habrán echado tanta amargura, tanta semilla de rencor y de odio en el alma que conseguirán hacerlo de verdad el que ellos mientes que es. Y eso, a mí, por mí, no me importaría... Me importa por vos que así te pierdo para siempre...

ELISA: *(Retorciéndose las manos desesperada en una espantosa indecisión llena de angustia)* ¡Ay! yo tengo miedo de dejarte ir solo así y no puedo, no puedo irme con vos. Como voy a dejar a mi pobre gente sola. Pero te hago tanta falta. ¡Oh!, si yo me fuese ahora, no le tendríamos miedo a nada, seríamos dos a luchar, trabajaría yo también, nos haríamos allá nuestra felicidad.

ARTURO: Sí Elisa, sí, venite conmigo, Elisa, no me dejes solo. Vos sos lo único que yo tengo en la vida, vos me habías prometido venirte... *(Llora)*.

ELISA: *(Tras un momento de horrible indecisión)* No puedo, es inútil. No puedo dejar a mi pobre gente sola. A la pobrecita de la Gurisa. ¿Cómo me voy a ir estando así la chiquilina y no teniendo ellos más que mis manos? A vos te hago falta Arturo, mucha falta... pero a ellos, a ellos no sabés vos toda la falta que les hago. *(Él apoya su cabeza en el hombro de Elisa llorando. Pausa)*. Yo creía que cuando llegara esto iba a estar sana la Gurisa. Pero así es inútil, no puedo dejarlos así, no puedo...

ARTURO: Sí, quedate, quedate, tenés razón, quedate.

ELISA: *(Sacándose los aros, anillo y cadenita con medalla)*. Sí, chiquito, me quedo, aunque tenía tan seguro el irme. Esto no había querido venderlo. Lo guardaba para tener para el viaje. Pero, pero tomalos vos, tomalos, vos me los habías regalado, vendelos vos, te darán poco, pero para vivir los primeros días que llegues, tomalos. *(Él, sin hablar, con un movimiento de horror instintivo los rechaza)*.

ELISA: Sí, tomalos. No has dicho muchas veces que todo lo que teníamos era de los dos. Tomalos. ¿No soy mucho más que si fuera tu mujer? *(Mientras habla esto le mete todo en el bolsillo y recuesta otra vez la cabeza de él en su hombro y acariciándole la frente y el cabello sigue hablándole)*. Oíme, tranquilo, quietito así... Andate sin sufrir, sé razonable, sé buenito... sacate todas esas ideas de libros de la cabeza, que mirá todo el daño que te han hecho. Esas ideas son maldiciones para el trabajador que ve lo que es y por más que haga no puede librarse. Es verdad, es verdad lo que decís, pero es una verdad tan triste que más vale que no la sepan. Después, cuando se sane, o seamos francos, cuando se muera la pobrecita chica, que muy poco, muy poco nos va a durar: cuando vuelvan a estar todos tranquilos, cuando mi tata vuelva a poder ganar... yo entonces me voy donde estés vos, y una vez juntos verás como volvés a tener confianza en todo; cómo somos todavía más felices que antes. *(Él alza la cabeza, ya casi tranquilo, mirándola como con creencia de que sea verdad lo que la fuerte le dice. Elisa sigue)*. ¿Ves, ves, cómo tengo razón? Ves que es un disparate el desesperarse. Ya estás tranquilizándote. Mirá; ni seis meses tal vez estaremos separados... Y allá cuando nos juntemos, por más pobres, por más desgraciados que seamos, podremos reírnos de todo, porque estaremos juntos. ¿Ves como tengo razón? Ahora besame, besame, sé dichoso... Vos no sos desgraciado, no tenés porque desesperarte así. ¿Te echan? Miralos con lástima vos de ellos y reíte. Si es mentira; si no te echan... si tu alma queda aquí, y a esa no hay ley que pueda sacarla de mi alma. ¿Decís que te condenan a vagar? Te desesperás por este pedazo de tierra cuando te queda todo el mundo para vos, y en toda la tierra tener la libertad. No vas solo, porque llevás con vos todo mi amor. ¿Y qué te importa a vos nada si yo te quiero? ¿No

me decías siempre que te sentías el rey de la vida en el trono blanco de mis brazos? ¡Serás el rey, mi rey, que el trono de mis brazos lo tendrás siempre! Réfte vos de esos que te echan, de esos, que son ricos, de esos que han roto nuestra dicha. ¿Vos te creés que ellos son ricos? ¿Vos te creés que ellos son felices? Yo te lo he dicho siempre, chiquito. Tal vez sean mucho más desgraciados que nosotros. No son ricos, tienen dinero, y el dinero es una amarra de estupidez. Tal vez no tengan ni quién los quiera, ni hayan querido nunca. Y cuando se quiere, hasta esto es bello. Cuando se tiene el alma sana, cuando no se ha hecho nunca mal, no puede, no puede, no puede uno sentirse desgraciado. Ya ves yo no me siento infeliz, al contrario, me siento fuerte, muy fuerte, no tengo miedo a nada. Esos que vos odias contra los que has ido, se vengan y te castigan: están en su derecho. No les guardés rencor, teneles lástima, que es un castigo ridículo el de ellos... Sí, mi alma, ridículo. Yo comprendo que vos sos la verdad y ellos lo comprenden como yo, es por eso que amparándose en su fuerza te echan... por eso aunque te oyeran te echarían igual. Sí, son más desgraciados que vos porque tienen el alma chata, chata, mezquina. No cabe en ellos ninguna de estas cosas tan grandes y tan bellas que nosotros sabemos. Son unos pobres muñecos esponjados de orgullo que no saben ni siquiera sufrir. Tenéles lástima. La vida de ellos está llena de dorados, de cosas huecas. La de nosotros es humilde, pero es abierta, es franca, es buena... La de ellos no tiene horizontes. Por todos lados está cercada de vallas de mamarracho, hechas de su misma estupidez, de su misma mezquindad de alma, de su mismo orgullo de ratones... La de nosotros, la de los humildes, es amplia, es grande, no tiene vallados, tenemos a un lado el campo abierto, al otro el mar y por arriba el cielo para cubrirnos. Ellos están atados al pedazo de tierra que se creen que es suyo;

nosotros, como no tenemos nada, no tenemos amarra y es de nosotros el mundo entero. Es nuestra divina libertad de pobres, es nuestra alta y hermosa libertad de miserables y de vagabundos...

ARTURO: *(Asombrado al oirla)* Pero Elisa, ¿de donde sacás esas cosas? ¿Quién te las ha enseñado?

ELISA: Vos, vos que me has enseñado a querer... y ellos, ellos que me han ensañado a sufrir.

ARTURO: Sí, tenés razón: decís la verdad. Yo lo tengo todo, pero, es porque te tengo a vos y como vos no hay otra mujer en el mundo. Ahora gritaría. ¡Bendita sea la ley que me sella y me separa, de los otros hombres! ¡Bendito su sello que no es infame, que es de gloria! Bendita la injusticia porque ella me hace acabar de conocerte. Saber de veras lo que vos sos...

ELISA: Callate... No volvés a disparatar. Todas las mujeres somos iguales: solamente que yo quiero, que te quiero. Y cuando una mujer, una pobre mujer llega a querer, entonces se hace fuerte, se hace grande, se hace diosa, hace que sea carne en ella el ideal del hombre que ella quiere.

ARTURO: Santa, bendita, buena, madrecita.

ELISA: Callate, quedate así, quedate así. *(Vuelve a abrazarlo contra su pecho).*

JULIA: *(Saliendo)* Arturo, ya están las cosas prontas *(Riendo con amargura al verlos)* ¡Siempre ustedes iguales! *(Va hacia los otros).*

Arturo levanta la cabeza y con un esfuerzo sobrehumano de voluntad se desprende. En esta última escena sobre todo, deben los artistas poner toda su enjundia y darle en gestos la realidad para la que son impotentes las palabras. Todos los que están a la escena salen a la calle con el baúl.

ARTURO: Bueno, ya está, tengo que irme... Adiós, adiós mi alma... *(Se levantan abrazándose más estrechamente aún).*

ELISA: No, adiós no... Hasta siempre, hasta luego... Separémonos sin pena, con alegría... Hasta luego, hasta siempre. *(Se besan)*. Sé bueno, sé fuerte, acordate de mí. *(Desprendiéndose del abrazo)* Andá, andá... fuerte como tu Elisa te quiere *(Volviendo a besarse)*. Tomá... andá, no mires para atrás. *(Sale él andando como automáticamente, sin alma, despacio y a ella en un enorme vencimiento de dolor le gritan las entrañas)*.

ELISA: ¡Arturo!...

ARTURO: ¿Qué, mi alma?

ELISA: Dame otro beso, Arturo... otro... Mirá, no creas que soy cobarde, no creas que mi alma tiene miedo de nada, ni que sufre. Pero no sé... Me duele todo como si estuvieras atado a mí y al alejarte me arrancarás pedazos de la carne... Bésame, bésame mucho... dame un beso tan grande que me llesves toda entera adentro de él.

Se besan largamente, con toda el alma y toda la vida... Se separan... Él, loco, le besa las manos y sale corriendo para no claudicar más aún. Cae ella de rodillas llorando, gimiendo. Pasa un rato; algo más serena se levanta, va a la puerta y ya no lo ve... Julia, mientras estaba Elisa llorando en el suelo, ha pasado llorando para la pieza, consolada por doña Petrona que lagrimea también... Al volver de la puerta Elisa, muda de dolor, ve sobre la máquina el atado que traía de la calle. Piensa que hay que trabajar, que hay que comer, que la chica está enferma. Y medio enloquecida vence el dolor y se sienta en la máquina y cose, llorando, con sollozos que la sacuden entera, por su amor y su dicha que se van, rompiendo su máscara de serena, sufriendo más que si fuera débil).

ACTO III - La Vencida

LA ESCENA REPRESENTA LA MISMA HABITACIÓN DEL PRIMER ACTO PERO DESTARTALADA, VACÍA. SOLO QUEDAN EN ELLA LA CAMITA DE HIERRO EN EL ÁNGULO IZQUIERDO DESHECHA COMO SI RECIÉN SE HUBIERA LEVANTADO ALGUIEN; DOS COLCHONES ARROLLADOS EN UN RINCÓN COMO DE HACER CAMAS EN EL SUELO; LA MESA DE PLANCHAR QUE TIENE CAJÓN POR EL LADO DEL FORO; EN MEDIO, VARIAS SILLAS, UN APARADORCITO CHIQUITO DE COCINA AL FRENTE Y UN CAJÓN, CONTRA LA MESA DEL LADO DEL PÚBLICO UN BANCO LARGO. DEBE DAR EL CUARTO UNA SENSACIÓN FUERTE DE ANGUSTIA Y DE MISERIA. PARA ELISA DEBE SER MUY SENTIDO EL PAPEL Y DEBE COMPRENDER LA PSICOLOGÍA HONDA DEL PERSONAJE QUE ENCARNA PARA DARLE EN SUS GESTOS TODA LA FUERZA QUE NO CONSEGUIRÍAN LAS PALABRAS. SUS APTITUDES Y SU ANGUSTIA TODA CALLADA, SU ENORME VENCIMIENTO ANTERIOR, SIEMPRE SERENA, SU LUCHA ESPANTOSA CONTRA LA CAÍDA QUE NO PUEDE EVITAR, EL SABER QUE ES SU OBLIGACIÓN SACRIFICARSE Y UNA SUERTE DE DOBLE PERSONALIDAD QUE VIVE EN ELLA, SOBRE TODO EN LA ESCENA DONDE PREPARA SUS ROPAS PARA LA SALIDA DE LA NOCHE, INCONSCIENTE DE LO QUE HACE SIN QUE INTERVENGA PARA NADA EN ELLO LA VOLUNTAD. TODO ESO QUEDA A LA INTELIGENCIA DE LA ACTRIZ, QUE SINTIENDO MUCHO EL PAPEL, SOLAMENTE CONSEGUIRÁ DARLE TODA LA BELLEZA Y LA FUERZA DE LA HEROÍNA QUE SE HA QUERIDO FORJAR LA AUTORA. IGUAL PARA LAS DEMÁS PARTES. EN EL TRANSCURSO DEL ACTO PASA TODO EL DÍA. AL LEVANTARSE EL TELÓN FIGURA QUE SON LAS PRIMERAS HORAS DE LA MAÑANA. SOBRE LA MESA, EN MEDIO DE LA ESCENA, EL JUEGO DE ROPA BLANCA CON CINTAS ROSA QUE ELISA COSÍA. DETRÁS DE LA MESA ELISA HABLA CON SU MADRE, TENIENDO EN LA MANO EL VESTIDO ROSA DE LA GURISA.

ESCENA I

Elisa y doña Mariana

ELISA: No, mamá, no. La Gurisa se muere de pena si se lo venden.

DOÑA MARIANA: *(Con un pañuelo blanco hecho vincha en la cabeza, como se atan las criollas cuando les duele la cabeza)* Pero hay que hacer algo, hija. Hoy no tenemos nada, nada, y solo quedan estos centavos. Hay que comer, además el carnicero...

ELISA: *(Tirando el vestido sobre la mesa)* ¿Y qué se cree que nos van a dar por esto, mamá?... Un vestido usado y de seda ordinaria.

DOÑA MARIANA: Entonces... la pulserita de ella...

ELISA: Cállese con eso. Una cosa que nueva no valía nada. Y además es lo único que le queda a la pobrecita. Vendo más bien mi juego de novia. ¡Qué le voy a hacer! ¡Para algo lo he ido conservando hasta ahora!...

DOÑA MARIANA: Sí hija... ¡Qué le vas a hacer! Esto es lo único que queda. No hay nada, no hay nada ya que podamos vender. Ya ves, de la ropa que te hiciste vos, sólo esto. Y hay que sacar plata de algún lado mi hija. La pobrecita ni pastillas para la tos que tanto la calman tiene... no se le puede hacer ni un caldito.

ELISA: Bueno, mamá... cállese. Sí, lo voy a vender. Pero cuando se acabe el dinero este... ¿Qué hacemos?... No queda nada ya. Lo que tenemos que pagar si sacamos algo para poder tirar dos o tres días ¿y después?

DOÑA MARIANA: Después... mirá hija, después Dios no nos va a faltar... de hambre no se muere nadie. En algo hay que tener esperanza. Vale más que te vayas pronto a vender esto.

ELISA: No, no... Primero traigo la leche para la Gurisa y después voy. *(Agarra el cántaro del armarito)*. ¿Cuánto me dijo que tenía?

DOÑA MARIANA: *(Sacando una moneda del bolsillo)* Tomá hija, son veinte centavos. Traele la leche y unos bizcochitos...

ELISA: Bueno, voy... Mire, ahí en el armario abajo hay yerba y unas galletas... Hasta luego...

Sale Elisa. Doña Mariana queda sola de pie en la habitación un momento. Mira a su alrededor y dando un suspiro se va a la cama, que destiende sacudiendo las ropas y poniéndolas sobre una silla. Abre luego el armario, saca un paquete chico de yerba y un plato con galletas, y tomando la tasa de la mesa sale para la cocina. Queda la escena sola un momento y entra Julia con su traje de mucama: casi corriendo y toda despelujada.

ESCENA II

Doña Mariana, Julia; después, Elisa; después, don Mauricio, y después, la Gurisa

Entra Julia y se sienta en una silla al lado de la mesa, apoyando en esta los brazos entre los que esconde la cara. Doña Mariana entra con la escoba y una salivadera que pone al lado de la cama. Al volverse para empezar a barrer la ve.

DOÑA MARIANA: ¡Oh!... ¿Qué hacés vos acá?... ¿Cuándo viniste? (*Julia alza la cara y como inconsciente la mira sin contestarle*).

DOÑA MARIANA: Contestá, estúpida ¿Qué tenés? ¿Por qué andás con esa cara de asustada? ¿A qué viniste?

JULIA: A nada, mamá... a quedarme con ustedes... Ya no voy más... ¡Ya no voy más al conchabo!...

DOÑA MARIANA: Pero ¿estás loca? ¿Qué estás diciendo?

JULIA: Le dije claro mamá, que vengo a quedarme que no voy más.

DOÑA MARIANA: ¡Pero hija!... ¿Sabés vos lo que decís? ¿No sabés que no es por gusto que estás conchabada sino porque hace falta?

JULIA: No me importa nada a mí... No voy porque no quiero, porque no quiero...

DOÑA MARIANA: Entonces vos te has creído que están los tiempos para caprichos... No, che, tenés que ir, y más que ligero.

JULIA: No mamá... ya no puedo aguantar más, máteme si quiere pero no me haga ir... No puedo, no puedo aguantar más, mamá.

DOÑA MARIANA: Pero hija, vos estás loca... Ahora con orgullos... ¿No sabés que cuando hace falta hay que soportarlo todo? Y además... acá no podés quedarte... Mirá, hoy no tenemos ni que comer.

JULIA: ¿Y a mí que me importa no tener que comer?... ¡No me eche!... déjeme aquí; si no alcanza no comeré nada... Me meteré en un rincón para no estorbar... Pero allá no voy y no voy más... (*Llora*).

DOÑA MARIANA: Muchacha loca... cállate... en tu casa vos no fastidiás y si hay un pedazo de pan, para vos también alcanza. Pero comprende hijita, comprende la razón.

Entra en este momento Elisa con el cantarito de leche y un paquetito que pone sobre la mesa y, casi detrás de ella don Mauricio, que queda escuchando de pie en la puerta sin que las mujeres se hayan dado cuenta de su presencia.

ELISA: ¿Qué hay?... ¿Qué les pasa?... ¿Qué hacés vos acá lloriqueando?

DOÑA MARIANA: ¿Qué querés que pase, hija? Que acá está la niña del todo con la noticia de que no va más al conchabo... Era lo único que nos faltaba.

ELISA: Pero ¿qué bicho te ha picado? ¿Te han despedido?... ¿o estás loca?

JULIA: No me han echado, no... No saben nada...

DOÑA MARIANA: Caprichos, caprichos, como siempre... y ella sabe bien que no están los tiempos como para caprichos...

- JULIA: No, mamá... caprichos no... No es eso. Ya le he dicho que no puedo aguantar más, que no puedo, que no quiero.
- ELISA: ¿Tenés que querer y tenés que poder Geremías! Siempre con las lágrimas pegaditas a las pestañas y acobardándose de todo... Qué señorita la que no quiere aguantar. Estás mil veces mejor que nosotros que no tenemos ni que comer... Te has cansado de decirme todos los días que estás contenta, que te tratan bien, que todos son buenos... y nos salimos ahora con esta... Una lunita como las que acostumbras. Las lunas se dejan para su casa y para cuando uno no necesita de nadie... El que trabaja tiene que aguantar muchas, pero muchísimas cosas y embromarse porque necesita. Bien sabés vos lo que le pasa al que se permite tener pretensiones. Y sobre todo ahora es cuando debes aguantar, ahora más que nunca... aunque sea un mes. Pensá en nosotros, en la chica, en la falta que hace tu trabajo.
- JULIA: No. Elisa, no me digas esas cosas, no me retes, no es capricho. Y después de todo... no sé porque no lo voy a decir... Vos decís que yo soy cobarde, que me asusto de todo... Oh, Elisa... Vos no me conocés. Si vos supieras todo lo que he pasado en esa casa... todas las vergüenzas... todas las humillaciones... si vos te imaginaras. Yo pensaba en ustedes y lo aguantaba todo, y no quería decirles nada para que no se afligieran más de lo que estaban. Pero anoche, oh, mamá... anoche el niño Raúl me tiró al suelo la puerta del cuarto... Yo sabía que iba a hacer eso y no me había acostado, y tranquilé la puerta con sillas y con el baúl... El anduvo toda la noche como perro rabioso por el corredor, y yo sentada en la orilla de la cama... temblando de rabia y de miedo, sin animarme a moverme, sin dormir... Él me gritaba... ¡Si supieran todo lo que me dijo!... Y a la madrugada yo no sé como hizo que rompió la puerta y se metió en la pieza (*Llora*).

DOÑA MARIANA: (*Ansiosa*) ¿Y qué, m'hija, y qué?

JULIA: Nada, no se asuste mamá... pude defenderme de él... lo he lastimado todo, le dejé la cara a la miseria, llena de sangre y no sé cómo pude salir corriendo a la calle: he andado dando vueltas hasta ahora para no llegar así tan temprano y que se asustara la Gurisa... No vuelvo más mamá, ni a buscar los trapos quiera, y aunque me muera no me conchabo más.

ELISA: Pero Julia, en otra parte, pensá querida...

DON MAURICIO: (*Al que ellas no habían visto se adelanta y habla entonces en un acceso espantoso de desesperación*) No m'hija, no. (*A Elisa*) Callate vos... no vuelve, no vuelve, ni se conchaba, ni sale ninguna de casa aunque tenga que verlas morir aquí a todas juntas de miseria. Pobre m'hija. ¡Canejo!... ¡a ese gaicho lo mataría yo!... (*Una pausa dolorosa*). Ustedes mujeres no comprenden lo que es esto, no lo pueden comprender... Qué saben ustedes de la desesperación del hombre, que siendo un hombre ve todo esto sin poder hacer nada, nada, nada... Después de haber trabajado siempre, de haber sido honrado, de haber estado siempre orgulloso de que sus hijas fueran las primeras de que no les faltara nada, de que nadie tuviera que decir nada de ellas. Y estar así con las manos atadas viviendo a costillas de las pobres muchachas que ya no pueden más. Tener que largarlas, a servir por ahí como si no tuvieran padre que trabajara para ellas, exponerlas a que cualquier canalla mal nacido las atropelle porque son desgraciadas, porque son pobres.

DOÑA MARIANA: Pero Mauricio...

DON MAURICIO: (*Sin hacerle caso*) Ver a la chiquilina, a la que más he querido siempre, para la que todo me ha parecido poco, que ha trabajado tanto la pobrecita y que se muere faltándole todo... pasando hasta hambre para morir más pronto.

- ELISA: Cállese, tata, que la chica puede estar oyendo, no diga disparates... que cuando se pone así, no sabe ni lo que dice.
- DON MAURICIO: Ya lo creo que sé lo que digo, que no son disparates. Verlas hundidas por culpa mía, por mi egoísmo enferma la chiquilina.
- ELISA: Cállese... qué va a saber lo que dice... De la enfermedad de la chica no tiene la culpa más que la desgracia... Que ha sido débil... cuando menos es ella la única que trabaja... De lo demás, de todo soy yo... es Arturo que por mí...
- DON MAURICIO: ¡Arturo!... Qué culpa va a tener de nada el pobre Arturo... él, que es quien más la paga... Todo es la canallería, la inmundicia, la porquería de la vida... Oh, el gobierno... que echa como si fueran ladrones, como si fueran asesinos a los hombres buenos, honrados, trabajadores, si quieren tener ideas, si quieren ser hombres y no máquinas, todo porque nacieron en otro país, y los deja aquí y no se muere de vergüenza de que sean argentinos todas esas cáscaras de hombres... esos asquerosos muchachitos inútiles que no hablan de justicia, de igualdad y de trabajo... que no tienen ideas para redimir desgraciados ni para alzar hermanos, pero la tienen para probarse un saco, para estrenar una corbata, para hablar mal del prójimo, para deshonorar mujeres... para perseguir y acosar infelices porque son desgraciadas, porque son pobres, ¡porque tienen que rodar en la vida buscando el zoquete!...
- JULIA: Tata, por Dios.
- DON MAURICIO: ¡Deshonrarlas! Eso no es nada... ¿De qué vale el alma y el corazón de una infeliz, por más joven, por más linda, por más buena que sea?... Caridad, sociedad... gobierno. ¡Canejo! Si todo esto da asco. Y después no quieren que haya locos que tiren dinamita. Siquiera esos son hombres... esos son machos.

DOÑA MARIANA: Basta, Mauricio, callate ya.

ELISA: Sí, tata... no escandalice que no sabe ni lo que está diciendo...

DON MAURICIO: No, hija, es que me ahogo, eso y mucho más se me ata aquí, y si no lo gritara me enloquecía... ¿Qué hombre que sea hombre puede aguantar el verse como yo? Lo que debía de hacer es tener el coraje, de colgarme de cualquier palo o de saltarme los sesos. ¡Ahijuna!... ¡Mis hijas, mis tres hijas queridas! Lo único que era la gloria de toda mi vida... Para qué... ¿Para qué habré hecho hijas yo...? ¡Para la calle y para el cementerio! ¡Para eso los pobres hacemos hijos! *(En ese momento entra la Gurisa a gatas sosteniéndose, un espectro al que faltan pocos días para el fin)*

GURISA: *(Desde la puerta, apoyada)* ¡Tatita, tatita!... ¿Qué tiene, tatita?... ¿Por qué está así?

DON MAURICIO: *(En un choque enorme de horror contra sus rabias)* ¡M'hija! *(Se tira en la silla donde al entrar se sentó Julia. Doña Mariana que corre a sostenerla).* Gurisita del alma. ¿Cómo pudiste venir solita? M'hijita, que si te hubieras caído. *(La atiende en la tos).* ¿Se le pasa m'hija?

GURISA: *(Rechazándola y andando sola hasta su padre)* Sí, ya pasó, déjeme, si puedo andar bien... Lo sentí a tatita... ¿Qué le pasa tatita, que le pasa?

DON MAURICIO: ¡Nada m'hija, nada!...

GURISA: Sí, usted tenía algo yo lo sentí y por eso me vine... Me habían dejado sola. *(La ve a Julia)* ¡Ah! ¿Vos has venido? ¿Qué le dijiste que él está así?

JULIA: Nada, Gurisa, nada, fue que él estaba contando una cosa.

ELISA: Sí, estaba acordándose de Arturo y ya sabés que siempre que habla de él se pone así. ¿A qué te asustás?

GURISA: Si no me asusto... es que me da pena... No piense,

tatita... No piense... Venga, venga con su hijita para la cocina y siga contándome ese cuentito tan lindo, venga...

DOÑA MARIANA: Vení, Gurisa, conmigo, yo te llevo. Enseguida viene tatita... Vamos.

GURISA: Bueno, pero que él venga con nosotros... Venga tatita.

DON MAURICIO: (*A Julia*) Venga usted también m'hija. Va a ver como en su casa está tranquila. Ha hecho bien en venirse, ha hecho bien...

ESCENA III

Elisa; después, doña Braulia

Salen todos menos Elisa que queda mirándolos irse y luego, tras un rato de inmovilidad, se encoge de hombros y se vuelve como en una burla dolorosa de su pensamiento, como sin fuerzas ya para luchar. Atraviesa lentamente la escena y en silencio se pone a hacer la cama. Mientras está haciendo aparece doña Braulia y se pone desde la puerta a mirarla monologando. Elisa no la ve hasta que después de terminar se vuelve para salir.

DOÑA BRAULIA: Por fin me la pesco sola a esta bicha. ¡Lo que tiene que hacer una para servir las amistades! Hablarla a la marquesa cuando por mi gusto lo que haría era arrancarle los pelos. Que será lo que le gusta al doctor de esta tarasca... ¡Con qué ganas me voy a reír cuando te vea del alto de la tierra...! ¡Cuando ya no podás darte quiurte conmigo, gata hambrienta!... (*Calla mirándola entre burlona y amenazadora. Elisa termina y al volverse para salir se topa con ella*).

DOÑA BRAULIA: Buen día, hijita.

ELISA: Buen día señora ¿Qué es lo que quiere?

DOÑA BRAULIA: Nada, hija, que tengo necesidad de hablar un momento con vos... Ni que se te hubiera parecido el diablo lo mirarías de un modo peor. ¿Todavía te duran conmigo los chororoses?

ELISA: Mire, doña Braulia... Yo no tengo chororoses con nadie, ¿entiende? Pero ya sabe que le he dicho que no quiero, que no quiero verla más adentro mi pieza. Por favor, salga, doña Braulia, salga.

DOÑA BRAULIA: Mira hija, dejate de nerviosidades que no te pegan ¿sabés? Yo vengo por los recibitos del alquiler de las piezas... Me parece que podías agradecerme un poco, que no los molesto nunca... y eso que ya me deben más de tres meses y que al patrón no le gusta que se atrasen y soy yo la que paso las vergüenzas. Debías pensar un poco, antes de hacerme esas cosas... Vos sabés bien que yo siempre las he querido, que por hacerte caso a vos ni le cobro a don Mauricio, ni les digo nada y eso que vos no merecés que te tenga lástima, porque seguramente te creés que sos la reina de Italia, o cosa por el estilo... El modito con que tratás a la gente.

ELISA: Yo trato con los modos que cada uno se merece ¿sabe? Le he dicho que me espere... que de algún modo le voy a pagar todo. Y si no quiere esperar nos echa, ¿oye? Pero salga ¡Salga ligero, doña Braulia!

DOÑA BRAULIA: Pero hijita... ¿Por qué sos así? ¿Por qué tenés esas nerviosidades? Yo no te digo nada, ni te exijo tampoco que me pagues. Cuando puedan lo hacen... yo esperaré... Yo venía por ver. Y además, hija, te voy a ser franca. Ya sabés que yo tengo siempre el corazón en la mano. Venía a ofrecerme con la misma amistad que antes, que no te guardo rencor ninguno... La Gurisa está enferma, ustedes no se ven muy bien y pueden contar conmigo como siempre. No es por cobrarte la casa que tengo

orden de no molestarte para nada. Yo no creo que yo te haya hecho ninguna ofensa nunca para que seas así conmigo.

ELISA: Sí, doña Braulia, disculpe, pero yo tengo mi genio, como usted el suyo. No me ha ofendido, no crea. Es que no quiero verla en mi cuarto, no la quiero ver.

DOÑA BRAULIA: Bueno hija, ya me voy, ya me voy, pero antes tengo que darte esta carta que me ha dado el doctor para vos.

ELISA: *(Sin dominarse ya porque no puede más)* Salga, salga ligero, ya sabía yo que venía con algún alcahuetaje, vieja canalla, salga, salga.

DOÑA BRAULIA: Bueno, hija ya me voy, ya me voy. No te pongas así, yo no tengo la culpa... A mí me la han dado... Si no te gusta no la leas... pero yo cumplo con el encargo. Aquí te la dejo. *(La pone sobre la mesa)*.

ELISA: *(Mirándola con horror como si quemara no queriéndola tocar)* Llévesela, no la necesito, no la quiero, váyase. *(Hace ademán de echarse sobre ella para sacarla a empujones y la vieja se parapeta detrás de una silla)*.

DOÑA BRAULIA: Mirá, che... No me atropellés ¿eh? Oíme y si no te gusta no me hagas caso. Yo te aconsejo para tu bien porque las quiero y les tengo lástima...

ELISA: No necesito de su lástima ni de su cariño... Salga...

DOÑA BRAULIA: Ya lo creo que necesitás, hasta de un perro, estúpida... Me hacés dar lástima... Oíme... Si no las han echado de la casa ha sido por el doctor. Vos te creés que sin pagar y con una tísica encima para infección y contagio las iban a dejar vivir aquí en tu linda cara. ¡P'cha que sos idiota! Vengo de pagarles la cuenta de la carnicería y la casa también está paga... El doctor no quería que yo te dijera nada y si lo hago es para que veas que no te pegan los orgullos. Y lo bueno que es, y lo que te quiere el pobre.

No seas loca, hacele caso... La suerte no se encuentra dos veces. ¿Y qué otra cosa podés esperar vos? ¿O lo esperarás al Presidente? *(Elisa al oírlo se queda como paralizada de vergüenza, de asombro, de rabia que no la deja hablar, inmóvil mirándola. Envalentonada la vieja con el silencio, sigue)*. Ya ves como te has callado. Ya ves como tengo razón. Hay que saber entender la vida, che. Tené confianza conmigo. Olvidate de esos orgullos y verás cómo te va a ir lo más bien. No tiene necesidad de enterarse nadie. Yo te voy a guardar el secreto. Vos salís conmigo y juntas volvemos. Verás cómo no te va a faltar nada. Vas a tener todo lo que vos quieras. Le vas a tomar cariño lo que lo veas tan bueno, todo lo que te quiere, todo lo que le vas a deber. Y además ahora te que te veo ir entrando en razón y yo te digo... Te quiere tanto que es capaz de casarse con vos si le demostrás un poquito de cariño. No sé cuantos miles me ha dicho que te va a dar esta noche. Ahí en la carta dice. Leela... *(Elisa siempre inmóvil ahogada de desesperación ni le contesta, solo la mira con los ojos muy abiertos y muy fijos y retorciéndose las manos)*. Ves, como yo soy buena amiga, por más cosas que me hagás. Yo también he sido muchacha... y ahora aunque no tan moza... todavía sé querer. Poco a poco vas a ir olvidándote del Arturo.

ELISA: *(Al choque del nombre querido despierta de su angustia muda, y como loca grita más que habla)*. Cállese, cállese, no lo nombre, no lo nombre usted a él si no quiere que me enloquezca, que la deshaga... Salga... Salga ligero... Casarme con ese... ¡Prefiero lo otro!... *(Al ver que no sale doña Braulia hace ademán otra vez de irse sobre ella)*. Salga, salga doña Braulia, por favor... Salga...

DOÑA BRAULIA: *(Retirándose hacia la puerta para evitarla)* Pero che, respetá... No me toqués... Ya me voy... Mirá, acordate

que no te guardo rencor. (*Desde la puerta*) Lee la carta. Ya sabés que esta noche te espero en mi pieza, andá con confianza, no seas criatura...

ELISA: (*Sola, enloquecida, como implorando en un gesto de infinita desesperación, de angustia, de debilidad de vencimiento en la lucha*) ¡Ay, mi Arturo mi vida! ¡Mi gloria! Si la vieras a tu reina. ¡A tu Elisa, si la vieras!... (*Tirándose en la silla y sollozando con la cara entre las manos y apoyada en la mesa. Se queda así un rato y aparece huroneando la cabeza de doña Braulia por la puerta*).

DOÑA BRAULIA: (*Monologa*) No se ha quedado con muchos alientos, ¡no! Corcobeá, corcobeá que te voy domando. Hoy no me rompiste. La que no necesita la ayuda de nadie mientras tenga manos... ¡Ja, ja, ja! La que no necesita. Te espero, si vas a ir, estoy más segura de que vas a ir. Vas a caer a rogarme. El hambre te va a matar el orgullo. (*Hace mutis definitivamente y queda Elisa sola sollozante sobre la mesa. Después de sollozar un rato queda callada y quieta, y luego, como respondiendo a si pensamiento y alzando la cabeza*).

ESCENA IV

Elisa; después, Julia; después, la Gurisa, y después, doña Mariana

ELISA: ¿Por qué, por qué seré tan desgraciada yo? ¿Qué mal he hecho nunca para que el destino me castigue así? Ya no puedo más, ya no puedo más, me duele todo, todo. Arturo, mi Arturo... Ya ni el pensar en vos me da fuerzas para seguir penando... No puedo más... No puedo más... (*Vuelve a sollozar y esconder la cara entre los brazos. Pausa*).

Julia llama desde dentro; a su llamado, y luego mientras habla con ella Elisa se para, disimula, se arregla el pelo, se limpia los ojos y, mirando con horror la carta de sobre la mesa, que al mismo tiempo la atrae, abre el cajón y, sin tocarla, con las tijeras la echa dentro cerrando luego. Vuelve y se sienta en el banco mirando al público, recostada en la mesa; y así empieza a coser alpargatas de modo que cuando la otra entre, la encontrará trabajando.

JULIA: *(Desde dentro)* Elisa, mamá te llama ¿Qué hacés que no venís?

ELISA: Ya voy. Estoy ocupada con esto ¿Qué querés?

JULIA: Dice mamá que vengas a tomar unos mates, ligero.

ELISA: No tengo ganas, no quiero, estoy apurada por ver si acabo de una vez.

JULIA: Entonces voy a ayudarte... ¿eh? ¡Esperame un momentito!

ELISA: Bueno, mejor... ¡vení! *(Entonces es que guarda la carta y se sienta poniéndose a coser. Cuando entra Julia y se pone contra la mesa, ella atareada ni levanta los ojos, ni la mira para evitar se los vea enrojecidos. Julia se ha sacado el delantal y se ha puesto una bata clara).*

JULIA: *(Después de un rato de silencio)* Decime la verdad, che Elisa ¿No estás enojada conmigo?

ELISA: No sé porque voy a estar enojada, hijita... no pienses pavadas *(La mira Julia)*.

JULIA: Como te veo así... Hasta parece que has llorado.

ELISA: No... es que me duele la cabeza. Me duele tanto.

JULIA: Yo también me siento mal tengo el cuerpo dolorido y estoy cansada como si hubiera caminado una legua.

ELISA: *(La agarra de una mano)*. Sentate acá querida, sentate... *(La otra se sienta y ella deja un momentito el trabajo para acariciarla)*. No es nada... Es del susto, del disgusto... de todo junto... Ya vas a ver como mañana estás bien... después que descanses.

- JULIA: Sí... ¿Querés que te ayude? Dame... me parece que voy a poder...
- ELISA: Esto es fácil... puede cualquiera... *(Le da la que ella hace)* Tomá esta, la hacés como está la otra. *(Le enseña sobre la mesa una terminada y empieza ella otra. Ya sentadas muy juntas sin dejar de trabajar hablan despacio sin muchos gestos, con grandes pausas... Más casi monologan contándose todo...)*
- JULIA: Mirá... sale bien. ¡Qué fácil! Pero han de pagar muy poco, ¿verdad?
- ELISA: Casi nada... No vale la pena... Y además, como no estoy acostumbrada, las hago muy despacio... Ya ves... Ayer entregué y comimos... Ahora no puedo entregar hasta mañana, y eso, ayudándome vos... Hoy solo había para la leche de la chiquilina. No hemos comido...
- JULIA: Mirá, yo te juro que no he tenido hambre... Había galleta. *(Pausa)*.
- ELISA: Es inútil, no tengo gusto por nada; ni ganas de trabajar... ¿para qué?... Me siento y estoy como si me empujaran y tengo que dejar... Ando dando vueltas por la casa como si hubiera perdido algo... Vamos al suelo, Julia, al suelo... Se pierde hasta el gusto de trabajar. Dan ganas de tirarse en un rincón y dejarse morir... Me da frío cuando pienso que va a acabar este día... y que amanecerá mañana y pasado... y que todos los días hay que comer... en que a la fuerza se tiene que seguir la vida.
- JULIA: Pobre Elisa. Yo no sé por qué, pero vos sos la que cargás con todas las penas... ¡Que cosa, la vida!... Fijate si estas cosas vinieran de golpe... Lo mataban a uno... Vienen de a poquito y uno hasta parece que se acostumbra que los golpes lo van asonzando, nos quedamos igual. Se ha podido vivir todo este tiempo... Se seguirá viviendo...

ELISA: No, che... ya no podemos seguir... Esto tiene que reventar por algún lado... Vos no has estado acá... Vos no sabés... De a poquito lo hemos vendido todo... de eso más que de esto hemos vivido... Ya las cosas se acaban. Hoy tenía que ir a vender el vestido rosado de la Gurisa y mi juego de novia... No he ido... ni pensando que por eso iba a sacar plata para comer... A mamá ya le da lástima decirme que vaya... ¡la pobre!... Se cree que es pena que tengo porque es mi juego de novia. No es por eso que tengo pena. Es que pienso que es lo último que queda, que cuando se acabe la plata de eso... Y después no tengo ganas... no tengo alientos ni para dar un paso.

JULIA: (*Indecisa*) Mirá, Elisa... Después de todo... Si vos querés voy allá a cobrar los días...

ELISA: No... no vas... no vas... No se hace nada con eso... (*Pausa*). Si no fuera por tata... ya lo ves al pobre... nos podíamos conchabar las dos.

JULIA: Sí... pero no pagan hasta fin de mes... y todo ese tiempo.

ELISA: O habría que mandarla a la Gurisa al Hospital... Por lo que yo me desespero es por el pobre viejo... Ya lo viste hoy... Siempre por cualquier disgusto se pone así, y peor... o si no se lo pasa callado triste... amontonado en un rincón y me da miedo, me da miedo imaginarme lo que puede estar pensando. Es capaz de hacer algún disparate.

JULIA: ¡Pobre viejo! ¡Tiene razón, quien le hubiera dicho que iba a verse así!

ELISA: ¿Oh, y a mí? Yo que tanto deseaba que pasara el tiempo de una vez, y llegar a estos días pensando en que iban a ser tan felices... ¡Qué pena!

JULIA: (*Exaltándose más y más*) A mí no me da pena, a mí, como a tata, me da rabia... rabia... Me dan ganas de gritar y de

morder... ¡Oh, Elisa! Porque somos buenos, porque somos buenos nos vemos así... ¿Porque al fin y al cabo que es lo que nosotros debemos?... ¿No estamos sanas y sabemos trabajar?... Hay que ser sinvergüenza para que la vida no lo acose a uno. Pobre Elisa, vos la guapa, la que has hecho frente a todo sin creer que la desgracia te iba a poder... Mirá... Sos brava, sos fuerte... pero sos buena y sos honrada... Y siendo buena y honrada, de qué te vale tener todo el coraje que tengas si en la vida no se hace nada con la bondad y con la honradez... A veces me dan ganas...

ELISA: Cállate... cállate, no disparates.

JULIA: Mirá donde yo estaba ¿Vos creías que esos eran ricos? Eran más pobres que nosotros, porque debían más plata. Para tenerlo como ellas... La niña rubia... esa linda que vos viste es peor que la última.

ELISA: ¿Qué la última?...

JULIA: Fijate, que vive con un señor viejo muy rico ¿sabés? Ese es el que les paga todas las cosas. Y todos ellos saben hasta los varones y están muy conformes. ¡La madre, che, la madre, la vieja esa, por tener lujo, qué asco! Fijate que el señor se queda siempre allá, y ella, la madre, de mañana, le hace chocolate y se lo manda al cuarto... ¡Yo se lo he llevado tantas veces. ¡Si vos hubieras visto como se aborrecen todos entre todos... como se peleaban!... Sobre todo con la niña los hermanos. Un día ella los escuchaba. Les decía que si les parecía tan mal lo que ella hacía, que no comieran de ella. Se metió la vieja diciéndole que no les parecía nada pero que debía tener un poco más de disimulo... ¡Vieras como se puso!... todas las cosas que le dijo a la madre... ¿Vos la hubieras oído!... Yo la tuve que llevar al cuarto porque le había dado como un ataque de llanto, que se ahogaba... Pobrecita... Mirá... Será todo lo que quieran pero es buena. La que llora así, no puede,

no puede ser mala... aunque haya hecho eso... ¿No te parece?... *(Pausa. Como Elisa calla angustiada, recordando lo suyo Julia sigue)* Con qué ganas le hubiera dicho a la vieja cuando empezaba a decir gansadas de “chinas” y “aristocracia”, que la que se podía ensuciar era yo, que si yo quisiera, al precio que lo tenía ella lo tendría yo también, que si yo no fuera buena no tendría que andar rodando, que tendría como ella vestidos de seda, que no se moriría mi hermana hasta con hambre; decime, ¿no tengo razón? *(Elisa se ha puesto livida y no puede disimular su desesperación)* ¿Pero qué tenés? ¡Qué cara! ¿Te has descompuesto? ¿Por qué estás así? *(Le agarra las manos)* ¡Tenés las manos heladas!

ELISA: No... no es nada, dejame. Lo que me contás, eso me daba no se qué... no me contés más... callate... trabajemos. No habléis nada que me duele mucho la cabeza... *(Quedan calladas trabajando un momento, entra la Gurisa que da unos pasos por el cuarto, la pobrecita).*

GURISA: ¿Que hacen, muchachas, que no vienen? ¿Por qué no van a trabajar allá? Yo tengo ganas de estar un ratito con ustedes.

ELISA: *(Levantándose a alcanzarla al mismo tiempo que Julia).* Pero Gurisa, qué capricho de andar sola. Te podés caer.

GURISA: No; si mamá me trajo hasta la puerta, tata salió y ella se puso a lavar... si yo puedo andar bien.

JULIA: *(Agarrándola del brazo)* Bueno, flaquita. Venga... siéntese acá con nosotras y nos dice como se halla.

Se sientan las tres en el banco con la Gurisa al medio, habla ella con su pobre voz cascadita de moribunda y mucha fatiga, tosiendo. Con esa esperanza de los tísicos de estar fuertes de sanarse pronto.

GURISA: *(Sentándose)* Me hallo bien... de veras mejor que nunca, mejor que antes que vos te fueras...

- JULIA: Sí, te encuentro un poco más gordita.
- GURISA: ¿Un poco? ¡Mucho!... Solamente que no sé que tengo que a mí no me faltan pestes. Me mejoro de una cosa y en seguida tengo otra encima... Toda la mañana me han dolido las piernas y ahora le estaba diciendo a mamá que me parece que están hinchándose.
- ELISA: No hablés tanto que te fatiga... A ver mostrame esas canillas.
- GURISA: *(Riendo)* Mirá, mirá que gordas *(Se levanta la pollera y las enseña hinchadas)*
- ELISA: Pero esto no es hinchazón zonza... Es que estás más gordita... y acostumbrada a verte los chifles.
- JULIA: A mí tampoco me parecen hinchadas. *(La Gurisa tiene un acceso de tos que la ahoga; Elisa la atiende enderezándola).*
- ELISA: ¿Se te pasa?
- GURISA: ¡Sí... ya... ya...!
- ELISA: ¿Ves? ¿Ves? Por hablar mucho que te fatiga... Estate calladita que esa pícara tos...
- GURISA: Sí, la tos... esa pícara tos que no se me mejora nunca... A veces me parece que es como idea... Lo que miro las paredes creo que no hay aire y toso... y me parece que me ahogo... que me muero... Ya ves, allá no tosía nunca.
- JULIA: Allá era distinto, allá había aire... pero acá... *(Gurisa encantada con el recuerdo de donde vivió tan feliz no resiste la tentación de evocar lo)*
- GURISA: ¡Oh! ¡Allá era tan lindo!... Vos vieras, Julia... allá yo me moriría a gusto.
- ELISA: ¿Qué decís pavincha? ¿Quien habla de morirse?
- GURISA: No. Quiero decir que aunque allá me muriera no me importaría. ¡Después que viene me parece todavía por acá

tan encerrado, respiro menos... toso más... allá vivíamos tan lindo!... Era casi en el campo ¿Sabés? Era un ranchito pintado de blanco y llenito de enredaderas... Había flores, plantas de rosa... ¡un fresquito a la siesta!... ¡Teníamos una vecina más buena!... Todas las mañanas me traía un vaso grande de leche recién sacada con tanto así de espuma... Vos vieras que rica... Qué rica es la leche sacada recién... Tomarla de mañana tempranito... Deja bigotes de espuma y es dulce, dulce... A veces salíamos en seguida de tomar la leche a caminar... Era un aire rico con olor a pasto y a sol que entraba hasta muy adentro en el pecho y lo ensanchaba y daba ganas de vivir mucho... A la fuerza había que estar contenta. Acá nunca estoy bien... Pero siempre pienso que con otros meses que pasara allá me curaba del todo. Se me quitaba este miedo que tengo de morirme... *(La interrumpe un terrible acceso de tos. Durante la conversación con sus hermanas Elisa ha estado sufriendo lo indecible mirando a veces el cajón donde la carta de la deshonra encerraba la felicidad del, fin de la chica. Pensando que si ella lo hiciera salvaría a los suyos).*

ELISA: *(Sosteniéndola)* A ver, leche... alcanza leche, Julia.

JULIA: No hay más, no hay... se acabó...

ELISA: Entonces agua, pronto...

GURISA: *(Que al toser llora)* Me ahogo Elisa... Me ahogo... Ay... ay, Elisa me muero.

ELISA: No es nada... ya pasa... no te asustés. *(Julia alcanza el agua)*. Tomá, tomá el agua. *(La Gurisa va a hablar)*. No, no hables, te hace mal, te cansa...

JULIA: Sí flaquita... estese calladita... hable poquito.

GURISA: Si no toso porque hablo... es que me parece que se acaba el aire. Allá hablaba mucho y no tosía.

- JULIA: Pero era distinto... era distinto.
- ELISA: *(En un arranque inconsciente)* Mirá, cuidate, no hables, ponte guapa para poder ir otra vez... que vas a ir.
- GURISA: ¿Qué decís?... ¿que voy a ir allá?
- ELISA: Sí vas a ir. ¿Yo te juro que vas a ir cómo?...
- DOÑA MARIANA: *(Entrando)* Venga, Gurisa calavera, venga a tomar su leche... Seguro que se ha puesto a conversar como un lorito... que la sentí tosiendo.
- GURISA: Tosí poquito, poquito, mamá. Ya se me pasó... Mire, oiga. Elisa dice que vamos a ir otra vez allá, que me cuide, mamita... yo enseguida me sano si voy.
- DOÑA MARIANA: *(Tomándola de un brazo para llevársela)*. Dios lo haga, hijita... Dios nos ayude. Venga, vamos a tomar su leche.
- GURISA: *(Levantándose)* ¡Bueno!... Ay, no puedo casi pisar... *(Se mira las piernas)*. Mamá, mire... me parece que las tengo más hinchadas que hoy... Me duelen.
- DOÑA MARIANA: *(Disimulando)* No es nada m'hija, son unos dolorcitos que como está flaquita y débil la fastidian más... Ya se pasará. *(A las otras)* ¿Y ustedes por qué no se vienen a coser afuera? Está oscuro acá, allá es mejor.
- GURISA: Sí, Elisa, vení... así me contás si voy a ir.
- ELISA: Sí, vaya querida... ya vamos nosotros. *(Se levanta a arreglar la costura para llevarla)*.
- GURISA: *(Saliendo apoyada en la madre)*. Me duelen las piernas mamá... Me pesan...
- JULIA: *(La mira salir con dolor y se vuelve a Elisa)* Elisa... cuando a los tísicos se les hinchan las piernas es que se van a morir enseguida... Elisa, si la Gurisa se muriese ahora...
- ELISA: *(Mala, cruel, con mal modo)* Mirá, calláte... por favor calláte... Agarrá estas cosas y llevalas allá, que ya voy yo a

que sigamos trabajando... andá. *(Se sienta y apoya los codos en la mesa con la cabeza entre las manos, Julia asombrada de su actitud sale despacio volviéndose para mirarla).*

ESCENA V

Elisa, después Julia

Elisa sola. En esta escena casi sin palabras, toda en gestos es donde la actriz debe poner toda su envidia, toda su inteligencia, sintiendo y comprendiendo hondamente su papel. El intenso proceso psicológico, el momento horrible en que la infeliz abdica de cuanto le era más querido que la vida comprendiendo que es su obligación perderse, ser mala, todo eso queda librado a la inteligencia de la actriz. Queda un rato largo así, pensando. Se levanta decidida como rompiendo algo y va al cajón del que agarra la carta... la remira, vacila... por fin, con la aguja grande la abre lentamente. La saca y la lee callada con los dientes apretados. Con los ojos fijos en ella monologa...

ELISA: *Tres mil pesos... una hora... (Mira a su alrededor la horrible miseria). Tres mil pesos. (Ríe amargamente). Trabajando un año hasta de noche, no gano para comer... Con ser mala una hora... (Vuelve a retir). ¡La vida! (Lentamente guarda la carta y cierra el cajón con la rodilla. Queda un largo rato allí inmóvil perdida dentro de sí misma... Automáticamente va al cajón del fondo donde hay trapos, saca la ropa, el vestido, se mira los zapatos. Pone la ropa sobre la mesa, remira el vestido. Sí, me va a quedar bien, puedo arreglarlo. Queda un rato como alelada. Reacciona, se retuerce las manos desesperada). Pero si no voy a ir... si no quiero ir. (Pausa larga). Debo, es mi obligación... no te falto Arturo... no te falto... Te quiero más que antes... más que nunca, si soy más digna de vos... ¡Si vos sufieras me abrirías los brazos y me dirías bendita!...*

Debo... Debo por la chica... Quiero ir... pero no voy a tener valor... Soy muy cobarde... Ahora que lo tengo que perder, lo quiero más. Debo. Si en mí no es honradez, si es cobardía, si con Arturo lo habría hecho, lo quería hacer... Este porque lo odio... porque me da asco... Mejor odiándolo... ¡Mejor cuanto más sufra, para hacerlo! Así no es faltarte Arturo... no es traicionarte... (*El llanto la ahoga, mira la ropa*). ¡Arturo de mi alma!... ¡La ropa que me hice con la plata que vos ganaste... la que vos me ayudaste a hacer, Arturo! (*Vencida por fin se dobla sobre la ropa besándola, llorando con gemidos, con sollozos hondos acompasados que le sacuden toda entera*).

JULIA: (*Viene llamándola desde afuera, entra*). ¿Che, que haces, que no venís? La Gurisa te llama, ¿estás llorando? ¿Qué tenés? (*Al acercarse ve la ropa*). ¡Ah!... Pobre Elisa, pobrecita. (*Se llenan también de lágrimas los ojos y le acaricia la cabeza*). ¡Pobrecita Elisa, querida... tu juego de novia!

ELISA: No llores, ¿Qué te importa a vos? ¿Para qué llorar? Yo ya no voy a llorar más en toda mi vida. Vamos, vamos afuera; a coser no, estoy harta, Julia, harta, cansada de miseria, no puedo más. A coser no, no... ¿Para qué? A tomar aire, que me ahogo, vamos. (*Hace como que se retira y vuelve*).

JULIA: ¡Pobre Elisa!... pobrecita... ¿Lo vas a ir a vender ahora?

ELISA: (*Se ríe, se vuelve loca, se tira sobre la ropa, vencida, rota y sin su dominio de altísima sobre sí misma, riendo, riendo, riendo...*) Sí, ahora lo voy a ir a vender, ahora, a la noche, y bien caro lo voy a vender, más caro de lo que nadie se imagina, más caro... Ahora, ahora a la noche, voy a ir a venderlo... Pero sin esto, sin esto que Arturo le puso... sin esto. (*Riendo y llorando y besando la ropa le arranca a tirones las cintas rosadas*).

TELON LENTO

los invertidos

José González Castillo

> los invertidos

Drama realista en 3 actos, en prosa.

Estrenado por la compañía de Teatro Libre Podestá – Ballerini, en el Teatro Nacional la noche del 12 de septiembre de 1914 y prohibido por la Intendencia Municipal a la novena representación.

DOS PALABRAS

Según una estadística demográfica del doctor Francisco Latzina, publicada en 1905, a raíz del censo de la capital, había en esa fecha, y en Buenos Aires solamente, “diez mil invertidos”, de todas las condiciones sociales.

Como se comprenderá, esa cifra entraña una amenaza gravísima y un peligro constante para la salud moral y física de nuestra sociedad.

Evitar ese peligro, combatiendo el nefasto y repugnante vicio por todos los medios posibles es hacer obra buena y moralizadora, y ninguno mejor que aquel que sea capaz de inspirar asco y odio por una aberración que, hasta ahora, solo nos inspiraba desprecio o lástima...

Eso es lo que se ha pretendido hacer, modestamente, en los límites reducidos de la obra que acaba de representarse.

(Palabras del autor al público la noche del estreno)

PROHIBICIÓN MUNICIPAL

El intendente municipal, no obstante el informe del inspector general señor Pablo Lazcano y la opinión de los inspectores García Videla y Antonio Lamberti, enteramente favorables a la obra, prohibió la representación de Los invertidos, cuando llevaba ocho repeticiones y

por consejo del secretario de Higiene Dr. Ghigliani y del inspector Sr. Blamen Lafont.

Pedida por el autor la revocatoria de ese decreto, o, en subsidio, la apelación para ante el Concejo Deliberante, el señor Anchorena negó ambos recursos, obligando, en consecuencia al autor, a presentarse de hecho ante el Concejo con el escrito que se reproduce a continuación:

Honorable Concejo Deliberante:

José González Castillo, autor de “Los invertidos”, ante V. H. como mejor proceda digo:

I

Que el día 19 de septiembre el intendente municipal comunicó al Teatro Nacional (Corrientes) una resolución por la que se prohibía la representación de mi drama en tres actos, *Los invertidos*.

Haciendo uso de las facultades que me confiere la ley pedí al señor intendente municipal, dentro del término pertinente, la revocatoria de semejante resolución y en caso subsidiario me concediera recurso de apelación ante el Honorable Concejo Deliberante, fundando mi derecho sintéticamente en:

1º que el intendente municipal no está facultado para prohibir la representación de una obra por ninguna ordenanza municipal;

2º que mi obra es francamente moralizadora y persigue un alto objeto de mejoramiento social, sin atentar contra las buenas costumbres ni contra la moral media de la sociedad;

3º que el intendente municipal no está autorizado por ninguna ley para erigirse en juez y árbitro de las cuestiones artísticas;

4º que *Los invertidos* fue aplaudida por la crítica de la prensa metropolitana, la cual interpretó sinceramente su fondo de pedagogía social;

5°. que algunos inspectores municipales como el señor Lazcano, informaron favorablemente respecto de Los invertidos, como puede advertirse en el correspondiente expediente administrativo.

Ahora bien, Honorable Concejo:

El intendente municipal ha confirmado su resolución y me ha negado el recurso de apelación ante el Honorable Concejo.

En consecuencia, vengo a pedir a V. H. se aboque de hecho el conocimiento del expediente administrativo y me ampare en el derecho de poder representar mi drama contra lo resuelto, en manera tan injusta y arbitraria, por el señor intendente municipal.

Fundo mi petición en los argumentos expuestos en la solicitud de apelación, que reproduzco íntegramente ante V. H. amén de las siguientes consideraciones.

II

Mi obra “Los invertidos” no cae dentro de la sanción establecida por el art. 198 de la ordenanza municipal invocada.

No cae dentro de esa sanción porque mi drama es moralizador y predica precisamente las buenas costumbres. Poco importa que su asunto sea escabroso, como asegura el abogado asesor de la intendencia, que, por otra parte, incurre en lamentables confusiones, como más adelante demostraré.

Asuntos escabrosos son todos los que aborda la literatura realista. Si yo ataco un vicio en Los invertidos debo, por fuerza, referirme a ese vicio. Cómo lo hago es lo que no parece comprender el escaso sentido crítico de la Intendencia. Me valgo para ello de procedimientos artísticos nobles, al punto de que el personaje central de la obra, Clara, es un tipo idealista que expongo como contraste ante los otros sujetos del drama y a fin de que el dolor trágico que sobre ella se cierne provoque reacciones saludables sobre la masa total de los espectadores.

El abogado asesor de la Intendencia pretende que “debe impedirse el avance del realismo con todas sus impudicias”. Con esta frase, el

abogado informante prueba ignorar qué es el realismo. Estoy conforme con que debe impedirse la impudicia, sea cuando califica al idealismo o al realismo. Pero el realismo no es otra cosa que el sistema de la realidad aplicado en este caso a una obra de arte. Puede haber realismo. Por lo demás, es una obra de pura espiritualidad, puesto que “lo real” es tan solo la concepción personal y singular de cada observador. No sabemos qué es la realidad ni la verdad, desde que el poder perceptivo difiere de acuerdo con el temperamento, la condición intelectual y moral del filósofo o del escritor. De manera, pues, que condenar el realismo, así como lo hace el señor abogado informante, que no parece entender mucho de cuestiones de arte, equivale a rechazar en bloque toda la literatura que, desde Balzac a nuestros días, reacciona contra el falso sentimentalismo romántico de 1830. En cualquier caso, sería para mi un honor ser rechazado precisamente por realista y por un abogado que adolece el defecto de ignorar lo que es el realismo.

III

La ordenanza municipal invocada prohíbe las obras que atenten contra la moral y las buenas costumbres; pero no establece:

1º cuál es la línea divisoria clara, de la moral y de la belleza artística. Si la comuna pretende velar por la moral pública debe saber establecer una diferencia de la mayor nitidez entre esos dos campos, cuyo límite impreciso no puede ser otro que la libertad de arte dentro de líneas simplísimas. Estas no son otras, sin duda, que el derecho de la especie a vivir y a evolucionar hacia ideales determinados por tendencias a veces divergentes y hasta antagónicas;

2º cuál es la autoridad encargada de interpretar el límite en que una obra deja de ser bella o moral para ser inmoral o fea.

Al no establecer esa autoridad, mal pueden erigirse en árbitros las autoridades políticas, pues ello importaría dejar en manos de hombres incompetentes la crítica estética y el derecho a juzgar de la moralidad o inmoralidad de una obra a personas completamente ajenas a tales funciones.

IV

Por lo demás, Honorable Concejo, dados los argumentos que he expuesto, esa ordenanza solamente sirve para arbitrar recursos a la arbitrariedad, como lo prueba el hecho de haberseme prohibido la representación de mi obra *Los invertidos*, fundándose en vaguedades como las que invoca el señor secretario de Higiene en su informe, de fojas... cuando asegura –no sé con qué títulos ni en nombre de qué epítomes preceptivas– que “el teatro debe ser de ensueño y de idealismo”, Shakespeare –salvando la distancia– opinaba precisamente lo contrario.

No quiero terminar, Honorable Concejo, sin antes recordar que el artículo 198 de la ordenanza aludida prohíbe los espectáculos inmorales, sin referirse para nada a la calidad artística de las obras, cosa que parece olvidar la Intendencia y sus asesores, quienes hoy pretenden juzgar el drama *Los invertidos*, sentando cátedra de pedagogía artística; sendero por el cual llegarán mañana con espontánea facilidad a corregir a Ibsen, Brieux, Favre, o cualquier otro productor que señale nortes a la conducta social contemporánea.

Por tanto, como lo tengo dicho, vengo a pedir a V. Honorabilidad:

1º que se aboque de hecho el conocimiento de esta causa administrativa;

2º que se pronuncie sobre el fondo de la cuestión, devolviéndome el derecho de representar mi drama *Los invertidos*, contra lo resuelto por la Intendencia, por no caer bajo la sanción del artículo 198 de la ordenanza respectiva.

Dios guarde al Honorable Consejo.

J. González Castillo

PERSONAJES

CLARA	Sra. Blanca Podestá
PETRONA	Sra. Aurelia Ferrer
LOLA	Srta. Munter
DR. FLÓREZ	Sr. Eliseo Cordido
PEREZ	Sr. Elías Alippi
FERNÁNDEZ	Sr. Leopoldo Simari
LA JUANITA	Sr. Arturo Calderilla
LA PRINCESA DE BORBÓN	Sr. Bebé Sánchez
EMILIO	Sr. Juan Pérez
JULIÁN	Sr. Carlos Rodríguez
BENITO	Sr. Alberto Ballerini

ACTO PRIMERO

DECORACIÓN: OFICINA PARTICULAR EN CASA DEL DOCTOR FLÓREZ, LUJOSAMENTE AMUEBLADA. EN EL ÁNGULO IZQUIERDO, GRAN BALCÓN, A TRAVÉS DE CUYAS PUERTAS-VIDRIERAS SE VERÁN LOS EDIFICIOS DEL FRENTE. EN LAS PAREDES, COLGADOS, CUADROS Y PANOPLIAS CON ARMAS DIVERSAS. A LA DERECHA, MESA ESCRITORIO DE LAS LLAMADAS MINISTROS, CON LIBROS Y PAPELES. JUEGO DE OFICINA DE MARROQUÍ. ESTATUAS. UNA VITRINA CON UTENSILIOS DE CIRUGÍA. UNA BIBLIOTECA, ETC. ES EL ATARDECER DE UN DÍA DE PRIMAVERA. DERECHA E IZQUIERDA LAS DEL ESPECTADOR.

ESCENA I

Julián, luego Petrona

Al levantarse el telón aparecerá Julián, joven de 16 años, hijo mayor del doctor Flórez, trabajando sobre la mesa-escritorio de la derecha. Simula que copia en limpio un informe pericial de su padre.

JULIAN: *(Leyendo con dificultad)* “El procesado Calixto, señor juez, según propia manifestación y según los antecedentes acumulados en autos, constituye uno de esos interesantes casos de inversión sexual que la patología ha definido ya exactamente en infinidad de obras sobre la materia. No aparecen en él, después de un prolijo estudio orgánico, las deformaciones fisiológicas que a tales casos, por excepción, caracterizan y que inspiró a los griegos el mito de Hermafrodita, pero sus hábitos, marcadamente femeninos, las sutilezas de su idiosincracia, sus mismas predilecciones por todas esas futelezas que constituyen el encanto de las mujeres, la inflexión de su voz, suave y acariciadora, la misma constante manifestación de vagas coqueterías femeninas, nos hacen pensar que estamos en presencia de uno de esos extraños fenómenos de desdoblamiento sensual, que, más que a una aberración del sexo, obedecen a una perversión del instinto, aguzada por el exceso de los placeres, la fragilidad de una insuficiente educación físico-moral y aun quizás, por las tendencias ancestrales de una herencia morbosa”. ¡Qué caso más raro!

PETRONA: *(A mitad de la precedente lectura habrá aparecido en escena Petrona, vieja criada de la familia del Dr. Flórez; empezará a arreglar las sillas y papeles de la oficina, pero atraída por el tono declamatorio de la lectura, se quedará suspensa de ella hasta su terminación. A Julián)* ¿Qué es eso, niño? ¿Algún discurso que está por decir?...

JULIÁN: No, ¡qué discurso!... ¡Es un informe de papá que estoy copiando!...

PETRONA: ¡Ah!... Como tiene tantas palabras raras y no entendía ni jota, creía que un discurso... ¿Y pa qué es ese informe?...

JULIÁN: Un informe médico sobre un asesino...

PETRONA: ¿Sí?... ¿Algún loco?

JULIÁN: No... peor que eso... un hermafrodita... ¿Usted sabe lo que es un hermafrodita? (*Leyendo*) Un “caso de inversión sexual con anestesia congénita”.

PETRONA: Qué sé yo... Si no me habla en cristiano no le viá entender...

JULIÁN: Pues un... cómo le diré... un individuo que es a la vez hombre y mujer...

PETRONA: ¡Ah!... Un manflora... ¡bah!... He conocido a tantos... ¿Y cómo dice que le llaman a los manfloras?

JULIÁN: Hermafroditas... Invertidos...

PETRONA: Mafrodita... ¡Bah!... Los médicos y los procuradores siempre le han de inventar nombres raros a las cosas más sencillas... En mis tiempos se les llamaba mariquita, no más, ó maricón, que es más claro... Pa qué tantos términos... ¡Yo he conocido más de cien!...

JULIÁN: ¿Usted?... ¿En dónde?...

PETRONA: En donde ha e’ser, pues... en el mundo... Usted qué se cree: hay más de esos mafroditas que lo que parece, qué se figura... Mire: se lo voy a decir, sabe, pero no lo vaya a repetir, porque se podría saber... y el pobre pertenecía a la familia de su papá...

JULIÁN: ¿De papá?...

PETRONA: Sí; de su papá... Usted sabe que yo estoy con la familia desde que su papá era asina, ¿no?... Y todavía más chico... Bueno... Y él tenía un primo, o qué se yo, que ya era mozo, y en la casa le llamaban Lilí... Ya murió el pobre...

Bueno... pues ese Lili era lo mismo que una mujer, y tenía unos bigotes como de gringo... Siempre andaba con polvos, perfumes y abanicos... y a lo mejor lo veíamos vestido de mujer al muy sinvergüenza... todo ajustado y empolvado y con un polizón... ¡Ay, qué asco!... Que le aumentaba el bulto... así... como si fuera de veras... ¡Me daba una rabia!...

JULIÁN: Pero lo haría de broma...

PETRONA: Sí, bonita la broma... Fíjese, niño, que un día... cuando su abuelita tuvo a la niña Felisa, su tía, bueno, pues él se echó en cama y se puso a gritar también como si lo estuvieran degollando...

JULIÁN: ¿Y por qué?...

PETRONA: Ahí verá, pues... Al muy chanco se le había antojado tener hijos también... ¡Qué cochino!... Tuvieron que echarlo pa' que no diera escándalo... ¡Asqueroso!... Después lo vi pocas veces, hasta que según me dijeron se mató... Y mire lo que son las cosas, ¿no?... Casi todos los mariquitas que yo he conocido o he oído decir, han muerto lo mismo... ¡Como si fuera un castigo de Dios!...

JULIÁN: ¡Pobres diablos!... ¡Su vida es una aberración!... ¡Qué otro fin pueden tener!... ¿Y usted ha conocido algún otro de esos... mariquitas en la familia?...

PETRONA: No... en la familia no... Pero eso sí, pa qué viá mentir... A casi todos los hombres que yo he criado o he visto criarse les gustaban las cosas de las mujeres... A su papá, no más, pa no ir más lejos... le gustaba jugar con las muñecas de las niñas, lo mismo que una mujercita... Si me parece verlo... Era apegao a las hermanas y a las tías, y mocito ya, más le gustaba salir con ellas que andar solo o con amigos... Tan distinto de ahora, ¿no?... que casi siempre sale solo... o con ese señor Pérez...

- JULIÁN: Un amigo de su infancia...
- PETRONA: ¡Bah! Me va a decir a mí... Estaban juntos en el colegio... Y era un peine, el tal Pérez... más sinvergüenza cuando muchacho...
- JULIÁN: Bueno, bueno... ¿Ya se va poner a hablar mal de Pérez, también?...
- PETRONA: Yo no hablo mal de nadie... digo lo que sé...
- JULIÁN: Bueno... es lo mismo. Con su charla me ha hecho perder tiempo y no puedo seguir la copia... ¿Y mamá?...
- PETRONA: Está arreglándose con la niña... creo que van a ir a comer a lo de su abuelita...
- JULIÁN: Sí; vamos a ir los tres... Yo terminaré esto mañana... o luego (*Arregla los papeles del escritorio*).
- PETRONA: Y yo voy a sacudir un poco aquí... Pero no ve... ya han traído otra vez las revistas de la niña...
- JULIÁN: ¿Qué revistas?...
- PETRONA: Estas de moda... ¿No está viendo?... La niña siempre me reta por esto...
- JULIÁN: No; si estas no son de ella... Las debe haber traído papá...
- PETRONA: ¿Su papá?... ¿Y pa qué quiere modas de mujeres, su papá?...
- JULIÁN: Y qué se yo... Las habrá traído para Lola... Llévelas no más y no averigüe tanto, pues... En todo se ha de meter...
- PETRONA: Está bien... ya me voy... ¡En todo se ha de meter!... Yo no me meto en nada, ¡oh! Pa qué me pregunta, también... (vase rezongando por izq.)

ESCENA II

Julián solo

Continúa un rato escribiendo. Luego lee en alta voz como al principio

JULIÁN: “¡Las tendencias de una herencia morbosa!... Porque el vicio, explosión de instintos torturados, parece ser en estos casos, la herencia de vida, recibida en la sangre y transmitida de padres a hijos en una sucesión perpetua de amoralidades contradictorias. ¡Y es así como vemos al místico desatar en los sensualismos del hijo las propias concupiscencias domeñadas; al sensual prolongar la vehemencia de sus pasiones, en el ansia insaciable del hijo alcohólico, como si el fuego interno de la sangre exigiera la fuente refrigeradora de una sed eterna; al criminal desahogando en la impulsividad de sus instintos la larga serie de violencias recibidas en la heredad ancestral de toda una raza de perversiones morales, de reblandecimientos físicos, de refinamientos progresivos!... El fuego simbólico que consumió a Sodoma como una venganza del cielo, no es más, señor juez, que el fuego secreto, invencible, interno, que crea el fanatismo del místico, incita el ansia del sensualista, alimenta la sed del ebrio, arma el brazo del homicida, y termina con la raza en el agotamiento de las energías creadoras y reproductoras de la vida”. Es curiosa la teoría...

ESCENA III

Julián y Dr. Flórez

FLÓREZ: *(Que habrá aparecido a la mitad de la lectura. Silenciosamente coloca su sombrero y su bastón en la mesa y se acerca a Julián por detrás).* ¡Muy bien!... ¿Has terminado ya la copia?...

JULIÁN: ¡Ah!... papá... ¡Buenas tardes!... No; todavía no... Me entretenía en leerlo para dominar mejor tu letra...

FLÓREZ: ¿Y la entiendes bien?

JULIÁN: Sí; en partes. Los términos técnicos no más me dan algún trabajo... ¿Aquí, qué dice?... *(Señala).*

FLÓREZ: *(Leyendo)* “Anestesia congénita”... ¿Cómo has puesto?...

JULIÁN: Lo mismo... Pero no estaba bien seguro...

ESCENA IV

Dichos y Clara

Aparece Clara, peinada pero cubierta con un kimono de lujo, como quien se está haciendo su toilette de calle.

CLARA: *(A Flórez)* ¡Ah!... ¿Estabas aquí?...

FLÓREZ: Sí, acabo de llegar...

CLARA: Como dijiste que no vendrías a cenar... yo había resuelto ir a casa de mamá... Te haré preparar la cena...

FLÓREZ: No, no tengo apetito... No pensaba venir, pero como debo concluir ese informe y esperarlo a Pérez para ir al club, resolví venirme un rato a trabajar... No suspendas tu visita... Vayan nomás...

- CLARA: ¿No comerás, entonces?...
- FLÓREZ: No, más tarde en el club...
- CLARA: ¿Por qué no nos acompañas a casa de mamá?...
- FLÓREZ: Porque tengo que hacer, querida... Ya te lo he dicho: debo esperar a Pérez...
- CLARA: Bien... bien...
- FLÓREZ: Y además terminar ese informe...
- CLARA: *(A Julián)* Y tú ¿por qué no te vas arreglando?
- FLÓREZ: Sí, ve a vestirme... Seguirás mañana... Si todavía falta algo...
- JULIÁN: Como gustes, papá... Voy a vestirme entonces... Con permiso *(vase izquierda)*.

ESCENA V

Clara y Flórez

*Flórez se sienta en el escritorio, hojeando los papeles.
Breve pausa.*

- CLARA: ¿Y qué informe es ese que te trae tan preocupado desde hace unos días?...
- FLÓREZ: Es un informe médico sobre la responsabilidad criminal de un homicida... un desgraciado hermafrodita...
- CLARA: ¡Un hermafrodita asesino!...
- FLÓREZ: Sí, y asesino por celos... Es un caso interesante... Fue aquí en la calle Talcahuano... Mató a un compañero de pieza, estrangulándolo, porque el otro se casaba en esos días...
- CLARA: ¡Qué atrocidad!... ¡Un hombre!... ¿Pero, y eso puede ser

un caso de irresponsabilidad?... ¿Puede darse el ejemplo de que un hombre sienta celos de otro por... por...?

FLÓREZ: Sí, dilo no más... ¡por amor!... ¡Por un ciego y monstruoso amor homicidal!...

CLARA: Pero un hombre... ¿es posible, señor?...

FLÓREZ: Tan posible como que todos los días, a cada momento la criminología encuentra esos análogos... Yo conocí uno, que le llamaban “La Robla”, joven y distinguido, que por desvíos de su... de su amante... otro hombre, se suicidó por asfixia después de haber tapado las hendijas de la puerta con recortes de folletín... ¡Un suicidio romántico!...

CLARA: Pero, ¡Dios mío!... ¿Y puede esa aberración, esa monstruosidad echar raíces sentimentales en esa clase de individuos?...

FLÓREZ: Como que aman con toda la fuerza invencible de instintos secretos, insospechados, hereditarios... Como que es una segunda naturaleza, tanto más poderosa en ellos que la propia, cuanto que es una naturaleza enfermiza, morbosa, que no pueden eludir; que han recibido con la vida y educado con el medio y refinado con el placer. Una especie de transfusión del sexo, de desdoblamiento nervioso que se manifiesta en casos, en momentos, en circunstancias especiales.

CLARA: ¿Pero no son acaso, seres monstruosos, deformes, esos desgraciados?...

FLÓREZ: Los hay, pero muy escasos... excepcionalmente... Por lo general son individuos normales, aun más, vigorosos, varoniles, jóvenes, como el caso ese que estoy informando, que mató al otro con la simple fuerza hercúlea de sus manos... Individuos dotados de todas las cualidades viriles del hombre común, pero en quienes, precisamente, ejerce un atractivo poderoso la superioridad varonil física

o moral de otro congénere... Y cuando están bajo la acción del momento que llamaremos crítico, en la noche especialmente, se convierten en mujeres, en menos que mujeres, con todas sus rarezas, con todos sus caprichos, y sus pasiones, como si en ese instante se operara en su naturaleza una transmutación maravillosa y monstruosa... (*Como poseído*). ¡Es la voz de los ancestros, el grito del vicio, el llamamiento imperioso de la decadencia genésica, heredados en un organismo decrepito y gastado en su propio origen por la obra de un pasado de miserias materiales y anímicas!...

CLARA: ¡Hablas con un entusiasmo!...

FLÓREZ: (*Reaccionando. Con sonrisa nerviosa*) Es verdad... Me entusiasmo... Me parece estar en la cátedra... ¡Es que son tan dignos de lástima esos desgraciados!...

CLARA: No veo la razón de esa lástima... Degenerados... para qué les necesita la sociedad... para qué...

FLÓREZ: ¡Verdad!... Pero tú no puedes... ni debes comprender toda la miseria de esos infelices, todo el dolor que hay en el fondo de esas perversiones...

CLARA: ¿Y tú piensas demostrar su irresponsabilidad?...

FLÓREZ: No, no me corresponde... lo hago por puro diletantismo científico, ya que debo informar sobre el sujeto... Y además, no se si es por piedad, o por qué, siento una extraña simpatía, una especie de misericordiosa lástima por todos esos infelices... Y la pongo en práctica, tratando de favorecer su causa... ¡Al fin creo no hacer ningún daño en ello!... La justicia es la que resolverá... (*Con tristeza*) Además... hay una ley secreta... extraña, fatal, que siempre hace justicia en esos seres, eliminándolos trágicamente, cuando la vida les pesa como una carga... Irredentos convencidos... el suicidio es "su última, su buena evolución"... como diría Verlaine...

- CLARA: ¡Desgraciados!... ¡Para qué preocuparse más de ellos!...
¿Vas a quedarte trabajando, entonces?...
- FLÓREZ: Sí... un rato... hasta que venga Pérez...
- CLARA: Hasta luego, entonces... Me iré a vestir...
- FLÓREZ: Vete nomás... *(Clara va hasta la puerta izquierda. Allí se detiene. Mira un momento a su marido preocupado con sus papeles, hace un gesto de desesperanza y sale. Flórez solo)* “¡El suicidio es su última, su buena evolución!”...

ESCENA VI

Flórez, Fernández y Pérez

PETRONA: *(Después de una breve pausa, apareciendo por derecha)* El señor Pérez con otro señor...

FLÓREZ: Que pasen...

Se va por derecha Petrona y aparecen a los diez segundos Pérez y Fernández. Pérez es el prototipo del “oportunista”, elegante, desenfadado, causeur y espiritual. Viste de frac irreprochablemente. Fernández es el tipo del sportsman. Alto, atlético, vigoroso, viste con cierto elegante abandono. Habla pausadamente y como convencido de su fuerza física. En el fondo, sin embargo, no es más que un degenerado como los demás, que considera su vicio más bien como un adorno que como una calamidad.

FERNÁNDEZ: *(Apareciendo, precedido de Pérez)* Hola, querido...
¿Trabajando?...

PÉREZ: ¿Cómo te va?...

FLÓREZ: Buenas tardes... Adelante... y tomen asiento... ¿A qué debo la sorpresa?...

FERNÁNDEZ: ¿Sorpresa, dices?... ¿No lo esperabas a Pérez?...

- PÉREZ: Sí, realmente... La sorpresa me la da Fernández. ¡El hombre de los Sports!... Francamente, debe ser algo muy grave lo que le hace desertar a sus preocupaciones habituales, de la esgrima, la caza del pichón, el rowing y otras “animaladas” por el estilo, para venirse a meter en el aplastador ambiente de un gabinete de estudio... ¿Alguna consulta, no?...
- PÉREZ: Pero no médica... ¡A éste ya no hay médico que lo cure... caso irremediamente perdido!...
- FLÓREZ: ¿Y entonces?...
- FERNÁNDEZ: Una consulta... de honor...
- FLÓREZ: ¿Honor?... ¿Has dicho “honor”?...
- FERNÁNDEZ: Sí, de “honor”... con todas las letras... ¿Acaso estamos privados de honor los sportsmen?...
- PÉREZ: Los “sportsmen” no... pero... los otros... en fin... Es realmente original el caso... A Flórez ha debido sorprenderle...
- FLÓREZ: ¡Bah! ¿Por qué?
- FERNÁNDEZ: No, si a este le ha dado por las ironías... (*A Pérez*). Pero ten cuidado... ¿eh?... Mira que hoy he marcado 700 kilos de un puñetazo en el “Pushing ball”.
- PÉREZ: Entonces, te sientas un poco más lejos, por si acaso...
- FLÓREZ: Vamos a ver... que no corra sangre... ¿De qué se trata?
- FERNÁNDEZ: De una consulta de honor... ya te he dicho... Anoche, en el Club de Esgrima, Ricardo me ha ofendido, después de una discusión sobre el matrimonio...
- PÉREZ: ¿Sobre el matrimonio?... ¿A qué tú te mostraste partidario del matrimonio?...
- FERNÁNDEZ: No, precisamente yo sostuve la incompatibilidad de ciertos caracteres con el matrimonio... y agregué: que la

mujer antes de casarse debía someter a su prometido a todo un severísimo examen médico, fisiológico y moral, porque en la actual situación social hay un porcentaje enorme de amoraes que, aun a pesar de su aparente virilidad, son incapaces para la vida integral...

FLÓREZ: ¿Eso sostuviste tú?...

FERNÁNDEZ: Eso... ¿No te parece bien pensado?...

PÉREZ: Admirable...

FLÓREZ: Muy sensato... ¿Y qué contestó Ricardo?...

FERNÁNDEZ: Pues figúrate... una grosería... ¿Qué otra cosa podría contestar ese imbécil?...

PÉREZ: Pero al grano... ¿Qué te contestó?...

FERNÁNDEZ: Que eso pensaba yo... porque yo era... *(Con misterio)* porque yo era... ¡un maricón!

PÉREZ: ¡Qué barbaridad! ... Y tú, claro, ¿te indignarías?...

FERNÁNDEZ: ¿Que si me indigné?... Figúrate... Le metí debajo de una mesa de poker de un puñetazo...

PÉREZ: ¿Como para demostrarle que no eras tan maricón como él dice?...

FERNÁNDEZ: Hazte cargo... Y hoy, apenas me había levantado a las 5, recibo la visita de Harris y de Lozano, que venían a pedirme satisfacciones...

FLÓREZ: ¿Y se las diste?...

FERNÁNDEZ: No, estuve por sacarlos a patadas a los dos, pero me acordé que no tenía botines puestos... y opté por pedirles tiempo para elegir mis padrinos... Y este es el caso que te vengo a consultar... ¿Quién es aquí el ofendido? ¿Yo, que fui insultado? ¿O él, que recibió el guantazo?...

PÉREZ: Pues él, porque la ofensa ahí fue contundente...

FERNÁNDEZ: No, déjate de macanas... Que diga Flórez, ¿no soy yo el ofendido?...

FLÓREZ: Hombre... en verdad... el dilema es escabroso... Los padrinos de Ricardo ¿qué dicen?

FERNÁNDEZ: Que el ofendido es él...

PÉREZ: Lo que yo digo.

FLÓREZ: ¿Por qué?...

FERNÁNDEZ: Ahí está otra ofensa... Porque, según Ricardo, él no ha dicho más que la verdad...

PÉREZ: Ja... ja... ja...

FERNÁNDEZ: ¿De qué te ríes?...

PÉREZ: De lo gracioso de la respuesta... Original... hombre, original... No lo creía a Ricardo con tanto talento...

FLÓREZ: ¿Y tú qué sostienes?...

FERNÁNDEZ: Pues yo... que, si en razón, él cree haberme dicho la verdad... yo también creo haber hecho lo mismo... Porque el puñetazo fue también de veras...

PÉREZ: Ja... ja... ja... Estupendo... hombre... estupendo...

FERNÁNDEZ: Buen, déjate de pavadas y vamos a lo cierto... ¿Quién es el ofendido?...

FLÓREZ: Los dos...

FERNÁNDEZ: No, es que yo necesito saberlo para la elección de armas, porque si me toca a mí, elijo la pistola...

PÉREZ: ¿La pistola?... ja... ja...ja... No, hombre... eso no te corresponde... Mediando la ofensa que ha mediado, la pistola debe elegirla él...

FERNÁNDEZ: Mira que te pego...

FLÓREZ: No bromees... el caso es en realidad grave... No se trata

de un juguete. Fernández está en el deber de reparar la ofensa por las armas... Se lo exige el honor de él...

PÉREZ: Y del género... neutro...

FLÓREZ: Aunque más no fuera que por eso... Y pasando al asunto... ¿No te sería lo mismo batirte a pistola que a sable?...

FERNÁNDEZ: Sí; para mí es lo mismo...

PÉREZ: Es que el sable... lo maneja mejor el otro... Pega cada sablazo...

FERNÁNDEZ: Porque es de los tuyos...

PÉREZ: Qué quieres... ¡Pertenece a la plana activa!...

FERNÁNDEZ: Bueno; ¿en qué quedamos?... Responde tú...

FLÓREZ: Pues en que es necesario que nombres tus padrinos... ¿Ya los tienes?...

FERNÁNDEZ: No, pensaba nombrarte a ti... y a López...

PÉREZ: ¿Y a mí, por qué no?...

FERNÁNDEZ: Pues por eso... Porque tú eres de la plana activa...

FLÓREZ: Bien... basta de ironías... Pues acepto... Esta noche nos veremos con López y los padrinos de Ricardo... Y a ver en qué termina esto...

PÉREZ: Pues en una comida redonda... Porque, francamente, en estos casos el honor tiene que defenderse de los duelos... ¡Está fresco el pobre con tales paladines!...

FLÓREZ: Vamos, vamos, Pérez... Eres incorregible...

FERNÁNDEZ: Puesta está más fresco si eres tú el que lo defiende...

ESCENA VI

Dichos, Petrona y luego Benito

PETRONA: *(Desde afuera)* ¿Se puede?...

FLÓREZ: Adelante...

PETRONA: *(Apareciendo)* Hay un joven preguntando por el señor Pérez...

PÉREZ: ¿Por mi?...

FLÓREZ: ¿Usted le dijo que estaba aquí?...

PETRONA: Yo no... pero él sabe... y me dijo que le avisara que lo buscaban...

PÉREZ: ¿Pero no le ha dicho quién es?...

PETRONA: ¡Ah! Sí, dice que es el ordenanza del club...

FLÓREZ: ¿Del club?

PÉREZ: Ah... sí... es Benito... Ya voy...

FLÓREZ: No te molestes... *(A Petrona)* Que pase nomás...
Condúzcalo aquí *(Petrona sale)*.

FLÓREZ: *(A Pérez)* ¿Qué ocurrirá?

PÉREZ: Alguna pavada de Benito... Ya sabes cómo es...

FERNÁNDEZ: ¡Buen peine es el Benito ese!... *(Aparece Benito por derecha)*

BENITO: ¡Con permiso!...

FLÓREZ: Adelante...

BENITO: El señor Pérez... ¡Ah! Buenas tardes...

PÉREZ: Buenas tardes... ¿Qué hay de nuevo?...

BENITO: Este... que... ¿se puede hablar nomás?...

PÉREZ: Claro que se puede... Vamos a ver... ¿qué ocurre?...

- BENITO: No, lo decía por si había oídos indiscretos... Como usted me ha recomendado tanto...
- FERNÁNDEZ: No hay oídos indiscretos... Puedes hablar...
- BENITO: No, es que sabe... La consigna es la consigna... Y yo he estado ocho años enganchado... y sé lo que es una consigna...
- PÉREZ: Bueno, hombre... ¿Acabarás?... ¿Qué es lo que te trae por acá?...
- BENITO: *(Con desconfianza)* Que... al club, ¿sabe?... bueno... al bulín... han caído una punta de... niños... ¿sabe? Y a toda fuerza se han instalado allí... y se han puesto a tocar el piano, y a bailar... y dicen que se van a quedar a comer... Y como yo no tenía órdenes tuyas...
- PÉREZ: No importa... Son amigos... Nos esperan... No te alarmes por eso... Ya lo sabía...
- BENITO: ¡Ah! ¿Usted los había invitado?... Como no me dijo nada...
- PÉREZ: Pero hombre... ¿Habrás que enterarte de todo, ahora?... Vete nomás... Y vigila que no hagan daño...
- BENITO: Pierda cuidado...
- FERNÁNDEZ: ¿Con que estaban de farra?... ¿eh? Y no decían nada...
- PÉREZ: No, de farra no... Teníamos una comida... y te íbamos a invitar, pero como estabas tan preocupado con tu duelo...
- FERNÁNDEZ: ¿Y quiénes son los que están?
- PÉREZ: Emilio y unos cuantos amigos...
- BENITO: ¡Ah! Vea... se me olvidaba... Hay uno nuevo, ¿sabe?... vestido de mujer...
- FLÓREZ: ¡Cómo!... ¿Y quién es ese?...
- PÉREZ: Un nuevo miembro de la cofradía... un socio nuevo...

(A Benito). Vete nomás... Ya estamos enterados...

BENITO: Bueno... Con permiso ¿no? Y disculpen ¿no?... Pero como la consigna es la consigna... yo, ¿sabe?...

PÉREZ: Bueno, hombre, bueno... Ya lo sabemos... Lárgate, nomás...

BENITO: Con permiso... Y buenas tardes... *(Se va)*.

ESCENA VIII

Dichos, menos Benito

FLÓREZ: ¿Dices que un nuevo socio?...

PÉREZ: Sí; es una conquista de Emilio... “La Princesa de Borbón”...

FERNÁNDEZ: ¿El ratero ese?...

PÉREZ: El mismo... Un lindo muchacho... Un efebo...

FLÓREZ: Pero un ratero...

PÉREZ: Qué ratero ni ocho cuartos... Es un compañero... del vicio... Un digno cofrade... Y nuestro pecado ya sabes que es eminentemente democrático...

FLÓREZ: En fin... si no es un compromiso...

PÉREZ: Por el contrario... Es muy reservado... Y un rico tipo...

FERNÁNDEZ: ¿Y dónde dice ese que están?...

PÉREZ: En mi garçoniere. Le llamamos el club, para disimular... pero es mi casa de soltero... Ya la conocerás...

FLÓREZ: Bien... se nos está haciendo tarde... y convendrá que solucionemos esto del duelo...

FERNÁNDEZ: Sí, mira... Acompáñame hasta la casa de López... Es en

la otra cuadra... Te pones de acuerdo con él sobre la hora en que deben ver a los padrinos de Ricardo... y te dejo libre...

FLÓREZ: Eso es... ¿vamos, Pérez?...

PÉREZ: No, yo no... Qué voy a hacer en lo de López. Te esperare aquí...

FLÓREZ: ¿Aquí? ¿Solo?...

PÉREZ: Sí, así no te demoras...

FLÓREZ: Me parece bien... Será cuestión de diez minutos... Puedes entretenerte leyendo mi informe sobre el caso de la calle Talcahuano... Aquí lo tienes...

PÉREZ: Perfectamente...

FLÓREZ: ¿Vamos? Hasta luego... Quedas en tu casa.

FERNÁNDEZ: Adiós... Sibarita... corrompido...

PÉREZ: Adiós... sportsman... atrofiado... ja...ja... (*Mutis de Flórez y Fernández por derecha*).

ESCENA XI

Pérez, luego Clara

Pérez queda un momento solo, hojeando los papeles y como leyendo sus párrafos. A poco entra Clara por izquierda. Va totalmente vestida, con exquisito gusto.

CLARA: (*Apareciendo, sin darse cuenta de que el que está en la sala no es su marido*) ¿Te parece que me queda bien este vestido?... (*Se mira a un espejo coquetamente. Pérez la observa con sorpresa un momento*).

PÉREZ: (*Poniéndose de pie*) ¡Le queda a usted encantadoramente!...

- CLARA: ¡Eh!... ¡Ah!... Pérez... Discúlpeme... ¡Creí que era Flórez!... ¡Qué inconveniencia, Dios mío!... Si estoy loca... Discúlpeme, ¿no?...
- PÉREZ: ¿Por qué, Clara?... ¿Acaso no puedo yo también opinar sobre su elegancia?...
- CLARA: No es por eso, precisamente... Pero mi pregunta... francamente... (*Ríe*). Me imaginé que estuviera Flórez solo... ¡Hace mucho tiempo que está usted aquí?...
- PÉREZ: No... Apenas un cuarto de hora...
- CLARA: ¿Y Flórez?
- PÉREZ: Salió con un amigo, para volver enseguida... Y yo le aguardaba...
- CLARA: ¿De manera que le ha dejado a usted solo?...
- PÉREZ: Por lo visto no tanto... ¿Qué mejor compañía podía ofrecerme que la de usted?...
- CLARA: Pero es que esta compañía es puramente ocasional...
- PÉREZ: ¿Ocasional?...
- CLARA: O casual, si usted quiere... Porque supongo que no le habrá preparado mi marido este encuentro...
- PÉREZ: No... pero me lo he preparado yo mismo... Hace tanto tiempo que busco y espero este momento...
- CLARA: ¿Para qué?... ¿Para repetirme lo que tantas veces me ha dicho, inútilmente?
- PÉREZ: Aunque más no sea que para eso... Se me ha hecho ya una necesidad el verla, el hablarle, aunque, como usted lo dice, inútilmente... Y ¿qué quiere usted? Busco satisfacer esa necesidad a pesar de su propia inutilidad... El naufrago también grita en la soledad de su abandono, el socorro que nadie ha de oír... Pero no deja de ser un consuelo para él su propio grito perdido...

- CLARA: Está usted poético, hoy...
- PÉREZ: Como siempre que la veo a usted, Clara... Creo habérselo dicho ya muchas veces... A pesar de su estado, no obstante su amistad con Flórez, yo la quiero a usted, Clara... por sobre todos los inconvenientes y los obstáculos... Y creo firmemente ser digno de usted...
- CLARA: Por lo que se hace usted indigno de mi marido... de su amistad.
- PÉREZ: Tal vez... Si mi actitud entraña una ofensa para él... Pero... ¿acaso no es también él indigno de usted?... ¿No lo ha visto usted misma en su abandono, en su frialdad, en su desamor por la mujer que haría la felicidad y la gloria de otro hombre... en otras condiciones?...
- CLARA: Es posible que lo haya visto, por desgracia... Pero ello no puede hacerme faltar a mis deberes...
- PÉREZ: ¡Y llama usted deberes a los prejuicios!... Cree usted cumplir con una sagrada obligación imponiéndose el sacrificio de sus sentimientos, de sus instintos, de su juventud, de su belleza, en obsequio de un hombre que no siente esos deberes, ni se impone esos sacrificios... ¿Qué mal denomina usted a su esclavitud y qué mal quiere usted a sus derechos!...
- CLARA: No le negaré a usted que estoy esclavizada... como dice usted a mi resignación... pero ¿me puede indicar usted cuáles son esos derechos que yo no quiero?...
- PÉREZ: Los que en el fondo de su alma usted misma cree sentir, no obstante el disimulo de sus palabras... Los que debe sentir usted a pesar de sus obligaciones, como mujer joven aun, bella, ilustrada, pletórica de vida, de esperanzas y de ilusiones... Los que debe sentir su amor propio herido y humillado por la indiferencia de un hombre que usted ha amado o creído amar cuando su ingenuidad no

la había hecho experimentar la verdadera pasión... La pasión que está usted hoy en la plenitud de sentir...

CLARA: Va usted a concluir por convencerme...

PÉREZ: ¡Así lo espero, desde el momento en que usted medite un instante sobre su situación, ame más la vida, se rebele a los escrúpulos que usted misma se impone y comprenda toda la felicidad de un amor correspondido, pagado, gustado, que usted no ha podido gozar jamás!

CLARA: ¿Y será usted quien me ofrezca toda esa dicha?...

PÉREZ: Yo, que la adoro...

CLARA: A pesar de... mi marido...

PÉREZ: A pesar de todo...

CLARA: ¿Y de mis hijos?...

PÉREZ: Sus hijos no pueden impedirle a usted sus derechos a la vida... *(Se arrima)*. Sí, Clara... Correspóndame usted... Ámeme usted... Solo, libre, joven, yo soy su redención, Clara... ¡Y mi amor, quizás, el único medio que la libere a usted del naufragio total de su vida, a que la ha llevado el matrimonio con un hombre indigno de usted e indigno del sacrificio inmenso que usted le ofrece, gratuitamente!... *(Va a besarla)*.

CLARA: *(Solloza y se deja abrazar)* Con sus palabras no hace usted más que envenenar más mi espíritu...

PÉREZ: ¡Yo lo endulzaré con mis besos, Clara!...

FLÓREZ: *(Desde afuera)* Pérez... ¿estás ahí?...

CLARA: ¡Ay!... Flórez... *(Huye por izquierda)*.

Pérez va a sentarse serenamente donde estaba.

PÉREZ: ¡Aquí estoy, hombre!...

ESCENA 10

Pérez y Flórez

- PÉREZ: *(A Flórez, que aparece)* ¡Cómo!... ¿Tan pronto?
- FLÓREZ: Sí... no lo encontramos... Y hemos quedado con Fernández en vernos en el Club de esgrima a las doce... ¿Qué tal?... ¿Qué te parece el informe?...
- PÉREZ: ¡Admirable!... ¡Muy interesante!...
- FLÓREZ: ¿Verdad?... Es mi opinión leal y franca... ¿Has leído ese párrafo sobre el determinismo hereditario?...
- PÉREZ: Sí; muy original...

ESCENA XI

Dichos, Clara, Julián y Lola

- CLARA: *(Desde afuera por izquierda)* ¿Se puede?...
- FLÓREZ: Adelante
- Entra Clara seguida de Julián y Lola, de 14 años.*
- CLARA: Buenas noches... ¿Cómo está usted, Pérez?...
- PÉREZ: A sus órdenes... Señora...
- LOLA Y JULIÁN: Buenas noches, señor Pérez...
- PÉREZ: ¿Cómo están? *(Saludos con Julián y Lola)*.
- FLÓREZ: ¿Ya se van?...
- CLARA: Ya... Se nos ha hecho tarde... ¿Tú vas a quedarte mucho tiempo acá todavía?...
- FLÓREZ: No; un momento nomás... Nos vamos con Pérez...

- CLARA: Bueno... Hasta luego, entonces...
- JULIÁN: Adiós, señor Pérez...
- LOLA: Adiós, señor... Hasta luego, papá...
- FLÓREZ: Hasta luego... (*Flórez sale primero hasta la puerta, dando la espalda a Pérez*)
- CLARA: Adiós, Pérez... (*Le da la mano que Pérez besa con fruición a espaldas de Flórez. Salen por derecha Clara, López y Julián*).

ESCENA XII

Pérez y Flórez

Pérez queda un instante en el escritorio en la misma posición de antes. Entra Flórez.

- FLÓREZ: Quedamos solos... Y ahora... la luz estorba... (*Va a la llave del plafonier y lo apaga. La escena queda solamente iluminada por la tenue luz verde de la lámpara que está sobre la mesa*). ¡Oh!... La luz... ¡Qué extraño efecto tiene en mi la luz!... (*Va a la ventana y la abre de par en par. Por ella se ven afuera las luces de los edificios*). Y que entre ahora la noche... la noche con todo su misterio... con toda su sombra... ¿Qué lees?... ¿Mi informe?... (*Se acerca por detrás a Pérez. Inmutado totalmente como si sufriera en ese instante una rara metamorfosis del carácter. Leyendo por sobre el hombro de Pérez*). “La noche parece infundirles una nueva vida, como si en el misterio de su sombra se operara en sus organismos una transfusión milagrosa del sexo. Son, entonces mujeres, como en el día han sido hombres”. (*Toma la cabeza de Pérez entre sus dos manos, acerca su boca a la de aquel, con la intención de besarlo. Entre tanto cae el telón*).

ACTO SEGUNDO

DECORACIÓN: SALA DE UNA GARÇONIERE ELEGANTE. PUERTAS AL FORO DERECHA. A LA IZQUIERDA, ESPECIE DE APARTAMENT CON UN PIANO, DIVANES, CONFIDENTES, ETC. EN LA LATERAL IZQUIERDA, PUERTA QUE SE SUPONE CONDUCE A UN DORMITORIO. EN LA SALA, LUJOSO JUEGO DE SILLAS TAPIZADAS, GRAN CONSOLA CON ESPEJO Y ÚTILES DE BELLEZA, RIZADORES, POLVERAS, PINTURAS, ETC. TODO EL ASPECTO DE LA SALA DEBE SER EL DE UN CAMARÍN DE ARTISTA DE BUEN TONO. EL ALUMBRADO, FUERA DEL PLAFONIER, DEBE SER COMPUESTO POR BRAZOS ELÉCTRICOS CON LÁMPARAS DE COLORES, AZULES, ROJAS, ETC. ES DE NOCHE.

ESCENA I

Emilio, Princesa y Juanita

Al levantarse el telón, aparecerá Juanita, un jovenzuelo de 20 años, de bello rostro y rasgados ojos, sentado al piano, ejecutando un tango. En escena Emilio, tipo de sinvergüenza elegante y Princesa de Borbón, otro invitado, bailando la danza con extremados movimientos. Pausa larga. La Princesa viste de mujer elegantemente, afectando todos los movimientos de una dama.

PRINCESA: *(Con exagerada voz femenina)* No, che... así no me gusta. Vos lo bailás muy a lo negro, che... más elegante, más fino... *(Al que toca)*. ¡Che, Juanita!... ¡Tocalo más lentamente!... *(Así dan algunas vueltas)*.

EMILIO: ¿Así, te gusta?...

PRINCESA: ¡Ay!... Así, así concibo yo el tango... Lentamente, voluptuosamente... más voluptuoso, cuanto más lento... Y el corte delicado, sutil, apenas insinuado... No esas compadradas brutales de los malevos... ¿Y a vos, che, Juanita?...

JUANITA: *(Saliendo del piano)* Para mí es lo mismo... Eso depende del hombre con quien lo baile... ¿No te parece, Emilio?... El tango es el hombre, dirían los romanos si hubieran sabido bailar el tango... ¿No es verdad?...

EMILIO: Tenés razón... Pero éste, delicada flor de invernáculo, prefiere lo suave a lo vehemente, lo sutil, a lo instintivo... Vos, en cambio...

JUANITA: Yo, en cambio, estoy por lo verdaderamente varonil... lo violento, lo expresivo, hasta lo grosero... ¡Ay!

PRINCESA: ¡Ay!... ¡Quién hubiera nacido mujer! Decí mejor...

EMILIO: No se quejen... que no tienen razón... Al fin y al cabo mejor que ser hombre o mujer solamente, es ser las dos cosas a la vez, y ustedes no se pueden quejar...

PRINCESA: Qué Emilio este... *(Abrazándolo)*. Mi maridito... Emilio...

JUANITA: Avisá, che... Este es mío... ¿qué te has creído...? *(Lo abraza)*.

EMILIO: Vamos, vamos... déjense de pavadas... porque me parece que estamos perdiendo el tiempo aquí... Son las nueve y Pérez sin llegar... Y yo tengo un hambre...

JUANITA: ¿Y yo?...

PRINCESA: ¿Por qué no le preguntamos a Benito? El debe saber a dónde ha ido su patrón...

EMILIO: Eso es, llámenlo...

JUANITA: Che... Benito... Benito... Vení un momento...

ESCENA II

Dichos y Benito

- BENITO: (*Aparece por foro*) ¿Qué les pasa?
- JUANITA: Decinos, ¿vos no sabes dónde estará Pérez?...
- BENITO: A mí no me dice nunca donde va... ni yo se lo pregunto tampoco...
- PRINCESA: Pero ¿no sabes si vendrá o no?... Hace más de una hora que lo estamos esperando...
- BENITO: Yo no sé... Si no lo saben ustedes...
- EMILIO: ¡Vamos!... ¡Vamos!... ¿Qué manera de contestar es esa?... Contesta a lo que te preguntan de buenas maneras y te callas la boca en lo que no te importa...
- BENITO: ¡Epa!... Supongo que ahora no se creará usted también mi patrón...
- EMILIO: Yo no soy tu patrón... pero puedo hacer que tu patrón sepa darte el castigo que mereces... Y basta... Vamos a ver... ¿a dónde ha ido Pérez?
- BENITO: No le digo que no sé...
- JUANITA: ¿No sabes si anda con Flórez?...
- BENITO: Con él anda todos los días...
- EMILIO: ¡Ah!... Entonces ya sé dónde está... Debe haber ido al duelo de Fernández...
- PRINCESA: ¿Era testigo él?...
- EMILIO: No... Pero habrá ido de mirón... Flórez es uno de los padrinos... (*A Benito*). Andá, nomás... ya no te precisamos... (*Benito sale*). Tipo más insolente éste...
- JUANITA: Como Pérez le ha dado tanta banca, haciéndolo su confidente... se ha puesto inaguantable...
- PRINCESA: ¿Pero entonces se baten nomás Ricardo y Fernández?
- EMILIO: Sí. La cosa va de veras... Deben batirse mañana temprano en La Plata... y, precisamente, deben irse esta noche en el tren de la diez...

- JUANITA: Entonces, con razón no llega Pérez... Irá él también...
- EMILIO: Es lo más probable...
- PRINCESA: Pues, entonces, no hay más que una solución.
- JUANITA: ¿Cuál?...
- PRINCESA: Irnos a la estación y traérnoslo a Pérez...
- JUANITA: No, para eso nos vamos a la Policía y denunciarnos el duelo... Y así matamos dos pájaros de un tiro... Evitar el lance y hacer quedar a los muchachos...
- EMILIO: Tres pájaros... Porque con ellos, tenemos programa esta noche...
- JUANITA: ¡Magnífico!... Vamos entonces... Que no hay tiempo que perder...
- PRINCESA: Che... ¿No te parece que me haga la toalet y les demos una sorpresa?...
- EMILIO: No hombre, no... Dejate de locuras... Hay que ser prudente... Además tenemos el tiempo muy contado... Iremos en auto... (*A Juanita*). Mandalo vos a Benito que traiga un taxi...
- JUANITA: Che, Benito... Llamamos un taxi...
- PRINCESA: Mientras llega el coche me voy a arreglar un poco (*se va al espejo y empieza a pintarse los ojos, labios, etc.*).
- JUANITA: Y yo voy a hacer lo mismo... Con el bailoteo me he despintado toda... (*Viéndose frente al espejo*). ¡Ja ja... che!... ¡Qué ridículo!... ¡Fíjate!... Parezco una de esas chinas endomingadas... se me ha chorreado todo el carmín...
- PRINCESA: No te vas a exagerar el maquillaje... Porque ya sabes que a Flórez no le gusta eso...
- JUANITA: ¡Bah! Y a mí qué me importa de Flórez... El hombre serio... ¡Hipócrita!... No hace más que andar disimulando

con su aspecto de sabio en conserva una cosa que todo el mundo sabe... ¡Rico tipo el Flórez ese!... Yo, ya hace tiempo que tiré la chancleta!...

EMILIO: Pero tiene razón, hombre... Es un individuo de posición social, de vinculaciones, casado, con hijos... ¿Qué querés?... ¿que ande como vos por la plaza Mazzini o los kioscos de la calle Callao, buscando aventuras?...

JUANITA: Che...che... Ya te pasaste... Yo no ando por la plaza Mazzini...

PRINCESA: Tiene razón, Juanita... Se es o no se es... Para qué tanta hipocresía... Yo también he tirado la chancleta.

JUANITA: ¡Personaje social! ¡Bah!... ¿Y Nerón? ¿No era emperador y salía de noche a buscar hombres por la Vía Apia?... *(Transición)* A mi me gustaría eso, che... qué querés... ¡Qué tiempos aquellos! ¡Quién fuera Heliogábalo, que entró triunfalmente en Roma montado en un enorme falo de mármol negro... así, che... Así... como un cilindro de yerba...

PRINCESA: ¡Ja, ja!... Qué Juanita esta... ¡más corrompida!...

JUANITA: ¡Y vos!... ¡Flaca descalabrada!...

ESCENA III

Dichos y Benito

BENITO: *(Por foro)* Ahí está el auto...

EMILIO: Bueno, vamos, muchachos... ¡Pero con orden, eh!... No sea el diablo que nos lleven presos...

JUANITA: Vamos...

PRINCESA: Vamos...

- PRINCESA: Del brazo... Como las grisettes de París (*Se toman del brazo de Emilio y salen cantando una canzoneta*). Hasta luego, Benito.
- JUANITA: ¡Ah!, che... Si llegara a venir Pérez decile que hemos estado nosotros... Y que volveremos... Chao (*Mutis foro*).
- BENITO: (*Solo. Viéndoles irse*) ¡Pedazos de maricones!... ¡Y vean cómo me dejan esto!... (*Se pone a arreglar los muebles de la sala. Cierra el piano y finalmente apaga la luz del plafonier. Cuando va a salir por foro entra Pérez*).

ESCENA IV

Benito y Pérez

- PÉREZ: (*Entrando*) Benito...
- BENITO: ¡Señor!...
- PÉREZ: ¿Estás solo?...
- BENITO: Sí, señor...
- PÉREZ: ¿Quiénes eran esos que acaban de salir en un automóvil?
- BENITO: Ese amigo suyo, don Emilio; otro que le llaman Juanita y el otro... Estuvieron esperándolo y como no venía se fueron...
- PÉREZ: ¿No sabes si volverán?...
- BENITO: Sí, dijeron que iban a volver más tarde y que le avisara a usted...
- PÉREZ: Bueno, mirá... Yo voy a hacer entrar a una dama aquí ahora, ¿entiendes?...

BENITO: Sí, señor...

PÉREZ: Bien; es necesario que no te vean, para lo cual no debes aparecer para nada por aquí... Y si vienen esos que acaban de irse o cualquier otro... les dices que yo no estoy y que no tienes orden de dejarlos pasar... Cierra la puerta...

BENITO: Es que tienen llave...

PÉREZ: ¿Quién tiene llave?...

BENITO: El señor Flórez tiene... ese otro señor Emilio también...

PÉREZ: Es verdad... Bueno... Flórez no vendrá porque ha ido a La Plata y en cuanto a Emilio, no me lo dejas entrar... Ya sabes... No estoy para nadie... ¡Ah!... Diles nomás que he ido a La Plata también con Flórez...

BENITO: Muy bien, señor... *(Suena un timbre)*.

PÉREZ: ¿Llaman?

BENITO: Sí, señor...

PÉREZ: A ver... *(Sale afuera y entra)*. Ahí está... Bueno, vete al fondo... Conforme entre, cierras la puerta... Vamos hombre... apúrate... *(Salen por foro)*.

ESCENA V

Pérez y Clara

Aparece a poco Pérez por foro seguido de Clara. Esta entra casi totalmente oculta la cara por la capa. Pasa con temor y desconfianza. Pérez la trae de la mano.

PÉREZ: Aquí no hay temor... Estamos absolutamente solos... *(Cierra la puerta)*.

- CLARA: ¿No hay sirvientes, ninguna otra gente que pueda?...
- PÉREZ: Nadie absolutamente, mi bien... Tengo un solo criado y a ese lo he licenciado por hoy... Pero descúbrase... descanse... *(La ayuda a quitarse la capa y el sombrero. Clara observa con recelo los detalles de la escena)*. Aquí ya no debe haber otro misterio que el de nuestro amor... *(Se sienta a su lado y le toma las manos que besa con pasión)*. Estas agitada, trémula...
- CLARA: Sí... siento no sé qué extraño escalofrío... Y he sufrido más en el segundo que tardé en transponer el umbral de la puerta que en toda la lucha de ideas y de dudas que sostuve por el camino...
- PÉREZ: ¡Pobre amor mío!... Lo creo... Y no hay duda que por mi espíritu mismo, más libre, más acostumbrado a su propia voluntad que el tuyo, pasa algo parecido... Una especie de vaga ansiedad.
- CLARA: El pecado es cobarde...
- PÉREZ: No, no hay pecado donde hay amor, Clara... Di más bien que es el momento, este instante de suprema felicidad tanto tiempo esperado, anhelado, entre la duda y el miedo... Di, dime que me quieres mucho, con toda tu almita, virgen todavía de un sentimiento verdaderamente hondo, y profundamente sincero...
- CLARA: Sí, Pérez... Se lo he dicho ya... El hecho mismo de arrostrar este momento se lo puede confirmar... Pero tengo miedo... No estoy tranquila...
- PÉREZ: Pero, ¿de qué?... ¿Dudas de la verdad de mi cariño, de la sinceridad de mi ternura?...
- CLARA: No... No dudo... Pero, no sé... soy tan cobarde... Me parece que va a entrar Flórez, por ahí... que me miran mis hijos, que todo el mundo me ha visto llamar a la

puerta y entrar en esta casa, rara, sí, porque la encuentro rara, con todas esas cosas tan femeninas... En verdad, Pérez, dígamelo... ¿qué es esto?...

PÉREZ: Es mi casa, Clara... Mi garçoniere, como dicen los franceses... Aquí no entra nadie más que yo, y todo eso que te parece tan femenino no es más que el refinamiento con que me gusta vivir, haciéndome la ilusión de que, solo y triste, hay en esta casa de soltero, un espíritu femenino, delicado y culto, como el tuyo, que todo lo ordena, lo dispone y lo rige...

CLARA: Pero... ¿aquí vienen otras mujeres?...

PÉREZ: ¿Mujeres? No, mi bien... Absolutamente nadie y ésta es la primera vez que ese espíritu que la gobierna se encarna en tu cuerpo, admirable, de belleza y de amor...

CLARA: Gracias, Pérez... Pero... qué extraño... qué miedo tengo...

PÉREZ: Es la agitación... No tengas cuidado... Vas a reanimarte con una copita de Chartreuse... ¿o prefieres champagne?...

CLARA: No... Chartreuse no más...

PÉREZ: Bien. *(Vase al foro izquierda y saca de una mesita que habrá allí una botella de Chartreuse con el que servirá dos copas. Entre tanto, Clara se paseará por la sala examinando los muebles. En la consola observará los lápices de pintura y demás chucherías que usaron Juanita y Princesa, con evidente inquietud).*

CLARA: ¡Qué raro!...

PÉREZ: Toma... esto te hará bien; te reanimará un poco... Ven... aquí... los dos juntos... Ya tendrás ocasión de familiarizarte con esta casa que encuentras tan extraña, porque es la primera vez que la visitas... Pero vendrás, vendrás otras veces, ¿verdad?...

CLARA: *(Para tomar la copa se ha quitado los guantes que habrá*

dejado sobre la mesita. Devolviendo la copa). Gracias...
Sí... tal vez...

PÉREZ: ¿Te sientes mejor?...

CLARA: Sí... Reanima algo esto...

PÉREZ: Más te reanimarás todavía al calor de mis ternuras...
¿verdad?... ¿Ya no sientes miedo?...

CLARA: Discúlpeme, Pérez... Flórez ¿viene también a esta casa?...

PÉREZ: Sí... algunas veces a buscarme... ¿Pero a qué recordar a Flórez?

CLARA: ¡Como nunca me ha dicho nada de esto!...

PÉREZ: Es tan poco confidencial contigo, Flórez...

CLARA: Y esta noche... ¿no vendrá?...

PÉREZ: No... Cómo va a venir... Si está en La Plata... El duelo tendrá lugar mañana en las primeras horas... y además, aunque no estuviera allí, a mi casa solo viene conmigo... Por eso he aprovechado este día para citarte aquí... Por mi parte he hecho creer a todo el mundo en un viaje... de manera que jamás se podrá sospechar de nada... No temas, mi bien... Olvídate por un momento de todo y ten en cuenta que solo estas con el hombre que te quiere con toda tu alma y en el momento mismo en que con él vas a entregarte por completo a la dicha del amor y del placer, que, acaso, es la única razón de vivir la vida... Descúbrete Clarita... *(La empieza a desnudar mientras la cubre de besos).* Así, así...

CLARA: Pérez... ¡Por favor!

PÉREZ: Todavía, todavía recelas *(Poniéndose de pie y yendo a la llave de las lámparas de colores).* Es la luz, la luz perversa y acusadora... *(Da vuelta la llave, con lo que se apaga el plafonier y se encienden las de colores quedando la sala iluminada extrañamente).*

- CLARA: ¿Qué es eso?...
- PÉREZ: Es la luz del amor... la luz buena que no denuncia y que no acusa... la luz del placer... Y ahora, mi bien, a mis brazos... a la dicha (*Confunde su boca con la de Clara, cuando el rumor de una discusión se oye afuera por la parte del foro. Clara salta sorprendida*).
- CLARA: ¡Eh!... ¿Qué es eso?... (*La discusión arrecia*).
- PÉREZ: (*Confuso*) No sé... no sé... francamente... Tal vez el sirviente... (*Observa por la puerta sin abrirla. Se oye más clara la discusión, como si pretendieran entrar*).
- CLARA: (*Con energía*) ¡Pérez!... ¿A dónde me ha traído usted?... ¿Qué casa es esta?... ¿Qué discusión es esa?...
- PÉREZ: No sé, Clara... No me explico... Iré a ver...
- CLARA: No... Antes ocúlteme usted... Usted me ha engañado... (*Se oyen golpes y voces en la puerta*). ¡Ligero, por Dios!... ¡Pronto!...
- PÉREZ: (*Duda un momento*) Sí... venga usted Clara... Y perdóneme... ¡Quién sabe!... Por aquí, por aquí... (*La conduce por izquierda*).
- CLARA: Mi sombrero y mi capa...
- PÉREZ: Aquí... Aquí están. (*Clara entra por la puerta izquierda, que cierra detrás de sí. Pérez queda confundido en la escena, cuando entran a ella Juanita, Emilio, La Princesa de Borbón y Benito discutiendo*).

ESCENA VI

Pérez, Benito, Juanita, Emilio y la Princesa de Borbón

BENITO: Les digo que no está el patrón...

- EMILIO: Es lo mismo... Pedazo de bruto o no entendés... ¡Qué rico tipo!... (*Al ver a Pérez*). ¡Hola!... No ven muchachos... Aquí está el hombre.
- TODOS: Hola, Pérez, etc...
- PÉREZ: ¿Qué es eso?... ¿Qué escándalo es ese?...
- EMILIO: Nada, hombre... Si no que este pedazo de animal, que cada día está más bruto, no nos quería dejar entrar...
- BENITO: Como el señor me ordenó...
- PÉREZ: Bueno, basta... Vete al fondo nomás... (*Mutis de Benito*).
- JUANITA: ¡Ah! Pillo, ¿con que vos le habías ordenado?...
- PÉREZ: Sí, yo se lo ordené, porque no tenía deseos de recibir a nadie hoy... Y ustedes bien podían haber tenido la prudencia de no entrar...
- EMILIO: ¡Hombre! Si nos hubiera dicho la verdad no habríamos tenido inconveniente, no prudencia... Pero el imbécil ese nos dijo que no estabas y veníamos a esperarte...
- PÉREZ: ¿Y no les dijo que yo estaba en La Plata?...
- JUANITA: Sí... pero como el duelo no se efectúa y nos hemos visto con los demás sabíamos que tu viaje era un cuento...
- PÉREZ: ¡Eh!... ¿No se efectúa el duelo?...
- PRINCESA: No, nosotros lo hemos impedido...
- PÉREZ: Pero ¿Y éste?... ¿qué viene a hacer éste aquí y así?...
- EMILIO: ¡Hombre! ¿Te extraña?... ¡Pues está rico esto!... ¿Será la primera vez que viene así?...
- PRINCESA: ¡Jesús! ¿Qué ocurrencia?... Antiguos camaradas de colegio... ¿No te acuerdas cuando estábamos en el internado?...
- PÉREZ: Bueno, hombre, basta, basta... La culpa la tengo yo... ¿Y se puede saber a qué vienen?...

- EMILIO: Pero ¿qué es eso, Pérez? ¿Qué te pasa?... ¿Acaso no venimos todas las noches?... ¡Hombre, te encuentro raro hoy!
- PÉREZ: Sí... sí... Estoy con dolor de cabeza... y quiero acostarme... Hagan el favor... váyanse... mañana nos veremos...
- PRINCESA: ¿Que nos vayamos?... ¡Por qué!... Te acompañaremos, no faltaba más... Ahora vendrá Flórez también... Y él te curará...
- PÉREZ: ¿Te quieres callar, imbécil?...
- PRINCESA: ¡Eh!...
- PÉREZ: (*Un instante*) ¿Dicen ustedes que vendrá Flórez?...
- EMILIO: Sí... ha ido hasta la comisaría con Fernández... Pero vendrá en seguida... ¿Por qué?... ¿También te parece raro que venga?...
- PÉREZ: No sé... Pero háganme el favor: váyanse, váyanse... porque de lo contrario los haré irse yo...
- EMILIO: No te enojas, hombre... Si no es para tanto... pero, verdaderamente, aquí hay algo de extraño...
- JUANITA: Claro... Aquí hay gato encerrado... ¿No ven?... ¿No se han fijado?... La luz verde... Nuestra luz...
- EMILIO: ¡Acabáramos!... Con razón, tu afán por echarnos... ¿Tienes alguna bolada?...
- PÉREZ: ¿Pero no entienden?... ¿No les he dicho que se vayan?... ¿Cómo quieren que se los diga?...
- PRINCESA: ¡Adiós, mi plata!... Conque tenemos infidelidades, ¿eh?... Ya verás cuando lo sepa Flórez...
- PÉREZ: ¡Pero te quieres callar pedazo de estúpido! (Va sobre él).
- PRINCESA: Pero, che... ¡Estas loco!... ¿Me vas a pegar ahora?...

- JUANITA: (*Encontrando los guantes*) ¡Aquí está!... Aquí está el cuerpo del delito... ¡Y son de mujer!...
- EMILIO: ¿A ver?... ¡Claro!... ¡Mujer!... Ahora me explico...
- PÉREZ: Dame eso... dame eso, o no respondo de mí... Y váyanse... váyanse... o los echo a patadas de aquí... Háganme el favor...
- PRINCESA: No... no... primero tenemos que conocer a la dama... que salga... ¡que salga la dama!...
- JUANITA: (*Coreando*) ¡Sí, que salga! ¡Que salga!...
- PÉREZ: Váyanse... les digo... váyanse... (*Llamando*) Benito... Benito...
- EMILIO: Bueno, hombre... bueno... nos iremos. Vamos, muchachos... Dejémoslo solo al hombre con su prenda...
- BENITO: (*Entrando*) Señor...
- PÉREZ: Acompaña a esos... señores a la calle...
- PRINCESA: ¿También esto?... Nos hace echar... ya verás... Ya verás... Se lo contaré todo a...
- PÉREZ: ¡Pts!... ¡Basta, basta, basta!... ¡Váyanse!...

ESCENA VII

Dichos, Flórez y Fernández

- FLÓREZ: (*Entrando seguido de Fernández*) Buenas noches... ¿De tenida?...
- JUANITA: (*Provocativo*) Aquí está Flórez... Ahora... échanos a todos...
- FERNÁNDEZ: ¿Qué es eso?... ¿Hay cuestión hoy?...

EMILIO: No, nada... sino que Pérez no está esta noche de humor para recibir visitas... y galantemente nos pide que lo dejemos solo...

PRINCESA: Sí, galantemente... a patadas...

FLÓREZ: (*A Pérez*) Sí, ¿estás descompuesto?

PÉREZ: Sí... un poco de dolor de cabeza... Me iba a acostar... y les pedía que me dejaran solo... Y no entienden... no entienden...

FLÓREZ: Tienen razón... Cómo te van a dejar solo, enfermo... Ahora te acompañaré yo... No se ha podido realizar el duelo y tengo toda la noche disponible... En casa me creen en La Plata...

PÉREZ: Muchas gracias... Carlos... pero quiero estar solo... necesito estarlo...

JUANITA: Mejor acompañado dirás... aquí está la prueba... ¡Un par de guantes de mujer!...

FLÓREZ: ¡Eh!...

JUANITA: Sí... tiene una dama encerrada y le estorbamos...

FLÓREZ: ¿Una dama?... ¿Verdad, Pérez? ...

PÉREZ: Sí... es verdad... ya que lo exigen, pero váyanse... Háganme el favor... Estoy en mi casa...

Flórez queda un momento confundido. Luego parece reaccionar, cuando le acosan Juanita y La Princesa, mostrándole la luz y los guantes.

JUANITA: (*Intrigante*) ¿No ve, Flórez, no ve?... Hemos encontrado estos guantes aquí, y a él encerrado...

PRINCESA: Y con la luz de colores, encendida... En pleno idilio...

FERNÁNDEZ: ¡Che, pero es verdad!...

PÉREZ: (*Le habla al oído a Fernández y éste hace un gesto de comprensión*). Sí... es verdad... Compréndame...

FLÓREZ: *(Trémulo de celos)* ¿Y no se puede ver a... esa... señora?

PÉREZ: No...

FERNÁNDEZ: Vamos, Flórez... vamos... Quiere estar solo... Mientras medien mujeres en estas cosas estamos de más...

FLÓREZ: Perfectamente... Vamos... *(Hace un gesto de terrible lucha interior y sale precipitadamente seguido de Fernández)*.

PRINCESA: Adiós, infiel... ¡adúltero!...

JUANITA: Cómo me encantan estas escenas de celos... vamos, Luisita. *(Salen del brazo)*.

PÉREZ: *(Furioso a Benito)* Pedazo de imbécil... Vete... cierra la puerta... ¡cretino! *(Benito se va por foro)*.

ESCENA VIII

Pérez, luego Clara

Por un momento Pérez queda como anonadado por el conflicto. Luego reacciona. Va hasta la puerta. Se cerciora de que los otros han salido y corre a la izquierda

PÉREZ: Clara... Clara...

CLARA: ¿Se han ido ya?...

PÉREZ: Sí... perdóneme... una imprudencia del sirviente...

CLARA: ¡Basta!... No necesito explicaciones... ¡Es usted un canalla!...

PÉREZ: Pero, Clara...

CLARA: Basta, le he dicho... ¿Por quién me ha tomado usted? Degenerado... He oído todo... He visto todo... ¡Puerco!...

PÉREZ: Clara... voy a explicarle...
CLARA: No necesito... Déjeme usted pasar...
PÉREZ: Puede verla Flórez...
CLARA: ¡No me importa!... ¡Déjeme salir!...
PÉREZ: Pero escúcheme, Clara... No he podido impedir...
CLARA: ¡Déjeme paso le he dicho!... ¡Asqueroso!... *(Le pega una bofetada y sale precipitadamente por foro, casi sollozando. Pérez queda como petrificado por la sorpresa).*

TELÓN

ACTO TERCERO

LA MISMA DECORACIÓN DEL ACTO PRIMERO.

ESCENA I

Clara y Petrona

Clara, sola, junto al escritorio revisa, de pie, una carpeta de papeles. A poco aparece Petrona trayendo una bandeja con una taza de té.

PETRONA: Aquí lo tiene... calentito. *(Revuelve con la cucharilla y prueba).* Está bien dulce, como le gusta...

CLARA: Dejalo ahí... *(Sin mirarla).*

PETRONA: ¡Ay! Fíjese... ¡Jesús!... *(Recogiendo algunos papeles que han caído).* Y luego que el señor no se enoje...

Clara se deja caer negligentemente, como preocupada, sobre el sofá.

PETRONA: Se le enfría... *(Acercándole el té)*.

CLARA: Llévatelo.

PETRONA: Qué... ¿No lo toma áura?

CLARA: Ya se me ha pasado la gana...

PETRONA: ¡Vaya!... Ta güeno... Pa qué irá a hacérmelo hacer entonces... *(En actitud de marcharse)*.

CLARA: Espérate... Quiero preguntarte algo.

PETRONA: Y diga...

CLARA: Pero has de ser franca, completamente franca conmigo...

PETRONA: Me parece que siempre lo he sido. En eso no va a desconfiar de mí, creo. *(Deja el té sobre la mesa, como disponiéndose a escuchar)*. Y diga, pues. Vamos a ver.

CLARA: No sabría explicarme bien... Tal vez sean aprensiones mías... No sé; pero tengo una duda que me trae intranquila. Y sobre eso quería interrogarte. Tú conoces a Carlos tanto como yo, más que yo tal vez: lo has tratado desde niño...

PETRONA: De raro, nada... Al menos que yo sepa...

CLARA: Antes... Antes no sería así, ¿no?... Claro...

PETRONA: ¿Así, cómo?

CLARA: Digo... tan raro... A veces tan extraño...

PETRONA: Natural... Antes-antes no, claro.

CLARA: Cuando mozo, ¿verdad?

PETRONA: Ni cuando mozo ni cuando chico. Pero no es de ahora que está cambiando... Ha ido cambiando con la vida, como cambiamos todos... Como usted, como yo, bah!... Serio, sí, siempre lo ha sido.

- CLARA: ¿Tú recuerdas de él cuando muchacho?...
- PETRONA: ¡Como pa no recordar! Esas cosas no se olvidan... Y cuanto más que yo, puede decirse, lo crié, usted sabe... Sabía ser una monada por lo cariñoso y correcto... La finada, que Dios tenga en su santa gloria, tenía una adoración ciega por él... Y lo mismo cuando mozo: lo más serio, lo más atento era. A mí entonces me sabía querer mucho. Y hasta me respetaba, pa qué voy a decir...
- CLARA: ¿Qué vicios tenía cuando muchacho?...
- PETRONA: ¿Vicios?... ¡Ah, malhaya! ¡Ojalá y que todos fueran como él!
- CLARA: Digo... vicios de jóvenes... En fin: gastador, paseandero... mujeriego... esas pavadas.
- PETRONA: Qué esperanza... ¡De adónde! Al contrario, si a la edá en que los mocitos de hoy en día ya están cansados del café y de las carreras (*Es un decir*), o de andar atrás de las malas mujeres... ¡qué! Si es pa jurar que él todavía sabía rezar el “Dios te salve” antes del acostarse... Tranquila podía estar su mama con las sirvientas... no había cuidado. ¡La única novia que le conocimos fue usted! Y eso...
- CLARA: ¿Eso qué?... Habla sin miedo.
- PETRONA: Y... nada. Usted lo sabe mejor que yo, todo lo que hizo la finada pa resolverlo. Que no era él de esos que hoy en día en cualquier esquina no más le toman la palabra a una muchacha. Como decirle, pa que vea cómo era, que en la casa le sabíamos decir que su único vicio era su amigo Pérez...
- CLARA: Ya eran amigos, ¿verdad?... ¿Tú sabes cómo se conocieron?
- PETRONA: Y... ¡cómo iba a ser!... En la calle, en la escuela; no sé; como se conocen los muchachos. Sabían ser amigos en los pupilos y, natural, como lo pasaban siempre juntos, se hicieron tan íntimos. El Pérez ese sí que era el demonio:

peñador, bochinero, sinvergonzote... de todo, perdonando la palabra. La finada no podía verlo por lo diablo. Pa ella, decir “ahí viene Pérez”, era decir “viene mandinga”. Sabía curarlo con agua bendita cuando lo veía.

CLARA: Y cuando salieron de pupilos –claro– seguirían amigos...

PETRONA: Uf, como hermanos. La casa del uno era la del otro. Estudiaban juntos, pasiaban juntos, comían juntos casi siempre y muchas veces hasta dormían juntos... Ya le digo, como hermanos verdaderos. Pero yo, perdonando el agravio, nunca lo pude pasar al otro, usted lo sabe.

CLARA: Sí... y a eso quería ir. Eso quería preguntarte. Ya me había dado cuenta yo hace mucho que tú parece no querer a Pérez. Tendrás tus motivos...

PETRONA: Motivos... en fin, no sabría decir. Yo no sé si lo tomé entre ojos porque siempre me pareció que al fin lo echaría a perder al niño...

CLARA: Pérez era un vicioso, ¿no?... Francamente...

PETRONA: Yo, francamente, vicios no le he conocido, pa qué decir... Pero los tendría nomás, porque era capaz de todo. Déase cuenta: a los diez años, ya sabía fumar; a los once, se escapaba del colegio; a los doce, tocaba la guitarra; a los trece, lo echaron de pupilo por no sé qué “moralidad”; a los catorce andaba por los bailecitos ya; y a los quince, a la criada de la casa le vino un hijo...

CLARA: ¡Ave María!

PETRONA: La verdad, señora. ¡A los quince, déase cuenta!

CLARA: Pero...vicios malos, decía yo...

PETRONA: ¿Cómo malos?... ¿Y eso le parece bueno, entonces?

CLARA: Claro que no... Pero otros vicios, pregunto... ¿No dicen que hay no sé qué enfermedad, o costumbres, o vicios... no sé, entre hombres?... A eso me refería...

PETRONA: ¡Ah!... yo de eso no sé nada... salvo que se refiera a...

CLARA: (*Rápidamente*) ¿A qué? habla...

PETRONA: Al primo de él... uno que le llamaban Lili, que según las malas lenguas, le gustaban más los hombres que las mujeres...

CLARA: ¡Ah!... ¿Tenía un primo así?...

PETRONA: Sí, así era... y más asqueroso...

CLARA: Y él... y Carlos... era... ¿así también? ¿Afeminado, cuando chico?...

PETRONA: ¡Cómo!...

CLARA: Así... que le gustaba las cosas de las mujeres...

PETRONA: Eso sí, pa qué negar... Siempre andaba con muñecas, trapitos y chucherías de las niñas... Güeno: también jué críao por las hermanas y las tías, muy mimoso y pollerengo... Después en el colegio, pareció componerse... y con ese amigo Pérez, se fue olvidando de todo... pero vicios, en fin, porquerías, yo no le he conocido... (*Se oyen voces de Julián y Lola afuera*).

CLARA: Bueno... basta... nada más...

PETRONA: ¿Por qué me hacía esas preguntas?... Hace unos días que todos me averiguan lo mismo...

CLARA: ¡Cómo, todos!... ¿Quién te ha averiguado?...

PETRONA: El niño Julián me preguntó los otros días.

CLARA: ¡Eh! ¿El niño Julián?... ¿Has visto tú algo en el niño Julián que te parezca sospechoso?...

PETRONA: ¿Yo? No... Dios me libre... El es muy hombrecito... pero me preguntó cuando estaba escribiendo ese discurso del padre...

CLARA: (*Suspirando*) ¡Ah!... Por curiosidad sin duda... Bueno,

vete... Lleva eso nomás... (*Petrona mutis por izquierda*)
¡Que no pueda una confiarse a nadie, Señor!... ¡Qué asco!... ¡Qué vergüenza!... (*Aparecen por derecha Lola y Julián*).

ESCENA II

Clara, Lula y Julián

Lola se dirige hacia Clara y la besa. Julián se saca el sobretodo y lo deja, con el sombrero y la vara, en la percha.

- LOLA: ¿Tardamos?...
- CLARA: No, hija mía... ¿Les ha ido bien?...
- LOLA: Lo más bien, mamita... (*Se sienta a su lado*). Nos hemos divertido en grande.
- JULIÁN: ¡Ah! Sí... mucho. Yo, sobre todo.
- LOLA: Claro... Tú...
- CLARA: ¿Qué?...
- LOLA: ¡Cómo iba a divertirse! Si creo que no se ha dado cuenta de nada... Figúrate, mamá... ¡Qué papelón! ¡Ay! Yo estaba sofocada... pico a pico, sin separarse un minuto, con la pavota esa de Cándida...
- CLARA: ¿Ah, sí?...
- LOLA: ¡Los vieras!... Bueno... por algo se llama Cándida... aunque el cándido viene a ser él en ese caso...
- JULIÁN: Ya lo oyes, mamá... ¡No! Si chismosa no es...
- LOLA: ¿Chismosa?... Bah, che... La que dice la verdad no miente... ¡Y por linda que es, al fin!
- CLARA: ¿De modo que te has enamorado?...

JULIÁN: No, mamá... No estoy loco.

CLARA: ¿Loco?... ¿Y tú crees que enamorarse es estar loco?...

LOLA: Tonto... Enamorarse no es estar loco... Es estar... como estás tú. ¡Ah! Mamá... Y abuelita lo ha notado, te prevengo...

JULIÁN: No. A abuelita se lo has hecho notar tú.

LOLA: Bueno... pero lo notó después. Ya te hablará ella (*A Clara*). Estaba lo más escandalizada...

CLARA: ¿Conque esas tenemos?... Bien... Yo arreglaré todo... Ahora hablaremos (*A Lola*). Y tú, a dormir, que has de madrugar para acompañarme a misa.

LOLA: Mamá... si son las nueve apenas...

CLARA: Vete. Tengo que hablar con tu hermano.

LOLA: Hasta mañana. (*Le presta la frente*).

CLARA: Hasta mañana, hija. (*La besa*). Dios te guíe.

JULIÁN: Y no sueñes mucho... (*A Lola cuando va a marcharse*).

LOLA: No... si sueño con ella, va a ser pesadilla... (*Mutis*).

ESCENA III

Clara y Julián

JULIÁN: ¿Tienes que hablarme, dices?

CLARA: Sí... quiero preguntarte algo. Siéntate aquí, a mi lado.

JULIÁN: Vamos a ver (*Pausa breve*).

CLARA: (*Con alguna vacilación al principio*) Tú eres ya un hombrecito...

JULIÁN: Vaya... al parecer.

CLARA: Quiero hablarte seriamente, te advierto.

JULIÁN: Sí, mamá. Habla.

CLARA: Ante todo, tienes que sacarme de una curiosidad. ¿Qué informe es ese que has estado copiando estos días para tu padre?

JULIÁN: ¿Por qué me lo preguntas?

CLARA: Una curiosidad mía. ¿Qué informe es?

JULIÁN: Es un estudio médico legal para un proceso... En fin, cosas de papá.

CLARA: Sí... pero ¿de qué se trata?

JULIÁN: Y de eso: de medicina legal. Se refiere a un crimen. Pero, ¿por qué te interesa?

CLARA: Es un trabajo inmoral, ¿no es así?...

JULIÁN: Inmoral... es decir... científico, en todo caso. Un trabajo científico como cualquier otro. No veo que tenga nada de inmoral. *(Pausa)*. ¿Y era eso todo lo que querías preguntarme?

CLARA: ¿Trata de hombres viciosos, verdad?

JULIÁN: Viciosos, es decir, según: enfermos, más vale; anormales. Es lo que sostiene papá; aunque fisiológicamente fueran normales esos desgraciados, y se considere su vicio como una simple desviación del instinto, eso mismo prueba su anormalidad, y por lo tanto, su relativa irresponsabilidad en ciertos casos, ya que el vicio, como toda aberración, es fatalmente anormal... Pero, no veo en qué pueda interesarte todo esto a ti, francamente.

CLARA: ¡Qué desdichados serán esos infelices!

JULIÁN: Hay que suponerlo...

CLARA: ¡Cuánta piedad, cuánto horror se inspirarán a sí mismos!
¡Desdichados!

JULIÁN: Es decir... eso suponiéndoles conciencia moral, de lo que carecerán probablemente.

CLARA: ¿Tú crees?

JULIÁN: Yo supongo.

CLARA: Es horrible...

JULIÁN: Sí, mamá... Pero... te ruego, hablemos de otra cosa. ¡Si supieras tú todo el asco, toda la piedad, toda la vergüenza –al fin son hombres– que sentía por ellos al copiar el informe! Sólo por ser trabajo de papá pude terminarlo... Ya me imagino toda la repugnancia que sentiría él al escribirlo. Pero, al fin, es obra de piedad humana su defensa...

CLARA: Sí, hijo mío... Sí, tienes razón. ¡Es repugnante, es repugnante todo eso! ¡Ah! desdichados, desdichados... ¡Y pensar en la amargura que sembrarán en sus hogares esos infelices! ¡Pensar en la miseria moral de los hogares en que tales vicios se adquieren! ¡Qué estigma para sus hijos! ¡Qué escuela! ¡Qué ejemplo!... ¡Da horror el pensarlo: la pureza, la inocencia, recibiendo tal herencia!... ¡Oh, no! ¡No puede ser!...

¡No puede ser!

JULIÁN: ¡Mamá!... Pero ¿qué te pasa?... ¡Te exaltas!

CLARA: Sí, hijo mío... ¡Es que es horrible!... ¡Una herencia de vicios, de miserias, de degeneración eterna!... ¡Pobres madres, pobres mujeres, pobres hijos!...

JULIÁN: Me asustas, de veras...

CLARA: No, hijo mío, no... Yo... ¡Yo soy feliz, dichosa!... ¡Por ti! Porque eres bueno, puro... sano... ¡Ah!... ¡Pero me irrita, me subleva pensar en las asechanzas que puede tender el vicio en tu camino!... Pero, dime... ¿Tú has conocido a alguno de esos desgraciados?...

JULIÁN: ¿Yo?...

CLARA: Sí... por ahí... en el colegio... ¿no había ninguno?

JULIÁN: Sí... en todos los colegios hay alguno... en los internados especialmente... Pero... ¿por qué me preguntas eso?...

CLARA: Por nada... por nada... He estado leyendo parte de ese informe... y he tenido miedo... ¿Para qué he de engañarte?...

JULIÁN: ¿Miedo de qué?...

CLARA: De nada... ¿no te digo?... Aprensión nomás... Tú eres un hombre... un verdadero hombre... como yo te quiero... ¿verdad?...

JULIÁN: Pero mamá... No te comprendo hoy...

CLARA: *(Besándolo y acariciándolo)*. Sí... ¡qué tonta soy!... Vaya... Bésame... Besa a tu madre... ¡Ah!... Qué feliz... ¡Qué feliz soy contigo!...

JULIÁN: Te aseguro que me asustaste un poco... Creí que se trataba de algo más grave...

CLARA: No... solo quería verte, hablar contigo, tenerte a mi lado... ¡Así!... Tú no sabes las angustias de una madre pensando en los peligros que rodean a sus hijos... en las miserias de las malas amistades... Pero por ti estoy tranquila... Tú eres bueno, bueno... ¿verdad?...

JULIÁN: Sí, mamá, por ti... *(Lo besa)*.

CLARA: Y ahora, déjame... *(Se levanta)*. Debo escribir unas cartas... Y tú... ¿Tú no has estudiado hoy, no?...

JULIÁN: No he abierto los libros en todo el día... Hasta luego...

CLARA: Hasta luego, hijo...

Mutis Julián hacia el interior. Se oye el timbre de la calle. Clara, luego de arreglarse bruscamente el cabello y enjugarse el rostro, vuelve al escritorio, toma la carpeta de papeles, la cierra y va a colocarla en la biblioteca.

ESCENA IV

Clara y Petrona

PETRONA: *(Por foro)* El mozo del club pregunta si no sabe dónde encontrará al señor a esta hora.

CLARA: ¿Qué quiere?...

PETRONA: No sé... Creo que trae una carta, pero no quiere dejarla.

CLARA: *(Después de una breve vacilación)* Hazlo pasar... *(Mutis Petrona)*.

ESCENA V

Clara y Benito

BENITO: Buenas...

CLARA: Pase. ¿Qué deseaba?

BENITO: Yo, nada. Traía una carta pal doctor.

CLARA: ¿De Pérez?...

BENITO: Sí, señora.

CLARA: Bueno... tendrá que dejarla, porque él no está.

BENITO: A mí me han dicho que la entregue en propias manos.

CLARA: Es lo mismo. Yo soy la esposa.

BENITO: Tanto gusto... pero es la orden.

CLARA: Como guste... Si quiere dejarla, la deja.

BENITO: Y además, tengo de llevar la contestación, tengo. Así que si sabe dónde lo encontraré...

- CLARA: No sé... Él ha dejado orden que si traían una carta de Pérez la dejaran... Pero si usted no quiere...
- BENITO: Perfectamente... Si usted m'ordena que se la entregue, yo se la entrego... perfectamente. Pero reclino las responsabilidades, reclino. Sírvase.
- CLARA: (*Abre la carta y la lee rápidamente*). Está bien... Dígale que él no puede ir, pero que lo espera sin falta ¿Ha entendido?
- BENITO: Perfectamente...
- CLARA: Y si le pregunta... Espérese un poco... (*Abre un cajón del escritorio y le da algún dinero*). Tome. Esto es para usted...
- BENITO: Tantos gracias... (*Lo guarda*).
- CLARA: Si le pregunta algo, usted le dice que estaba el doctor y que habló con él. ¿Entiende?
- BENITO: Perfectamente...
- CLARA: Y ahora, dígame: ¿usted es capaz de hacer un favor?
- BENITO: Yo soy capaz de todo, soy... pudiendo.
- CLARA: Yo le voy a pagar bien, pero usted tiene que decirme la verdad.
- BENITO: Yo no engaño a las mujeres. Puede preguntar.
- CLARA: Dígame... ¿usted es ordenanza del club ese, no?
- BENITO: Es decir... a las veces, porque también sé ser mayordomo y, asigún, secretario. Las voy de todo, las voy. Tanto pa un barrido como pa un friegado...
- CLARA: ¡Ajá!... y... ¿quiénes van a ese club? ¿Qué hacen?...
- BENITO: Y... van los socios, van. Y ahí se reúnen y la parlan... y ... ¡yo qué sé, yo!
- CLARA: ¿Cómo qué sabe? Usted tiene que saber qué pasa allí. ¿Dígame, van mujeres?

- BENITO: ¿Por qué?...
- CLARA: ¿No van?
- BENITO: Vea... (*En actitud de devolverle el dinero*). Permítame, señora... Usted es muy capsiosa, es... Yo no puedo prestarme...
- CLARA: No veo por qué... Yo le pregunto simplemente si van mujeres. Nada más sencillo que contestar sí o no. Con decir la verdad... Supongo que a usted no le vendrá mal ganarse unos pesos...
- BENITO: Es que según y cómo, según...
- CLARA: Pues, diciéndome la verdad. Yo le pagaré lo que quiera.
- BENITO: Señora, yo, por mí, hablaría, ¿sabe?... pero... ¡no! Y últimamente, esas cosas puede preguntarlas a su marido, puede.
- CLARA: (*Un poco violenta, deteniéndolo*) No, no... Permítame. Usted va a hablar, ¿Oye? Siéntese ahí.
- BENITO: No... si estoy bien de parado...
- CLARA: ¡Le digo que se siente! ¿O no oye?
- BENITO: ¡Qué calor!... (*Aparte, sentándose en el borde de la silla*).
- CLARA: Y va a hablar claro. Vea (*Abre el cajón del escritorio*). Aquí hay dinero, le pagaré lo que pida si contesta bien. (*Saca un revólver y lo enseña*). ¡De lo contrario lo voy a hacer hablar yo!
- BENITO: Señora... permítame... Haga el favor de no jugar con eso... (*Aparte*) ¡Qué calor!
- CLARA: Elija usted.
- BENITO: Es que usted quiere comprometerme, quiere.
- CLARA: No tiene nada que temer. Nadie sabrá nada.
- BENITO: Vea, señora... Yo no tengo nada que ver con lo que pasa

allá... Yo cumplo con mi deber, y se acabó... Es que uno tiene que vivir de lo que puede, tiene; y no todos somos manates.

CLARA: Eso no me interesa. Usted va a decirme qué pasa en el club ese; quiénes van; qué hacen ¿Mi marido va siempre?

BENITO: Y... seguro.

CLARA: ¿Y Pérez?

BENITO: Usté me hace hablar, me hace... ¡Vea!

CLARA: Contésteme.

BENITO: Y... más o menos.

CLARA: ¿Pérez vive ahí?

BENITO: Y... natural. Es su casa...

CLARA: ¿Y por qué le llaman el club?...

BENITO: ¿Y?... será porque tiene socios... ativos y pasivos...

CLARA: ¡Eh!... ¿Van mujeres también?...

BENITO: Y... más o menos... En fin, no se qué le diga, no se... Mujeres, alguna que otra bolada. Pero es raro. Anoche estuvo una de gran capelo.

CLARA: Mujeres de mala vida serán, ¿no es así?

BENITO: Y... yo la vida no les conozco la vida.

CLARA: ¿Y qué hacen?

BENITO: ¿Cómo qué hacen?... ¡Cosas de mujeres! Claro, de mujeres de "upa", claro...

CLARA: ¿De upa?... ¿Y qué es eso?

BENITO: Mujeres fallutas, ¡bah!

CLARA: Explíqueme eso.

BENITO: Eh... ¡Hágase la inorante, sí! Hágase...

CLARA: Explíqueme. No entiendo.

- BENITO: Y... mujeres falsificadas, ¿no sabe?... Varones de ambos “sesos”, como dicen...
- CLARA: Pero... de modo que... ¡No! Eso no es posible... ¡Usted miente!
- BENITO: Señora... permítame... Yo no miento nada...
- CLARA: Pero... ¡Dígame! Mi marido... ¿Qué hace mi marido ahí?... ¿Qué hace?...
- BENITO: Y, señora... Son cosas de la vida... ¡Qué va a sorprenderse uno! Cada hombre tiene un vicio, tiene.
- CLARA: Pero mi mari... ¿El doctor a qué va?... ¿Usted lo conoce?
- BENITO: Hace rato...
- CLARA: ¿Y a qué va?... Dígamelo usted. ¿A qué va?... ¿Qué hace él ahí?...
- BENITO: Y... señora... Usted ya me exige cosas que no puedo decir... Aunque las piense, ¿sabe?... El señor Pérez sabrá a qué va... Como van La Juanita y La Princesa... y... todas esas otras...
- CLARA: Entonces... él... el doctor... mi marido también es de esos...
- BENITO: ¿Y?...
- CLARA: Y Pérez... Pérez es... es... diga usted qué es el señor Pérez...
- BENITO: Mire, señora... Ya que me ha hecho hablar... Para mi... el Sr. Pérez ese... es un piernum de la madona... es... A mi me contrató cuando estaba de coscrito... ¡Era un rana!... Conocía a todos los minotauros... del cuartel, conocía...
- CLARA: *(Serenándose, muy fría)*. Está bien. Tome. *(Le da dinero)*.
- BENITO: Yo espero que usted a mí no me comprometa...
- CLARA: Usted se guardará muy bien de decir una palabra de esto a nadie.

BENITO: Descuide ¿Y qué le contesto?

CLARA: Eso: que lo espera aquí ahora, sin falta.

BENITO: Perfectamente... Con permiso... (*Mutis*).

CLARA: (*Con desesperación*) ¡Ah, señor, señor! ¡Qué miseria!... (*Pausa*) ¡Qué asco!... (*Arregla los papeles. Da un nuevo vistazo a la carta y la deja. Va a cerrar el cajón y ve el revólver. Lo toma, pensativa, y luego lo deja y cierra el cajón. Llama. Cierra la biblioteca. Oprime el botón y apaga algunas bujías, quedando la pieza sin más luz que la del escritorio*).

ESCENA VI

Clara y Petrona

PETRONA: ¿Llamó usted?

CLARA: Arréglame la cama.

PETRONA: Está lista.

CLARA: ¿Se han acostado los muchachos?

PETRONA: La niña sí, hace rato. El niño estudia en su pieza.

CLARA: Bien... Puedes cerrar y acostarte. Si llaman abrirá Julián. Buenas noches. (*Mutis*).

PETRONA: Que descanse... (*Al verla marcharse*). Está bueno... (*Golpeándose las narices con el índice derecho y como olfateando*). Aquí pasa algo... No, no me equivoco... (*Mutis por izquierda hacia el interior. Pausa*).

Aparece por foro, y como de la calle, Flórez. Parece preocupado y abatido. Vuelve el botón de la luz y se ilumina la pieza. Deja el sombrero y el bastón en la percha. Luego, lentamente, se quita el sobretodo y lo cuelga. Se acerca al

escritorio y con ademán lento se saca los guantes y los arroja negligentemente sobre aquel, advirtiendo entonces la carta de Pérez. La lee, con alguna sorpresa. Luego llama. Pausa. Se pasea por la habitación.

ESCENA VII

Flórez y Petrona

PETRONA: ¿El señor llamaba?

FLÓREZ: Esta carta ¿cuándo la han traído?

PETRONA: Ahora nomás, hace un momento.

FLÓREZ: ¿Abierta?

PETRONA: Ah... eso yo no sé.

FLÓREZ: ¿La señora se ha acostado?

PETRONA: Creo que no... Ahora iba para allá...

FLÓREZ: Llámela y tráigame café.

PETRONA: Muy bien. (*Mutis*).

ESCENA VIII

Flórez y Clara, luego Petrona

Flórez, solo, se pasea breves instantes. Aparece Clara. Durante toda la escena hablará fríamente, lo mismo que él, pero sin provocación.

CLARA: ¿Qué querías?

FLÓREZ: Acabo de encontrar esta carta. ¿La has abierto tú?

- CLARA: Sí.
- FLÓREZ: ¿Y por qué motivo?... ¿No tengo prohibido que se toquen mis cosas?... ¿O es deseos de fastidiarme?
- CLARA: Absolutamente... Creí que podía ser de urgencia.
- FLÓREZ: Bien. Que esto no se repita.
- CLARA: ¿Sólo para esto me llamabas?
- FLÓREZ: Nada más.
- CLARA: De modo que puedo acostarme... Me siento un poco enferma.
- FLÓREZ: Puedes acostarte. *(Pausa larga).*
Vuelve Petrona con el café. Lo deja y se marcha.
- CLARA: *(Después de que Petrona se ha marchado)* ¿Me has oído?
- FLÓREZ: Qué sí, hombre. Puedes acostarte.
- CLARA: Por lo visto, no te interesa saber lo que tengo siquiera.
- FLÓREZ: Lo supongo *(Revuelve el café y lo toma a pequeños sorbos).*
Lo de siempre. *(Pausa).*
- CLARA: Hasta mañana *(Sin mirarlo, muy fría).*
- FLÓREZ: Hasta mañana *(Mutis Clara).*

ESCENA XIX

Flórez y Petrona. Luego Pérez. Al final Clara.

Flórez, que ha tomado ya el café, parece meditar un instante. Luego, resolviéndose, toma los guantes, el sombrero y el bastón, se arregla y sale lentamente por foro. Hay una breve pausa y reaparece por foro Petrona en busca del servicio de café y se marcha con él hacia el interior. Apenas se ha hecho mutis, reaparece por foro Flórez, acompañado de Pérez.

FLÓREZ: Sí... Allá iba.

PÉREZ: Hombre... Cómo me has hecho llamar...

FLÓREZ: ¿Yo?... Yo no te he hecho llamar... (*Se sientan*).

PÉREZ: Cómo... ¿Pero no me has hecho decir tú que me esperabas?

FLÓREZ: En este instante recibo tu carta. Ahora mismo.

PÉREZ: Pues, ¡buen estúpido es el muchacho ese! ¡Vaya un modo de dar un mensaje!

FLÓREZ: Bien. Eso aparte ¿Qué querías de mí?

PÉREZ: Nada absolutamente: hablar, charlar, nada más ¿Tu gente ha salido?

FLÓREZ: Se han acostado. Clara está un poco enferma.

PÉREZ: Hombre... ¿Qué tiene?

FLÓREZ: Tonterías; ganas de fastidiar.

PÉREZ: Está bueno.

FLÓREZ: Respecto a ti, con franqueza, me extraña este repentino deseo de charlar.

PÉREZ: Hijo... Como saliste anoche así... en esa forma... Yo quería explicarte...

FLÓREZ: Mira... Lo de anoche prefiero que lo dejemos de lado. No comentemos lo que no merece comentario. Por lo demás, es asunto liquidado.

PÉREZ: Está bueno... ¿De modo que liquidado?

FLÓREZ: Absolutamente.

PÉREZ: ¿Y si yo te dijera que es una tontería?

FLÓREZ: Hombre... tú puedes decir lo que quieras... Yo se a qué atenerme. Y... mira: francamente, es mejor que haya sucedido así. Es mejor, por mil motivos.

PÉREZ: Vamos a ver algunos.

- FLÓREZ: Por mil motivos que son inútiles enumerar. Alguna vez tenía que terminar esto... era fatal. Es justo que yo que he sido eternamente una víctima de la fatalidad, la aproveche ahora para libertarme.
- PÉREZ: Está bueno... está bueno. Continúa. (*Arrellenándose en el sofá, cruzado de piernas y mirando hacia el techo*).
- FLÓREZ: Había pensado no volver a verte después de lo de anoche, pero ahora cambié de opinión y, ya ves, iba a tu casa resuelto a terminar de una vez.
- PÉREZ: De modo que lo de anoche es sólo un pretexto...
- FLÓREZ: Pretexto o no, estoy cansado. Esta miseria constante, esta ignominia de toda mi vida, es ya como un dogal que me oprime. Lo de anoche ha servido para aclararme muchas ideas y para hacerme ver hondo en mi propia conciencia...
- PÉREZ: Mira... es mejor que calles. Así... así resultas indigno, francamente, (*Acercándose a él y hablándole casi al oído, pero con voz firme*). Resuellas por la herida... ¡Vaya! ¿O es que ahora vas a sentir celos como... ¡sí! como una mujerzuela vulgar?... Contesta.
- FLÓREZ: Cállate, cállate...
- PÉREZ: No, contesta... ¿O es que nada vale para tí mi amistad de toda mi vida?... ¿O es que quieres olvidar ahora nuestras penas, nuestras alegrías, nuestras... miserias de veinte años?... ¿O es que quieres olvidarlo todo por un incidente vulgar, sin importancia?... Confiesa, confíésalo... ¿Tienes celos?...
- FLÓREZ: Sí... tengo celos... Tengo un asqueroso despecho, que a mí mismo me avergüenza pero que no puedo dominar... este vicio, esta aberración que es ya una segunda naturaleza en mí, empieza a tener su crisis y tú la has provocado... Desde anoche te tengo asco... y me lo tengo a mí mismo... (*Llorando*). Soy un desgraciado...

- PÉREZ: Eres una criatura... Te creía un individuo superior capaz de levantarte sobre tu propia inmundicia... pero te veo empequeñecido como un... como uno de esos otros que tú mismo defiendes en tu informe...
- FLÓREZ: Sí... y eso es lo que me da asco, y vergüenza, y rabia... Vete... y que no te vea más en mi vida...
- PÉREZ: ¡Bah!... ¿Y con eso crearás regenerarte?...
- FLÓREZ: Sí... por mis hijos... por mi hogar...
- PÉREZ: Es tarde... Lo que se recibe con la sangre o se aprende en la niñez no se olvida ni se abandona sino con la muerte... Dejarás de verme a mí, pero no dejarás tu vicio... como yo no dejaré el mío... Y no habremos hecho nada más que cambiar de amante como las prostitutas...
- FLÓREZ: Has envilecido mi vida... mi propia consideración...
- PÉREZ: No, no he sido yo... Han sido sus padres... tus abuelos, tu raza... como tú mismo lo sostienes... Ha sido la escuela donde te educaron, la casa donde te criaron, los parientes que te mimaron... Yo... yo no he sido más que un instrumento de tu depravación, que a no haberlo, no te habría faltado nunca... Porque tu vicio es un mal genético... Independízate de mí y no conseguirás más que difundir tu deshonor... y envilecerte más...
- FLÓREZ: Vete... vete... No quiero oírte más... Soy menos que una mujer...
- PÉREZ: Sí... y así te he conocido y así te conozco... Como a una mujer... (*Apaga la luz del centro*).
- FLÓREZ: ¿Qué haces?
- PÉREZ: Volverte a la realidad de tu propia miseria, de nuestra propia miseria, que está en la sombra... hacerte olvidar de ti mismo, de esa hombría que quieres aparentar y que

no es más que el producto de la luz... Quiero impedir que te veas... que nos veamos...

FLÓREZ: No... vete... vete...

PÉREZ: No, he dicho. No me voy... Quiero verte dócil, como lo has sido siempre, sumiso, femenino, que es tu verdadero estado... así... Que te olvides de que eres hombre y de que sea tu propia infamia, tu dicha en la sombra como es tu verdugo a la luz (*Lo acaricia*). Así... así... como lo eras cuando niño... y como lo serás toda tu vida ya, irredenta, inconvertible (*Se inclina sobre él hasta rozar su cuello con los labios. Junto a la puerta, en la semioscuridad, ha aparecido la figura de Clara. Viste un peinador blanco. Ansiosamente parece inclinarse a oír. A medida que el diálogo parece ir culminando, ella con el brazo extendido, abre suavemente el cajón del escritorio y saca el revólver*). No eres tú... Vuelve a ser el de siempre... (*Se oye un beso largo y lento. Clara, con ademán rápido ilumina la habitación. Los dos, con asombro, quieren incorporarse*).

FLÓREZ: ¡Clara!

CLARA: ¡Miserables!... ¡Asquerosos!... (*Con ademán rápido, irreflexiva, hace fuego sobre ambos. Pérez, herido, retrocede unos pasos. Lanza un quejido apagado y cae*).

FLÓREZ: ¡Clara!... ¡Qué has hecho!... ¡Mujer!

CLARA: (*Con gesto breve y enérgico, como una orden*). ¡Calla!... ¡Has sido tú! ¡Has sido tú!... Toma... (*Le da el arma*). Ahora... ahora te queda lo que tú llamas la última evolución... ¡Tu buena evolución! (*Flórez recibe el revólver instintivamente, casi inconscientemente como si hubiera perdido en ese instante de regreso a la realidad la noción de lo que pasa. Se oye, de adentro la voz de Julián que llama: ¡Mamá! ¡Mamá! Al oírla Clara, insiste con imperio*). ¡Tus hijos!... ¡Pronto!

¡Pronto!... *(Flórez parece reaccionar. Hace un gesto de resolución súbita y sale precipitadamente por foro. Clara cae vencida, desfalleciente en una silla).*

JULIÁN: *(Entra azorado).* ¡Mamá! ¡Mamá!... ¿Qué hay? ¿Qué pasa?... *(Clara se incorpora y corre a abrazar a su hijo como para impedirle que avance. Se oye un tiro afuera por la parte de foro).*

JULIÁN: ¡Mamá!...

CLARA: *(Rompiendo en sollozos sobre el hombro de su hijo).* ¡Tu padre, hijo mío!... ¡Tu padre!...

TELÓN

hacia las cumbres

Belisario Roldán

> **hacia las cumbres**

Comedia heroica en tres actos de Belisario Roldán.
Estrenada en el teatro Nuevo por la Compañía de Pablo Podestá.

1815. La verdad histórica ha sido respetada por el autor en los hechos esenciales y culminantes: su obra no aspira a ser una fotografía sino un cuadro. N.A.

(1915)

PERSONAJES

MARÍA MERCEDES (23 años)

CANDELARIA (negra sirvienta, 65 años)

SEÑORA ESQUIVEL

SEÑORA DE ESCALADA

SEÑORA DE MARÍA

UNA MATRONA

SRTA. DE ÁLVAREZ

SRTA. DE FERRARI

EL CORONEL (60 años)

JOSÉ LUIS, ESPAÑOL (28 años)

EL TENIENTE LAVALLE (23 años)

OTRO TENIENTE

SARGENTO

CABO GÓMEZ

D. EMILIANO

UN PRISIONERO

GRANADERO BALLEJA

SOLDADO 1

SOLDADO 2

SOLDADO 3

SOLDADO 4

SOLDADO 5

Matronas, militares, soldados, civiles, etcétera.

El primer acto transcurre en Buenos Aires; el segundo y tercero, en Mendoza

ACTO PRIMERO

LA ESCENA REPRESENTA LA CASA-HABITACIÓN DEL CORONEL. MUEBLES Y DECORADO DE LA ÉPOCA 1817. PUERTAS AL FONDO Y LATERALES.

María Mercedes, ante un costurero, hace hilas; candelaria, la vieja negra sirvienta, está ocupada en el mismo trabajo, sentada en el suelo.

MARÍA MERCEDES:

(Sin dejar de hacer hilas) De modo, Candelaria, que quieres mucho a mi novio...

CANDELARIA: *(En las mismas condiciones)* ¡Ah!... sí, niña! ... Su mercé no puede figurarse cómo lo queremos todas las negras de la casa... ¡Es tan bueno!... El otro día...cuando usted estuvo enferma... *(Deja de trabajar)*.

MA. MERCEDES: *(Interrumpiendo)* Deshila, deshila. Candelaria, que son más urgentes las hilas que los elogios...

CANDELARIA: *(Hilando)* ...cuando su mercé estuvo resfriada.

MA. MERCEDES: La onza de oro que le regalaste...

JOSÉ LUIS: ¿Te lo dijo?

MA. MERCEDES: Sí... La destinó para la suscripción a favor del ejército...

Es la negra esa que figura en la lista de “La Gaceta”...
¡Pobre Candelaria!

JOSÉ LUIS: ¡Pudo pensar, sin embargo, que esa onza provenía de un español... ¡Cosa de negra!

MA. MERCEDES: ¡No seas exagerado!... Quizá he hecho mal en contarte...

JOSÉ LUIS: No... no le diré nada... pero... *(En ese momento interrumpe el diálogo el Coronel, que aparece por la izquierda. Viste uniforme, sin espalda).*

CORONEL: ¡Amigo D. José Luis!...

JOSÉ LUIS: *(Estrechándole la mano)* Señor coronel... Muy buenas tardes. Se que está usted de viaje muy pronto...

CORONEL: Sí, pasado mañana... Y no son pocas las cosas que tengo que hacer en las 24 horas que me quedan *(A la hija)* Acaban de avisarme de lo de Escalada que las señoras que tuvieron a su cargo la “suscripción del fusil”, van a venir ahora... Quieren explicarme el resultado para que lo transmita al general... *(A Candelaria)* Vamos a ver cómo te sale hoy ese chocolate...

CANDELARIA: ¿Cuántas tazas, señor?

CORONEL: Quince o veinte... *(Sale la negra y se vuelve desde la puerta, después de haber mirado hacia la calle).*

CANDELARIA: Ya empiezan a llegar, señor...

CORONEL: Acompáñalas hasta aquí...

JOSÉ LUIS: *(A María Mercedes, la voz baja)* Preferiría retirarme...

MA. MERCEDES: ¡No!... no sea malo... *(Muy expresiva)* Te pido que te quedes...

JOSÉ LUIS: Bueno, me quedaré... *(Cariñoso)* ¡tirana!

MA. MERCEDES: Gracias, gracias...

Entran tres señoras, ataviadas con trajes de la época. El coronel las recibe afectuosamente. Se dan la mano. Lo

propio hace José Luis, muy ceremonioso. Las señoras besan a María Mercedes.

CORONEL: Bienvenidas a esta casa las ilustres patricias o... matricias, como dicen que las llama Monteagudo...

SEÑORA 1: *(A María Mercedes)* Supe que habías estado en cama...

MA. MERCEDES: Sí... pero no fue nada... un resfrío. *(Ofreciendo sillones)* Aquí van a estar muy cómodas... *(A la Sra. 2)* ¿El capitán Pico está bien?... ¿Ha tenido noticias?...

SEÑORA 2: Sí... Me ha escrito desde Plumerillo... Se queja del frío el pobre... pero está lleno de bríos... Tu papá fue quien me trajo la última carta...

CORONEL: Quedó muy bien el capitán... y en cuanto al frío parece que resultará calor comparado con el que nos espera cuando el ejército avance...

SEÑORA 3: Debe ser un horror esa Cordillera... ¡Pobre soldados!...

CORONEL: Gracias a ustedes irán en mejores condiciones... *(Saludos)* y a las damas de Mendoza que se están conduciendo también en una forma...

Interrumpen, entrando, otras dos señoras, un teniente y dos civiles. Todos se levantan. Los civiles y el teniente después de saludar al coronel, hacen lo propio con las damas que estaban presentes y con José Luis.

CORONEL: *(A los recién llegados)* Tomen ustedes asiento...

RECIÉN LLEGADA 1:

Traigo aquí los detalles de la suscripción, pero faltan algunas señoras... Y si usted nos permite que esperemos.

CORONEL: ¡Figúrese!... Estoy orgulloso de ver honrada esta casa por las matronas que acaban de merecer bien de la patria...

RECIÉN LLEGADA 1:

Poco hemos hecho, en verdad; pero algo es algo... y tenemos esperanzas de seguir adelante con éxito... Hasta

las pobres de solemnidad han contribuido... ¡Era de ver, en el Bajo, una viejecita que quería darnos la única frazada con que cubría su cama... y cuando le dijimos que no, que se iba helar de frío, nos contestó que más frío han de tener los soldados en lo alto de la Cordillera!...

CORONEL: ¡Pobrecita!...

RECIÉN LLEGADA 1:

¿Y el caso del Hospital?... ¿No sabe, coronel?...

CORONEL: No...

RECIÉN LLEGADA 1:

¡Una mendiga que quería darnos sus muletas!... Para algún herido... nos decía; ¡para algún herido que no pueda caminar!...

CORONEL: ¡Qué hermoso!... *(Al teniente)* Usted, teniente, que tiene tan buena memoria no olvide estos detalles para contárselos al general... *(El teniente, cuadrado, hace un gesto de asentimiento)* A él lo conmoverán profundamente... por más que no han de sorprenderlo... *(La señora que está al lado de María Mercedes le ha hablado con voz baja, animadamente).*

SEÑORA 1: *(Suplicante)* Sí... ¡Dígalos!

MA. MERCEDES: Pero si todavía no los sé bien...

SEÑORA 2: ¿Qué cosa?... ¿Los versos?... ¡Ay, sí, dílos, m'hijita!... Todas tenemos curiosidad por oírlos... Dicen que son tan lindos...

MA. MERCEDES: Es que...

VARIAS VOCES: ¡Que los diga, que los diga!...

MA. MERCEDES: La señora de Unquera es quien me acompaña en el arpa...

SEÑORA DE UNQUERA:

(Tomando el arpa) Con mucho gusto... *(Se hace un silencio profundo).*

MA. MERCEDES: *(Al son del arpa)*

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...

Si es el rumbo de tu vuelo
bajo el manso azul del cielo,
ese nevado confín
donde el Ande alza sus galas...
¡Lleva en el piso y las alas
un saludo a San Martín!...

Óyese un murmullo de aprobación.

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...

Di al patriarca generoso
que el corazón sin reposo
de su pueblo le acompaña
y lejos de esa montaña
que alberga al cóndor y a él,
tejen aquí las matronas
para su frente coronas
de rosas y de laurel...

Nuevos murmullos.

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares ...

Dile que nuestras plegarias
se levantan ofrendarias,
y tiene tanto este ruego
de esperanzas y de fuego,
de fe, de luz y de amor,
que si en los Andes ardiera
la nieve se derritiera
de sus rayos al calor...

Otra vez murmullos. Algunos aplausos.

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...

Dile que a un destino mismo
van marchando su heroísmo
y nuestros rezos sagrados,
¡pues juntos, aunque alejados,
el uno del otro en pos
vamos, en teoría extraña
por plegaria y por montaña
acercándonos a Dios!...

Antes de que estalle el aplauso, el teniente, sin poderse contener, da un grito.

TENIENTE: ¡Bravo!... *(Después de nuevas manifestaciones de aprobación, se hace el silencio).*

MA. MERCEDES:

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...

Dile en tu alado mensaje
que, temblando de homenaje,
en las viviendas tranquilas
cantan versos y hacen hilas
las mujeres... Dile, en fin,
que puro, santo, infinito,
de las almas brota un grito,
este grito: ¡San Martín!...

Un vibrante estallido de entusiasmo se produce entre los presentes.

SEÑORA 1: *(Llorando)* ¡Admirable, admirable!...

Algunas damas se acercan a María Mercedes y le dan la mano. Otros la besan.

SEÑORA 2: *(También conmovida)* ¡Llegan al fondo del alma!... *(En los grupos se elogia en voz baja, animadamente).*

CORONEL: (*También conmovido*) Cómo quisiera que los oyera el general. Has de darme una copia para llevarle...

TENIENTE: ¿Y el autor, señorita?... Todavía no sabemos...

MA. MERCEDES: Nadie lo sabe...

SEÑORA 1: ¿Cómo así?

MA. MERCEDES: Le diré... ¡Estos versos han llegado anónimos a manos de Misia Ana Riglos de Irigoyen!... (*Todos miran hacia una de las damas, una anciana*).

SRA. DE IRIGOYEN:

Así es... Un día aparecieron, bajo sobre y sin firma, en el escritorio de mi marido...

SEÑORA 2: Tal vez fray Cayetano...

TENIENTE: No me parece... No es su estilo... Más bien, López y Planes... aunque no... Tampoco deben ser suyos...

SRA. DE IRIGOYEN:

Mi marido dice que no le parecen de ninguno de los poetas que conocemos... ¡Quién sabe! De todos modos, yo estoy encantada de haberlos recibido y sobre todo de haberlos puesto en tan buenas manos (*Mirando a María Mercedes*).

MA. MERCEDES: Muchas gracias...

JOSÉ LUIS: (*A su novia*) Y aunque no fueran tan bellos, lo serían en tus labios...

MA. MERCEDES: No los habría dicho si hubieran contenido algo contra tu España... pero, ¿verdad que no?...

JOSÉ LUIS: No, gracias a Dios... ¡Habría sido tan mortificantes para mí!...

CORONEL: (*A la Sra. de Irigoyen*) Quien no pudo poner su inspiración en mejores manos fue el poeta, señora... Él no ignoraba, seguramente, (*A todos*) que la Sra. de Irigoyen ha ofrecido

todas sus joyas al libertador y se ha hecho cargo de la mantención de dos soldados mientras dure la guerra...

VOCES: ¡Muy bien!... ¡Muy bien!

La Sra. de Irigoyen agradece conmovida, bajando la cabeza.

CORONEL: (*Mirando hacia la puerta*) Están aquí las dos señoras que faltaban... Adelante, señoras... Están ustedes en su casa...

El coronel se adelanta y les tiende la mano; lo mismo hacen los hombres. Deben formarse grupos armoniosos, sin "amontonarse" ni caer en la insoportable vulgaridad del semicírculo.

SEÑORA 2: (*A una de las recién llegadas*) ¡Lo que se han perdido!...

RECIÉN LLEGADA:

¿Qué? (Varias personas la rodean y le hablan en voz baja, señalando a María Mercedes, mientras el Coronel brinda asientos a las otras).

CORONEL: Podríamos ocuparnos ahora del motivo de esta reunión tan agradable...

SEÑORA 1: (*Dirigiéndose a una de las que acaban de llegar*) Misisa María Eugenia (*Esta última, que hablaba con otras, se vuelve*). La Sra. (*Al coronel*) María Eugenia Escalada de María es la encargada de explicar...

CORONEL: (*Haciendo una reverencia*) Encantado...

SRA. DE MARÍA: (*Desde su asiento y poniendo sobre las faldas algunos papeles*) Aquí está todo... y aunque la lista ya ha aparecido en "La Gaceta", queremos que el Coronel transmita los detalles al Señor General...

LA SRA: (*Que antes dio el detalle de la frazada y las muletas*) Ya le hemos explicado algo...

SRA. DE MARÍA: Muy bien. Queremos hacerle saber, ante todo, que nos

hemos dirigido al Gobierno por medio de una nota... la redactó Montegudo. Dice así, en uno de sus párrafos: “Las suscriptoras tienen el honor de presentar a Vuestra Excelencia la adjunta suma de dinero que destinen al pago de fusiles. Cuando el alborozo público lleve hasta el seno de sus familias la nueva de una victoria, podrán decir en la exaltación de su patriotismo: ‘¡Yo armé el brazo de ese valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad!’... *(El coronel se seca los ojos con el pañuelo; algunas hacen otro tanto)*. Dominadas de esta ambición honrosa, queremos que se graben nuestros nombres en la culata de los fusiles que costeamos. Si el amor de la patria deja algún vacío en el corazón de los guerreros, la consideración al sexo será un nuevo estímulo que les obligue a sostenerse. Y si algún cobarde abandonara su arma, habrá siempre una mujer con derecho de reconvenirlo por haber abandonado con esa arma el nombre de la dama que llevaba grabado”... *(Se oyen murmullos de aprobación. Hay una pausa de comentarios en voz baja)*.

CORONEL: Suenen ya, señora, en los labios de usted, los nombres de esas mujeres, dignas de Esparta... ¡Suenen, para que un corazón los recoja y guarde y los deponga mañana, temblando de orgullo y de patria, a los pies del gran americano que va a lanzarse a la conquista de las cumbres!...

SRA. DE MARÍA: Helos aquí, coronel. Nieves y María Eugenia de Escalada, Ramona Esquivel y Aldao, María S. de Thompson, Petrona Cárdenas, Rufina de Orma, Isabel Calvimonte de Agrelo, Magdalena Castro, Ángela Castelli de Igarzábal y Carmen Quintanilla de Alvear... *(Del grupo de hombres salen un murmullo primero y un aplauso después)*.

CORONEL: *(Solemne)* ¡Nombres que no necesito anotar, porque acaban de grabarse para siempre en mi emoción; nombres

dignos de suscribir los pergaminos inaugurales de la república; nombres de mujeres que a fuerza de ser madres de héroes son como las madres de la patria misma!... (*Conmovido*) Los griegos levantaban estatuas a las progenitoras de sus próceres... No sé si las futuras generaciones de esta tierra harán lo propio; pero si allá, en los días del porvenir, hay horas en que la sombra de los varones de hoy se cierna sobre el pueblo libre y feliz, ¡de los labios de esa sombra saldrá para vosotras, señoras, la palabra suprema de justicia!... (*Todas bajan la cabeza, conmovidas*) Y quiero hacer notar, para honor de ella misma, que una de las damas firmantes de la nota y presente aquí, es española... (*Mirando a una de ellas*) ¡Me refiero a usted, noble matrona jerezana, que de tanta elevación de espíritu acaba de darnos prueba, aceptando como suya la patria de su esposo y como ideal de su conciencia, el ideal de la libertad!...

SEÑORA ALUDIDA:

Gracias, señor...

JOSÉ LUIS: (*Avanzando emocionado y después de vencer la resistencia que le opone su novia*) ¡Pues yo pienso –y perdonadme, señoras– que si la actitud de todas vosotras es plausible, no se puede decir lo mismo de la vuestra! (*A la española. Movimiento de asombro*) Habéis olvidado que sois oriunda de España, y que si a los hijos de la madre lejana puede perdonársenos que no la defendamos, no está vedado agraviarla ayudando a sus enemigos...

CORONEL: No esperaba señor, de parte de usted...

JOSÉ LUIS: ¡No ha sido mi ánimo, coronel...

CORONEL: Es que aunque piense usted como piensa, debiera bastarle el hecho de tratarse de una dama para omitir la censura...

JOSÉ LUIS: ¡Pluguírame que en vez de ella estuviese aquí su marido,

que entonces calificara su conducta con la única palabra creada para el caso en la lengua sagrada de Castilla!... (*Sin gritar*).

CORONEL: ¡Señor!

TENIENTE: (*Abriéndose entre las damas y cuadrándose frente a José Luis*) Con permiso, Coronel (*A José Luis*) yo asumo la representación del marido ausente y en su nombre y en el mío, digo a usted señor, que su proceder no es el de un caballero.

JOSÉ LUIS: No más, Teniente... ¡Con eso basta!... y pues no traigo tarjetas, sabed quien soy, que no soy tan solo, a fe mía, el comerciante de Buenos Aires que conocéis: (*Solemne*) ¡José del Gaje y Zamudio, capitán del ejército de Velarde, con la cruz de Fernando sobre el pecho!...

TENIENTE: (*Haciendo el saludo militar*) Y yo, Juan Lavalle, del Ejército Libertador... Está en blanco todavía la página de mi vida; pero habré de llenarla, Dios mediante... y podés cruzar sin mengua, capitán, vuestro acero de Velarde con el mío, que sobre haberse templado en las fraguas de la libertad, ¡está preparado para recibir, en lo alto de las cumbres, el bautismo de luz de las auroras!...

El grupo de damas hace un movimiento de consternación. María Mercedes en brazos de una señora, desolada.

CORONEL: (*Severo*) Teniente... debo recordar a usted que está en funciones militares y no puede desviarse hacia otros rumbos. Una orden del día del general, califica como traición a la patria el duelo frente al enemigo...

TENIENTE: (*Al capitán*) Ya lo oye usted, capitán, deberemos esperar...

JOSÉ LUIS: No tanto como creí, pues antes que en el campo de honor espero encontraros, teniente, en el de batalla... ¡A él me voy!... (*María Mercedes se desprende de los brazos de la señora*).

MA. MERCEDES: ¿Te vas?

JOSÉ LUIS: Sí... Tiempo hace ya que estaba planteado dentro de mi conciencia un conflicto entre el amor y la patria... ¡por la patria me pronuncio y salgo para Chile, que mi puesto está en el ejército de mi Rey, a la sombra de mi bandera y al amparo de mi escudo!... *(A la novia, la voz más baja)* Adiós... Si vuelvo, vencedor o vencido, sabed, María Mercedes, que volveré hacia vos y para vos... *(Al coronel)* Coronel... perdonadme si abusé de vuestra hospitalidad... Señoras: no han de hallar en otro, desusado el patriotismo, quienes tanto lo cultivan entre sí... Teniente: ¡hasta pronto!...

TENIENTE: ¡Quiera Dios que sea cuanto antes!...

Sale el capitán. Desde la puerta, hace una reverencia y se va. Hay un silencio solemne. Las damas rodean a María Mercedes y en momentos en que el coronel se dirige a ella, apresuradamente, María Mercedes sale de entre el grupo.

MA. MERCEDES: ¡No!... No necesito escuchar palabras de consuelo... También dentro de mi conciencia acaba de plantearse el mismo conflicto. De un lado él... ¡y sabe Dios cuanto le amo!... del otro lado la patria, y bien; yo, a mi vez, resuelvo mi conflicto: *(Llorando)* ¡Por la patria! Padre, ¡por la patria!...

CORONEL: *(Abrazándola)* ¡Hija mía!...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

LA ESCENA REPRESENTA LA PARTE MÁS INMEDIATA A LA MONTAÑA DEL CAMPAMENTO DE PLUMERILLO. LOS ANDES ESTÁN AL FONDO. SE VEN TROPAS ARRIBA, ACAMPADAS. GRUPOS DE SOLDADOS DE LAS TRES ARMAS PASEAN; OTROS CONVERSAN, SENTADOS EN EL SUELO. A LA DERECHA, PERPENDICULARMENTE AL PÚBLICO, UNA COMPAÑÍA O SECCIÓN DE GRANADEROS, ESTÁ FORMADA ESPERANDO ÓRDENES. LOS SOLDADOS ESTÁN DE PIE. A LA IZQUIERDA, SENTADOS, EN UN BANCO, HAY CINCO PRISIONEROS ESPAÑOLES; DOS DE ELLOS VISTEN UNIFORME; UNO ES EL CAPITÁN DEL GAJE Y ZAMUDIO. ESTOS PRISIONEROS CONVERSAN ENTRE SÍ.

Unos cuantos de tropa, sentados en el suelo, rodean a un soldado que toca la guitarra, la cual debe sonar mientras se alza la cortina.

UN SOLDADO: *(Al de la guitarra)* ¡Ahora una vidalita!...

VARIOS: ¡Vidalita, Vidalita!...

EL DE LA GUITARRA:

Allá va... *(Cantando)*
Como ya no hay godos
vidalita...
en nuestra frontera,
hoy salimos todos
vidalita
a buscarlos afuera...

VOCES: *(Algunos ríen)* ¡Bravo!... ¡Bravo!... ¡Otra!... ¡Otra!...

EL DE LA GUITARRA:

(Cantando)
Y pega que pega
vidalita,
sabrás el Rey al fin,
que también le llega
vidalita,
a él su San Martín...

VARIOS: ¡Muy bien!... ¡Otra!... ¡Otra!...

EL DE LA GUITARRA:

(Cantando)

Son como montañas,
vidalita,
nuestros grandes viejos:
¡nieve allá a los lejos!
vidalita
fuego en las entrañas...

VARIOS: ¡Una vidalita para el prisionero!...

EL DE LA GUITARRA:

(Cantando)

Vuestro sufrimiento
disipad, señor,
todo nacimiento
vidalita
produce dolor...
Y aunque se taladre
de dolor su entraña
sufriendo está España
vidalita
porque va a ser madre...

Los soldados ríen. En este instante, un teniente aparece por la derecha y el soldado que está junto al cantor se dirige a este último.

SOLDADO: *(Al guitarrista)* Te llama el teniente...

El guitarrista se levanta apresuradamente y mientras los demás hacen otro tanto, recibe una orden que le da el teniente en voz baja y se aleja hacia el fondo. El teniente avanza, paseándose, enciende un cigarro y con tono afectuoso se dirige a un cabo que refriega una mano con otra y golpea los pies en actitud de tener mucho frío.

TENIENTE: *(Al cabo)* ¡Mucho frío, cabo?

CABO: *(Después de saludar)* Mucho, mi teniente...

TENIENTE: Pues entonces, allá arriba va a tiritar... Dicen que esto es una delicia al lado de aquella...

CABO: Aguantaremos... Cuestión de acostumbrarse... Como yo soy de Corrientes no había probado nunca de esto... ¡Es fuerte, caramba!... Los fríos de Buenos Aires ya me parecían insoportables... Pero aguantaremos, mi teniente, aguantaremos... *(Pausa y después de mirar hacia la montaña)* Lo que parece mentira es que la artillería pueda pasar por acá...

TENIENTE: El General ha dicho que pasará... ¡y pasará!... Él no es de los que se equivocan así no más...

CABO: ¡Ya lo creo!... *(Después de otra pausa)* Diga, teniente... ¿Cuándo lo podré ver yo?...

TENIENTE: Al general... ¿para qué?...

CABO: Para verlo no más, pues... Todavía no he podido... El otro día, cuando juramos la bandera en la plaza de Mendoza, creí que por fin iba a poder mirarlo de cerca... pero mi batallón quedó lejos...

TENIENTE: Pasado mañana, cuando estemos cruzando la montaña podrá darse ese gusto, cabo Gómez: como el camino no es derecho y el ejército va a ir subiendo y bajando, será fácil que cuando mire hacia arriba lo vea, negreando entre las nieves su figura de bronce...

CABO: *(Aparte y como hablando consigo mismo)* Y entonces se me va a saltar un montón de lágrimas... *(El teniente se dispone a seguir paseando y fumando)* Otra cosa, mi teniente... *(El teniente se detiene para escucharlo)* Aquel prisionero español... *(Señalando a José Luis)*.

TENIENTE: ¿Zamudio?

CABO: Sí, el mismo... es muy mi amigo... yo supe comprarle mercaderías en mis viajes a Buenos Aires... ¿puedo conversar con él?...

TENIENTE: Sí... vaya no más... (*El cabo se aproxima a José Luis. Este último está abstraído y mira al suelo*).

CABO: (*Sorprendiéndolo*) ¡Amigo don José Luis!...

JOSÉ LUIS: ¡Rafael Gómez!... (*Le da la mano efusivamente*) ¡o lo reconocí en el primer momento... ¡Cuanto gusto de verle!...

CABO: Y yo también mi señor don José Luis, aunque me hubiera gustado encontrarle en mejores condiciones... Lo que es la vida, ¿no?...

JOSÉ LUIS: Así son las cosas... Aquí me tiene de prisionero...

CABO: ¿Dónde los tomaron?...

JOSÉ LUIS: Fue por culpa del guía, primero, y de unos de mis compañeros después. Al guía se le metió entre ceja y ceja que había de llevarnos por Uspallata... Ya nos creíamos en Chile, a pesar de todos los riesgos que habíamos corrido, cuando uno de mis camaradas tuvo la ocurrencia peregrina de sacar de la maleta una bandera española, atarla a una caña que encontró por ahí y levantarla en alto... Y así jinete en su mula empezó a dar fritos patrióticos... No era esta, precisamente, la actitud más indicada estando, como estábamos cerca del enemigo... Una patrulla de ustedes que andaba de avanzada advirtió la cosa, nos alcanzó y nos tomó prisioneros (*Encogiéndose de hombros*) ¡Azares de la guerra!... (*Pausa*) ¿Qué cree usted que harán de nosotros?...

CABO: No se... no tengo idea...

JOSÉ LUIS: (*Señalando a los granaderos*) ¿Por qué está formada desde hoy aquella tropa?...

CABO: Sé que van a recibir una orden del general, pero no podría decirle en que consiste... (*Mirando hacia el fondo*) Allá viene el coronel... quizá sea para eso... (*El Coronel trayendo en la mano una libreta y un lápiz se dirige a los granaderos*).

CORONEL ESCALADA:

Soldados: de orden del general: se necesita un granadero para confiarle una misión de honor en la que arriesgará su vida. Aquel de ustedes que se sienta con fuerzas para ejecutarla... ¡paso al frente!... *(Los veinte hombres como si fueran uno solo, dan paso al frente. El coronel vacila un momento, mirando a todos y por fin señala a uno)* ¡Usted!... *(El aludido da otro paso al frente)* ¿Cómo se llama?

SOLDADO: Miguel Vallejo... *(El coronel apunta el nombre en su libreta).*

CORONEL: ¿De dónde es?...

SOLDADO: De San Luis *(El coronel apunta de nuevo).*

CORONEL: ¿Tiene madre?...

SOLDADO: Sí...

CORONEL: ¿Dónde reside?...

SOLDADO: En San Luis... *(El coronel vuelve a anotar y saca de entre los botones de su chaquetilla un sobre grande).*

CORONEL: Debe usted. entregar esta comunicación al coronel Las Heras y traer el sobre firmado por él mismo. Cuando usted regrese del campamento de Las Heras, entre él y nosotros estará tendida la línea española; pero es preciso que usted regrese. Así lo manda el general. ¿Qué necesita para cumplir esta orden?

SOLDADO: Una guía que me de el rumbo...

CORONEL: *(Señalando a un paisano viejo que está por ahí, sentado en el suelo)* Aquel hombre se lo dará *(El granadero hace el saludo militar y se dirige al viejo con quien habla en voz baja. Ambos miran hacia la montaña entretanto el coronel ha hecho una seña a los granaderos y estos rompen filas. El coronel va a alejarse por el mismo camino que siguió al venir, cuando un soldado que entra apurado por la izquierda*

lo interrumpe y le habla en voz baja mientras los granaderos rompen filas).

CORONEL: *(Al soldado)* ¿María Mercedes aquí?... Pero ¿no te habrás equivocado?...

SOLDADO: No, mi coronel... ¡si la conoceré yo!... *(Mirando hacia la izquierda)* Aquí la tiene... *(Aparece María Mercedes seguida por Candelaria que trae en la mano una gran valija).*

MA. MERCEDES: *(Echándose en los brazos del padre)* ¡Papá!...

CORONEL: ¡Mijita!... ¿Pero quieres explicarme qué significa esto?... ¿Con quién has venido?...

MA. MERCEDES: Con la señora de Esquivel que se ha quedado en la carpa de su marido, un mucamo suyo y Candelaria. *(El coronel mira afectuosamente a Candelaria y la saluda).*

CORONEL: Pero... ¿y a qué?... ¿para qué?... ¡Es una verdadera imprudencia!

MA. MERCEDES: Todo lo contrario, papá. Un viaje divino, lo único que nos preocupaba era el temor de llegar tarde... porque el ejército sale pasado mañana, ¿no es así?... y yo quería llegar a tiempo, no solo para darte un abrazo más... ¡quién sabe cuanto va a durar tu ausencia!... sino también para entregarte *(Señalando la valija)* Las mantas de abrigo que te traigo... Dicen que el frío de la cordillera es horrible... tú me prometiste conseguir un poncho mejor que el que tienes... ¡pero eres tan descuidado!... ¡Ya verás que buenas cosas te trae tu María Mercedes!... Los tíos quedaron perfectamente... Tío Braulio te manda una carta larga... Ahí viene en la valija... Te da noticias del director y de cómo andan las cosas por allá...

CORONEL: *(Burlón)* ¿Y nada más que por eso has hecho este viaje?...

MA. MERCEDES: *(Asombrada)* Nada más.

- CORONEL: *(Siempre burlón)* ¿O por ver a cierto prisionero español que tenemos aquí hace días?
- MA. MERCEDES: *(Profundamente asombrada)* ¿José Luis?...
- CORONEL: *(Tomándole cariñosamente las manos)* No... no lo sabías... tú no eres capaz de fingir una sorpresa como la que acabas de demostrar... *(En este momento José Luis que no había visto a María Mercedes porque daba la espalda la percibe. Hace un gesto de sorpresa profunda mientras el cabo le dice en voz baja cosas que el no contesta mirando a María Mercedes)* Sí, María Mercedes... tu novio está aquí... es nuestro prisionero...
- MA. MERCEDES: *(Anhelosa)* Y ¿qué van a hacer con él?...
- CORONEL: Lo mejor que le podía haber ocurrido es eso, precisamente... No sé lo que dispondrá el General, si dejarlos en Mendoza o llevarlos a retaguardia... porque son varios... También está Don Emiliano, el tendero... y aquel muchacho tan simpático que festejaba a tu amiga Petroncita...
- MA. MERCEDES: ¿Cascallares?...
- CORONEL: El mismo.
- MA. MERCEDES: ¿Y dónde está José Luis?... ¿Tratan bien a los prisioneros?... ¿Podré hablar con él?... ¿Verdad que sí papá?...
- CORONEL: *(Jovial y afectuoso)* ¿Te animas a ejecutar ahora mismo una voz de mando? ...
- MA. MERCEDES: *(Presintiendo algo agradable)* ¡Sí, mi coronel!...
- CORONEL: Bueno... ¡Firme!... *(María Mercedes se cuadra)* Media vuelta, ¡dré!... *(María Mercedes ejecuta el movimiento y se encuentra frente a frente de José Luis que ha avanzando algunos pasos animado por una mirada de inteligencia que oportunamente le dirigió el coronel. Los novios se aproximan con vehemencia. José Luis abre los brazos y María Mercedes,*

cayendo en ellos, llora. El coronel los mira con ternura).

JOSÉ LUIS: *(Muy cariñoso)* ¡Lloras, María Mercedes!...

MA. MERCEDES: *(Después de desprenderse de sus brazos)* Sí, José Luis... una emoción tan grande... tan inesperada...

JOSÉ LUIS: Aquí tienes a tu novio con las alas cortadas... ¡Prisionero!...

MA. MERCEDES: ¿Por qué no creer en el destino?... Yo le había pedido muchas veces a la Virgen que tú no llegaras a Chile... pero no se me había ocurrido esto... que te tomaran prisionero... Papá dice que es lo mejor que podía haberte sucedido... ¿Si yo pidiera tu libertad al general?...

JOSÉ LUIS: Me iría a Chile, caso de conseguirla. No hablemos de ello... y si es verdad como tú dices que el destino interviene en estas cosas, esperemos su última palabra sin abdicar de nada. *(Pausa)* ¡Cuanto te he extrañado, María Mercedes!... ¡Y qué emoción tan curiosa la mía!... Cuando iba hacia el otro lado de la montaña ansiando llegar a ponerme a la sombra de mi bandera y abochornando de no haber corrido antes en su defensa, no me parecía que me alejaba de ti... me parecía que me aproximaba más bien... que acercándome a la patria me acercaba a ti, que yendo hacia ella iba hacia mi criatura amada, que me hacía digno de su amor y mi alma se levantaba más firme sobre sus cimientos morales... ¡Los dos latidos más selectos que pueden agitar el corazón del hombre se confundían en uno solo dentro de mi pecho y mis ojos veían allá a lo lejos, tras de estos montes, como en una constelación nueva, a la patria y a la novia, refundidos en una misma lumbre soberana!...

MA. MERCEDES: ¿Qué noble eres, José Luis!...

JOSÉ LUIS: ¡No hay nobleza alguna en amar a la tierra donde se nació, donde se balbucearon las primeras palabras, donde el espíritu se abrió a las primeras emociones, donde se

recibió el primer beso de la luz y de la madre y donde está sepultados los restos de esa misma madre, bajo la caricia de esa misma luz!...

MA. MERCEDES: Yo te comprendo y hasta te admiro... pero hombres de honor tiene España, que están con los patriotas...

JOSÉ LUIS: ¡Porque no sienten!...

MA. MERCEDES: O porque piensan...

JOSÉ LUIS: Porque piensan... ¿qué?

MA. MERCEDES: ...que los criollos no riñen a tu patria sino a tu Rey... que tenemos derecho de ser libres y que cuando lo seamos, nada nos impedirá querer mucho a esa España tuya, José Luis. Que la libertad tiene que ser un derecho desde que es un instinto...

JOSÉ LUIS: Tú estás llena también, (*Cariñoso*) María Mercedes de esas paradojas...

MA. MERCEDES: Después de tu asunto con el teniente Lavalle, he comprendido que es inútil contrariarte... ¡Qué cosa! ¡Todavía me estremezco al recordarlo!...

JOSÉ LUIS: ¿Sabes que me reconcilié con él?...

MA. MERCEDES: ¿Sí?... (*Gratamente sorprendida*).

JOSÉ LUIS: Sí... Obra de tu padre... Nos abrazamos... Es un hidalgo de pies a cabezas... ¡Bien haya mi España que hasta cuando engendra enemigos los engendra nobles!...

MA. MERCEDES: Es que una causa tan santa no puede tener sino defensores muy buenos... ¡Como me alegro que te hayas reconciliado con Lavalle!...

JOSÉ LUIS: Veo que cada día eres más entusiasta...

MA. MERCEDES: Y tú mismo acabas de explicar como es de sagrado ese entusiasmo...

JOSÉ LUIS: Estoy lejos de reprocharte porque lo sientas... y me

fortalece la esperanza de que dentro de tu espíritu de mujer delicada ha de haberse procedido la misma confusión de sentimientos que se ha operado en el mío...

MA. MERCEDES: Sí, José Luis... siento como tú, aunque no sepa explicarlo tan bien... Y porque veo que si algo muy grande nos aleja, algo muy grande nos acerca; tengo fe en el destino... Habría sido de una crueldad demasiado fuerte que hubieras llegado a batirte contra mi padre... Contra los míos... contra mis entusiasmos...

En este momento, el coronel, que durante el diálogo anterior ha abierto la valija, leído la carta y mirado las mantas, la interrumpe.

CORONEL: Señorita... es tiempo de que pensemos en retirarnos... Me dice Candelaria que van a pasar la noche de hoy en Mendoza...

MA. MERCEDES: Sí...

CORONEL: En casa de unos parientes de la señora de Esquivel...

MA. MERCEDES: Eso es...

CORONEL: Bueno, ya es tiempo de salir. Va ser hora de comer, buscaremos juntos a tu compañera de viaje... Todavía no la he saludado, y yo las llevaré hasta la volanta...

MA. MERCEDES: *(Al novio. Tomándole las manos)* Hasta mañana... Estaré aquí temprano... *(Bromista)* ¡Tengo tantas visitas que pagarle señor cautivo!... Después volveré a la tarde y ya sabré lo que piensan hacer de ustedes... Esto va a ser una romería de señoras y de pueblo que vendrán a despedir al ejército...

JOSÉ LUIS: Hasta mañana, María... Te declaro que en semejantes condiciones aceptaría el cautiverio eterno... *(Al coronel, cuadrándose)* coronel...

CORONEL: Hasta otro momento mi capitán...

Salen por la izquierda María Mercedes, el coronel y la negra. José Luis los acompaña hasta el foro. Simultáneamente entran por la derecha un sargento viejo y tres o cuatro soldados jóvenes.

SOLDADO 1: *(Entrando, al sargento)* Cuéntelo sargento, a estos muchachos.

El cabo Gómez, que conversaba con los otros prisioneros, se acerca a José Luis y hacen rueda con estos últimos para dar a suponer que comentan el feliz encuentro que acaba de tener el capitán, a quien palmean como felicitándolo.

SARGENTO: *(Después de mirar a los soldados)* Pero si estos ya debían ser hombrecitos ese día...

SOLDADO 2: ¿Qué día?

SARGENTO: ¡El día grande, pues!... El de hace siete años, el 25 de mayo...

SOLDADO 2: Sí, ya éramos hombrecitos, pero somos de aquí de Mendoza los tres y nunca hemos ido a Buenos Aires.

SOLDADO 1: Cuéntelo, sargento... *(Cuando el sargento empieza a hablar, los prisioneros escuchan con atención; especialmente José Luis, a cuyo lado está el cabo Gómez).*

SARGENTO: Un día ese, que solo haberlo visto es una gloria... Desde las vísperas estaba ardiendo la muchachada... En la fonda de las Naciones y en el café Catalanes no se podía dar un paso... Todos teníamos nuestra insignia... yo también, ya lo creo... El 22, el niño Domingo...

CABO GÓMEZ: *(A José Luis)* Ese niño Domingo es French.

SARGENTO: ...había pegado el grito: precisamos un distintivo. Dio cintas de colores, y cuando el tendero echó encima del mostrador las que tenía, el niño Domingo alzó en una mano un montón de blancas y en la otra un manojo de celestes y dijo: ¡ya está el distintivo! Celeste y blanca, como se vistieron los patricios del año seis... y fue allí en una

tiendita de la Recoba donde nació esa combinación de colores que va a teñir de argentinos a los abismos y las cumbres y se va a bandear la América rompiendo yugos y haciendo patrias... Y salimos a la calle, enloquecidos, y quien se ponía el distintivo en el sombrero como un penacho, quien en el ojal como una flor, quien lo estrujaba en el puño cerrado como si apretara un pedazo de cielo... Y esa noche en el Teatro hicimos representar a la Roma salvada; y cuando el actor Morante, que hacía de Cicerón, dijo aquello de: “¡Entre regir al mundo o ser esclavos, elegid, vencedores de la tierra!... el niño Juan José...”

CABO GÓMEZ: (*A José Luis en voz baja*) Juan José Paso...

SARGENTO: ...se paró arriba del banco y gritó: ¡Viva Buenos Aires libre!... Y hubo un tumulto enorme, y sonaron pistolazos y los agentes del sordo...

CABO GÓMEZ: (*A José Luis*) El virrey Cisneros...

SARGENTO: ... no se daba cuenta que aquello era demasiado volcán para apagarlo con tan poco agua... y ya el 23 teníamos al Capitán Díaz Vélez haciendo guardia al frente de los Patricios... y todas las combinaciones que se venían inventando para mantener al sordo en el gobierno caían como cohetes en el pueblo... Y cuando llegó el día grande, el 25, no éramos sino cuatrocientos en la Plaza Mayor, pero los cuarteles estaban atestados esperando un grito para echarse a la calle... y se abrieron los balcones del Cabildo... (*En este momento, el coronel aparece detrás del narrador y se detiene... subyugado, oyéndolo*)... y apareció Leiva preguntando qué queríamos. ¡Que caiga Cisneros!, le contestamos; y ellos deliberaban adentro con la sala invadida por los patriotas, y nosotros rugíamos afuera con el alma invadida por la patria; y estaba lloviendo y el cielo era gris, muy gris, ¡como para si dar paso al sol de libertad que iba a salir por una de las

ventanas de aquella casa, el otro sol hubiera preferido esconderse y esperar!...

Los soldados le escuchan emocionados, alguno se seca los ojos. El coronel se aproxima y viendo que el Sargento no puede más, prosigue él en el mismo tono.

CORONEL: Y cayó el Virrey, y salió ese sol... y trescientos años de esclavitud terminaron ese día: y ese sol salió para el bien, para la democracia, para la fraternidad, para ofrecer un refugio futuro a todos los que sueñan y a todos los que aman, para renovar las ilusiones muertas en los hombres de allende el mar que quieran venir a confiarnos el tesoro de sus esperanzas... para el amor, no para el odio; para la luz, no para la sombra; para la libertad, no para el dogal. Y ese sol salió, soldados, y está ahí, eterno como el otro en el corazón de la bandera que habéis jurado y va a alumbrar al mundo pese a quien pese, *(El sargento llora)* porque la espada que lo defiende está en manos de San Martín. ¡Y San Martín va a trepar a las cumbres y el mandoble que venga de las cumbres será capaz de partir en dos la cabeza de los que niegan, si niegan, y traerá en la punta bastante luz del cielo para iluminar la cabeza de los que dudan, si dudan todavía!...

SARGENTO: *(Llorando)* ¡Coronel!...

CORONEL: *(Abrazándole)* ¡Sargento!...

JOSÉ LUIS: *(A sus compañeros)* Estos hombres hablan como dioses...

CABO GÓMEZ: Es que ese fue siempre el lenguaje de los héroes, capitán... *(Interrumpe avanzando hacia el coronel el mismo teniente que apareció en la primera escena de este acto).*

TENIENTE: Coronel...

CORONEL: *(Desprendiéndose del sargento)* ¿Qué hay, teniente?

TENIENTE: Un granadero herido que acaba de llegar, quiere hablar urgentemente con el señor coronel.

CORONEL: ¿Quién es?...

TENIENTE: El soldado Vallejo.

CORONEL: ¡Vallejo!... ¿Lo han puesto en una camilla?...

TENIENTE: No, lo han bajado del caballo; pero él dice que quiere hablar de pie con usted...

CORONEL: ¿Dónde está?

TENIENTE: (Mirando hacia la izquierda) Aquí viene...

Aparece, rodeado de tres o cuatro soldados y un oficial, el granadero Miguel Vallejo. El coronel avanza hacia él. Marcha aquel con dificultad y está profundamente pálido. Tiene en la mano un sobre arrugado y manchado de sangre. Haciendo un esfuerzo supremo, se cuadra ante el general, casi bamboleante.

GRANADERO VALLEJO:

(Al coronel, entregándole el sobre) Cumplida la orden, coronel... (Cae de boca, muerto. Los soldados no dejan que el cuerpo del héroe llegue al suelo. Arriba en la montaña suena un redoble).

TELÓN

ACTO TERCERO

EL ESCENARIO IGUAL AL SEGUNDO ACTO

José Luis, como los demás prisioneros, está sentado en un banco, a la izquierda. El prisionero español que viste uniforme está a su lado y habla con él. José Luis tendrá durante este diálogo una actitud de preocupación y de desdén para su interlocutor. Hay grupos de soldados conversando. Algunos se pasean con el sargento del acto anterior y hablan bajo.

PRISIONERO: *(A José Luis)* No me explico... la verdad... como las charlatanerías de esta gente te han influenciado tanto... Para mí la cosa no tiene vuelta: España descubrió estas tierras y las pobló; luego, son de ella. Y no hay que hacerle... *(José Luis no contesta y hay una pausa)* ¡Cuánto has cambiado desde que salimos de Buenos Aires... Eras el más entusiasta de todos... Tú nos decidiste a emprender el viaje y yo abandoné mi tienda... que, la verdad, me dejaba bastantes ganancias... Nos hablaste de la patria, de nuestro Rey, de la bandera, del escudo... Todos te seguimos, reconociéndote nuestro jefe... Nos atajan en el camino, nos hacen prisioneros, nos toca vivir unos días en el campamento de los criollos... y resulta que se te apagan todos los entusiasmos y te conmueves como una chiquilla con las gazmoñerías patrióticas de esta gente!... ¡Lo que puede una mujer bonita!... *(José Luis hace un gesto de fastidio, se levanta y se pasea)* Anoche nos llegaste a decir que Velarde, ¡nuestro Velarde!, no te parece ahora más grande que San Martín... ¡Es el colmo, hombre!...

JOSÉ LUIS: Te voy a quedar muy agradecido si suspendes tus recriminaciones... Eres un espíritu impermeable, ¡y allá tú! En cuanto a mí, no quiero escucharte más... ¿Has entendido?...

PRISIONERO: Hágase tu voluntad... *(A los otros)* ¡A este ya lo han envenenado!...

El prisionero sigue hablando con sus camaradas en voz baja, mientras el Sargento del segundo acto, rodeado de unos cuantos soldados, inicia con ellos una conversación.

SOLDADO 1: ¿Y el frío no le hará mal, sargento?...

SARGENTO: No... no creo... no hay frío que resista a una marcha apurada... Y para dormir haremos buenas fogatas... Además, la emoción también calienta...

SOLDADO 2: ¿Y no nos trancaremos por ahí?... ¡Por qué mire que atravesar con los cañones por esos caminitos!...

SARGENTO: Atravesaremos no más... A este ejército no lo detiene nadie... El destino lo guía y lo manda el héroe... Atravesaremos... Y cuando pasemos por las hondonadas, parece que los abismos se están llenando de libertad... y cuando andemos por allá (*Señalando*) por los picos esos, que están como pinchando al firmamento, vamos a ir ras con ras del cielo, y si nos descuidamos, muchachos, ¡las bayonetas se nos van a embanderar de sol!...

SOLDADOS 1 Y 2: ¡Lindo!...

SARGENTO: Y cuando volvamos, podremos decir que tenemos derecho de usar al sol en la bandera porque lo fuimos a buscar donde estaba y lo encajamos, quieras que no quieras, en el medio mismo del pabellón...

SOLDADO 1: Da gusto oírlo, mi Sargento ¡las cosas que nos dice!...

SARGENTO: A mí me toca ir a retaguardia... ¡Mi batallón va a ir el último, por orden del general!... Así que vamos a ir viendo al ejército, todo entero, cuando se alce como una cinta subiendo las montañas.

Un grupo de tres personas entra por la izquierda; son el coronel, María Mercedes y Candelaria. José Luis da la mano a María Mercedes y saluda militarmente al coronel. Mientras esto ocurre, el sargento y los soldados hablan en voz baja, se alejan, caminando despacio.

JOSÉ LUIS: (*A María Mercedes*) ¡Buenos días! ¡Qué madrugón!... (*Hace la venia*) ¡coronel!...

CORONEL: (*A José Luis*) María Mercedes tiene una noticia para usted. Supongo que le parecerá agradable... Espero que no será usted mismo un obstáculo para alcanzar nuestros deseos... Converse con ella... Ya nos volveremos a ver... (*El coronel sigue hacia el fondo*).

JOSÉ LUIS: *(A la novia)* ¿De qué se trata, María Mercedes?...

MA. MERCEDES: De tu libertad, José Luis... *(Este último revela una viva preocupación)* Verás... Las señoras de Mendoza, ¡pobres!, se han portado conmigo de una manera... que no hay palabras para decírtelo... Figúrate que, cuando supieron que estabas en el campamento, prisionero, todas se empeñaron en arreglar las cosas... ¡Qué señoras tan buenas!... Primero hablaron con papá y por consejo de él, se dirigieron al mismo general. El general no podía negarles nada... No sé si sabes que esas señoras han donado hasta sus alhajas para aumentar la suscripción... Bueno... El general llamó a papá y lo autorizó a ponerte en libertad, siempre que des tu palabra de honor de no volver a tomar las armas contra los patriotas... *(José Luis no responde)* ¿Qué me contestas?... ¿Será posible que tengas inconveniente? ¿Acaso no has cumplido ya con tus deberes de español tal como los entiendes? ¿Tienes tú la culpa de no haber podido llegar hasta el ejército de Osorio?... *(Pausa y cambia de tono)* Volveremos juntos a Buenos Aires... nos veremos todos los días... tus visitas me ayudarán a esperar la vuelta del pobre papá, que el año pasado tuvo su pulmonía doble y va a pasar ahora fríos tan grandes... y nuestras veladas serán más largas... *(Muy seductora)* Y nos queremos mucho, mucho... *(Pausa)* ¿No me contestas?... ¿Vas a dejar que se malogre todo mi trabajo?...

JOSÉ LUIS: A ti, María Mercedes, te juro desde ahora que no volveré a tomar las armas contra los patriotas... Pero no acepto mi libertad sino solicitada por mí mismo y en las condiciones que expondré al pedirla... No me preguntes más, te lo suplico... Mi resolución es irrevocable...

MA. MERCEDES: No te comprendo... ¿Quieres que te consiga una audiencia del general?

JOSÉ LUIS: No es necesario... puesto que el coronel tiene facultades para proceder, a él voy a dirigirme...

MA. MERCEDES: ¿Voy a hacerlo llamar, entonces?

JOSÉ LUIS: Permíteme que yo elija el momento de hablarlo...

MA. MERCEDES: Es que el ejército va a ponerse en marcha dentro de un rato...

JOSÉ LUIS: Lo sé... No se hable más de ello... por favor... Y está tranquilo: calma tus nervios... Los míos han recobrado todo su equilibrio después de haber adoptado las resoluciones que me dicta mi conciencia de hombre libre...

MA. MERCEDES: Pero ¿cuáles son esas?

JOSÉ LUIS: *(Interrumpiendo)* Te vuelvo a suplicar que no me interrogues más... Déjame decirte solamente que te quiero con toda mi alma, que te admiro... ¡y que te comprendo! *(Durante este diálogo Candelaria conversa en voz baja con algunos soldados).*

MA. MERCEDES: Gracias, José Luis, gracias...

Entrando por la izquierda, interrumpen el diálogo cuatro personas: una señora –la señora de Esquivel– y tres señoritas.

SEÑORA ESQUIVEL:

Buenos días, señor... Ya lo habrá contado María Mercedes cuanto hemos trabajado por usted anoche y hoy... Las damas mendocinas...

JOSÉ LUIS: Lo sé, señora, y no tengo palabras para expresar mi gratitud...

SEÑORA ESQUIVEL:

(Después que José Luis ha hecho una reverencia a las tres niñas, se las presenta) La señorita Mercedes Álvarez... *(José Luis da la mano)* la señorita Laureana Ferrari... *(Ídem)*...

Margarita Corvalán (*Ídem*)... Estas tres niñas también se han empeñado por usted...

JOSÉ LUIS: Gracias, señoritas, gracias... Son ustedes hartoo generosas...

SEÑORITA ALVAREZ:

Nos conmovió tanto la tribulación de María Mercedes...

SEÑORITA ESQUIVEL:

Tomaron el asunto como si fuera propio... Verdad que ellas saben lo que es estar lejos de sus novios, porque Tiburcio Álvarez y Manuel de Olozábal parten con el Ejército...

JOSÉ LUIS: Yo repito que no sé cómo agradecer tanta bondad... Quiera el destino, señorita (*A las dos primeras*) que esos dos patriotas regresen cuanto antes, cubiertos de gloria... para orgullo de su patria y de sus novias.

SEÑORITAS ÁLVAREZ Y FERRARI:

Gracias.

SEÑORITA ESQUIVEL:

Y ahora le quitaremos a usted la suya... Tenemos que ir con ella en comisión hasta la carpa del general para llevarle un último donativo, el de las mujeres pobres de Mendoza, que le han bordado una imagen de Nuestra Señora de las Mercedes... (*La señorita de Álvarez lleva un paquete en la mano*).

JOSÉ LUIS: Como usted ordene, señora... (*Todos se despiden, después que lo hace la señora*).

SEÑORITA ESQUIVEL:

Esperamos verlo al regresar... Hasta dentro de un momento, José Luis...

MA. MERCEDES: (*Tomándole las manos a José Luis, la voz baja*) Quisiera no

separarme ni un minuto de ti, pero no puedo negarme a acompañarlas. Estoy contenta y triste a la vez...

JOSÉ LUIS: *(A María Mercedes)* Debes estar contenta, muy contenta...

MA. MERCEDES: Quisiera estarlo del todo *(A Candelaria, mientras todas marchan hacia el fondo)* Esperanos aquí, Candelaria.

Salen. José Luis queda de espalda al público, mirándolas alejarse. Candelaria se le aproxima.

CANDELARIA: *(A José Luis)* ¡Estoy más contenta, niño José Luis...!

JOSÉ LUIS: *(A su novia)* Vas a saberlo ahora mismo... *(José Luis avanza al medio de la escena, se cuadra y saluda militarmente al coronel. Este hace alto)*. Coronel... Os pido la libertad para batirme por ella... Quiero ser de los vuestros... Vuestros decálogos de redención han tenido la virtud de revolucionar mi conciencia... Me siento ebrio de igualdad... No abjuro de mi patria: abjuro del absolutismo y del dogal... abjuro del monarca disoluto que oprime la libertad en los de afuera, porque no la respeta en los de adentro... ¿Hay en el ejército de los libertadores de América un puesto de soldado para quien fue capitán a las órdenes de Velarde entre los libertadores de España?...

CORONEL: ¡Sí!... *(Al soldado que cuidaba a los prisioneros)* ¡La espada de este prisionero!

El soldado, en medio de un gran silencio solemne, entra a la carpa de la izquierda y aparece con una espada desnuda que entrega al coronel. Este la toma por la punta.

Así como en tu patria arman caballeros en el honor, yo te armo capitán en la democracia. *(El Capitán toma la espada)* ¡Que el alma de todos los que en España se batieron por la libertad, te inspire y te guíe!... Y bien has hecho en sentir como sientes, porque aquel hombre *(Señalando las cumbres)* que va desfilando junto al sol,

aquel hombre sobre cuya cabeza en este momento no está sino Dios y a cuyos pies está el mundo... aquel hombre fue también un soldado de la libertad española... en Bailén se batió, y fue en tu escuela de guerra, y fue, sobre todo, en tu escuela de honor, donde ese hijo de las florestas vírgenes de Yapeyú aprendió cómo se lucha, cómo se triunfa y cómo se muere, si es preciso, ¡por la libertad y por la patria!... Yo te armo Capitán en la hueste redentora, y te afirmo que vas a defender la causa de tu raza, aunque ataques la causa de tu Rey... (Bajando el tono) Sé bienvenido, hijo mío... y si he de caer en esta brega... si esas nieves eternas han de servir de sudario a mi cuerpo viejo y enfermo... que no sea sin que antes (Mirando a la hija, a quien ya rodean las tres niñas y la Sra. Esquivel, que entraron casi junto al batallón) haya envuelto en un mismo voto de ventura, a la hija del coronel y al capitán de Velarde!... (Se abrazan) Y ahora capitán... hacia las cumbres... Soldados: ¡Cara al cielo... mar!...

A una señal de su espada, que desnuda en ese momento, se ponen en marcha. El capitán, a su izquierda. Este último ha saludado a la novia con la espada.

MA. MERCEDES: *(Mientras el batallón avanza, subiendo. Llorando)* ¡En nombre del amor y en nombre de la patria... capitán... ¡bendito seas!

Sus compañeras, cuando el batallón se pierde de vista, la sacan por la izquierda. El desfile prosigue. Ha venido a la escena el sargento del segundo acto con cuatro soldados armados y se ha situado hacia la derecha. Termina el paso del ejército. Solo falta un batallón que va a avanzar más tarde. Óyese, allá arriba, el tambor lejano. De pronto, tras de una cumbre, se ve una claridad, en medio de la cual brillan unas bayonetas. De la montaña baja un grito: "¡Es él!". Este grito es repetido más abajo: "¡Es él!".

SARGENTO: ¡Es él! ¡Va como un águila, por arriba de las cumbres, a desplegar sobre la mitad de la América sus dos alas protectoras!... ¡San Martín! (*Suena en lo alto una precursión del himno*).

TELÓN

el hijo de Agar

José González Catillo

*A Amanda Bello:
Fuerte, leal y abnegada.
Cariñosamente,*

El autor

> el hijo de agar

Drama en 3 actos, en prosa. José González Catillo.

Estrenado la noche del 26 de marzo de 1915 por la compañía de Alberto Ghirardo en el "Teatro Nacional" Buenos Aires.

Los hijos adulterinos, incestuosos o sacrílegos, no tienen, por las leyes, padre o madre, ni parientes algunos por parte de padre o madre. No tienen derecho a hacer. No tienen derecho a hacer investigaciones judiciales sobre la paternidad o maternidad.
Código Civil Argentino, Art. 342

Y él (Ismael, Hijo de Agar) será hombre de fierro; su mano contra todos y las manos de todos contra él, y delante de todos sus hermanos habitará.
Biblia: Génesis, Cap. XVI, Vers. 12

REPARTO

AGAR	Quiroga
MARÍA	Medina
PETRONA	Ferrer
SARA	Argüelles
MARGARITA	Zapata
JULIÁN	Alippi
DR. BENÍTEZ	Quiroga
PADRE ALBERTO	Escarsela
PICAPLEITOS	Zama
CLIENTE 1	Coiro
CLIENTE 2	Fagioli
CLIENTE 3	Bevacqua

La acción transcurre en Buenos Aires. Época actual, 1915.

ACTO PRIMERO

DECORACIÓN: LA ESCENA REPRESENTA EL BUFETE DE UN ABOGADO, ARREGLADO CON UN LUJO SENCILLO Y DE BUEN GUSTO. A LA DERECHA, AMPLIA MESA-ESCRITORIO DE LAS LLAMADAS "MINISTRO", ATESTADA DE EXPEDIENTES, LEGAJOS Y PAPELES. A LA IZQUIERDA, MESITA DE DACTILÓGRAFO CON SU CORRESPONDIENTE MÁQUINA DE ESCRIBIR. SOFÁ, SILLONES Y SILLAS TAPIZADOS DE MARROQUÍ. AMPLIA BIBLIOTECA A FORO. A FORO, DIVISIÓN DE VIDRIERA, A TRAVÉS DE LA CUAL SE VERÁ UN SEGUNDO DEPARTAMENTO, ESPECIE DE VESTÍBULO DEL BUFETE, CON UNA PEQUEÑA MESITA Y JUEGO SENCILLO DE SILLAS.

EN LAS LATERALES DERECHA E IZQUIERDA, PUERTAS PRACTICABLES QUE CONDUCEN A LAS OTRAS OFICINAS. EN LA PUERTA DE DERECHA HABRÁ UNA PLACA DE BRONCE QUE DIRÁ "PRIVADO", Y EN EL DE LA IZQUIERDA OTRA QUE DIRÁ "DR. BENÍTEZ". ES DE DÍA, ENTRE LAS 4 Y LAS 5 DE LA TARDE. DERECHA E IZQUIERDA SON LAS DEL ESPECTADOR.

ESCENA I

Agar y luego Picapleitos

Al levantarse el telón aparecerá Agar, frente a su máquina, simulando que copia un escrito. Una buena pausa. Entra Picapleitos, procurador del estudio, por el foro. Deja un sombrero en una percha de pie que habrá en la división y el fondo.

PICAPLEITOS: *(Con un rollo de papeles debajo del brazo y dirigiéndose a Agar)* Buenas tardes, señorita...

AGAR: Buenas tardes, señor...

PICAPLEITOS: ¿No ha venido todavía el doctor Benítez?

AGAR: Sí, señor.... Pero salió... Debe estar en los Tribunales...

PICAPLEITOS: ¡Ah...! Entonces, allí lo encontraremos... Porque me mandó a buscarlo don Julián... ¿Tiene ya copiado ese escrito de la Sucesión, González...?

AGAR: *(Buscando entre los papeles que tiene en el cajón)* Sí, señor...
¿Lo quiere...?

PICAPLEITOS: Sí... lo está esperando el doctor... Este es un asunto morrocotudo en el que vamos a ganarnos una punta de pesos de honorarios con el doctor...

AGAR: *(Se lo da)*. Aquí está.

PICAPLEITOS: *(Mientras lo examina vagamente y lo ordena por páginas)* Ya lo creo... Un italiano millonario, que murió dejando toda su fortuna a la viuda... Y ahora le aparece una punta de hijos... artificiales... El caso de Iturraspe, que tampoco dejó sucesión legítima y se presentaron a la testamentaria cuarenta y cuatro adúlterinos... ¡Ni que los sembrara el loco...! Bueno... Hasta luego... Me está esperando el doctor. *(Da la mano a Agar, que le extiende displicente la suya)* ¡Pero qué linda mano...! Si cada vez que las veo revoloteando sobre el teclado, me siento medio poeta, y se me hace que son de mariposas picoteando flores que fueran letras, ¡eh...!

AGAR: *(Sonriendo)* Mire que lo está esperando el doctor...

PICAPLEITOS: ¡Ajá! Es verdad... Bueno: hasta luego... *(Yéndose)* Un asunto “morrocotudo” el del italiano... Ya lo creo...

Se va por foro. Antes de terminar esta escena habrán aparecido en la división del fondo María, madre de Agar y Petrona, señora anciana, de humilde condición y madre de Margarita)

ESCENA II

Agar, María y Petrona

AGAR: *(Viendo a su madre)* ¡Ah! Mamá... pase... Adelante doña Petrona. *(Saludando con un beso a María y dando la mano)*

a *Petrona*) Cómo está, señora... Tomen asiento... El doctor no ha venido todavía...pero no tardará... Está en los Tribunales.

MARÍA: ¿Le has hablado ya del asunto...?

AGAR: Sí... Y me ha prometido ocuparse de él... o, por lo menos, dar su consejo sobre lo que se debe hacer. (*A Petrona*) ¿Y Margarita?

PETRONA: Ahí está, en casa... Desesperada... ¡Qué infamia, Señor...!

AGAR: Y qué le va a hacer, ahora... Hay que tener paciencia... Después de todo, la culpa...

PETRONA: Sí, es de ella, de ella nomás... ¡Pero será tan injusta la vida que todas las culpas de amor ha de pagarlas la mujer solamente...! ¡Crear en ese canalla...!

AGAR: Así es, señora... Pero no hay que desesperar, todavía... Acaso se arrepienta... Tal vez se le pueda obligar...

PETRONA: (*Lloriqueando*) ¡Pobre hija mía...!

MARÍA: (*Por cambiar de tema*) ¿Pero le has contado al doctor toda la historia...? ¿Conoce bien el asunto...?

AGAR: Sí... le he referido lo que sé... lo que podía referirle...

PETRONA: ¿Y qué ha dicho...? ¿El doctor cree que se le puede obligar a casarse...?

AGAR: Tanto no me he aventurado a preguntarle... Necesita antes conocer detalles, estar en antecedentes sobre el... el hombre ése... Para ser franca, le diré que, al principio, hizo un gesto de desconfianza... Así como quien no encuentra una solución inmediata... Y agregó entre dientes: “la historia de siempre”... Pero luego, al indicarme la necesidad de que viniera usted, me dijo que haría todo lo posible por arreglarlo...

MARÍA: ¡Oh! El doctor es muy bueno... y la quiere mucho a Agar... Si lo ha prometido, lo hará...

AGAR: Eso sí: es muy caballero y muy amable. Además, el socio (*Indicando la puerta de izquierda*), el doctor Benítez, es muy bueno, también, y él estaba presente cuando yo le hablé del asunto a don Julián... Y también prometió ocuparse... Es un señor muy bueno...

PETRONA: Dios quiera que sea así...

Aparece por foro el doctor Benítez. Deja su sombrero en la percha y entra a escena.

AGAR: (*A su madre*) El doctor Benítez.

ESCENA III

Agar, María, Petrona y Dr. Benítez

DR. BENÍTEZ: Buenas tardes... (*A Agar*) ¿Ha llegado ya Julián...?

AGAR: Aún no, doctor... Mandó a preguntar por usted hace un momento. Está en los Tribunales...

DR. BENÍTEZ: ¡Ah! Sí, ya estuve con él... (*Por María y Petrona*) ¿Las señoras desean...?

AGAR: Mi mamá, doctor... Y la señora... una amiga... la madre de la joven de quien le hablé al doctor...

DR. BENÍTEZ: Es verdad... Tanto gusto, señora... (*Da una mano a María y a Petrona*) La señorita ya nos habló del "caso"... Un caso corriente, por cierto... pero tomen asiento... Ahora nomás debe llegar el Dr. Ortiz... Entretanto, pueden explicarme a mí el asunto...

PETRONA: Como usted ha dicho, doctor: desgraciadamente, un caso vulgar... Mi hija era empleada del Bazar de... ese señor... como cajera... Son tres socios. Como el más joven de ellos era el encargado de los libros, estaba siempre en

comunicación con él... Y como él demostraba muchas simpatías por ella... no tardó en creer la desgraciada en que aquellas simpatías eran sinceras... ¡Como si un patrón rico y orgulloso fuera a casarse con una empleada, con una cajera, pobre como mi hija...!

DR. BENÍTEZ: Suele suceder con frecuencia, sin embargo...

PETRONA: Sí, en las novelas... Si a mí me hubiera dicho la infeliz que tenía esas relaciones tal vez las cosas hubieran marchado por distinto camino... Pero ya sabe: las muchachas de hoy creen saberlo todo y obran por su propia voluntad... ¡Así las pagan...!

DR. BENÍTEZ: Pero... el señor ése... ¿Le dio palabra de casamiento...?

PETRONA: Sí. Por lo menos así lo dice ella... Pero en casa nunca estuvo...

DR. BENÍTEZ: ¿Conserva su hija alguna carta de él en que manifieste esa promesa...?

PETRONA: Ninguna, doctor... Bien se cuidó de ello el muy... sinvergüenza...

DR. BENÍTEZ: ¿Y cuánto tiempo hace que su hija se convenció de... de la perfidia del caballero...?

PETRONA: Desde que las cosas no tuvieron remedio ya, doctor... como sucede siempre... Primero le prometió que iría a casa a hablar conmigo... luego, y después de mil embustes, que se casaría pronto... Más tarde, que esperaba solucionar un negocio... y así, hasta que el mal cobrara formas y la vergüenza y desesperación se iban apoderando de la muchacha... Hasta que lo supe yo... Entonces, el muy canalla propuso una solución...

DR. BENÍTEZ: ¿El concubinato...?

PETRONA: No... no, señor... El crimen, la canallada suprema, que mi hija rechazó indignada... Las cosas no podían

continuar así, y resolví intervenir yo... Inútilmente... Hasta ahora no he podido encontrarme con él... La muchacha tuvo que abandonar el empleo y cuantas veces fui en su búsqueda se me dijo que estaba de viaje... y se me negó el domicilio... Pero yo sé, me consta que está en Buenos Aires... ¿Qué dice usted doctor...? ¿Se podrá exigirle judicialmente que cumpla su promesa...? ¿Que repare el mal hecho a esa infeliz...?

DR. BENÍTEZ: Señora... Francamente, el caso, no obstante su vulgaridad, es demasiado escabroso para darle una respuesta categórica. Estos asuntos regularmente escapan a las sanciones del código... Todos los días, y por centenares, los abogados tendríamos asuntos de esta naturaleza que, por otra parte, no tienen más que dos soluciones, las dos indignas de ser aconsejadas: o la mancebía o el crimen, como usted dice, salvo el caso de resignarse a las consecuencias naturales, que es la solución corriente y fatal.

MARÍA: ¿Pero no se le puede obligar a casarse, señor...? ¿A cumplir con su palabra...?

DR. BENÍTEZ: La palabra se la lleva el viento, señora, como se dice... Por otra parte, la promesa no es más que verbal, según lo expresa la señora... Y con negar... todo está resuelto. ¿Qué edad tiene su hija...?

PETRONA: Veintiún años, señor...

DR. BENÍTEZ: Hasta eso la pierde... No es una niña. Ha habido concurrencia de voluntad, desde que ella sostenía amores con el sujeto. Por lo demás, nuestra legislación no provee, como en algunas otras, el caso de la promesa de matrimonio; y, finalmente, ni siquiera se le puede demandar por filiación natural, o sea, reconocimiento del hijo... porque no hay pruebas... Quien niega su promesa de matrimonio con mayor razón negará su paternidad... De modo...

- PETRONA: De modo que es caso perdido. Doctor... que no hay más remedio que eso... que eso que usted ha dicho... Y que los hombres pueden seguir engañando mujeres y llenando el mundo de espurios y desgraciados, impunemente, sin ley, ni moral ni nada que les castigue o los condene...
- DR. BENÍTEZ: Fatalmente; así es, señora. Pero no hay que desesperar. Todavía puede hallarse remedio. Mi socio puede que tenga una idea salvadora. Además, nada se pierde con intentar algo, escribirle siquiera. Tenga paciencia.
- PETRONA: ¡Oh! Señor... Demasiado francamente me ha hablado usted para abrigar esperanza alguna todavía. Ya me lo presumía... Ella, ella solo tiene la culpa... y la pagaremos...
- DR. BENÍTEZ: Qué remedio, señora. La mujer está sola frente a la sociedad... Y más de uno, y de ciento son los problemas a resolverse en esta situación desventajosa de la mujer en una vida... Llena de deberes y falta de derechos. Víctima de todos los prejuicios e inhabilitada para toda libertad...
- MARÍA: ¡Oh! En mis tiempos...
- DR. BENÍTEZ: En sus tiempos, señora, debía suceder lo mismo o peor. Porque no en balde se progresa algo... Diga usted que quizás, entonces, era otra la moral de los hombres y otra muy distinta la libertad de las mujeres... Pero su situación es la misma... Hoy es necesario educar a la mujer antes de lanzarla a la vida, y ya que no se pueden crear leyes que la amparen y la defiendan, ni impedir que haya morales estrechas y conciencias criminales...
- PETRONA: (*Casi con desesperación*) ¿Pero, y el niño, doctor...? ¿Y esa criatura infeliz...? ¿Qué será de ella...? Cómo puede nacer, vivir, crecer así, señor...
- DR. BENÍTEZ: Ahí, señora, ahí está el mal. Ese es, precisamente, el mayor y más grave de los problemas a resolver con el de

la situación de la “mujer sola”. Como usted misma dice, el mundo está lleno de espurios y de bastardos... Y eso no impide que la caravana de los desgraciados aumente cada día sin que lo eviten ni los hombres ni las leyes ni las religiones ni las morales en boga... El amor, contra todos los optimismos sentimentales, es un deseo y su peor consecuencia, su satisfacción. Sería el caso de legislar el amor... y como usted comprenderá, eso no se legisla.

PETRONA: ¡Desgraciada...! Cuántas veces le he dado mis consejos... Inútilmente...

Aparecen por foro Julián, el Padre Alberto y Picapleitos.

DR. BENÍTEZ: Bien, señora... No hay que desesperar todavía. Ahí está mi socio. Es posible que él encuentre remedio fácil a todo esto.

MARÍA: Dios lo quiera, doctor...

ESCENA IV

Dichos, Julián Padre Alberto, Picapleitos

Julián entra acompañado del Padre Alberto y de Picapleitos. El Padre Alberto es un sacerdote de edad avanzada ya, tío de Julián. Julián, el tipo del abogado joven, distinguido, elegante y simpático.

JULIÁN: *(Saludando)* Buenas tardes.

MARÍA y PETRONA:

(Que se habrán puesto de pie. Humildemente) Buenas tardes...

DR. BENÍTEZ: *(Al Padre Alberto)* Buenas tardes, padre. ¿Cómo está usted? *(Dándole la mano)* ¿Qué de bueno le trae por acá?

JULIÁN: A visitarnos...

- P. ALBERTO: No a visitarlos. A sermonearlos. En seis meses ni una letra que me diga algo de ustedes... Haraganes.
- DR. BENÍTEZ: Por mí no puede ir eso, padre. Yo le he pedido a su sobrino, día por día, le enviara mis recuerdos. Pero por lo visto...
- P. ALBERTO: El segundo, no mentir. Ya lo saben ustedes.
- DR. BENÍTEZ: ¿No mentir o no jurar su santo nombre en vano? ¿Cómo es la cosa?
- P. ALBERTO: Es lo mismo. La mentira es una ofensa directa a Dios... Y en este caso también al padre Alberto...
- JULIÁN: ¡Qué tío!... Pero pase, padre. Mi despacho es éste.
(Indicando la puerta de la derecha)
- P. ALBERTO: Pasaremos... Pero ya sabes que debo ir al Metropolitano antes de las 6. *(Se dispone a pasar)*.
- DR. BENÍTEZ: *(Al P. Alberto)* Con permiso, padre... Julián: la señora es la mamá de Agar que viene por el asunto de esa señorita de que te habló...
- JULIÁN: ¡Ah! Tanto gusto, señora.
- MARÍA: Mi amiga, la señora Petrona...
- JULIÁN: *(Saludando)* Servidor, señora... ¿Usted es la madre de la joven?
- PETRONA: Sí, doctor... Pero si está usted ocupado...
- P. ALBERTO: De ninguna manera, señoras. Mi visita no tiene nada de apremiante. Pueden, por mí, conversar no más... Yo tengo tiempo.
- DR. BENÍTEZ: Yo ya he hablado al respecto con las señoras, y les he dado mi opinión... pero puedes oír las, y veremos. Tú tal vez encuentres alguna solución.
- JULIÁN: No estará nunca de más, a pesar que lo que diga mi socio, tiene que ser también mi criterio.
- PETRONA: Entonces, señor...

DR. BENÍTEZ: Vamos, señora. He dicho a usted que no hay que desesperar. Mi juicio no ha sido más que un modo de ver las cosas. Escúchalas... Yo me quedaré aquí con el Padre Alberto.

JULIÁN: Bien. Tengan la bondad de pasar.

PETRONA: Como guste doctor. *(Siguiendo a Julián)* Con permiso, señores.

JULIÁN: *(Al P. Alberto)* Un momento, tío...

P. ALBERTO: Atiende, atiende muchacho... *(Se van Julián, Petrona y María por derecha)*

ESCENA V

Agar, P. Alberto, Dr. Benítez, Picapleitos

Agar se habrá puesto a escribir a máquina continuando su trabajo, consultando algo con Picapleitos, que estará a su lado.

DR. BENÍTEZ: Pero tome asiento, padre... Cuéntenos algo de su vida... ¿Cómo va aquello?

P. ALBERTO: Lo mismo que siempre, Doctor. Usted sabe lo que es esa vida de provincias. Bien se pueden pasar años sin encontrar novedad alguna digna de ser referida. Al fin concluye uno por aburrirse de tanta monotonía y se larga a marearse un poco en este maremágnum de la gran ciudad.

PICAPLEITOS: ¿Conque también a usted le gusta echar su cana al aire, padre?

P. ALBERTO: Según y conforme se echen esas canas... Porque, por lo visto, hay bastantes medios depilatorios en ese sentido, ¿no?

- PICAPLEITOS: No se ofenda padre... Tratándose de un sacerdote como usted, inútil es agregar que debe ser a la eclesiástica.
- P. ALBERTO: ¡Vamos! De esa manera acepto la figura. Todavía no hemos llegado a un olor de santidad tal que nos momifiquemos en provincias...
- DR. BENÍTEZ: Esa es la verdad. Y usted no está tan viejo todavía como para renunciar a ciertas satisfacciones de la vida... ¿Y por mucho tiempo, padre?
- P. ALBERTO: Si es posible, definitivamente.
- DR. BENÍTEZ: ¡Vamos! Tanto gusto. Ahora no nos podrá reprochar usted nuestra haraganería. Ya le veremos más a menudo.
- PICAPLEITOS: Y nos confesaremos también.
- P. ALBERTO: ¿Confesar a usted? Dios nos libre... ¡Confesar a un procurador!
- PICAPLEITOS: ¿Por qué?... ¿Un procurador no tiene perdón de Dios?
- P. ALBERTO: No lo digo, por eso... El perdón de Dios es infinito... ¿Pero qué mortal habrá capaz de creer a un procurador, Señor de los Milagros?... ¿Y con qué objeto se confesará un procurador, si no in artículo mortis?...
- PICAPLEITOS: In articulus matrimoniales, pues, padre... Porque sabrá usted que me caso...
- P. ALBERTO: ¿Usted? ¿Casarse?... ¿Y contra quién, señor?
- PICAPLEITOS: Contra esta preciosura, Padre, que es como tomar la primera comunión.
- P. ALBERTO: ¿Pero es verdad eso?
- DR. BENÍTEZ: No le haga caso, padre... Son locuras de este botarate.
- PICAPLEITOS: Locura, sí. Porque el matrimonio no es más que un disparate. Pero es la verdad. Y, si no, pregúnteselo usted mismo padre.

P. ALBERTO: ¿Pero es verdad, tanta tristeza? ¿Qué dice usted a esto, señorita?

AGAR: *(Sonriente)* Así lo dice él, padre. Pero como usted lo ha dicho, el señor es procurador.

P. ALBERTO: *(Riendo)* ¡Vamos! Debí haberlo advertido. Cosas de leguleyo. Mentira pura.

PICAPLEITOS: Me ha reventado la señorita Agar. Y yo que esperaba confesarme por ese medio.

P. ALBERTO: ¿Agar ha dicho usted?

PICAPLEITOS: Sí, Agar. ¿Verdad que es un bonito nombre, padre? Parece nombre italiano, ¿no?

P. ALBERTO: No. ¡Qué italiano! Egipcio. Y de muy alta significación bíblica. Seré curioso. ¿Sus padres son judíos, señorita?

AGAR: No, padre. Mi abuelo era esclavo. Y sin duda él aconsejó que se me pusiera ese nombre. Porque él fue mi padrino.

P. ALBERTO: ¿Y sabe usted a quién corresponde el nombre que lleva?

AGAR: No, padre. Nunca lo he podido saber. Ni lo que significa tampoco.

P. ALBERTO: Pues se lo referiré a usted. Siempre es interesante conocer el origen o la etimología del nombre que se lleva.

AGAR: Se lo agradeceré, padre.

PICAPLEITOS: Vamos a ver. Yo soy loco por todos esos cuentos árabes.

P. ALBERTO: No diga usted disparates, hombre. Pues Agar fue una esclava egipcia del patriarca bíblico Abraham, fundador del pueblo elegido del Señor. Como Abraham no tuviera sucesión legítima con su mujer Sarah, el Señor permitió a Abraham haberla con Agar.

PICAPLEITOS: ¿Qué bolada no?

P. ALBERTO: Vamos, señor... Un poquito de respeto.

PICAPLEITOS: No, padre. Si fue un breve comentario, no más.

DR. BENÍTEZ: Bien. Deja los comentarios.

P. ALBERTO: De esta misión ilegítima de amo y criada, autorizada por Jehová, nació un hijo, Ismael, que quiere decir “concedido por Dios”.

PICAPLEITOS: Hombre... ¡Qué raro!, ¿no? Yo tengo un amigo procurador que se llama Ismael también. Y el loco ese en lugar de ser una concesión de Dios es un verdadero presente griego.

DR. BENÍTEZ: Continúe, padre.

P. ALBERTO: Y bien, Como Agar, enorgullecida por esta gracia se rebelara contra su propia ama, Abraham se vio obligado a expulsarla de su casa, bajo la promesa del Señor de obtener sucesión con Sarah. Agar huyó al desierto, pero, cuando, abrumada por el dolor y el cansancio se disponía a morir de abandono y de sed, un ángel del Señor, apareciéndose, le dijo estas palabras, más o menos:

Vuélvete a tu señora y ponte sumisa bajo su mano. Tendrás un hijo que se llamará Ismael, y será hombre fiero. Su mano estará contra todos y las manos de todos contra él. Pero él, habitará delante de sus hermanos.

Con lo que, sin duda, quiso decir el Ángel que los hijos, sean de quien sean, obra son del Señor. Y merecen la protección de sus padres y la consideración de sus hermanos.

DR. BENÍTEZ: Hermoso símbolo.

PICAPLEITOS: ¡Eh, Doctor! Qué alegato para el asunto ese del italiano que tiene como veinte y cinco Ismaeles.

P. ALBERTO: No lo tome usted a broma. ¡Irreverente! Bien puede servir de modelo a los códigos de ahora, lo que es la ley de las leyes.

PICAPLEITOS: No. Si precisamente es lo que sostengo.

- DR. BENÍTEZ: En efecto. Bien se puede poner como modelo ese caso a nuestra legislación civil padre, que desconoce a los hijos adulterinos hasta el derecho de averiguar quiénes son sus padres.
- P. ALBERTO: Una aberración en este siglo de igualdades y derechos.
- PICAPLEITOS: Y sobre todo cuando hay una punta de millones de herencia, como en el asunto ese del italiano, en el de Iturraspe, en el de Garrigós y en el de tantos otros.
- P. ALBERTO: Siempre ha de salir usted con su maldito afán de leguleyo. ¡Por algo le llaman a usted Picapleitos!
- PICAPLEITOS: Y que quiere, padre. Debe ser ese también un nombre bíblico.
- P. ALBERTO: ¡Pua! Qué hombre señor. (*A Agar*) Pues ya lo sabe usted señorita. Tiene usted, a parte de un bello nombre, un nombre bíblico de hermosa y humana significación.
- AGAR: Tantos gracias, padre.
- PICAPLEITOS: Pero, Dios quiera, que no le suceda a usted lo que a su homónima. ¡Porque hoy está frita! (*Benítez ríe*)
- P. ALBERTO: ¡Pero hombre de Dios! Se va a usted a callar la boca, ¡Sacrílego!
- PICAPLEITOS: Pero, padre... Si es una observación simplemente juiciosa, aunque no tenga nada de bíblica.
- P. ALBERTO: Bueno, bueno, bueno. Basta, por Dios. No se le puede oír a usted. Ahí sale Julián. Afortunadamente.
- DR. BENÍTEZ: ¡Qué padre Alberto!
- PICAPLEITOS: (*A Agar*) Está visto. Estos curas todo lo toman por el lado apostólico. Miren que venirle a usted con esa macana.
- AGAR: Cállese, pues. (*Aparece por derecha Julián, María y Petrona*)

ESCENA VI

Agar, P. Alberto, Dr. Benítez, Picapleitos, Julián, María y Petrona

P. ALBERTO: ¿Terminada la consulta?

JULIÁN: Ya. ¿Y ustedes? ¿Han charlado mucho?

PICAPLEITOS: Algo. El padre nos estuvo leyendo la biblia todo este tiempo.

P. ALBERTO: Y usted comentándola con sus malos chistes.

MARÍA: *(Que con Petrona formarán un grupo a la izquierda)*
Pregúntale tú luego su opinión al doctor. Yo temo que no nos hable con franqueza.

AGAR: Pierda cuidado, mamá.

DR. BENÍTEZ: *(A Juliana)* ¿Te enteraste bien del asunto?

JULIÁN: Sí. Y opino como tú, pero creo que puede hacerse algo todavía. Ahora le enviaré una tarjetita al caballero ese, dándole una cita, aquí, sin explicarle el motivo. Si acude, trataremos de convencerlo.

DR. BENÍTEZ: Es lo más práctico, por el momento.

JULIÁN: Y lo previo, señora. Créame.

PETRONA: Dios lo oiga, doctor. Y ya lo sabe: estamos a sus órdenes. *(Se despide de ambas)*. Yo le comunicaré con la señorita *(Por Agar)* cualquier novedad.

PETRONA: Muchas gracias. Adiós, doctor. *(A Benítez)* Adiós, señor padre. *(Simples saludos de cabeza)*.

AGAR: *(Disponiéndose a acompañar a María y Petrona)* Con permiso, doctor.

JULIÁN: Vaya usted nomás, señorita. Acompáñelas. *(Se van por foro María, Petrona y Agar)*.

ESCENA VII

Julián, Dr. Benítez, P. Alberto y Picapleitos

PICAPLEITOS: ¿Algún nuevo asuntito, doctor?

JULIÁN: Sí, pero gratuito. En este no hay honorarios.

P. ALBERTO: Usted no puede negar su apodo, amigo. En todo ha de oler el pleito, la cuestión.

PICAPLEITOS: No, padre: los pesos. O usted cree que su sobrino es abogado y yo procurador nada más que para sembrar la paz en el mundo. Antes hay que sembrar el estómago, padre. ¡Qué es más o menos lo que hace todo el mundo!

P. ALBERTO: Pero hombre de Dios, ¿No sabe usted que no solo de pan vive el hombre?

PICAPLEITOS: Ya lo sé. Desgraciadamente también vive de puchero y de otras yerbas, que es precisamente lo caro.

P. ALBERTO: Vaya hombre. Está usted hoy imposible. como siempre.

DR. BENÍTEZ: Bien, que haya paz. (*A Julián*) ¿Y qué opinas tú del asunto?

PICAPLEITOS: ¿Pero de qué se trata, en resumen?

JULIÁN: Nada. Un caso como hay tantos. De que esa señora, amiga de la madre de Agar, tiene una hija a quien ha engañado un galanteador. Y como es lógico, ¡la madre y la hija pretenden obligarlo a reparar la falta!

PICAPLEITOS: ¡Bah! El cuento de todos los días.

P. ALBERTO: La obra del descreimiento y la inmoral del siglo, diga usted.

PICAPLEITOS: Pero si esto ha sucedido en todas las épocas. Usted mismo lo acaba de probar con el cuento ese de la Biblia.

P. ALBERTO: Pero aquello era la obra del Señor. Y esto es la del vicio, la de la concupiscencia.

PICAPLEITOS: Pero el fruto es el mismo, un Ismael.

DR. BENÍTEZ: ¡Ja, ja, ja! Bueno, bueno. No se van ustedes a entender.

P. ALBERTO: Claro está. Si este hombre es un ogro. un hereje. Y para evitar más discusiones, me voy. ¿Qué hora tienes?

JULIÁN: (*Consultando el reloj*) Las 6 menos cuarto.

P. ALBERTO: ¡Caramba! ¡Caramba! Se me pasa la hora. ¿Me acompañas?

JULIÁN: Debo todavía enviar esa carta y terminar un escrito para presentarlo mañana a primera hora.

P. ALBERTO: No hay más que hablar, entonces. Me iré solo. Antes está la obligación, dicen. Quédate con Dios.

DR. BENÍTEZ: Le acompañaré yo, padre.

P. ALBERTO: ¿Va usted para el lado del Cabildo?

DR. BENÍTEZ: Sí: hasta Plaza de Mayo.

P. ALBERTO: Iremos juntos, entonces.

PICAPLEITOS: ¿No puedo plegarme yo también?

P. ALBERTO: Con la condición de no discutir.

PICAPLEITOS: Aceptado.

P. ALBERTO: Andando entonces. Que me queda muy poco tiempo. Hasta luego, Julián.

JULIÁN: Hasta luego, tío. Y ya sabe usted. Lo espero a cenar.

P. ALBERTO: No faltaré.

DR. BENÍTEZ: Hasta mañana.

PICAPLEITOS: ¿Me necesita para algo, doctor?

JULIÁN: No; vaya no más.

PICAPLEITOS: Buenas noches, entonces.

JULIÁN: Divertirse.

Mutis por foro P. Alberto, Dr. Benítez y Picapleitos. Al salir se les verá encontrarse en el departamento del fondo con

Agar que entra. Un brevísimo diálogo mudo. Julián entrará por la puerta de derecha a lo que, se supone, es su despacho, para salir después, cuando se indique.

ESCENA VIII y FINAL

Agar, luego Julián

Entra Agar y se sienta frente a su máquina, continuando con el trabajo anterior. Una breve pausa y sale de su oficina Julián, con una hoja de papel y un sobre. A todo esto, habrá oscurecido, viéndose a través del ventanal del foro las luces encendidas de los edificios del frente. Agar encenderá la lámpara eléctrica que pende sobre su máquina.

JULIÁN: *(Se detiene un momento frente a Agar, contemplándola con emoción y deseo)* ¿Qué está copiando, señorita?

AGAR: ¡Ah! Doctor. No le había visto. El escrito del doctor Benítez en la causa esa de Fermín Pérez.

JULIÁN: ¿Es muy apurado?

AGAR: No, doctor. Hay tiempo.

JULIÁN: Bien, vamos a hacer entonces esa cartita para... para el novio de su amiga.

AGAR: Como guste, doctor. *(Saca la hoja de papel de la máquina y coloca la que le tiende Julián).*

JULIÁN: ¿Conoce usted el nombre de ese caballero?

AGAR: Sí, doctor.

JULIÁN: *(Mientras se sienta junto a Agar, a su izquierda)* Escriba entonces. Julián Ortiz saluda atentamente al señor Antonio Campos y le ruega tenga a bien... concederle una entrevista... en su oficina... el día que crea conveniente... entre las 2 y las 5 de la tarde... Tratase de

un asunto... que le interesa vivamente... Su atento y seguro servidor... (*Agar saca el papel*) El sobre, ahora... (*Mientras Agar escribe el sobre*) De esta manera acudiré a la entrevista y trataremos de convencerlo... Hay que evitar por ahora toda violencia.

AGAR: Así es, señor.

JULIÁN: Salvo que sea un maleducado y no asista. ¿Usted le conoce personalmente?

AGAR: Sí, doctor. De vista.

JULIÁN: ¿Es joven?

AGAR: Sí. Tendrá 30 años.

JULIÁN: Buen mozo.

AGAR: (*Sonriente*) Sí. No es feo.

JULIÁN: Su amiga le quería mucho, ¿eh?

AGAR: Al parecer, doctor.

JULIÁN: ¿Y cómo llegaron a extremar esas relaciones?

AGAR: Según lo que ella me ha referido, en el trabajo.

JULIÁN: ¿Estaban juntos?

AGAR: Sí, ella era cajera y él, encargado de la contabilidad de la casa. Al cerrar el establecimiento, él controlaba las entradas del día y recibía el dinero de manos de ella. Con ese motivo... parece... quedaban solos algunos minutos... en la casa...

JULIÁN: Como nosotros ahora...

AGAR: (*Con rubor*) Tal vez.

JULIÁN: Y como cuando se tiene juventud y belleza y sangre en las venas, la soledad y el silencio son propicios al amor y al placer, se entendieron y se amaron... ¿verdad? Primero una mirada sorprendida subrepticamente, luego, el suave roce

de las manos encargadas de hacer la misma obra, después, la proximidad mareante y enloquecedora de las cabezas, la confusión de los alientos, el abrazo que no se puede dominar... el beso ardiente, apasionado que une dos bocas y sella dos amores y confunde dos almas... Así... Así...

Mientras ha ido hablando Julián, Agar, presa de la emoción, irá sintiéndose poseída por el dominio espiritual del varón que secretamente respeta y ama. Julián, por su parte, haciendo gráficas sus frases, irá marcándolas con el ademán, hasta arrimar su boca a la de Agar, al terminar la última palabra. Un beso largo y hondo. Agar, como despertada de un éxtasis, se levantará entre sorprendida y confusa y una sola palabra brotará de sus labios.

AGAR: ¡Julián!

JULIÁN: ¡Agar!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

LA MISMA DECORACIÓN DEL ACTO ANTERIOR.

ESCENA I

Agar, un Cliente. Luego Picapleitos y Cliente 2

Como en el acto primero, al levantarse el telón aparece Agar escribiendo en su máquina. En una de las sillas del foro estará sentado el cliente 1... Breve pausa. A los cuatro o cinco segundos de haberse levantado la cortina, hablará el Cliente 1.

CLIENTE 1: ¿Estará muy ocupado el doctor, señorita?... porque se me hace tarde...

AGAR: No, señor. está atendiendo una consulta. No tardará en desocuparse.

CLIENTE 1: *(Consulta el reloj)* Voy a esperarlo otro momento...

AGAR: Como guste, señor. El cliente que está con el doctor hace ya más de un cuarto de hora que entró. Por eso creo que ya no demorará en atenderlo a usted.

CLIENTE 1: Tantas gracias.

AGAR: De nada, señor.

Breve pausa. Agar sigue escribiendo. Aparece, a los pocos segundos por foro, Picapleitos seguido del Cliente 2.: Este hombre del pueblo, obrero, como de 50 años. Picapleitos le habla con énfasis, y casi con protección.

ESCENA II

Agar, Picapleitos, Clientes 1 y 2

PICAPLEITOS: *(Entrando)* Buenas tardes, señorita.

AGAR: Buenas tardes.

PICAPLEITOS: Pase don Juan. *(A Agar)* ¿Está el doctor Benítez?

AGAR: Sí, pero está ocupado.

PICAPLEITOS: ¿Con quién?

AGAR: No lo conozco. Parece un cliente nuevo.

PICAPLEITOS: Bien: lo esperaremos. *(A Cliente 2)*. Siéntese, don Juan. Es cosa de un momento. *(A Agar)* ¿Está usted copiando ese escrito, señorita?

AGAR: Sí; señor.

PICAPLEITOS: *(A Cliente 2)*. ¿No ve don Juan? Ya está poniendo en limpio el escrito. En cuanto termine lo hacemos firmar y lo llevamos. Ya verá usted. *(Con cierto misterio)* El doctor es un abogado así *(ademán)* en cuestiones criminales. El otro *(por Julián)* es para asuntos civiles, pero éste le da 31 y bola vista al más pintao en criminología.

Por la puerta de izquierda aparece el doctor Benítez acompañado de Cliente 3.

ESCENA III

Agar, Picapleitos, Dr. Benítez, Clientes 1, 2 y 3

PICAPLEITOS: Ahí está el doctor. Buenas tardes, doctor.

DR. BENÍTEZ: Buenas. *(Al Cliente 3)*. Bien, mi amigo; mañana a más tardar serán presentados los testigos. *(Le da la mano)*

CLIENTE 3: *(Saludando)* Tantas gracias. Hasta mañana, doctor. *(Mutis por el foro)*.

DR. BENÍTEZ: *(A Cliente 1)* Cómo le va, señor. *(Saluda)*. En este momento me entregan el expediente. Ni lo he tocado siquiera.

CLIENTE 1: ¿Cuándo debo venir entonces, doctor?

DR. BENÍTEZ: Véngase. Mire: dese una vuelta el lunes por aquí. Ya habré tenido tiempo de enterarme del estado del asunto. y le contestaré categóricamente.

CLIENTE 1: ¿No habrá impedimento alguno para que usted se haga cargo de la defensa, no?

DR. BENÍTEZ: Según lo que usted me refiere, creo que no. De cualquier manera, pásese por acá el lunes.

CLIENTE 1: Muy bien, doctor. Buenas tardes. (*Saluda*)
DR. BENÍTEZ: (*Ídem*) A sus órdenes. (*Se va el Cliente 1 por foro*)

ESCENA IV

Agar, Dr. Benítez, Picapleitos, Cliente 2

DR. BENÍTEZ: (*A Cliente 2*). ¿Cómo está, don Juan? ¿Cómo va ese ánimo? (*Dándole la mano*)

CLIENTE 2: Eh. Un poco mejor. Señor.

PICAPLEITOS: Ya está más tranquilo. Empieza a tener fe el hombre. Ya le he dicho que hoy presentaremos el escrito pidiendo una nueva inspección médica.

DR. BENÍTEZ: Sí. es cuestión de unos minutos: lo están copiando.

CLIENTE 2: Pero. ¿Usted, cree doctor, que puede defenderse a mi hija por ese lado?

DR. BENÍTEZ: Ya le he dicho que sí, mi amigo. Es la única puerta que nos ofrece el asunto. Su hija ha estrangulado a la criatura, pocas horas después de haberla dado a luz. Estaba, pues, todavía dominada por la fiebre de la maternidad. Su acto es casi irresponsable.

CLIENTE 2: Sí, doctor, pero... yo quisiera que se dijera la verdad. La infamia de aquel hombre que la había engañado... la vergüenza y la deshonra de la muchacha... la miseria a la que había sido reducida por el canalla. ¿Qué iba a hacer la muchacha?

DR. BENÍTEZ: Sí... todo eso parecerá muy lógico a usted y a ella. Pero ahí está el error: el crimen no se justifica por sus causas. Y menos ante la ley. El código, que no tiene previsto la

infamia del seductor, ni la ignorancia de la seducida, condena en cambio severamente el crimen. Y el crimen de su hija es monstruoso para la ley y para la sociedad.

CLIENTE 2: ¡Ah, sí! Pero la ley no ampara ni defiende a la mujer ignorante y sola, ni la sociedad la protege o la tolera cuando ha pecado. Mi hija hizo todo lo posible para obligarlo a casarse, o a reconocer su hijo. Y yo, su padre, todo lo posible porque su pecado y su vergüenza quedaran ocultos o, al menos, libres del desprecio y del boicot de los demás. Pero inútil. Usted ve ahora las consecuencias.

DR. BENÍTEZ: Entendido, don Juan. Yo, quizás más que usted, comprenda todo el dolor y todo lo terrible de la situación de su hija; pero, qué quiere... ante los jueces no valen esas argumentaciones. Resígnese, pues, a que la defensa, aun contrariando la verdad, se valga de lo que nosotros llamamos recursos de chicana, para conseguir la justicia de su absolución.

CLIENTE 2: Pero el caso de mi hija no será el primer caso que deban estudiar los jueces.

DR. BENÍTEZ: ¡No! ¡Qué ha de ser! Ni el último. La crónica policial está llena todos los días de noticias de infanticidios. Y en las plazas y en los zaguanes aparecen todas las mañanas nuevas vidas ahogadas al nacer. Es la historia vulgar de la humanidad. Si usted va a hacer una estadística de todas esas madres desnaturalizadas, todas, o la inmensa mayoría, son como su hija de usted, modestas, obrerillas, o ignorantes sirvientas, víctimas del capricho y de la infamia de los seductores profesionales, patronos, capataces y jefes. Por ello mismo, ante la invalidez de la ignorancia para la ley, el código debe ser tanto más severo cuanto mayor es la vulgaridad y la frecuencia del delito.

- CLIENTE 2: Entonces la ley está hecha solo para los infelices, para las mujeres... El hombre se escapa de la ley... ¡Maldita ley!
- DR. BENÍTEZ: No se exaspere, don Juan. Que nada se consigue con ello. Y qué dirá usted de los miles de otras mujeres, de otras infelices, como usted dice, que, antes de ocurrir al crimen, han de exponer su propia vida para evitar la deshonra, o han de cargar para siempre con el fruto de sus entrañas, como un estigma y como una infamia.
- CLIENTE 2: Ese es el único camino que quedaba a mi hija.
- DR. BENÍTEZ: Sí. Antes de llegar al crimen, sí... pero ya no tiene remedio. El mal está hecho, y antes que el mal, el pecado. Una u otra, la consecuencia debe ser pagada, de acuerdo con la ignorancia del que lo comete.
- AGAR: Ya está, doctor, el escrito.
- DR. BENÍTEZ: Bien. Pase, don Juan... y tenga paciencia. Algo conseguiremos. Venga: le voy a leer el escrito y lo firmaré, para que lo lleve. *(Toma el escrito que le da Agar y se va por izquierda, seguido de Cliente 2 y de Picapleitos)*
- PICAPLEITOS: Pase, pase don Juan.
- CLIENTE 2: Gracias. *(Se van por izquierda)*

ESCENA V

Agar, luego Petrona y Margarita

Agar permanece un momento sola escribiendo.

PETRONA: *(Apareciendo en la puerta del foro, seguida de Margarita, joven de 21 años)* Buenas tardes, Agar.

AGAR: *(Poniéndose de pie)* ¡Margarita! ¡Doña Petrona! ¿Cómo

están? (*Corre hacia ellas y las saluda besándolas en las mejillas*) ¿Qué les trae de bueno por aquí? ¡Tanto tiempo!

PETRONA: He querido que viniera esta a agradecer al doctor todo lo que ha hecho por ella, aunque nada se haya conseguido. Se ha portado tan bien el doctor.

MARGARITA: Yo no quería venir... pero a mamá se le ha puesto...

AGAR: ¡Bah! Y qué tiene, tonta.

PETRONA: ¡Claro! Además, el doctor lo sabe todo, como lo saben otros que no debieran saberlo. No sé qué ibas a remediar ahora con tanto escrúpulo. Eso lo debieras haber tenido antes.

MARGARITA: ¿Ya va a empezar, mamá?

AGAR: Bueno, bueno. Que no haya discusiones. ¿Ya está todo arreglado? (*Ambas mujeres bajan con vergüenza la cabeza*).

PETRONA: ¡Todo!! (*Apenas*)

AGAR: (*Comprendiendo*) Y... ¿Del señor ése? ¿Lo han visto?

PETRONA: Yo no. Después de la entrevista aquella con el doctor no le he visto más... ni quiero verlo... ¿Sabrás lo que resultó?

AGAR: Sí, que era casado.

MARGARITA: Mamá... Podríamos dejar un poco ese tema... Sí yo sé que venimos a esto, no vengo.

AGAR: No te enojés. Tienes razón. ¿Trabajas?

MARGARITA: Sí; mañana me voy de institutriz a una casa de campo.

AGAR: Pobrecita, Margot. ¿Por mucho tiempo?

PETRONA: Todo el que se pueda. Hay que cambiar de aire. Aquí ya no nos queda ya nada que hacer.

AGAR: ¡Por qué! Todavía.

MARGARITA: Vamos a volver a las mismas.

- AGAR: Bueno. Bueno. Pero siéntese... el doctor no ha venido todavía. Debe estar en los tribunales.
- MARGARITA: Entonces es mejor que nos vayamos, mamá. Quién sabe a qué horas llegará...
- AGAR: Pero está el socio, que es lo mismo para tu objeto. Con que hablen con él...
- PETRONA: Sí, es por cumplir no más.
- AGAR: Entonces, espérenlo un rato: ya se va a desocupar. (*Ambas mujeres se sientan*). (*A Margarita*) ¿Y cómo es eso, tanto tiempo perdida?
- MARGARITA: Estuvimos en el campo. ¿No te lo dijeron?
- AGAR: Sí. mamá, creo que me lo dijo.
- PETRONA: Yo se lo advertí. Ya lo sabes: en estos casos, mejor dicho, en el caso de Margot, solo queda un recurso... el campo.... salvo que se prefiera la cárcel.
- MARGARITA: ¡Pero mamá! ¿Y el doctor? ¿Siempre te distingue?
- AGAR: Siempre. ¡Es tan caballero... y tan bueno!
- MARGARITA: ¿Siempre tan buen mozo?
- AGAR: (*Ruborosa*) Sí, como siempre.
- MARGARITA: (*Con intención*) Hay que tener cuidado con estos buenos mozos. A lo mejor resultan casados.
- AGAR: Bah. Por mí... aunque fuera bígamo. No sé porque lo dices.
- MARGARITA: Por nada. Es una broma, tonta. Y lo tomas a serio.
- PETRONA: Esta siempre con sus cosas.
- MARGARITA: Pero si es una broma, mamá. No le digo. ¡Usted también! No he tenido intención de ofenderla a Agar. Y además que no tendría nada de extraño. No sería la primera.
- AGAR: Claro está. bah.

MARGARITA: ¿Me perdonas?

AGAR: No faltaría más. ¿Acaso me he dado por aludida

Aparece por izquierda el doctor Benítez, Picapleitos y Cliente 2.

ESCENA VI

Agar, Petrona, Margarita, Dr. Benítez, Picapleitos, Cliente 2

AGAR: ¡El doctor!

Las tres mujeres se ponen de pie.

DR. BENÍTEZ: Bueno, Don Juan. Aquí el amigo le acompañará. Y tenga paciencia. Ya se arreglará todo.

CLIENTE 2: Tantas gracias, doctor. Hasta mañana, entonces. *(Dándole la mano)*

DR. BENÍTEZ: Que le vaya bien.

PICAPLEITOS: Hasta luego, doctor.

Mutis Cliente 2 y Picapleitos por foro.

ESCENA VII

Agar, Petrona, Margarita, Dr. Benítez

DR. BENÍTEZ: ¿Cómo está, usted, señora? *(Saludándola)* Mi hija Margarita.

DR. BENÍTEZ: ¡Ah! La señorita. del asunto. Tanto gusto. *(Margarita baja avergonzada la cabeza)*. ¿Solucionado todo ya?

- PETRONA: Sí... doctor... Desgraciadamente. Veníamos a agradecerles a ustedes todos los buenos servicios prestados.
- DR. BENÍTEZ: ¡Bah! señora... Nada tiene que agradecerernos, nada hemos hecho.
- PETRONA: Demasiado, doctor.
- DR. BENÍTEZ: Mi deseo, como el de Julián, hubiera sido servir a usted y a la joven en la forma más eficaz... pero ya lo vio usted... Hay cosas imposibles aún para la mejor buena voluntad.
- PETRONA: Así es. De cualquier manera, nosotras le debemos a usted y a su socio esta gratitud. Y venimos a expresársela en la única forma que podemos.
- DR. BENÍTEZ: Y yo lo agradezco, señora. Por lo demás, aquí estamos a sus órdenes.
- PETRONA: Gracias, doctor. Usted se servirá presentar nuestros saludos a su socio.
- DR. BENÍTEZ: De mil amores, señora.
- PETRONA: Bien, doctor. Adiós, y ya lo sabe usted: seremos siempre sus agradecidas.
- DR. BENÍTEZ: Adiós, señora. Adiós, señorita. Que sea usted feliz. (*Le dan la mano*)
- PETRONA: (*Besándose con Agar*) Adiós, mi hija. Y muchas gracias por tu intervención.
- AGAR: ¡Bah! ¡De qué, doña Petrona! (*Se besan*)
- MARGARITA: (*Llorando y besándose con Agar*) Adiós, Agar. Hasta la vista. *Salen Petrona y Margarita por foro tristemente. Agar queda en escena secándose una lágrima.*

ESCENA VIII

Agar, Dr. Benítez

DR. BENÍTEZ: *(Una vez que han salido Petrona y Margarita)* Pobre muchacha... ¡La eterna historia! Las eternas víctimas, las sempiternas engañadas... No habría novelas ni dramas en el mundo sin estas infelices. ¿Y qué hace ahora su amiga?

AGAR: Se va mañana al campo, doctor. De institutriz.

DR. BENÍTEZ: ¿Y el tipo ese?... ¿Continúa manteniendo relaciones con él?

AGAR: Yo no se lo he preguntado, doctor, por no molestarla.

DR. BENÍTEZ: Naturalmente. Y ha hecho bien: demasiado castigo ha sufrido la infeliz con el engaño. ¿No sabe usted si conserva al niño?

AGAR: No lo sé, doctor.

DR. BENÍTEZ: ¡Fatal! El crimen llenándolo todo, contaminándolo todo. ¡El crimen de la vida! ¡Qué razón tenía Zola al declarar a la humanidad asesina de su propia prole!

AGAR: Dígame, doctor. Tengo una curiosidad... Y ya que se ha presentado la ocasión. ¿Los hijos adulterinos están excluidos por la ley de la sociedad, ¿no?

DR. BENÍTEZ: En el código argentino, sí, como en casi todos los demás códigos de las naciones latinas, que yo sepa. El artículo 342, un artículo tan bárbaro como viejo, lo establece terminantemente:

Los hijos adulterinos no tienen por las leyes padre o madre, ni pariente alguno por parte de padre o madre. No tienen derecho a hacer investigaciones judiciales sobre la paternidad o maternidad.

Una aberración, impropia de la época e indigna del

espíritu igualitario de nuestras leyes y de nuestra civilización.

AGAR: De modo, doctor, que, en el caso de mi amiga, por ejemplo, que resultó ser casado el hombre ese, su hijo no tiene padre, aunque lo probara.

DR. BENÍTEZ: Para la ley, no... ni para la sociedad por consecuencia. El infeliz, fruto de los amores ingenuos de la madre, ha de pagar por él y por ella la infamia y la culpa del padre, y a veces, con exclusivo y único derecho, como sucede en casos de testamentaría que tenemos en el estudio.

AGAR: ¿Y si... el padre, por ejemplo, lo quiere reconocer?

DR. BENÍTEZ: Siendo casado, no puede reconocerlo. Se lo veda la ley.

AGAR: ¿Aunque no tenga hijos con la mujer propia?

DR. BENÍTEZ: Aunque no los tenga. La disposición legal es terminante. El hijo adulterino está fuera de la ley.

AGAR: ¿Y no hay disposición legal que condene al padre?

DR. BENÍTEZ: La hay, sí, juzgándolo por adulterio. Pero es necesario probarlo antes, y en el caso ese, con nada se beneficia el hijo, que sigue siendo tan adulterino y tan excluido por la ley como antes.

AGAR: ¿Mi amiga, entonces, no podría vengarse o hacer castigar al hombre que la engañó?

DR. BENÍTEZ: Aunque pudiera, ¿Para qué lo habría de hacer? ¿Qué ventajas obtendría con ello? Aumentar el escándalo y dejar a la criatura en las mismas o peores condiciones. En estos casos, la ley es tan imprevisora como injusta. Castiga el infanticidio y el aborto, pero no ofrece resquicio alguno a la reparación o a la esperanza de la reparación, y en consecuencia es más severa y dura con la madre que peca por amor o por ignorancia, cargándola con la doble cadena de la deshonra y el espurio, que con el padre que

peca por pecar o por vicio. Además de condenar a un ser inocente a la infamia de toda una vida.

AGAR: Por eso es una aberración.

DR. BENÍTEZ: Como hay tantas en el código y en la vida. ¿Pero su amiga está ya fuera de toda preocupación?

AGAR: *(Con rubor)* Creo que sí, doctor.

DR. BENÍTEZ: ¡Es la consecuencia! ¡Dura lex, sed lex! Con permiso. Seguiré estudiando ese expediente. ¿Desea saber otra cosa?

AGAR: No, doctor; gracias... Era por simple curiosidad.

DR. BENÍTEZ: Y hace bien en preguntarlo. Ojalá a todas las jóvenes de su edad les ocurriera averiguar todas estas cosas. Habría menos Margaritas que las que hay. Con permiso.

El Dr. Benítez se va por izquierda. Queda Agar sola un momento, como reflexionando. Luego corre a la biblioteca, toma un libro, que, se supone, es el Código Civil, y lo hojea con interés, sentada en su mesita. Entra a poco Julián por foro. Al ver que no hay en escena otra persona que Agar, se acerca a ella sigilosamente y le da un beso en el cuello.

ESCENA IX

Agar, Julián

AGAR: *(Examinando el Código)* Artículo 342. *(Pausa. Entra Julián y la besa. Sorpresa de Agar)* ¡Julián!

JULIAN: Buenas tardes. ¿Te has asustado?

AGAR: Sí. Está el doctor. *(Por Benítez)*

JULIAN: No habrá oído. No habrá sido tan estruendoso.

- AGAR: No importa. Ahora tengo miedo. aquí. Ne da vergüenza. Parece que todo el mundo nos viera. Que todo el mundo lo supiera.
- JULIAN: ¡Bah! Aprensiones, tonta. Con otro beso se te pasarán. Así. (*Va a besarla nuevamente, pero Agar lo rechaza con suavidad*).
- AGAR: No. Aquí no. No puedo. no quiero. Hemos llevado esto mucho más allá de lo conveniente.
- JULIAN: ¿Qué dices?
- AGAR: Sí. pero mucho más allá. y ya empiezo a arrepentirme.
- JULIAN: A arrepentirte, de qué. ¿Preciosa?
- AGAR: De todo esto, Julián. Desgraciadamente tarde. Porque el mal no tiene remedio ya. Pero es necesario que lo enmendemos, Julián. Por eso quiero que me hables con franqueza, que nos hablemos con franqueza.
- JULIAN: Pero, ¿Por qué? Te encuentro extraña hoy.
- AGAR: Sí. Lo que me presumía está pasando ya. Y hoy he tenido demasiadas ocasiones para preocuparme seriamente de mi situación. Sí, Julián. En tu mano está: pongámosle remedio.
- JULIAN: Habla despacio. ricura. Te puedo oír (*Por Benítez*).
- AGAR: ¿No ves? Tú también temes el escándalo.
- JULIAN: Sí. Por ti. porque no hay necesidad de que nadie se entere.
- AGAR: No. No es por eso. Es porque ahora ya tiene consecuencias, que pueden perjudicarte. Así, siempre se teme al mal, por sus efectos.
- JULIAN: Pero no entiendo, querida. que es lo que quieres decir.
- AGAR: Demasiado lo sabes. o lo sospechas. Ya te lo he dicho. No podemos seguir ocultando una cosa que todo el mundo

lo sabrá después, pronto quizás. (*Acercando su boca al oído de Julián y como diciéndole: "Voy a ser madre"*) ¿Comprendes ahora?

JULIAN: (*Abrumado e incrédulo*) ¡Posible!

AGAR: (*Indignada*) ¡Qué! ¿También eso? Ahora vas a ofenderme, dudando de mí.

JULIAN: Pero cállate. por Dios. No, si no dudo de ti. mi vida. Es que, realmente, no podía imaginármelo.

AGAR: Lo debiste prever, sin embargo. Ya lo ves. Ahora no tiene remedio. Es necesario que lo busquemos, no obstante.

JULIAN: Sí. Agar. Sí lo tiene, lo buscaremos, pero... dejámelo meditar... me ha tomado tan de sorpresa.

AGAR: ¿Y cómo... de qué manera... cuál remedio le vas a dar?

JULIAN: No lo sé... por ahora... pero ten calma. Creo que todo se arreglará en seguida, quizás antes de lo que tú crees. Pero no te aflijas. (*Cariñoso*) No te preocupes. Yo soy un caballero. No tienes por qué dudar de mí.

AGAR: No. no dudo de ti. Es que temo, me abrumba el pensar que puedas venirme con la solución... de siempre... la que se busca en estos casos cuando no hay el valor ni la sinceridad ni la grandeza de alma para afrontar el mal hecho, con todas sus consecuencias.

JULIAN: Vamos. Vamos Agar. Me estás ofendiendo. Te estás poniendo irrazonable.

AGAR: Entonces. ahora te toca solucionar lo demás, el todo. Esto no puede seguir así.

JULIAN: Sí, mi bien. Se solucionará. Pero ten paciencia. Voy a meditarlo. Y tú tendrás que secundarme sumisa y pacientemente. ¿Verdad? Hay cosas que no se pueden hacer en un minuto.

AGAR: Sí. lo haré. si procedes como un caballero.

JULIAN: Ante todo, lo soy. *(Le da ambas manos)* Y ahora, ponte al trabajo. Disimula. Tengo que consultar un asunto con Benítez. ¿Quedas más tranquila?

AGAR: Sí. Vete.

Agar va hacia su máquina y se sienta. Julián camina unos pasos con evidente preocupación. Se detiene frente a su puerta. Luego, con un gesto de decisión, se dirige a la puerta del Dr. Benítez y entra por ella llamando.

JULIAN: Che, Benítez. Con permiso. *(Entra cerrando tras sí la puerta)*

DR. BENÍTEZ: *(Desde adentro)* Adelante.

Agar observa un instante. Luego se levanta de su asiento y va hasta la puerta de Benítez. Allí se detiene, con deseos de escuchar subrepticamente la entrevista, pero reacciona y va a su máquina, donde se echa a llorar en silencio y angustiosamente.

ESCENA X

Agar, Luego Padre Alberto y Sara

Pequeña pausa. Agar permanece así unos segundos. Luego, reaccionando, se enjuga las lágrimas con su pañuelo y aparecen en el compartimiento del foro el Padre Alberto y Sara, la mujer de Julián.

P. ALBERTO: Buenas tardes.

AGAR: Buenas tardes, padre.

P. ALBERTO: *(A Sara)* Pase, Sara. *(Indicándole a Agar)* La señorita Agar. dactilógrafa del estudio. *(Sara y Agar se saludan con un leve movimiento de cabeza)* ¿Está el doctor?

- AGAR: Sí, padre. Está con el doctor Benítez.
- P. ALBERTO: ¿Hay algún cliente?
- AGAR: No, padre. Están solos. ¿Quiere usted que lo anuncie?
- P. ALBERTO: No se moleste usted. Los sorprenderé yo mismo. *(Va hasta la puerta de Benítez). (Golpeando con los nudillos)* ¡Ah, del Areópago!
- JULIAN: *(Saliendo)* ¡Ah! Tío. ¿Cómo está usted?
- P. ALBERTO: Aquí te traigo una visita. una sorprendente visita.
- JULIAN: *(Sorprendido, en efecto)* ¡Sara! ¡Tú por aquí!
- SARA: Sí. ¿Te sorprende? Lo encontré al padre en la Catedral y se le ocurrió que lo acompañara a visitarte. *(Julián rápidamente dirige una mirada de angustia a Agar. Un escalofrío de ansiedad corre por todo su cuerpo)*
- JULIAN: Bien. Me alegro. Pero vamos. Les acompañaré. Precisamente, en este instante iba a salir a la calle. *(Sale el Dr. Benítez).*
- P. ALBERTO: Pero espérate, un momento, hombre. Déjanos saludar al doctor. ¿Cómo está usted doctor?
- DR. BENÍTEZ: Cómo está padre. *(Dando la mano a Sara)* Señora. tanto gusto.
- SARA: Cómo está doctor.
- DR. BENÍTEZ: ¿De paseo?
- P. ALBERTO: Sí. quise que Sara conociera el estudio y aquí me la traje, aprovechando de paso, su automóvil.
- JULIAN: Bien. Pero nos iremos ya. Debo hacer una diligencia urgente.
- P. ALBERTO: Pero que hombres estos, señor. Si parecen máquinas. Espérate un segundo, endemoniado. Que conozca Sara tu estudio siquiera, ese antro de códigos y de libretos.

JULIAN: Con el mayor gusto... pasa... pasa, Sara. (*Se dirige ansiosamente a la puerta de la derecha, seguido de Sara*)

P. ALBERTO: (*Siguiéndoles*) (*Al Dr. Benítez*) Usted sabe, doctor, que la curiosidad de las mujeres es inagotable.

DR. BENÍTEZ: Así es, en efecto. Pase padre.

Mutis P. Alberto.

ESCENA XII

Agar, Dr. Benítez

Agar, que durante toda esta escena habrá permanecido frente a su máquina, presa de la más angustiada inquietud, se dirige instintivamente al Dr. Benítez y le llama, antes de que este penetre por la puerta de la derecha.

AGAR: Doctor... Doctor... Discúlpeme... Una pregunta solamente.

DR. BENÍTEZ: Con el mayor gusto.

AGAR: Esa... esa señora... ¿es la esposa del doctor?

DR. BENÍTEZ: (*Sin responder a la pregunta*) Pero... ¿Qué tiene usted? ¿Está usted enferma? ¿Siente algo?

AGAR: No. Nada. (*Tratando de sonreír*) No, no tengo nada. Pero. ¿Esa señora es la esposa de Julián? Digo, ¿del doctor?

DR. BENÍTEZ: (*Comprendiendo*) ¿Por qué?

AGAR: Por curiosidad... nomás... Discúlpeme, pero es ella, ¿no?

DR. BENÍTEZ: (*Categorico*) No. Es la hermana.

AGAR: ¡Ah! Tantas gracias, Doctor... y disculpe.

DR. BENÍTEZ: De nada.

El Dr. Benítez va a entrar, pero se detiene viendo a Agar volverse a su máquina. En ese momento salen por la misma puerta Sara, Julián y el Padre Alberto, en el orden indicado.

ESCENA XIII

Agar, Dr. Benítez, Sara, Julián, Padre Alberto

JULIÁN: Bien, ya has visto mi modesto estudio. ¿Vamos?

SARA: Vamos. ¡Sí tienes tanto apuro! *(Saludando al Dr. Benítez)*
Doctor... Tanto gusto en saludarlo.

DR. BENÍTEZ: Igualmente, señora. A sus órdenes.

JULIAN: Hasta luego, Benítez. *(Sale acompañado de Sara que, antes de salir, hace una leve inclinación de cabeza a Agar).*

SARA: *(A Agar)* ¡Señorita!

AGAR: *(A Sara)* ¡Señora!

P. ALBERTO: *(Al Dr. Benítez)* Adiós, doctor.

DR. BENÍTEZ: *(Julián se va a su escritorio).*

P. ALBERTO: *(Volviéndose)* ¡Adiós, señorita! *(Dándole la mano)*

AGAR: Dígame, padre. ¿Esa señora... es la... hermana del doctor?

P. ALBERTO: ¿Sara? No... es la esposa de Julián. *(Agar rompe a llorar amargamente)*

AGAR: ¡Canalla!

P. ALBERTO: Pero qué tiene. Señorita. ¿Qué le pasa a usted?

AGAR: ¡Canalla! ¡Canalla! *(Va a su máquina y se echa a llorar a gritos)* ¡Me ha engañado! ¡Me ha engañado!

Julián y Sara se han detenido en la división del foro. P. Alberto y Dr. Benítez se aproximan a Agar tratando de consolarla.

P. ALBERTO: Pero ¿qué es esto? ¡Qué ocurre aquí, Dios mío!

DR. BENÍTEZ: Tenga usted calma, señorita.

AGAR: ¡Déjenme ustedes! ¡Déjenme! ¡Canallas! ¡Todos, todos canallas!

Rompe a llorar amargamente. En la puerta del foro aparece Sara, que contempla la escena con curiosidad e inquietud. A través del cristal del foro se verá a Julián, en actitud pasiva, abrumado por los acontecimientos.

TELÓN

ACTO TERCERO

DORMITORIO DE AGAR, ARREGLADO CON ESA COQUETERÍA FRECUENTE ENTRE LAS JÓVENES DE CLASE HUMILDE. UNA CAMA EN EL ÁNGULO IZQUIERDO Y JUEGO DE DORMITORIO SENCILLO, BIEN DISTRIBUIDO EN LA PIEZA. ROPERITO, LAVATORIO, MESA DE NOCHE. UNA MESA MÁS EN EL CENTRO CON CARPETA Y FLOREROS. SILLAS, UN SOFÁ, UNA HAMACA, ETC. LAS PAREDES ADORNADAS CON CUADRITOS Y COLGAJOS FEMENILES.

ESCENA I

María, Petrona

Al levantarse el telón aparecerán sentadas, junto a la mesa del centro María, haciendo costura y Petrona, como de visita, ataviada de calle.

PETRONA: ¡Pobre Agar! Ya ve usted, María. Ni el ejemplo doloroso

y cruel de las demás, ni la lección terrible sufrida por los otros, impiden que el error siga cundiendo y que el mal siga haciendo estragos, aún en las más avisadas, en las menos sospechables. ¡Como Margarita!

MARIA: ¡Desgraciada! Y yo tan segura, tan confiada que estaba en su seriedad, en su honestidad.

PETRONA: ¡Oh! María; la más fuerte virtud tiene su cuarto de hora de debilidad. Y ese cuarto de hora es del amor... cuando se tiene un hombre al lado... Mujeres somos, al fin... y ellos... ellos, hombres.

MARIA: No lo justifique usted ahora, Petrona. Porque me hace mucho más daño todavía. Me parece un sarcasmo.

PETRONA: Qué quiere. Como todo se olvida, al fin... he concluido por comprenderlo, por aceptarlo, por resignarme a todo.

MARIA: Es que ha sido del mal paso ya.

PETRONA: Tal vez... pero a costa de qué, María. A costa de qué. Ya lo sabe usted.

MARIA: Bien, bien Petrona... dejemos por favor... estas cosas. No sé lo que pasará. No sé cómo se solucionará. pero no me gusta, me hace mal, tengo miedo de hablar, de pensar en ello. ¡Sea lo que Dios quiera!

PETRONA: No, María, no lo que Dios quiera. Al mal hay que ponerle remedio, desgraciadamente. Y confiar poco por ahora en el auxilio divino. ¿Ustedes no han hecho ningún paso por remediarlo?

MARIA: Sí. Todos... ¡Pero para qué! Él es casado también, como el de Margarita. Tiene su mujer legítima, joven también. Y nada, absolutamente nada se podrá conseguir.

PETRONA: ¿Le vieron a él después del incidente que me cuenta?

MARIA: No. No ha sido posible. Se oculta.

PETRONA: Como todos. ¡Cobarde... como todos!

MARIA: Sí, se oculta, pero el socio, el doctor Benítez, que parece muy caballero, ha servido de intermediario, a fin de solucionar el asunto lo mejor posible. Prometió ayudarnos, hacer todo lo que esté a su alcance porque el canalla reparará el mal en alguna forma... pero ya lo sabe usted, Petrona. No hay arreglo alguno.

PETRONA: Y la mujer de él, después del descubrimiento, ¿qué hizo? ¿Continúa con él?

MARIA: No lo sé. Tengo entendido que se separaron, pero intervino el cura ese, tío de él... y según parece se arreglaron... sí, se reconciliaron.

PETRONA: Y entretanto.

MARIA: Entretanto, y como tenía que suceder, Agar en la misma situación. la única perjudicada.

PETRONA: La historia de siempre... ¡la eterna víctima!

MARIA: Y usted, Petrona, usted que es más fuerte, más serena, acaso más experta, ya que antes que yo pasó por la misma situación. ¿Qué me aconseja? ¿Qué nos recomienda?

PETRONA: ¡Qué le voy a aconsejar María! Es tan malo, tan perverso el consejo que se le ocurre a una, y después es tan vulgar, que no solo da miedo, si no también vergüenza de decirlo. Es lo primero que le aconsejarán ellos... ¡y acaso, lo único que se les ocurra a ustedes!

MARIA: Verdad... verdad. ¡Y para qué! ¡Para qué! Agar y yo, no queremos ni imaginarlo. Habrá que resignarse al fin... a lo que venga... *(Se abre la puerta de izquierda)* Silencio, por Dios. Ahí está Agar.

ESCENA II

Dichas, Agar

Aparece Agar por izquierda, vistiendo un batón sencillo pero elegante.

- AGAR: ¡Doña Petrona! ¿Usted por acá? (*Se besan*).
- PETRONA: Sí, mi hija. He venido a hacer unas compras para volver mañana o pasado. Y no pude menos que venir las a visitar. ¿Y tú? ¿Estabas durmiendo?
- AGAR: Sí. Me había recostado un poco en la cama de mamá y me he quedado dormida. Ando tan cansada, tan fastidiada. ¿Y Margarita? ¿No ha venido con usted?
- PETRONA: No; quedó allá, recomendándome que te saludara en su nombre... y te diera la buena nueva.
- AGAR: ¿Buena nueva? ¿Cuál?
- PETRONA: Se casa.
- AGAR: ¿Se casa? ¿Margarita?
- PETRONA: Sí... parece extraño, ¿verdad? Sin embargo, así es. Se casa con el maestro de escuela del pueblo... un mozo muy bueno... al parecer. La pidió... y creemos que éste no nos engañará.
- AGAR: (*Tristemente*) ¡Pobre Margot! Más vale así, que sea muy feliz.
- PETRONA: Gracias, Agar. Ella y yo deseamos de todo corazón que tú también lo seas.
- AGAR: (*Sin poder contener un sollozo*) Sí. Sí... ¡muy feliz!
- PETRONA: ¡Pobrecita Agar!
- AGAR: Ya lo sabrá usted, doña Petrona. porque mamá se lo habrá dicho. (*Petrona asiente con la cabeza*) Como Margarita... como ella.

PETRONA: Sí... ya lo sé, Agar. Pero ¿Qué hacerle? Parece un destino de las pobres... Muchas, muchísimas somos las condenadas a pasar por el mismo dolor.

AGAR: *(Echándose a llorar sobre la mesa)* ¡Tan injustamente! ¡Tan cruelmente! *(María se levanta secándose las lágrimas)*

MARIA: Ya vengo, Petrona. *(Hace un gesto como indicándole a Petrona que la consuele y se va por foro).*

ESCENA III

Agar, Petrona

PETRONA: Pero no llores Agar, no llores. Acuérdate de tus mismos consejos a Margot. Qué hemos de remediar con ese llanto inútil. Ahora te toca a ti ser fuerte.

AGAR: Sí, lo soy, Doña Petrona, trato de serlo, pero me vence, me anonada el pensar en mi propia cobardía, en mi propia infamia, porque de esto yo solo tengo la culpa, yo, que he tenido el doloroso ejemplo de Margot y de tantos casos; que, ciega de amor o de ignorancia, no fui capaz de sospechar lo que todos sabían; que, confiada y crédula, no dudé nunca de él ni acepté la menor idea de un engaño... eso es lo que me mata, señora. El sentirme culpable sin saberlo, sin haberlo podido impedir.

PETRONA: Así es, mi hijita. Solo se aprende experiencia en carne propia. Pero ahora las lamentaciones son inútiles. Hay que obrar... y obrar rápida y enérgicamente. ¿Te has convencido ya de que todo es inútil?

AGAR: No sé, señora. No sé. Y tengo miedo de convencerme.

PETRONA: Pues, es necesario, sin embargo. En el mal, nada hay más

consolador que la esperanza, pero tampoco nada hay más perjudicial. Mira... yo no sé francamente si debo, pero... a grandes males, grandes remedios. Agar... ¿Por qué no imitas a Margot? (*Agar, con la mirada extraviada, como si no alcanzara a comprender el terrible consejo, contempla sin responder a Petrona*) Mira. traigo aquí el diario. Hay una infinidad de avisos. Porque el mal... ese, se ha hecho ya una profesión, ¿ves? (*Busca en el diario La Prensa un aviso y lee, entre misteriosa y con miedo*) "Partera aprobada. Da pensión. Se encarga del niño. Sistema moderno". Yo conozco a una que...

AGAR: (*Poniéndose de pie, con dignidad y fiereza*) Basta, basta, señora. No quiero saberlo, no necesito saberlo... Antes que eso... Antes que eso... me queda todavía la vida, de frente. Yo sola lo solucionaré.

PETRONA: Perdona, no he querido ofenderte. Por eso te pregunté antes si estabas ya convencida de la inutilidad de toda esperanza. Si crees, todavía en algo, haces bien en esperar. Nosotras también creímos. Lástima que todo no fue más que un loco ensueño. Se convence tarde una, a veces.

AGAR: No importa.

PETRONA: Mejor, mi hijita. Perdóname, entonces. Y haz de cuenta que no he dicho nada.

AGAR: Sí. pierda usted cuidado... Me lo esperaba, ya. Es el consejo... de todos.

PETRONA: Como que es el único al fin... Ya lo verás. Como no te resuelvas a llevar a... sí, a llevar a tu hijo como un sello, como un letrero de infamia... Porque, en ciertos casos, y en el tuyo, especialmente, un hijo es eso.

AGAR: Basta, basta, señora... por favor... (*Llorando*) ¿Por qué quiere usted envenenarme más de lo que estoy?

PETRONA: No, mi hijita. No he querido hacerte daño. Me has acusado y me he defendido. Acuérdate que también mi hija estaba en tu caso.

AGAR: Sí, sí, señora. pero no hablemos más de ello. No quiero hablar... no quiero ni recordarlo. (*Oculto la cabeza entre las manos en el sitio de la mesa en que está sentada*)

PETRONA: Como quieras.

Una breve pausa. Entra por foro María con visibles demostraciones de inquietud.

ESCENA IV

Dichas, María

MARIA: Agar... Agar... Está el Dr. Benítez.

AGAR: (*Sorprendida*) ¿El doctor? ¿El doctor Benítez?

MARIA: Sí... Me dijo que deseaba verte, conversar contigo. Y antes de hacerlo pasar, por consejo de él mismo, quería preguntarte...

AGAR: Yo no sé, mamá. (*Indecisa*)

PETRONA: ¿Es el socio de?... Y hágalo pasar... Tal vez sea para tu bien... Yo me iré... y esta tarde volveré a despedirme. Adiós, Agar. (*Besándola*) Ya sabes... perdóname.

AGAR: De nada, señora... al contrario. ¡Adiós!

PETRONA: Vamos, María.

MARIA: ¿Le vas a recibir aquí?

AGAR: Sí, ¿a dónde mejor?

Salen por foro María y Petrona. Agar se enjuga los ojos y se arregla el vestido y los cabellos con cierta displicencia. Pausa.

ESCENA V

Agar, María Dr. Benítez

MARIA: Pase, doctor.

DR. BENÍTEZ: Buenas tardes. Señorita.

AGAR: ¡Doctor! (*Tímida y avergonzada va hacia él y le tiende la mano*)

DR. BENÍTEZ: Usted disculpará Agar, que me haya atrevido a venir hasta aquí. Prometí a su mamá ocuparme de este desgraciado asunto con toda mi buena voluntad.

AGAR: Y no habrá usted logrado nada, sin duda.

DR. BENÍTEZ: Creo haberle advertido otra vez lo injusta, lo anticuada, lo bárbara, diría, que es la ley en estos casos, para que insista ahora en explicaciones superfluas. Desgraciadamente, así es. Pero no he venido a disculparme. Vengo a pedirle a usted una concesión.

AGAR: ¿A mí? ¿Qué más he de conceder ya?

MARIA: Tome asiento, doctor.

DR. BENÍTEZ: No, señora, gracias. Son muy pocas palabras. He podido comprobar el día que se reveló el secreto de su desgracia, que usted ignoraba absolutamente el estado de Julián.

AGAR: Me ofendería usted, doctor, creyendo o sospechando lo contrario.

DR. BENÍTEZ: Por eso mismo lo confieso ahora. Bien. Usted estará convencida, pues tiene espíritu fuerte y buena comprensión, de la gravedad irremediable de su estado, ¿verdad?

AGAR: Desgraciadamente, sí, doctor.

DR. BENÍTEZ: Bien; pues voy a serle otra vez franco, rudamente franco, como lo exigen las circunstancias. ¿Tendrá usted la suficiente serenidad para escucharme dos minutos?

Agar hace un movimiento afirmativo.

Usted sabe que nada puede hacer, en este caso, la voluntad humana que remedie la falla de la ley. Aquella sentencia bíblica que nos refería cierta vez el padre Alberto, de que el hijo de Agar, que tan cruelmente coincide con su propio nombre, tendría a todos en contra de él, vuelve a repetirse en su caso, como en el de todas las mujeres a quienes el amor burla tan dolorosamente. Sin embargo, agotando voluntades y sentimientos, he podido obtener que “él viva en medio de sus hermanos”. Que su hijo de usted, tenga padre.

AGAR: *(Sin poderse contener)* ¡Usted, doctor! ¡Cómo!

DR. BENÍTEZ: Un segundo, Agar. En su coche, me espera afuera la esposa de Julián. ¡Quiere conversar con usted!

AGAR: ¿Ella?

DR. BENÍTEZ: Sí, ella. Usted comprenderá que para él sería esto demasiado violento.

AGAR: Para su cobardía.

DR. BENÍTEZ: El pecado es siempre cobarde. ¿La recibiría usted?

AGAR: ¿Yo? ¡No!

DR. BENÍTEZ: Comprendo su repugnancia a mantener una entrevista como ésta. Pero la consideraré una solución.

MARIA: ¡Y qué vas a hacer, hija mía?

AGAR: No, no puedo. Sería demasiado. Ser la víctima, ser la única perjudicada y recibir todavía en mi cara el reproche justo, la recriminación indignada de su esposa... de su legítima mujer... No, no, sería demasiado.

DR. BENÍTEZ: No viene a reprocharla a usted, Agar. Ha comprendido la esposa de Julián todo su dolor y toda su tristeza. La sabe a usted inocente y víctima, pero mujer fuerte y culta y,

perdóneme usted, buena, se ha resuelto, contra lo vulgar, a colaborar en la reparación que a usted se le debe. Y yo creo que ello es más bien un triunfo nuestro sobre los prejuicios y sobre la misma ley.

AGAR: ¿Y qué? ¿Qué, Dios mío, me puede proponer esa señora?

DR. BENÍTEZ: Usted la escuchará. ¿Acepta usted?

MARIA: Sí, hija mía. ¿Qué mal puede haber en ello?

DR. BENÍTEZ: ¿Acepta usted? (*Agar inclina la cabeza asintiendo*). Voy en su busca. Con permiso. (*Sale por foro*).

ESCENA VI

Agar, María

Quedan un segundo ambas mujeres, mirándose fijamente, como embargadas por la situación. Agar es la primera que habla.

AGAR: Mamá... Mamá... Usted sabe algo de todo esto. Hábleme, dígame. ¿Qué se proponen, qué quiere esa mujer viniendo aquí?

MARIA: No lo sé, hija mía, no lo sé. El doctor se comprometió a ayudarnos, a salvarnos de una situación que no tenía y que no tiene remedio... pero no me ha dicho lo que se proponía.

AGAR: Pero esa señora ¿a qué viene aquí? ¿Qué quiere conmigo? Me odiará, me despreciará, me acusará.

MARIA: Cuando se atreve a venir hasta aquí no será para eso sin duda. ¡Quién sabe! Nada perdemos con recibirla. Por lo demás, no se le consentiría que viniera a ofenderte.

AGAR: ¡Ah, no! Claro está que no se lo consentiría. Demasiado castigo tengo de mi falta con mi propia situación.

MARIA: Demasiado castigo tenemos las dos, Agar. las dos.

ESCENA VII

Dichas, Sara, Dr. Benítez, Padre Alberto

DR. BENÍTEZ: *(Apareciendo por foro)* Con permiso.

MARIA: *(Después de dirigir una mirada de consulta a Agar)* Pase usted, doctor.

El Dr. Benítez avanza unos pasos y aparece la figura elegante de Sara. Detrás el padre Alberto. En el rostro de todos se observa la zozobra del momento.

DR. BENÍTEZ: *(Con acento un tanto emocionado)* La esposa de Julián. *(Sara saluda con una inclinación de cabeza que Agar apenas contesta, turbada por la emoción y la inquietud)* Agar, la señora me ha pedido la conduzca hasta usted, porque desea cambiar unas breves palabras con usted. He cumplido con mi misión. Dejo a las dos, solas.

MARIA: *(Comprendiendo)* Pase por aquí, doctor. Yo les acompañaré. Pase, padre. *(Se va por foro, seguida del doctor Benítez)*

ESCENA VIII

Agar, Sara

SARA: *(Una vez sola con Agar y después de una breve pausa de embarazo)* Yo comprendo, señorita, lo violento de esta

situación para usted. Créame que no deja de serlo para mí, pero me he resuelto a ello después de madura reflexión.

AGAR: Usted dirá.

SARA: El doctor Benítez y mi propio esposo se han encargado de revelarme y de demostrarme su inocencia. Usted ignoraba en absoluto que Julián era casado antes de ceder a su amor.

AGAR: Usted no debe dudarle un momento.

SARA: No lo dudo. Pero, usted me permitirá que, sin ofenderla, inquiera todavía algo más sobre este doloroso asunto.

AGAR: Usted puede preguntar.

SARA: ¿No llegó nunca a sus oídos, ni por reflejo, ni por alusiones, el estado de Julián? ¿No tuvo nunca sospechas sobre sus antecedentes?

AGAR: De haberlas tenido, jamás hubiera llegado a caer, como he caído, señora. Sabía que... que su esposo era provinciano, y de que hacía poco tiempo que residía en la capital. Más aún, que tenía familia en su provincia, pero nunca sospeché que esa familia era su esposa.

SARA: Lo creo. Hace muy poco tiempo que he llegado yo misma... y que he contraído matrimonio con él. Y esta certidumbre que usted confirma ahora es lo que me ha decidido a afrontar esta entrevista. Yo he perdonado a mi esposo este... este desliz, porque le amo. Como usted ha podido amarlo, le amo yo. Y mi separación de él en virtud de este agravio hecho a mi amor y a mi dignidad, en vez de mejorar su situación, no haría más que empeorar la de los dos. Por eso he optado por el perdón. ¿Quiere usted comprenderlo así?

AGAR: Sí. Así lo comprendo. Y usted tiene de las dos el mejor derecho.

SARA: Quizás. Y por ello mismo he querido que no sea usted la única víctima tampoco. Demasiado he pagado yo misma el pecado de Julián con mi propio dolor y mi propia vergüenza. *(Pausa)* Conozco su estado y he querido, después de consultarlo, contribuir a la reparación que usted merece por un medio, único que las circunstancias aconsejan. *(Agar no responde, aunque manifiesta la intensa expectativa que la preocupa)* Yo no he tenido hijos con mi esposo. La ley no reconoce al de usted mientras yo, la esposa, no le ampare, con mi nombre y mi ternura... y bien: yo recojo a su hijo. Agar.

AGAR: *(Sorprendida)* ¡Usted!

SARA: Sí. Yo y mi esposo. Hemos convenido en adoptarlo como legítimo de nuestro matrimonio a fin de burlar la condenación de la ley... y de la sociedad. Y este es el único recurso de que se puede disponer. Pero exige de usted un sacrificio. ¿Lo acepta usted?

Agar, abrumada por la multitud de sentimientos que la asaltan, cae sentada en una de las sillas que se encuentran cerca de la mesa, apoyando en ella la cara, y sollozando violentamente.

AGAR: No lo sé. Señora, no lo sé.

SARA: *(Aproximándose, con ternura)* Yo comprendo todo su dolor, Agar, y lo respeto. Pero créame que esta propuesta es mi más sincera muestra de la simpatía y la consideración que usted me merece. Sea usted razonable señorita. no hay otro remedio de librarla a usted y a su hijo de las consecuencias de su debilidad y de... lo diré claramente, de la infamia de mi marido. ¿Acepta usted?

AGAR: Hable usted, señora, hable usted.

SARA: El sacrificio que se le exige es que nos haga usted entrega del niño cuando nazca. El tendrá en mí una madre... y

tendrá además a su padre. Pero usted lo comprenderá: es necesario que usted se elimine.

AGAR: *(Con altivez, sin comprender casi)* ¡Eh!

SARA: Quiero decir: que usted renuncie a sus derechos de madre... y sacrifique su propio amor en beneficio del porvenir y de la vida de su hijo... Usted alcanzará el sentido de lo que quiero decir. Yo no podría tolerar que usted criara al niño, porque eso significaría para mí una duda eterna y terrible. Equivaldría a creer que usted seguiría siendo la... la amante de mi esposo.

AGAR: *(Poniéndose de pie)* Basta, señora. Agradezco toda su buena voluntad y todo su sacrificio, pero no puedo aceptarlo. Yo sola criaré a mi hijo. Aunque no tenga padre. Él tendrá una madre. ¡Yo! Y yo pagaré por él y por mí las consecuencias de mi delito.

SARA: Y las pagará él sin ser culpable.

AGAR: ¡No importa! Lo que es el fruto de mi amor, ingenuo pero sincero, será la carga de mi culpa si usted quiere... pero yo no abandonaré a mi hijo, así, así como usted lo exige.

SARA: Comprenda usted, señorita, que no he querido ofenderla. Únicamente he obedecido a las instancias de una buena intención queriendo evitar a su inocente hijo la infamia de una vida que él no merece y de la que no es culpable. Si usted sacrifica su porvenir a su egoísmo, yo nada debo yo agregar.

AGAR: No es mi egoísmo, es mi amor, si usted no quiere llamarle mi dignidad.

SARA: Así será, señorita. De cualquier manera, yo esperaré su decisión. Con calma usted lo pensará. *(Saludando)* Señorita.

AGAR: Señora.

Sara sale altivamente por la puerta del foro. Agar se echa en la cama a sollozar amargamente.

ESCENA IX

Agar, María, Dr. Benítez, Padre Alberto

Aparecen, después de una breve pausa, María, el doctor Benítez y el Padre Alberto por el foro.

MARIA: *(Corre a socorrer a Agar)* ¿Qué tienes, hija mía? ¿Qué tienes?

El P. Alberto y el Dr. Benítez se miran un instante comprendiendo el resultado de la entrevista entre las dos mujeres.

DR. BENÍTEZ: Es inútil. Yo me lo temía.

P. ALBERTO: Vaya usted, doctor, acompañe a Sara. Yo trataré de convencer a esta pobre joven.

DR. BENÍTEZ: *(Decidiéndose)* Dios le oiga, padre.

P. ALBERTO: En su nombre lo hago. *(Sale el Dr. Benítez por foro)*

ESCENA X

Agar, María, Padre Alberto

P. ALBERTO: *(Acercándose a Agar)* No desespere usted así, señorita. Tenga usted presente que pruebas mayores da Dios a sus criaturas.

AGAR: *(Al oír la voz del P. Alberto se incorpora, y sollozando)* ¡Padre! ¡Por qué! ¡Por qué me descubrió usted la verdad!

P. ALBERTO: ¡Hija mía! Tarde o temprano había a descubrirse. Nunca queda impune el pecado. Pero no debe usted ser así. Todos, todos estamos empeñados en solucionar este triste asunto. Tenga usted valor, Agar. Piense usted en que no

tiene otro remedio su situación. Y confíe en Dios. A él solo está dado enmendar los errores y fallas de la vida. ¿Por qué ha rechazado usted la propuesta de Sara?

AGAR: Porque no puedo aceptarla, padre. Porque no puedo resignarme a perder mis tristes derechos de madre sobre el único ser que acaso consuele mi propio pecado.

P. ALBERTO: Pero usted comprenderá, señorita, que en su hijo de usted y usted misma quedará, una vez nacido al mundo, el fruto de esos amores. Para él y para usted será un estigma la vida misma de ese infeliz.

AGAR: Lo sé, padre; lo sé, pero el sacrificio que se me impone es superior a mis fuerzas. Después... después mi infamia no se remediará con ello. Seguiría siendo yo la cómplice de un adúltero... sin el consuelo del fruto que me dignificará... o me justificará a mis propios ojos. Antes preferiría...

P. ALBERTO: ¿Qué va usted a decir, señorita? ¿Qué va usted a decir?

AGAR: *(Con tristeza)* Que antes preferiría que no naciera mi hijo.

MARIA: Agar... ¡No digas eso!

P. ALBERTO: ¡Dios se lo perdone! No se deje usted dominar así, Agar, por la desesperación. Confíe usted en la misericordia divina y reconforte su espíritu en la oración. Acaso pueda el Señor más que nosotros. Medítelo usted bien Agar.

AGAR: Sí, padre. Sí, lo meditaré. pero bien veo que me será imposible resolverme. ¡Dar a luz un niño, encarnar en él este cariño que empieza a nacer en mí, para que se me arrebate como una infamia, para que se le oculte la madre como un estigma! No, padre, no... Es demasiada la injusticia.

P. ALBERTO: Así lo exige la ley... Señorita... Y ya lo ve usted... ni nuestra resolución, ni nuestro acuerdo común pueden evitar su terrible inexorabilidad.

Antes de terminar estas palabras el Padre Alberto, aparece en la puerta del foro Picapleitos. Simula un aire compungido y tristón.

ESCENA XI

Dichos, Picapleitos

PICAPLEITOS: *(Asomando por foro)* Buenas tardes. ¿Se puede? *(Gesto de desagrado en Agar y de sorpresa en el Padre Alberto)*

MARIA: Buenas tardes.

PICAPLEITOS: Ustedes disimularán mi atrevimiento al venir hasta aquí, pero... lo he hecho obedeciendo a un movimiento de viva simpatía. Señorita.

AGAR: ¡Usted también lo sabe, ya!

PICAPLEITOS: Desgraciadamente, señorita, hay cosas que nada las puede detener... pero créame... de mí es difícil que pase más allá.

AGAR: No me interesa tampoco.

PICAPLEITOS: Comprendo que la he contrariado con esta visita. y lo lamento. pero como venía a ofrecer a usted mi decidido y sincero apoyo, creo no hacer mayor mal con ello.

AGAR: ¿¡Usted!?

PICAPLEITOS: Sí, Agar, yo... y usted lo disculpará... pero tal vez lo que le vengo a... a decir... es algo de vital interés para usted.

AGAR: No comprendo. ¿Quiere usted explicarme?

PICAPLEITOS: Yo creí, al venir aquí, poder hablarla a solas.

P. ALBERTO: Por mí, puedo retirarme.

AGAR: No, padre. Qué más puede decirme que no sepa usted... o que no lo pueda saber.

PICAPLEITOS: Sin embargo... yo preferiría hablarla a solas... me es necesario.

MARIA: Pase por aquí, padre... será una molestia más.

PICAPLEITOS: Son muy pocas palabras, padre.

MARIA: Sí, pase un momento.

P. ALBERTO: *(Entre intrigado y dudoso, hace mutis por izquierda con María. Antes de salir dirige una mirada exploradora a Picapleitos).* Con permiso.

ESCENA XII

Agar, Picapleitos

Una vez que quedan solos, Picapleitos toma una silla y se aproxima a Agar.

PICAPLEITOS: Ante todo, Agar, discúlpeme que venga a hablarla así, tan de improviso, de un asunto que es práctico preparar. Pero creo que las circunstancias no son como para perder tiempo.

AGAR: Explíquese usted, nomás.

PICAPLEITOS: Usted conocerá ya, a fondo, su verdadera situación, después de lo sucedido.

AGAR: Sí. Todo lo que usted me pueda decir al respecto lo conozco, desgraciadamente.

PICAPLEITOS: Bien, eso me evita mayores explicaciones porque me hace suponer que usted será razonable.

AGAR: Y bien, hable usted.

PICAPLEITOS: Usted conoce mis vivas simpatías, por usted... señorita. Aunque las haya tomado a broma, todas mis palabras de interés y de afecto por usted eran sinceras, muy sinceras.

- AGAR: Y yo se las agradezco. Pero no me explico ahora a que vienen.
- PICAPLEITOS: *(Acercándose con la silla y cobrando alientos)* Se lo diré a usted, Agar. Yo siempre la he distinguido a usted y respetado debidamente. Las circunstancias, sin embargo, han impedido que antes que ahora le hablara con la sinceridad y con la seriedad, sobre todo, con que hoy lo hago.
- AGAR: Y hoy ¿por qué?
- PICAPLEITOS: Hoy... hoy, porque la veo a usted sufrir Agar. He comprendido lo doloroso de la situación y lo irremediable de su estado... y... como mi cariño por usted no ha variado, venía a ofrecerle a usted... mi protección, Agar.
- AGAR: *(Poniéndose de pie)* ¿Usted viene a ofrecerme su protección?
- PICAPLEITOS: *(Poniéndose de pie y recalcando las palabras)* Sí, y mi cariño Agar.
- AGAR: No obstante... lo que usted sabe.
- PICAPLEITOS: No obstante... lo que le probará toda la sinceridad de él.
- AGAR: *(Con intención visible de aplastarlo)* ¿Y usted está dispuesto a casarse conmigo?
- PICAPLEITOS: *(Como si le echaran un jarro de agua)* Sí... este... creo que no habrá inconveniente.
- AGAR: Pero ahora duda usted.
- PICAPLEITOS: No... no dudo... pero usted comprenderá que eso podría ser una vez que nuestro mutuo afecto se afirmara. Después... de lo sucedido... francamente.
- AGAR: Francamente, es usted un cínico.
- PICAPLEITOS: ¡Agar!
- AGAR: Sí, un cínico. Usted venía como de costumbre a echar el diente sobre los despojos que sobrarian a su amo. Como de costumbre en sus negocios leguleyos, viene usted a

sacar el último bocado, abusando de la situación irremediable que usted cree.

PICAPLEITOS: Pero... señorita.

AGAR: Viene usted a enmendar la ley con la camándula como usted dice. A hacerme su concubina después de haberlo sido de su patrón. Retírese, cínico, sinvergüenza.

PICAPLEITOS: Pero... Agar... Yo...

AGAR: Retírese usted... inmediatamente...

PICAPLEITOS: (*Retrocediendo hasta el foro*) Pero usted no me quiere escuchar.

AGAR: ¡Retírese. canalla! (*Picapleitos sale por foro corriendo y avergonzado*), ¡Canalla! ¡Qué vergüenza! Señor. ¡Qué vergüenza! (*Rompe en sollozos en momentos que aparece por la puerta de izquierda el Padre Alberto y María. Sorpresa en ambos. María corre a abrazar a su hija*)

ESCENA ÚLTIMA

Agar, María, Padre Alberto

MARIA: ¿Qué ha ocurrido, hija mía, qué ha ocurrido?

AGAR: Lo que tenía que suceder, mamá, lo que tiene que suceder. Que ya no soy solo la víctima de un infame, la cómplice de un adulterio, la pecadora despreciable, la madre que infama a su propio hijo. Ahora también soy el fruto de la codicia y del deseo de todo el mundo. Ahora soy la desgraciada a quién se ofrece protección en cambio de su... de su belleza. El instrumento de placer que todo el mundo busca, gratuito y sin consecuencias.

- P. ALBERTO: ¡Pero quién le ha dicho a usted eso... hija mía!
- AGAR: Ese hombre... ese que acaba de salir que viene a ofrecerse para infamarme más aún.
- P. ALBERTO: Pero ese hombre es un loco.
- AGAR: Ese hombre es como todos... o como casi todos, padre. Como lo serán mañana cuando mi hijo sin padre, vaya proclamando mi deshonra y mi ludibrio. No, mamá, no. ¡No quiero a mi hijo!... No lo quiero. *(Se echa a llorar en el hombro de María, desesperadamente).*
- MARÍA: *(Llorando)* Hija mía. Tenga paciencia.
- AGAR: No, mamá. ¡No lo quiero!... ¡No lo quiero!
- P. ALBERTO: *(Conmovido ante el cuadro, levanta los brazos al cielo)* ¡Bendito sea el Señor! *(Acercándose al grupo de Agar y María, de manera de quedar en el centro de la escena de frente al público. Mientras ambas mujeres sollozan intensamente)* Tenga usted fe en Dios y en su santa madre, hija mía. Acuérdesse que ella también sufrió los hondos dolores de una maternidad desgraciada y heroica.
- AGAR: ¡No!... ¡No quiero ser madre!
- P. ALBERTO: Eleve usted su pensamiento y su espíritu a la virgen santísima y ore conmigo, Agar. Ore usted conmigo. *(Con voz tranquila y sonora el Padre Alberto comienza, pausadamente, el Ave María)* Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres. *(Mientras el Padre Alberto pronuncia las palabras anteriores, Agar levanta su cabeza del seno materno. El Padre Alberto dice la última frase de la oración con acento vibrante y solemne)* ¡Y bendito es el fruto de tu vientre!

AGAR: *(Como transfigurada por la indignación y la pena no puede contener un grito, mezcla de imprecación y de sollozo)*
¡Mentira! ¡Mentira! *(Cae de nuevo sollozando sobre el hombro de María)*

TELÓN

el movimiento continuo

Armando Discépolo

> el movimiento continuo

Comedia en 3 actos.

Esta obra fue estrenada en el teatro Apolo el 28 de julio de 1916 por la compañía Casaux-Rosich-Mary. Fue dirigida por Joaquín de Vedia. La puesta en escena estuvo a cargo de Armando Discépolo. Colaboraron: Rafael de Rosa y Mario Falco. Actuaron: Felisa Mary, Susana Vargas, Carolina Torterolo, Enriqueta Castellanos, Honora Martínez, Salvador Rosich, Roberto Casaux, Juan Arriza, Arceno Mary, Juan Fernández, César Ratti, Francisco García, Gonzalo Palomero, Alberto Palomero, Carlos López y Enero Scotti.

PERSONAJES

DOÑA PEPA	Felisa Mary
PAULA	Susana Vargas
MARIETA	Carolina Torterolo
MANOLA	Enriqueta Castellanos
ROSITA	Honora Martínez
DON ANDRÉS GARCÍA	Salvador Rosich
JOSÉ ASTRADA	Roberto Casaux
SERAFÍN VEÑULI	Juan Arriza
ILDEBRANDO CASTAÑEDA	Arceno Mary
GARLOPA	Juan Fernández
FELIPE	César Ratti
DON LAUREANO	Francisco García
FRINGERIO	Gonzalo Palomero
ALMACENERO	Alberto Palomero

FOTÓGRAFO	Carlos López
AGENTE POLICÍA	Enero Scotti
APUNTADOR	Tomás Pardo
TRASPUNTE	Enero Scotti

ACTO PRIMERO

COMEDOR Y TALLER DE PLANCHADO. EL FORO, CON DOS VENTANAS Y PERSIANAS VERDES. CUANDO CONVenga, POR ENTRE ELLAS SE VE LA ACERA FRONTERIZA. EL LATERAL DERECHO (DEL ESPECTADOR) CON DOS PUERTAS QUE DAN AL INTERIOR DE LA CASA. EL IZQUIERDO TIENE UNA SOLA PUERTA QUE DA AL ZAGUÁN DE SALIDA. LA MESA FORRADA DE TRAPO. EN EL RINCÓN DE FORO DERECHO, LA ESTANTERÍA CON CORTINAS, EN SEGUNDO TÉRMINO IZQUIERDO UN CRISTALERO; EN PRIMER TÉRMINO, UN SOFÁ VIEJO Y VARIAS SILLAS DE SALA. ENTRE DOS VENTANAS, UNA CÓMODA CON CHUCHERÍAS, SOBRE LA MESA, ROPA BLANCA, APOYA PLANCHAS, UNA JARRA, ETCÉTERA. UNA MÁQUINA DE COSER Y DOS O TRES CROMOS REPRESENTANDO ESCENA DE ÓPERAS. UN CUADRO DE ALFONSO XIII. CANASTOS, UNO PARA ROPA SUCIA, OTROS PARA EL REPARTO. VERANO.

Paula plancha, Manola y Rosita en una ventana, curioseando..

MANOLA: *(A Rosa)* ¡Ahí pasan, che, ahí vienen!...

ROSITA: *(Saludando hacia fuera)* ¡Buenas tardes!...

MANOLA: ¡Qué dos! *(Ríen conteniéndose)*.

ROSITA: Quien los ve de guante y pamela...

MANOLA: ¡Y son dos patos! *(A Paula)* Avisanos si viene la vieja.

PAULA: ¡Sí, cómo no! ¡Voy a hacerles de campana ahora! Trabajen, que es mejor.

ROSITA: Oíla a la capataza.

- MANOLA: La oigo.
- PAULA: Es una vergüenza. Todo el santo día con el hocico pegao a las persianas.
- MANOLA: Mirá quien habla de hocico... el oso hormiguero.
- PAULA: ¡Lagartijas! (*Hace mutis*).
- ROSITA: Che, Manola, mirá quién pasa por enfrente.
- MANOLA: ¿Quién?... Ah, la profesora de corte, y qué corte que se da con esa pollera llena de chingues. (*Vuelve Paula. Intencionada*). ¡Adiós Castañeda!
- PAULA: (*Acudiendo*) ¿Castañeda, che? ... ¿Dónde?... (*Manola y Rosita ríen*) ¡Cascarillas!
- ROSITA: ¡Qué metedura! (*Adentro se oye cantar por doña Pepa aquello de "Soy casada y no puedo tenerte", etcétera*).
- MANOLA: ¡La vieja! (*Se ponen a la labor*).
- DOÑA PEPA: (*Aparece con una plancha, por segunda derecha. Canta a media voz. Plancha en su sitio. Pausa*). ¿Qué hora es, muchachas?
- PAULA: Las seis, casi.
- DOÑA PEPA: A entregar, entonces. Preparen. (*Manola y Rosita toman un cesto cada una y acomodan en ellos ropa blanca planchada que sacan de la estantería. Paula ayuda*). ¿Las facturas?
- PAULA: Allí. (*Señala la cómoda. Mutis segunda derecha*).
- DOÑA PEPA: (*Mientras revisa las cuentas*) Y a cobrar, ¿eh?... si no tampoco ustedes ven moneda esta semana, porque como dice el Carbuñín, avendo, potendo, teniendo, pagando. Tome (*da a Manola varias cuentas*), y non avendo, non teniendo, non potendo, non pagando. La cuenta es clara, Tome (*Da a Rosita las facturas sobrantes*). Y prontito, ¿no? (*Vuelve a su labor*). Con viento fresco.

- MANOLA: (*Devolviendo una cuenta*). Ah, doña Pepa, discúlpeme, pero a lo del boticario yo no voy.
- DOÑA PEPA: ¿Por?
- MANOLA: ¡Es un viejo insolente!
- DOÑA PEPA: ¿Qué te hizo?
- MANOLA: Me pellizcó.
- DOÑA PEPA: ¿Dónde?
- MANOLA: ¡En el mostrador!
- DOÑA PEPA: ¿En el mostrador?... ¡Qué me decís! (*Tranquila*) ¿Y no había gente?
- MANOLA: No. Estaba sola en la botica. A mí me da miedo.
- DOÑA PEPA: Vean al viejo mosca muerta. Apenas puede caminar... (*A Manola*). Jesús, lo hará de cariñoso.
- MANOLA: ¡Sí, cariñoso!... ¡Ja, ja!
- ROSITA: ¿Cómo no!
- DOÑA PEPA: ¿Qué, a vos también?
- ROSITA: ¡No, pero quería regalarme pastillas de urusú!
- DOÑA PEPA: ¡Bah! ¿Y qué hay con eso? Hubieras aceptado.
- MANOLA: ¡Diga, está fresca! ¿Y si tiene algo adentro?...
- DOÑA PEPA: ¡No seas infeliz, mujer! No ves que don Feliciano, por ustedes, le va a poner menjurje al ursusú, ahora. Bueno, si no quieren ir la mandaré a Paula. (*Aparte*). Que la atropelle si tiene coraje. (*A Manola*). Dejá la cuenta, la ropa y abur.
- ROSITA: (*Desde la izquierda*) Hasta luego.
- DOÑA PEPA: Y a ver si se me hacen por ahí un filo cada una, ¿no?
- ROSITA: ¡Sí, tan fácil! (*Mutis*).
- DOÑA PEPA: (*A Paula que entra*) Che, Paulita, llevale la ropa al viejo

boticario, ¿Querés? Esa es la cuenta. Son tres con veinte. Y atendolo bien que puede que ligués algo.

PAULA: En seguida. La ropa de Martínez también está lista.

DOÑA PEPA: Dejala. Que la vengan a buscar, si la quieren. Andá así nomás, que estás buena moza. (*Medio mutis de Paula*). Che, antes de venir cruzate hasta el almacén de Sebastián, el gallego germanófilo, a ver si Andrés se ha trezado a discutir de la guerra con su paisano. Esto de Verdún y Tresibonda es lo único que lo distrae de su bendito invento. Esperate. Si está, le decís que se acuerde que ha salido de aquí esta madrugada, a las cinco, con apenas un trago de café en las tripas, y que no ha venido a almorzar, y que su mujer se pregunta sin hallar contestación de dónde saca fuerzas para manejar el volante darle a la manivela pateadora de la carrindanga con que se gana apenas el sustento diario. Mirá, si lo ves no le digas nada. Tengo el presentimiento de que lo menos que se ha llevao por delante es a un agente de facción.

DOÑA PEPA: (*Plancha. Siente un picor en la espalda. Intenta rascarse, pero no alcanza con ninguna de las dos manos*). ¡Ay, pero que picazón...! (*No halla alivio*). ¡Ah! ¿Qué bicho será...? (*Huye por derecha a averiguarlo. Pausa Llaman en la puerta de la calle. Aparece doña Pepa*). ¡El sargento que viene a avisarme el choque!... Adelante.

CASTAÑEDA: (*En la izquierda, de jaquet y sin cuello*) Adiós, doña Pepa.

DOÑA PEPA: ¡Ah! ¿Es usted, Castañeda? ¿Para qué golpea, vecino? En las casas de negocio se mete derecho uno, aunque compre al fiao.

CASTAÑEDA: Comprar al fiao implica tener crédito y esto es un mérito, máxime cuando quien fía es persona tan simpática como usted.

DOÑA PEPA: Esa planchada con lustre también la apunto en su cuenta.

- CASTAÑEDA: No es planchada, doña Pepa, es justicia; no es planchada.
- DOÑA PEPA: Sientesé, don Ildebrando. Voy a cambiar el aminículo.
(*Mutis segunda derecha*).
- CASTAÑEDA: Atienda. (*Saca un pucho y lo enciende frotando la cerilla en el piso*).
- DOÑA PEPA: (*Con la plancha caliente*) ¿Sabe que no he podido planchar su muda?
- CASTAÑEDA: (*Impresionado*) ¿No están listos la camisa y el cuello...?
- DOÑA PEPA: Hay mucho trabajo.
- CASTAÑEDA: ¡Doña Pepa, usted me arruina!
- DOÑA PEPA: ¡Caramba, no ha de ser para tanto!
- CASTAÑEDA: ¡Cómo, señora! ¡Preciso ineludiblemente para esta noche cuello y pechera limpios! Siquiera el cuello... ¿no tendría por ahí un treinta y ocho?
- DOÑA PEPA: ¡A ver!... (*Rebusca en la estantería*).
- CASTAÑEDA: ¡Si no hay, soy hombre al agua!
- DOÑA PEPA: Y no hay nomás. He mandao todo... ¡Ah, sí...! Queda un palomita cuarenta y dos... ¿No puede arreglarse?
- CASTAÑEDA: ¡Señora, un cuarenta y dos!
- DOÑA PEPA: Sí, parecería un gajo en una maceta. No vaya al baile esta noche, pues.
- CASTAÑEDA: ¡Pero qué baile, señora, qué baile! Es mi trabajo, el buyón vulgar el que defiendo. ¿Cómo voy a lanzarme a la luz profusa con un cuello con ribete negro y la pechera llorona? En mi situación, eso sería el suicidio moral.
- DOÑA PEPA: Pero, ¿en qué anda usted que necesita tanto brillo? En seis meses que es mi vecino ha cambiao de oficio otras tantas. Lo veo “jailaf” como nunca. Bien planchao, con cadena... ¿a que es grupí?

CASTAÑEDA: Soy grupí.

DOÑA PEPA: ¡Válgame el olfato!

CASTAÑEDA: Pero a la alta escuela. Compró tres y cuatro mil pesos diariamente. Hago ascender objetos cuyo valor real es de cincuenta pesos, a doscientos. Entro un poco tarde a los remates, y no como Ildebrando Castañeda, sino como Carlos Piedracueva, personaje acaudalado a quien se le disputa la mercadería. Yo encapricho al interesado, lo enojo, lo ciego, llevo ese poder en el gesto despectivo, en el dedo índice, en la pechera y el cuello deslumbrante y en esta cadena de perro que me colgó el rematador, para que me crean.

DOÑA PEPA: ¿Y cuánto gana?

CASTAÑEDA: El tanto por ciento de lo que compra el otro. Lo malo es que quiero ganar mucho y como no me cuesta nada subir, subo, y las más de las veces me quedo yo con la mercadería... pero tiempo al tiempo y este dedo va a dar que hablar más que el dedo de San Martín.

DOÑA PEPA: ¡Por favor, Castañeda, guárdelo en el puño, que me pone nerviosa!

CASTAÑEDA: Pardon. (*Baja el índice con la otra mano*). Pedro, doña Pepa, ¡la camisita!... Esta noche tengo el remate del regio mobiliario del barón Pescoff y no puedo ir así...

DOÑA PEPA: No se aflija. Aquí está su ropita limpia, planchada y envuelta.

CASTAÑEDA: ¿No ve?

DOÑA PEPA: Era para saber nomás.

CASTAÑEDA: Jugando con las herramientas de trabajo. Ya me parecía... que mi colaboradora me dejara en la estacada. (*Tomando el paquete*) Bueno, doña Pepa, siga apuntando hasta el día...

DOÑA PEPA: Que usted se acuerde de mí y baje el dedo a tiempo.

CASTAÑEDA: Esta noche, entonces. *(Paula aparece en la izquierda)*.
¡Zas, el bagre!

DOÑA PEPA: ¿Te pagó?

PAULA: Sí. *(Con ojos solamente para Castañeda)* Buenas tardes, Castañeda.

CASTAÑEDA: ¡Adiós, simpaticona!

DOÑA PEPA: Dame.

PAULA: Tome. *(Le da el canasto)*.

DOÑA PEPA: ¿Qué me das, opa?

PAULA: ¡Ah! *(Le da el dinero y va a poner el cesto en su sitio)*.

DOÑA PEPA: ¿Estaba Andrés en el almacén?

PAULA: No. Estaba el Noy.

DOÑA PEPA: ¿El Noy?... ¿Te habló?

PAULA: Sí, que va a venir.

DOÑA PEPA: ¡Cruz diablo!

CASTAÑEDA: Yo me lo encontré esta tarde, pues, y me dio cita aquí para las seis. Ya me había olvidao también.

DOÑA PEPA: ¿Aquí?... ¡Adiós! Creí haberme curao de una enfermedad grave lo que hacía una semana que no aportaba, pero está visto que no hay felicidad que dure mucho. *(A Castañeda)*
¿Y le habló del invento, en fija?

CASTAÑEDA: Sí, a gritos.

DOÑA PEPA: ¡No te digo!

CASTAÑEDA: Pa mí que estaba un poco puntea.

DOÑA PEPA: ¿Punteao? Aguárdese, Castañeda, que voy a apagar la máquina, que con esto de la guerra el carbón vale lo que pesa en oro. *(Medio mutis. Ve a Paula que contempla a*

Castañeda) ¡Che, no te pongás en la corriente que te va a agarrar una tortícolis! Tomá... (*Dinero*) Comprame vinagre para la escarola.

PAULA: (*Rezongando*) Recién vengo de ahí...

DOÑA PEPA: Y bueno... me he olvidao. No se vaya, Castañeda, que me interesa. (*Mutis*).

Apenas quedan solos, Paula saca de un cajón de la mesa dos pañuelos muy planchados y se los brinda a Castañeda.

CASTAÑEDA: ¿Y qué es esto?

PAULA: Sus pañuelitos. Yo misma los planché.

CASTAÑEDA: ¡Ah!... (*Los toma*) Muchas gracias. ¡Y perfumados!...

PAULA: Con fleur de amour... (*Se ruboriza*).

CASTAÑEDA: ¡Ah, fleur de amour!... (*Remeda su mal francés*) Mi perfume favorito.

PAULA: Yo conozco sus gustos, Castañeda.

CASTAÑEDA: La elección de este perfume me lo demuestra. Paula... nunca han visto mis ojos espectáculo psicológico como el que están viendo. Su alma, cofre divino, posee las joyas ideales máspreciadas. (*Paula lo escucha embelesada*).

PAULA: Pero soy fea. Usted no habla de mi cara.

CASTAÑEDA: ¿Su escracho? ¿Feo? ¡No diga! ¡Que va a ser fea!... Claro que no te parecés en nada a Venus Afrodita, pero la belleza interior... la belleza interior... Vos sos, Paula, como las grutas infarolatas: lo lindo está adentro. Sos.... Como el queso provolone.

PAULA: ¿Y qué es eso?

CASTAÑEDA: Es un queso, producto de la bella Italia, que por afuera no interesa, pero apenas se parte se le ven correr unas lagrimitas aceitosas que dicen: “¡comemel!”.

- PAULA: *(Flechada)* ¡Castañeda! ¿Provolone?
- CASTAÑEDA: *(Aparte)* ¡Zas, se siente queso! *(Se le recuesta. Cuando el abrazo parece inevitable se oyen los pasos de doña Pepa).* *(Empujándola hacia el zaguán)* ¡La vieja, che! ¡Hacete humo! *(Mutis Paula).*
- DOÑA PEPA: *(Secándose las manos)* Cuente eso.
- CASTAÑEDA: Lo dicho. Esta tarde me lo encuentro al catalán Astrada en la Diagonal Norte. “A usted buscaba, don Ildebrando, como Diógenes al hombre, ¡porque usted es mi hombre!”, me dijo, y me dio un guantazo en el omóplato.
- DOÑA PEPA: ¡Siempre el mismo bárbaro!
- CASTAÑEDA: ¡Me traigo una combinación que ni el rey del petróleo! ¡La máquina es un hecho! ¡Va a haber oro a paladas! ¡Ristras de brillantes! Bolsas de esterlinas, y...
- DOÑA PEPA: Y chaleco de fuerza.
- CASTAÑEDA: Sí. Me pareció mucha plata junta, y para tantearlo, ahí nomás, le pedí dos pesos en voz baja.
- DOÑA PEPA: Plancha. Al suelo la montaña de oro.
- CASTAÑEDA: Ríase. Me pegó otro guantazo, me dijo que sólo llevaba canarios, que viniera aquí antes de cenar y disparó como un avestruz hacia la Plaza de Mayo.
- DOÑA PEPA: ¿Qué fanfarrón! ¡Si no tiene dónde caerse muerto!
- CASTAÑEDA: Yo sabía que don Andrés hace años busca el movimiento continuo, pero ignoraba que el catalán Astrada fuera parte interesada en el asunto.
- DOÑA PEPA: ¡Pero cómo no! De ahí mi antipatía, pues. Hace más de un año que Andrés, a mis ruegos, porque temía se enloqueciera, se había sosegao, pero un mal día conoció en el garage donde guarda la cafetera a Astrada, chofer como él. Intimaron, porque Dios los cría y ellos se

juntan, le mostró la máquina y el gallego no necesitó más que el entusiasmo en mangas de camisa del catalán para volver a las andadas. Y desde entonces, ahí los tiene. El Noy buscando cada día una nueva combinación fenomenal y a Andrés encerrao allí, (*Primera derecha*) en el laboratorio, dando cabezazos contra la máquina para hallar el movimiento inicial, la pieza que hará mover el armatoste, el huevo de Colón, como él dice: y no buscando plata porque ya no tiene a quién pechar, pero haciendo desaparecer en fragmentos bicicletas, gramófonos, relojes y cuanto mecanismo le cae a las manos y hasta el auto está deshaciendo porque no ve ya ni faroles, ni buzones, ni zanjas y no pasa semana sin que se lleve algo por delante. (*Llaman a la puerta de calle*). ¡El sargento!... (*Se asoma. Hablando afuera*). ¡Perdone! (*Volviendo a Castañeda*) ¿Y quién lo separa del Noy ahora? Andan noche y día juntos en no sé qué misteriosas excursiones a talleres y tacherías, mientras a mí se me angustia el corazón de preguntarme a dónde iremos a parar con el movimiento continuo. ¡Mal haya él y quien no lo inventó antes...! (*Llaman otra vez con un golpe seco y una voz grita: "Josefa García"*). (*Inmóvil de susto*). ¡Este sí que es el sargento...!

PAULA: (*Reapareciendo con un papel en la mano*). La cuenta del carbón.

DOÑA PEPA: ¡Ah!... Decile que vuelva el lunes. (*Mutis de Paula*). Ni ganas de pagar las cuentas tengo.

CASTAÑEDA: Tranquílcese. Está hecha una chispa. La desconozco.

DOÑA PEPA: Es que yo sola sé lo que cuesta un invento. (*Vuelve Paula*).

CASTAÑEDA: Bueno, doña Pepa... (*Toma su paquete*).

DOÑA PEPA: ¿Y usted qué piensa del movimiento continuo?

- CASTAÑEDA: ¡Que es cosa de locos!
- DOÑA PEPA: Es lo que yo digo. ¿No ve?
- CASTAÑEDA: Y después ¡sin un cobre! ¡En este mundo no se inventa nada sin moneda!
- DOÑA PEPA: Ah, no; eso se lo discuto. Un pobre, si tiene uña para eso, también puede descubrir...
- CASTAÑEDA: Los codos, doña Pepa, o las rodillas. Créame, para estas cosas, hace falta primero viveza, después aryant... aryant y aryant, y después otra vez viveza. Todo lo demás, jarabe de pico, chichones y canas verdes.
- DOÑA PEPA: A la verdad, yo empiezo a marearme.
- CASTAÑEDA: Y no es para menos. Vea, doña Pepa..., usted es mi amiga y la voy a ayudar. Cruzo a mi cuarto a cambiarme y vuelvo. Vamos a ver qué quiere de mí esta gente. Hablaré con don Andrés, y no soy el mismo Castañeda, si no consigo demostrarle que está bajo el dominio de una chifladura científica, de la que hay que despertar. Deje nomás en mis manos el asunto. *(Paula, embobada, escucha a Castañeda)*. Si usted me habla así antes, ya estaría tranquila.
- DOÑA PEPA: Si usted me ayuda en este trance, yo... *(Mirando a Paula intencionalmente)* quedo a la recíproca. Lo esperamos.
- CASTAÑEDA: Cinco minutos. *(Mutis. Saludan las dos desde la puerta izquierda)*.
- DOÑA PEPA: ¡Pero, decime, mujer infeliz! ¿No comprendés que Castañeda te farrea?
- PAULA: ¡Oh! ¿Acaso no soy digna de ser querida como cualquier hija de vecina?
- DOÑA PEPA: Pero, pedazo de... *(Transición)* Oíme, Paulita, no te encaprichés. Hace diez años que estás conmigo y te

conozco bien. No sos mala, pero sos pateadora, y eso es muy feo. Estás sola en el mundo, sin familia; se te ha tratado aquí como a una buena hija, un poco fea y rezongona, y no podés quejarte de tu suerte. Yo tengo el deber de avivarte. No llores, que los hombres no valen tanto y no te digo esto para apenarte, sino para que abrás bien los ojos y mirés para otro lado si querés acomodarte. Castañeda no es para vos. Castañeda te farrea.

PAULA: ¡No!

DOÑA PEPA: Sí.

PAULA: ¿Y cómo lo sabe?

DOÑA PEPA: ¿No ves que anda de yaqué?

PAULA: *(Sin escucharla)* Yo soy una mujer trabajadora, honrada...

DOÑA PEPA: ...limpia, y pará de contar.

PAULA: Con menos se entra en el cielo.

DOÑA PEPA: Pero sin Castañeda.

PAULA: *(Marcando el mutis por segunda derecha)* ¡No, con él!

DOÑA PEPA: Ciega... Yo sé cuándo una mujer se quema, ni los bomberos la salvan, pero te aviso. Mañana, cuando veas al diablo, yo... como Pilatos, che. Consejos no te han faltao. ¡Y andá a llorar adentro, mientras me lavás la escarola! *(Mutis Paula)*. *(Deja de arreglar los enseres de sobre la mesa)*. ¡Pobre muchacha! ¡Me da una lástima! ¡Le ha picao fuerte! ¡Tan fea, la pobre! *(Se le asoman lágrimas. Dominándose con un esfuerzo)* ¡Y es lindo querer, aunque haga llorar! *(Se suena la nariz para esconder las lágrimas. Andrés aparece en la izquierda)* ¡Andrés!...

DON ANDRÉS: *(Adelantándose, abrumado)*. ¡Hay para una semana de composturas!

DOÑA PEPA: ¡No te digo! ¿Te has hecho daño?...

DON ANDRÉS: ¡No, para mi mal!

DOÑA PEPA: ¡Clavao, mi presentimiento!

DON ANDRÉS: Por no arrollar a un pequeño que atravesaba la calzada, me llevé por delante una columna.

DOÑA PEPA: ¡Pero, Andrés, la tenés con el Anglo!

DON ANDRÉS: No, del alumbrado.

DOÑA PEPA: Para variar.

DON ANDRÉS: La rueda derecha delantera, añicos; la dirección, en dos trozos; ni un cristal sano; dos neumas en rajas; el chasis, acordeonao...

DOÑA PEPA: ¡Estamos arreglaos!

DON ANDRÉS: ¡El disloque, mujer!

DOÑA PEPA: ¡Es que las columnas están puestas en el medio de la calle para verlas!

DON ANDRÉS: (*Violentamente*) ¡No me regañes, te suplico, que no estoy para eso!

DOÑA PEPA: (*Afligida, pero cariñosa, como siempre que habla a Andrés*) ¿Y qué vas a hacer? Al taller se le debe la compostura anterior...

DON ANDRÉS: (*Con su idea fija. Mueve el índice de la mano derecha*). Sería cuestión de tranquilizarse y... (*Piensa, mirando el dedo*).

DOÑA PEPA: (*Mirándole el dedo*). ¡Estamos fritos!... La plancha no da.

DON ANDRÉS: ¡Que ha de dar! Vivir así, tú con la plancha echando el alma y yo con el volante echándola también, es aceptar la miseria, Josefa, ¡y esto es indigno de un hombre que se precia y tiene una idea entre frontal y ocipucio! ¿Es que se puede repicar y andar en la procesión? Esto que tengo en la cabeza...

DOÑA PEPA: Un chichón...

DON ANDRÉS: ¡No, mujer, no! ¡Hablo de la idea fija que me enceguece y que si no llevo a la práctica me chiflará!

DOÑA PEPA: ¡Ah, ese maldito movimiento continuo!

DON ANDRÉS: No lo maldigas, Josefa, que él te hará feliz y célebre: “¡La esposa de Andrés García!”. Está aquí... *(La frente)* ¡enfermándome, torturándome!... *(Transición brusca, como todas sus transiciones y que asusta a doña Pepa)*. ¡Y está dicho! ¡Dejo el auto y me encierro! *(Señala primera derecha)*. Y salgo de ahí con el invento acuestas y el mundo en la mano...

DOÑA PEPA: ¡O con un chaleco de fuerza, camino al manicomio!

DON ANDRÉS: ¡Cabal, camino al hospicio! ¿Pero si me acechara la casualidad?... ¿Si descubro el movimiento inicial?... *(El dedo)* ¿Si tropiezo con una fuerza desconocida, como tropezó Newton con la gravitación universal, viendo caer una manzana?... ¿Y si consigo atrapar y domar la tal fuerza, como atrapó Franklin la electricidad con una llave y un barrilete; o como la domó Volta, metiéndola en una pila, o como triunfó Stephenson, metiendo a la locomotora de vapor entre dos rieles? ¿Imaginas, mujer, a qué altura trepó?... Ríete de Fulton, de Edison y de Marconi...

DOÑA PEPA: ¡No tengo ganas de reírme, yo!

DON ANDRÉS: ¡Chiquillos! La mecánica no ha dicho su última palabra aún, y esto me lo sé muy bien yo, y la maravilla, como siempre, estará oculta en un simple movimiento... *(El dedo)* ¡El huevo de Colón!...

DOÑA PEPA: Decime, Andrés, y no lo tomés a mal... ¿No será una chifladura?

DON ANDRÉS: *(Sonriendo con superioridad)*. ¿Me llamas loco, Josefa?

DOÑA PEPA: Yo no he dicho tal cosa.

DON ANDRÉS: Tú confundes la locura con la perseverancia y la

clarividencia, y no te hago reproches. Muchos la confunden. Tranquilízate. Cuando yo digo que el todo depende del movimiento inicial, que será una tontera... soy el mismo Andrés García, sereno y en sus cabales.

DOÑA PEPA: Ya sé que estás en tus cabales. Lo que no quiero es verte como fiera enjaulada. Y lo que veo es que esto no progresa, al contrario, que va para atrás, como el cangrejo.

DON ANDRÉS: ¿Pero, como para atrás, mujer? ¿No está hecho todo?

DOÑA PEPA: La máquina no está terminada, según creo.

DON ANDRÉS: ¡Sólo falta una pieza!... (*El dedo*) La del movimiento inicial, y ésa está aquí. (*La frente*). Sólo que cuesta cara y no me la fían en el taller. El único obstáculo es el dinero... ¿no comprendes?... ¡El capital!... para abandonar ese armatoste (*Primera derecha*) imperfecto y construir la máquina ideal, (*La locura*) de precisión perfecta, de un ajuste tal que, dándole el primer empujón eche andar hasta la eternidad, asombrando al mundo civilizado!... ¡El dinero!... ¡Esa es mi desesperación!... ¡Si es para enloquecer que unos billetes sucios tengan que ahogarme aquí, entre cuatro paredes, desconocido, royéndome los puños, solo, abandonado de todos, hasta de los más entusiastas, hasta del Noy, que salió por esa puerta hace una semana, a buscar la salvación, y no vuelve! ¿Por qué?... ¿Se ha aburrido?... ¿Qué se ha hecho?... ¿Se lo ha tragao la tierra?

DOÑA PEPA: Castañeda lo vio esta tarde al Noy.

DON ANDRÉS: ¿Dónde?

DOÑA PEPA: En el centro, pateando, y le hablé de la máquina.

DON ANDRÉS: ¡Hubieras empezao por ahí, mujer! Yo aquí, entre ascuas, y tú... (*Va a salir*).

DOÑA PEPA: Eso es. Cruzate hasta la pieza de don Ildebrando, que

quiere charlar con vos. (*Alcanzándole la gorra*) Te olvidás la cabeza. En el cuarenta y cinco. Una piecita, al fondo...

DON ANDRÉS: Si viene el Noy, que me espere. (*Mutis. Doña Pepa lo sigue*).

Por segunda derecha entra Paula, trayendo un montón de ropa lavada. En silencio, la guarda en la estantería. Da luz.

MANOLA: (*Precediendo a doña Pepa y a Rosita*) Diga, ¡Qué tarde!... (*Dejan los canastos en su sitio*).

DOÑA PEPA: Diga, yo tendré la culpa, seguramente. ¿Pagó alguno?

ROSITA: (*Entregándole dinero*). Sí, doña Catalina y la escribana.

DOÑA PEPA: ¿Todo, che?

ROSITA: Sí. Ahí está la ropa. (*Por la que trae a planchar*).

DOÑA PEPA: (*A Manola*). Y vos, ¿qué cobraste?

MANOLA: ¡Ni medio; tengo una yeta yo! El de al lado del corralón dice que la otra vez...

DOÑA PEPA: Ya lo sabía. A ése hay que llamarlo "el de la otra vez". La que viene es la última. (*A Rosita*) ¿Vos querés algunos pesos?

ROSITA: Como quiera.

DOÑA PEPA: "¡Como quiera!"... Como si tu madre no precisara. Tomá. (*Dinero*). Llévale esto. (*A Manola*). A vos te di ayer.

MANOLA: Sí. Yo no quiero.

DOÑA PEPA: Es que no te voy a dar.

ROSITA: Hasta el lunes.

MANOLA: Ahí viene el Noy.

DOÑA PEPA: ¡Zas! ¡Cayó piedra...!

ASTRADA: (*Como un cañonazo*) ¡Buenas tardes! ¡Qué tal, qué tal, qué tal! ¡Aquí estoy! (*Se adelanta a zancadas. De la mano*)

¿Cómo está, patrona? ¡Paula! ¡Manola! ¡Rosita! (*Les estropea los brazos en cuatro tirones*). Me habrán estrañat in istos días, ¿no?

DOÑA PEPA: ¡Imagínese! Creíamos que se había muerto

ASTRADA: ¿Muerto? ¡No! (*Ríe grotescamente*). Quin estoy aún, parao adentro de las scarpas, y ¡malvinache Deu!... ¡a quién faré morir de rabia es a tots aquells que me quisieron mal!

DOÑA PEPA: Va a haber que agrandar la chacarita, entonces.

ASTRADA: ¡Non parlo de aquellos muertos, hablo de los morts que caminan!

MANOLA: Bueno, hasta el lunes.

ROSITA: Adiós.

DOÑA PEPA: Temprano, ¿eh?

ASTRADA: (*a Rosita*) ¡Viento en popa, niñas...! (*A Manola. Dos tirones del brazo*). Adiós, doña Inés del alma mea.

MANOLA: ¡Ay, diga...! (*Mutis detrás de Rosita*).

ASTRADA: ¡Caramba, qué delicada! Se yo fuera buen mozo le gustaría. ¡Con esa nariz no se puede ser más que un bruto! ¡Para que nadie proteste, voy a casarme con Paulite...! (*Está chispado*).

PAULA: (*Estirándose como si la levantasen del cabello*) ¡Ja, ja! ¡Chupate que estás de güevo...! (*Mutis por segunda derecha*).

DOÑA PEPA: ¡No se meta con la Paula!

ASTRADA: ¡Parece un pingüino...! (*Imita*) ¡Ja, ja! ¡Chupate que estás de güevo...! (*Ríe*). ¿Andrés no está?

DOÑA PEPA: No, pero va a venir. Siéntese.

ASTRADA: ¡No, que no podría con mis nervios! (*Anda*). ¿Y dónde se ha ido?

DOÑA PEPA: ¡Ahora va a venir, le he dicho!

- ASTRADA: ¡Bien, bien! (*Aparte*) ¡Qué pronto varen a cambiar...! (*A doña Pepa*) ¿Hay agua caliente, patrona?
- DOÑA PEPA: Y está como para desplumar... patos.
- ASTRADA: ¡El pato Noy! (*Ríe y muestra al público el bolsillo del pantalón, repleto. Aparte.*) ¿Qué satisfecho estoy de mí... y qué patada le preparo!
- DOÑA PEPA: Lo que no hay es yerba.
- ASTRADA: ¡Quina lástima!
- DOÑA PEPA: En esta casa, desde que se está por descubrir el movimiento continuo, ni el reloj camina. ¡Y a mí, la farolería jamás ha conseguido engrupirme, aunque me ha cabido la desgracia de tener que aguantarla a diario! (*Astrada se divierte. Llaman a la puerta de calle*) ¡Adelante!
- ALMACENERO: (*En la izquierda, con una gran canasta llena de paquetes*) Almacenero.
- DOÑA PEPA: Aquí no lo han llamao.
- ASTRADA: Entra. (*Sorpresa de doña Pepa*) ¿Has traído... todo?
- ALMACENERO: Sí, revise. (*Da una factura*).
- ASTRADA: Atraca y descarga. (*Señala la mesa. Lee en la lista*). Cinco kilos de yerba. (*Doña Pepa, muda, tiene un sobresalto a cada paquete*).
- ALMACENERO: Esta es.
- ASTRADA: Doña Pepa, ahí tiene yerba. Cinco kilos de azúcar. (*Va tomando los paquetes del almacenero*). Cinco kilos de mostacholes. Cinco kilos de café. Cinco kilos de fayols...
- ALMACENERO: Eso no traigo.
- ASTRADA: ¿No has traído los fayols? ¡Votu a Deu!... ¡Porotos!...
- ALMACENERO: ¡Ah, porotos sí!
- ASTRADA: (*Amenazándole*) ¡Mecachis!... ¡Una botella de coñac para

Andrés! Una de ginebra para Castañeda. Otra de carabanchel para mí y una de cacao (*brindándosela*) especialmente para usted, doña Pepa. Guárdala.

DOÑA PEPA: ¿Y a Paulita no le trae nada...?

ASTRADA: ¡A Paulita los fayols!

DOÑA PEPA: ¿Quiere explicarme qué es esto, Astrada?

ASTRADA: ¡Nada... farolería...! Cuando se acabe... (*por los artículos*) me avisa. (*Al almacenero*). ¿Cuánto es, Noy?

ALMACENERO: Veinticinco pesos.

ASTRADA: (*Extrayendo del bolsillo el rollo*) Cinco, diez, quince, veinte y cinco. Esto es para ti. Adiós.

ALMACENERO: (*Asombrado, mirando el peso*) Pero ¿un peso?...

ASTRADA: ¡Sí, para ti, animal! ¡Fuch! ¡Fuch!...

ALMACENERO: ¡Gracias! (*Mutis*).

DOÑA PEPA: (*Llamando*) Paulita. (*Más fuerte y enojada*) ¡Paula!

PAULA: ¿Qué?

DOÑA PEPA: Cebá mate para el Noy. Ahí tenés la yerba.

PAULA: (*Sorprendida*) ¿Qué es esto?

DOÑA PEPA: Después lo sabrá. Haga el mate primero. (*Mutis, Paula con la yerba*). ¡Astrada, explíqueme!

ASTRADA: ¡Muchigangas, bagatelas! ¡El mundo que empieza a cambiar! ¡Lo de abajo arribia y lo de arribia abajo!

DOÑA PEPA: ¿Se ve algún cometa?

ASTRADA: ¡Lo que vamos a ver es qué dicen todos aquellos que han hecho pifia de nosotros! ¡Ah, cómo mi vengaré de todas aquellas injurias que me han hecho...! De los paisanos incrédulos, de los colegas que nos tomaban el pelo, y sobre todo de la meva cuñada, aquella serpiente que envenena a mi hermano Pau. “¡Anda, mulo, alquila una casa estrecha para

que no quepe tu hermano Josef!... ¡Anda, mulo, comprame una cama de bronce...!”. ¡Y el mundo doméstico de mi hermano, en vez de darle dos coces, con las orellas pera adelante y la cola apretada, compra y carga el grano para ella y él se contenta con la paja...! (*Imita al paciente mulo*).

DOÑA PEPA: (*Asombrada de la imitación*) ¡Pero, qué bien hace el burro, Astrada...!

ASTRADA: ¡No tan bien como mi hermano!

DON ANDRÉS: (*En el umbral de izquierda, precediendo a Castañeda*)
¡Noy!

ASTRADA: ¡Andrés! (*Se abrazan emocionados*).

DOÑA PEPA: Bolívar y San Martín.

ASTRADA: (*Desprendiéndose*) ¡Andrés, en pocos días ho fat la obra de diez años! ¡Mira y asombrete! (*Arroja el dinero sobre la mesa*).

CASTAÑEDA: (*Aparte*) ¡Moneda!

DON ANDRÉS: (*Temblando, sin comprender*) ¿Qué es esto, Noy?...

ASTRADA: Arreglé mi cafetera abollada y la vendí por la mitá de lo que me costó. Pero sixto no es nada qui valga. ¡Lo gordo está aquin!... (*Saca un pliego de un bolsillo*). ¡Sábate, homo pusilánime, que si los vascos tiene gran forza de voluntad, “los catalanes de las piedras sacan panes!” ¡La cooperativa está formalizada!

CASTAÑEDA: ¿La cooperativa?...

DOÑA PEPA: (*A Castañeda*) ¿Qué es eso?... ¿Otra máquina?...

DON ANDRÉS: (*No puede creer*). ¡No me engañas!...

ASTRADA: ¡Acabarás de ser incrédulo, gran timorato! (*Golpeando el papel*) ¡Esta es la combinación fenomenal!... ¡Y ya no es una esperanza rosada e inútil, sino un fet fundado!

DON ANDRÉS: ¡Noy... explíqueme, por favor!... ¿Cómo has hecho?

- ASTRADA: ¡Home, porque no son tots idiotes en la vide... todavía hay yent spavilat que tiene su buchaca abierta pera un invento colosal como éste! (*Señala primera derecha*)
¿Quién no comprende, estando sano de cervell, que con quinientos pesos ganar quinientos mil es negocio?
- CASTAÑEDA: Los ciegos.
- ASTRADA: Bon; entre cien ciegos que vi encontré diez o doce iluminados que me escoltaron con la boca abierta. Les expliqué cómo se formaron en el mond las grandes compañías anónimes, con cuatro pobres diablos, por la unión del pequeño capital, y hete aquí a la máquina que empieza a dar frutos antes de estar concluida. ¡Ahí va la lista de los privilegiados! (*Lee en medio de los tres, que siguen ansiosos la lectura*). Serafin Venuli.
- DOÑA PEPA: ¿El Carbunín?
- ASTRADA: El mismo. Con seis acciones. Marieta, la mujer del Carbunín, con dos. Felipe, el ñato, también con seis. Figeiro, el motorman, con tres. Don Ramón, el panadero, cinco. Jaime, el hermano del panadero, cinco. Julián, el primo del panadero, tres. Garlopa.
- DOÑA PEPA: ¿Don Chichilo, el sastre?
- ASTRADA: Don Chichilo, que es tonto y se chupa el dedo gordo, se ha apuntao con diez.
- DOÑA PEPA: ¡Mañana lo saben hasta en la Mesopotamia!
- ASTRADA: Don Laureano.
- DOÑA PEPA: ¿Don Laureano? ¡Ah, criollo lindo!
- ASTRADA: Es el que menos traval ha dado. Los hermanos Ripios, con dos acciones cada uno y dos chafers que voy a convencer esta not. Además, una lista de probables que están si me caigo o no me caigo.

DON ANDRÉS: ¿Y a cuánto asciende?

ASTRADA: A más de mil pesos, con lo mío.

DON ANDRÉS: ¿Mil pesos?

DOÑA PEPA: ¡Mil pesos!

CASTAÑEDA: ¡Pero, notable, amigo! ¡Notable, soberbio criterio económico! ¡Cómo no van a caer, compañero, si éste es un golpe yanqui! ¡Bravo, amigo, bravo!

ASTRADA: ¡Bah, farolerías!

DON ANDRÉS: (*Señalando a Astrada*). ¡Cuando yo decía que éste era mi hombre! ¡Su buen ojo hasta descubre a Castañeda, el colaborador tan imprescindible que ni de medida! (*Abriendo los brazos*). ¡Noy, abrázame!

DOÑA PEPA: (*Aparte*) ¡Caramba, si se han metido todos esos amarretes por algo será! Cuando el río suena...

ASTRADA: (*Entregándole los pliegos*) Don Ildebrando, los papeles. Usté cálculos, libros, acciones, cartas, patentes y trámites generales.

CASTAÑEDA: ¡Pero, clavo! ¡A mi juego me llaman! Dispongan de mí en cuerpo y alma. ¡El movimiento continuo! ¡La novena maravilla! ¡Hay que festejar su advenimiento descorchando esas botellas!

ASTRADA: Para esto han venido (*Saca un tirabuzón del cristalero. Destapan*).

DON ANDRÉS: (*Invocando*) ¡Recién empiezan a creer!... (*Afloja ante tamaña realidad*).

DOÑA PEPA: ¿Qué es eso, Andrés, llorás?

DON ANDRÉS: ¡De alegría, Josefa! (*Llora, atrayéndola hacia sí*).

PAULA: (*Que ha entrado por segunda derecha, brindando un mate*). Primero usted, Castañeda.

- CASTAÑEDA: ¡Dejate de mate, ahora! Traé copas. *(Paula abandona el mate y saca copas del cristalero).*
- ASTRADA: *(Que ha llenado un vaso)* Bebe, Andrés, que el cognac conforta el espirít. *(Se lo brinda).*
- DON ANDRÉS: ¡No, que estoy ebrio de satisfacción!... Bebe tú, Noy... Bebe tú. *(Solloza a pesar de él).*
- ASTRADA: Más... ¡votu a!... ¿es para llorar?... Toma... *(Doña Pepa le indica que se aparte. Se obstina el Noy).* ¡Que esto cura!... ¡No llores!
- CASTAÑEDA: *(Apartándolo)* ¡Déjelo, che; déjelo que llore!... Es humano. Venga... tome usted.
- DON ANDRÉS: *(A doña Pepa)* Mujer, bien vale este instante todas mis penurias. ¡Un paso más... y el mundo será chico!... ¡Llora, mujer, llora, que por nada eres la esposa de Andrés García!... ¡Llora conmigo esta alegría!... *(Lloran).*
- CASTAÑEDA: *(A Astrada).* ¿Anís, cognac o ginebra?
- ASTRADA: *(Ahogado por la emoción)* Anís... Anís... *(Castañeda lo sirve. Bebe de un trago).*
- DOÑA PEPA: ¿Y cuándo vas a estar tranquilo, gallego?
- DON ANDRÉS: Es que quisiera reír, reír como un niño y no lo consigo... ¡Déjame llorar, que el motu perpetuo vale esto y mucho mas!...
- Llora Astrada, no resiste. Lo sigue Paula acercándose a Castañeda, se pone a hipar.*
- CASTAÑEDA: *(Frente al contagio y siempre en carácter)* ¡Lloremos!... *(Lágrimas. Situación).*
- ASTRADA: *(Brindándole una copa de cacao, ocultamente)* Doña Pepa... Agua de azahar.
- DOÑA PEPA: ¡Ah!... *(Bebe de un trago).* ¡Qué alivio!

- ASTRADA: (*Dando un puñetazo sobre la mesa*). ¡Malvinache!...
¿Estamos de velorio? Llorar ara que se acabaron las lats de nafte, los taxímetros, los calotes, las patotas y tots auquestes mals de cabeza. Vamos, arribi el espíritu. (*La copa en alto*)
Brinde por el día no lejano en que llamen a este callejón: Bulevard Andrés Garcie...
- DOÑA PEPA: Y señora...
- ASTRADA: Señora... y en el frente de esta case ponguen una plaque que digue en letras de bronce verde: "Aquí vivió Andrés Garcie; pobre, pero sabie".
- DON ANDRÉS: ¡Pon algo a tu nombre, Noy!
- ASTRADA: De esto se encarguerá l'histoire.
- DOÑA PEPA: (*Que se ha bebido su licor*) Yo brindo...
- ASTRADA: (*Sirviéndole*) ¡Aixó... aixó!...
- CASTAÑEDA: ¡Pida, doña Pepa, pida, que va a haber pa todos, si no arrebatan!
- DOÑA PEPA: A mí me gustaría una casita sin revocar, llena de enredaderas, y un gran fondo con árboles frutales de todas clases... y abajo los árboles, así, como al descuido, una chorrera de patitos como de algodón pintado de amarillo; más allá el gallinero de copetonas ponedoras y un gallito catalán... un cusquito chumbador y un lorito charlatán.
- ASTRADA: ¡Bah, qué barbaritat!... Pide patos de algodón en mez de pedir flamenco, pelicanes, cisnes de Australia o avestruces del África y un par de elefantes para divertirse. ¡Corte més grande! ¡No se quede chique! ¡Pide més! Pide un palacio amuplat a la moderne.
- CASTAÑEDA: ¡Eso! Modern Styl. Juego de sala de nogal de Italia; dormitorio de palosanto, marquetería de oliva, escritorio ferrocarril; alfombras de Smirna; gobelinos, cuadros,

arañas, macetones y demás... Comisión el diez por ciento... (*Se tapa la boca*).

ASTRADA: ¡E iremos a Barcelona!... ¡Ya veurán!... Andrés (*Lo despierta de sus cavilaciones*), te mostraré cosas que les dejarán bizcos: la Rambla, la columna de Colón, el Convento de Montserrat, el Tibidabo, el Paralelo. ¡E iremos a merendar a la Font de la Teula o a la Font de la Puda; o a la Font de la Magnesia! (*A Andrés*) Tú con la patrona; yo con una paia que se porta l'oil, que quiere decir, con una mine macanudes, y vosté... (*A Castañeda*)

CASTAÑEDA: No, che, por mí no se preocupe. Tengo fijada mi residencia veraniega junto a las cristalinas aguas de las playas de Quilmes.

DON ANDRÉS: (*De súbito, ansioso*) ¿Quiere usted ver el prodigio, Castañeda?

CASTAÑEDA: ¿Qué?

DON ANDRÉS: ¡La máquina! ¡El portento! (*Está en primera derecha*).

CASTAÑEDA: ¿Cómo no, hombre!

DON ANDRÉS: Es usted el primero que la ve. (*Abre*).

ASTRADA: ¡Vamos, que quiero darle un abrazo!... (*Mutis. Castañeda mira por la puerta abierta y exagera su asombro. Queda como mudo, gesticulando*).

DON ANDRÉS: ¡Pase amigo!...

CASTAÑEDA: ¡Esto es monumental!... (*Mutis*).

DON ANDRÉS: Entra, Pepa.

DOÑA PEPA: Voy. (*Mutis. Andrés se sirve cacao. Bebe*) ¡Cómo alivia!... (*Suspira*). ¡Bueno, sólo falta que esto camine... y del otro lao!... quién iba a creer que éstos se salieran con la suya. ¡Y cómo cambia el mundo!... ¡Hasta ayer echando los pulmones para sacarle lustre a un cuello por cero diez, y hoy... “¡Doña

Josefa García!...” (*Mira a todas partes y ve el cartel de “planchadora” que cuelga de los barrotes de una ventana*). ¡Ahí está!... ¡Si me habrá hecho juntar rabia el letrerito!... ¡Ah, pero cualquier día de éstos me enoja y se la doy! ¡Y no va a pasar mucho!... ¡Planchadora! (*Va a la reja y lo descuelga violentamente*). ¡Y ya se la di también! (*Lo rompe y lo arroja. Pausa. Reflexiona, pasado el arrebató*). ¿Qué has hecho Pepa?... ¡Me parece que has hecho una macana!...

TELÓN

ACTO II

LA MISMA DECORACIÓN DEL ACTO ANTERIOR, PERO LA MESA CON LA CARPETA Y EN EL CENTRO DEL ESCENARIO. EL TALLER DE PLANCHADO HA DESAPARECIDO Y EN CAMBIO DE VEN LISTONES DE MADERA, HIERROS, PIEZAS DE MÁQUINA, ETCÉTERA, MATERIAL QUE DA LA IMPRESIÓN DE UNA LABOR MECÁNICA.

Castañeda, a la mesa, escribe. Andrés y Astrada a sus lados. Doña Pepa detrás, empinándose para ver lo escrito, con un mate en alto.

DOÑA PEPA: (*Ofrece el mate a Noy*). Tome.

ASTRADA: Máquina maravillos... (*Sorbe y se quema*) ¡Votu a!...

DOÑA PEPA: Cuidado que quema.

ASTRADA: ¡En non hora avisa usted! ... ¡He dexado la piel de la lengua en la bombilla!...

DOÑA PEPA: (*Arrebatándole el mate*) ¡Ay, qué chanco! ¡Habrá que tirarlo ahora!

ASTRADA: Pues que disimule otro.

- DON ANDRÉS: Termine, Castañeda, así pasamos a otra cosa. No tengo tiempo que perder. *(Está pálido de insomnio, flaco. Es el inventor alumbrado por el genio)*
- CASTAÑEDA: *(Leyendo)* "...y secreto de construcción que sólo pertenece a su genial inventor don Andrés García y Planes y a su menos ilustre colaborador don José de Astrada. Señores éstos, ambos dos, que reconocen por la presente mis derechos legítimos en el cargo susodicho, o sea la administración general con el veinte por ciento de las ganancias líquidas. En Buenos Aires...". *(Escribe)*.
- DON ANDRÉS: Bien.
- CASTAÑEDA: ¿La fecha?
- ASTRADA: Veinticinco.
- CASTAÑEDA: Veinticinco. *(Firma y pasa el pliego a don Andrés para que haga lo mismo)*. Aquí, don Andrés. *(Don Andrés firma, Castañeda seca, solícito y pasa el pliego a Astrada)*. Aquí, don José...en la rayita.
- ASTRADA: ¿Cual?
- CASTAÑEDA: Esta, don José, la segunda pues.
- DOÑA PEPA: *(Acercándose)* Aquí te quiero ver, escopeta. *(Brinda el mate que ha limpiado y preparado a Castañeda. Astrada, con la lengua afuera graba en vez de escribir)*. No sé leer, pero escribir tampoco. ¡Caramba, qué firma! ¡Parece un alambrado de púa!
- ASTRADA: Antes tenía bona letra. El volante del automóvil mi ha arruinao el pulso.
- DOÑA PEPA: Debe ser así, porque maneja la lapicera como un freno de mano.
- ASTRADA: Patrona, la bona letre para escribir cartas a la novia. Después que se inventó la máquina de escribir, esto es un

chisme (*Por la lapicera*) que “non vulgui res”, no vale nada, “vui dire”.

CASTAÑEDA: (*Devolviéndole el mate*) Muy bueno, doña Pepa.

DOÑA PEPA: (*Llaman hacia fuera*) ¿Qué?... ¡Ah! ¿Ya no plancho más, señora! (*Mutis a charlar*).

CASTAÑEDA: (*Presentando otro pliego en el que ha firmado*) Aquí tienen el duplicado. Y muchas gracias. Les confieso que me traía preocupado de verdad el estado ambiguo en que me hallaba. Esto de trabajar en el aire sin documentación previa, tiene sus recovecos, ¿no?

ASTRADA: ¡Si, falta de confianza in nosaltres!

CASTAÑEDA: No....

ASTRADA: ¡No abrome, home! ¡Vosté se ahoga dentro d'un vas d'agua! Cuando le llamamos pera qu'entendiera con libros y números, le dijimos lo que iría en las ganancias... y... ¡las parols, parols sons!

CASTAÑEDA: En estos asuntos de intereses, mejor que “las palabras son las palabras” es aquello de “los papeles son papeles”. ¡Y, a mí, los papeles, amigo Andrade, los papeles!

ASTRADA: ¡St! ¡Non grite, home! (*Señala a don Andrés abstraído en sus meditaciones de inventor*).

CASTAÑEDA: (*Dando gran importancia al hecho*) ¡Ah, pardon!

Se apartan de puntas de pie. Doña Pepa aparece en la izquierda y estornuda fuerte. don Andrés se mueve. Los dos se abalanzan y le tapan la boca.

DOÑA PEPA: (*Echándose hacia atrás, asustada*) ¿Qué les pasa, hombres?

ASTRADA: ¿No ve, usté?... (*Le señalan a don Andrés*)

DOÑA PEPA: ¿Qué? ¿Está enfermo?

CASTAÑEDA: ¡No, está pensando!

DOÑA PEPA: ¡Ah!

ASTRADA: Convendría dejarle solo.

DOÑA PEPA: Ni que hablar hubo. (*Mutis por segunda derecha, por grandes precauciones*).

*Astrada y Castañeda, mudos, lejos uno del otro, esperan.
Pausa. Don Andrés despierta.*

CASTAÑEDA Y ASTRADA:

(Abrazándose) ¿Y? ...

DON ANDRÉS: Hace tres noches que no pego un ojo.

CASTAÑEDA: ¡Zas! Roncaba.

ASTRADA: ¿Dormido?... Pero Andrés, que van a venir los accionistas y tenemos que ajustar el volante nuevo.

DON ANDRÉS: ¿Ha llegado?

ASTRADA: No, pero hay que descolgar del eje al otro.

DON ANDRÉS: Esta mañana la maravilla ha andado sola, casi... ¡Seis minutos! ...con este volante de contrapeso equivocado. Apenas le ajustemos el nuevo y eche a andar... no se detiene jamás.

ASTRADA: ¿No habrá errado otra vez?

DON ANDRÉS: No. Estoy en el secreto: ochenta y un kilos seiscientos trece gramos de contrapeso.

ASTRADA: Si a este (*Señalando primera derecha*) se le aplica el contrapeso exacto, habríamos convencido a Ferrán. ¡Catalán más incrédulo!... Y a don Domingo (*Transición*) ¡Millor! ¡Ellos s'en van, d'altres en vindran!

DON ANDRÉS: Un error, Noy, un error. No soy infalible. Dejá, ya se convencerán todos los incrédulos (*Con una llave que saca misteriosamente abre la puerta del "laboratorio"*). ¡Ese será mi triunfo! (*Mirando hacia adentro*) ¡Nuestra querida máquina!

- ASTRADA: *(Consultando el reloj)* ¡Aquest volante que non arrivet! ... Sebastián se comprometió para las ocho.
- DON ANDRÉS: ¿Y qué hora es? ...
- ASTRADA: La ocho. ¡Vaia, al laboratorio! *(Mutis por primera derecha)*.
- DON ANDRÉS: *(Decidiéndose)* ¡Al laboratorio! *(Mutis)*.
- CASTAÑEDA: ¡Al laboratorio! *(Medio mutis)*. ¡Una ginebrita antes! *(Va al cristalero y se sirve)*.
- PAULA: *(Aparece por segunda derecha)*. ¡Bueno! ¡Tomá! Ciento tres pesos.
- CASTAÑEDA: ¿Ciento tres pesos?
- PAULA: Mis ahorros Yo quiero ser rica para que me ames más, Ildebrando.
- CASTAÑEDA: *(Con el dinero)* ¡Encanto! ¡Budín! ¡Ciento tres pesos! *(Sirviéndole)* ¡Tomá cacao, mi vida! ...Pero, ¿cómo me habías dicho semejante cosa?
- PAULA: Quería sorprenderte.
- CASTAÑEDA: Y lo has conseguido, pajarito. Pero mirá, dos días más y te quedas sin acciones privilegiadas. ¡Ciento tres pesos! ¡Tomá cacao!
- PAULA: ¡No... un beso!
- CASTAÑEDA: ¡Tomá, muñeca, tomá! *(Al besarla se apoyan en el cristalero y rompen una botella)* ¡Caray! ...
- DOÑA PEPA: *(Adentro)* ¿Qué has roto papanatas?
- CASTAÑEDA: ¡Decile que fuiste vos! *(Dispara por primera derecha)*.
- DOÑA PEPA: *(Apareciendo)* ¿Qué rompiste?
- PAULA: Quise tomar un poquito de cacao y se me cayó el anís.
- DOÑA PEPA: ¡No te digo cuando está Castañeda en casa, andas a los cabezazos con los muebles! Levantá esos vidrios... no sea

que se corte algún accionista esta noche. (*Paula obedece y mutis por segunda derecha*).

CASTAÑEDA: (*Apurado hacia adentro*) Tres minutos. (*A doña Pepa*) Voy a hablar por teléfono a las revistas para dar hora fija los fotógrafos.

DOÑA PEPA: ¡Ah! ¿Van a venir nomás?

CASTAÑEDA: ¿Y cómo le va? Para qué están las amistades entonces.

DOÑA PEPA: ¿A mí también me sacarán?

CASTAÑEDA: ¡Cómo!... ¡Me extraña, doña Pepa! “El genial don Andrés García y Planes, descubridor del moto perpetuo, y su digna compañera”. Hasta luego. (*Mutis*).

DOÑA PEPA: (*Piensa*) “Y su digna compañera”. No para nada he trabajado dieciocho años junto a él. (*Espía por el ojo de la cerradura de primera derecha*) ¡Como ha crecido esto! ¡Parece un buque! (*La puerta se abre de golpe. Apenas tiene tiempo de dar un salto y disimular*).

ASTRADA: Doña Pepa... ¡Ah! Patrona, atienda usted a los accionistas y aís cuando llegue el volante.

DOÑA PEPA: Descuide. (*Mutis Astrada*). (*Remendándolo*) “El volante”... Parece que se hubiera tragao un zapallo. (*Llaman*). ¡Adelante!

FELIPE: (*es un muchachón de veinticinco años. Nato su característica arrabalera no llega a ser exagerada*). Buenas. ¿Está el inventor?

DOÑA PEPA: Sí, señor. En el laboratorio. Pase. Siéntese.

FELIPE: Gracias. (*Se sienta. Pausa*).

DOÑA PEPA: ¿Usted es Felipe el ñato?

FELIPE: Sí señora. ¿Y cómo lo ha conocido?

DOÑA PEPA: Hombre, por la nariz, si no se ofende.

- FELIPE: (*Sonriendo*) Está bien, lo que está bien, está bien. (*Pausa*)
¿Usted es la mujer del inventor?
- DOÑA PEPA: ¿Y cómo ha calao eso? ...
- FELIPE: ¡Ps!... Por lo inteligente.
- DOÑA PEPA: ¡Me gusta!... Lo que está bien está bien (*Pausa*).
- FELIPE: (*Dándole la mano*) Tanto gusto. (*Pausa*).
- DOÑA PEPA: Tanto gusto (*Pausa*).
- FELIPE: Sí, soy ancionista.
- DOÑA PEPA: Lo felicito.
- FELIPE: Y, ¿qué tal?... ¿Camina la máquina?
- DOÑA PEPA: ¡Cómo no va a caminar!
- FELIPE: ¡Qué me dice?... ¡Fíjese! Yo hablé con los muchachos del garage donde guardo, como me pidió el Noy, pero la van de desconfiaos, hasta se ríen. Y algunos, los menos giles, van a rejuntrar moneda para hacerse ancionistas como yo del fenómeno.
- DOÑA PEPA: Y hacen bien. Que rejunten y se apuren, que ya no hay casi ancionistas porque hay pedidos hasta de la campaña.
- FELIPE: ¡Qué me dice!... ¡Fíjese! ¡Yo la palpitaba, eh! ... Cuando me habló el Noy del asunto, yo en seguida manyé la cosa. ¡Somo manco!... Tan es así que tenía esos ciento veinte peso que estaba amarrocando pal casorio y los metí en el fenómeno. Y como dice el Noy que esto va a dar tanto espor, yo pensé esperar un poco más y hacer un casorio como la gente, con sangüich, sidra y hasta comprarle un traje taller, para el civil, a ella, que se ha emberretinado con él, y quiero hacerle el gusto, porque la quiero.
- DOÑA PEPA: ¡Qué me dice!... ¡Fíjese!... (*Llaman*).
- ASTRADA: (*En primera derecha*) ¡El volante! ¡Ah! ¿Está ahí, ñato?

- FELIPE: ¿Cómo va? ¿Y?...
- ASTRADA: ¡Así! (*Ademán de macanudo*).
- DOÑA PEPA: (*En la izquierda*) Pase, don Chichilo.
- GARLOPA: Buena noche. (*Tipo de sastre meridional. Jaquet gris, muy planchado. Cadena y dijes sobre el chaleco ventrudo. Bastón de "jaif-laif" Mostacholis mirando al plafond y cabello a lo "Umberto"*).
- ASTRADA: ¡Adiós Garlopa!
- GARLOPA: ¡Chocá! (*las manos*) ¿Y?
- ASTRADA: La estamos preparando. Un momento. (*Mutis*).
- GARLOPA: ¿Cómo se encuentra, doña Pepa?
- DOÑA PEPA: No tan bien como usted, que anda de yaqué.
- GARLOPA: ¡Ah! No te asombra. Sono clavos que me dejan los clientes. Osté sí que está bien, fresquita como una lechuga, toda distinta de mi Carmela, que está más arrogada que pantalón de cambrona.
- FELIPE: (*Sonriendo*) ¡Ta bien señor, ta bien! Voy a apuntar el dicho pa largárselo a los muchachos.
- DOÑA PEPA: (*A Garlopa, que mira serio a Felipe*) ¡Bah, no ha de ser para tanto! Es que ustedes, los sastres, no ven más que arugas por todas partes.
- FELIPE: (*Sonriendo*) ¡Ta bien señora, ta bien! ... Ese también l'apunto.
- GARLOPA: Digamé...voy a ser curioso, ¿osté trabaja de apuntadore?
- FELIPE: ¿Yo? ...
- DOÑA PEPA: Se la dio el italiano.
- FELIPE: (*Sin saber qué replicar*) ¡Qué me dice! ¡Fijesé!
- DOÑA PEPA: (*A Garlopa*) Siéntese.
- GARLOPA: ¡Ah, no! ... (*Llaman*) Se me arruga el pantalone.

DOÑA PEPA: ¡Adelante! (*En la izquierda*) ¡Ah!, ¿Cómo les va?

Veñuli se ha vestido de gala. Pantalón acordeonado sobre los botines de elástico, sin brillo. Saco ancho, cruzado de arrugas y nuevo. Cuello palomita y embudo. Bigote grande y caído, cabello enmarañado y duro. Ello hace "pendant". Los dos sonríen con gran facilidad.

VEÑULI: ¿Como stá, señora?

MARIETA: Buena noche, misia Pepa.

DOÑA PEPA: Pase, Carbuñín. Pasen. (*Presentando*) Dos accionistas.

VEÑULI: ¡Ah! Ustede también istán metidú? ¡Tanto gustu! (*Saludos, etcétera*)

GARLOPA: Eh, nosotros ya ne conocemo.

VEÑULI: ¡Le veu!

DOÑA PEPA: Sientesé, doña Marieta. Aquí, Carbuñín, al lado de su señora...

VEÑULI: Señura, mi nombre es Serafín Veñuli.

MARIETA: Sigü.

DOÑA PEPA: ¡Ah como todo el barrio le Carbuñín!

VEÑULI: Ciertu, porque il nombre de trabacu. Cuando tengo la cuartilla de carbón a la custiya, shí...ma así..cuando stó in sochietá...

MARIETA: ¡Sigü!

DOÑA PEPA: ¡Ah, bueno discúlpeme! ¡Pero como yo no oía más que Carbuñín por aquí, Carbuñín por ayá! "A Carbuñín lo llevaron preso", "Carbuñín le pegó una patada a un preso que chumbaba", "Carbuñín se pelió con la tana aceitera", "Carbuñín pasó borracho como una cabra"... Yo creía que...

VEÑULI: (*Sonriendo*) ¡E per estu que le digo, duña Pepa, e mi nombre de trabacu!

- FELIPE: ¡Ta bien, ta bien!
- DOÑA PEPA: ¡Ah, bueno! Si es el nombre del trabajo, perdóneme, yo creí que era el de nacimiento.
- VEÑULI: ¡Valiente!... (*conversa aparte con Garlopa*).
- DOÑA PEPA: (*A Marieta*) ¿Y los muchachos?
- MARIETA: Lu chicu, al culequio.
- DOÑA PEPA: ¿Y los grandes?
- MARIETA: Eh... uno stá en casa, col carbón, el menor se fue a la cruscrisiún, el l'otro... ¡está a la cafúa!
- FELIPE: ¡Ah! ¿Lo encanastaron a Pedrín?
- MARIETA: ¡Shí, shí que lu encanastarun!
- DOÑA PEPA: ¿Y por qué, caramba?
- FELIPE: ¡En fija que una piña!
- MARIETA: ¡Eccu! ... Propio que l' anduvinau, per ina piña.
- FELIPE: ¡Tiene un brazo!
- MARIETA: ¡Eh, lo que tiene e para un mes!
- FELIPE: ¿Un mes?... (*A doña Pepa*) ¡Por una piña!... ¡Qué me dice!
- DOÑA PEPA: “Y...ta bien. Lo que ta bien, ta bien”.
- VEÑULI: (*A doña Pepa*) ¿E dun Andre un stá, que nun lo veo?
- DOÑA PEPA: Sí, cómo no. Está en el laboratorio, con el ingeniero catalán. Ya van a salir.
- GARLOPA: (*A Veñuli*) ¡Ah pero hay un ingeniero?
- MARIETA: Eh, arguyosa que debe estar una muquer cun un maridu come il suyo, doña Pepa. Invenve mí, con este testún...
- DOÑA PEPA: ¡Y dígame al Carbutín que invente algo!
- MARIETA: ¡Ah no sirve per estas cosas! Fijesé que ina vez inventé ina medida pel carbón. (*En voz más baja*) ¡Pa calotear a lo

cliente!, ¿sabe? ¡Y casi perdemos toda la clientela! ¡A osté sí que la envidia!

DOÑA PEPA: Nadie debe envanecerse porque tiene en la familia una lumbrera. Yo seguiré siendo la misma, a pesar de todo. Ya ve, con usted y con el que raye, así como si tal cosa.

VEÑULI: ¿Así que semu todo socios? (*Sonríe*).

GARLOPA: Esto es. ¡Yo tengo diez azzioni! (*Se da pisto*).

VEÑULI: (*Mirando a Marieta*) Nosotros tenemos sólo sei.

MARIETA: ¡Eh, mancu a dilu! Avendo, tenendo, potendo, comprando.

DOÑA PEPA: Y harán muy bien, pero van a tener que apurarse porque quedan pocas.

MARIETA: Ah, francamente yo estó contenta que Serafín ne compre una máquina del movimiento continuo, porque esta que tengo per coser me rompe las piernas.

GARLOPA: (*Sonriendo con superioridad*) ¡Ah, no!... Osté confunde casimire con l'arpiyera.

FELIPE: ¡Ta bien, ta bien!...

GARLOPA: ¡Ah, no! Está non e na máquina per cosere. (*Aparte*) ¡qué ñorante!... Esta e la máquina del moto perpetuo... Esta non e una máquina que se hace caminar con lo piede, ésta se hace funcionar con lo intelecto. ¡Qué ñorante!

VEÑULI: (*Dando un codazo a Marieta*) ¡Sta zita!... ¿nü stá a di ninti que ti fe brutta figua! (*Llaman*).

DOÑA PEPA: (*Asomándose*) Ah, un momento. (*Se se dirige a la derecha*).

ASTRADA: (*Abriendo de pronto*) ¿El volante?

DOÑA PEPA: Sí.

ASTRADA: (*En la derecha*) ¡Ahí está, Andrés! (*Se oculta por la izquierda*).

FELIPE: (*En la puerta*) Quiere que le dé una mano.

- ASTRADA: *(Adentro)* Sí. *(Mutis Felipe)*
- VEÑULI: ¡Aspetei que veñu mí ashí!... *(Se saca el saco. A Garlopa)*
E osté, socio, ¿No da una manitu?...
- GARLOPA: ¡Eh, no! ¡Esto sí ca no! *(Por la ropa que viste)* No estoy en
chirconstancia como osté ve.
- VEÑULI: ¡Discurpe, ne! ¡No me había ficao! Mí tampoco estoy
chiscortancia. *(Mutis)*.
- GARLOPA: *(Solo)* ¡Eh, no! ... ¡Aunque se me ofenda, esto no!
- ASTRADA: *(Afuera)* ¡Venga!... ¡Aguanta!... *(Descargan algo muy
pesado)* “¡Uh!... ¡Uuh!... Cramento cúme le presente”.
*(Andrés aparece en la derecha “todo ojos” para la pieza que
falta)*.
- GARLOPA: *(Abrazándolo)* ¡Don Andrea, bravo!... ¡Chento de cuesti
giorni!... *(Lo palmea)*.
- DON ANDRÉS: ¡Gracias, Garlopa!... *(Aparece una polea de gran diámetro)*.
¡Ahí está!... ¡Qué linda es!
- Avanza hacia ella, como ante una mujer querida y mucho
tiempo deseada. El contrapeso, cayendo, fuerza su círculo
y precipita hacia adelante a la rueda, a pesar de los esfuerzos
de los que la traen. Andrés la recibe en el pecho y no lo
derriba, apenas. A la rueda, liego de recomponerse.*
- ¡Mala!... ¡Me desconocés!... *(Ayudando)* Despacio...
Tratala bien... *(La hacen rodar hasta el umbral primera
derecha)* Amigos, gracias... Hasta aquí nomás.
- VEÑULI: ¡Eh, ya que estamu la yevaremu adentro!
- FELIPE: ¡Claro!
- DON ANDRÉS: *(Solemne)* No, gracias...Vamos. Noy. *(La introducen
entre los dos con grandes esfuerzos)*.
- VEÑULI: *(Poniéndose el saco)* ¡Pesa cume ina bestia!
- FELIPE: ¡Qué cacho e rueda! *(Llaman)*.

DOÑA PEPA: (*Acude de junto a Marieta*) ¡Oh, don Laureano!... Avance, ya me parecía que faltaba algo.

Don Laureano es un hombre de sesenta años. Gris de barba y cabello.

LAUREANO: ¡Qué va a faltar aquí estando usted, doña Pepa! Buenas noches, señores.

DOÑA PEPA: Siéntese, don Laureano. Ya va a salir Andrés. (*Presentando*) Estos señores son amigos, también, que como usted lo han ayudado en eso de la máquina.

LAUREANO: (*En general*) Ah, tanto gusto. Sí, yo también creo en la maquinaria y sé que don Andrés se ha pelao las cejas por inventar. Ha de ser cosa difícil, pero cosas peores se han visto en estos tiempos, ¿no?

GARLOPA: Esto es.

FELIPE: El aeroplano.

VEÑULI: El teléfono sensa fili ¿dónde me lo deca?

LAUREANO: Por eso. Vamos a ver. A veces, de dónde menos se piensa salta liebre.

DOÑA PEPA: (*Llaman y acude*) ¡Adelante!

FIGEIRO: (*Motoman como de 40 años. Gallego cerrado. Confundido al ver tanta gente*) Buenas noches, señora... ¿Está dun Andrés Jarcía?

DOÑA PEPA: Sí, señor, pase.

FIGEIRO: El noy Astrada...me citó aquí...Yo soy accionista.

DOÑA PEPA: Y yo la esposa del inventor. Está entre los colegas. Siéntese (*Saludos a la distancia y se sienta*)

CASTAÑEDA: (*Entra apurado*) Buenas noches, caballeros. Me hecho esperar, ¿no? Pero a la reclame y al periodismo hay que atenderlo. ¿Faltan accionistas? Ya vendrán. (*En general*) ¿Y los hombres?

- VEÑULI: Están en el consultorio.
- CASTAÑEDA: ¡Ajá! (*Lo palmea*) Un segundo. Seguida con tan grata concurrencia (*Mutis por primera derecha*). (*Reapareciendo*) Muy bien. (*Cierra la puerta*). Señores, vamos a presenciar el fenómeno. Ya van a salir los inventores. (*En medio de la escena*) Invito a ustedes a tomar asiento. (*Los accionistas toman asiento*).
- VEÑULI: Ah, ¿la va a traer aquí la maquina?
- CASTAÑEDA: ¡No, mi amigo! ¿Cómo cree usted? ¡Me extraña! Aquí sólo habrá un preliminar.
- VEÑULI: (*A Marieta*) ¿Cose?
- CASTAÑEDA: Perfectamente. (*A Felipe*) Tome una platea, che.
- FELIPE: No, ta bien. Yo estoy mejor en el paraíso.
- GARLOPA: Ta biene... ta biene... Voy a apuntare el dicho pe lo mochachos.
- FELIPE: (*A Castañeda*) ¡Qué me dice!...
- VEÑULI: ¡Fijese!
- DOÑA PEPA: St.... (*Por primera derecha*) ¡Ahí se abre la puerta! ... (*Gran Expectativa*) ¡Ahí se asoman!... ¡Ahí salen!... ¡Ahí salieron!
- Aparecen Andrés y Astrada, solemnes. Saludan con admiración*
- VEÑULI: (*Sin poder resistir el deseo de darle la mano*) Dun Andrea... mi... mi (*No hay caso*) ¡Me sun scurdao! (*Vuelve a su sitio renegado*).
- FIGEIRO: (*La mano*) ¡Andrés Jarcía!... ¡La Jloria lu juarde en sus jardines!
- DON ANDRÉS: ¡Gracias, Figeiro!... (*Señalando a Astrada*) A él. A él.
- FIGEIRO: (*Saludándolo*) Jusé Astrada... lu mismu diju: la Jloria lu juarde en sus jardines.

- ASTRADA: Signore García... (*Le estrecha la mano*). ¡El mundo intiero te está esperando co la planta de laurele!
- DON ANDRÉS: A él. A él.
- GARLOPA: (*A Astrada*) Lo felicito, hombre lochadore. E no te despegue nunca de este. (*Señala a Andrés*).
- FELIPE: (*A Andrés*) Te gusto de estrechar por primera vez la mano de un hombre estruido. Felipe Castro, el ñato, San Anotonio veintiuno veinticuatro.
- DON ANDRÉS: A él. A él.
- FELIPE: (*Mientras va a su sitio*) Chau, Noy.
- CASTAÑEDA: (*De pronto*) Señores... (*Se sientan todos precipitadamente. Un aplauso cerrado*). Señores... ¡les presento oficialmente a don Andrés García y Planes, el genial desenterrador del movimiento continuo del arcano de la naturaleza y José de Astrada, su menos genial colaborador! Señores... ¡he ahí, magníficos, a los dos fenómenos! (*A los accionistas*) ¡Un aplauso cerra! (*Lo obedecen y voces de "¡Bravo!", "¡Estupendo!", etcétera*).
- VEÑULI: ¡Bravo! ¡Bravo!
- CASTAÑEDA: (*Sin llevarle atadero*) ¡Señores!... (*Veñuli vuelve de un salto a su sitio*). ¡Quedáis en manos de la ciencia! (*Señalando a Astrada y Andrés*). ¡He dicho!
- Otro aplauso. Veñuli golpea el piso con el bastón. Astrada y Andrés dan a Castañeda un aplauso compulsivo.*
- DOÑA PEPA: ¡Pero, miralo a Castañeda!... (*A Paula*).
- PAULA: ¡Es un ángel, un ángel!
- FELIPE: ¡Que hable el Noy!
- VOCES: ¡Eso!... ¡Que hable! ¡Que hable!
- ASTRADA: No, ¡qué barbaritat! ¡Faré un papelón!
- CASTAÑEDA: No importa hombre, la cuestión es hablar.

- ASTRADA: ¡No, voy a meter la pate! Habla tú, Andres.
- DON ANDRÉS: No, primero tú. ¡Habla, Noy!...
- VOCES: ¡Que hable!... ¡Que hable!
- ASTRADA: (*Decidido*) ¡Diré cuatro astracanas! (*Aplausos. Impone silencio*). ¡Señores...no ha de ser Joseph Astrada, el catalán, que farà una planche per no mover la lingüe! ... ¡Yo no tingue facilitat de parol, pero si vosaltres paren ben les oreles... mi faré entendre con cuatro patades!... (*Aplausos*). Señores componentes: hay muchas carcamanes que anden diciende por ahí, a los cuatro vientos: “¿Qué te me van a descubrir estos pobres gates que no son profesores, ni tienen chapes en la puerta, ni tarjetas que diguen: ingeniere, ni nade? ¡Son unes chiflades, son unes rascubuches!” ... ¡Aquestes parols de les invidioses me han fat una bole que tingue aquin (*La garganta*) que no me sube ni me baixa!... Señores, yo opine que la prácticue vale más que la teoríe. Qué vale más un martille, una lime y un serruche desafilade, que mol libres de letre menude. Y que más que un charlatán ben hablade, vale un burro terque y traballador (*Por él*) Y a la probe me remite. (*Aplausos*) ¡Quede demostrade que la teoríe es macane de Miguel!
- CASTAÑEDA: (*De bastonero*) ¡Notable! ... (*Aplausos*).
- VEÑULI: ¡Bravo, sacramento!
- ASTRADA: ¿Y despois... quin nega que los grandes inventes son products de la casualitat?
- DON ANDRÉS: ¡Por ahí, Noy, por ahí!
- ASTRADA: ¿Cómo descubrió Franklin el pararrayos? ... Franklin, en un die de tormente, remonte un barrilete y en vez de ponerle una navaja en la cole, para embromar a los otros barriletos, cuelgue una llave. Cae un rayo contro la llave

y ¡Chisffs! ... ¡Chisffs!... ¡Chisffs! (*Imita al rayo*) ¡Y te me invente el pararrayo! (*Aplausos*)... ¿Y Papín? ... Papín, en una mañana de frío pone al fuego la pava para tomar mate y ve que la tape de la pava salta... (*Imita el ruido de la pava saltando*). “¿Qué hay aquí dentro, votu a Deu!”, dijo. Levante la tapa, mete el dedo, se quema, pega en el cráneo con la otra mano y dice “¡Eureka! ¡Este es el vapor! (*Aplausos*). ¡Y aquella vieja célebre que acariciando un gate negro para arriba y para abajo, ve que te me le salen chispas per la cole... y te me invente la electricitat! ... ¡Y aquel cocine que te me descubre una noche que el aceite es más liviane que el agua y te me invente la maripose!... ¿No son tots inventes de la casualitat?... Y éste... (*Por Andrés*) ¿note me sale ara inventando el movimiento continuo?

DON ANDRÉS: (*Interviniendo*) Invento que suprime a la electricidad, al vapor, a toda fuerza motriz, porque anda sola, ¡sin nafta, sin petróleo, sin leña, y sin carbón! ... ¿Y en qué consiste este colosal invento que los hará ricos?... ¡Es el huevo de Colón! ... Un balancín, una rueda con contrapeso que la tumba y ¡por propia fuerza asciende!... ¡Ese es el secreto amigos!

ASTRADA: Andrés, tengo la palabra yo...

DON ANDRÉS: Sólo me falta descubrir una piecita insignificante que dé el envión preciso para que cuando el contrapeso esté arriba le ayude a dar la vuelta una vez...y otra vez...y otra...y otra... (*Repite en la mente las vueltas visionadas*) Y esta rueda haga andar a la otra y a la otra y a la máquina entera! (*Aplausos entusiastas*).

ASTRADA: (*A quien le han tomado la palabra*) ¡He dicho!

CASTAÑEDA: ¡Vivan los inventores! Señores... ¡pasen a ver el fenómeno!

VEÑULI: ¡Dun Castañeda, me da cuatro acciones más!

- CASTAÑEDA: (*"Pela" un rollo de papeles*) ¡Cómo no! ... A mi juego me llaman.
- GARLOPA: ¡A mí me da ocho! (*Mirá a Veñuli*).
- CASTAÑEDA: (*Contando*) Soy en seguida con usted, señor de Garlopa. (*Da papeles y recibe dinero*).
- MARIETA: (*Aparte a Veñuli*) Serafín... ¡se sun tan buena, cómprese más, utariul!.. (*En voz baja*) Parece que quedan pocas...e se la vista un mengaña... Avendo, tenendo, portando...
- FIGEIRO: A mí deme dos.
- CASTAÑEDA: Dos al señor Figeiro, que también quiere ser rico.
- VEÑULI: Señor quererte, tré más.
- CASTAÑEDA: Tres a Veñuli.
- GARLOPA: ¡Cuatro! (*Se torear*).
- VEÑULI: ¡Do más!
- FELIPE: (*Solo*) ¡Qué me dice! ¡No tener moneda! ¡Esto es pan!... (*Mutis detrás de Astrada, Andrés, y Figueiro. Lo siguen Veñuli y Marieta*).
- CASTAÑEDA: (*Sigue embolsando*) Y usted don Laureano... ¿aumenta sus acciones?
- LAUREANO: Vea, amigo; yo no entiendo ni papa de todo esto. Yo le agradecería me borrara de la lista, porque no quiero darle un disgusto a mi familia cuando sepa que ando metido en estos enriedos.
- CASTAÑEDA: ¿Enriedos?
- LAUREANO: O lo que sea. Las cosas claras.
- CASTAÑEDA: Si la cosa es clara. Vea, se trata de construir la base para explorar una industria productiva por medio de la fusión de capitales fragmentarios en la forma de acciones privilegiadas y comunes y que anualmente rendirán un

dividendo elevadísimo en relación al capital invertido, las suyas son acciones privilegiadas.

LAUREANO: No ve que eso es más enredao todavía: vea, yo no admito privilegios de nadie, pa mi son todos iguales. Oiga, dígale a don Andrés que esos cincuenta pesos que le he dao, se los he prestao como amigo y que me los devuelva cuando pueda o cuando quiera, pero que de lo demás me borre. Yo no me meto en cosas de usura.

CASTAÑEDA: Venga, vea la máquina. Después hablaremos.

LAUREANO: Bueno, por curiosidad. (*Mutis de los dos*).

DOÑA PEPA: (*Colocando con Paula, botellas, copas y platos con masas sobre la mesa*). ¡Pero, qué modo de caer moneda! ¿Parece mentira tanta belleza! ¡Ay!... ¿Estoy nerviosa y no sé por qué!... Che, ¿dónde se sienta Carbunin?

PAULA: Aquí. Y aquí Castañeda. (*Suspira*).

DOÑA PEPA: Dejate de poner esos ojos de güevo duro y alcanzame la servilleta de Veñuli. Que se limpie con el pañuelo, si quiere. (*Va a guardar la servilleta*). Se la pasa por los mostacholis y le pinta un cuadro a la carboniya. (*Llaman*). Andá a ver quién golpea.

PAULA: (*De vuelta*) Son dos fotógrafos.

DOÑA PEPA: Hacelos pasar, infeliz. (*En primera izquierda*) Adelante. (*Aparecen fotógrafo primero y segundo o con una máquina cada uno*) Buenas noches. Pasen.

FOTÓGRAFO 1: ¿Esta es la casa del movimiento continuo?

DOÑA PEPA: Esta es. Ya creíamos que no venían. Y hubiera sido una lástima, porque están casi todos los componentes de la “Motu Perpetuo Company Limites”. Han pasado al laboratorio, a admirar la máquina maravillosa. Ya van a salir. Pero, sientesé...

FOTÓGRAFO 1: Gracias señora. *(A fotógrafo 2)* Preparamos, che.

FOTÓGRAFO 2: Sí.

FOTÓGRAFO 1: *(A doña Pepa)* ¿Es el Laboratorio?

DOÑA PEPA: Sí.

FOTÓGRAFO 1: *(A fotógrafo 2)* Sería bueno sacarlos saliendo...

FOTÓGRAFO 2: También.

DOÑA PEPA: Los van a sacar caminando.

FOTÓGRAFO 1: Sí, señora.

DOÑA PEPA: ¿Como en el cinematógrafo?

FOTÓGRAFO 1: No, señora. Apenas salgan, ¡chip! Una placa natural.

FOTÓGRAFO 2: *(A fotógrafo 2)* Secá el magnesio.

DOÑA PEPA: ¡Ah!...

El fotógrafo 2 ha parado su trípode junto a la puerta de izquierda. Fotógrafo 1 más hacia el proscenio. Enfocan la puerta primera derecha. Echan el magnesio en el plato. En el laboratorio anda la máquina.

¿A ver?... (Escucha). (A los fotógrafos) ¡Este es el movimiento continuo!... (Aplausos y aprobaciones entusiastas) ¡Yo soy la esposa del inventor!... (Se oye el chirrido de ruedas que giran sin aceite, movidas por un balancín) ¡Como ustedes ven, el fenómeno es evidente!... (La máquina tiene un tropiezo y vuelve a arrancar, luego otro, y otro).

DON ANDRÉS: *(Adentro)* ¡Cuidado!... *(Aumentan los saltos)* ¡Noy!

ASTRADA: ¿Qué le pase?... *(Gritos).*

CASTAÑEDA: *(Aparece de un salto)* ¡A mí, con la piolita!...

Castañeda atropella al fotógrafo y su máquina. Entonces se desploma el "fenómeno" en un trac formidable. Todos quieren salir de golpe. Ayes, gritos. Escena de confusión. Castañeda dispara a la calle.

DOÑA PEPA: ¡Andrés!...

Paula está aterrada. Felipe, Figeiro, maltrechos. Veñuli con Marieta desmayada en brazos. Garlopa con medio Jaquet. Don Laureano, con un golpe en la espalda. Astrada herido en cualquier parte. Andrés el último, ensangrentado, traído por doña Pepa.

¡Andrés!

DON ANDRÉS: *(Desfalleciente)*. ¡Nada mujer, nada!... ¡St!... ¡Silencio, por favor!... ¡No es nada!...

ASTRADA: ¡Malvinache!... ¡Se equivocó otra vez!... *(Siguen los ayes)*.

TELÓN

ACTO III

Aparecen sentados, lejos uno de otro: don Andrés, con la cabeza vendada; Astrada, royéndose las uñas; doña Pepa, con los brazos cruzados sobre el pecho; Paula, cariacontecida. Todo aquel entusiasmo es ahora perplejidad y confusión.

DOÑA PEPA: *(Luego de una pausa larga)*. A lo que nos ha llevao el movimiento continuo. ¡Ni con bueyes nos mueven! *(Pausa. A Astrada)* Vamos a ver, usted, el hombre de las grandes combinaciones...

DON ANDRÉS: *(Reproche)* Pepa...

DOÑA PEPA: ...Combine el modo de sacarnos de esta en que nos ha metido.

ASTRADA: ¡Claro, ahora resulta que yo debo cargar con la creatura morte!...

DOÑA PEPA: La creatura es hija suya. Usted engendró a la cooperativa

y usted la mata, pues, antes de que nos saquen los ojos, como los cuervos del cuento.

ASTRADA: Si no quieren entrar per razones. ¡Si es una manada de cocodrilos hambrientes!... Quieren la monede. ¿De dónde saqué yo la monede?...

DOÑA PEPA: ¡De la montaña de oro, pues!

DON ANDRÉS: (*Con ansia*) Pepa...

ASTRADA: (*A doña Pepa*) ¡Usté tire de la cuerda al ahorcade!... Este ha side un mal negocie, nada más. Ellos no entienden. Quieren monede. El únique que ha entendide aquí el negocie es Castañeda.

DON ANDRÉS: Ese...

PAULA: (*Gime*) ¡Ah!

DOÑA PEPA: (*Con un sacudimiento*) ¡No me lo nombre!

ASTRADA: ¡Crápula! En tres días lo he buscade per tots els rincons de Buenos Aires. Ni uno que se le parezca siquiere hay. ¡Oh, no es otarie, se ha escondide bien! Sabe que si lo encuentre lo desnude en la calle y así desnude lo mando al hospital. (*Ademán de golpearlo*).

PAULA: (*Gime*) ¡Ah!... (*doña Pepa se sobresalta*).

DOÑA PEPA: Sí, ya lo va a agarrar. Debe andar por los Balcanes, lo menos. Mirá al grupí pa disparar con plata ajena. Ni un cuarenta y dos lo alcanza.

ASTRADA: Doscientos pesos fresquitos colectados antes del desastre, aquella noche... ¡Caradura!

DON ANDRÉS: Eso no monta. Es su presencia... Sabía convencer tan hábilmente a esas fieras que...

PAULA: (*De pie*) ¡Ah, ya no volverá!... ¡Ya no volverá!... ¡Pobre de mí!... (*Mutis segunda derecha*).

ASTRADA: ¿Qué le pase a este pengüine?

- DOÑA PEPA: ¡Qué va a ser! El movimiento continuo que empieza a dar sus frutos. Va pa loca.
- ASTRADA: Una ducha, entonces. (*A Andrés*) En último case... ¡votu a!... ¡yo también sabría convencerles!... Me armo con un eje de coche y... en cuatro patadas se acabaron las fieres! ¡La letre con sangre entra!
- Afuera una turba de chiquillos titea a alguien que pasa. Se oyen gritos de "¡Jaja!", "¡El movimiento continuo!", "¡Jaja!", "¡Abajo!", "¡Abajo!". Sobresalto en escena.*
- DON ANDRÉS: (*A doña Pepa*) ¡Cerrá la puerta de calle!
- DOÑA PEPA: Está bien cerrada. (*Va a la ventana. Astrada y Andrés se arrinconan*). Carbuñín con una comitiva. ¡Cómo mira! ¡Si tuviera fuego en los ojos nos quemaría la casa! (*Los chicos gritan*).
- VEÑULI: (*Afuera mientras pasa*) ¡A mí un, sacramentu!... ¡A iyos!... ¡A iyos!... (*Los chicos callan. Se oyen ruidos de pasos que se alejan y los golpes acompañados del garrote contra el piso*).
- ASTRADA: ¡Se ha comprade a los chiques pera que no griten! ¡Malvinach!
- DON ANDRÉS: ¡Esto sí que no lo esperaba ver Andrés García!
- DOÑA PEPA: A esto hay que buscarle un arreglo inmediato. Esa gente está cansada de cuentos y no espera hasta mañana. Nos van a asaltar la vivienda y no dejarán títere con cabeza, y con razón. A usted me dirijo.
- ASTRADA: ¿Y qué quiere que haga yo?
- DOÑA PEPA: ¡Que rompa este bloqueo, pues! Ya no queremos ver el Paralelo, ni el Tibidabo, ni la fonda de la que nos corra el barrio y volver a trabajar tranquilamente, que para algo me habrá servido esta lección.
- ASTRADA: (*Dando un puñetazo sobre la mesa*). ¡Voy a ver a mi hermano Pau!

DOÑA PEPA: ¿Al mulo? ¡Lo va a patiar!

ASTRADA: No crea..., no es tan mulo...

DOÑA PEPA: ¿En qué quedamos?

ASTRADA: Un home despechade tot lo exagera... Mi hermano no puede dexarme en este barro sin remordimiento... Y mí misma cuñade, ten sus cosas atravesades...más no es tan serpiente. Ora que piense con frialdad, confese que yo también ho fat moltas macanes. Cuando yo estaba de fichador en el café y ella venía a espiarme, yo, por hacerla llevar del diablo, daba a los mozos más fiches, apropósito. Fumaba de treinte y convidaba a los amigos con bebidas legítimes, en lugar de darle falsificades, come hacían elles. Jugaba al billar y perdía yo, apropósito también, y hasta una tarde, malhumorade, hice en el pañe un siete así... y porque elle se puso a gritar tiré una bole y rompí e espejo en que se miraba a cada momento, y lo rompí apropósito. No es tan mala, quiere a Pau y defiende sus intereses. Y él tampoco... es mi hermano...Lleva mi misme apellido... Se llama Andrade... y está dicho tot.

DON ANDRÉS: Caramba, Noy...

DOÑA PEPA: Entonces, si es tan bueno, vaya a verlo. ¿Qué espera? ¿La carroza?

ASTRADA: Sí. Me decide. Yo he side un animal con elles...pero me arrepiente. Andrés... (*Le da una manotada*), no pienses más. ¡Estamos salvades!... ¡Cinque minutos!... (*Medio mutis*). ¡No haberlo pensade antes!... (*En la puerta*).

DON ANDRÉS: Apúrate, Noy. Yo no me atrevía a pedírtelo...

ASTRADA: Tranquilízate. Si dentro de diez minutos no estoy de volta... estoy arreglande con los accionistas. (*Los chicos le hacen un titeo: "¡Jaja!", "¡El movimiento continuo!", "¡Abajo!", "¡Jaja!"*. Se oye claramente a Astrada que amenaza). ¡Si agarre a uno, lo estrangule!

- DOÑA PEPA: ¡Vean esos chicos qué calor nos hacen pasar!
- DON ANDRÉS: ¡Qué sabe el vulgo de estas cosas! La labor honesta de diez años fracasada por un detalle nimio, en manos de... ¡No me preocupan los necios!
- DOÑA PEPA: ¡Andrés, cállate; no me des cuerda!
- DON ANDRÉS: ¡Que tú no me comprendes, mujer!
- DOÑA PEPA: ¡Lástima no haberte comprendido antes! ¡No seríamos los payasos del barrio y no hubieran escuchado mis oídos lo que han escuchado, y visto mis ojos lo que han visto!
- DON ANDRÉS: *(Se seca el sudor de la cara. Va a primera derecha. Mira hacia adentro por la puerta entornada y suspira).* ¡Y sin embargo!... ¡Pensar que todo esto irá a la quema!...
- DOÑA PEPA: ¡No, si lo van a llevar al museo! *(Llaman en la puerta de calle).*
- DON ANDRÉS: ¡Pepa, clama!... *(Escapa por segunda derecha).*
- DOÑA PEPA: *(Enérgicamente)* ¿Quién es?
- MARIETA: Soy yo, doña Pepa. *(Aparece).*
- DOÑA PEPA: ¡Ah! Adelante.
- MARIETA: ¿Come stá?
- DOÑA PEPA: Encantada de la vida. Sientesé.
- MARIETA: *(Con temor)* ¿Estamu solas?
- DOÑA PEPA: ¿Qué le pasa?
- MARIETA: ¿Dun Andrea stá in casa?
- DOÑA PEPA: Sí, pero no es visible ni con telescopio.
- MARIETA: Fortunadamente, porque se van a reunir ahora los sancionistas al café, y todo sajuntus, si no le devuelven la plata, peso sobre peso, van a dar a los inventore leñada sobre leñada.
- DOÑA PEPA: ¿Quién le ha contaó ese cuento?

- MARIETA: Hace media hora que Sherafin salió de in casa col bastón grande atao a la moñeca e me ha dicho: “Marieta, se a las dos de la mañana no stoy in casa, mandame el curchun a la comisería!”. E yo lo conozco, sabe; cuando stá in chuca se pone un animal... ¡e guay! E pior que su hico Pedrín. No puedo ni hablar porque a la primera palabra, con esta mano que tiene ¡Jú!... me la da... e ¡Jú!... me la da otra vé!... E pur esto que me soy venido hasta aquí, cayadita... cayadita... porque o pensau que entre muquere se intenderemo mecor.
- DOÑA PEPA: ¿Y?
- MARIETA: Y... osté que es ina persona de bun senso me dirá qué tengo que hacer...
- DOÑA PEPA: Bueno; aunque a mí no me gusta meterme en cercado ajeno, le voy a dar un buen consejo. ¿Sabe por qué le pasa a usted todo eso? Porque usted es una mujer sin energía; porque usted no se hace respetar; porque usted hasta se deja golpear. No se deje poner la mano encima y armesé de coraje, que, en este caso, quiere decir de un barrote de ventana y cuando él ¡ju!... se la da y ¡ju!... se la da otra vez, usted ¡ju!... por la cabeza y ¡ju!... ¡por el espinazo hasta que se canse!... ¡Y, sobre todo, trate de que el último “¡ju!” sea el suyo!... Ese es el consejo que le doy.
- MARIETA: Usté no me ha entendido, doña Pepa. Yo soy venido per salvar de ina pateadura a dun Andrea.
- DOÑA PEPA: Mire, doña Marieta, usted, por más buena intención que tenga, no salva a nadie. Yo le agradezco el aviso, pero me tiene sin cuidado porque Andrés está encerrao y porque no será el león genovés tan terrible como lo pintan.
- MARIETA: ¿Ma, osté no se asusta, antonce?
- DOÑA PEPA: ¡Qué me voy a asustar, mujer! Yo sé que en todo caso el que tuviera ganas de vengarse golpiando sabría dónde golpiar. Mi marido no los fue a llamar a ustedes.

- MARIETA: ¿Osté quiere referirse al Noy?
- DOÑA PEPA: Yo no me refiero a nadie...pero, aquí, si ustedes son víctimas, nosotros también lo somos. Y les aviso que estoy fastidiada, y que por tres pesos miserables que se deben no voy a dejar de ser la misma Josefa García, pobre pero altiva.
- MARIETA: ¡Nu son tre peso, son deciento vente!
- DOÑA PEPA: ¡Aunque sean diez mil! Esto no ha sido más que un mal negocio. Su marido, que por cierto no tiene un pelo de sonso, con doscientos pesos quiso ver la gruta infarolata, pero no le salió el tiro y se quedó ladrando a la luna. Ahora sale con el tirantillo atao a la muñeca y qué sé yo. Mire... si a las dos de la mañana no ha vuelto a su casa...
- MARIETA: Sí, le yevu el curchun; qué voy a hacer.
- DOÑA PEPA: No; se va al San Roque y pregunta en qué sala lo han puesto.
- MARIETA: Ista es una compadrada que me hace, doña Pepa.
- DOÑA PEPA: Aquí no hay más compadrada que la de su marido y su palo.
- MARIETA: El tiene que defender sos interese cume cualunque hico de vicino.
- DOÑA PEPA: Sí, ya sé cómo defienden ustedes sus intereses, robando carbón al vecindario. ¡Y como me tiene ya hasta el cuero cabeyudo, usted, le dice al mosca muerta de su marido que si no se tranquiliza voy a ir de puerta en puerta contando la de la medida falsa, para que los corran del barrio!
- MARIETA: (*Asustada*) ¡Ah, no... usté no me hará ista porquería, duña Pepa!
- DOÑA PEPA: ¿Qué no? ¡Ya que lo quieren, vamos a ver quién es más inventor aquí! ¡No faltaba más, hombre, que un ladrón

viejo como su Carbuñín, viniera a dárselas ahora de decente con nosotros, que, buenamente y sin segunda intención, quisimos descubrir el movimiento continuo y sólo hemos descubierto un nuevo modo de parar las patas!

MARIETA: Bueno, pero usted no hará esto que ha dicho, ¿eh?

DOÑA PEPA: ¡Dejemé tranquila, entonces, y vaya a decirle a su marido que se guarde el palo pa revolver la pulenta! Esa es la puerta de salida. Su casa queda dando vuelta la esquina.

MARIETA: Está bien, doña Pepa... Me voy, pero, ¡por el amor de Dios!... nu cuente aqueyu que se m'escapó per sunsa, e quedamo amiga come siempre.

DOÑA PEPA: Vaya tranquila.

MARIETA: Bueno... Adiós, Duña Pepa... *(Se vuelve desde la puerta. Obsequiosa)* ¿Le mandu ina cuartiya de carbón?... ¿Shí?...

DOÑA PEPA: Bueno, mándela nomás. *(Aparte)* ¡Me viene como de perilla!...

MARIETA: Hasta luego, ¿ne?... Que se mecure dun Andrea... *(Mutis)*.

DOÑA PEPA: ¡Estoy creyendo que esto se arregla como dice el Noy, con un eje de coche! *(Encaminándose a segunda derecha)*. ¡Energía! ¡Energía! *(Aparece Paula llorando)*. ¡Parece mentira que una vejancona como vos, lllore y se desespere por un pillo como ése, que se ha reído de vos hasta la oreja y se ha hecho perdiz!

PAULA: ¡El amor es ciego!

DOÑA PEPA: ¡Y Castañeda es un ladrón!

PAULA: ¡Dígamelo a mí!

DOÑA PEPA: ¿Qué?... ¿Qué te ha robao? ¡Hablá!

PAULA: ¡Todo!... ¡Usted no sabe!... ¡Ah, qué desgraciada soy!...

DOÑA PEPA: (*Creyendo otra cosa*) ¡Paula!... ¡Cantá!... ¡Cantá!... ¿Qué te ha hecho ese canalla?

PAULA: (*Gimiendo*) ¡Me ha engañado como a una inocente!

DOÑA PEPA: ¡Ay juna!... ¡Era lo que nos faltaba!... ¡Ah, perdida!...

PAULA: (*Como si la hubiera mordido un reptil*) ¡Avisé!... ¿Qué se cree? Me robó mi platita... ¡Ciento tres pesos! (*Llora*)

DOÑA PEPA: ¡Ah, mujer inorante!... (*Tranquilizándose*) ¡Creí que nos habías hecho un presente!

DON ANDRÉS: (*Apareciendo*) ¿Qué tiene ésta?

DOÑA PEPA: ¡Esta infeliz se ha hecho estafar de Castañeda todos sus ahorros!

DON ANDRÉS: ¡Oh!...

DOÑA PEPA: ¡Y bien merecido que lo tiene por terca y por amarrete con nosotros! ¡Juntá plata pa casarte... disgustos!

PAULA: ¡Un canario nuevito, don Andrés!

DON ANDRÉS: Pepa, llévate adentro a este esperpento y dale un baño.

PAULA: ¡Bañarme! ¡Cómo no! (*Mutis*).

DON ANDRÉS: ¡Esta acémila conseguirá volcar la gota que colme el vaso de mi paciencia!

DOÑA PEPA: También ese pillo le ha robao la plata y derrumbao su sueño.

DON ANDRÉS: ¡Su sueño!... ¡La pesadilla es ésta, la máquina que no anda!... (*El dedo*).

DOÑA PEPA: ¡Andrés!... (*Aparte*) Le voy a tener que cortar el dedo.

DON ANDRÉS: ¡Y sin embargo!... (*Llaman a la puerta de calle. Sobresalto de ambos*).

DOÑA PEPA: (*Enérgica*) ¿Quién es?

FELIPE: (*Afuera*) ¿Está el inventor? (*Andrés huye*).

DOÑA PEPA: *(Viendo cómo escapa Andrés)* Vean cómo me lo tienen al gallego, jugando a las escondidas. *(Llaman más fuerte)*. ¡Energía! *(Preparada para la ofensiva)* ¡Adelante!

FELIPE: *(En primera izquierda)* ¿Está su marido?

DOÑA PEPA: Está, pero es como si no estuviera.

FELIPE: ¡Ajá!

DOÑA PEPA: Porque está enfermo.

FELIPE: ¡Jú!... Así son. Cuando tenían que engrupirno, estaban todo sano y la iban de discurso y entusiasmo, ara que lo han engrupido a uno, están enfermo. Son como lo candidato a diputado.

DOÑA PEPA: Aquí no se ha querido engrupir a nadie. La desgracia...

FELIPE: Sí, al calote le llaman desgracia hoy día.

DOÑA PEPA: ¿Calote?

FELIPE: No tanto por su marido, sabe, porque al fin y al cabo cada loco con su tema, pero los otro... al Noy ése y al gran engrupidor de oficio, los tengo aquí *(En la garganta)* y a su marido también, ¡qué embromar, por emberretinao!... Este gil no entra por el aro y me devuelven lo que es mío o yo les saco ese berretín a estos engrupidores de la máquina maravillosa.

DOÑA PEPA: ¡Antes de sacar el berretín a nadie, usted se saca el suyo *(por la gorra que Felipe tiene puesta)* y se expresa como corresponde ante una señora!

FELIPE: ¡A mí me devuelven lo que es mío o va a arder Roma!

DOÑA PEPA: ¡Cómo estarán de miedo los bomberos!

FELIPE: ¡Ja!... ¡Fíjesé!... ¡Cómo se manya que es de la misma camada!... Paciencia. Bueno, al grano. Yo vengo en representación de todos los accionistas; mejor dicho, de todo los otario, para que alguno de éstos... se caree con

nosotro en el café y chamuye claro. Hace cuatro día que se vino abajo el cachivache ése (*primera derecha*) y no sabemos a qué atenerno. ¡Que vaye alguno, porque si no se arregla esto incontinentemente le vamo a hacer descubrir de vera el movimiento continuo, con música y todo!

DOÑA PEPA: La gente se entiende hablando y no como...

FELIPE: ¡Estoy hasta aquí de parola! ¿El Noy, dónde está?

DOÑA PEPA: Ha ido a ver a un hermano rico que tiene. Si consigue, se verá con ustedes.

FELIPE: Anda gambeteando, ¿eh? Con jabón. ¡Ju!... (*Astrada está en izquierda, escuchando*). Se la ve venir encima la montaña rusa, ¿no?

ASTRADA: (*Muy cerca de él, con ira*) ¿Qué montaña rusa?

FELIPE: (*Transición. Con miedo*) ¡Oh, al fin te veo, Noy!...

ASTRADA: ¿Cuál montaña ruse? (*Lo hace retroceder*) ¿La que te va a salir en la cabeza? ¡Te vas a pescar la trompada que no pude dar a mi cuñada!

DOÑA PEPA: ¡Por favor, Astrada, piense en la vecindá!

ASTRADA: ¿Qué busques? ¿Qué amenazas?

FELIPE: Te busco a vo. Estamos cansado de estar a la espetativa. (*Don Andrés se asoma. Doña Pepa lo echa y cierra la puerta*).

ASTRADA: ¡Siéntese, entonces, porque hay para rato!

FELIPE: No tanto por mí, sabé..., pero aquello hay que arreglarlo.

ASTRADA: ¡Noticie fresque!

FELIPE: ¡Están fulo!

ASTRADA: Yo también.

FELIPE: Pero, como ha dicho muy bien la señora, la gente se entiende hablando.

- ASTRADA: La gente, sí.
- FELIPE: Vo rajá y no se te ve...
- ASTRADA: ¡Yo raje porque vosaltres no sois yente! No han querido entrar per razones. Me llamaron cuentero del tío, a mín... ¡votu a!... ¡vosaltres!... ¡Yent malaide que quiso hacerse rique explotando a ese fenómeno (*señala segunda derecha*) y que ora, frente al primer inconveniente, recula! ¿Qué quieren? ¿Monede? ¡Vamos, que este es cómique!... ¿De dónde saque la monede, si la máquina está rota? ¿e quin me paga a mí? ¿Quin me compra la cafetera que vendí por la mitat? ¿Vosaltres?... ¡Vamos, que me faren rir! ¿Vosaltres no quieren seguir?
- FELIPE: ¡Qué esperanza!... (*Don Andrés se asoma y el mismo fuego de doña Pepa*).
- ASTRADA: Es lo misme. Con cien y pique, quisiste ganar quinientos mil y perdiste los cien y el pique, ráscate y embrómete, per usurero... Podés decir tot eso a los altres y... ¡cuentas arreglades!
- FELIPE: (*A doña Pepa*) ¿Qué me dice?...
- DOÑA PEPA: Y lo que está bien... está bien.
- ASTRADA: Ah, es muy linde ser rique de golpe, pero también es muy cómodo dejarlo a uno en el charco con la máquina a pedazos, la cabeza rota y la fama per il sol.
- FELIPE: Bueno, vos venís pal café y la chamuyás así. Queremo verte ayá... entre todo.
- ASTRADA: No. ¡Se me acabó la salive!
- FELIPE: Mirá, Noy, un consejo de amigo. Andá que conviene. Si vos no va, vienen ellos.
- DOÑA PEPA: ¡No, aquí no entra la Motu Perpetuo ni con dirigible!
- FELIPE: ¿Y entonce?... Te lo llevá a Castañeda y la conversan. De

la discusión sale la lú.

ASTRADA: (*Decidiéndose*) ¡Bueno!... Que me esperen dos minutos...
¡Y si de la discusión no sale luz, saldrán chispes!

FELIPE: (*Contento*) ¿Palabra? (*Le tiende la mano*). Chocá.

ASTRADA: (*Rechazándosela*) Guardala para trabajar que tú no serás
nunque rique.

FELIPE: ¿Por qué?

ASTRADA: Porque eres un timorato y llores por cien pesos miserables.

FELIPE: Cómo se manya que no te cueste ganarlos.

ASTRADA: ¡Votu a!... (*Felipe se va corriendo*).

DON ANDRÉS: (*Apareciendo*) ¿Y, Noy, cómo te ha ido?

DOÑA PEPA: ¡Como la mona!

ASTRADA: ¡No me hables! ¡Pates arriba!

DOÑA PEPA: ¡Siga la rueda y no se pare! ¡Estamos fritos!

DON ANDRÉS: (*Desesperado*) ¡Oh!...

ASTRADA: Me recibieron muy bien, con sonrises. “Ola, Noy; ¿tú por acá?”, me dijo Pau, gordo como un chancho. “Siéntate. María, trae café con gotes...”. La serpiente, que está más flaque que nunca, cuando trajo el café me dijo, coqueteando: “Ola, cuñado, ¿vienes a despedirte?... ¿Te vas a Barcelona?... Y ¿dónde dejaste el doble faetón o la lemusine?... ¿A la esquina?... ¿Por qué no hacés entrar a tu chofer?... Nosaltres somos yent democrátique y nos guste los hombres que traball...”. ¡Me hicieron una pifia sangrienta! Cuando dije que la máquina estaba en el suelo, se miraron asombrados... “¡No!”, “sí”, ¡entonces se rieron a carcajadas! Decidido a sacar tajade le pedí que me ayudara, y Pau, con gran sorna, me contestó: “La plaza de fichador está siempre pronte par mi hermane, apenas tinga la cabeza firme y se deje de macanes de Miguel...”

¡No le tiré la taza de café a la cara porque es mi hermano mayor, pero di una patada a la silla, escupí fuerte reventé como un cuete: ¡Casal de dromedarios! Ya verán quin soy yo... ¡Yent malaside!... Y le hice los cuernos... ¡Juij!... ¡Juij!... (*Los hace*) y me volví en tres brincos maladiciendo de la familia y toda la parentela...

DON ANDRÉS: ¡La última esperanza desvanecida!

ASTRADA: ¡Negar la protección a un hermano en un momento como éste!... ¡Es muy cómodo ser mi hermano así! ¡No, éste no puede ser mi hermano! Yo mandaré a averiguar a Barcelona, a ver quién es éste. Es un intruso que se ha apoderado de mi apellido y le está sacando provecho.

DOÑA PEPA: ¿Quedamos en que es un mulo?

ASTRADA: ¡Definitivamente!

DON ANDRÉS: ¡Yo estoy lelo!... No me sale del mate una idea salvadora ni por la herida. Yo soy hombre inútil en la borrasca, ¡y en ésta voy sin timón a estrellarme en la desesperación!...

DOÑA PEPA: ¡Como para retórica está la cosa! Vos no has servido más que para inventar el motu perpetuo (*Con un guiño*) ¡Figuritas a mí!

DON ANDRÉS: ¡Qué sabes tú lo que hay aquí!... (*La cabeza*) Como el vulgo necio, tú me reprochas hoy porque la máquina está como está, pero si andara, nadarías satisfecha en un río de oro que nada podría detener.

DOÑA PEPA: ¡Ni el manicomio!

ASTRADA: ¡Lástima grandel!... ¡Estaba tan bien pensade tot!... ¡La cooperativa, la moneda necesaria, el triunfo, las fiestas, el viaje... Barcelone, tot, no faltaba más que la máquina marchara sola!

DON ANDRÉS: El detalle insignificante...

- ASTRADA: ¡Lástime... lástime!...
- DOÑA PEPA: ¡Eh, despiértense y no se olviden de que estamos bailando en la cuerda floja!
- ASTRADA: Bah, no sea usted también una pusilánime. Este Noy no ha dejado de ser el mismo catalán de siempre, decidide y fuerte. ¡Sólo me había dormido convencido de que mi hermano, viéndome con la corda al cuello, me ayudaría, pero está visto que la familia es una molestia y no se puede contar con él! Ara estoy bien despierto, ¡y este asunto lo arreglo en cuatro patadas!
- DOÑA PEPA: ¡Válgale a mi buena estrella! ¡Este hombre todavía se tiene fe!
- ASTRADA: ¿Cómo no voy a tenerme fe? Lo difícil era hacer la cooperativa y la hice; deshacerla es más fácil.
- DON ANDRÉS: ¿Cómo, Noy, cómo?
- DOÑA PEPA: En cuatro patadas.
- ASTRADA: *(Sonriendo)* No. ¿Han oído decir vosaltres que el lobo se ablande frente a un violín bien tocado?... Bueno, yo les tocaré el violín.
- DON ANDRÉS: ¡Eso!
- DOÑA PEPA: *(Aparte)* ¡Lucido va a salir!
- ASTRADA: ¿Para qué se ha inventado la diplomacia, entonces, sino para convencer al ciego y al terco?... Yo voy allá, me presento, y con bons modals y parols fines les toco la corda sensible...
- DON ANDRÉS: ¡Eso, Noy, eso! ¡Ve y háblales! ¿Para qué sirven las violencias teniendo el hombre este arma de defensa que es la palabra?
- ASTRADA: ¡Claro!
- DON ANDRÉS: Anda y diles que el mal éxito es lo más probable en la vida, y que no han de ser todos caminos tapizados de

rosas, y que hasta las rosas tienen sus espinas. Diles que nosotros jamás hemos pensado en estafarles, sino en pagarles y con creces lo que han hecho por nosotros y que en último caso cancelaremos la deuda aunque sea a cinco pesos por mes.

DOÑA PEPA: (*Aparte*) ¡Tenemos para veinte años!

DON ANDRÉS: ¡Anda y háblales con dulzura, que nadie se resiste a ella, ni el pan duro!

ASTRADA: ¡Dejarme a mí y ya veurás, ya veurás! Tanto miedo y esta cosa es cose arreglade. Voy allá. (*Desde la puerta*) Doña Pepa, ¿hay chocolate?

DOÑA PEPA: En el almacén.

ASTRADA: Bueno, yo lo traeré. Prepare usted el agua caliente que vendré con las “fieras” a festejar la paz con un pocillo.

DON ANDRÉS: Ya sabes, Noy... (*Ademán de tocar el violín*).

ASTRADA: Déjame... les tocaré el violín.

DOÑA PEPA: (*Llamándole*) ¡Noy!... ¡Noy!...

ASTRADA: ¡Eh!

DOÑA PEPA: Lleve cuerdas de repuesto, por si acaso. (*Astrada hace mutis*)

DON ANDRÉS: Lo conseguiré. Este Noy tiene un Dios aparte. ¡Es un iluminado!... (*Se oye sollozar a Paula, en la derecha. Sorpresa*). ¿Qué es eso?

DOÑA PEPA: Llorando a Castañeda.

DON ANDRÉS: ¡Ah, infelice! (*Otra vez solloza*).

DOÑA PEPA: ¡Paula!

DON ANDRÉS: ¡Hazla callar, por el amor de Dios, que me trastorna esa mujer!

DOÑA PEPA: ¡Paula!... (*Mutis segunda derecha*).

DON ANDRÉS: ¡Acémila!... (*La sigue*).

*Manola aparece en primera izquierda y golpea las manos.
Pausa. Llama otra vez.*

DOÑA PEPA: (*Adentro*) ¿Quién es?

MANOLA: Yo, doña Pepa...

DOÑA PEPA: (*Apareciendo*) ¡Ah!, ¿sos vos? ¿Cómo te va, cachazaza? (*Se besan*)

MANOLA: Bien, ¿y usted?

DOÑA PEPA: De capa caída, che. ¿Te avisó Paula, no? Hiciste bien en venir. Sentate.

MANOLA: Así que...

DOÑA PEPA: ¿Qué?

MANOLA: ...la máquina...

DOÑA PEPA: ¡Ah!, ¿ya lo sabés?

MANOLA: ¡Uh, todo el barrio lo sabe! Diga, ¿y se vino todo abajo?...

DOÑA PEPA: En añicos, che.

MANOLA: ¡Qué yetta! Tanto trabajo...

DOÑA PEPA: Te equivocás. Ha sido una gran suerte porque... Pero, che, haceme el favor, ¡ni una palabra de la máquina! ¿Tu madre?

MANOLA: Bien, ¿y Don Andrés?

DOÑA PEPA: Mejorando del mate.

MANOLA: ¿Se hirió mucho?

DOÑA PEPA: No tanto como se merecía. ¡Qué chifladura fenomenal!... Ah, pero de ésta, hijita, salgo una mujer nueva. Paula te dijo que el lunes empezamos a trabajar, ¿no?

MANOLA: Sí.

DOÑA PEPA: Y esta vez, con la única y verdadera máquina del movimiento continuo, el brazo, che, motor incansable

cuando hay buena voluntad, y no se sueña con la montaña de oro. Vos la ves a rosita, claro. ¿No tiene ocupación?

MANOLA: No.

DOÑA PEPA: Bueno, dale la noticia y decíle que la preciso.

MANOLA: Diga, ¡qué lindo, ahora que viene el invierno, aquí encerraditas! ¡Si viera cómo extranábamos el taller!

DOÑA PEPA: Decímelo a mí, que desde que no plancho he rebajado diez kilos.

MANOLA: Diga. Le voy a avisar en seguida; si no, no la encuentro. ¡Se va a poner más contenta!

DOÑA PEPA: Sí, andá nomás, porque yo también tengo que hacer. *(Paula llora adentro).*

MANOLA: ¿Y eso?

DOÑA PEPA: La Paula, che, que anda “neurastenia”. ¡Paulita!... Mirá quién está aquí.

PAULA: *(Saliendo)* ¿Quién?

DOÑA PEPA: Manola quiere saludarte.

PAULA: ¡Ah! ¿Cómo te va?

MANOLA: Pero, ¿qué te pasa?

DOÑA PEPA: Un dolor de muelas que la tiene sonsa. ¿Verdá, Paulita?

PAULA: Sí.

MANOLA: Pero, ponete clavo de olor.

DOÑA PEPA: No le hablés de clavo, che, que le da más fuerte.

MANOLA: Si es bueno.

PAULA: ¡Ah, si supieras qué desgraciada soy!

DOÑA PEPA: Bah, ahora que volvemos a trabajar con Manola y Rosita...

MANOLA: ¡Claro! ¡Mirá qué farra!... Cuando empiecen a pasar otra

vez los papanatas, ¿te acordás? Castañeda con su yaqué. Cuánto hace que no lo veo. ¿Qué se ha hecho?

PAULA: ¡Ji!... ¡Ji!...

DOÑA PEPA: ¡Zas! ¡El dolor de muelas!... (*Aparte*) ¡No le hablé de Castañeda, por Dios!

MANOLA: ¡Ah!

DOÑA PEPA: Bueno, che, andá a verla a Rosita. Y temprano el lunes, ¿eh? No hagan como siempre.

MANOLA: No. Y no seas floja. Para ese dolor de muelas, cataplasmas, che. Hasta el lunes.

DOÑA PEPA: Que te vaya bien.

PAULA: ¡Ah, no! ¡Yo lo voy a encontrar aunque sea en el infierno! (*Mutis*).

DOÑA PEPA: Ahí puede ser que lo encuentres. (*Saca las planchas de la estantería*) Vean como se han “amojosao” los aminículos. Che. Paula, buscá papel de lija y piedra poma para limpiar los fierros. ¡Pero qué macana el movimiento continuo, teniendo esto pa ganarse el pucherete! (*Mutis. Después de una pausa. Toques fuertes de auxilio, fuera*).

Un momento de silencio y alguien atropella a la puerta de calle con gran ruido. Aparece el Noy, como sobreviviente de un derrumbamiento.

ASTRADA: ¡Malvinache Deu!... ¡Qué amasije!... (*A Paula que acude, seguida por doña Pepa y Andrés*). ¡Cierra la porte!... ¡Pronto!...

TODOS: ¿Qué hay?... ¿Qué pasa?...

ASTRADA: (*Casi sin poder hablar*) ¡Qué no han querido entrar per la dulzura! ¡Al reservade del café Ranoy no le ha quedade espejo ni mueble sane!... ¡Sillas, mesas, perchas, luz electricue, tot per el aire!...

DON ANDRÉS: Pero, ¿cómo has llegado a eso, Noy?...

ASTRADA: Fácilmente. Entré. Estaban tots sentades en file, con caras de perro. Carburín en el medie, con el garrote... Me miraba así... Aquello no era ya la Motu Perpetuo, sino un tribunal de guerra. Yo comprendí enseguida que más que cobrar querían romperle el alme y paré las orells. Empecé a hablar cariñosamente: “Carambe, un poco de paciencie... No tots son roses en la vide. También les roses tienen sus espines... Somos tots yents honrade... Los hombres se entienden hablando”. “¡No queremos discursos!”, gritaron. “Carambe, entonces, ¿si no quieren discursos, qué quieren?”. “¡La monede!... ¡Queremos ver la plate!”. Yo, entonces, Andrés, pera cambiar el ambiente desfavorable y dar un poco de alegría, hice un chiste. “¿Queréis ver La Plate? – dije–. Tomar el tren en Constitución y con 40 minutos...”. ¡No lo hubiera dicho!... ¡Se levantaron como leche hervide!... ¡Un vaso que me pasó silbando, rompió las hostilidades! Detrás del vaso vinieron proyectiles de mayor calibre y empezó el baile. Menudié patades, trompades... el palo de Carburín volteaba el aire que daba frío...; rompió la araña y nos dejó a oscuras. Yo aproveché la volada para escapar por la porta del patie y los dejé golpiándose entre ellos... ¡Ay, se me están enfriando los golpes!...

DOÑA PEPA: ¡Qué barbaridá!

DON ANDRÉS: ¿Y ahora, Noy?

ASTRADA: ¿Ahora qué? ¡Está tot arreglat!... Se han cobrade. Este es negocie conluide. (*En la puerta de calle llaman con tres golpes vigorosos. Cuadro. Se repiten los golpes*) ¡La policie!

VIGILANTE: (*Apareciendo*) Aquí se ha escondido un tal Astrada, ¿no?

ASTRADA: ¡Yo soy!

SARGENTO: ¡Acompañeme!

ASTRADA: En seguida. Tranquilícense..., esto no es nade. Andrés, dame esos treinta pesos que te quedan, ¿quieres? (*Mientras los toma*) Para la multa. (*Los guarda. Al Vigilante*). ¡Vamos!

DON ANDRÉS: ¡Y todo por culpa mía!

ASTRADA: (*Al Vigilante*). Un momento, cabo. (*Llevando a Andrés al proscenio*) Andrés... (*Con misterio*) Piensa... (*El dedo*) Busca el movimiento inicial... que... yo me traigo otra combinación... ¡mejor que ésta! (*Andrés, emocionado, le estrecha las manos. Al Vigilante*) ¡Vamos! (*Gritos afuera*) “¡Jaja!”, “¡El movimiento continuo!”, “¡Cana con los locos!”, “¡Locos!”. (*A Andrés*) ¡Nos llaman locos! ¡Como a Stephenson, como a Galilei Galileo!

DON ANDRÉS: ¡Como a Peral!...

ASTRADA: (*Al Vigilante*) ¡Vamos, sargento!

TELÓN RÁPIDO

gracia plena

José González Castillo

> gracia plena

Pieza en tres cuadros

Estrenada en el Teatro de la Ópera, por la Compañía Vittone-Pomar el 6 de junio de 1919.

Reparto del primer cuadro

PERSONAJES

MARÍA TERESA

LA “GATA” MECHA

LA “PIBA” SARITA

LA “GILA”

“LYDA BORELLI”

“PETIT SUISSE”

UNA FÁMULA

EL “TONY” REBOLLO

EL DOCTOR GUTIÉRREZ

JUAN CARLOS

“TREINTA MANGOS”

EL “ÑATO” PÉREZ

MILTON

EL “TANO” FELIPE

JUGADOR 1

JUGADOR 2

JUGADOR 3

MÚSICOS

BAILARINES

CUADRO PRIMERO

UNA SALA SENCILLA, ARREGLADA CON FEMENIL ESMERO, PREDOMINANDO EN LOS MUEBLES, CORTINADOS, ETCÉTERA, UNA CRETONA FLOREADA.

UNA CHAISE LONGUE A LO LARGO DEL BALCÓN Y UNA MESITA FRENTE A LA PUERTA IZQUIERDA, SILLAS, SOFÁS, SILLONES, ETCÉTERA. DOS PUERTAS AL FONDO. UNA AMPLIA PUERTA Y EN SEMIOCHAVA A LA IZQUIERDA QUE DA AL VESTÍBULO (AMUEBLADO) Y AL FONDO DE ESTE, VISIBLE DEL PÚBLICO, EL ASCENSOR. A CONTINUACIÓN, LA OTRA PUERTA, TAMBIÉN AMPLIA, QUE DA A UNA PIEZA DONDE SE JUEGA. UNA LÁMPARA CON PANTALLA PROYECTA LA LUZ SOBRE LA MESA QUE RODEAN CUATRO JUGADORES. A LA IZQUIERDA, OTRA PUERTA, QUE DA AL INTERIOR. A LA DERECHA, AMPLIA VENTANA CON BALCÓN A LA CALLE.

DERECHA E IZQUIERDA DEL ESPECTADOR. UNA LIGERA PENUMBRA ENVUELVE LA SALA, AL LEVANTARSE LA CORTINA. LA LUZ DESTACARÁ LA PIEZA DEL FONDO EN DONDE JUEGAN AL PÓKER, JUAN CARLOS Y JUGADORES 1, 2 Y 3. EN EL VESTÍBULO SE HARÁ LA LUZ CUANDO LA LÁMPARA DEL ASCENSOR LA PROYECTE..

Mecha y María Teresa

Se advierte la luz del ascensor que sube y se detiene después.

MECHA: *(Por el vestíbulo, después de dejar el ascensor, quitándose los guantes y el sombrero) ¡Jesú, qué oscuridad!... (Enfrentando a la puerta izquierda) ¡Pero... María Teresa!... ¡Ni siquiera fuiste capaz de abrir la celosía! (Encaminándose a hacerlo) Es inútil, no puedo faltar un momento de casa...*

MARÍA TERESA: *(Que aparece por izquierda) Fui a hacerlo más de una vez, Mecha; pero, desde anoche duermo uno, ahí... No sé quién es.*

MECHA: *(Abre la celosía: luz tenue. Da vuelta la llave y se hace plena luz). Si es el Ñato Pérez, hija...*

MARÍA TERESA: *No lo reconocí. Viene tanta gente extraña a esta casa... (Al medio mutis).*

- MECHA: (*Irónica*) ¿Qué querías?... ¿Un convento?... Este Ñato, que donde se sienta, la duerme... (*Sacudiéndolo*) ¡Che!... (*Pausa*). ¡Che, Ñato!... ¡Ñato!...
- JUAN CARLOS: (*Desde la mesa de juego, sin volver la cara*). ¡Che, Gata!... ¡Mecha!...
- MECHA: ¿Qué querés, Juan Carlos?...
- JUAN CARLOS: ¡Hacé traer café, andá!... Hace bastante rato que no se ve a nadie por acá.
- MECHA: ¿Y el Tony... y la gallega... dónde andan?
- JUAN CARLOS: (*Impaciente*) ¿Me lo preguntás a mí?
- MECHA: ¡Parece mentira!... (*Sacudiendo nuevamente al Ñato*) ¡Che!... ¡A ver, pues!... ¡Ñato!... (*Lo sienta*).
- ÑATO: (*Bostezando*) ¿Qué hora es?
- MECHA: Las siete, pasada.
- ÑATO: ¿De la mañana?
- MECHA: De la tarde, hombre.
- ÑATO: ¿De que día?
- MECHA: ¡Andá a freír papas! (*Se va al interior, izquierda*).
- ÑATO: (*Incorporándose y a los jugadores*) ¡Hola!
- JUAN CARLOS: (*Con extrañeza*) ¿Y vos?... ¿De dónde salís?
- ÑATO: Me recosté un rato y me quedé dormido. (*Saca el reloj*) ¡Araca! ¡Qué modo de atorrarla! ¿Y ustedes?... ¡Desde anoche a las diez! (*Cuenta con los dedos*). ¡Veintiuna horas que están prendidos!
- JUAN CARLOS: ¡Por fin, ligué! (*Volcando las cartas*).
- JUGADOR 2: ¡Póker de ases! (*Por el juego de Juan Carlos*).
- JUGADOR 1: (*Orejeando las caras*) Esperate... (*Tendiéndose*) ¡Escalera real!
- JUAN CARLOS: (*Iracundo al Ñato*) ¡Por vos, jetta...! ¡Salí de ahí!...

- ÑATO: (*Burlándose*) Con razón, tantas horas... ¿Vas metido, no?... Por eso no largás.
- JUAN CARLOS: (*Amenazándole con un cenicero*) ¡Espiantá, te digo!... (*Los otros le sujetan el brazo*).
- ÑATO: (*Al medio mutis*) ¡Pá qué juega, si se estrila cuando le piantan la moneda!...
- MARÍA TERESA: (*Por izquierda*) ¿Qué pasa?
- ÑATO: Nada... Su marido, que tira la bronca por que pierde. Y perdiendo él, ya se sabe, hay un jetta, el primero que caiga. Caí yo...
- MARÍA TERESA: ¿Cuándo dejarán esa partida?...
- ÑATO: (*Hace un mohín y se encoje de hombros*). (*Consultando el reloj*) Superior. Llegaré acabando el vermouth tango. Si la vieja ha sacao con el copetín pa morfar, ñoquis al pesto en el bodegón italiano. Si no... a la lechería: feca con chele con corroma y cateman.
- MARÍA TERESA: Dígame, Pérez: ¿No le da... pena que su mujercita se arruine la salud en el cabaret por ganar cincuenta centavos en cada copa que tome?
- ÑATO: ¡No, si a ella le gusta! ¡Se cata cada mamá!... Dice que así mata las penas... y son cinco y seis durazos por día. Y yo me divierto, porque estando hecha es una papa, la vieja. De no, es un loro triste.
- MARÍA TERESA: Es que la pobre lo quiere, Pérez.
- ÑATO: ¡Salga de ahí! Lo que hay, es que las va de tierna, como todas las mujeres en cuanto arriban a la ancianidad.
- MARÍA TERESA: Vaya, Pérez, todo el mal que le deseo, es que cene siempre en la lechería. Vaya... (*Mutis por izquierda*).
- ÑATO: Qué quiere, usted tranquila... (*Aparte*) queriéndola trabajar de honesta... y con un pibe en... viaje.

GUTIÉRREZ: *(Entrando por ochava)* ¿Qué tal, amigo?

ÑATO: ¿Cómo le va, doctor?

GUTIÉRREZ: ¿Mecha?

ÑATO: Por ahí debe andar... *(Señala)* Recién llega. Y la llevan a mal traer, ¿no? *(El doctor contesta con un gesto de relativo asentimiento)* ¿La encanan, no más, a la Gata?

GUTIÉRREZ: Por el momento, no creo. Pero los padres de la menor llevan el asunto con una inflexibilidad terrible.

ÑATO: ¿Con una?... *(No lo entiende, pero disimula)* ¡Ajá! ¿Y, qué pena le toca, por corrupción de menores?

GUTIÉRREZ: Alrededor de tres años. El delito encuadra dentro de la ley Palacios.

ÑATO: ¡Pobre Gata! ¡Ahí tiene, ve! Por servir a un amigo.

GUTIÉRREZ: Según tengo entendido son servicios que ella ofrece.

ÑATO: No crea doctor, es de puro guacha, no más.

GUTIÉRREZ: Son guachadas esas que dan fama a la casa de cierta tenebrosidad, y Juan Carlos puede llegar a saberlo en cualquier momento y me parece... que ella perdería el mejor inquilino.

ÑATO: *(Riendo)* Usted, hace poco que es amigo de Juan Carlos, ¿no?

GUTIÉRREZ: Efectivamente. ¿Por?...

ÑATO: Yo le diría una cosa y no es por hablar mal de nadie. *(Bajando la voz)* Juan Carlos en cuanto lo sepa, es capaz... de ponerse en sociedad con ella.

GUTIÉRREZ: ¿...?

ÑATO: Y dígame, doctor, ¿el Tony sabe que su mujer está por ligar la cana?

GUTIÉRREZ: ¿Rebollo?... Debe saberlo.

- ÑATO: ¡Mire que hace rato la tiran juntos! Yo jugaba a la bolita y ya la corría. Se deben querer, sin grupo.
- GUTIÉRREZ: ¿Querer?... ¡Bah!... Entre ellos no ha existido mas que deseos. Hoy se repudian, pero siguen su vida común por costumbre. Es un matrimonio aberrativo, como muchos.
- ÑATO: ¡Ah... sí!... (*Aparte*) No entendí ni papa. Estos doctores la conversan como escriben. Y, a propósito, doctor: ya que lo tengo a tiro... Yo ando bien. Debo tener el mal del sueño. No bien me siento, clavo el pico. ¿Qué le parece?
- GUTIÉRREZ: Consulte a un médico.
- ÑATO: Pero... ¿Usted no es doctor?
- GUTIÉRREZ: Soy doctor, pero no soy médico.
- ÑATO: ¡Ah!... Perdone (*Aparte*) Vea, lo que es la costumbre de decirle doctor a cualquiera. (*Al doctor*) ¡Adiós, doctor! (*Aparte*) ¿No ve?, otra vez. ¡Chau!... (*Se va por vestibulo*).
- MARÍA TERESA: (*Por izquierda. Gratamente sorprendida*) ¡Doctor!...
- GUTIÉRREZ: ¿Qué tal?... ¿Cómo va ese ánimo, María Teresa?
- MARÍA TERESA: (*Transición*). Cómo quiere que vaya...
- GUTIÉRREZ: ¿Todavía estamos en esas?
- MARÍA TERESA: Todavía. ¡Desde que quise hablarle de mi nuevo estado, en tal mal momento!... ni me ha mirado siquiera y veo que trata de rehuir todo encuentro conmigo. Anoche llegó con esos y se han puesto a jugar enseguida. Estoy desde entonces sin haber cerrado los ojos. (*Pausa*). Que me escuche, doctor. Quiero saber... ¡No sé?... ¡Tengo una congoja terrible!
- GUTIÉRREZ: Tienen un criterio tan especial, esta gente, respecto de sus mujeres... Pero, en fin, la hablaré a Juan Carlos...
- MARÍA TERESA: ¡Sí, doctor, hágalo! ¡Yo no soy como las otras! ¡Usted sabe que me he resignado a esta vida por estar al lado del

hombre que amo, pero que ahora desde el momento que me sentí madre, toda mi sangre se ha rebelado contra todo eso y contra todos! ¡Ampáreme doctor!... ¡porque me siento sola en esta casa, que por el desprecio y la mofa que les merece una madre parece que hubieran sido engendrados en vientres de fieras! ¡No sé qué veo en sus caras, que me da la impresión de que existe entre ellos un acuerdo tácito para arrancarme el ser que llevo en mis entrañas! ¡Todos!... ¡No sé!... ¡Sospecho hasta de su propio padre! Por eso, doctor, necesito sondear su corazón (*Con exaltación*) ¡De todas maneras, estoy dispuesta a defenderlo como una leona! ¡Tendrá mi hijo la vida, porque lo necesito, porque a ella tiene derecho hasta el último de los animales!

GUTIÉRREZ: Bueno, cálmese, María Teresa. Usted está un poco ofuscada, creo que nadie puede oponerse a sus anhelos de madre. Juan Carlos, como todos, suponen que un hijo es un estorbo en este ambiente, donde solo se vive para los sentidos.

MARÍA TERESA: Es que yo no quiero esa vida. ¡Juan Carlos, me habló de un techo honesto, de un lugar tranquilo, de vivir el uno para el otro entregados a un cariño santo, de un hogar! Vea en cambio lo que me ha dado. Esta casa de escándalo, juego y tangos. Y a entregarme a una vida que no quiero, que no sufro, que repudio desde lo más íntimo de mi ser. (Pausa). ¡Ampáreme, doctor!... Siento la necesidad de un hijo para cobijarlo entre mis brazos amantes y cubrirlo de besos y ternuras... ¡Ampáreme!... (*En un sollozo*) ¡Yo no tengo alma de milonguera! (*Se va por izquierda*).

GUTIÉRREZ: (*Visiblemente conmovido, hace una breve pausa*). (*Dominándose después y desde la puerta a los jugadores*) ¡Una “pierna” de repuesto!

JUAN CARLOS: ¡Hola, doctor!

JUGADOR 1: ¡Hola, amigo! *(El doctor ocupa un lugar en la mesa. La criada con una bandeja penetra a la salida de juego y sirve café. Mecha la sigue con la mirada).*

REBOLLO: *(Aparece acoquinado, abrochándose el pijama, mirando con algún recelo a Mecha, pero al paso de la criada, yérguese de pronto. A Mecha)* ¡Últimamente, pas de gritos y macaneos! *(A la criada)* Che, fámula, traete la pava y enchufámela ahí... *(Señala)* ponele una cebadura al mate de esa yerba que me regaló la Oriental, le echás un poco de agua fría, como siempre, ¿no? ¡Rápido! ¡Ya debía estar de vuelta! *(Se va la criada. Mecha que no le ha quitado la mirada de encima, se le acerca y tomándole de un brazo, zamarreándole).*

REBOLLO: *(Acoquinándose de nuevo y haciendo mil aspavientos)* ¡Cuidado, que hay gente! *(Soltándose e irguiéndose)* ¡En esta casa no hay más pantalones que los míos!

MECHA: *(Calmosa, sonriente y con un profundo desdén)* ¡Sí... Tony Rebollo!

REBOLLO: ¡Gata!...

MECHA: ¡Sí! Seguí haciendo “el patrón”, ya que tu fama de hombre entero lo exige. Pero, no me agarrés de otaria porque un día me voy a olvidar... y de un revés vas a ver a donde va a parar toda esa personalidad, que vos mismo te has hecho levantar a fuerza de labia. ¡El Tony Rebollo! ¡Matón, tanguero, mozo diablo y gran engrupidor de mujeres! Matón, por haber madrugado a un desgraciao hace veinte años. Tanguero, en los tiempos en que sólo se conocía la “sentada” y el juego de las caderas a cargo de la mujer. Mozo diablo, por sus gracias... pa vivir de upa con la muchachada de plata que entonces se iniciaba en la milonga. Y engrupidor... desde que yo te di corte.

REBOLLO: No, yo era casto cuando te conocí.

- MECHA: ¡Callate!... ¡Engrupidor!... ¡Engrupidor de sirvientas!
- REBOLLO: Ya apareció aquello. Celosa la Gata...
- MECHA: ¿Celos?... No quiero pasar por otaria, por otaria, enténdelo bien. Y menos por una sirvienta. ¡Celos!... ¿Cuándo los he tenido, ni vos conmigo? Tuviste siempre el dinero que has precisao pa tus vicios y vestirme. ¿Me has preguntao, acaso, alguna vez, de dónde lo sacaba?... ¡Celos!...
- REBOLLO: ¡Ves, cómo sos! (*Lacrimoso*) ¡Ves!... te cabriás y no sabes lo que decís. Vos misma te pones por el suelo. Si alguno te oyera lo creería... Y pensar que sos una santa...
- MECHA: ¡No seas hipócrita! Ya pasó el tiempo de creer en tus lágrimas (*Con desdén*) Parece mentira, querrá creerlo que por un hombre así, haya perdido toda mi juventud. (*Con encono, al oírle sollozar*) ¿Por qué?... ¿qué sos vos?... ¿y qué has sido? Hay hombres... ¡Muchos!... que viven de las mujeres, en virtud de sus bíceps, de su corazón, hasta de su figura. Pero vos, ¿porqué? ¿Por mozo diablo? ¿Mozo diablo?... ¡Pobre diablo!... y tan pobre que llevás orgulloso un mote ridículo, sin darte cuenta que está pesando sobre vos como una lápida. ¡El Tony! ¡A ver, Tony, serví pá algo! ¡Quiero divertirme!... (*La criada aparece con la pava y el mate*).
- REBOLLO: (*Irguiéndose de pronto*) Qué te vas a divertir vos, amargada... Con esa amargura venenosa que siente la mujer en el ocaso de su vida...
- CRIADA: ¿Dejo esto aquí?... (*Señala la mesa*).
- REBOLLO: ¡Dejalo ahí! (*A Mecha*) Querés aferrarte con todas las pezuñas a una juventud que ya se fue, oxigenándote la claraboya pa tapar las canas... (*Al medio mutis de la criada*) ¡Enchufala! (*La criada obedece*) y fabricándote cejas de muñeca a golpes de pinza... (*Al medio mutis de la criada*) ¡Empezá el mate!... Depilatorios, albayalde y

carmín pa refaccionarte el frontispicio; toda esa juventud de araca en la desesperación de sentirte vieja. ¡Y ahí está tu castigo: envejeciste a mi lao, no por cariño, sino acechando siempre un bacán de plata! ¡Qué no llegó!

MECHA: *(A la criada)* ¡Andate vos de ahí!

REBOLLO: *(Ídem)* ¡Quieta, fámula! ¡Vos no te vas nada!

MECHA: *(Olvidándolo todo, se le va encima)*. ¡Se acabó!

REBOLLO: *(Echando mano a la cintura y haciendo mil “paradas” pero retrocediendo)* ¡Mecha...Mecha!... ¡Que me pierdo! *(La criada, asustada, da unos alaridos, corre de un lado para el otro y dispara por fin al interior por izquierda)*.

MECHA: ¡Qué te vas a perder... de vista! *(Aparecen Juan Carlos, el doctor y los jugadores)*.

JUAN CARLOS: ¿Qué pasa?

REBOLLO: *(Con aparente serenidad y haciendo el malo. A Mecha, quien a la vista de los otros se ha contenido)* ¡Yo te voy a dar!... ¡Caminá pa dentro!... ¡Caminá te digo! ¡Mirá que te encajo otra!... *(Mecha se va al interior, muda, pero fulminando a Rebollo con la mirada)* India arretobada... *(A los amigos)* Hay que tener mano de fierro, con esta. Es como soldado viejo, sin palos no anda. *(Al doctor)* ¿Usted sabrá disculpar, no dotor amigo?

GUTIÉRREZ: ¡Oh!... No faltaba más.

JUAN CARLOS: ¡Pero, vos también Tony, parece mentira!...

REBOLLO: ¿De qué?... ¿Sabés a qué ha venido esta bronca? Por celos. La tiene con la fámula.

JUAN CARLOS: ¡No ves!... De puro viejo, Tony, has perdido hasta el olfato y el olor a guiso te sabe a Hubigant *(Ríen todos)*.

REBOLLO: *(Dejando traslucir su consentimiento)* ¡Como sos!... No, la verdad es que la fámula es más diquera que un remolcador.

Eso es todo (*Corriendo hacia la mesita*) ¡Pucha, el agua! (*Desenchunfando*) ¡Qué no me hirva! (*Prepara el mate y se dispone a tomarlo. María Teresa aparece por izquierda sin atreverse a avanzar*).

GUTIÉRREZ: Si en algo estima mi amistad, Juan Carlos, atiéndala. Al fin, le será fácil conformarla (*Juan Carlos y sus amigos se miran sorprendidos*).

JUAN CARLOS: Como se conoce, doctor, que usted es nuevo en el ambiente.

GUTIÉRREZ: ¿...?

JUAN CARLOS: (*Con retintín*) ¡Mediar a pedido de la mujer, en cuestiones con el amigo!... Pero doctor... Eso se hace cuando uno lo requiere y para obrar siempre de acuerdo con las instrucciones recibidas.

GUTIÉRREZ: Perdona la ingenuidad, entonces. Creí que, a pesar de todo, no conceptuaba usted del ambiente a su... mujer.

JUGADOR 1: El caso, acá, es... desengañarla.

JUAN CARLOS: ¡Es claro!

GUTIÉRREZ: Sería ensañarme en el dolor de esa criatura, y confieso que no tengo valor para hacerlo (*Sigue argumentando en voz baja*).

REBOLLO: (*A María Teresa*) ¿Qué hacés ahí, Ñata? Sentate a amarguear conmigo. Esperate, ahora te doy, recién lo empiezo. ¡Es el de los sonsos! Mientras, te voy a traer tu costurerito, así no perdés tiempo. Charlamos, mateamos y trabajas en los ajuarcitos. ¿Acabaste el rosa? ¡Ah!... Ahora nadie te salva de hacer celeste. ¡Pa mi que es machito! (*Se va por izquierda*).

JUAN CARLOS: (*Displicente*) ¡Bueno!... pero pá ella.

GUTIÉRREZ: (*A Juan Carlos. Al medio mutis de los amigos*) Yo repongo la caja si pierdo.

JUAN CARLOS: Avise... No faltaba más.

GUTIÉRREZ: Pero, yo creo que le voy a quebrar la guigne. *(Se van el doctor y jugadores a la pieza de juego. Juan Carlos enciende un cigarrillo y se sienta con la mayor despreocupación).*

MARÍA TERESA: *(Un tanto cohibida, se le acerca a Juan Carlos).* ¿Te acordás de lo que te dije otro día?... *(El se encoje de hombros)* Sí, ya sé que elegí un mal momento para darte la noticia. Perdoname, pero era tanta mi ansiedad por darte la buena nueva, que no me dí cuenta que estabas disgustado. Me perdonás, ¿verdad? *(Se arrodilla a su lado).* No te podrás imaginar la alegría que siento, lo que voy a tener un hijo tuyo, de mi Juan Carlos *(Breve pausa)*. ¡Dios me anuncia que va a ser divino! Va tener tu pelo, así... ondeado. Los ojitos... los ojitos serán como los míos, grandes y negros. ¡Vos tenés ojos de gato!... La boquita... va a tener una trompita como la tuya, haciendo siempre pucheritos...

REBOLLO: *(Reaparece con el costurero en la mano y un capucho rosa de bebé en la cabeza. Imitando a un bebé)* ¡Mamáaa! ¡Mamáaa! ¡Quiero teta!...

MARÍA TERESA: *(Corre alborozada al encuentro de Rebollo y quitándole el capucho)* ¡No!... ¡lo va a agrandar!... No, Rebollo... *(A Juan Carlos, que se ha puesto de pie, mostrándole el capucho)* ¡Mirá, que rico!... *(Después de una breve pausa y lenta transición, ante la inmutabilidad de Juan Carlos)* ¡No te alegrás!...

JUAN CARLOS: *(Con marcada ironía)* ¡Sí... una barbaridad!

MARÍA TERESA: Lo decís de un modo...

JUAN CARLOS: *(Después de una breve pausa)* ¿De manera que... pensás tenerlo?

MARÍA TERESA: ¡Dios me concede esa gracia!...

JUAN CARLOS: ¡Hacé lo que quieras! Pero pensalo bien, ¿eh?... Podés elegir: ¡el hijo o yo!

- MARÍA TERESA: *(Con espanto, mirando a uno y otro)* ¡Eh?!...
- REBOLLO: *(Aparte)* ¡La mata este canalla!...
- MARÍA TERESA: *(Riendo)* No te creo, lo decís para asustarme... ¡Mírolo al padre!... ¡Con celos ya, del hijo!...
- REBOLLO: *(Riendo estrepitosamente)* ¡Con celos!... ¡Padre otario!... ¡Véanlo!... ¡Tiene miedo que le roben el cariño!... *(María Teresa ríe nerviosamente, pero, un tanto confundida)*. *(Con el alboroto acuden el doctor, los amigos y Mecha)*.
- REBOLLO: ¡Miren la cara de padre!... *(Aparte, a Juan Carlos)* ¡Callate!... ¡disimulá!... ¡Yo me encargo de arreglar de esto!... ¡Por mi madre!... *(Ríe de nuevo)*.
- JUAN CARLOS: *(Dándole amistosamente un guantazo)* Todavía hacés reír... ¡Tony viejo!...
- MECHA: *(A Rebollo)* ¡Callate de una vez!... ¡Qué manera de reír!... *(A María Teresa)* ¿Y vos?...
- GUTIÉRREZ: Déjelos, Mecha... ¡buen síntoma! ¡Vaya, me alegro!... ¡Alegrémonos todos!...
- REBOLLO: *(Por María Teresa que ríe y llora a un tiempo)* ¡De la risa, está llorando!... *(Ríe)* Yo también... *(Se enjuga los ojos)*.
- JUAN CARLOS: *(Después de una pausa embarazosa, a los jugadores)* ¿Seguimos?
- GUTIÉRREZ: Conste que le quebré la guigne, ¿eh? ¡Le mandé el resto al amigo, y lo agarré con un bleuff!...
- JUAN CARLOS: ¡Ah! ¡Macanudo!... *(Se van Juan Carlos y jugadores a la sala de juego)*.
- MECHA: Pero, doctor, ¿por qué no me hizo avisar que estaba?
- GUTIÉRREZ: No había apuro...
- REBOLLO: *(A María Teresa, llevándola hasta la mesa)* ¡Ahora, a laburarla!... Mientras yo cebo, vos a prenderle fuerte al celeste. Ahora sí, ya no hay vuelta: ¡es machito! *(Se*

sientan. María Teresa demostrará contento en el primer instante, pero reacciona momentos después).

GUTIÉRREZ: *(A Mecha)* ¿Se notificó, entonces?...

MECHA: Si, me hicieron firmar...

GUTIÉRREZ: Es una chicana... Si sale bien... Pero, no hay que hacerse ilusiones. La cosa, con franqueza... *(Gesto pesimista).*

MECHA: Y bueno. Que sea lo que dios quiera. ¡Le garanto doctor, que estoy más harta!... ¡Harta, harta de todo! Pero es injusto doctor que por una... milonguerita cansada de correrla, tenga que ir a parar, a mi edad, en una celda *(Con sollozos)* ¡Lo peor no es la cárcel, no! *(Con manso dolor).* ¡Lo que van a gozar todas las mujeres de las pensiones!

GUTIÉRREZ: ¡Bah!... eso no debe preocuparle *(Pausa)*. Bueno, coraje y hasta mañana, que la espero en mi estudio *(Mecha se deja caer en una silla con el pañuelo en la cara. A María Teresa)* ¿Ha visto cómo se arregló todo?

MARÍA TERESA: Pero ¿usted cree, doctor?...

GUTIÉRREZ: ¡Nada, quede contenta madrecita!... Amigo Rebollo... *(Le tiende la mano y se va por vestíbulo).*

REBOLLO: Chau, doctor amigo, a sus órdenes siempre. Vaya, no más, que ella queda contenta... Muy contenta... *(Mira a María Teresa que ha apoyado la cabeza entre las manos. Aparte, haciendo un gesto expresivo)*

¡Esta, no la tragó! *(A María Teresa)* Se va contento el doctor... ¡Es claro! Bueno, yo siempre he dicho: Juan Carlos no es mal muchacho, es un poco seco, no más. Y toda esta gente es buena *(Por Mecha, aparentando no haberla visto)* ¿Mecha, no es lo mismo? Así de pronto, cualquiera cree que es una desalmada, y sin embargo tiene un fondo de oro. ¡A las buenas, uno le saca hasta la camisa!

(*Con falso dolor*) ¡Pensar... que llevamos tantos años juntos!... Tomá el ejemplo, queriéndonos como el primer día. ¡Y la hemos corrido!... Veinte años puede decirse, hemos brillao como dos astros en las pensiones y cabarets, ¡volcándonos al colectivo media cosecha de la viuda Cliquó! (*Repite guturalmente la palabra*) Si la hubiese conocido entonces... a Mecha. Me parece que la estoy viendo, con ese paradón que siempre ha tenido... El pelo ondeado y renegrado, una raya bien tirada siempre y cayendo sobre el ojo derecho, una onda comadrona. Unos dientes... –los otros– parejitos y mordedores. Una cinturita que la abarca con dos gemes, resaltando unas caderas... que, con aquellos tangos candomberos y esta muñeca que no jugaba nada, se movían con una cadencia enloquecedora ¡Si la corrimos!... Hoy estamos mansamente en el Haras... Pa pisar barro. (*Mecha deja escapar un gemido*). (*Haciéndose el sorprendido*) ¡Ay!... ¿Estabas ahí Mechita?... ¿Cómo no te he visto? (*Va hacia ella*). ¡Venga pa cá! ¿Qué tiene la india? ¡Llorando!... (*Abrazándola y haciéndole reclinar la cabeza en sus hombros*). ¡Haga sus morronguitos como antes, así!... en los brazos de su pobre Tony (*Milton, seguido de Sarita, entra cabizbajo y se deja caer en la silla que ocupaba Rebollo*).

SARITA: Salute... (*Yendo a la llave de la luz*). ¿Apago?... (*Burlándose*). ¡Eh!... ¡Los viejos!... ¡Apuntándose!... ¿qué quieren?... ¡Si no dan fuego! (*Ríe*).

Mecha se separa de Rebollo e inicia el mutis al vestíbulo. Rebollo palmeándola la acompaña hacia la puerta, mientras con la mirada contiene a Sarita. Sarita corta la risa de pronto y, sorprendida, dice a Rebollo, mirando a Mecha y a María Teresa.

¿Quién ha muerto?...

REBOLLO: (*Amagándole*) ¡No mentés la parca!... (*Hace cuernos con los dedos, se toca la nariz y silba*).

SARITA: ¿Y qué querés, vos también?... ¿Tenés miedo 'e morirte?

REBOLLO: *(Haciendo cuernos, silbando, etcétera, desesperadamente)*
¡Cús!... ¡Cús! ¡Cús!... *(Con gran aprensión)* Mirá... volvé a hablar de... eso, y la dormís un cuarto de hora de un bollo!

SARITA: ¡Eh!... *(Ríe burlonamente)* Batí el justo, Tony viejo: ¿vos tenés miedo de veras de?... *(Se contiene ante la mirada amenazante de Rebollo)* ¡No te lo digo más! *(Aparte)* Pero, decime che: ¿qué tiene la Gata?

REBOLLO: Los últimos aleteos de amor por mí.

SARITA: *(Por María Teresa)* ¿Y ésta?... ¿Siempre con la misma?...

REBOLLO: ¡Dejala!...

MARÍA TERESA: Sí, siempre con la misma... *(Se va por izquierda)*.

REBOLLO: *(A Sarita)* ¿Te querés callar?... Ahí tenés, ¿ves?...

SARITA: *(Tapándose la boca)* ¡Paso!...

REBOLLO: *(Reparando en Milton)* ¿Y éste?... ¿La vas de pensador, che Milton? *(Milton se encoge de hombros)*.

SARITA: ¡Este es un desgraciao!

MILTON: ¡No me hagás hablar, por favor!

SARITA: No sé qué podrás hablar... ¡Qué más te quisieras, che! Gracias a Dios, en buena hora lo diga *(Da tres golpes en la mesa con los nudillos)* ¡Me tenés esgunfia!... ¿Manyás? *(A Rebollo)* ¡Mira, si es desgraciao! Ibamos p'al vermouh y al llegar a Corrientes nos topamos con un colegio. No podía ser otro, el mismo donde tenemos al pibe. Yo bajé la vereda y el pibe que nos reconoce. Imaginate, seguí de largo, yo iba con esta ropa... ¡como pa que me vieran las hermanas! Y este pavote, llamándome a los gritos. Salí rajando sin volver la cara hasta el cabaret. Al rato, se me aparece el señor todo compungido y me sale tratando de

desalmada, mala madre y qué sé yo, delante de todos.

MILTON: ¡Es que lo sos! Se me pasa la semana sin ver a mi hijo. Hoy pudo darle un beso de pasada y no lo hace, y el pobrecito se fue con la carita llena de pena. ¡Pobre pibe!... ¡Me hacía así... con la manita!

SARITA: Al fin, puede que lo quiera más que a vos.

MILTON: ¿Vos?... ¡Ni a tu madre! Esa es tu desgracia, no sentís nada, no sabés ni podés querer.

SARITA: Y bueno... Antes, cuando las iba de sentimental, me engrupía otro desgraciao y la pasaba a feca con leche. Hoy que tengo el corazón duro, que no puedo querer a nadie, es cuando soy más solicitada. Gracias a Dios, en buena hora lo diga (*Da tres golpes*). Es lindo no querer. Se ve sufrir y uno ni medio. Los demás que se arreglen. Yo soy feliz. Gracias a Dios, en buena hora lo diga (*Tres golpes*).

MILTON: ¡Y que esta cosa sea la madre de mi hijo!

SARITA: Bastante te he peliao pa' no serlo. Pero vos me engrupiste con la herencia de tus viejos, que sería para el pibe, y por eso lo tuve. ¡Mirá qué herencia! Hace más de un año que te has declarao pato y yo tengo que pagarlo.

MILTON: ¡Me lo he gastado contigo!

SARITA: ¡Gran cosa! La María Luisa se ha comido tres fortunas. ¡Ah!... pero, si puedo, pienso matarle el punto. Todavía soy joven. Gracias a Dios, en buena hora lo diga (*Tres golpes*).

MILTON: Si no fuera... (*Le amaga amenazante*) No sé por qué...

SARITA: ¿Qué?... ¿Me vas a pegar? ¡A ver... pegame!... ¡pegame!... (*Se ponen como dos gallos, pero no llegan a nada*).

REBOLLO: ¡Bueno, vamos!... ¡A epilogarla!... (*Los separa*).

SARITA: ¡Mirá!... ¡El día menos pensado no me ves más!... ¡Te lo

juro! No tengo más que abrir la boca y me ponen un departamento. ¡Pa' que sepás!... Gracias a Dios, en buena hora lo diga (*Tres taconazos. Rebollo imitando da tres golpes al mismo tiempo que ella*). (*Canturreando*):

Que me ponga apartamento
Y que me lleve a Pigall...

(*Baila y tararea hasta que aparece la Gila*).

REBOLLO: (*Al ver a la Gila, que aparece por vestíbulo*) ¡Zas!... ¡Mirá quién cayó!... ¡La Gila!

LA GILA: (*Con cierta timidez, a Rebollo*) ¿No está la Petite Suisse?

REBOLLO: (*Con el mismo remilgo*) No...

LA GILA: ¿Y Treinta Mangos?

REBOLLO: Tampoco... (*La Gila se queda indecisa*).

REBOLLO: Esperalos, si querés. No han de tardar. El vermouth ya habrá terminado...

SARITA: ¡Uff!... hace rato.

REBOLLO: Entonces... No trabajando en la soirée ya se sabe, a seguir acá la milonga. (*Señalándole un asiento*). Ubicate por ahí... (*Por Sarita*) ¡No se vayan ustedes!

LA GILA: Ya tengo el gusto...

SARITA: ¿A ésta?... Muy manyada (*A la Gila*). Mirá, hacé el favor, seguí con las Hermanas; te conviene más. Vos no hacés carrera en la milonga.

LA GILA: ¡Me gusta más la farra!...

REBOLLO: (*Imitándola*) Te van a catar pa la farra. (*Indignado*) ¡Con las manos que tenés!... (*A Sarita*) Hay que ver, che, la camisa y el calzón que le ha regalao, a Mecha... ¡Qué bordao y qué vainillas!...

LA GILA: Son mejor las que se comen... (*Ríe estúpidamente*).

REBOLLO: ¿Sí, eh?... ¡Lo que vas a comer vos, es una de bollos!...

SARITA: Sí, toda clase de masitas. (*Ríe*). (*Aparecen Petit Suisse y Treinta Mangos*).

REBOLLO: ¡Ahí los tenés!... ¡La Petit Suisse y Treinta Mangos!

PETIT SUISE: ¡Buenas!... (*A la Gila la besa sonriente y afectuosa*). ¿Cómo te va?

LA GILA: Bien, che...

PETIT SUISE: (*Secamente a Sarita*). ¿Qué tal?...

SARITA: ¿Qué decís, qué decís?...

REBOLLO: (*Remedando a Sarita, saluda a la Petit Suisse*). ¿Qué batís, qué batís?... (*A Treinta Mangos*) Y vos, ¿qué hacés?

TREINTA MANGOS:

Te da bronca, ¿eh?... (*Mirándose la ropa*) ¡Si pudiera remediarlo!...

REBOLLO: ¿Por qué?... Vos vestís sin grupo.

TREINTA MANGOS:

Y hay percha, che. ¿Qué le vamos a hacer?... Es elegante el muchacho... (*Tironeándose el chaleco*) Manyá qué fantasía... ¡Treinta Mangos!...

REBOLLO: ¿Ya empezás?... (*Inicia el mutis*).

TREINTA MANGOS:

¡Paratel!...

REBOLLO: Rajá... Te la pasás dando dique. ¿Vos solo sabés vestir?...

TREINTA MANGOS:

¿Qué querés?...

REBOLLO: Que querrás, digo yo. Te lustrás los tarros... ¡Treinta Mangos! Cualquier cosa pa la mina... ¡Treinta Mangos!

Y se lo paga ella. (*Se va al interior*).

TREINTA MANGOS:

No lo puede remediar el Tony. ¡Me cuelgo una confección cualquier, así no más...y la estirila! (*A Milton*) ¿Qué hacés, Urso?... (*Milton por toda contestación lo mide con los ojos de arriba abajo*) ¡No te cabriés!... (*Aparte*) Otro que me tiene bronca (*Reparando en el sombrero*) ¿Vos también con mexicano?

MILTON: Si, de la calle México.

TREINTA MANGOS:

El mío es auténtico. De lo de Ghiesso. Manyá... ¡Treinta Mangos! El tuyo, che... (*Le toma el sombrero*).

MILTON: (*Arrebatándoselo y de muy mal talante*) ¡Ya lo sé!... ¡Dejalo! ¡Ese es de James Smart, es fayuto y me han afanao! El tuyo es de los de Ghiesso, te costó treinta por se pa' vos y es tan auténtico que son los mismos que usa Pancho Villa. ¿Estás conforme? ¡Andá, andá a compadrear a otra parte!

TREINTA MANGOS:

¿No dije?... Otro que la bronca. ¿Qué le vas a hacer?... (*Yéndose hacia el grupo de mujeres*). (*A Petit Suisse*) Che, Petit Suisse... ¡Vení p' cá!

PETIT SUISSE: ¡Oh! ¿Qué querés?

TREINTA MANGOS:

¡Vení, te digo! ¡Parate! (*Una vez de pie ella, la observa detenidamente, le tironea la pollera, le arregla el sombrero; en fin, interviene en el vestido de su compañera como lo haría un sastre o una modista escrupulosa. Encajándose el sombrero, demostrando su desesperación*). ¡Estas criollas!... ¡Dios mío! ¿Cuándo me darás una francesa? ¡Y pensar que

me he gastao una fortuna en copetines pa' engrupirte! Yo me dije: Esta mina va muy rea, pero es bonita. No sabe vestir, pero en cuanto yo la cate por mi cuenta la manequí vivan de Paquín, a su lao, ava a parecer una sirvienta. ¡Pero, manyen! ¿Ven esta pamelita que la lleva haciendo equilibrios como si fuera un atao de ropa sucia?... (*Le encaja el sombrero hasta el pescuezo*).

PETIT SUISSE: ¡Mejor, mejor y mejor!...

TREINTA MANGOS:

Bueno, pues, esta pamelita es cualquier cosa: terciopelo de seda. Y la cinta, no vale nada: Seda Liberty de dos fases. ¡Nada! Total: ¡treinta mangos! ¿Y este tailleur? Es cachemir inglés. Se lo compré a mi sastre. Casi nada...

SARITA: Ya sé: ¡treinta mangos!

TREINTA MANGOS:

(*Amagándole*) ¡Vale más el metro, otario! Pero ésta, pa' que le caiga bien el saco, le ha hecho poner treinta kilos de plomadas.

PETIT SUISSE: ¡Mejor, mejor y mejor!...

TREINTA MANGOS:

¡Natural!... ¡Se le piantaron los mates! (*Por los senos*) Vean, con tanto plomo, ahora parece un traje de buzo.

PETIT SUISSE: ¡Mejor, mejor y mejor!...

TREINTA MANGOS:

¡Quererle enseñar a la modista que viste a todas las cocottes! Y no cobra nada por la hechura...

SARITA: ¿Cuánta, che?...

TREINTA MANGOS:

¡Treinta mangos! (*Sarita ríe burlonamente*). No me cachés de otario...

SARITA: (*Remedando a Petit Suisse*). Mejor, mejor y mejor... (*Se acerca a Milton y ríe comadreándole*).

MILTON: Te gusta verme sufrir, ¿eh?...

SARITA: Por mí, che...

MILTON: Con que... ¿el día menos pensao no te veo más?

SARITA: ¿Te lo creíste?

MILTON: Ya no me querés más...

SARITA: ¡Uh!... ¡Si te quiero! ¿Querés ver? ¡Tan rico él!... ¿Quién lo quiere a él?... ¡Esa ricara!... ¡Monadita!... ¡Encanto!... ¡Poroto!...

MILTON: ¡No, así en fayuto, no! (*Meloso, dominado*) Dame uno de veras...

SARITA: ¡Cachalo! (*Le da un beso sonoro*).

TREINTA MANGOS:

¡Salú!... ¡Apagá y vámonos!...

MILTON: (*Gozoso*) Aprendé a querer, che.

TREINTA MANGOS:

¡Veanlo!... Ya está hecho un baboso. ¡No hay como estar metido pa'ponerse sonso!

MILTON: Vos lo sos siempre.

PETIT SUISSE: ¡Ah!... ¡Sinvergüenza!... (*Le da unas cachetadas*) ¡Te caché en la mentira!

TREINTA MANGOS:

Un bacán, pero un bacán sin cuento no las va de metedura con las mujeres. (*Aparte en voz baja*) No vas a batirlo. Yo estoy sin grupo, hasta acá... (*Señala el cuello*) con vos. Pero decime: ¿Querés que haga papelones?

PETIT SUISSE: ¿Papelones?... Ah no che, che... ¡Si querés, damela!

TREINTA MANGOS:

Ahora no... En cuanto peligre mi reputación (*Aparte*).
De línea el quesito.

SARITA: (*Desde el balcón*) ¡Muchachos!... Ahí viene la Borelli con el Ñato. ¡Biaba!... ¡La cachó en el cine!

PETIT SUISE: No, si estaba en el vermouth...

SARITA: Pero se piantó temprano.

MILTON: ¡Claro!... Si en el Majestic daban una cinta de la Borelli auténtica.

SARITA: ¡Cómo pa' perderla!

MILTON: ¡Va siempre! La labura de piba en los biógrafos.

SARITA: ¡Es cierto!... La vimos, ¿te acordás? ¡Vieran! Ella entró lo más tiesa y sin mirar a nadie, se sentó. Al oscuro, entran los viejos, los feos y los giles. Ese día, tres de un golpe se le fueron al humo. Dos se le ubicaron a cada lao y el otro... atrás, en la otra fila. Y mientras ella se hace la otaria, ellos ¡meta pierna!... ¡Los tres!... (*Todos ríen*).

TREINTA MANGOS:

¿Se la balconeamos, la bronca?

SARITA: ¿Escondamose?...

MILTON: ¡Ya estuvo!

TREINTA MANGOS:

Con músicos, ¿eh?...

Se esconden detrás de las puertas y muebles. La Borelli entra imitando en el andar, gestos y ademanes a la conocida artista cinematográfica. Se sienta en la chaise longue en una pose ridícula. El Ñato que la sigue con la mirada.

ÑATO: (*Después de una breve pausa aparte*) ¡Feca con chele y marroco pelao! (A ella). ¡Pero, pas de morfeteo en la lechería! ¡Cuándo aprenderás a vivirla, Ñato! ¡Te declararás

pato por casualidad y los ñoquis... a otro planeta!
¡Compadrea la moneda en adiciones de uno veinte por
cráneo; después, café de maquinita y orquesta, con gente
de agradecida! ¡Amarrocá la moneda, Ñato otario!

LA BORELLI: ¡Ñatito!... ¡No me mortifiques más!... ¡Perdoname!...
Todo el mistonguerío se había citado en el vermouthe y ya
llevaba una hora sin conseguir que me pagaran una
copa... Y sentí que la neurastenia me invadía toda... Y
salí, dispuesta a matar a cualquiera...

ÑATO: ¿Eh?...

LA BORELLI: ¡En cinco pesos! Para los dos, Ñatito querido.

*Los que están escondidos empiezan a tararear un vals a
boca cerrada. El Ñato se sorprende. La Borelli hace la
trágica. Los otros, prorrumpen en carcajadas estrepitosas.*

EL TANO: *(Entrando con un bandoneón y varios músicos)* ¿Estamos en
el manicomio?

SARITA: *(Con gran alegría)* ¡El tano Felipe! ¡Se completó la farra!...
*Todos arman una algarabía terrible, bailando y gritando
alrededor de los músicos. Aparecen Mecha y Rebollo. Este
bien vestido. Rebollo saluda afectuosamente al Tano y
amigos.*

MECHA: ¡Epa!... ¿Qué escándalo es este?... ¡No tiene vergüenza!...
(Se hace silencio, mientras ella sigue rezongando).

SARITA: ¿Vas a tocar, Tano?... ¡Un tanguito solo, andá!...

EL TANO: ¡Qui esperanza!...

REBOLLO: *(Llevando al Tano aparte)* Che, Tano, escuchá: hoy sopla
por esta casa una racha mala. Mecha, María Teresa, Juan
Carlos... Yo no sé, pero hoy más que nunca nos hace
falta un poco de alegría, aunque sea la alegría de siempre,
esa alegría mentira con que al fin nos engañamos nosotros
mismos, tal vez a falta de otra alegría mejor. Vas a tocar.

Le damos una sorpresa a Juan Carlos y te lo vamos a agradecer todos.

EL TANO: ¡Ne una parola mase!

REBOLLO: ¡Superior!... ¡Metanse ahí!... (*Les enseña el interior*). (*Llamando al interior izquierda*) ¡María Teresa!... (*A ella*) ¡Sentate ahí!... (*Le señala la silla que antes ocupara*) ¡Van a tocar los muchachos!... ¡Verás que sorpresón le damos a Juan Carlos! ¡A ver!... ¡Alegría un poco esa carita! ¡Verás que entre farra y farra todo se arregla!... ¿Y Treinta Mangos?

TREINTA MANGOS:

¿No me ves?... (*Lo mira con desdén*).

REBOLLO: ¡Ah!... ¡Nada! Creí que te habías ido. (*Tocándose la solapa del saco y mirándose coquetamente*) A mí no me gusta dar dique a nadie pero todavía hay percha.

TREINTA MANGOS:

¿Qué querés?... (*Con lástima*).

REBOLLO: ¡Qué querrás vos!... Mirá... (*Muéstrale la etiqueta de la sastrería*) ¡Casi nada... Harrós!...

TREINTA MANGOS:

¡Con leche!

REBOLLO: ¡Cinco veces treinta Mangos!

SARITA: ¿Y esa música?... ¡Esos bandoneones! Un tango bien compadre, Tano, ¡qué le voy a bailar... de cabeza!

REBOLLO: ¡Esta es milonga de alma!

SARITA: Gracias a Dios, en buena hora lo diga (*Tres taconazos*) ¡Toda la vida!... ¡Se vive al día y sin guita, pero se vive! Esta es vida: ¡la milonga! Todo lo demás del mundo: ¡grupo! ¡Vamos, pronto, un tango! ¡Mirá, sin poder remediar, estoy temblando! Siento una cosa que me corre

por la sangre, de los pies a la cabeza... Es así... como una caricia, pero, de esas que ningún hombre me ha hecho sentir. La misma que sentí de chica al oír el primer tango y al entrar al cabaret que lo cantaban. Si es pa' volverse loca cuando al compás de un tango la muchachada empieza:

¡Vamos a ver, compañeros!

¡La milonga está formada!...

Rompen los músicos a tocar, y todos a cantar. Bailan todos a excepción de María Teresa, Mecha y Rebollo. Juan Carlos y los amigos dejan el juego y entran a escena. Rebollo abraza a Juan Carlos y por señas le indica que invite a María Teresa, pero él se niega. María Teresa, que está pendiente de su amante, se percata de todo y baja la cabeza ocultando su dolor. Sarita entregada a su entusiasmo, toma del costurero una gorrita y se la pone haciéndole burla a María Teresa.

MARÍA TERESA: ¡Malvada! ¡Dejá eso!

REBOLLO: *(Interviniendo)* ¡Traé pa' cá, eso! *(Pretende arrebatársela. Sarita se resiste).*

MILTON: *(Que baila con Sarita)* ¡Qué te importa a vos!

REBOLLO: Que no me va a importar... *(Le tira una trompada y se arma el escándalo).*

MECHA: *(Con gran energía, a Rebollo)* Tiene razón, ¿qué te importa a vos?...

REBOLLO: ¿Vos también? *(Le amaga).*

MECHA: ¿A mí?... ¡Tomá!... *(Le da un revés).*

REBOLLO: ¡Mecha!... ¡Que me pierdo!... ¡Y ya me perdí también!... *(Toma la tijera, pero a tiempo se la arrebató María Teresa).*

MARÍA TERESA: ¡Por Dios, Rebollo!

MECHA: ¡Ah!... ¿Sí?... ¿A mí con esas paradas? ¡Tomá, desgraciado!... *(Trenzada general).*

JUAN CARLOS: (*Interviniendo, seguido de jugadores*) ¡Bueno, se acabó!
¡Quietos!... ¡Todos!...

TREINTA MANGOS:

¡Ay Dío!... ¡Si viene la cana!... La multa es fija: ¡treinta mangos!

JUAN CARLOS: (*A María Teresa*) ¡Ves, por vos!

MARÍA TERESA: ¿Yo?...

JUAN CARLOS: ¡Vos tenés la culpa de todo esto! ¡Pero, yo te voy a enseñar! ¡Esa música! ¡Métnale! (*Empieza el tango. Toma el costurero y desparrama los ajuarcitos*). ¡Muchachos!... ¡Desde hoy, este bulín queda convertido en asilo maternal! (*Rien todos y con gran algazara se ponen las prendas de bebé*).

MARÍA TERESA: ¡Juan Carlos!... ¡Esto es una monstruosidad!...

JUAN CARLOS: ¡Esto es un fideo!... (*Ríe*).

MARÍA TERESA: ¡Por tu hijo!...

JUAN CARLOS: ¿Mi hijo?... (*Ríe*). ¡Lo decís vos!

MARÍA TERESA: ¿Qué no es tuyo?

JUAN CARLOS: ¡Ah!... ¿Es mío?... (*A Mecha*) Bueno, entonces si es mío, que esta noche venga tu comadre, Mecha.

MARÍA TERESA: ¡Eso nunca!... ¡Antes me matarás a mí!...

JUAN CARLOS: ¡Y a los dos juntos, también!... (*Se le va encima, María Teresa horrorizada desaparece por izquierda seguida de Juan Carlos*).

REBOLLO: ¿Y ninguno se mueve? ¡Desgraciaos!... (*Corre a izquierda*).
Se oye un grito, después un rumor de una corta lucha, todos entran por izquierda en tropel.

REBOLLO: (*Cobijando entre sus brazos a María Teresa*) Venga conmigo... ¡Bárbaro!... ¡A patadas!... ¡Salvaje!...

MILTON: *(Reapareciendo, seguido de algunos y mostrando la tijera). (A gritos) ¡Che, Tony!... ¡Le ha vaciado un ojo!... (Se produce un alarido de horror. Sale Juan Carlos, como loco, todo ensangrentado, tapándose un ojo).*

MARÍA TERESA: *¡Pobre hijo mío!... ¡Perdón!... (Cae de rodillas).
Mutación*

CUADRO SEGUNDO

Reparto del segundo y tercer cuadro

PERSONAJES

LA HERMANA SUPERIORA

LA HERMANA PORTERA

UNA HERMANA DE CARIDAD

PRESA 1

PRESA 2

ENFERMERA 1

ENFERMERA 2

EL MÉDICO

EL EMPLEADO DE LA CASA DE EXPÓSITOS

María Teresa, Mecha, Sarita, Lyda Borelli, la Gila, Gutierrez Y Rebollo, Hermanas De Caridad; Reclusas De La Cárcel De

Mujeres, Etcétera.

*CORREDOR VETUSTO DE LA CÁRCEL DE MUJERES. A TELÓN
CORRIDO, EL AVE MARÍA DE GOUNOD CANTADO POR TENOR O
TIPLE, Y AL SON DE ARMÓNIO U ÓRGANO DE IGLESIA.*

*Entra la hermana superiora, seguida de las presas y de dos
o tres "hermanas" más que las acompañan. Al encontrarse
todas en escena, una campana interior toca el Ángelus.
(Tres campanadas lentas y nueve seguidas). La hermana
superiora y las reclusas se detienen, mirando al público y se
persignan. La madre se adelanta y, entona un rezo, con voz
clara y lenta:*

HERMANA SUPERIORA:

¡Dios te salve, Señora, que encarnas el divino / Verbo de
Bien, Belleza, Amor y Poesía: / que endulzaste la Vida y
venciste el Destino. / ¡Mujer, que eres Consuelo y eres
Sabiduría!...

RECLUSAS: *(A coro)* ¡Dios te salve, María!

HERMANA SUPERIORA:

Plena de gracias, llevas hidromiel en la boca. / Es tu mano
tisana para el duro castigo. / Y novia, madre, hermana,
cuando tu mano toca / embellece y depura por que el
Bien es consigo!

RECLUSAS: *(A coro)* ¡Llena eres de gracias y el Señor es contigo!

HERMANA SUPERIORA:

Porque llevas la Vida en tu vientre fecundo. / Porque
fuiste elegida entre todos los seres. / Porque eres Paz y
Dicha en el mísero mundo / Y porque hija y novia y
hermana ¡madre eres!

RECLUSAS: *(A coro)* Bendita tú eres entre todas las mujeres.

HERMANA SUPERIORA:

Porque eres el Principio de la Eterna Belleza, / puso Dios

su infinita bondad en tu querer. / Porque te das entera
como Naturaleza / ¡puso Dios en tu sena el principio del
Ser!

RECLUSAS: ¡Y bendito es el fruto de tu vientre, Mujer!

Mutación

CUADRO TERCERO

SALA ENFERMERÍA DE LA CÁRCEL DE MUJERES. ESTILO ANTIGUO DE GRANDES ARCADAS. PUERTA LATERAL PRIMER TÉRMINO DERECHA QUE SE SUPONE DA A LAS OFICINAS. PUERTA EN ÚLTIMO TÉRMINO IZQUIERDA QUE CONDUCE AL INTERIOR. GRAN VENTANA A FORO POR LA CUAL SE VE EL JARDÍN Y EL CORREDOR INTERIOR DE LA CASA. VARIAS CAMAS BLANCAS DE HIERRO EN ESCENA. EN PRIMER TÉRMINO, IZQUIERDA, LA DE MARÍA TERESA, SEPARADA DE LAS OTRAS POR UN TABIQUE O BIOMBO, PUES SE TRATA DE UNA PARTURIENTA. UNA CUNA DE HIERRO AL PIE DE LA CAMA. A SU LADO UN BANQUITO Y UNA SILLA DE HIERRO. SOBRE EL BANQUITO UN COSTURERILLO. EN EL MURO UN IRRIGADOR CON UNA TOALLA.

Al levantarse el telón, aparecerán las enfermas al pie de cada cama. Algunas incorporadas en sus lechos, acompañando el rezo de la hermana que en el centro de la sala las dirige. María Teresa, en primer término. En la camita habrá una criatura de muy pocos días.

HERMANA SUPERIORA:

(Terminando su oración) ...el señor es contigo, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

LAS PRESAS ENFERMAS:

(Casi mascullando las palabras a coro) Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores ahora y en la hora de nuestra madre. Amén.

HERMANA SUPERIORA:

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

LAS PRESAS ENFERMAS:

Según era en el principio y ahora y siempre por los siglos de los siglos, amén.

HERMANA SUPERIORA:

Bien. Las que esperan visitas y puedan recibirlas en el locutorio, deben salir al patio... Es un hermoso día y no les hará daño... *(Salen dos o tres enfermas de las que están mejor, por foro)*.

ENFERMA 1: Yo no espero visitas, madre, pero quisiera salir un poco...

HERMANA SUPERIORA:

¿Se siente fuerte?

ENFERMA 1: Sí, madre...

HERMANA SUPERIORA:

Bien. Salga, pero abríguese. Póngase este chal. *(Toma de una cama un chal y se lo coloca sobre los hombros. La enferma sale por foro. A María Teresa, que se ha sentado en la silla y comenzado a coser, con el banquito frente a sí)*. ¿Y usted?... ¿Se siente mejor?

MARÍA TERESA: Sí, madre... Un poco débil, no más.

HERMANA SUPERIORA:

No le conviene fatigarse... Debería meterse en cama...

MARÍA TERESA: No, madre... Estoy tan cansada de la cama... Además no me fatigo... Estoy haciendo unos trapitos para el nene...

HERMANA SUPERIORA:

Como guste... Pero no tiene necesidad... Si es por distracción, pase... Pero ¿para qué trapitos?...

MARÍA TERESA: Para el nene, madre, pues... ¿Por qué?... ¿Acaso no me lo van a dejar al nene?...

HERMANA SUPERIORA:

¡Vaya! ¡Vaya!... No lo digo, por eso... No se ocupe usted... (*Mirando al nene*). ¿Y cómo está el hombrecito?

MARÍA TERESA: (*Acercándose a la cama*) Parece que bien... Mírelo usted hermana... ¡Qué ricura!... Parece lo más sanito, ¿verdad?

HERMANA SUPERIORA:

¡Así es!... La Providencia es tan sabia y previsora que derrocha salud en estas pobrecitas criaturas...

MARÍA TERESA: ¿Y por qué no ha de derrocharla, madre?... ¿Acaso son menos que... que los otros?... ¿Qué culpa tiene el pobrecito?

HERMANA SUPERIORA:

Por eso mismo se lo he dicho... Pero no es ahora momento de hablar de eso... ni debemos hacerlo... ¿Espera usted visitas?...

MARÍA TERESA: No sé, madre. Recibo tan pocas y tengo tan pocas amistades...

HERMANA SUPERIORA:

Eso pasa con todas más o menos... ¡Viven tan superficialmente!... No siembran afectos, no pueden cosechar consuelos...

MARÍA TERESA: Pero se siembra amor, madre, para cosechar desventuras...

HERMANA SUPERIORA:

No sea usted sacrílega... ¡No hay más amor que el del Señor!... ¿Vendrá su abogado?

MARÍA TERESA: Es al único que espero. No le he visto desde el domingo anterior a mi parto... Y quisiera saber que es lo que ha resuelto en mi asunto...

HERMANA SUPERIORA:

Pero ¿no vino ayer el notificador de los tribunales?

MARÍA TERESA: Sí, madre. Vino a notificarme la sentencia del juez, y a preguntarme si apelaba, pero yo no quise firmar hasta consultar al doctor... ¡Figúrese usted, madre, que injusticia! ¡Me condena a tres años, por lesiones graves, dice! ¡Tres años!... ¡Por haber castigado al hombre que había hecho mi desgracia, que me negaba el derecho a la rehabilitación y que me obligaba a renunciar a mi propio hijo!... ¿Le parece justo eso, madre?...

HERMANA SUPERIORA:

Usted se olvida de las circunstancias en que cometió su delito... En una orgía, acaso influenciada por el alcohol...

MARÍA TERESA: ¡No, madre, no fue el alcohol!...

HERMANA SUPERIORA:

Después de una vida de disolución, en un ambiente de vicio y con antecedentes poco recomendables... ¡No juzgue usted así a la ley! ¡En el pecado está la penitencia!...

MARÍA TERESA: Sí, para mí, para las pobres mujeres, que no tenemos ninguna defensa... No para ellos, que todo los justifica... ¡Y después santifican a la maternidad!... ¡Y llaman madres a ustedes, por que todo lo dan!... Yo repudiaba aquella vida y confiaba en mi hijo para librarme de ella... Por mi amor de madre, sufrí y esperé y herí... Y ahora los jueces no tienen en cuenta mi maternidad para negarme hasta el derecho de serlo, para condenarme por ese mismo delito de haberlo querido ser... ¡Eso no es justicia, madre!...

HERMANA SUPERIORA:

Bien, bien... No se preocupe usted y, sobre todo, no se irrite... Eso le hará daño. Confíe en la justicia divina que no se equivoca, y que será, al fin, quien la redima... Sea

usted buena... Adiós. Si viene su abogado, haré que la visite aquí... ¡Tenga paciencia!... (*La Hermana Tornera entra por la primera puerta derecha y habla a la Hermana Superiora*).

TORNERA: Permiso, madre. Hay unas señoritas que quieren visitar a la reclusa (*Por María Teresa*) Les he dicho que estaba enferma y piden hablar con Vuestra Reverencia...

HERMANA SUPERIORA:

Serán amigas (*A María Teresa*) ¿Verdad?... Tal vez le haga bien un poco de charla. ¿Quiere usted recibir las? Puedo permitirles pasar aquí cinco minutos...

MARÍA TERESA: Como usted quiera, Madre...

HERMANA SUPERIORA:

(*A Tornera*) Hágalas usted pasar aquí. Advíértales que por cinco minutos nada más. El reglamento lo prohíbe... (*La Hermana Tornera se va por derecha*). (*A María Teresa*) Bien. La dejaré con sus amigas. Ya lo sabe. Resignación y fe... (*Mutis por foro*).

María Teresa, Sarita, Lyda Borelli, la Gila y Tornera

Entran las tres mujeres de punta en blanco. Las sigue la hermana Tornera, que se coloca detrás de ellas y permanece de brazos cruzados durante toda la escena.

SARITA: (*Entrando*) ¡María Teresa!

LA GILA: ¡Ñata!... (*La abrazan y la besan*).

SARITA: ¿Cómo estás? Ya supimos la noticia por el Tony Rebollo... Un machito... ¿Verdad?...

MARÍA TERESA: Sí... Ahí está...

LA GILA: (*Mirándolo*) ¡Pobrecito!... Y es rubio, che... ¿A quién sale rubio?...

LYDA BORELLI: Una ironía del destino, che... Aquí es todo negro... tenía que nacer él rubio, como el sol...

SARITA: ¡Bah! Dejate de pavadas, che... Ya estás con tus romanticismos

LA GILA: ¿Y te tratan bien?... ¿Estás mejor?...

MARÍA TERESA: Sí, estoy bien... Las hermanas son muy buenas.

SARITA: Pero se lo pasarán rezando, ¿verdad?... Que aburrido debe ser esto... ¡Uy!... ¡Yo me moriría de pena!... Fijate... Yo, que no vivo más que en la calle, encerrada entre cuatro paredes... ¡Dios me libre!...

LA GILA: Che, Ñata... ¿Y la Gata Mecha?... ¿Está aquí también?

MARÍA TERESA: Sí... pero no en la enfermería... ¿No han visto?...

SARITA: No... Queríamos hablarla en el locutorio ese... pero hay tanta gente y es tan feo eso, con el enrejado de alambre, que preferimos no verla...

LYDA BORELLI: ¿Está bien?... Esa se lo ha de pasar en el calabozo... ¿verdad?... Porque es terrible...

MARÍA TERESA: No... Aquí no tiene lugar a hacer de las tuyas...

LA GILA: Aquí se corregirá...

SARITA: ¿Corregirse?... ¿Esa y aquí?... ¡Como no salga peor!... Yo tuve una amiga, la Tanita Catalina, que vino aquí complicada en un robo, una sonsera... Era una buena muchacha... Pero de verdad, ¡eh!... Bueno. Pues se comió un año aquí, y cuando salió, se había perfeccionado tanto, que salió hecha una ladrona fina, che, que hasta punguiaba en los tranvías... ¡Mirá que modo de corregirse!...

LA GILA: ¿Y hay muchas ladronas aquí, che?...

MARÍA TERESA: Sí... Algunas... Ladronas de tiendas...

LYDA BORELLI: ¿Y asesinas?...

MARÍA TERESA: También... Varias... ¡Yo, por ejemplo!...

SARITA: ¡Bah!... No digas pavadas, che... Ya estás con las tuyas. Si hubieras hecho lo que yo, no te hubiera sucedido nada... Todo por tomar a serio eso de la maternidad... ¡Para qué!... Yo también, la primera vez, me llené la cabeza de ilusiones... ¡Ay! Un nene... mi felicidad; me parecía que tendría un tesoro... Un día, el caradura del padre se fue... y el tesorito resultó un clavo... Los maridos de hoy, che, son como los conventillos: no admiten criaturas... Y ya lo ves, ni en los conventillos... Después que lo metí en un convento al pibe... tan libre y feliz que vivo... ¡Gracias a Dios, en buena hora lo diga! (*Tres taconazos*). Pero cualquier día compro otro... ¡El buey solo bien se lame sin hacer caso de los balidos del ternero!...

LYDA BORELLI: ¿Y es cierto, che, que aquí no se ven hombres?...

MARÍA TERESA: No... ¡Ni falta que hacen!... Solo entra el cura capellán, el médico, y alguno que otro abogado defensor...

LYDA BORELLI: Qué hermosos han de parecer los hombres aquí, ¿verdad?...

SARITA: Callate, che... Me contaba la Tanita, que cuando veían algún pintor o albañil que estaba haciendo algún trabajo, ¡armaban un bochinche!... ¡Che!... Como fieras... ¿Es cierto eso?... (*A María Teresa*).

LA HERMANA TORNERA:

Perdón, señoritas... Pero han pasado ya los cinco minutos...

SARITA: Bueno, ya nos vamos... Vendremos otro día, che... Yo no puedo venir tan seguido sabes, porque estoy de ocupada... Me levanto a las seis de la tarde, fijate...

MARÍA TERESA: No se molesten por mí... Cuando puedan, vengan, si quieren...

LA GILA: No faltaría más... Vendremos todas las semanas...

LYDA BORELLI: Yo te quería traer algo, pero me dice que es prohibido todo... Polvos, perfumes, espejos, novelas... Francamente, no supe que traerte...

MARÍA TERESA: No importa... Me basta con sus visitas...

SARITA: Bueno... Adiós, che (*La besa*) Y que salgas pronto.

LA GILA: Adiós, Ñata... Siempre nos veremos...

LYDA BORELLI: Adiós, che... ¡Ay!... ¡A pesar de todo quisiera experimentar la emoción de estar presa!...

SARITA: ¡Qué hacés Lyda Borelli!... (*Ríen a carcajadas con la Gila. Mutis*).

María Teresa, luego Mecha.

Cuando se han retirado las tres mujeres, María Teresa, lanza un profundo suspiro como de desahogo. Luego apoya su cabeza entre las manos, como abrumada por sus ideas. En seguida reacciona, se pone de pie, va hasta la cunita y allí permanece un momento contemplando gozosa el sueño angelical de la criatura. Después vuelve a su silla y continúa su labor. Pausa. Entra por foro la Gata Mecha.

MECHA: Che, Ñata... Buenas tardes... ¿Cómo seguís?

MARÍA TERESA: Bien... Ya estoy fuerte...

MECHA: Pedí permiso a la Superiora para hablarte un momento... y además porque me pareció ver salir a Sarita con las otras dos... ¿Estuvieron a verte?...

MARÍA TERESA: Sí... Cinco minutos...

MECHA: ¿Lo ves? Y las desagradecidas ni siquiera se dignaron pedirme...

MARÍA TERESA: Me dijeron que les daba vergüenza hablarla en la reja... pero le dejaron recuerdos...

MECHA: Recuerdos... Plata es lo que necesito, no recuerdos...

Caras duras. Las tres me deben la pensión del último mes. ¡Claro!... Con el bochinche de mi detención aprovecharon la bolada para hacerse las zonzas... Y no me pagó ninguna... ¡Y creo que hasta los muebles me llevaron las reas!... ¡Pero me las pagarán!...

MARÍA TERESA: No haga eso... Olvide todo eso... Ya no le han de quedar ganas de volver a las mismas...

MECHA: ¿Qué no?... Ya verás... Mirá: si me dan lo que me pide el fiscal, en seis mese más quedo libre y entonces verás quien es Calleja... ¡Cualquier día vendrán a mi casa esas milongueritas! En cuanto a vos, Ñata; ya lo sabés... Te vendrás conmigo y libre de ese sinvergüenza te podrás pasar una vida papa...

MARÍA TERESA: No, no, Mecha... Ni me hable de eso... Viviré para mi hijo... y lejos de todo lo que usted llama esa "vida papa"...

MECHA: ¿Con tu hijo?... No seas otaria, mujer... No digas macanas... ¡Con tu hijo... y de lavandera, sin duda! Y por otra parte ¿qué pensás sacar con eso?... ¡Después de lo que han dicho los diarios cuando hablaban del asunto... y después de haber sido condenada por lesiones... y con tres años de cárcel... ¿O te crees que esto te va a servir de patente de honestidad?... No, mi hijita... ¡De aquí se sale con una marca de fuego, pa' toda la vida!... ¡Si eras buena al entrar, tienes que ser forzosamente mala al salir!... ¡Porque quedás infamada, como dicen!... Y si entraste mala, tenés que salir peor, por que aquí no se corrige nadie...

MARÍA TERESA: Que me importa... Me quedaría mi hijo...

MECHA: ¡Tu hijo!... Si te lo dejan, decí...

MARÍA TERESA: ¡Qué!... ¿Qué ha dicho?... ¿Qué no me dejarán mi hijo?...

¡Hable pues!...

MECHA: ¡Callate!... ¡La madre!... (*Aparece por foro la Hermana Superiora acompañada del médico de la cárcel, un viejito, como de sesenta años*).

Dichos, la Hermana Superiora y el Médico

HERMANA SUPERIORA:

Aquí tiene usted a la enferma, doctor...

EL MÉDICO: Buenas tardes.

MARÍA TERESA: Buenas tardes, doctor...

EL MÉDICO: ¿Cómo va ese ánimo?... ¿Se siente fuerte ya?

MARÍA TERESA: Sí, doctor... (*El médico le toma el pulso*).

EL MÉDICO: Muy bien... ¿Y del estómago? ¿Cómo andamos?

HERMANA SUPERIORA:

Muy bien, doctor... Desde ayer le damos carne...

EL MÉDICO: Perfectamente... ¿Y el nene? (*Lo examina*).

MARÍA TERESA: Duerme bien, doctor... De noche no molesta casi nada... Y apenas le doy el pecho se duerme las horas...

EL MÉDICO: Prueba de que está bien... (*Cambia una mirada de inteligencia con la madre superiora*). ¿Ya ha salido al patio alguna vez?...

HERMANA SUPERIORA:

No, doctor. Esperaba su consejo...

EL MÉDICO: Si se siente bien y fuerte le convendría un paseíto... Hay que desentumecerse... Además, hace un hermoso día y no debe perderlo... ¿Se animó a caminar un poco?

MARÍA TERESA: Es lo que deseo, doctor.

MECHA: ¿Quiere que yo la acompañe, madre?... (*El médico y la*

superiora cambian otra mirada).

HERMANA SUPERIORA:

Bien. Acompáñela. Despacito... Y que no se fatigue...
(María Teresa va a levantar el niño de la cuna).

EL MÉDICO: ¿Qué va hacer? ¿Llevarse al niño?...

MARÍA TERESA: Sí, doctor... ¿Cómo va a quedar solito?...

HERMANA SUPERIORA:

¿Qué ocurrencia!... ¿Cómo va a sacar el niño?... Buen escándalo haría usted entre las reclusas... No, déjelo usted. Nosotros los cuidaremos...

EL MÉDICO: Además está dormidito... Si se despierta ya se hará anunciar el bribonzuelo... Vaya usted no más...

MARÍA TERESA: Como usted ordene, doctor... Con permiso... *(Se va por foro, acompañada de Mecha).*

HERMANA SUPERIORA:

(A Mecha) Dígale a la hermana portera que toque la campana... Ya no es hora de visitas...

MECHA: Muy bien, madre. *(Mutis con María Teresa lentamente).*

El Médico y la Hermana Superiora

El Médico y la Hermana Superiora miran a las mujeres hasta que desaparecen.

HERMANA SUPERIORA:

¿Y qué opina usted, doctor?...

EL MÉDICO: Que ya está fuera de todo cuidado... Y el niño parece sanito; pueden amamantarlo con biberón o con las nodrizas de expósitos...

HERMANA SUPERIORA:

¿La madre no podrá sufrir algún trastorno, doctor?...

EL MÉDICO: Creo que no... Es mujer sana y, por lo demás, si algún dolor moral puede ocasionarle la separación, esta clase de mujeres se consuelan pronto... ¡No es la maternidad su mayor virtud!

HERMANA SUPERIORA:

Yo ya he hecho llamar a un empleado de la Casa de Expósitos, que debe venir hoy, porque ayer se le notificó a la reclusa la sentencia del juez. La condena a tres años. Y usted, sabe, doctor, que el reglamento de esta casa prohíbe criar niños... ¡Cómo es posible tenerlo aquí tres años, con escándalo de todas las demás!... (*Afuera suena una campana tres o cuatro veces*).

EL MÉDICO: Comprendo, madre...

HERMANA SUPERIORA:

Por otra parte, yo entiendo que le será menos duro a la madre separarse ahora del niño, que cuando sea mayorcito y esté acostumbrada a él...

EL MÉDICO: Naturalmente... Por lo demás lo aconseja hasta la misma razón médica... El niño no sufrirá ahora el cambio de amamantación como lo sufriría después... Puede usted enviarlo, no más, madre...

HERMANA SUPERIORA:

¿Cree usted, doctor, que se le debe comunicar a la madre?

EL MÉDICO: No. Entréguelo en cuanto venga el empleado de Expósitos, si es posible, sin que ella lo vea. Consolarla será más fácil que convencerla.

HERMANA SUPERIORA:

Es lo que también creo, doctor...

Dichos y la Hermana Portera

HERMANA PORTERA:

(Llevando una tarjeta en la mano) Permiso, madre. El doctor Gutiérrez con otro señor, que dice que es su procurador quiere hablar con la reclusa Sánchez.

HERMANA SUPERIORA:

(Leyendo la tarjeta) El doctor Gutiérrez, abogado de la reclusa...

EL MÉDICO: ¡Ah, sí! Es amigo mío... Convendría consultar con él también el asunto... ¿Puede permitírsele pasar aquí?...

HERMANA SUPERIORA:

Sí, como abogado, sí, doctor... *(A la hermana portera)*. Hágallo pasar, hermana *(La portera hace mutis)*.

EL MÉDICO: De cualquier modo, el defensor siempre le ayudará a usted a tranquilizar a la madre.

HERMANA SUPERIORA:

Sí, porque tampoco podrá oponerse. El reglamento es severísimo.

EL MÉDICO: Así es.

Dichos, el Doctor Gutiérrez y Tony Rebollo

GUTIÉRREZ: *(Entrando seguido de Rebollo)* ¡Doctor!... Buenas tardes... ¿Cómo está usted?... *(Se dan la mano)*. *(A la Madre Superiora)* ¡Madre!... A sus órdenes. *(Presentando a Rebollo)* El señor Rebollo, mi procurador, el doctor Juárez, la Madre Superiora... *(Saludos de Rebollo con ambos)*.

EL MÉDICO: Viene usted a propósito, doctor. Se trata de un caso especial en que necesitamos oír su opinión.

GUTIÉRREZ: Usted dirá, doctor.

EL MÉDICO: Ante todo, doctor, díganos. ¿Cree usted que podrá obtenerse una reducción de la condena de su defendida?... ¡Con franqueza!...

GUTIÉRREZ: A eso venía, precisamente. A comunicarle la sentencia a María Teresa...

HERMANA SUPERIORA:

Ya se la comunicó ayer el notificador de tribunales.

GUTIÉRREZ: Bien. Yo pienso apelar, porque aun hay tres días para recurrir a la cámara, pero, aquí, entre nosotros...

EL MÉDICO: Hable usted... La reclusa pasea por el patio...

GUTIÉRREZ: No tengo esperanzas de obtener ninguna ventaja más. A esta pobre joven la han perdido sus antecedentes... El juez ha tenido en cuenta el hecho de que era lo que se llama una "mantenida"... El ambiente de tangos y de jarana en que vivía: la calidad de los individuos que intervinieron en el asunto y hasta el momento mismo en que cometió el delito: una orgía... Para la Ley, como para la sociedad, no hay redención posible para esa gente... De modo que lo menos que puede esperarse es que la cámara confirme la sentencia. Se trata además de una lesión grave: ¡la víctima ha perdido el ojo!...

HERMANA SUPERIORA:

Bien, doctor: le preguntábamos eso porque hay un detalle doloroso pero ineludible que salvar. La reclusa no puede criar su niño aquí...

REBOLLO: ¡Cómo!... ¿No le es permitido eso?

HERMANA SUPERIORA:

No, señor. El reglamento lo establece; y menos tratándose de una condena larga como esa. Usted comprende. La

crianza de la criatura no la dejaría hacer nada... y aquí se viene a trabajar. Además, el hecho de tener una madre en la casa sería un constante motivo de escándalo, aparte que de injusticia, porque hay otras madres y a ninguna se le permite tener sus hijos!...

GUTIÉRREZ: Pero eso es una aberración...

REBOLLO: ¡Eso es una macana, digo yo!...

HERMANA SUPERIORA:

¿Aberración, dice usted?...

EL MÉDICO: ¿Por qué, doctor?...

GUTIÉRREZ: Porque nunca he creído que la maternidad fuera un escándalo ni un delito... ¡Y eso que no soy moralista!... Porque esa infeliz joven, si cometió su crimen fue, precisamente, por defender el fruto de sus entrañas y, finalmente, porque creo que si hay alguna cosa capaz de reformar a una pecadora, de regenerar a una mujer, esa cosa es, su propio hijo, su amor maternal...

EL MÉDICO: Así lo será para su modo sentimental de ver las cosas, no para el severo criterio de la justicia...

GUTIÉRREZ: No es mi criterio sentimental... ¡Es mi criterio humano, doctor! ¡Haga usted madres, y evitará criminales, y no suprima maternidades para castigar delincuentes!

REBOLLO: Pero, en resumen, ¿qué piensan hacer con el pebete?...

HERMANA SUPERIORA:

Entregarlo a la Casa de Expósitos mientras dure la condena de la madre...

REBOLLO: ¡Ah! ¡Yo creía que lo querían fusilar!...

HERMANA SUPERIORA Y EL MÉDICO:

(Indignados) ¿Cómo dice usted?...

REBOLLO: Nada... Es una broma no más... Porque en realidad, me parece un poco curioso todo eso. Porque el padre lo quería eliminar al pibe antes de nacer, la madre le saca un ojo... Viene a la cárcel; y aquí, precisamente, hacen lo que quería hacer el padre. ¡De dónde resulta que el único castigado es el pobre pinchibirra!... ¡Está rico esto!...

GUTIÉRREZ: ¿Y la madre conoce esta determinación?...

HERMANA SUPERIORA:

No... Hemos pensado no comunicarle nada, hasta después que se lleven la criatura... (*Gutiérrez queda pensativo*).

REBOLLO: (*Mirando al niño*) Pobre pibecito... Tan chiquito y ya en cana... ¡Este sí que es nacer con mala pata!... ¡Y que rico es el purrete!...

GUTIÉRREZ: Pero, dígame, madre. ¿No se podría buscar algún medio para no separar a esa pobre joven de su hijo?...

HERMANA SUPERIORA:

Yo no conozco ninguno. En el Buen Pastor tampoco las admiten. Además, allí no se alojan condenadas... Y en la Maternidad tampoco...

EL MÉDICO: Y esa joven tiene familia o domicilio, usted, como su defensor, podría obtener que se le acordara la casa por prisión...

GUTIÉRREZ: No; qué ha de tener familia ni casa... ¡Pobre víctima de su orfandad!... ¡Ese es el mal, ahí está el problema!... Antes de hacer cárceles, los legisladores deberían hacer hogares... para tanta criatura desamparada cuya única salvación es el vicio y cuya única esperanza es el presidio... Y hablan luego de ciencias penales de reformatorios... ¿Reformatorios de qué?... Si a las fieras en sus cubiles se les consiente el sagrado derecho de ser madres... ¿Qué quieren sacar de una delincuente a quien se le arrebató su más noble

sentimiento?... ¡Qué aberración!... ¡Qué aberración!...

HERMANA SUPERIORA:

No se altere, doctor. El reglamento nos lo dan hecho...
¡Qué podemos resolver nosotras!... (*La Hermana Portera
aparece por foro con dos mujeres más, reclusas*).

Dichos, Portera, Carmen y Carolina

HERMANA PORTERA:

Permiso, madre... Estas dos reclusas han dado parte de
enfermas...

HERMANA SUPERIORA:

(Al médico) La Muñoz y la italiana nueva...

EL MÉDICO: Adelántense... (*Avanzan las dos mujeres. Una joven y bien
parecida. La otra ya vieja y muy humilde*). ¿Se sienten
mal?...

LA MUÑOZ: Sí, doctor...

EL MÉDICO: Bien; ahora las examinaré. Espérenme en el dormitorio
(Las dos mujeres se van seguidas de la portera) Ahí tiene
usted, doctor; otras dos madres; usted que es defensor de
la maternidad... Esa más joven es Carmen Muñoz...
madre de seis hijos... Hizo asesinar al marido... La otra
es Carolina no sé cuantos... Echó a sus hijos al Riachuelo
y se arrojó ella también. Ambas condenadas a veinte y
cinco años...

REBOLLO: ¡Qué nenas!...

GUTIÉRREZ: Más en mi favor, doctor... La Muñoz fue una víctima de
su maternidad. Desdeñada, abandonada, el hogar fue
para ella una cárcel y una condena. Pobre cerebro de
mujer, no supo sobreponerse a su abandono y llegó al
crimen por puro afán de independencia, acaso por puro

ingenuo y bárbaro instinto de madre. Hizo asesinar al marido, pero no se le ocurrió nunca asesinar a los hijos o renunciar a tenerlos, cuando eran ellos quienes la ataban a la miserable vida que hacía... ¿Qué prueba eso?... ¡Que había una madre, y que de ella el egoísmo ajeno hizo una fiera!... Y la otra, esa pobre y miserable piltrafa humana, hambrienta y desesperada, condenada como Ugolino a morir de hambre con sus hijos, prefirió sacrificar sus vidas y la suya propia, antes de separarse de ellos por entregarlos a la llamada caridad o por ir a la cárcel por robo... ¿Qué significa eso? ¡Qué había otra madre tan abnegada como la que más, y de quien la bárbara sociedad hizo una bestia!... Esa es la conclusión que yo saco de esas dos mujeres que usted me ofrece como ejemplo...

REBOLLO: *(Dándole la mano)* Choque, doctor... Usted parece que me hubiera adivinado... ¡Por Dios! ¡Yo también diría lo mismo!...

HERMANA SUPERIORA:

¡Maneras de pensar!...

GUTIÉRREZ: De pensar y de sentir, madre, cosa que ni la ley ni la sociedad hacen: ¡sentir!

Dichos, la Hermana Portera; luego, el Empleado de Expósitos

HERMANA PORTERA:

El empleado de la Casa de Expósitos.

HERMANA SUPERIORA:

(Al médico) Aprovecharemos este momento, doctor, que no está la madre...

EL MÉDICO: ¡Qué otro remedio queda, Madre!...

HERMANA SUPERIORA:

(A la portera) ¡Qué pase! *(Se va la portera)*.

GUTIÉRREZ: Y la madre, ¿dónde está?

EL MÉDICO: Pasea en el patio...

REBOLLO: ¿Pero no le van a decir nada?... ¡Me parece una crueldad!...

EL MÉDICO: Para qué decírselo... ¡De todas maneras debe hacerse!...

El empleado de Expósitos entra. La Hermana Superiora levanta al niño en brazos y se lo da arropadito.

HERMANA SUPERIORA:

(Al empleado) La hermana portera le dará el papel con los datos del niño. Usted entréguele el recibo.

EMPLEADO: Muy bien, Madre.... *(Se va por la derecha)*.

GUTIÉRREZ: ¡Qué crueldad!... *(Rebollo se seca una lágrima. Hay un momento de dolorosa pausa. El médico da vuelta la cara abismado, y la Hermana Superiora hace lo propio)*.

HERMANA SUPERIORA:

(Casi sollozando) Yo enviaré a la reclusa para que la vean ustedes... Consuélenla, por favor... Será una obra de misericordia... El reglamento es severo... *(Se va por el foro)*.

GUTIÉRREZ: *(Al médico)* Confiese usted doctor que este es un verdadero crimen... Que somos todavía muy bárbaros los que nos llamamos civilizados...

EL MÉDICO: Acaso tenga usted razón, doctor... *(Aparecen por foro María Teresa y Mecha. A tres metros de ellas la Hermana Superiora)*.

Dichos, María Teresa, Mecha, detrás la Hermana Superiora

MARÍA TERESA: *(Al ver al doctor Gutiérrez, corriendo hacia él)* ¡Doctor! ¡Cómo está usted!... ¡Rebollo!... ¿Por aquí?... Ya creí que no vendrías... *(Les da la mano)*.

MECHA: *(Al ver a Rebollo)* ¡Tony!... ¡Tony!...

REBOLLO: ¡Vieja!... ¡Como te va!... *(Se abrazan largo y tendido)*.

MECHA: Tony sinvergüenza... Recién se te ocurre venir...

REBOLLO: Pero, Gata, si no he podido...

MECHA: ¡Qué Tony!...

REBOLLO: ¡Qué Gata!... *(La Hermana Superiora se hace cruces)*.

HERMANA SUPERIORA:

(Interviniendo) Qué significa esto, señor... No está permitido esto aquí... ¡Reclusa!... ¡Retírese usted! Y usted caballero, si yo hubiese sospechado no le habría permitido entrar...

REBOLLO: Pero, Madre... Si es una breve expansión...

HERMANA SUPERIORA:

Bien. *(A Mecha)* Retírese, reclusa...

MECHA: Venime a ver el domingo...

REBOLLO: ¡Perdó cuidado!... *(La vieja Mecha se va tirándole besos a Rebollo y seguida por la Hermana Superiora. Apenas ha desaparecido Mecha, la Hermana Superiora vuelve y se detiene a la distancia al foro)*.

MARÍA TERESA: ¡Qué Tony!... ¡Siempre tan loco!... Y usted, doctor, ¿has visto al nene?... *(El doctor Gutiérrez asiente con la cabeza)* ¿Verdad que es bonito y que parece sano... Mírelo... Mírelo... Como duerme...

GUTIÉRREZ: *(Cubriendo la cuna)* No, déjelo, María Teresa. Lo va a despertar...

MARÍA TERESA: No, si ha dormido mucho... Mírelo... *(Va a la cuna y al no*

verlo, pregunta toda azorada) ¿Y el nene?... ¿Eh?... ¿Quién sacó de aquí al nene?... *(Nadie contesta. Todos dan vuelta la cabeza rebuyendo la explicación)* ¿Y el nene?... ¡Doctor! ¿Por qué no me contestan? ¿Quién ha sacado al nene?... ¿Se lo han llevado?... ¡Eh!... *(Al ver a la Hermana Superiora. Corre hacia ella)*. ¡Madre!... ¡Diga usted!... ¿Y el nene?... ¡Me han quitado el nene!... ¡Por Dios, Madre!... ¡Doctor!... ¡Díganme ustedes! ¿Me han quitado el nene?... ¡Mi hijito!...

GUTIÉRREZ: Cállese, María Teresa... Cállese...

MARÍA TERESA: *(Fuera de sí)* Pero, dígamelo... ¿Me lo han llevado?... ¿A dónde?... ¿Porqué me lo quitan?... ¡Yo quiero a mi hijo!... ¡Que me lo devuelvan!... ¡Yo lo quiero!...

EL MÉDICO: Cállese, señorita.

REBOLLO: ¡Ñata, no te pongas así!...

MARÍA TERESA: No... Yo lo quiero... Díganme... ¿Qué han hecho de mi hijito?... ¿Porqué me lo sacan?... Ahora comprendo... ¡Todas me lo decían!... ¡Todas criminales!...

GUTIÉRREZ: Pero escúcheme, María Teresa... El reglamento prohíbe criar niños aquí...

EL MÉDICO: Después se le entregará... No se aflija...

MARÍA TERESA: ¿Cuándo? ¿Cuándo me lo darán?... ¿A dónde lo han llevado?...

GUTIÉRREZ: A la Cuna lo llevaron, pero le será entregado al salir... Yo lo haré cuidar, no se aflija...

MARÍA TERESA: ¡Ya me lo temía!... ¡Asesinos!... ¡Quitarme el nene!... Mi hijito preferido, por quien todo lo sufría... ¡Asesinos!... ¡Qué quieren de mí!... ¡Qué quieren!... ¡Matarme!... ¡Hijo de mi alma!... *(Se echa a llorar sobre la cama)*.

GUTIÉRREZ: Tenga paciencia, María Teresa... Usted tiene valor para sufrirlo todo por su hijo... No ha sido posible evitarlo... Yo me encargaré de que se lo cuiden, y cuando usted

salga le será entregado... ¡Sea fuerte!...

MARÍA TERESA: ¡Miserables!... No, no... Yo no quiero vivir sin mi hijito... ¿Para eso me han traído aquí?... *(Se incorpora de pronto en un movimiento de reacción terrible). (Hecha una fiera)* Quieren matarme así, quitándome a mi hijo, a mi única razón de vivir... Bien, ¡lo conseguirán!... *(Se arroja sobre el costurero. Toma la tijera e intenta clavársela en la garganta. Todos la sujetan y le quitan la tijera).*

GUTIÉRREZ: Pero, María Teresa... ¡Qué quiere hacer usted!...

REBOLLO: ¡Ñata!... ¡Por Dios!...

EL MÉDICO: ¡Señorita!... *(Los tres a la vez).*

MARÍA TERESA: ¡Déjenme! ¡Déjenme!... ¡Asesinos!... ¿Y esta es la bondad de esta casa?... ¿Este es el medio de regenerar que tienen?... ¡Cobardes!... ¡Quitarme mi única felicidad, mi único cariño, cobarde, cobardes!... *(Se echa a llorar amargamente sobre la cama. Largos y entrecortados sollozos).*

Silencio general. El médico conmovido se va al foro donde esta la madre superiora y dan vuelta la cara ambos para el fondo. Se oye adentro las campanadas del "Angelus", y el órgano que empieza el Ave María.

GUTIÉRREZ: *(A Rebollo)* ¡Vamos! ¡Cada día me avergüenzo más de ser hombre!... *(Mutis por derecha).*

REBOLLO: *(Sacando una muñeca del seno, profundamente conmovido y con palabras preñadas de llanto)* Y yo que le traía una muñequita para el nene... *(La deja suavemente sobre la cama)* ¡Pobrecita!... *(Va a hacer mutis pero no puede contenerse más y suelta el llanto).*

TELÓN

madre tierra

Alejandro E. Berruti

> **madre tierra**

Drama en tres actos, original de Alejandro E. Berruti.
Estrenado en Buenos Aires, el 16 de noviembre de 1920, en el teatro Nuevo.

REPARTO

CARMELA
CATALINA
CONCEPCIÓN
LAURITA
CRIADA
NENA
PIETRO LENOSI
DON ALFREDO
SARGENTO PEÑA
GARCÍA CASTRO
ANTONIO
OLEGARIO PACHECO
PEPÍN
MENÉNDEZ
CRAMER
SECRETARIO
LINYERA 1
LINYERA 2
LINYERA 3
PORTERO

La acción transcurre en la provincia de Santa Fe: época actual.

ACTO PRIMERO

Casa de un colono, situada en una chacra. Construcción pobre y reducida. Puerta practicable en el frente del rancho. A un costado, pozo de agua en pésimas condiciones. Árboles raquíticos. Bancos largos y sillas de paja. Por la derecha, camino a un galpón y a la tranquera de entrada; por izquierda, al interior de la chacra. Es en el rigor del verano y durante una persistente sequía. Derecha e izquierda del actor. Al levantarse el telón, Carmela está sentada remendando un pantalón viejo y Catalina saca agua del pozo.

CATALINA: *(Aproximándose a Carmela, con balde con agua)* Mama, ¿pongo la olla al fuego?

CARMELA: *(Gesto de duda)* Ponela hiquita. Algo han de traer per comer esta noche. ¿No había in poco de papa ne la cocina?

CATALINA: Se concluyeron ayer. Lo único que hay es galleta y un poco de leche que mandó don Alfredo para vos.

CARMELA: ¿Así que la overa no da más leche?

CATALINA: Ni una gota, mama. Si no tiene que comer. Ya no quedan ni las raíces del pasto. Tata dijo que en estos días iba a matar la vaquita antes que se muera de hambre.

CARMELA: *(Suspirando con amargura)* ¡Maldita secal!...

CATALINA: Y de yapa, el sol fuerte como nunca, lo quema todo, todo... *(Suspirando con amargura)* ¡Qué vida, qué vida!... *(Se va por foro, detrás de la casa, de donde regresa enseguida, sin el balde).*

CARMELA: Si la salute me ayudara...

CATALINA: Sería lo mismo. Yo estoy sana y ¿qué puedo hacer? Si viviéramos en la ciudad yo podría trabajar y ganar algo, pero aquí... La miseria no sería tan triste...

- CARMELA: Siempre tené el pensamiento in la ciudadá, hiquita.
- CATALINA: Claro, mama. Allí nací y pasé mis primeros años ¿se acuerda? Allí fui a la escuela, aprendí a leer. Era grandecita cuando ustedes se vinieron a probar fortuna en el campo ¿verdad, mama?
- CARMELA: Vo teniba doce año. Nosotros te queríamos decar ne la ciudad per hacerte estudiar, ma no tuvimo ánimo de separarte de nuestro lado.
- CATALINA: Ya ve entonces, si tengo razón de pensar en la ciudad...
- CARMELA: E custo, ma no se llene la cabeza con esa ilusione. Tenga pasiensa.
- CATALINA: *(Suspirando hondamente)* ¡Ilusiones!... *(Mirando hacia derecha)* Ahí vienen Pepín y la Nena.
- NENA: *(Entra corriendo por derecha llevando a Carmela dos perdices y unos cuantos pajaritos muertos)* Mama, mirá las perdices que cazó tata y estos pajaritos que cazamos con Pepín en el camino del monte.
- CARMELA: *(Tomando la caza y observándola)* Meno mal que algo hay todavía.
- CATALINA: ¿Y tata?
- NENA: Se quedó por ahí arrancando papas.
- PEPÍN: *(Entrando por derecha con un atado de leña al hombro, que deposita en el suelo; se seca el sudor de la frente con la manga de la camisa)* ¡Como pica el sol! ¡Ah!... Sabé, mama, que ya no se puede dir má a sacar leña del monte? Por esta vez me han dado permiso y se acabó. *(Gesto de sorpresa de Carmela y Catalina)* Cierito, mama. Preguntale a la Nena. *(A esta)* Che, ¿cierito que en el monte estaba un señor del pueblo que dijo que no se podía sacar más leña?
- NENA: *(Gesto de temor)* Sí; y el hombre parecía que estaba enojado.

- PEPÍN: Van a alambrar el monte pa que no dentre nadie; con alambre de púa y todo. Yo no se ande vamo a dir a buscar leña. *(Con risa idiota)* Se comeremo lo cachilo crudo.
- CATALINA: ¿Y a vos te hace gracia?
- PEPÍN: *(Con extrañeza)* ¿Queré que lllore entonces?
- CARMELA: *(Incorporándose con alguna dificultad)* Voy a pelar esto bicho.
- CATALINA: Démelo, mama; yo lo hago.
- CARMELA: Decá nomás, hiquita: no e un trabaco pesado. *(Lentamente, mutis por el foro).*
- PEPÍN: Dicen todo que la seca de este año es más pior que toda. ¿Te acordá, che, Catalina de esa laguna que hay cerca del monte?
- CATALINA: Sí.
- PEPÍN: Tá seca y lo animale no tienen agua pa tomá. A don Mateo, sabé, se le han muerto lo do caballo que tenía. *(Mirando a derecha)* Viene gente por el camino.
- CATALINA: *(Fijándose también y esforzándose para distinguir)* ¿Quién será?
- PEPÍN: Por la polvadera que levanta el caballo no se ve; pa mi que es el sargento Peña o don Antonio.
- CATALINA: *(Exteriorizando satisfacción)* Es verdad; a esta hora pasa casi todos los días.
- PEPÍN: *(Descubriendo al jinete)* ¿No dije? Don Antonio... ¡Si tengo una vista!
- CATALINA: A ver, Pepín, llevá esa leña a la cocina y hachala; así la acompañás a mama.
- NENA: *(A Pepín)* Vamo, Pepín; yo te ayudo. *(Pepín toma el atado de leña y junto con la Nena, mutis por el foro).*

Catalina se arregla apresuradamente el cabello; se compone el vestido exteriorizando cierta impaciencia. Se oyen ladridos lejanos. Tras un breve momento, por derecha entra Antonio.

- ANTONIO: (*Tendiendo la mano a Catalina*) Buenos tardes, Catalina.
- CATALINA: (*Devolviendo el saludo*) Buenas.
- ANTONIO: Qué milagro, ¿tan solita?
- CATALINA: Sola no; ahí está mama en la cocina y los chicos recién se van de aquí. Siéntese Antonio (*Ambos se sientan*).
- ANTONIO: (*Mientras se quita el sombrero y se seca el sudor*). Gracias. Después de una hora de galope al sol no viene mal un descansito a la sombra... y en tan buena compañía. ¡Siempre tan linda ella!...
- CATALINA: (*Bajando la cabeza*) Antonio...
- ANTONIO: Pero no me esconda esos ojos que me encantan; he venido a propósito para verlos. (*Catalina levanta la vista*). Así; ¡cómo no me va a conceder esa gracia, si usted sabe que la quiero tanto!... (*Tomándola de las manos e intentando estrecharla*) ¡que la adoro!
- CATALINA: (*Resistiendo con suavidad*) Antonio... por favor. No insista en lo que no es posible. Usted sabe que lo aprecio mucho, que es mi único amigo, pero no se empeñe en cambiar las cosas que no tienen remedio. Yo no puedo, no puedo quererlo como usted desea; acuérdesese de su mujer...
- ANTONIO: (*Molesto*) ¡Siempre con lo mismo! Es cierto; vivo con una mujer, pero no soy casado. Miente quien le diga lo contrario. Es una compañera a la que no me une más que la costumbre de vivir juntos. Y eso, Catalina, ¿cree que puede impedir que entre nosotros exista un amor verdadero? ¿Entonces, por qué me distingue con su trato? ¿Por qué se alegra cuando me ve y brillan más sus ojos cuando estoy junto a usted como ahora? ¿Eso no es dar una esperanza?
- CATALINA: (*Emocionada*) No... no... yo no le he dado ninguna

esperanza. Es cierto; lo distingo, lo aprecio... Me agrada su compañía. Pero qué voy a negarlo. Pero comprenda mi situación de mujer joven llena de ilusiones, perdida en medio de este campo donde no hay más que miseria y dolor. Por eso se alegra mi corazón cuando hablo con un hombre que no me repite la queja que se oye aquí todos los días que van pasando como un suplicio... Me alegro cuando hablo con usted, cuando leo un diario de la ciudad; me alegra cualquier cosa que no sea esto (*Señalando alrededor*), que me aleje de este rincón desolado donde las penas hasta me van haciendo indiferente el cariño de los míos.

ANTONIO: (*Apasionadamente*) Y entonces por qué...

CATALINA: No, Antonio... usted no debe aprovecharse de esta situación para tentarme sobre todo cuando no es posible que el amor que me propone sea todo lo honrado que debiera ser para que yo lo aceptara. Usted me comprende, Antonio...

ANTONIO: Sí; comprendo que, a pesar de su negativa, usted me quiere. Confiéselo para satisfacción mía, aunque sea como despedida, ya que pronto abandonaré estos campos ingratos y lejos de aquí acaso pueda olvidarla, confíeselo...

CATALINA: (*Impresionada y sorprendida*) ¿Cómo? ¿Se va, Antonio?...

ANTONIO: Sí, me voy a la ciudad, a ver si tengo más suerte. Yo había pensado en una vida nueva, a su lado...pero si como usted dice, es imposible... (*Incorporándose*) En fin...

CATALINA: ¿Ya se va?

ANTONIO: (*Fríamente*) Voy a esperar un momento más a don Pietro; tengo que hablarlo. (*Catalina no puede contener las lágrimas y tratando de esconderlas se las enjuga*). Esas lágrimas son la respuesta que yo esperaba. ¡Usted me quiere, Catalina! ¡Usted me quiere!...

CATALINA: (*Confundida*) No... no... yo no sé... pero no me

abandone todavía... (*Antonio suspira satisfecho y disimula al aparecer Carmela por foro, que al observar a Catalina y Antonio se detiene un instante meneando la cabeza con gesto de disgusto*).

ANTONIO: (*Al advertir a Carmela*) Buenas tardes, señora ¿No sabe si tardará mucho en volver su marido?

CARMELA: (*Fríamente*) Viene llegando por allí (*Señala izquierda y mutis por puerta rancho*).

ANTONIO: (*Hacia izquierda*) Salud, don Pietro. Lo estaba esperando.

PIETRO: (*Entra por izquierda, trayendo una bolsa en una mano y en un hombro colgada una escopeta. Viene sudoroso, fatigado, con visibles muestras de sufrimiento en el semblante*) Bona tarde, Antonio... (*A Catalina, entregándole la bolsa*) Tome hiquita, lleve per allá esa patata. Creo que son la última... (*Deja la escopeta arrimada a la pared del rancho y vuelve junto a Antonio. Sacándose el sombrero y secándose el sudor con un pañuelo tosco*) Qué dice Antonio; sientase. ¡Yo estoy muy cansado! ¡Qué giornata terrible!... (*Ambos se sientan*).

ANTONIO: Efectivamente; estamos pasando un verano espantoso y, para colmo, con una sequía tremenda.

PIETRO: ¿Me buscaba per algo osté?

ANTONIO: Sí. Quería conversar un rato, ya que pronto dejaré estos pagos, aunque pienso volver para despedirme el día de mi partida.

PIETRO: (*Sorprendido*) Cume, ¿se va de la colonia?

ANTONIO: Sí, amigo; no deseo estar más al servicio del señor García Castro. Me voy a probar suerte en la ciudad.

PIETRO: ¿Ha tenido algún disgusto con el padrón?

ANTONIO: No, pero me resulta violento cumplir ciertas órdenes. Yo

no tengo carácter para algunas cosas. Demasiado he cumplido trabajos contra mi voluntad. Ahora, no sé si sabe, el patrón ha resuelto desalojar a varios colonos.

PIETRO: Lo sé; a me anque.

ANTONIO: Bueno, y eso yo no lo hago ni quiero verlo. Prefiero irme, antes que tomar parte en una infamia semejante.

PIETRO: (*Suspirando con honda tristeza*) Eco il fruto de sei año de trabaco en este campo; quedar en la calle y esposto a morirme de hambre con la familia. ¿Osté había recibido ya la orden del desaloco?

ANTONIO: No; yo tengo noticias nomás; el que ha recibido las órdenes es el juez de paz que no tardará en notificarlo. Yo no quiero saber nada; por eso me voy. Y quería ponerlo en aviso por si no lo sabía. Creamé que me duele darle esa mala noticia, porque yo lo aprecio mucho a usted.

PIETRO: Muchas gracias. (*Al ver que Carmela entra por puerta rancho*) No diga nada más; no quiero que ella sepa esto. La póvera stá delicada de salute.

ANTONIO: (*Incorporándose*) Está bien. Bueno; me voy a ver si empiezo a arreglar mis cosas. (*A Carmela*) ¿Qué tal señora?, ¿cómo le va?

CARMELA: Sempre lo mismo.

PIETRO: (*A Carmela*) Antonio se me va de la colonia.

CARMELA: (*Indiferente*) ¿Sarà para mecorar?

ANTONIO: Posiblemente. Antes de irme del todo; vendré a despedirme de ustedes.

CARMELA: Cuando guste.

PIETRO: Disculpe si no lo convidamo cume antes aunque sea con mate cocido. Hace tiempo que no podemos darse ese luco.

ANTONIO: (*Palmeándole la espalda a Pietro*) Lo agradezco lo mismo,

amigo. En cambio, le voy a tomar un trago de agua, porque tengo mucha sed, ¿eh?

PIETRO: Cume no. De eso tenemos todavía. (*Alzando la voz*) Caterina.

ANTONIO: Pero no la moleste don Pietro; yo nomás me voy a servir.

CATALINA: (*Entrando por foro, detrás casa*) ¿Qué quiere, tata?

PIETRO: Sacale un po d'agua per Antonio.

ANTONIO: No se moleste, Catalina; yo mismo la voy a sacar (*Dirigiéndose hacia el pozo*).

CATALINA: (*Apresurándose*) Voy a traer el jarro (*Mutis por puerta rancho de donde sale enseguida dirigiéndose al pozo*).

ANTONIO: Hasta mañana o pasado, don Pietro; salud, señora.

PIETRO: Addio Antonio (*Carmela hace un saludo con la cabeza; Antonio llega al pozo junto con Catalina, él saca el agua y ella le ofrece un jarro de lata. Antonio, después de beber, se detiene a conversar con Catalina*).

CARMELA: ¿Stá cansao vieco?

PIETRO: Un po.

CARMELA: (*Fijándose en Catalina y Antonio que conversan junto al pozo*) Meno male que va via cuel lá. Un hombre casao que viene con so charla a trastornar la cabeza a la Caterina.

PIETRO: E que quiere que haga la pobre muchacha; con alguno tiene que conversar. A lo venti año una muquer haciendo esta vida de miseria e propio un pecado. Déquela, que ella e demasiado seria per saber tenerse en so lugar.

CARMELA: (*Resignada*) Va bene. ¿Cierito vieco, que va a carnear la overa?

PIETRO: Per forza; ante que se mora de hambre. Mañana la carneo e así aprovechamos siquiera la carne. (*Con profunda amargura; alzando los brazos en alto*) ¡Qué fatalitá! Todo se viene insima, ¡come una maledizione!

- CARMELA: (*Angustiada, con ansias*) Ma... ¿cosa te sucede vieco? ¿Stá enfermo?...
- PIETRO: (*Conteniéndose y simulando serenidad*) No, no es esto; in fin... lo que pasa ya lo ve.
- CARMELA: (*Suspirando con tristeza*) Tenemo poca suerte, vieco.
Dichos se quedan pensativos, agobiados por el dolor. Entre tanto, Catalina y Antonio se despiden, cambiándose expresivas demostraciones. Catalina parada junto al pozo, ve alejarse a Antonio, que hace mutis por derecha.
- PIETRO: (*Incorporándose y palmeando cariñosamente a Carmela*) No piensa más a esto, Carmela; ya cambiarán la cosa, ya cambiarán (*Mutis por puerta rancho*).
- CARMELA: (*Incorporándose a su vez y elevando la vista al cielo*) ¡Dío lo quiera!... (*Se dirige lentamente hacia el foro*).
- CATALINA: (*Que sigue observando por derecha*) Ahí viene don Alfredo. (*Con júbilo*) Me trae los diarios.
- D. ALFREDO: (*Entrando por derecha, con un paquete de diarios y revistas*) Buenas tardes. (*A Carmela*) Qué guapa está usted, señora. (*A Catalina*) Y usted siempre buena moza...
- CARMELA: E, vamo tirando...
- CATALINA: ¿Cómo tan perdido por aquí? Hace una semana que no venía.
- D. ALFREDO: Cinco días, apenas.
- CATALINA: Y yo esperando los diarios. Se merece un café.
- CARMELA: Nun le haga caso dun Alfredo. Cun permiso, voy a la cocina (*Mutis por foro, detrás del rancho*).
- CATALINA: (*Encaminándose hacia el centro de escena*) Venga, siéntese, don Alfredo.
- D. ALFREDO: (*Mirando derecha*) Antes voy a aflojarle la cincha a mi viejo zaino.

- CATALINA: Deje nomás; lo mandamos a Pepín. (*Dirigiendo la voz hacia el foro y alzando el tono*) ¡Pepín!... (*Ambos se sientan*).
- PEPÍN: (*Apareciendo por foro*) ¿Qué hay?, ¿qué querés?... (*Advirtiéndole a don Alfredo, se aproxima a éste, sacándose el sombrero*) Salú, maestro, buena tarde.
- D. ALFREDO: (*A Pepín*) ¿Cómo es eso de que no vas a la escuela? ¿Te has declarado en huelga?
- PEPÍN: (*Algo confundido*) No, señor; es que... ya no tenemos más el caballo y son do legua p' adir de a pie. El caballo lo vendió tata...
- D. ALFREDO: ¡Ah!...
- CATALINA: (*Tratando de cambiar de conversación*) Che, Pepín, andá, aflojale la cincha al caballo de don Alfredo.
- PEPÍN: (*Poniéndose el sombrero*) ¿Quiere que le dé un poco de agua también?
- D. ALFREDO: Sí, pero después de que descanse un poco. (*Pepín mutis por derecha*)
- CATALINA: Yo pensé que Ud. se había ido a la ciudad, lo que tardaba en venir; acostumbrados como estamos a tenerlo por aquí todos los días.
- D. ALFREDO: No fui precisamente a la ciudad, pero anduve cerca. He tenido que negociar unos cueritos y otras chucherías, de lo contrario no me sería posible sostener la escuela. Los colonos que mandan allí sus hijos no se hallan en situación de seguir pagándome y yo no los quiero abandonar. Ellos constituyen mi única familia en este refugio de paz a donde he venido para esquivar los embates de las miserias humanas. Y medio chacarero, medio maestro de escuela, vivo tranquilo rodeado de gentes sencillas que son todo corazón.
- CATALINA: Sin embargo, yo no me explico cómo una persona

ilustrada como Ud. se resigna a esta vida insoportable del campo, de esta colonia que se vuelve cada día más triste.

D. ALFREDO: Comprendo su criterio de espíritu joven, ansioso de expansiones ante los atractivos de la ciudad con sus apariencias deslumbrantes y tentadoras. Pero quien como yo ha vivido intensamente esa farsa, descubriendo y sintiendo en carne propia toda la podredumbre que bulle en la sociedad bajo el leve barniz de las simulaciones, créame Catalina, que se halla muy a gusto aquí entre los pobres colonos, compartiendo sus dolores y miserias. Aquí también se sufre el azote cruel de las injusticias, pero siquiera se está lejos de los verdugos.

CATALINA: Usted debe haber luchado mucho, don Alfredo y por eso ha de sentirse rendido.

D. ALFREDO: ¿Rendido? No, señorita. Acaso la decepción que fluye de mis palabras sugieran un renunciamiento: pero no es así. Yo sigo luchando por mis ideales y no puede considerarse rendido quien levanta todavía un grito de protesta y lo alienta una vislumbre de esperanza. Pero... no es el caso de que hablemos de esto ahora, ni debo prolongar su ansiedad cuando sé que usted espera los diarios con tanto interés. *(Entregándoselos)* Helos aquí; recréese usted, satisfaga su femenina curiosidad, pero no se haga ilusiones, Catalina, que en todo eso hay mucha mentira y mucho mal.

CATALINA: *(Recibiendo los diarios)* Para mí es una distracción. Muchas gracias.

PIETRO: *(Entrando por la puerta rancho)* Bona tarde Dun Alfredo; había sentido su voz appena que llegó.

D. ALFREDO: *(Dándole la mano)* Siempre fuerte el buen amigo.

CATALINA: Con permiso... *(Se aparta a leer, sentada en una silla)*.

PIETRO: Forza, no me falta, e vero, ma hay momento que me siento

débile. La contrariedad se cuentan é forman come una montaña delante de mí, una montaña que se me viene insima per aplastarme. Eso e cuel que me quita la fuerza.

D. ALFREDO: Comprendo, amigo; pero no hay que darse por vencido.

PIETRO: E que pronto empezaremo a sufrir l'hambre aquí. *(Bajando la voz y con emoción)* además, ne echan del campo; ¡al medio del camino!...

D. ALFREDO: Lo sabía. ¡Qué enormidad!

PIETRO: Le curo, dun Alfredo, hace vario día que tengo algo me golpea in la cabeza come un martillo e aquí dentro *(Señalando el corazón)* me siento una cosa... que da de llorar...

D. ALFREDO: *(Palmeándole la espalda)* Ánimo, don Pietro; afronte la situación resueltamente y cuente conmigo que para algo he de servir.

PEPÍN: *(Entrando por derecha, corriendo)* Tata, por la tranquera viene dentrando el jué del pueblo; viene en un sulky. Le voy a cuidar el caballo. *(Mutis, corriendo derecha).*

PIETRO: *(Sufriendo una fuerte impresión)* Ya, ¿tan pronto?

D. ALFREDO: No; ha de venir a notificarlo. No se abatate.

El juez entra por derecha, fijándose primero en Catalina, que al verlo hace un gesto de disgusto y llevándose la silla y los diarios, mutis por foro.

JUEZ: Buenas tardes. Ha de ser poco grata mi presencia por aquí cuando la moza me dispara. ¡Está bueno!

PIETRO: Bona tarde. *(Alfredo hace un saludo con la cabeza).*

JUEZ: Y es natural que así sea porque traiga malas noticias. *(A Pietro)* Don Pedro Lenossi, queda notificado para que deje esta chacra dentro del término de diez días, que es cuando vence el arrendamiento. El señor García Castro, propietario de estas tierras y mandante en tal caso, podría haber

evitado el trámite que me trae aquí, según lo especifican las condiciones del contrato, pero como el encargado de la colonia ha renunciado a su puesto, se me ha confiado esta misión. Por las dudas, lo he hecho por escrito; siempre es buena una constancia. *(Le entrega un papel a Pietro que éste recibe)* Así que ya sabe, ¿no? Prepare la linyera.

PIETRO: *(Con sentida indignación, levantando el puño en alto y estrujando el papel)*. Ecco, la recompensa a sei año de trabaco haciendo producir este campo que lo encontré lleno de abroco, yuyi e vizcache; a forza de puño e de sudor, con il sacrificio mío e de mi familia, decando todo lo día en el surco un pedazo de vita, ho sacado de esta tierra el mejor trigo de la colonia; de cuatro buona cosecha, el padrón se ha llevao la flor per cobrarse l'arrendamento e yo con el resto appena ho podido vivir pagando lo débito que le ho hecho a él mismo. E ahora, ¡perque el tiempo ha venido male, porque no ha sacao de aquí la guadañanza de ante, vía a la calle come a lo perro! Esa e la justicia que tiene de hacer osté, señor cués; ¡bella justicia!...

JUEZ: Todo eso se lo cuenta al señor García Castro. Yo no hago más que cumplir un mandato y creo que lo hago con toda corrección, complaciéndome que haya un testigo tan... autorizado que puede constatar que el juez no ha cometido ningún atropello, ¿no?

D. ALFREDO: El testigo a que usted se refiere está constatando el atropello más inicuo que pueda hacerse contra un hombre honrado. Su sola presencia y el gesto despectivo con que usted sazona esta infamia, como si la saboreara con fruición, más que un atropello, es un escarnio. Pero usted hace bien, señor juez; usted es la autoridad, la ley, la justicia. Y usted tiene que ser fiel a todo eso y a quien le paga con el dinero que sudan estos. *(Señalando a Pietro)* Usted cumple con su deber. ¡Qué admirable!

JUEZ: *(Con una sonrisa sarcástica)* Atrevidona la frase, ¿no? Puede que sus discursitos le sirvan de consuelo a su amigo. Lo que es a mí, ni me cosquillean. Así que ya sabe Pedro Lenossi, vaya preparando la linyera. *(Señalando a don Alfredo)* Su amigo lo puede ayudar, ¿no? *(Con una sonrisa despectiva, mutis por derecha).*

PIETRO: *(En un ímpetu de rabia)* Agarrería la scopeta...

D. ALFREDO: *(Sujetándolo)* ¿para qué? Pondría otro juez enseguida. El mal que hay que extirpar es muy grande, viejo amigo; no basta la rabia suya, ni la mía. Son muchas rabias, muchos dolores juntos los que explotarán en una sola reivindicación cuando el odio que ellos mismos siembran rindan también su cosecha. *(Por foro entra Carmela, entre asustada y sorprendida, mirando al Juez que se aleja y a Pietro y Alfredo).*

PIETRO: *(Al advertir la presencia de Carmela, forzando serenidad y en voz baja, a don Alfredo)* Si no lo ha oído, que non sepa nada Carmela.

CARMELA: *(Aproximándose a dichos)* ¿Cosa pasa? ¿Me parece que cuel señor que se va nel sulky e il cués?

D. ALFREDO: Nada, señora... como habrá elecciones el mes próximo, se acercó a ver si aquí había peones criollos, para que voten por el gobierno.

CARMELA: *(Desconfiando)* ¿E per eso discutían? Mi pareció sentir algo...

D. ALFREDO: Cuestiones de política en que no andamos de acuerdo con el juez; nada más, señora.

CARMELA: *(Satisfecha)* ¡Ah! ... Me había asustado. Ma vea dun Alfredo cume anda triste mi vieco desde hace un tiempo. Yo sé que él piensa a mi enfermedad, ma le aseguro que me siento bastante guapa. Tengo ánimo per aguantar esta miseria de ahora que algún día finirá, ¿nun le parece? Se

lloviese, algo se podría salvar todavía. Yo tengo fé en la ayuda de Dío, ma non quiero verlo triste al vieco. A me no me hace caso; digaselo osté, dun Alfredo, dele un po de coraggio... (*Mutis, lentamente, por puerta del rancho, llevando el jarro*).

D. ALFREDO: Déjelo nomás por mi cuenta.

PIETRO: (*Con dolor*) ¡Pobre Carmela, come e buena! (*Por izquierda entra el Sargento Peña, sorprendiendo a Pietro y Alfredo que no esperaban esa visita*).

PEÑA: No se me asusten aunque me haiga colao juera de reglamento dentrando por esta parte. (*Señala izquierda*) Es que le ando juyendo al juez que me quiere tener pa los mandados y como lo vide venir p'aquí, hice un rodeo puel medio e la chacra pa no encontrarlo. ¿Qué se dice de güeno u de malo?

PIETRO: Sempre lo mismo.

D. ALFREDO: Y ¿cómo es eso que anda desertando de las funciones de la autoridad?

PEÑA: Usté tiene la culpa don Alfredo. Miren que a l'edá mía salirme un máistro revolucionario es como pa rairse. Si yo lo hubiera conocido cuando tenía veinte años y todavía era gallito e riña, dejuero que aura no sería sargento de policía, que es como tener patente e mandinga.

D. ALFREDO: Yo no he hecho más que hablarle de mis ideas, pero no le he aconsejado que se rebele.

PEÑA: No digo que no, pero me le ha hecho tomar rabia al gobierno, a la policía y a mi mesmo. ¡Habrá cristiano más confíao que el criollo! Le toma lay a cualquiera que le envita un mate. Miren que estar sirviendo al gobierno con botonadura e milico pa hacerse odiar de la gente, cuando hay tanta tierra pa trabajar. ¡Juera joven yo!

PIETRO: E que haría cun la tierra se es aquena. Mire cume stamo

nosotro.

PEÑA: ¿Ajena? ¿No dicen que la patria es la tierra de uno? Güeno, entonces, me hubiera hecho dar mi parte, ¡qué diantre!

D. ALFREDO: Tiene mucha razón amigo; así debería ser.

PEÑA: ¡Claro! Y hablando de otra cosa, ¿nu hay noticias de lluvia?

D. ALFREDO: Se anuncian para el 20 o 26 de este mes.

PEÑA: ¡Malhaya con las adivinanzas! Ansina calculo yo también. Pero le han errao fiero los gastrónomos, esos que buscan las tormentas mirando el sol, que dicen que tienen la cara manchada como esa inglesa con pecas que es comagre del jefe de l'estación. Lo mismo ha pasao con los juanetes de don Baldomero el boticario de Las Tacuaras; hace como un mes que anuncian lluvia todos los días, pero resulta que le duelen al hombre porque anda con botines nuevos.

D. ALFREDO: Todos son cálculos probables.

PIETRO: Ma la custión e que no llueve.

PEÑA: Y ya no queda una mata e pasto, ni hacienda viva. ¡Qué disgracia! Hace años que no hay una seca brava como esta. ¡Ah!... y de yapa, ¿es cierto que andan por desalojar a los colonos de don García Castro? ¿A usted también, don Pietro? (*Pietro contesta afirmativamente con la cabeza*).

D. ALFREDO: Así es. ¿Qué le parece?

PEÑA: ¡Gente mala! ¡Desalmaos! ¡Bandidos!...

D. ALFREDO: A propósito, don Pietro, ¿tiene por ahí el contrato de arrendamiento? Hágamelo ver, tengo curiosidad por conocer esos famosos documentos.

PIETRO: (*Incorporándose*) Se lo traigo súbito; e un papel Lungo, Lungo, lleno de artículo que sembra un código. (*Mutis*

por puerta rancho).

PEÑA: ¡Papeles! Puros papeles pa' embaucar a los pobres y a los inorantes. ¡Juera joven yo!...

PEPÍN: (*Entra por derecha; al sargento*) Oiga, sargento, el caballo se le va pal lao del camino, ¿se lo voy a buscar?

PEÑA: Dejalo nomás, el pobre hai de andar campiendo algún pastito. Lo tengo a una ración cada dos días, y tardes pasadas en un descuido mío se había cebao el mancarrón en mi colchón de chala, que lo había sacao al aire.

PEPÍN: Entonce, ¿lo deajo?

PEÑA: Dejalo, hai de volver solo.

PEPÍN: Bueno (*Mutis por foro*).

PIETRO: (*Entrando por la puerta del rancho, con un envuelto hecho con un pañuelo grande*) Ecco, dun Alfredo (*Desata el atado y le entrega el contrato*).

D. ALFREDO: (*Desdoblándolo*) Es más largo que el tratado de Versailles.

PEÑA: (*Fijándose*) ¡Y decir que hay gente que estudia en l'universidá pa inventar esos líos!

D. ALFREDO: (*Leyendo*) "Este contrato durará desde el día 21 de diciembre de 1918 al 21 de diciembre de 1919, fecha en que vence este contrato y don Pedro Lenossi entregará desocupado el campo de arriendo sin prórroga alguna". ¡Oh!... ¡Por un año solamente!

PIETRO: Uno solo; e se le conviene al padrón lo renova e sino no, come ahora.

D. ALFREDO: (*Exteriorizando su asombro*) Sigamos (*Lee*) "Art. 50.; el señor Pedro Lenossi pagará anualmente por arrendamiento el 25 por ciento de todos los cereales o productos que se cosechen en cada año en el terreno que arrienda, no pudiendo vender, ni disponer, ni sacar de la chacra que ocupa cereal ni producto alguno, sin antes haber entregado dicho

arrendamiento, el cual elegirá el señor García castro de los cereales y productos más sanos, limpios y secos, desgranados y trillados a máquina, de lo mejor que se coseche, embolsado en bolsas nuevas estilo exportación y puesto en una de las actuales estaciones de ferrocarril, etcétera”.

PEÑA: Eso es como sacarle la manteca a la leche con una espumadera y dejarle el suero al colono.

D. ALFREDO: ¡Qué barbaridad! (*Lee*) “El señor Pedro Lenossi se obliga a poner por su cuenta y a su exclusivo costo, todas las máquinas, útiles de labranza, carros, personal y animales que sean útiles para los trabajos de agricultura, siembras, cosechas, etcétera. Y a hacer todos los otros gastos que fuera necesario efectuar para cumplir con todas las cláusulas estipuladas en el presente contrato, pues todos los gastos de cualquier naturaleza que ellos sean son por cuenta y a su exclusivo costo, debiendo pagarlos el señor Pedro Lenossi directamente, pues el señor García Castro en ningún caso tendrá que proveer, ni contribuir, ni pagar absolutamente nada”. (*Con indignación*) ¡Qué ensañamiento el rehuir todo compromiso!

PIETRO: Así es; el padrón nos espone ne un solo centavo.

PEÑA: Ni hace trabajo alguno.

D. ALFREDO: ¡Pero elige lo mejor de la cosecha! ¡Esto es una cadena de infamias! (*Lee*) “El señor Pedro Lenossi reconoce al señor García Castro el derecho de prohibirle que desgrane o trille los cereales cosechados con máquinas que a juicio del señor García Castro, o de su representante, no hicieran buen trabajo, etcétera”.

PIETRO: Esto e per que il trabaco se haga con la máquina de ellos mismos.

PEÑA: Ansina todo queda en casa. Ta güena la idea.

D. ALFREDO: ¿Y este otro? (*Leyendo*) “El señor ... se obliga a conservar el campo que arrienda libre de abrojos, asta del diablo,

chamico, nabo o semillas que perjudiquen la agricultura, debiendo a la terminación del contrato entregarlo parejo, rastreado, con las eras quemadas, habiendo levantado las poblaciones, tapado los pozos y zanjas que hubiese, hecho y limpio de herramientas, máquinas viejas, fierros y materiales inservibles y basuras, etcétera”.

PEÑA: Eso es; reciben un monte de abrojos, se les da el mejor trigo y se le devuelve el campo como mesa e billar.

D. ALFREDO: (*Con asombro e indignación*) ¡Por un contrato de un año! ¡Y hay gente tan despiadada que impone esto que es una condena a trabajos forzados! ¡Y estamos en una república moderna!... ¡Cuánta vergüenza!

PIETRO: Siga, dun Alfredo, que hay más todavía.

D. ALFREDO: (*Lee*) “Al señor Pedro Lenossi le es permitido tener solamente aves de corral, dos vacas lecheras y cuatro cerdos incluso las crías y sólo para su consumo; siéndole prohibido tener otros animales, aunque sea para su consumo, ni más número de los que en el presente artículo se mencionan, salvo aquellos para los trabajos de agricultura”. (*Dejando la lectura*) Inclusive el colono que es la bestia del sacrificio.

PEÑA: Ansina que tienen de ser cuatro chanchos con las crías. Y digo yo, disculpando la comparancia, ¿si la chancha pare seis chanchitos se falta a la ley?

D. ALFREDO: Naturalmente y se condena a muerte a la chancha por abuso de fecundidad.

PEÑA: Y como asigún voy comprendiendo tuito lo mejor es pal patrón, a él le toca el mejor tocino y la morcilla. ¡Lindazo nomás!

PIETRO: Sempe con so buen humor este sarquento.

D. ALFREDO: Y es lógico que este otro artículo no podría faltar (*Lee*) “Todas las mejoras de cualquier naturaleza que ellas sean,

que se hicieran en el campo que arrienda y que no las pudiera levantar al desalojo, quedarán a beneficio del señor García Castro, sin que éste tenga nada absolutamente que pagar en ningún caso”.

PIETRO: Pero eso tenemos que vivir siempre en esta covacha miserable hecha con cuatro chapa de zinc. Ne aunque se podiera, vale la pena hacer una casa de material, una casa dechente, ne plantar un álbero, ne una planta de lechuga. Da que yo hago il chacarero ho debido cambiar tre vece de campo, sempre con contrato per un año, ¿cume se hace de ese modo a vivir cume la quente?

D. ALFREDO: *(Recorriendo con la vista el resto del contrato)* Y agréguese a lo dicho, que el colono tiene que destruir la vizcacha, la langosta, pagar los impuestos nacionales y provinciales a la producción y... el infinito. *(Doblando el contrato y entregándoselo a Pietro)* Este es un monumento, querido amigo. Nos hallamos todavía en pleno feudalismo y andan por ahí los charlatanes de la política hablando de democracia republicana. ¡Y no ven esto que es una explotación de negreros infames!

PEÑA: *(Que sigue con interés las palabras de don Alfredo)* ¡Máistro lindo! Ansina me gusta oirlo. A lonjazo limpio.

D. ALFREDO: Mire, sargento, que si saben lo que usted dice lo van a echar del puesto.

PEÑA: Si no renuncio yo mesmo. ¡Juera joven yo!... Con permiso, voy a echar un trago del balde.

Se dirige al pozo, saca agua y bebe con el balde. En esta circunstancia se le aproxima Catalina que entra por foro, conversando ambos entre francas risas. La luz declina paulatinamente al caer la tarde.

PIETRO: Vea dun Alfredo, yo había pensao de ir in la ciudá per hablar cun el padrón del campo per pedirle que me deque

estar un año ma, a ver si incontro donde cambiarme.

D. ALFREDO: No estaría de más hacer una tentativa, ya que usted por ahora no tiene adonde ir.

PIETRO: E también aprovecharía per llevar a la Caterina a boscarle una colocación en alguna familia buena. Ella aquí non stá a gusto e así podría estar ma contenta guadañando algo per ella misma. Yo haría así ese viaque, ma quisiera que osté me cumpañara, per andar lo do cunto a hablar con el padrón. Yo no soy bueno de hacerme intender bien la razione. Creo que per un caso así me compadre Loreto me emprestaría uno pesito; yo me animaría a pedírselo. ¿Qué le parece, dun Alfredo? Digamelo cun franqueza; yo soy un póvero ñorante e me fido in osté come buon amigo.

D. ALFREDO: Bueno, amigo; le voy a acompañar. No pida dinero a nadie; yo tengo algo y alcanzará. Cuando esté dispuesto me avisa. Y esto lo hago por una satisfacción que busco al ayudarlo en esta situación tan dolorosa para usted.

PIETRO: *(Con emoción, estrechándole fuertemente las manos)* Grazie don Alfredo. ¡Qué gran consuelo e encontrar un hombre bueno come osté!

D. ALFREDO: ¡Y qué hermoso es hacer un bien entre tanta maldad! *(A izquierda se oyen voces que llaman la atención de los que están en escena, quienes miran para ese lado).*

CATALINA: Son tres linyeras que vienen.

D. ALFREDO: Otras víctimas del trabajo de la tierra. Los golondrinas, como los llaman, por su continuo andar de un lado a otro. *(Por izquierda entran tres linyeras, andrajosos, llenos de tierra y sudor, con atados y bolsas al hombro).*

LINYERA 1: *(A Pietro)* Scusi se hemo travesao per la chacra. Lera per curtar camino e arribar pitú presto a l'astaciún.

LINYERA 2: Se tenemos que tumar il tren de la ocho e media.

PIETRO: Le niente; avete fatto bene.

LINYERA 1: *(Con júbilo)* Oh, que piacere; semo paisani.

LINYERA 2: Per qui también se sente la seca, ¿e vero?

PIETRO: Le un disastre.

LINYERA 1: Noi altro se venimo de La Tacuara; nun gue niente de fare. Le guaranto que pasemo le nostre.

LINYERA 2: Cristo, se la pasemo.

PIETRO: Andamo todo lo stesso. Se quieren quedarse per pasar la notte, ecco la casa... Che molta miseria, ma buon cuore.

LINYERA 1: Grazie, dobbiamo prender el tren de le otto. Tante grazie. E noi con molta miseria, ma sempre contenti *(Pietro y los linyeras siguen hablando, mientras cruzan lentamente de izquierda a derecha. La luz declina más; el viento trae el sonido lejano de la campana de la iglesia del pueblo que toca a oración).*

CATALINA: *(Tapándose los oídos)* ¡Maldita campana! Todos los días a esta hora, cuando oscurece me da miedo; parece que suena a toque de difuntos.

D. ALFREDO: Sin embargo, es muy poético. El toque de oración traído por el viento en la quietud de la tarde...

PEÑA: ¿Puético dice máistro? ¿Le parece puética la hora en que se siente el apetito de la cena, sabiendo que nu hay un churrasco que espera? No le parece que nos vayamos, máistro; corre un lindo aire fresco.

CATALINA: No se vayan todavía; quedamos tan solos aquí...

Sigue bromeando con el sargento. Los linyeras se han despedido de Pietro y se alejan, cantando en coro una canción popular. Pietro se sienta, pensativo.

D. ALFREDO: *(Aproximándose a Pietro, mientras el canto se aleja cada vez más)* Don Pietro, mi buen amigo, hasta mañana *(Le*

palmea el hombro).

PIETRO: *(Incorporándose)* Hasta domani... *(Lo ahogan las lágrimas).*

D. ALFREDO: *(Sorprendido por eso)* ¿Cómo? ¿Se está desanimando?

PIETRO: No; e que no se que siento. Esta hora e tan triste nel campo; eso canto alegre me han hecho recordar mi pueblo de allá in Italia, cuando yo era felice. Cuando me casé con la Carmela, mis amigo que se iban per la montaña, cantaban eso mismo. Despué la cosa que pasan, la vieca inferma, il desaloco... todo. Ho visto eso linyera e me ha dao invidia de su alegría.

D. ALFREDO: Animo amigo, no se deje vencer por todo eso. Deje que ellos canten, los golondrinas, los parias, que son acaso más infelices que usted.

PIETRO: ¡Forze! ¡Ma ello cume son golondrina, todavía tienen al per volar! *(Se ha seguido sintiendo el canto casi extinguido y la campana).*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

LUJOSO DESPACHO DEL SEÑOR GARCÍA CASTRO AMUEBLADO RICAMENTE Y CON TODO CONFORT. UN BUEN VENTILADOR, ETCÉTERA. PUERTA FORO QUE DA AL HALL DE ENTRADA; PUERTA DERECHA QUE CONDUCE A LAS HABITACIONES INTERIORES Y PUERTA IZQUIERDA QUE COMUNICA CON EL ESCRITORIO DEL SECRETARIO. EN UNA DE LAS PAREDES ESTARÁ VISIBLE EL PLANO DE UNA GRAN COLONIA. DERECHA E IZQUIERDA, LAS DEL ACTOR. AL LEVANTARSE EL TELÓN SE

HALLAN ANTONIO Y SECRETARIO DESPIDIÉNDOSE.

- ANTONIO: Dígale entonces al patrón que vine a saludarlo y a despedirme, lamentando no haberlo encontrado.
- SECRETARIO: Perfectamente. ¿Piensa volver al campo a alguna otra parte?
- ANTONIO: Por el momento, no; está muy triste aquello. Es muy posible que permanezca aquí. Tengo un empleo en vista.
- SECRETARIO: Muy bien, amigo. Lo van a extrañar allá en la colonia. A usted lo apreciaban bastante los chacareros.
- ANTONIO: Es cierto; he sabido hacerme querer y por no crearme odios por cuenta ajena, tomé la resolución de retirarme. Yo, francamente no tengo alma para efectuar los desalojos que ha dispuesto el patrón.
- SECRETARIO: Estos hombres de negocios son así; no hacen más que cálculos sin tener en cuenta otra cosa que no sean números y números, pesos y más pesos. Diga, ¿y aquella chacarerita que lo tenía tan entusiasmado? ¿Se acuerda que me contó algo cuando estuve yo la última vez por allá?
- ANTONIO: Prendida nomás; según carta que recibí ayer, pronto vendrá a la ciudad a colocarse no sé dónde.
- SECRETARIO: *(Maliciosamente)* ¿No será con usted?
- ANTONIO: Le aseguro que no. Bueno, entonces será hasta otra ocasión *(Le da la mano)*.
- SECRETARIO: *(Haciendo lo propio)* Que le vaya bien y si es que no se va de aquí, visítenos. Adiós amigo *(Antonio mutis foro. Secretario se dirige a izquierda en momentos en que suena el timbre del teléfono. Aquel se vuelve a tender el aparato. Hablando por teléfono)* ¿Con quién? Olegario Pacheco, muy bien. Sí... sí... después de las cuatro con toda seguridad. Perfectamente. Adiós, señor.

Toma apunte en un papel. Al dejar el teléfono y dirigirse a izquierda, por foro entra García Castro, elegantemente

vestido; deja el sombrero en la percha y entra sacándose los guantes y fumando un habano.

GARCÍA: ¿Hay alguna novedad? *(Se sienta junto a su escritorio observando los papeles que hay sobre el mismo).*

SECRETARIO: Acaba de hablar por teléfono el señor Olegario Pacheco, preguntando por usted.

GARCÍA: ¡Ah!... Sí, sí...

SECRETARIO: Le dije que podría encontrarlo a usted después de las cuatro.

GARCÍA: Muy bien.

SECRETARIO: Hace un momento estuvo Antonio que venía a despedirse. Le dejó saludos.

GARCÍA: Gracias. Ese idiota, por una estúpida susceptibilidad se pierde un buen porvenir. Allá él con sus cosas. *(Recordando)* Dígame, ¿tengo fondos en el Banco Argentino?

SECRETARIO: *(Recordando)* Sí, señor. Veinticinco mil y pico. ¿Quiere que le diga el saldo exacto?

GARCÍA: No hace falta. Tome nota entonces que libré un cheque de cinco mil y que voy a librar ahora uno de diez mil.

SECRETARIO: *(Toma apuntes)* Muy bien, señor.

GARCÍA: Prepáreme la correspondencia para las cinco *(Entregándole una carta que tenía sobre el escritorio)* Contéstele al encargado de la Colonia María Felisa que se deje de andar con historias; las instrucciones que le remití son irrevocables, de manera que se ahorre pedidos inútiles. Que proceda sin contemplaciones de ninguna clase. Esto de la sequía lo han tomado como un estribillo; yo tampoco tengo la culpa si no llueve.

SECRETARIO: Y al telegrama del encargado de la colonia San Ambrosio, ¿qué le contesto?

GARCÍA: ¡Ah! Que proceda al embargo nomás.

SECRETARIO: Perfectamente. ¿Se le ofrece algo más?

GARCÍA: *(Recordando y revolviendo sus papeles)* Por ahora no.

Secretario hace una inclinación y mutis por izquierda. García lee nuevas cartas y hace anotaciones. Se oyen voces por foro y enseguida entran por allí Concepción y Laurita, ambas vestidas con todo lujo.

LAURITA: *(Aproximándose a García)* ¿Cómo te va, papá? Desde anoche que no te vemos.

GARCÍA: Bien, hijita.

CONCEPCIÓN: Me perdonarás, querido esposo, que te haya birlado el automóvil, pero tuvimos necesidad de salir esta tarde temprano. Luego pensé que lo necesitarías para ir a la Bolsa.

GARCÍA: Tomé un auto de alquiler.

CONCEPCIÓN: Fuimos a la basílica del Sacramento a ver cómo quedó el altar que hemos donado nosotros. Si vieras, ¡qué magnífico!

LAURITA: Es una verdadera obra de arte. ¡Espléndido!

GARCÍA: Como que nos cuesta la friolera de cincuenta mil pesos.

CONCEPCIÓN: Pero es el mejor que hay en la iglesia. Los padres están encantados. Me dijeron que esta mañana fue el obispo a verlo y quedó deslumbrado.

LAURITA: Y dejó felicitaciones para nosotros.

CONCEPCIÓN: El sábado tendrá lugar la bendición del altar con una misa solemne. Acuérdate que tendrás que ir con nosotras. Para esa fiesta habrá que realizar algunos gastos extraordinarios que correrán por nuestra cuenta. El nombre de los García Castro tiene que conservar su rango. Y esto se lo debes más que todo a tu mujer.

GARCÍA: Está bien, querida.

LAURITA: Luego, el domingo, a Mar del Plata. Supongo, papá, que

te habrás acordado de asegurarnos alojamiento en el hotel.

GARCÍA: Desde ayer está reservado un departamento en el Bristol.

LAURITA: *(Con júbilo)* ¡Qué bueno eres papaíto!

PORTERO: *(Apareciendo por puerta foro)* Con permiso... El señor Olegario Pacheco desea ver al señor.

CONCEPCIÓN: *(A Laurita)* Vamos, hija, que aquí estamos estorbando. Mirá, Laurita, hay que apurar a la modista para que nos concluya los trajes antes del domingo... *(Ambas mutis por derecha)*.

GARCÍA: *(Al portero)* Hazlo pasar.

PACHECO: *(Entrando por foro luego de dejar sombrero; viste elegantemente)* ¡Mi querido amigo García Castro! *(Cambian saludo y se sientan)*.

GARCÍA: Lo esperaba.

PACHECO: Pero no vaya a creer que vengo exclusivamente por aquello...

GARCÍA: Lo imagino, pero las deudas de juego deben abonarse antes de las veinticuatro horas. Ahora mismo le voy a dar un cheque... *(Va al escritorio, saca del bolsillo interior del jaquet una libreta de cheque llenando uno de ellos)*.

PACHECO: No hay tanta urgencia, mi amigo.

GARCÍA: *(Volviendo adonde se halla Pacheco y entregándole el cheque)* Aquí tiene; diez mil pesos, y muchas gracias. Asunto liquidado, y ahora podemos charlar de otra cosa. Siempre me ha sido adverso el póker.

PACHECO: En cambio usted logra en compensación la ventaja del conocido refrán.

GARCÍA: No comprendo.

PACHECO: Desgraciado en el juego, afortunado en el amor.

GARCÍA: *(Riendo)* No diga usted tonterías...

PACHECO: ¿Tonterías le llama usted a esa preciosidad de mujer que le brinda sus preferencias? Le aseguro que la conquista que ha hecho de la bella Tortolita está haciendo época. En el club no se habla de otra cosa puesto que esa bailarina tenía fama de... intransigente.

GARCÍA: También mis buenos pesos me cuesta. Anoche solamente para satisfacer un capricho de la muy coqueta, le regalé un broche de brillantes que costó cinco mil pesos y me comprometió además a que le costeara un mes de veraneo en Mar del Plata junto con la mamá, que es una señora que no se priva de nada.

PACHECO: Pero lo vale, amigo, lo vale. Y usted hace muy bien en aprovechar su dinero. Esas delicias se gozan una sola vez en la vida. ¡Bienaventurados los hombres que se arruinan por las mujeres hermosas porque de ellos ha sido el reino de los cielos!

GARCÍA: Hombre, usted no es de los que se pueden lamentar de lo contrario. Dinero no veo que le falte.

PACHECO: Apariencias, simple magia de salón y hasta escamoteo si se quiere. Gano, pierdo y pido prestado y el saldo líquido jamás pasa de los cien pesos. Estos diez mil que le gané anoche a usted se los debo a Bustamante.

GARCÍA: Pero esto no obsta para que se le conozcan también sus buenas aventuras galantes, ¿eh?...

PACHECO: Vulgaridades, mi amigo; elementos de rechazo; residuos del mundo galante. Ajadas coristas de opereta, tonadilleras de menor cuantía y menudencias por el estilo. A falta de mucho dinero, yo maniobro con el ambiente que frecuento, entre millonarios, diputados, diplomáticos, etcétera. (*Incorporándose*) Pero, por agradable que sea mi conversación, a estas horas tiene que ser inoportuna para un hombre de negocios.

- GARCÍA: Que esperanza, amigo.
- PACHECO: ¡Oh! Si yo conozco a toda mi gente. Ustedes tienen el tiempo medido y no vale la pena que lo pierda con este perpetuo desocupado. *(Tendiéndole la mano)* Tantísimo placer...
- GARCÍA: *(Haciendo lo propio y acompañándole hasta el foro)* Muy complacido. Estoy siempre a sus órdenes.
- PACHECO: Ojalá pueda aprovecharlas a menudo como hoy *(Mutis por el foro. García vuelve a sentarse en su escritorio ocupándose con sus papeles. Transcurre breve momento)*.
- PORTERO: *(Apareciendo foro, con dos tarjetas en la mano)* Dos caballeros desean hablar con el señor. *(Se aproxima al escritorio y entrega las tarjetas)*.
- GARCÍA: *(Fijándose en las mismas)* Que pasen. *(Portero mutis por el foro, y García se arregla el cabello, esperando de pie)*.
Precedidos por el portero que da paso, entran por el foro Menéndez y Cramer. Portero se retira. Cramer trae una cartulina enrollada.
- MENÉNDEZ: *(Haciendo saludo)* Señor García Castro... *(Apretón de manos)*.
- GARCÍA: Mis estimados doctores... *(Saludos de práctica)*.
- CRAMER: Venimos acaso a interrumpir sus tareas...
- GARCÍA: De ninguna manera. Es un gran placer para mi recibirlos *(Indica que tomen asiento; así lo hacen los tres)*.
- MENÉNDEZ: Abreviaremos nuestra visita para no pecar de inoportunos. La junta directiva de la Liga Filantrópica nos ha honrado con la misión de traerle a usted su agradecimiento por los servicios prestados a la obra de paz social que realiza, a lo cual retribuye con el título de socio honorario que tenemos el placer de hacer llegar a sus manos.
- CRAMER: *(Entregando a García la cartulina)* Helo aquí, señor.

- GARCÍA: (*Exteriorizando satisfacción*) No merecía por cierto tanto honor (*Desata la cartulina, la abre y observa rápidamente*).
- MENÉNDEZ: Esa es, señor García Castro, una constancia de la obra útil que realiza un patriota en beneficio de su país. La república necesita de ciudadanos como usted para cimentar la nacionalidad bajo los auspicios de los altos ideales que sustenta la institución, que en estos momentos reclama el país para contrarrestar la influencia de ideas morbosas que se están infiltrando en la médula popular. Su valiosa contribución pecuniaria a la Liga Filantrópica señala un rasgo característico de su nobleza de sentimientos, que revela una tradición de hidalguía y un ejemplo dignísimo. ¡Por eso, señor García Castro, hemos aceptado con verdadero placer esta misión que traduce el cumplimiento de un deber de gratitud hacia el austero ciudadano y hombre probo de quien se ha recibido tanto beneficio!
- GARCÍA: Profundamente agradecido. En realidad, yo no he hecho méritos para recibir tanto homenaje; esto es obra de una gentileza extrema.
- CRAMER: Es justicia, señor, nada más que justicia.
- MENÉNDEZ: Y ahora, señor García Castro, perdone que volvamos a recurrir a su ejemplar generosidad.
- GARCÍA: En lo que guste, doctor.
- MENÉNDEZ: Tenemos la idea de organizar un congreso de trabajo y es menester una activa propaganda que reclama grandes gastos. Nos vemos obligados a apelar al recurso de una suscripción cuyo encabezamiento hemos reservado a su preclaro nombre.
- GARCÍA: Con muchísimo gusto.
- MENÉNDEZ: (*Sacando del bolsillo un papel*) Sírvase, señor.
- GARCÍA: (*Incorporándose y yendo al escritorio*) Los voy a complacer

en el acto. *(Toca un timbre que suena en el interior y por izquierda entra Secretario, quien, luego de hacer un saludo a los visitantes, se aproxima a García).*

SECRETARIO: Ordene el señor.

GARCÍA: ¿Hay efectivo en casa?

SECRETARIO: Sí señor. ¿Qué suma?

GARCÍA: Quinientos pesos.

SECRETARIO: Cómo no.

GARCÍA: Tráigame esa cantidad.

SECRETARIO: Inmediatamente *(Mutis por izquierda, de donde regresa con los billetes que deja sobre el escritorio retirándose enseguida).*

Entre tanto García ha puesto su firma en el papel. Los visitantes observan con atención esos detalles y se miran complacidos entre sí.

GARCÍA: *(Entregando el papel y el dinero a Menéndez)* Aquí tiene, doctor, complacidísimo de poderles siempre ser útil.

MENÉNDEZ: *(Incorporándose)* Tantísimas gracias, señor. Si nuestra gratitud es poca cosa, tenga la certeza que la patria se lo reconocerá.

CRAMER: Las buenas acciones son documentos para la prosperidad.

MENÉNDEZ: *(Estrechando la mano de García)* Señor García Castro, un humilde servidor lo saluda con verdadera admiración y respeto.

CRAMER: Enorgullecidos de haber merecido su atención.

GARCÍA: *(Cambiano saludos con ambos)* Les renuevo mis infinitas gracias por el honor que me han dispensado *(Los acompaña hasta foro).*

MENÉNDEZ: No se moleste, señor... *(García les da paso y ambos salen por foro; aquel los acompaña y vuelve enseguida tomando el diploma que había quedado sobre una mesita. Lo desdobra*

y lo observa con satisfacción colocándolo sobre el escritorio).

MUCAMA: (*Entrando por derecha*) Con permiso... pregunta la señora si va a tomar el té.

GARCÍA: Voy enseguida (*Mucama mutis por derecha. García mira la hora de su reloj y se esfuerza en recordar algo*).

PORTERO: (*Apareciendo por foro*) Un tal Pedro Lenossi y otro señor desean hablar con usted; dicen que vienen de la colonia.

GARCÍA: ¡Ah!... sí. Hágalos pasar aquí y avise a mi secretario que los atienda. Yo vendré enseguida (*Mutis derecha*).

PORTERO: (*Mutis foro regresando enseguida precediendo a Pietro a don Alfredo*) Pasen; tomen asiento.

Portero cruza escena y hace mutis por izquierda, de donde regresa enseguida, haciendo mutis por foro. Pietro, cohibido, observa todo con asombro y curiosidad: ambos se sientan.

D. ALFREDO: (*Mirando a su alrededor*) Qué le parece, don Pietro, viven bien estos señores que los explotan a ustedes. Aquí no se siente el calor ni los efectos de la sequía.

PIETRO: Veramente que no. Per eso sun rico.

D. ALFREDO: Ricos a costillas de otros; sin haber trabajado nunca. ¡Bonita riqueza!

PIETRO: E dicame dun Alfredo, qué le parece la casa dunde hemos decao a la Caterina.

D. ALFREDO: Tengo entendido que es gente respetable.

PIETRO: Dicen que la van a tener como una hica, perquè la Caterina cuando era chica e stábamo aquí todavía, foé a l'escuela cunto con la mayor de la muchacha, e siempre la quieren.

D. ALFREDO: Menos mal.

PIETRO: (*Suspirando*) A ver se aquí también resolvemos la custión. Come me gustaría poder retornar contento a la chacra.

Así estaría ma tranquila la póvera vieca, perqué ella se da cuenta que algo serio me pasa.

SECRETARIO: (*Entrando izquierda*) Buenas tardes; discúlpeme si los he dejado solos un momento; estaba terminando una liquidación. ¿Cómo les va a ustedes?

PIETRO: Ya lu ve.

SECRETARIO: (*A don Alfredo*) ¿Siempre con la escuela de la colonia?

D. ALFREDO: Siempre.

SECRETARIO: Muy a menudo lo recuerdo a usted. Tengo un amigo que tiene las mismas ideas suyas sobre las cuestiones sociales y cuando discutimos, no puedo olvidar aquella tenida que tuvimos en la fonda de enfrente a la estación ¿se recuerda? ¿Aquella vez que me mandaron a hacer un inventario a la colonia?

D. ALFREDO: (*Recordando*) Verdad; sí, es cierto. No logramos convencernos.

SECRETARIO: En efecto; pero pasamos un buen rato. ¿Siempre está por allí el sargento Peña, tan alegre y dicharachero?

PIETRO: E cume no.

D. ALFREDO: Lo estoy poniendo en línea.

SECRETARIO: Está bueno. (*A Pietro*) ¿Usted viene a hablar con el patrón por su arrendamiento?

PIETRO: Sí, señor; nun le parece que no e custo que mi manda vía; se il campo no ha producido nada, e per causa del tiempo.

SECRETARIO: Continúa la sequía.

PIETRO: Tremenda, señor, come nunca.

SECRETARIO: Es que esta gente de negocios no se fija en nada que no sea comerciable.

D. ALFREDO: ¿Y qué va a ganar con echar a esta gente a la calle?

- SECRETARIO: No sabría decirle que es lo dispuesto por el patrón, pero imagino que tendrá sus motivos.
- D. ALFREDO: Mala entraña nomás; gusto de hacer daño. Delirio de ambiciones desmedidas (*Secretario se encoge de hombros*).
- PIETRO: Yo tengo esperanza que me dará un año ma. ¿Qué le parece?
- SECRETARIO: (*Encogiéndose de hombros*) Vaya a saber lo que decide. Ojalá se cumplan sus deseos, don Pietro.
- PIETRO: Tante grazie.
- D. ALFREDO: (*A Secretario*) ¿Cómo andan esos amores con la hija del patrón?
- SECRETARIO: (*Sorprendido*) ¿Qué dice? ¿De dónde ha sacado esa novedad?
- D. ALFREDO: Hombre; usted me habló de eso cuando estuvo por allá. Recuerde.
- SECRETARIO: Habrá sido en tono de broma. No hay absolutamente nada. La niña tiene pretensiones más elevadas. Para eso es hija de un millonario.
- D. ALFREDO: ¿Y quiere comprar un título universitario o de nobleza junto con el marido correspondiente?
- SECRETARIO: Ignoro quién sea el candidato, pero sé que hay algo sobre el particular.
- D. ALFREDO: Será algún pescador de dotes, como para ser digno sucesor del suegro, en la gran tarea de exprimir el trabajo de los infelices que caen en las redes de esos leoninos contratos de arrendamiento.
- SECRETARIO: Posiblemente será uno de esos.
- D. ALFREDO: Algún aristócrata rastacuero de los que se estilan mucho por aquí. Hombres ultra conservadores que vociferan contra el maximalismo y lo atacan haciendo chistes sobre

la teoría de la distribución de la riqueza, aunque ellos tratan de acaparar fortunas ajenas por medio del matrimonio haciendo infelices a pobres muchachas irresponsables. Pero eso que es de buen rango social y de costumbres distinguidas está consagrado como un derecho legal y una viveza ponderable. ¡Oh! ¡Si nuestro país es una maravilla! (*Don Alfredo se pasea aproximándose al escritorio, donde advierte el diploma que ha dejado García Castro; lo observa sonriente*).

PIETRO: (*A Secretario*) ¿Sun mucho lo colono que van a desalocar?

SECRETARIO: Entre los de las Tacuaras y San Ambrosio son unos diez.

PIETRO: ¡Qué disgrazia!

SECRETARIO: Algunos han conseguido arreglar, pagando cierta cantidad como compensación al arrendamiento.

PIETRO: Yo también lo haría, ma de dunde voy a sacar plata.

D. ALFREDO: (*Refiriéndose al diploma*) El señor García Castro, socio honorario de la Liga Filantrópica. El título se lo merece, porque es un gran benefactor de la patria. ¿Qué le parece don Pietro? Usted que tiene tres hijos argentinos y hace quince años que trabaja en el país. ¡Hermoso documento!

SECRETARIO: (*A D. Alfonso*) No se le escapa nada a usted.

D. ALFREDO: Hay cosas que están tan a la vista que cuesta muy poco descubrirlas. (*Señalando el diploma*) Estos son documentos históricos, como los contratos de arrendamiento que impone su patrón, dignos de figurar vis a vis en un museo social para ejemplo y enseñanza de las nuevas generaciones.

Por derecha entra García, quien al observar la presencia de D. Alfredo no oculta su contrariedad. D. Alfredo y Pietro se paran y Secretario haciendo una inclinación, hace mutis izquierda. García se adelanta y saluda con una leve inclinación de cabeza. Don Alfredo contesta del mismo modo.

PIETRO: Bona tarde señor. Yo venía, sabe...

GARCÍA: Lo imagino; además tenía conocimiento de su viaje por una carta que me envió el juez de paz.

D. ALFREDO: Podemos sentarnos ¿verdad? (*García asiente con la cabeza y los tres se sientan*).

GARCÍA: La medida que yo he resuelto adoptar se halla perfectamente encuadrada dentro del contrato de arrendamiento que usted ha firmado. Sin estar obligado a hacerlo, puesto que las cláusulas son terminantes, lo he hecho notificar previamente, pues no estoy dispuesto a hacer concesiones que perjudiquen mis intereses. Le adelanto esto para que usted comprenda que se trata de una resolución terminante, sin el menor propósito de molestar a nadie.

PIETRO: Ma osté señor, creo que debe tener consideración con un colono que in cuatro año le ha dado de ganar bastante, e que ahora se incontra male a causa de la seca. Se il campo non ha producido nada per repartir, non e porqué yo non abbia trabacado; yo le he puesto mi parte de sudor e salute, e me parece custo que se sufran la consecuencia per igual, lo mismo como se dividimo la cosecha cuando el tempo ha venido buono. Io só que il contrato le ben claro; per ese vengo a pedirle una renovación, a ver se mecorando la cosa poeda decarle il campo come osté manda, senza tener que restar nel medio de la calle, ne la miseria e con la muquer inferma, ¿comprende? (*Don Alfredo sigue ávidamente el diálogo*).

GARCÍA: No se ha especificado la coparticipación en esos quebrantos eventuales. Yo me atengo a los contratos, porque son la base de los negocios serios. Así dispongo de mis capitales e intereses que no puedo afectar con cuestiones ajenas. De mí tampoco ha dependido la adversidad del tiempo y la parte mía, que es la tierra que usted ocupa, también ha

estado disponible a su servicio; luego se ha cumplido el contrato en lo que me atañe. Mis negocios reclaman muchas exigencias y no puedo tener capitales muertos a la espera de que llueva o deje de llover. Si el campo no produce con la agricultura, lo haré producir de otro modo, lo venderé o lo que se me ocurra. No faltaría más, que ahora yo tuviera que hacerme responsable de los quebrantos de ustedes cuando la mayor parte de las veces son causa de la imprevisión.

PIETRO: ¿Come? Se de la parte que ne resta, appena sacamo per vivir e pagar todo lo que ne toca, además del trabaco que ponemo. Osté sabe muy bien que non pone nada ma que la tierra, como la ho encontrado yo, llena de viscachera e de abrocco. ¡La máquina de trabacar, la semilla, el imposto, la trilla, el acareo, todo lo pagamo nosotros! Algo vale todo eso que ha beneficiado su campo, e alguna consideración se merecería per eso.

GARCÍA: Todo lo que usted quiera, pero no puedo apartarme de la línea que sigo en todas estas cuestiones, de intereses. Yo me atengo al contrato y nada más. Mis negocios están ligados a una serie de compromisos y así como yo los cumpla para con los demás, exijo que los demás los cumplan conmigo, máxime cuando hay una base legal que lo establece claramente.

PIETRO: Ma señor...

D. ALFREDO: *(Que ya no resiste más; interrumpiéndole)* Permítame, don Pietro... *(A García)* El señor Lenossi no ha venido a discutirle ese... contrato que usted califica de base legal; viene a solicitar una prórroga fundándose en razones humanas y no en diatribas comerciales como las que usted aduce.

GARCÍA: *(Molestado)* ¿Y a usted quien le da derecho para inmiscuirse en estos asuntos que no le incumben para nada?

D. ALFREDO: El derecho de defensa que tienen estos infelices, cuya

ignorancia usted explota miserablemente.

GARCÍA: ¿Es su abogado acaso?

D. ALFREDO: Soy más; soy su amigo y soy testigo de la infamia que se comete con esta gente que está dejando la vida en su campo para que usted goce los beneficios sin ningún esfuerzo, mientras ellos están amenazados por el hambre.

GARCÍA: Yo gozo los beneficios de mi prosperidad; para eso la tengo y la exploto según mis conveniencias. ¿Supongo que no me negará ese derecho?

D. ALFREDO: Sí, señor; se lo niego, a pesar de los títulos de propiedad que no son más que papeles deleznable. Ya sé que su criterio impera en la actual organización de la sociedad, pero no es razón suficiente para negar la justicia. A ver, a quién debe pertenecer la tierra, a estos (*Señalando a Pietro*) que van a ella a entregarle sus energías, el amargo sudor de todos los días, convirtiendo verdaderos eriales en campos de ricas mieses; a estos que viven en la tierra generosa y la fecundan con su trabajo arrancando de su seno los frutos que la naturaleza da para todos; ¿o debe pertenecer la tierra a quienes como usted no tienen más título de posesión que un papel escondido en la caja de hierro! La tierra es un patrimonio de todos, como el sol y el aire ¿Cuándo ha existido un patrón del universo que haya vendido el planeta por lotes? ¿Cuál es el título de propiedad originario en la vida de la humanidad? No ha de estar seguramente entre los papeles que usted guarda.

GARCÍA: (*Forzando una sonrisa*) No puedo tomar en serio esas fantasías de su lirismo extraviado. Felices teorías para un mundo imaginario que no será nunca el que vivimos. Mientras sigan las cosas como están, que tienen para rato, aunque usted se oponga, la propiedad es y será inviolable, merced a esos papeles que de buen grado tengo en mi caja

de hierro. La propiedad es un principio legal; la justicia la ampara y la defiende terminantemente, aunque se trate de tierras que no se trabajen. Y a eso me confío, porque vivo la realidad presente; lo demás son quimeras, romanticismos, tonterías.

D. ALFREDO: No nombre a la justicia, que no existe para nada en estas cosas. Diga usted leyes, tribunales, jueces, pero no justicia. Todo eso es convencional y falso. La Ley anula un matrimonio cuando se comprueba que uno de los cónyuges no es fisiológicamente apto para sus fines; ese también es un acto basado en un documento legal, pero se destruye mediante una razón de fuerza natural. Con ese mismo criterio se debería anular la posesión de las tierras a quienes no son capaces de fecundarlas.

GARCÍA: Es una comparación ridícula. Comparar la tierra con un hombre o una mujer.

D. ALFREDO: Es un principio de justicia, que es lo que falta a la mayoría de las leyes. Y porque no voy a comparar la tierra con una mujer, si la tierra es la gran madre del universo, la madre generosa y augusta que nos da su savia para la vida y nos brinda su regazo para la muerte. Usted no concibe la comparación, porque comercia la tierra, como sería capaz de comerciar a lo más sagrado...

GARCÍA: (*Interrumpiéndole violentamente*) ¡No le permito extralimitaciones en sus palabras! (*Breve pausa*). Y es con tales argumentos que usted conturba a los chacareros, haciéndoles creer en las ideas estafalarias del reparto de los bienes ajenos y en el cambio de papeles con que sueñan; eso de que ellos vengan aquí a suplantarnos y nosotros vayamos a labrar la tierra (*Ríe sarcásticamente*).

D. ALFREDO: Se equivoca usted. Esa es la superchería que utilizan ustedes para satirizar a las nuevas ideas que, malgrado suyo, avanzan en la humanidad. Cómo quiere que se

piense en tal cambio, si estos (*Señala a Pietro*) no podrían vivir el ocio de las mansiones señoriales, y ustedes son incapaces de cultivar un palmo de tierra. Quédense con sus palacios, con sus dineros; negocien el oro, los animales, las alhajas, pero dejen la tierra para quienes deben poseerla y no la exploten en la manera inicua que lo hacen. No es una pretensión extraviada, me parece.

GARCÍA: Lo es, y tanto, que ya verán como ocurre todo lo contrario, pues haré sentir el peso de mis derechos sin contemplaciones, con todo rigor. ¡Ya que el encargado de la colonia no ha querido secundarme en este paso, yo mismo iré a echarles a todos de mis tierras! ¡Hemos terminado!

D. ALFREDO: ¡Habrá terminado usted! (*Con un gesto que encierra una amenaza*). ¡A nosotros todavía nos toca empezar! (*García toca un timbre de su escritorio que suena adentro por foro. Por aquí aparece el portero*).

GARCÍA: (*Al portero*) Estos... señores se van a retirar.

Cruza la escena y mutis por izquierda. Pietro exterioriza un profundo disgusto y no atina a levantarse de donde está sentado. Don Alfredo estruja el sombrero con rabia, mientras el portero espera en la puerta del foro.

PIETRO: (*Incorporándose con trabajo; emocionado y con rabia*) ¡La tierra é suya, la tierra é suya!...

D. ALFREDO: (*Al portero*) No tenga miedo; ya nos vamos. (*A Pietro*) Vamos, viejo; salgamos de aquí que este ambiente me sofoca.

Se encamina hacia foro junto con Pietro, que camina despacio, temblando. En ese momento, por derecha, entra Laurita, y sentándose en el escritorio habla por teléfono, pidiendo un número, mirando despectivamente a los citados.

PIETRO: (*No pudiendo contener un sollozo*) ¡E ahora, la pobre vieca, cuando lo sepa!...

LAURITA: *(Por teléfono)* ¿Con madam Renard? Ah, vea, apúrese con los trajes porque el domingo nos vamos a Mar del Plata, ¿sabe? Ah... ¿ya están listos para la prueba? Bueno; ahora mismo le envío el auto para que mande a la oficina con los vestidos. Adiós. *(Cuelga el tubo y mutis, corriendo por derecha).*

D. ALFREDO: *(Desde la puerta del foro)* ¡Ellos a Mar del Plata, a disfrutar el sudor ajeno y nosotros a llenar de dolor las tierras suyas, la madre nuestra!...

TELÓN

ACTO TERCERO

LA MISMA DECORACIÓN DEL PRIMER ACTO. JUNTO A LA PARED DEL RANCHO ESTARÁ LA ESCOPETA ARRIMADA.

Al levantarse el telón, Pietro está sentado en un banco, con la cabeza apoyada sobre las manos, como agobiado por una gran preocupación. Por izquierda entra la Nena y se aproxima a Pietro.

NENA: Tata... el perro no se encuentra por ninguna parte.

PIETRO: *(Como despertando de un sueño)* ¿Cosa, nena?

NENA: El "lión" no está; lo he buscao, lo llamo y no viene.

PIETRO: Póvera bestia. Se habrá scapao o se habrá muerto de hambre per ahí ne la chacra.

NENA: Tata, ¿cierto que faltan poco dia pa la Navidá? *(Pietro asiente con la cabeza).* Y este año tampoco me traerá nada el niño Dio, como esa vez que me trayó una muñeca, ¿te acordá?

- PIETRO: *(Acariciando la cabeza de la Nena)* Sí, ma esa vez lo tiempo eran bueno, hiquita. Ahora... qué quiere...
- NENA: *(Con infantil curiosidad)* Entonces, entonces, ¿cuando hay seca, el niño Dio no viene?
- PIETRO: Así parece... ma osté spered que so tata tenga ma suerte e entonce yo mismo le compraró la muñeca. Il niño Dio se orvida de lo pobre. *(Se oyen por derecha gritos de Pepín, azuzando a un caballo).*
- NENA: Bueno *(Al advertir que llega Pepín)* ¡Ah! Trai la leche Pepín. *(Le sale al encuentro).*
- PEPÍN: *(Entrando por derecha, con un tarro de leche)* A la gran siete que lejo e la otra estación adonde se ha mudao don Alfredo. Sarán como cuatro legua le calculo. Juí en el carro de don Esteban y pa volvé agarré un petizo guacho que andaba perdido por ahí; es de mansito... *(Señalando por derecha)* Miralo qué flaco está; se quiere comé el poste del alambrao.
- PIETRO: *(Tomando el tarro)* Nena, traiga lo jarro per ostede.
- NENA: ¿Y para vos no?
- PIETRO: Yo no tengo gana. Vaya. *(La Nena mutis por foro, de donde regresa enseguida trayendo dos jarros de distinto tamaño, arruinados por el uso).*
- PEPÍN: Don Alfredo dice que luego se larga p'aquí. Me dijo que lo esperara pa' traerme en anca, pero yo como encontré el petizo me vine primero.
- PIETRO: *(Llena los dos jarros para la Nena y Pepín)* E ahora esto per la mama. Ostede cuntentansé con eso. A la mañana hay que darle más, perque ella stá inferma e no poede tomar que leche solamente. *(Mutis por puerta del rancho, llevando tarro. Pepín y la Nena, se sientan a caballo de uno de los bancos, uno frente al otro con sus respectivos jarros).*

- PEPÍN: ¡Pobre mama, cuando se sanará! (*Recordando y buscando algo entre la camisa*) Parate nena, que por aquí tengo guardada media galleta. (*La encuentra y la saca*) ¿Ha visto? (*Hace fuerza para partirla*). ¡Parece piedra!...
- NENA: Rompela con lo diente.
- PEPÍN: (*Golpeando el pedazo de galleta contra el banco*). Ahora sí... (*La parte y da un pedazo a la nena. Ambos comen ávidamente, exteriorizando esfuerzo por la dureza de la galleta*).
- NENA: ¿Entonces si no llueve no vamo a tené más que comer?
- PEPÍN: Tas fresca. Ahora cuando se mudemo de aquí y venga la Catalina con la plata que ha ganao en la ciudá, vamo a comer mucho, con sopa y todo. Yo me voy a cóncava de pión y me voy a comprá bota y un pañuelo de seda con jlore pintada.
- NENA: So muy chico todavía vo...
- PEPÍN: ¿Chico?... (*Mirando a derecha*) Ahí viene el sargento; trai una bolsa... ¿Qué será? (*Se levanta con curiosidad*).
- PEÑA: (*Entrando por derecha con una bolsa, medio llena, en una mano*) Se alimentan los pichones ¿no? No hagan tanta fuerza que aquí traigo galleta fresca (*Saca de la bolsa dos galletas y las da a los chicos*).
- PEPÍN: (*Con júbilo*) ¡Qué farra!
- NENA: (*Del mismo modo*). ¡Esta sí qué es linda!
- PEPÍN: ¿Y esa bolsa es toda pa nosotros?
- PEÑA: Tuita pa ustedes.
- PEPÍN: ¡Uh!... Entonces ni aunque no llueva no importa.
- PEÑA: ¿Y tu tata?
- PEPÍN: Está adentro.
- PEÑA: Yo no quiero dentrar porque me da mucha pena verla

enferma a doña Carmela, cuando la he visto siempre tan guapa.

PEPÍN: ¡Se ha hecho flaca mi mamá!

NENA: Sí, pero se va a sanar, ¿cierto? *(Al sargento)*.

PEÑA: Como no m'hijita.

PEPÍN: *(A Nena)* Llevá esto pa la cocina. *(Indicándole los jarros. Nena mutis por foro, llevando los jarros)*.

PEÑA: *(A Pepín)* ¿Y vos seguís yendo a l'escuela e don Alfredo?

PEPÍN: Si no tenemos caballo ¿cómo voy a dir? Aura me he tráido ese petizo guacho que anda por ahí; ¿no lo ha visto dentrando? Si no se muere de hambre, me va a servir.

PEÑA: Como lo pesque el comisario, tas fresco.

PEPÍN: Pero yo lo encontré y no tiene marca.

PEÑA: Pior entuavía. ¡Tan grande y tan inocente! ¿No sabés que todo animal sin marca es pal comisario? Y hasta los con marca también asigún se presiente l'ocasión. Pa eso está la policía; pa no dejar que roben los otros.

PEPÍN: *(Algo asustado)* Si, pero yo no he robao nada.

PEÑA: Ya sé muchacho, no te asustés. Pero es una lástima que no sigás aprendiendo en lo de don Alfredo, máistro de pocos libros pero de güenos consejos.

PEPÍN: Y pa' qué voy a dir más a la escuela si tengo de conchavarme de pión por ahí; ¿no le parece?

PEÑA: Cierto, ya sos grandecito y es güeno que lo ayudés a tu tata que anda bastante embromao. Conformate con saber leer pa que no siás un inorante chúcaro del todo. Lo demás aprendelo en la misma vida que te van a enseñar de todo: lo malo y lo güeno pa que vos elijás. Juile siempre a la política qu'es bicho venenoso que nos pica fuerte a los criollos; siendo pobres agatas si nos toca un

puesto e melico que un es pa honrar a nadie, aunque parezca lindo ser autoridá. Si el hombre es inorante y de mala entraña se abusa e la juerza y si es de güena lay es como perro guardián capaz de esponer la vida, como me ha pasao a mi, por campiar un cuatrero bravo; y si son hombres laidos de esos que hace votar el comisario, por ahí sale un ministro jugando sucio con la plata'el gobierno. Juile siempre a la política, ¡juile! Si llegás a tener suerte y levantás, fijate bien que al llegar arriba no te mariés al mirar p'abajo y si te quedás abajo no agachés nunca la frente ni aunque te picaneén, que son los años lo único que hace agachar el lomo a los hombres honraos. ¡Juera joven yo! (*Advirtiéndolo que Pietro entra por la puerta del rancho*). Ahí viene tu tata.

PEPÍN: (*Tomando la bolsa que ha traído Peña y mostrándola a Pietro*) Mirá tata, toda la galleta que ha traído el sargento.

PIETRO: (*Entrando por puerta del rancho*) Bon giorno sarquento.

PEÑA: Salú, amigazo ¿Qué tal anda la patrona?

PIETRO: (*Meneando la cabeza, dudoso*) Sempre lo mismo...

PEÑA: Ahí l'he traído media bolsa e galleta fresca pa' que los cachorros le den reposo a la dentadura.

PIETRO: Tanta gracia, sarquento. Esto cai propiamente come una cosa de la providenza (*A Pepín*). Porta la borsa drento e fa compañía a la mama. (*Pepín toma la bolsa y se dirige al rancho; la Nena entra por foro y, ante una seña de Pepín, ambos mutis por la puerta del rancho*).

PEÑA: Válgale que tuavía hay gente agradecida capaz de retribuir un servicio. Al panadero Vicente, antinoche casi lo achuran; se metió entre unos borrachos qu'iban a peliarse a cuchillo y si no llevo a tiempo pa sacarlo a un lao dejuero que lo bandean de una puñalada. Claro, el hombre al verse resucitao, en cuanto me vido esta mañana me llamó

pa darme plata y ofrecerse pa lo que yo gustara. No quise acetarle más que una bolsa e galleta, mitá para mí y mitad pa usté.

PIETRO: (*Conmovido*) ¡Cume e bueno osté! La única consolación que incontro in medio de toda la disgracia que me sucede e la quenelositá de dun Alfredo e la suya, sarquento. Sino yo non se lo que habría hecho.

PEÑA: Es que se ven cosas, amigazo, que retuercen el corazón como jójoro quemao. Ve uno tanta maldá, tanto daño causao por puro gusto, que hasta de rabia dan ganas de ser güeno como pa deshaugarse, me compriende, ya que uno no puede hacer otra cosa. ¡Juera joven yo!... ¡Ah!... quería avisarle que dende ayer anda por el pago don García Castro.

PIETRO: (*Exteriorizando una fuerte impresión*) ¿Ya está aquí?

PEÑA: Como no; y ayer mesmo por la tarde le sacaron tuito ajuera e las casas, a don Aurelio. Hasta la cuna con una criatura enferma; tuito al medio el campo (*Al oír eso, Pietro sufre visiblemente*). La suerte que a don Aurelio tuavía le había quedao un carro y dos mancarrones y pudo dirse a lo de un pariente que tiene a siete leguas de aquí.

PIETRO: ¡E yo cume voy a hacer!...

PEÑA: ¡Si no estuviera enferma doña Carmela!... Vea, don Pietro, anoche casi no he dormido pensando en eso y cuando empezó a formarse esa tormenta e truenos que jué ruído al cuete, yo deseaba que se largara un diluvio pa que s'inundaran los campos y no pudieran llegar hasta aquí más que los de a caballo. A ver qu'iba a hacer el patrón con su automoble. (*Mirando al cielo*) Y tuavía puede ser nomás que se largue; el tiempo está pesao.

PIETRO: Hace tre día que stá así il tiempo e no llueve. ¡Ne eso siquiera me ayuda nel último momento! (*Gestos de*

desesperación).

- PEÑA: No pierda la esperanza, don Pietro. Si el desalojo lo quieren hacer hoy me va a tocar a mi venir con el patrón y el juez. De mi parte veré puedo hacer algo.
- PIETRO: *(Completamente abatido)* ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!... Por momentos me viene un calor que parece fiebre; sento que algo me aprieta aquí *(Señala el corazón)* sen decarme respirara, e per momento siento la cabeza vacía e me da vuelta todo in giro... que so... creo de diventare loco, propiamente loco... *(Breve pausa; Pietro hondamente impresionado; Peña comparte esa pena meneando la cabeza).*
- PEPÍN: *(Entrando por la puerta del rancho, junto con la Nena).* Tata, mama se ha dormido ¿Cierto que hoy llega la Catalina?
- PIETRO: ¿Qui lo ha dicho?
- PEPÍN: Mama; dice que hoy estaba ma' contenta porque llegaba la Catalina.
- NENA: Y que traí mucha cosa linda de la ciudá.
- PIETRO: Sí, ma nun llega hoy; llegará mañana o pasao.
- PEPÍN: *(Haciendo ademán de ir al rancho)* Entonces le voy a decir a mama...
- PIETRO: *(Deteniéndolo)* No; se stá durmiendo decala, nun la moleste.
- PEPÍN: *(A la Nena)* Nena, ¿vamo a ver si encontramos algún buebo de tero?
- NENA: Vamo... *(Ambos mutis por izquierda).*
- PEÑA: *(Al ver a dichos que se alejan)* ¡Pobres inocentes! Empezar a sufrir dende pichones. Y después saben decir que los chicos tienen un Dios aparte. ¡Qué van a tener!... *(Aguzando el oído hacia la derecha)* Por ahí debe venir llegando don Alfredo.

PIETRO: (*Levantando la vista y mirando a la derecha*) Allí stá.

PEÑA: ¡Si tengo un óido! El trotecito e su caballo lo advierto a media legua e distancia. Por el óido no puedo negar que soy de raza d'indio.

D. ALFREDO: (*Entrando por derecha*) Buenos días. (*A Pietro*) ¿Qué tal don Pietro? (*A Peña*) ¿Y usted ya se le anda escabullendo a sus superiores? Mire que en estos días la autoridad tiene mucho que hacer.

PEÑA: No mi hable máistro que ando en un tris de retobarme y hacer una barbaridá. ¡Juera joven yo!...

D. ALFREDO: (*Palmeando la espalda de Pietro*) ¿Cómo está ese ánimo, amigo?

PIETRO: No tengo ánimo per nada. Cuando stán ostede aquí sento un po de enerquía, ma appena resto solo... me viene come una specie de miedo que non so...

D. ALFREDO: No es para menos. Parece que la fatalidad se empeña en ser cruel. Todo se complica como si hubiera una conjuración de los hombres y la naturaleza contra usted, contra mí. Yo que pude haberle ofrecido un rincón, bajo el techo de mi escuelita, ya no me es posible. A mí también me persiguen y me corren; yo no les debo nada, pero no les convengo porque canto las verdades y lucho por la justicia, ni les convengo tampoco porque enseño a leer y esos señores feudales son aliados de la ignorancia para cebarse con sus víctimas.

PEÑA: ¿Ansina que anduvo a tiros con el juez y el comisario?

D. ALFREDO: Casi me asesinan por la espalda esos bandidos. Y me siguen acechando; por eso me he ido a la estación vecina donde estoy parando en una fonda, hasta que pueda instalar la escuela. Allí también tengo algunos amigos.

PEÑA: ¡Maulas! ¡Cobardes!...

D. ALFREDO: (*A Pietro*) ¿Y cómo sigue doña Carmela?

PIETRO: Sempre male; entre l'asma, e il corazón e que so ío cuante cosa ma, la póvera hay momento que parece que se me va... (*A punto de llorar*) Il médico cuando la vió l'otro día dico que l'único remedio era mucha tranquilitá, que non haga sforzo de ninguna clase, que no reciba ninguna impresione... e mire un po, ¡come voy a darle eso in esta situación!... (*Exteriorizando hondo desconsuelo*).

D. ALFREDO: ¿Se alimenta bien con la leche que le mando?

PIETRO: (*Asintiendo con la cabeza*) E grazie que osté la manda dun Alfredo. Alcanza también un poco per lo chico. Senó... ya no hay nada, ne una patata, nada. A veces, a la tardi, se cai alguna lechuga, la matamo per comerla; per eso stá sempre pronta la scopeta, que también ella tiene lo último cartucho.

PEÑA: Miren lo qu'es el mundo. ¡Pájaros de mal agüero que dicen que train disgracia ande se asientan, aquí sirven pa comer!

D. ALFREDO: Los pájaros de mal agüero no son las lechugas que asustan en las leyendas infantiles y temen y temen los superticiosos; los pájaros de mal agüero son los hombres sin corazón que andan sembrando desdichas por el mundo.

PEÑA: Dejuro que sí. Uno en l'inorancia y güena fé cree todo lo que dice la gente y tenemos miedo e las ánimas y de las lechugas y en cambio nos entregamos confiaos a cualquier cristiano aunque nos ponga el yugo en el cogote y nos hunda la picana hasta los güesos. ¡Qué animal manso es el hombre! ¡Juera joven yo! En fin, ya me voy yendo, que me hai de estar aguaitando el comisario.

D. ALFREDO: (*En tono de broma*) Vaya, sargento, porque usted es su brazo derecho, aunque se le ande por sublevar.

PEÑA: (*Dispuesto a irse*) Ansina nomás es, máistro; y como el comisario es zurdo, el brazo derecho no le sirve ni p'atajarse. Hasta luego (*Mutis por derecha*).

D. ALFREDO: Hasta luego.

PIETRO: Hasta luogo sarquento (*Breve pausa. Don Alfredo se muestra preocupado e inquieto*).

D. ALFREDO: Sí, sí, don Pietro; tiene mucha razón el sargento; somos muy mansos. Y... hablando de otra cosa, ¿no ha tenido noticias de su hija Catalina?

PIETRO: Nada má que esa carta que osté mismo me traco dunde decía que venía in esto día per visitar a la mama infermma. Yo carculo que lleguerá mañana o pasao. Podra ser que so presensa aquí traiga un po de consuelo. ¡La quiere tanto Carmela!

D. ALFREDO: A mí también me ha escrito Catalina. Hoy recibí la carta.

PIETRO: (*Ansioso*) E le dice que viene, ¿verdá?

D. ALFREDO: No... dice que vendrá. Ahora... ha tenido que suspender el viaje, un inconveniente...

PIETRO: (*Asustado; con interés*) ¿Cume? ¿Stará inferma ella también? ¿Cosa le pasa? ¿Per qué no me ha scrito a me también entonce? Dun Alfredo, per favor, se ha sucedido algo dícamelo...

D. ALFREDO: (*Tratando de calmarlo*) Serénese, don Pietro, serénese que vamos a conversar con calma.

PIETRO: (*Ansioso, con sentimiento*) Tengo tanta disgrazia insima que stoy acostumbrado a recibir de lo golpe duro; osté me ve con este dolor que tengo adentro, ma aguanto sempre. Se le ha pasao algo a la Caterina, me lo dica, dun Alfredo. Me haría ma daño tener la duda de algo...

D. ALFREDO: (*Tratando de calmarlo*) Serénese, don Pietro, le hablaré claro. Catalina no vendrá; una ligereza de su juventud, un

momento de irreflexión la ha llevado a un nuevo destino. Dejó la casa donde estaba colocada y se fue a Montevideo con Antonio, aquel que estuvo por aquí como encargado de la colonia. (*Pietro sufre una fuerte impresión y, profundamente abatido, solloza*). Me dice en la carta que no se atrevió a escribirle a usted y me ruega que yo se lo diga por ella, que le pida su perdón, que lo consuele... Pensé esperar otra circunstancia para decírselo, don Pietro, pero esa misma noticia ha llegado a la colonia por otro conducto y usted no hubiera tardado mucho en saberlo, mientras aquí la esperan a Catalina. Agregue este nuevo dolor a su alma atribulada y aférrese a ella con toda la resignación de que usted es capaz, mi viejo amigo.

PIETRO: (*Desesperado y con rabia*) ¡Hasta la propia hica!... ¡Mala mujer! Infame... (*Recapacitando, después de breve pausa*) Ma no, póvera Caterina, no e mala. Ella e coven e tiene derecho a vivir, a ser felice como quiera. El cariño per lo padre no e custo que le haga sacrificar su cuventú; qué culpa tiene ella de la nostra disgrazia. Per eso la llevé ne la ciudá, per sacarla de este desierto lleno de miseria, de hambre. Se l'amore se la llevó, ha hecho bien... a mí me da come una puñalada nel corazón, ma ha hecho bien, ha hecho bien... (*Lo ahogan los sollozos*).

D. ALFREDO: (*Abrazándola*) ¡Qué alma tan grande la suya don Pietro! ¡Cuánta bondad en medio de tanta amargura!...

PIETRO: (*Resignado, pero con profundo sentimiento*) Solamente quisiera que sea felice, veramente felice; se esto yo lo supiera con securitá, le curo don Alfredo que sería el mecor consuelo. Caterina, póvera hiquita mía que ha tenido que ir leco de su casa a buscar la felichitá que no podía tener a nostro lado.

D. ALFREDO: Catalina tiene buen corazón y no los olvidará, estoy seguro que no los olvidará.

- PIETRO: (*Mirando al rancho*) ¿Ma, a Carmela cume se le dice esto? Se lo sabe se muere, nel estado que se encontra.
- D. ALFREDO: Hay que engañarla como se ha hecho hasta ahora con otras cosas. Yo puedo intervenir si quiere, inventando un pretexto cualquiera que haya impedido el viaje de Catalina y así poder esperar un momento más oportuno para decirle la verdad.
- PIETRO: Ecco; osté dícale lo que quiera. Ahora vamo ir per adentro (*Tocándose las sienes*) Tengo la frente come un fuego.
- D. ALFREDO: Es el tiempo pesado; hace tanto calor.
- PIETRO: Yo creo que se vienen a hacer il desaloco tendrán compasión de la Carmela inferma. Se stoviera un poco ma fuerte, la llevaría anque fuera abaco del techo de l'estación, ma no puedo.
- D. ALFREDO: En ese caso, la hubiéramos llevado a la fonda donde yo paro.
- PIETRO: Imposíble; se toviera que hacer solo que media legua in un carro se more nel camino (*Queda un momento pensativo*).
- CARMELA: (*Demacrada, exteriorizando una marcada extenuación con la respiración fatigosa. Entra por puerta del rancho, apoyándose en la pared*) Pietro... (*Al oirla, Alfredo y Pietro se apresuran a llegar hasta ella para sostenerla*).
- PIETRO: (*Fingiendo serenidad, impresionado*) Ma qué hace Carmela; ¿perqué se ha levanta? Le pode hacer mal...
- D. ALFREDO: ¿Se siente más guapa, señora? (*Lentamente la hacen sentar en uno de los bancos*).
- CARMELA: (*Hablando con dificultad*) Hoy me siento mecorcita. De adrento parecía que había el sol; mecor se stá nublando así poda ser que llueva. Lo trueno de anoche me hicieron asostar; parecía que venía una gran tormenta.

PIETRO: No cayó ne una gota.

D. ALFREDO: Tormentas de verano.

CARMELA: Que bien me hace la leche que osté me manda, dun Alfredo; e rica cume la que daba la nostra overa; mucha grazia...

D. ALFREDO: De nada, señora. No se agite por hablar.

PIETRO: Claro, Carmela, perché se ha levantado.

CARMELA: Cume sentí hablar aquí fuera me vino de pensar que había llegao Caterina... porque hoy debe llegar, ¿e cierto Pietro? E tengo tanta gana de verla; ella quien sabe se sabrá cume stoy enferma yo... (*Se enjuga unas lágrimas*). ¡Tengo tanta gana de verla! (*Al oír esto, Pietro exterioriza el gran esfuerzo que hace para disimular la impresión que le causa*).

PIETRO: Nun era hoy que debía arribarse. Era domani, cara Carmela; ricorda que te dique il cueve, e hoy seno miércole.

CARMELA: ¿Non e cueve hoy?

D. ALFREDO: No señora; mañana.

CARMELA: Intonce mañana ante que llegue me levanto otra ve. Nun quiero darle a la Caterina la impresión de encontrarme ne la cama. Mi levanto otra ve.

D. ALFREDO: No hay necesidad que se levante, señora. Es posible que demore algunos días más porque hay una huelga en el ferrocarril y no se sabe cuando terminará.

CARMELA: (*Sorprendida*) ¿Cume? Se yo toda la mañana siento il pito del tren que toca leco, cuando pasa per la staciun de aquí; yo lo siento.

D. ALFREDO: Efectivamente, pero... esa es una máquina sola que recorre la vía.

PIETRO: Dun Alfredo lo sabe; él no le miente.

CARMELA: ¿Intonce la Caterina no va a llegar per Natale?

- D. ALFREDO: Tardará unos días más, estará aquí el primero de año. Tenga un poco más de paciencia, señora.
- CARMELA: *(Desconsolada)* Perqué hacen la huelga... *(Se siente más agitada)*.
- PIETRO: *(Tomándola por los brazos)* Vamo Carmela, acótese, que le hace mal estar hablando aquí. ¿No siente cume stá aquitada?
- D. ALFREDO: *(Ayudándole)*. Es mejor, señora; quédese tranquilita en su casa y nosotros le avisaremos con seguridad cuando llegará Catalina para que usted la espere levantada, ¿eh?
- CARMELA: *(Dirigiéndose lentamente hacia rancho ayudada por ambos)* Bueno, bueno; entonce staró ma fuerte. E después que mi Pietro arregle su cosa, andaró mi también cunto con la Caterina ne la ciudá, per pasiar e divertirse... ¿cierto Pietro?
- PIETRO: Cume no, Carmela sí, sí... *(Pietro ayudando a Carmela, mutis con ella por puerta del rancho)*.
Alfredo vuelve centro escena suspirando y meneando la cabeza. Por izquierda entran Pepín y la Nena.
- PEPÍN: *(Aproximándose a don Alfredo)* Salú, don Alfredo ¿si ha quedao solo? ¿Y tata ande está?
- D. ALFREDO: Está adentro con tu mamá.
- NENA: Voy a ver si duerme mama *(Mutis puerta rancho)*.
- PEPÍN: Diga don Alfredo, ¿e cierto que cuando salen mucho lagarto es porque va a llover?
- D. ALFREDO: Así dicen.
- PEPÍN: A la gran siete como andan por ahí; no se puede ni caminá.
- D. ALFREDO: *(Mirando el cielo)* El tiempo está amenazante; no ha de tardar mucho en llover. A lo sumo esta noche o mañana.

- PEPÍN: (*Aguzando el olfato*) Yo ya siento el olor al agua (*Por puerta rancho entran Pietro y la Nena*).
- PIETRO: (*A la Nena*) Deque ahora que la mama se dorma (*Pietro cada vez más abatido se aproxima a don Alfredo*).
- NENA: (*A Pepín. Mirando hacia izquierda*) Pepín, mirá ande se va el petizo.
- PEPÍN: (*Mirando mismo lado*) ¿Se quedará disparar? Aura lo voy a arreglar. (*Mutis corriendo por izquierda, profiriendo gritos, seguido de la Nena*).
- D. ALFREDO: ¿Quedó tranquila?
- PIETRO: Sí (*Sentándose y exteriorizando una gran fatiga*) Qué forza hay que hacer per finquir. Me siento aflocar, me siento vencido; ya non puedo más dun Alfredo, nun puedo más.
- D. ALFREDO: Todavía hay esperanzas, amigo. Puede ser que García Castro al venir aquí y ver lo que pasa se entenezca y le conceda unos días más, hasta que doña Carmela se fortalezca un poco y alcance a resistir su traslado a otra parte. Yo me quedaría a esperarlo junto con usted, pero quizá mi presencia resulte contraproducente a causa de aquella discusión que tuvimos. A mí no me puede ver; es por orden suya que me persiguen con tanta saña. De lo contrario, estaré a su lado si quiere, dispuesto a todo.
- PIETRO: Poda ser que non venga hoy e se sta noche llueve, per forza tendrá que esperar alguno día más. Mucha garzie lo mismo, dun Alfredo.
- D. ALFREDO: (*Palmeándole la espalda*) Yo voy a estar en lo de don Esteban; si me necesita, lo manda a Pepín que me llame. Animo, amigo viejo; valor, que usted es de los mansos, pero es también de los fuertes. Hasta pronto (*Mutis por derecha*).
- PIETRO: Hasta luogo (*Pensativo, agitado por una zozobra*)

inquietante, luego de ver que don Alfredo se aleja, se acerca lentamente a la puerta del rancho, la abre con sigilo, mira adentro un breve instante y la vuelve a cerrar con cuidado, volviendo al centro de la escena, sentándose en un banco con la cabeza apoyada sobre las manos. Enseguida se ve sorprendido por la llegada de Peña que entra por derecha).

PEÑA: *(Entrando por derecha, apresurado y agitado)* don Pietro, ahí vienen el patrón, el juez y dos piones. Me adelanté de un galope cortando campo; ellos vienen en el automoble puel camino. Yo haciéndome el entremetido en la conversación les dije que usted tenía la señora en cama, pero se hicieron los sonsos. ¡Maulas! ¡Si fuera joven yo!... En cuanto lleguen m'escabullo; yo no tengo coraje pa ver lo que van a hacer; aunque me echen, aunque me echen... *(Mutis por derecha)*.

Hay un momento de pausa angustiada; Pietro se siente desfallecer y no atina qué hacer. Se oye el toque lejano de una bocina de automóvil que produce en Pietro una fuerte impresión: El toque se siente cada vez más cerca. La expectativa de Pietro es intensa. Por derecha entran García Castro y Juez.

JUEZ: ¿Ya ni perros tienen aquí?

GARCÍA: Señal de abandono.

PIETRO: *(Esforzándose por mostrarse tranquilo)* Se morieron de hambre.

JUEZ: *(Sonriendo sarcásticamente)* Qué milagro, no está su defensor por aquí; el maestro como le dicen.

GARCÍA: Mejor que no lo hayamos encontrado. ¡Le iba a demostrar si las tierras son mías! *(A Pietro)* ¿Supongo que sabrá a qué venimos? *(Pietro asiente con la cabeza)*. Así que no le sorprenderá que le hagamos sacar todo afuera. Hay que dejar libre todo esto. *(Al juez)*. Usted con los peones haga sacar los cachivaches que hay en el galpón *(Señalando derecha)* Yo lo

haré hacer por aquí; mándemelo al sargento (*Juez mutis por derecha; se nota que sopla más viento y que se oscurece algo*).

PIETRO: (*Dominado por una fuerte impresión*) Mire padrón, (*Señala rancho*) allí tengo mi muquer inferna, nun se poede mover de la cama; le pido que me deque hasta que se mecere e sea posible llevarla in otra parte. Sáqueme todo, tíreme todo a la calle, haga lo que quiere padrón, ma deque a mi Carmela... se lo pido, per so muquer, per so ica...

GARCÍA: Pretextos; el cuento de todos. Ya estoy aquí y he de cumplir mi propósito; no estoy para perder tiempo. Vaya usted mismo desocupando eso (*Señala el rancho*) y lléveselo al hombro.

PIETRO: (*Desesperadamente*) Señor, ¡se lo pido per favor!...

GARCÍA: Oh, que tanto... (*Hace ademán por dirigirse puerta rancho*).

PIETRO: (*Reacciona súbitamente con un impulso de fiereza*) ¡Cuidado padrón, eso no! (*Le sale al paso, pero García atropella y va a dar una patada a la puerta del rancho. Pietro se le pone por delante y lo toma por los brazos*) ¡No, allí non entra!

Después de brevísima lucha, Pietro consigue arrojarlo al suelo a García, de un empujón. Simultáneamente este al levantarse desenfunda su revólver y Pietro toma la escopeta que se halla arrimada a la pared del rancho. Cuando García levanta el arma para amartillar el revólver, Pietro dispara la escopeta y García cae exánime al suelo. El viento aumenta y se oscurece un poco más, comenzando a gotear. Como logrando un supremo desahogo; con un grito desesperado.

Ahora sí que e suya la tierra, ¡ahora sí!... (*Se queda un segundo anonadado, deja caer la escopeta, temblando. En ese momento se sienten voces por derecha y entra corriendo Peña*).

PEÑA: (*Mirando a García en el suelo; bajando la voz*) ¡Cómo a las

lechuzas! *(Se oye en el interior del rancho un grito desgarrador. Peña corre y mutis por puerta del rancho).*

PIETRO: *(Se da cuenta de que algo ha ocurrido a Carmela adentro del rancho y dominado por su estado, ahogado por un profundo sollozo) ¡Carmela! ¡Carme...! (Los gritos que se oían por izquierda se aproximan y entran corriendo llenos de júbilo Pepín y la Nena, mientras cae la lluvia).*

PEPÍN: ¡Tata!... ¡Tata! ¡Estamos salvados!

NENA: ¡Llueve, tata, llueve!...

PIETRO: *(Llorando, se abraza a los citados).* ¡Troppo tardi, troppo tardi!

Mientras Peña entra puerta rancho, con la cabeza baja y el kepi sacado, baja el telón.

> prólogo	pag. 3
> la columna de fuego	pag. 19
ALBERTO GHIRALDO	
> alma fuerte	pag. 81
SALVADORA MEDINA ONRUBIA	
> los invertidos	pag. 157
JOSÉ GONZÁLEZ CASTILLO	
> hacia las cumbres	pag. 229
BELISARIO ROLDÁN	
> el hijo de Agar	pag. 267
JOSÉ GONZÁLEZ CASTILLO	
> el movimiento continuo	pag. 333
ARMANDO DISCÉPOLO	
> gracia plena	pag. 403
JOSÉ GONZÁLEZ CASTILLO	
> madre tierra	pag. 457
ALEJANDRO E. BERRUTI	

> ediciones inteatro

- **narradores y dramaturgos**
Juan José Saer, Mauricio Kartun
Ricardo Piglia, Ricardo Monti
Andrés Rivera, Roberto Cossa
En coedición con la Universidad
Nacional del Litoral
- **el teatro, ¡qué pasión!**
de Pedro Asquini
Prólogo: Eduardo Pavlovsky
En coedición con la Universidad
Nacional del Litoral
- **obras breves**
Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz
Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón,
Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago
Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez,
Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y
Ricardo Thierry Calderón de la Barca
- **de escénicas y partidas**
de Alejandro Finzi
Prólogo del autor
- **teatro (3 tomos)**
Obras completas de Alberto Adellach
Prólogos: Esteban Creste (Tomo I), Rubens
Correa (Tomo II) y Elio Gallipoli (Tomo III)
- **las piedras jugosas**
Aproximación al teatro de Paco Giménez
de José Luis Valenzuela
Prólogos: Jorge Dubatti y
Cipriano Argüello Pitt
- **siete autores (la nueva generación)**
Incluye obras de Maximiliano de la Puente,
Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández,
Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel
Giacometto y Santiago Governori
Prólogo: María de los Ángeles González
- **dramaturgia y escuela 1**
Prólogo: Graciela González de Díaz Araujo
Antóloga: Gabriela Lerga
Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo
- **dramaturgia y escuela 2**
Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigianni,
Luis Sampetro
Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti
- **didáctica del teatro 1**
Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampetro
Colaboración: Sara Torres
Prólogo: Olga Medaura
- **didáctica del teatro 2**
Prólogo: Alejandra Boero
- **teatro del actor II**
de Norman Briski
Prólogo: Eduardo Pavlovsky
- **dramaturgia en banda**
Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun
Incluye textos de Hernán Costa, Mariano
Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak,
José Montero, Ariel Barchilón, Matías
Feldman y Fernanda García Lao
Prólogo: Pablo Bontá
- **personalidades, personajes y temas
del teatro argentino (2 tomos)**
de Luis Ordaz
Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo
(Tomo I) - José María Paolantonio (Tomo II)
- **manual de juegos y ejercicios teatrales**
de Jorge Holovatuck y Débora Astrosky
Segunda edición, corregida y actualizada
Prólogo: Raúl Serrano
- **antología breve del teatro para títeres**
de Rafael Curci
Prólogo: Nora Lía Sormani
- **teatro para jóvenes**
de Patricia Zangaro
- **antología teatral para niños
y adolescentes**
Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés
Falconi, Los Susodichos, Hugo Midón,
M. Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor
Presa, Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki.
Prólogo: Juan Garff

- nueva dramaturgia latinoamericana
Incluye textos de Luis Cano (Argentina), Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucila de la Maza (Chile), Victor Viviescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú) y Sergio Blanco (Uruguay)
Prólogo: Carlos Pacheco
- teatro/6
Obras ganadoras del 6º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina y Marcelo Pitrola.
- becas de creación
Incluye textos de Mauricio Kartun, Luis Cano y Jorge Accame.
- historia de la actividad teatral en la provincia de Corrientes de Marcelo Daniel Fernández
Prólogo: Ángel Quintela
- la luz en el teatro manual de iluminación de Eli Sirlin
Prólogo de la autora
- diccionario de autores teatrales argentinos 1950-2000 (2 tomos) de Perla Zayas de Lima
- laboratorio de producción teatral 1 Técnicas de gestión y producción aplicadas a proyectos alternativos de Gustavo Schraier
Prólogo: Alejandro Tantanián
- hacia un teatro esencial Dramaturgia de Carlos María Alsina
Prólogo: Rosa Ávila
- teatro ausente Cuatro obras de Arístides Vargas
Prólogo: Elena Francés Herrero
- el teatro con recetas de María Rosa Finchelmann
Prólogo: Mabel Brizuela
Presentación: Jorge Arán
- teatro de identidad popular En los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino de Manuel Maccarini
- caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura Textos teatrales de Rafael Monti
- teatro, títeres y pantomima de Sarah Bianchi
Prólogo: Ruth Mehl
- por una crítica deseante de quién/para quién/qué/cómo de Federico Irazábal
Prólogo del autor
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo I (1800-1814)
Sainetes urbanos y gauchescos
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
Presentación: Raúl Brambilla
- teatro/7
Obras ganadoras del 7º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvina López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca y Roxana Aramburú
- la carnicería argentina
Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Governori, Julio Molina y Susana Villalba
- Saulo Benavente, ensayo biográfico de Cora Roca
Prólogo: Carlos Gorostiza
- del teatro de humor al grotesco Obras de Carlos Pais
Prólogo: Roberto Cossa
- teatro/9
Obras ganadoras del 9º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Patricia Suárez y M. Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport y Amalia Montaña

- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo II (1814-1824)
Obras de la Independencia
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- nueva dramaturgia argentina
incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila (Córdoba), Sacha Barrera Oro (Mendoza), Juan Carlos Carta, Ariel Sampaoli (San Juan), Martín Giner, Guillermo Santillán (Tucumán), Leonel Giacometto, Diego Ferrero (Santa Fe) y Daniel Sasovsky (Chaco)
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo III (1839-1842)
Obras de la Confederación y emigrados
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- dos escritoras y un mandato
de Susana Tampieri y María Elvira Maure de Segovia
Prólogo: Beatriz Salas
- 40 años de teatro salteño (1936-1976). Antología
Selección y estudios críticos:
Marcela Beatriz Sosa y Graciela Balestrino
- las múltiples caras del actor
de Cristina Moreira
Palabras de bienvenida: Ricardo Monti
Presentación: Alejandro Cruz
Testimonio: Claudio Gallardou
- la valija
de Julio Mauricio
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- el gran deschave
de Armando Chulak y Sergio De Cecco
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- una libra de carne
de Agustín Cuzzani
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo IV (1860-1877)
Obras de la Organización Nacional
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- referentes y fundamentos.
hacia una didáctica del teatro con adultos I
de Luis Sampetro
- una de culpas
de Oscar Lesa
Coedición con Argentores
- desesperando
de Juan Carlos Moisés
Coedición con Argentores
- almas fatales, melodrama patrio
de Juan Hessel
Coedición con Argentores
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo V (1885-1899)
Obras de la Nación Moderna
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- técnica vocal del actor
Guía práctica de ejercicios -parte 1-
de Carlos Demartino
- el teatro, el cuerpo y el ritual
de María del Carmen Sanchez
- tincunacu. teatralidad y celebración popular en el noroeste argentino
de Cecilia Hopkins
- teatro/10
obras ganadoras del 10º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Mariano Cossa y Gabriel Pasquini, Enrique Papatino, Lauro Campos, Sebastián Pons, Gustavo Monteros, Erika Halvorsen y Andrés Rapoport.
- la risa de las piedras
de José Luis Valenzuela
Prólogo: Guillermo Heras

- concurso nacional de obras de teatro para el bicentenario incluye textos de Jorge Huertas, Stela Camilletti, Guillermo Fernández, Eva Halac, José Montero y Cristian Palacios.
- concurso nacional de ensayos teatrales Alfredo de la Guardia -2010- textos de: María Natacha Koss, Gabriel Fernández Chapo y Alicia Aisemberg
- piedras de agua cuaderno de una actriz del Odin Teatret de Julia Varley
- el teatro para niños y sus paradojas reflexiones desde la platea de Ruth Mehl Prólogo: Susana Freire
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo VI (1902-1908) Obras del siglo XX - 1ª década- I Selección y prólogo: Beatriz Seibel
- rebeldes exquisitos conversaciones con Alberto Ure, Griselda Gambaro y Cristina Banegas de José Tcherkaski
- ponete el antifaz (escritos, dichos y entrevistas) de Alberto Ure Compilación: Cristina Banegas
- antología de teatro latinoamericano 1950-2007 de Lola Proaño y Gustavo Geirola (3 tomos)
- dramaturgos argentinos en el exterior Incluye obras de J. D. Botto, C. Brie, C. Castrillo, S. Cook, R. García, I. Krugli, L. Thénon, A. Vargas y B. Visnevetsky. Compilación: Ana Seoane
- el universo mítico de los argentinos en escena de Perla Zayas de Lima (2 tomos)
- air liquid de Soledad González Coedición con Argentores
- un amor de Chajari de Alfredo Ramos Coedición con Argentores
- un tal Pablo de Marcelo Marán Coedición con Argentores
- casanimal de María Rosa Pfeiffer Coedición con Argentores
- las obreras de María Elena Sardi Coedición con Argentores
- molino rojo de Alejandro Finzi Coedición con Argentores
- teatro/11 obras ganadoras del 11º Concurso Nacional de obras de teatro infantil Incluye obras de Cristian Palacios, Silvia Beatriz Labrador, Daniel Zaballa, Cecilia Martín y Mónica Arrech, Roxana Aramburú y Gricelda Rinaldi
- títeres para niños y adultos de Luis Alberto Sánchez Vera
- historia del teatro en el Río de la Plata de Luis Ordaz Prólogo: Jorge Lafforgue
- memorias de un titiritero latinoamericano de Eduardo Di Mauro
- teatro de vecinos De la comunidad para la comunidad de Edith Scher Prólogo: Ricardo Talento
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo VII (1902-1910) Obras del siglo XX -1ra. década II- Selección y prólogo: Beatriz Seibel
- cuerpos con sombra -acerca del entrenamiento corporal del actor- de Gabriela Pérez Cubas

- gracias corazones amigos
la deslumbrante vida de Juan Carlos Chiappe
de Adriana Vega y Guillermo Luis Chiappe
- la revista porteña
teatro efímero entre dos revoluciones (1890-1930)
de Gonzalo de María
Prólogo: Enrique Pinti
- concurso nacional de ensayos
teatrales Alfredo de la Guardia -2011-
textos de: Irene Villagra, Eduardo Del Estal
y Manuel Maccarini
- antología de obras de teatro argentino
-desde sus orígenes a la actualidad-
tomo VIII (1902-1910)
Obras del siglo XX -1ra. década III
Selección y prólogo: Beatriz Seibel
- Apuntes sobre la historia
del teatro occidental - Tomos I y II
de Roberto Perinelli
- Los muros y las puertas
en el teatro de Víctor García
de Juan Carlos Malcún
- Historia del Teatro Nacional
Cervantes - 1921-2010
de Beatriz Seibel
- antología de obras de teatro argentino
-desde sus orígenes a la actualidad
tomo IX (1911-1920)
Obras del siglo XX: 2ª década – I
Selección y Prólogo Beatriz Seibel
- el que quiere perpetuarse
de Jorge Ricci
Coedición con Argentores
- freak show
de Martín Giner
Coedición con Argentores
- trinidad
de Susana Pujol
Coedición con Argentores
- esa extraña forma de pasión
de Susana Torres Molina
Coedición con Argentores
- los talentos
de Agustín Mendilaharsu y Walter Jacob
Coedición con Argentores
- nada del amor me produce envidia
de Santiago Loza
Coedición con Argentores
- confluencias: dramaturgias serranas
Prólogo: Gabriela Borioli
- el universo teatral
de Fernando Lorenzo
Compilación de Graciela González
Díaz de Araujo y Beatriz Salas.
- Jorge Lavelli -de los años sesenta
a los años de la colina-
Un recorrido en libertad
de Alain Satgé
Traducción: Raquel Weksler
- Saulo Benavente -escritos sobre
escenografía-
Compilación: Cora Roca
- antología de obras de teatro argentino
-desde sus orígenes a la actualidad-
tomo X (1911-1920)
obras del siglo XX- 2ª década- II
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- teatro/12
obras ganadoras del 12º Concurso Nacional
de Obras de Teatro
Incluye obras de Oscar Navarro Correa,
Alejandro Ocón, Ariel Barchilón, Valeria
Medina, Andrés Binetti, Mariano Saba y
Ariel Dávila
- una fábrica de juegos y ejercicios
teatrales
de Jorge Holovatuck A.
prólogo: Raúl Serrano
- teatro/13
Obras ganadoras del 13º Concurso Nacional
de Obras de Teatro -dramaturgia regional-
Incluye obras de Laura Gutman, Ignacio
Apolo, Florencia Aroldi, M. Rosa Pfeiffer,
Fabián Canale, Juan Castro Olivera, Alberto
Moreno, Raúl Novau, Aníbal Friedrich,
Pablo Longo, Juan Cruz Sarmiento, Aníbal
Albornoz y Antonio Romero.

- 70/90 -crónicas dramatúrgicas-
Incluye textos de Eduardo Bertaina, Aldana Cal, Laura Córdoba, Hernán Costa, Cecilia Costa Vilar, Omar Fragapane, Carla Maliandi, Melina Perelman, Eduardo Pérez Winter, Rubén Pires, Bibiana Ricciardi, Rubén Sabadini, Luis Tenewicki y Pato Vignolo.
- teatro/14
obras ganadoras del 14º Concurso Nacional de Obras de Teatro -30 años de Malvinas-
Incluye textos de Mariano Nicolás Saba, Carlos Aníbal Balmaceda, Fabián Miguel Díaz y Andrés Binetti
- teatro/15
obras ganadoras del 15º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Laura Córdoba, María Sol Rodríguez Seoane, Giuliana Kiersz, Manuel García Migani, Santiago Loza, Ana Laura Izurieta
- doble raíz
de Leonardo Goloboff
- el pensamiento vivo de Oscar Fessler
tomo 1: el juego teatral en la educación
de Juan Tríbulo
Prólogo: Carlos Catalano
- el pensamiento vivo de Oscar Fessler
tomo 2: clases para actores y directores
de Juan Tríbulo
Prólogo: Víctor Bruno
- Osvaldo Dragún. la huella inquieta
-testimonios, cartas, obras inéditas-
de Adys González de la Rosa y Juan José Santillán
Prólogo: los autores
- circo en Buenos Aires.
cultura, jóvenes y políticas en disputa.
de Julieta Infantino
Prólogo: la autora
- la canción del camino viejo
de Miguel Franchi, Santiago Dejesús y Severo Callaci
- febrero adentro
de Vanina Corazza
- mujer armada hombre dormido
de Martín Flores Cárdenas
- el director teatral ¿es o se hace?
procedimientos para la puesta en escena
de Víctor Arrojo
- la *commedia dell'arte*,
un teatro de artesanos
guiños y guiones dell'arte para el actor
de Cristina Moreira
- un teatro de obreros para obreros
jugarse la vida en escena
de Carlos Fos
Prólogo: Lorena Verzero
- teatro/16
Obras ganadoras del 16º Concurso Nacional de Obras de Teatro -dramaturgia regional-
Incluye textos de Omar Lopardo, Mariela Alejandra Domínguez Houlli, Sandra Franzen, Mauricio Martín Funes, Héctor Trotta, Luis Serradori, Mario Cosello, Alejandro Boim, Luis Quinteros, Carlos Guillermo Correo, Fernando Pasarín, María Elvira Guitart
- concurso de ensayos sobre teatro
celcit - 40º aniversario
Incluye textos de Alfonso Nilson Barbosa de Sousa, José Emilio Bencosme Zayas, Julio Fernandez Peláez, Roberto Perinelli, Ezequiel Gusmeroti, Lina Morales Chacana, Loreto Cruzat, Isidro Rodríguez Silva
- teatro de objetos
manual dramatúrgico
de Ana Alvarado
Textos dramáticos para Teatro de Objetos:
Mariana Gianella, Fernando Ávila y Francisco Grassi
- museo medea
de Guillermo Katz, María José Medina, Guadalupe Valenzuela
- ¿quiéná?
de Raúl Kreig
- quería tamarla con algo
de Jorge Accame

antología de obras de teatro argentino

Este ejemplar se terminó de imprimir en Kolen S.A.

Agustín de Vedia 3533 / CABA - Argentina.

Febrero de 2017- Primera edición: 2.500 ejemplares